SCUDERY, Magdelaine de

El Artamenes, ó El Gran Cyro / escrito en frances por el Señor de Scudery ; traducido en toscano por el Conde Maiolino Bisaccioni, y aora en castellano, por Don Nicolas Carnero... -- En Madrid : En la Imprenta Real, por Mateo de Llanos, 1682

[16], 429, [6] p., @8, A-Z8, 2A-2D8, 2E2 ; 4°

Port. grab. xil. arquitectónica

I. Bissacioni, Maiolino, Conde II. Carnero, Nicolás III. Título

R-4981 Enc. piel con hierros dorados en el lomo

N. 4981

1.3.2.

EL ARTAMENES, O IL CRANCYRO.

ESCRITO EN FRANCES por el Señor de Scudery,

Traducido en Toscano por el Conde Maiolino Bisaccioni:

Y aora en Castellano,

POR DON NICOLAS Carnero, Cavallero de la Orden de Calatrava.

DEDICADO A LA EXCELENTISSIMA Señora Duquesa de Camiña, Condesa de Alcoutin, &c.

Con Privilegio en Madrid. En la Imprenta Real: Por *Mateo de Llanos*. Año 1682.

A LA EXCELENTISSIMA
Señora Doña Thereſa de Aragon, y Sandoval, Duqueſa de Camiña, Marqueſa de Villa-Real, Condeſa de Medellin, de Alcoutin, de Valencia, y Valladares, Señora de las ſiete Villas de Chandecouſſe, y de las de Reñados, &c.

EXCMA SEÑORA.

DORNAVA la Gentilidad las paredes de los Templos de ſus falſos Dioſes con los fragmentos de las derrotadas Naves, en agradecido teſtimonio del recibido beneficio. Nueſtra Chriſtiana coſtumbre (como mas bien fundada) conſagra ſus Vaſos (aun antes de exponerlos à la indiſcreta diſcreciõ de las ondas) à ſus verdaderas Deidades, invocando ſu Patrocinio, con la devota vocacion de ſus ſagrados nombres, y erigiendo ſus ſimulacros en ſus Popas. Ambos ſon pios, y religioſos exemplos; pero mas digno de imitar el Ca-

tholico, porque aquel publica paſſados rieſgos, y eſte previene futuras ſeguridades. La que neceſsita mi ARTAMENES TRADVCIDO, ſe la ofreciò V. Ex. deſde las obſcuridades de ſu borrador, donde mereciò ſer confuſa, è indigeſta materia à la diſcreta, y erudita curioſidad de V.E. y de dõde ſale aora à la luz de la eſtãpa, amparado dela eſclarecida ſombra del nõbre de V.E. (q̃ es el Numen de mi reſpeto) y defendido de ſus temidas, y heroycas Armas, cuyo Eſcudo mas le ſervirà de luſtroſo adorno, q̃ de neceſſaria defenſa à los embates de la cẽſura; porque el venerado nombre de V. E. le ſerà claro Norte, para q̃ ſin naufragar en el inevitable Eſcollo de la embidia, ſurque ſeguro el peligroſo, è inconſtante mar de las vulgares opiniones, y arribe al feliz Puerto de la grata aceptacion de V. Ex. que es el fin de mi devoto deſeo, y el Cabo de mi Buena-Eſperança. Guarde Dios la Excelentiſsima perſona de V. Ex. los muchos años que ha meneſter.

Excelentiſsima Señora,

B.L.P. de V. Ex.

D. Nicolas Carnero.

CENSVRA DEL R.P.FR. FRANCISCO XAVIER de Ecay, de la Compañia de Iesus.

POR comisſion del ſeñor Doctor D. Antonio Paſqual, Arcediano de las Selvas, Dignidad, y Canonigo de la Santa Igleſia de Girona, Vicario deſta Villa de Madrid, y ſu Partido, &c. he leido con toda atencion el Libro intitulado *EL ARTAMENES, O El GRAN CYRO*, traducido de Toſcano en Caſtellano por D Nicolas Carnero, Cavallero del Orden de Calatrava, y confieſſo, que aviendo tenido ſuerte dias ha de que llegaſſe á mis manos eſte Libro, quedè, auiendole viſto, con dolor, de que la brevedad del tiempo que le tuve no me dexaſſe lograr de eſpacio el guſto que ſenti leyendole muy de prieſſa.

Aora, con el orden, y comiſsion del ſeñor Vicario he cumplido mi obligacion, y logrado mi deſeo. Aquella me fuerça á la cenſura; juzgando en ella no contiene eſte Libro coſa opueſta á la verdad de nueſtra Santa Fè, ni à la pureza de las buenas coſtumbres, porque pueda negarſe al Autor la licencia que ſolicita para imprimirle. Eſte, ya ſatisfecho con la leccion, me advierte materia mucha en apoyo de la obra, y credito del Autor. El Heroe, ſu principal objeto, es Cyro, tan celebrado en las Divinas, y Humanas Letras, como ſabe el medianamente leido. No ay Idioma que no ſe aya iluſtrado con la relacion de ſus proezas. Al nueſtro le faltava eſte luſtre, que D. Nicolas Carnero le dá en ſu traduccion del Toſcano, con toda propiedad, llenando el moleſto aſſumpto de traducir con ſatisfacion entera, no dexa que deſear à la diſcreta pluma de el Conde Maiolino, que logrò primero los aplauſos deſte afan, reduciendo eſta obra del Idioma Frances.

El corriente de la relacion eſta lleno de advertencias

politicas para todos estados. Y como los Personages son en todo tan superiores, en nada se vulgarizan las importátes enseñanzas. Las digresiones molestas comunmente, por cortar el hilo, hazen gustosissima esta leccion, assi por los lances que contienen, como por el deseo de bolver à ella, privado gustosamente con la mañosa interrupcion. Espero q̃ esta provechosa fatiga alentará à su Autor, para que con partos propios de su ingenio, continue el merito de los aplausos que se deven à esta obra, no contentandose con solo traducir; aunque en todas edades ha sido estudio de ingenios relevantes, acreditandole por todos el Doctor Maximo S. Geronimo; pues no satisfecho con su nativo Idioma, dió à entender con las traduciones era dueño de todos, y superior à muchos Autores de las obras que traduxo. Este es mi parecer, y sentimiento. Salvo, &c. En este Colegio Imperial de la Compañia de Iesvs, oy 25. de Setiembre de 1681.

Francisco Xavier de Ecay.

Licencia del Ordinario.

NOS el Doctor D. Antonio Pasqual, Arcediano de las Selvas, Dignidad, y Canonigo de la Santa Iglesia de Girona, y Inquisidor Ordinario de Corte, y Vicario desta Villa de Madrid, y su Partido, &c. Por la presente, y por lo que à Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir, è imprima el libro intitulado, *El Artamenes, ò el Gran Cyro*, traducido de Toscano en Castellano por Don Nicolas Carnero, Cavallero de la Orden de Calatrava, atento por la Censura de suso consta no aver en èl cosa contra nuestra Santa Fè, y buenas costumbres. Madrid à 26. Setiembre de 1681.

Doct. D. Antonio Pasqual.

Por su madado.
Iuan Martinez de Llamas.
Notario.

CEN-

APROBACION DE D. ANTONIO de Solis, Secretario del Rey nuestro Señor, y su Coronista de las Indias.

M. P. S.

DE Orden de V. A. he visto vn Libro, intitulado, *El Artamenes, o el Gran Cyro*, que intenta sacar à luz D. Nicolas Carnero, Cavallero del Orden de Calatrava. Escriviòle primero el Señor de Scudery en su lengua Francesa: Traduxole despues en la Toscana, el Conde Maiolino; y D. Nicolas mejora el original, y la traducciò, dando à la dulçura del Idioma Castellano: lo que hallo aplaudido, por el estilo, y por la sustancia, en ambas Naciones.

No se puede negar à los Franceses, que han escrito con felizidad este genero de Historias fabulizadas, que à manera de Poemas, se fundan sobre accion verdadera, con Episodios inventados, à cuyo genero se reducen este Artamenes, la Casandra, el Faramondo, la Cleopatra, el Polexandro, y otros, que verdaderamente merecen estimacion, por su enseñança, y por aquella mezcla de lo vtil, y lo dulçe, que deseava Horacio en los Poetas, y celebramos todos hasta en los mas serios Escritores. Procuraron los Franceses imitar (ò segun ellos dizen) exceder, y enmendar nuestros libros de Cavalleria: y en mi sentir se les deve conceder, que han sabido hermanar, con mayor diligencia, lo admirable con lo verisimil.

El argumento desta obra es la Historia del Gran Cyro: Principe, que naciò destinado á la lisonja de los Historiadores: porque Xenofonte le descriviò, no como era, sino como devia ser: Contemplacion indigna de la Historia,

Ausonio al Gratian. pro Consulatu.

que ocasionò aquel discreto Apostrope de Ausonio: *Cum diceres* (inquit) *non qualis esset, sed qualis esse deberet*, y mas abaxo: *Quod in Cyro tuo nõ videras sed optabas*: Cuyas huellas siguiò, no sin alguna disculpa, el señor de Scudery, dando muchos realces à su fama, porque supo desearle mejor que Xenophonte.

No se deve poner este libro entre los que se permiten al divertimiento, como relaxacion de los cuydados, porque hallarà en èl, sus advertencias la Politica, sus enseñanças el Arte Militar, sus noticias puntuales la Cosmografia, sus primores la Discrecion, sus documentos la Prudencia, y en los Amores, que vàn mezclados con la narracion (materia de mayor peligro) està guardado el decoro de las Personas, y de las acciones, con tanta circunspeccion, que antes puede aprender atenciones la Modestia, que hallar tropiezos la ociosidad.

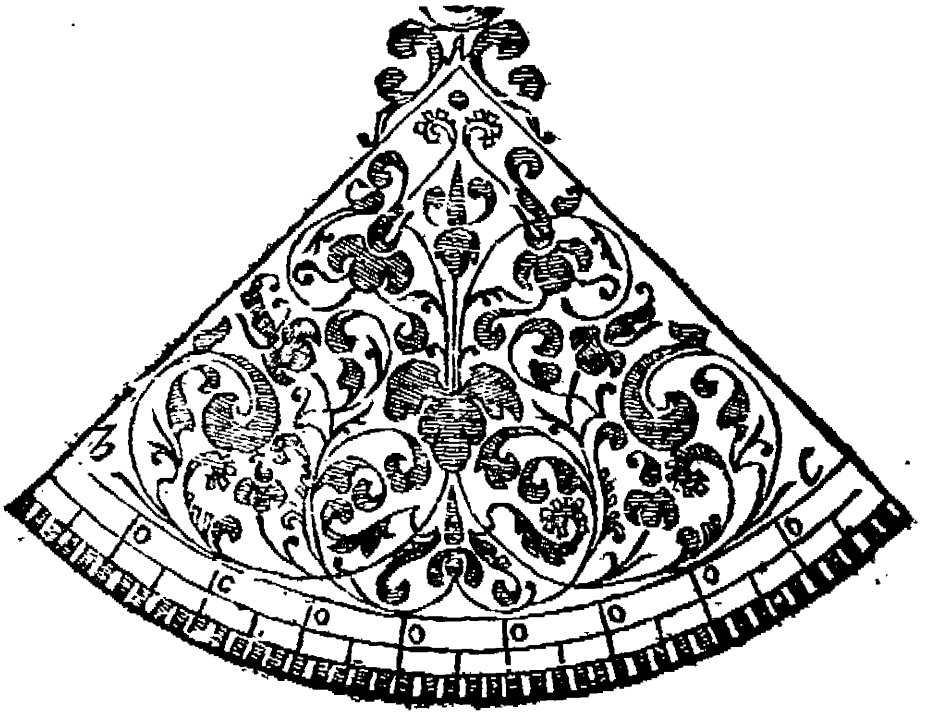
En la traducion sigue D. Nicolas el dictamen de los Maestros en esta facultad: dize lo que hallò en el Autor traducido, dexandole toda su hermosura en la locucion, y todo su vigor en la sentencia, sin atarse todas vezes à la violenta sugecion de las palabras; engaño frequente de algunos Traductores, porque segun Aulo Galio. *Non omnia omnino verba, in eum in quem dicta sunt modo, vertenda sunt: per durum enim gratiam pleraque, si quasi invita & recusatia transferantur.* Busca en su Idioma la propiedad, y la energia de las vozes, para explicar, aunque sean por otros terminos lo que traduce, y algunas vezes lo dize, ò con mayor venustidad, ò con mejor sonido, tan acertada, y tan ventajosamente, que no seria fuera de proposito aplicarle aquel aplauso con que celebrò Macrobio en el Poeta Virgilio las traducciones de Homero: *Et iudicio transferendi, & modo imitandi consecutus est, vt quod apud illum legerimus, aut aliud esse mallimus, aut melius hic quam vbi natum est, sonare miremur.*

Aul. Gel. Noct. Att. lib. 9. cap. 9.

Macrob. Saturn. li. 6. c. 1.

Devese agradecer à este Cavallero, que siguiendo la Profesion de Soldado, con opinion igual à sus obligaciones, aya sabido lograr estos descansos eruditos de las tareas Militares, llenando los ocios de la espada con los aciertos de la pluma, y le tengo por digno de la licencia que pide, sin hallar en su Obra reparo Moral, ò Politico que pueda embarazar esta gracia, V. A. resolverà lo que fuere de su mayor servicio. Madrid à 26. de Octubre de 1681.

D. Antonio de Solis.



EL REY.

POR quanto por parte de vos D. Nicolas Carnero, Cavallero del Orden de Calatrava, nos fue fecha relacion teniades traducido vn libro intitulado: *El Artamenes, ò el Gran Cyro*, de lengua Toscana en Castellana, y nos suplicasteis os concediessemos licẽcia por diez años para que pudiessedes imprimir el dicho libro, ò como la nuestra merced fuesse; y visto por los del nuestro Cõsejo, y como por nuestro mandado se hizieron las diligencias de la Pragmatica por Nos vltimamẽte fecha, q̃ sobre la imposicion de los libros se dispone, fue acordado deviamos mandar dar esta nuestra Carta, y Priuilegio para vos en la dicha razon, y Nos lo tuvimos por bien. Por la qual os damos licencia, y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes, q̃ corren, y se quentan desde el dia de la fecha desta nuestra Cedula en adelante, vos, ò la persona que vuestro poder tuviere, y no otra alguna, podais imprimir el dicho libro, que de suso se haze mencion, ò su original, que en el nuestro Consejo se vió, que và rubricado, y firmado al fin de Manuel de Moxica nuestro Escrivano de Camara, de los que en èl residen, con que antes que se venda lo traygais ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impression està conforme a èl, y traygan fee en publica forma, como por Corrector por Nos nombrado se viò, y corrigiò la dicha impression por dicho original: Y mandamos al Impressor que assi imprimiere el dicho libro no imprima el principio, ni primer pliego, ni entregue mas de solo vn libro, con su original, al Autor, ò persona à cuyo cargo, y costa se imprimiere, para efecto de dicha correccion, y tassa, hasta que antes,

tes, y primero el dicho libro eſtè corregido, y taſſado por los del nueſtro Conſejo; y eſtando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho primer pliego, y principio, y ſeguidamente eſta nueſtra cedula, y la aprobacion que del dicho libro ſe hizo por nueſtro mandado, y la taſſa, y erratas, pena de caer, è incurrir en las penas contenidas en las leyes, y Pragmaticas deſtos nueſtros Reynes, que ſobre ello diſponen: Y mandamos, que durante el tiempo de los dichos diez años perſona ninguna ſin la dicha vueſtra licẽcia puedan imprimir el dicho libro, ſo pena que el que de otra manera lo imprimiere, ò vendiere aya perdido, y pierda todos y qualeſquier libros, moldes, y aparejos que de el dicho libro tuviere, y mas incurra en pena de cinquenta mil marauedis, tercia parte para la nueſtra Camara, y la otra para el Iuez que la ſentenciare, y la otra tercia parte para la perſona que lo denunciare: Y mandamos à los del nueſtro Conſejo, Preſidente, y Oidores de las nueſtras Audiencias, Alcaldes, y Alguaziles de la nueſtra Caſa, y Cor- y Chancillerias, y à todos los Corregidores, Aſsiſtente, Governadores, Alcaldes Mayores, y Ordinarios, y otros Iuezes, y Iuſticias qualeſquier de todas las Ciudades, Villas, y Lugares deſtos nueſtros Reynos, y Señorios, y a cada vno dellos en ſus Lugares, y Iuriſdiciones, que guarden, y cumplan, y hagan guardar, y cumplir eſta nueſtra Cedula, y contra ella, y ſu tenor no vayan, ni paſſen, ni conſientan ir, ni paſſar en manera alguna. Dada en Madrid à veinte y cinco dias de el mes de Noviembre de mil ſeiſcientos y ochenta y vn años. YO EL REY. Por mandado del Rey N.S. Antonio de Zupide y Aponte.

Fee de Erratas.

PAg.2.lin.9.encencendidas,di,encendidas.P.15.l.4.ò la Pla ya,di,ò à la Playa.P.16.l.22.Mazeres,di,Mazares. P.22.l. 31.reconociendo,di,recorrido. P.24.l.21.pienſa, procuro, di, pienſa,que procuro.P.54.l.32.peceſsitàra,di, neceſsitàra. P. 63.l.4.eſſos,di,eſtos.P.146.l.32.le,di,la.P.147. l. 21. el qual anduvo,di,no anduvo.P.155.l.23.ve2es,di,vozes. Pag. 80 l. obecio,di,obedeciò.P.99.l.1.diſcurriendo, di, diſcurrido. P. 103.l.8.necido,di,nacido.P.105.l.8.nimo,di, animo. P.118. l.22.valeroſos,di,veleros.P.129.l.2. Perſia,di,Pteria.P.160. l.2.mi Amo,di,à mi Amo.P.226.l.6.blarle,di,hablarla. Pag. 242.l.19.tanto, di,tantos. P.268.l.25.dexarlos,di,dexadlos. P.275.l.30.que era fuertes,di,que eran fuertes.P.329.l.31.di- xe ella,di,dixo ella.P.388.l.25.ſenſibilidad,di,inſenſibilidad. P.368.l.18.avia moſtrado,di,crei que avia moſtrado. P.423. l.14.quereis,di,querreis.

Eſte libro intitulado: *El Areamenes,ò el Gran Cyro*, con eſtas erratas correſponde con ſu original,y eſtà fielmente impreſſo. Madrid,y Febrero 16.de 1682.

Lic D.Franciſco Murcia de la Llana.

Suma de la Taſſa.

TAſſaron los Señores del Conſejo Real de Caſtilla eſte libro intitulado: *El Artamenes,ò el Gran Cyro*,à ocho maravedis cada pliego, como mas largamente conſta de ſu original,deſpachado en el Oficio de Manuel de Moxica,Eſcrivano de Camara de ſu Mageſtad, en 17.de Febrero de 1682.

PRO-

PROLOGO
al Lector.

VIENDO comunicado en Italia, entre los ocios de las Militares tareas al *ARTAMENES* (este Cavallero incognito, que mi desvelo, ò Lector amigo, expone aora à tu curiosidad) quedè tan aficionado à su valor, y cortesia (armas con que adquiriò tantas victorias) que le roguè se viniesse conmigo à España: alentandome à este ruego el saber, que desde muy niño avia sido inclinado á peregrinar el mundo, y que aunque en Asia nacido, se avia criado en Francia, desde donde persuadido de las instancias, y diligencias de vn Noble Toscano, passò à coronarse de aplausos en aquel Idioma. Si no los mereciere en el nuestro, serà porque la abundancia de lenguas produce confusion, cuyo exemplo deriva de muy alto su origen, ò porque yo no supe enseñarle la Castellana, con la propiedad que devia; y de qualquier manera, me pesarà, que vn Cavallero tan Cortesano, assi en Francia, como en Italia, se nos venga à España à gastar grosero estilo. Pero, Lector mio, si assi te lo pareciere, yo te prometo dexarle sepultado en la carcel del olvido; mas si te agradare, yo te doy palabra de sacarle de la prision en q̃ queda; aunque pese à su pundonorosa repugnancia, y á la ciega obstinacion de aquel irritado Rey; para que deponiendo el mentido nombre de *ARTAMENES*, conozcas, y admires en *EL GRAN CYRO* el Principe mas ilustre, que ha tenido el Mundo;

TABLA DE LOS CAPITV-los en que se dividen estos tres Libros.

Libro primero.

CAp. 1. El incendio de la Ciudad de Sinope, pagin. 1.
Cap. 2. Vencido el fuego, entra Artamenes en la Torre del Castillo de Sinope, y halla en ella lo que se dirà, pag. 12.
Cap. 3. Sale Artamenes à recorrer la Playa, y refiere lo que le sucediò en vna Choça de Pescadores, pag. 28.
Cap. 4. Prende el Rey à Artamenes, pag. 46.

Libro segundo.

CAp. 1. Refiere Crisante la Historia de Artamenes, pag 63.
Cap. 2. Nace Cyro: y el inhumano decreto que Astiages diò contra su vida, pag. 78.
Cap. 3. Sucesso, en que mostrò Cyro su generoso coraçon, en muy tiernos años, pag. 90.
Cap. 4. Dexa Cyro la Corte de Persia, y sale à peregrinar el Mundo, pag. 102.
Cap. 5. El peligroso encuentro que tuvo Artamenes con vn Cosario, y como saliò dèl, pag. 116.
Cap. 6. Despues de vna borrasca, arriba Artamenes à Sino-

pe-

pe, y refiereſe lo que alli le ſucediò, pag. 126.
Cap. 7. Reſuelve Artamenes quedarſe à ſervir en el Exercito del Rey de Capadocia contra el de Ponto, pag. 139.
Cap. 8. Dà la Batalla Ciaxares à el Rey de Ponto, y lo que obrò en ella Artamenes, pag. 151.
Cap. 9. Embia el Rey de Ponto à proponer vn medio á Ciaxares para concluir la guerra, pag. 165.
Cap. 10. Refiere Criſante la batalla de los Dozientos, en que ſe hallò Artamenes, pag. 179.
Cap. 11. Determinaſe oir en juizio à Artamenes, y á Artano, ſobre el derecho de la victoria, pag. 192.
Cap. 12. Conluyeſe la diferencia de las dos Ciudades, Ceraſia, y Aniſa, con otros ſuceſſos que refiere Criſante, pag. 205.
Cap. 13. De lo que le ſucediò à Artamenes en Ceraſia, de que reſultò bolver el Rey de Ponto à romper la guerra, pag. 218.
Cap. 14. De la batalla que ſe dieron los dos Exercitos enemigos, y lo que en ella ſucediò à Artamenes, pag. 232.
Cap. 15. Deſcubreſe la Cabeça de los conjurados por medio de vnos priſioneros, y lo que con èl hizo Artamenes, pag. 246.
Cap. 16. De lo que le ſucediò à Artamenes en Sinope á la retirada de Campaña, pag. 261.

Libro tercero.

CAp. 1. Del modo con que ſufria Artamenes ſu priſion, pag. 280.
Cap. 2. Fia Aglatida ſu amor à ſu amigo Arbates, à quien in-

Tabla de los Capitulos.

introduce con Ameſtris, pag. 298.
Cap. 3. Proſigue Aglatida ſu Hiſtoria, y la traicion de Arbates, pag. 315.
Cap. 4. Refiere Aglatida el fin que tuvieron los engaños de Arbates, pag. 332.
Cap. 5. De lo que le ſucedió à Aglatida en la fuente del Prado, pag. 348.
Cap. 6. Buelto Aglatida á ſu retiro, recibe vna carta de Ameſtris, que le acaba de confirmar en ſu zeloſa ſoſpecha, pag. 363.
Cap. 7. Del efecto que produxo el remedio que aplicó Artabano à los zelos de Aglatida, pag. 378.
Cap. 8. De la vengança que tomò Ameſtris de los zelos de Aglatida, pag. 395.
Cap. 9. Dá fin Aglatida à ſu Hiſtoria, pag. 411.

EL

EL ARTA
MENES, Ò EL GRAN CYRO.

LIBRO PRIMERO.

CAPITVLO I.

El incendio de la Ciudad de Sinope.

ERA tan grande el incendio de la Ciudad de Sinope, que el Cielo, el Mar, la Campaña, y la eminencia de los Montes mas remotos recibian su reverberacion, y resplandor tan claro, que à pesar de la obscuridad de la noche, se distinguian todos los objectos. Iamàs se vió tan horrorosa vista. Divisavanse en el Puerto veinte Galeras, todas à vn tiempo despojo de

las llamas, que aun desde el agua embiavan ondas de fuego à las nubes. Impelia aquellos incendios vn furioso viento, que los inclinava àzia la mayor parte de la Ciudad, que yà tenian abrasada, y reduzida à vn tragico Teatro. Veianse passar en vn momento de vna parte à otra; y comunicandose vnos con otros, no avia Calle, ni sitio de la infelize Ciudad, que no estuviesse infestada del fuego. Destrozadas las xarcias, y velas de las Galeras, y Baxeles, tremolavan encendidas por el ayre, y caian hechas pabesas sobre las Casas vezinas; algunas de las quales, yà consumidas, cedian à la violencia de aquel implacable vencedor, y se precipitavan sobre aquellas Calles, y Plaças, que avian hermosamente adornado. Esta espantosa multitud de llamas, que brotava por tantas partes; y tenia mas, y menos fuerça, à proporcion de la materia que las alimentava, contrastava entre si, por ocasion del viento, que las agitava; porque yà vniendolas, yà separandolas, parecia, que disputavan entre ellas la gloria de abrasar aquella hermosa Poblacion. Entre las llamas se mezclavan globos de humo, que en aquel confuso colorido añadian vna especie de horror, y assombro; y la abundancia de las pabesas, que caian como inflamado granizo, aumentavan el espanto.

Entre estos horrores, y en lo vltimo de la Ciudad, avia vn Castillo, fundado sobre vn Penasco, expuesto al Mar. Aun no le avia tocado el fuego; mas no dexava de acercarse à el por momentos, donde el viento le llevava con violencia. Parecia, que estas llamas se avian originado del Puerto; porque todas las Casas de aquel Contorno, y mas cercanas à la Ciudad, eran las que mas ardian: (Si en vn Lugar donde todo ardia, era facil distinguir lo mas de lo menos.) Azia vna parte de la Ciudad se descubria, no obstante, vn Templo, ò sumptuoso Edificio, que mas que otros se resistia à la boracidad de aquel Elemento, y permitia

mitia à la vista su hermosa Arquitectura, causando mayor compassion, por la inevitable ruìna, que le amenazava. Todo en fin estava arruynado; y lo que no lo estava, tenia tan cercano el peligro, que era imposible mirar sin lastima, y dolor vn expectaculo tan horroroso. A este tiempo, el enamorado Artamenes, que salia de vn Valle, rodeado, y cubierto de Arboles, delante de quatro mil Hombres, quedò absorto à semejante vista; y tan confuso, que hizo alto, dudando, si era verdad lo que veìa; y sin poder formar palabra, para explicar su assombro, yà mirava la Ciudad, yà el Puerto. Bolviò los ojos al Mar, que mas parecia de fuego, que de agua, por el reflexo que en èl hazian las nubes, del fuego, como otro fuego iluminadas. Observò el Monte; registrò el llano; y alçò, todo en vn instante, los ojos al Cielo; y sin poder hablar, ni moverse, parecia, que preguntava à todos: Si lo que veìa era verdad, ò sueño. Hidaspes, Crisante, Aglatida, Araspes, y Feraulo, que estavan mas cerca dèl, miravan aquel expectaculo, sin atreverse à mirar à Artamenes, que impeliendo el Cavallo àzia vna vezina Eminencia, seguido de los demàs, viò, y conociò claramente, que aquella era la Ciudad misma, que iba à sorprender, por inteligencia que tenia dentro de ella, para librar à su Princesa, que la tenia alli presa el Rey de Assyria; y llevado de la fuerça del dolor, exclamò, diziendo: Es posible, ò Dioses injustos, que ayais permitido la ruìna de la mas hermosa Princesa del Mundo! Y que quando yo creìa librarla, me hazeis, que vea irremediablemente su estrago! Dicho esto, levantò el galope al Cavallo, acompañado de Feraulo, y de Crisante; y mandando, que todos le siguiessen, prosiguiò, diziendo: O Amigos, quan infeliz es mi suerte, y à què expectaculo he venido! Arrojèmonos dentro de aquellas llamas, que han sido instrumento de la muerte de nuestra Illustre Princesa. Como es posible (de-

zia luego) que el incendio, que miro, aya abrasado à mi divina Mandane? Mas què digo! No ay que poner en duda mi desdicha: Ella està yà reduzida en pabesas; porque no huvieran permitido los Dioses tan grande incendio, para librarla dèl: Si su intencion no fuera consumirla, huvieran hecho levantar essas ondas, para extinguir aquellas llamas, y no la huvieran expuesto à tan gran peligro. Pero, ò tu cruel Competidor mio! Tan mal has cuidado de tu vida, como de la suya, y con tu negligencia has ocasionado su muerte. Si yo viera à mi Princesa (dezia, buelto à Crisante) en poder de vn Principe defendido de cien mil Hombres, que la quisiesse sacrificar, despedaçandola delante de mis ojos, no me vierais tan desesperado; tuviera por lo menos vn Enemigo, que sino pudiera vençer, le podria embestir, y quedar en parte vengado; pero aqui no me queda mas recurso, que arrojarme à las mismas llamas, que han abrasado à mi Princesa. Y diziendo esto, se adelantava à todos, apressurando el passo, y viendo, que no podia oirle otro, que Crisante, prosiguiò: Quizà avrè sido yo la causa de la muerte de mi Princesa: Ella avrà por mi puesto fuego à la Ciudad, por no faltar à la fee, que jurò al infeliz Artamenes. Ay Cielos! si esto es assi, què bien merecidos son estos males que padezco! Crisante, viendo, que no hablava, se llegò à el, para consolarle; pero Artamenes, caminando, le mirava, con rostro tan macilento, que huviera movido à piedad à los mismos Marmoles insensibles. No, no (dezia Artamenes) mi mal no es de aquellos, que pueden admitir consuelo; solo vn camino me queda para salir muy presto de estos afanes. Por lo menos, Crisante mio, tendrè el triste consuelo, de que aquellas mismas llamas, que abrasaron con mi Princesa à mi Competidor, y mezclaron al inocente, y al Reo, y me quitaron de vn golpe à la que amo, y al que aborrezco, sean tambien

las

las mismas que me consuman, y mezclen mis cenizas con las de mi adorada Deidad. Assi dezia, y mostrava en el semblante todas las señas de vna inminente desesperacion. Tenia la voz languida, y funesta, y sus acciones eran prevenciones de su muerte.

Comparecieron en tanto los primeros albores del dia, y la cercania del Sol menguò parte del horror del incendio; porque el Mar, la Campaña, y el Monte cobraron sus colores nativos, y se mejorò el semblante de aquella tragica Scena. Feraulo viò à vn mismo tiempo dos cosas, que mostrò à su Amo, diziendo: No veis, señor, moverse en el Mar vna Galera, como que procura apartarse de aquella infelize Ciudad? No veis vn Hombre en la Puerta de aquel Castillo, procurando apagar el fuego, que se acerca à su Torre, y lo abandona todo por librarla? Todo lo veo, respondiò Artamenes: Parece (añadiò Crisante) que esta es señal cierta de que la Princesa està viua, y que quizà la incluye aquella Galera, ò aquella Torre. O quan dichoso seria yo (dixo Artamenes) si assi fuesse, pudiendo concebir alguna esperança! Acercavase en tanto à la Ciudad; y viendo trabajar à muchos en atajar el fuego, que se arrimava à la Torre: Mira (dezia, y apresurava el Cavallo) ò dichoso Competidor! por la vida de nuestra Princesa; y asseurate, que si la libras de este peligro, te perdonarè todos los males que me has hecho. No estava este Principe firme en vn pensamiento solo; porque tal vez ofrecia votos por la vida de la Princesa, y otras vezes maldezia à su Competidor. Despues, mirando à la Galera, le pareciò, que veìa Mugeres en la Popa, de que concibiò grande alegria; pero considerando, que si iba en ella su Princesa, la perdia, bolvia à la desesperacion primera. Bolviendo despues los ojos à la Torre, que del fuego, y del Mar estava cercada; y dudando, si su Princesa estaria dentro, mudò de parecer, y

mandò à ſus Tropas (traìdas à deſtruir aquella Ciudad) que ſe empleaſſen en apagar el fuego; que la conſumia; y no reſolviendoſe à bolver atràs, mandò à Feraulo, que les llevaſſe la orden à toda diligencia, para que apreſuraſſen la marcha en ſu ſeguimiento. Al acercarſe à Sinope, ſintiò vn ayre tan encendido, y oyò vn eſtruendo tan grande, que otro que Artamenes no ſe huviera atrevido à entrar dentro. El bramido del Mar; el gemido del viento; el eſtallido de las llamas, vnidos con el eſtruendo eſpantoſo de las ruìnas de las Caſas, que ſe precipitavan al ſuelo; y los lamentos, y llantos de los Moradores, ò de aquellos, que eſperavan por inſtantes la muerte; de todos eſtos gemidos, eſtruendos, vozes, y ruìnas, ſe formava vn ruìdo, tan triſtemente ſonoro, que los Ecos de los Montes le repetian, y ordenavan vna armonìa laſtimoſa; ſi ſe puede llamar armonìa vn ſonido lleno de confuſion. Pero eſta no impedia, que Artamenes ſe hizieſſe eſcuchar de los ſuyos; porque aviendo llegado à la Ciudad, à parte donde todos ſe avian incorporado con èl, buelto à ellos, con afectuoſas vozes, è incomparable agrado, dixo: Preſuponed, ò Compañeros, que yo miſmo eſtoy encerrado en aquella Torre; y perſuadios, à que me hallo en peligro, y neceſsidad de perecer, ò anegado del agua, ò abraſado del fuego, y que aveis de entrar dentro, para ſalvar mi vida; ò por mejor dezir, imaginad, que vueſtro Rey, vueſtra Princeſa, vueſtros Padres, y vueſtros Hijos, eſtàn alli con Artamenes cercanos à la muerte. Eſto os digo, para incitaros con la eſpuela de los mas tiernos afectos, à deſpertar vueſtro valor, y diligencia. Es menefter, ò Compañeros, hazer oy lo que no ſe ha hecho nunca. Es menefter arruynar, y librar à vn tiempo à nueſtros Enemigos. Conviene amenazarlos con vna mano, y ſocorrerlos con otra; y en fin, es neceſſario hazer quanto fuere poſsible por librar à vna Princeſa, que ha de

ſer

ſer vueſtra Reyna, y merece ſerlo de todo el Mundo. A eſtas palabras Criſante, Araſpes, Aglatida, y Hidaſpes, que cada vno governava mil Hombres en aquella ocaſion, ſe llegaron à Artamenes, à tomar ſus ordenes; y Feraulo, que era el que governava la Empreſſa, y el que tenia la inteligencia en la Ciudad, y à quien Artuca avia ofrecido abrir aquella noche vna Puerta de Sinope, dixo: Que era menester no dexar de ir àzia la entrada ſeñalada, antes que eſtuvieſſe la Ciudad entregada al incendio; y que era conveniente ir derechos à la Puerta del Templo de Marte; porque ſi el fuego (dezia) no huviere todavia pueſto en confuſion toda la Ciudad, podrèmos hallar reſiſtencia, vſandoſe en eſtas ocaſiones doblar las Guardias, por temor de que ſea el fuego eſtratagema del Enemigo; y ſino la hallaremos, eſtarèmos ſeguros. Y en fin, ſi Artuca, y los ſuyos no han perecido en el incendio, los tendrèmos prontos, para lo que los huvieremos menester; y ſi han perecido, no hallarèmos quien ſe nos oponga. Pareciò bien el conſejo; pero andavan inquiriendo, por què parte podian encaminarſe àzia la Torre: Mas Aglatida les moſtrò, que el fuego empeçava à menguar por la del Puerto; porque conſumiendoſe mas apriſa la madera de ſus Almazenes, que las Caſas de la Ciudad, era preciſo, que ſe extinguieſſe por alli antes; y aſsi ſe debia ir por la Marina, donde no tendrian mas que vn lado de quien guardarſe, y deſta ſuerte llegarian mas facilmente al pie de la Torre. Artamenes, que deſeava con impaciencia llegar à ella, no quiſo ventilar mas eſte punto, pareciendole, que la conſulta dilatava mucho el remedio; y aſsi empeçò à caminar el primero de todos, mandando à los ſuyos, que fueſſen diziendo por la Ciudad, que venian à librar à la Princeſa, para que oyendo el Pueblo vn nombre, que tanto amava, hizieſſe menos reſiſtencia, y opoſicion à ſu intento. Partieron, pues, y Feraulo guiava à

Artamenes (que avia puesto pie à tierra con todos sus Capitanes) àzia la Puerta del Templo de Marte, donde hallaron al que buscavan: el qual estava desesperado, por la tardança de Artamenes: (Aviale detenido la vista del incendio) y yà empeçava à tratar de defenderse de las llamas; pero apenas huvo visto à los que esperava, quando hizo abrir la Puerta, donde se mantenia con poco numero de Soldados: aviendose ido la mayor parte, contra su voluntad, à cuìdar cada vno de sus Padres, Hijos, y Mugeres. No tuvieron mucha dificultad en apoderarse de la Puerta; pero la tuvieron bien grande en guardarse de las llamas, que encontravan por todas partes. Caminando Artamenes por aquellas Calles, conociò mas de vn peligro en la ruìna de vna, y otra Casa; y si esta vista le avia parecido horrible desde afuera, dentro se le mostrò espantosa. Iban con las Espadas desnudas en las diestras, y los Escudos en las sinistras; y de estos necesitavan mas para defenderse de los tizones ardientes, que de todas partes les caìan encima, que para reparar los golpes de los Enemigos. La vista de Artamenes doblò las vozes, y alaridos de aquellos pocos Ciudadanos que avian quedado viuos: de los quales, vnos estavan ocupados en apagar las llamas, que assaltavan sus Casas, y otros en librar sus Familias; y dexavan oficios tan piadosos, por juntarse, y hazer alguna resistencia; pero no hallaron entre aquellos desordenes, ni Cabos, ni Armas, ni Gente bastante à hazer oposicion. Vnos derribavan sus Casas propias, por salvar las de sus Vezinos. Otros arrojavan por las ventanas lo mas precioso, por reservar lo mas necessario. Las afligidas Mugeres, sin cuìdar de sus muebles, y Casas, huìan, con los cabellos sueltos, y enmarañados, con los Hijos arrimados al pecho. Todo era lastimas, y miserias; y si Artamenes no fuera llevado de vna passion violenta, se huviera detenido à

cada

cada passo à socorrerlas: Tan dignas eran de compassion, y tan piadoso èl con los miserables.

Proseguia, pues, su camino; y aviendose esparcido la voz de su llegada; Aribeo, Governador de Sinope, que hazia todo esfuerço para que el fuego no llegasse à la Torre, mandando trabajar alli la mayor parte del Pueblo, que avia quedado en la Ciudad, supo de los Soldados esta venida, tan de repente, que se viò en grande embaraço; y tan confuso, que no sabia si oponerse à Artamenes, ò proseguir la diligencia de apagar el fuego; porque dezia: De què le servirà al Rey de Assyria, que yo vença à Artamenes, si èl queda vencido de las llamas? Pero de què me servirà à mi apagar este fuego, si quedo prisionero de mi mayor Enemigo? Yo no he sido traydor à mi mismo Dueño? No ayudè à robar à la Princesa su Hija? No le he solevado los Pueblos? Pues peleèmos con Artamenes, de quien tanto se teme el Rey de Assyria, como del fuego, y cuidèmos de nuestra vida, en lugar de defender la agena. Y diziendo esto entre si, mandò à los que apagavan el fuego, y procuravan atajarle el curso, derribando con ciertos Artificios las Casas vezinas, que tomassen las Armas, si las tenian; y que no teniendolas, fuessen luego al punto à proveerse de ellas, y se armassen con quanto pudiessen, y les viniesse à las manos, hasta valerse del mismo fuego. Despues de aver atravessado Artamenes gran parte de la Ciudad, y toda la longitud del Puerto, y llegado junto à la Torre, quedò admirado de ver, que nadie trabajava en apagar el fuego, y que por otra parte venia Aribeo à embestirle: Serà bien (dezia) que quando vengo à extinguir este incendio, aya quien me lo impida? No, Compañeros, no serà razon que se desista de obra tan importante. Y dicho esto, mandò à algunos de sus Soldados, que prosiguiessen lo que otros avian dexado, en tanto que èl peleava con los que mostravan

van quererſele oponer. Mientras atendia à eſta piedad, y hazia cara a los Enemigos, en cuya frente venia Aribeo, levantò los ojos à la Torre, y viò al Rey de Aſſyria en acto de deſeſperacion, moſtrandoſe dudoſo, en ſi ſe arrojaria al agua, ò al fuego. Eſta viſta le confirmò en la eſperança, de que aun no era muerta ſu Princeſa, y reiteró el orden de vençer el fuego, y cerrò denodadamente con los Enemigos, que ya le ſalian al encuentro. Quando eſtuvo cerca dellos, y conociò, que Aribeo era ſu Caudillo, dixo: No vengo oy à pelear contigo, ni à caſtigarte; y tendràs tu ſolo la culpa, ſi yo no conſiguiere tu perdon del Rey de los Medos: con que depongas las Armas, y mires conmigo por tu vida, y la de la Princeſa. Pero Aribeo, que no juzgava ſu delito capàz de perdon, y ſabia lo que ignorava Artamenes; en vez de reſponderle, ſe arrojò con la Eſpada levantada, para herirle, y diò principio à vn fiero combate, de quien, entre otros, fueron teſtigos las llamas; que no eran menos de temer, por lo que caìa de arriba, que los golpes del braço de vn invicto Enemigo, oy mas valiente que nunca, por el amor, la ira, la vengança, y ſer el mas eſforçado Heroe del Orbe. Hidaſpes, Artuca, Criſante, Aglatida, y Araſpes, ſe puſieron à ſu lado. No ſe hallò alli Feraulo; porque tenia à ſu cargo la orden de apagar el fuego. De eſta ſuerte veìa el Rey de Aſſyria, que à vn tiempo trabajavan por ſu vida, y por ſu muerte, procurando ſalvarſela à èl, y quitarſela à ſu parcial. Por lo menos (dezia Artamenes entre ſi, levantando los ojos à la Torre, donde veìa a ſu Competidor) ſi viera deſde alli arriba mi Princeſa lo que hago por librarla, fuera menos infeliz; y ſi ſupiera de cierto, que era teſtigo de mi muerte, ò mi vitoria, no tuviera mas que deſear. Continuavaſe en tanto el combate con grande furia; y al miſmo tiempo, que movia las manos Artamenes, empleava los ojos en obſer-

ſervar, ſi Feraulo executava bien ſus ordenes. Entre eſta confuſion trabò batalla particular con Aribeo, bien peligroſa, y porfiada; y aunque aquel traydor tenia delante al mas terrible Cavallero de aquella Edad, la deſeſperacion obrava en èl, lo que el valor no huviera podido en otro; pero como Artamenes peleava con eſperança, y con preſuncion, de que entre èl, y ſu Princeſa no avia mas que vna Muralla, hazia coſas portentoſas; matava al que ſe le oponia; hiriò en muchas partes à Aribeo: el qual ſe huviera reſuelto à rendir, ſino ſe le huvieſſe caìdo à ſus pies toda vna Caſa quemada, debaxo de cuyas ruinas quedò ſepultado, y ſe creyò aver muerto à vn tiempo de las heridas, y del fuego: Digno caſtigo de ſu traycion! Artamenes, que no quedò herido de ſu Contrario, rezelò la muerte de eſte ſuceſſo, viendoſe todo embuelto en llamas, rodeado de humo, y de tizones; y ſino ſe huviera cubierto con el Eſcudo, avria infaliblemente perecido. La mitad de la Caſaca quedò abraſada, y faltò poco para perder la vida en eſte frangente. La ruìna de aquella Caſa levantò vn polvo tan denſo, vn humo tan negro, y vna nube de pabeſas tan ardiente, que por vn rato no ſe pudo ver lo que alli ſe hazia. Lo que ocupò el animo de Artamenes en aquella ocaſion, fuè, que Aribeo, al tiempo de caer la Caſa (por lo que del ſemblante ſe podia inferir) avia querido rendirſe; porq ſe retirò quatro, ò cinco paſſos atràs, aunque aquella accion podia atribuirſe à quererapartarſe del rieſgo; y milagroſamente Artamenes, que le alcançava con la punta de la Eſpada, no quedò ofendido de aquellas peligroſas ruinas. Deſpues de eſte ſuceſſo, todos los que acompañavan à Aribeo, ſe puſieron en fuga, atemoriçados; y nueſtro Heroe dava, y hazia dar vozes, diziendo: Que no venia à ofenderlos, ſino à librarlos: Con que al fin, depueſtas las Armas, ſe fiaron en la palabra del Vencedor, à quien en otro tiempo avian

ama-

amado; de manera, que en vn instante fueron todos de vna faccion; y Artamenes, animando à los suyos, enseñó con su exemplo lo que se avia de hazer para atajar el fuego. Admirado el Pueblo de ver vn Enemigo tan piadoso, derribaron algunas Casas con los Arietes. Llevavan agua con los Escudos, y la echavan sobre las llamas, temiendo no se encendiesse, aun aquello, que no estava tocado del fuego. Hizieron, en fin, lo que pudieron, y juzgaron provechoso. Todos los Cabos obraron milagros aquel dia; pero mas que todos Aglatida, que parece buscava antes la muerte, que la vitoria; tan animosamente se expuso al furor de las llamas, y à la opuesta desesperacion de los Enemigos.

CAPITVLO II.

Vencido el fuego, entra Artamenes en la Torre del Castillo de Sinope, y halla en ella lo que se dirà.

VIENDO Artamenes, que el fuego mitigava sus furores, se alegrò, por la esperança que tenia de ver muy presto à su Princesa. Ella està (dezia) en esta Torre; y si no, soy el mas infeliz de los viuientes: la librarè muy presto; y quizà oirè de sus hermosos labios, llamarme su libertador. Verè, en fin, à los que causan en mì el amor, y el odio. Finalmente, aviendo apagado el fuego por aquella parte, y llegado à la Puerta de la Torre, que yà empeçava à encenderse, mandò ocupar todas las de la Ciudad; pero queriendo hazer derri-

bar

bar la de la Torre, no ſabiendo, ſi hallaria en ella alguna reſiſtencia, viò vn Hombre de buen talle, que le abriò; y en lugar de defenderle la entrada (como lo huviera hecho, à no averle conocido deſde lo alto de las Almenas) le dixo, con reverente obſequio: Si no aveis olvidado, ſeñor, el nombre de Traſibulo, hazedle favor de emplear vueſtra autoridad en impedir la muerte de vna Perſona Iluſtre, à quien la deſeſperacion precipita de lo alto de eſſa Torre, ſino me ayudais luego à ſocorrerla. Artamenes, creyendo, que fueſſe ſu Princeſa, reduzida à ſemejante extremo, tardò poco en hazer vn afable cumplimiento à Traſibulo, à quien conociò en la voz: Vamos (dixo) ò antiguo vencedor mio; vamos à ſocorrer eſſa Iluſtre Perſona; y dicho eſto, ſubiò con gran velozidad la eſcalera, ſeguido de mucho numero de los ſuyos, particularmente de Hidaſpes, de Criſante, de Aglatida, de Traſibulo, y de Feraulo; y todos, menos Traſibulo, quedaron abſortos, de no ver Soldado ninguno en la Torre, ni en lo reſtante del Caſtillo. Araſpes, de orden de Artamenes, ſe avia quedado en la Puerta con ſus Soldados, para aſſegurarſe de qualquiera novedad. Eſte Principe, impaciente, por ver à ſu Princeſa, llegò antes que todos à lo alto de la Torre. Mas, ò què peſar fuè el ſuyo, quando en vez de ver à la Princeſa, hallò al Rey de Aſſyria, el robador de Mandane, ſu Competidor, y ſu Enemigo! pero ſu Enemigo deſarmado, y traſpaſſado de dolor. Bolviò entonçes Artamenes à Traſibulo, como para preguntarle, ſi era aquella la Perſona Iluſtre que dezia; y viendo, que todos los que le avian acompañado querian ſubir à lo alto de la Torre; y reparando, que no ſeria bien, que ſu diſcurſo con el Aſſyrio le oyeſſe tanta Geate, les hizo ſeñas, que ſe retiraſſen, y ſe previno à preguntar, donde eſtava la Princeſa, juzgando, que eſtaria en otro Quarto mas abaxo, ò en otra parte del Caſtillo; pero quedò burlado,

lado, quando oyò dezir al Rey: Vès aqui vn Principe mucho mas desgraciado que tu; pues ha ocasionado su desgracia, y la tuya; pero tambien puedes ver (y al dezir esto le enseñava la Galera, que aun se descubria en el Mar, y no muy lexos, por tener el viento por la Proa) otro robador de nuestra Princesa, y mucho mas culpado que yo; pues me avia ofrecido vna fee inviolable, y yo le avia entregado mi confiança. Pues como (respondiò Artamenes, mirando à la Galera, sin bolver los ojos à su Enemigo) la Princesa no està en tu poder? No (dixo, suspirando el Rey.) El Principe Mazares, el mas desleal de todos los Hombres, me la roba; y à ti te vsurpa el mas dulçe fruto de tus victorias; y pues no puedo satisfazer tu amor con la vista de tu Princesa, satisfaze por lo menos tu vengança con la muerte de tu Competidor. Ya veo, que no estoy en estado de impedirtela; y sino huviera podido seguir con los ojos aquel fugitivo Leño, el rato que ha estado cerca de essas Riberas, yà me huviera arrojado al Mar, ò à las llamas, para acabar con mis desdichas, y no dar en manos de mi Enemigo. Los Enemigos de Artamenes (respondiò el generoso afligido) no le han de temer, sino quando tienen las Armas en la mano. El estado en que te veo, te sirve de escudo contra mi odio, y mi vengança.

Despues destas razones se sintiò Artamenes traspassado de vn dolor incomparable. Viò segunda vez robada à su Princesa; no podia socorrerla, ni seguirla; porque todas las Galeras, y Baxeles, que avia en el Puerto, estavan consumidas del fuego, y no podia seguir al Robador, para castigarle. Veìa por otra parte à su Contrario en su poder; pero solo, y desarmado, y sin mas pensamiento, que el de morir. En este miserable estado, con vna afliccion, tan sin igual, como incapàz de remedio, vnas vezes su generosidad çedia al deseo de la vengança contra el Rey, y otras

le

le queria viuo. Entre eſtas incertidumbres, ſin ſaber que reſolver, oyò al Rey, que le dixo: Mira, Artamenes; mira, como la Fortuna te es favorable en todo; porque reforçado el viento, arroja la Galera al Puerto, ò la Playa, y puede ſer, que veas muy preſto à tu Princeſa. Artamenes entonçes, bolviendo los ojos al Mar, viò, que la violencia del viento contrario impelia con tanta fuerça el Leño, que eſtava yà tan cerca, que ſe podian diſtinguir las Mugeres, que iban en la Popa; y al miſmo tiempo ſe veìa, que con vn vano esfuerço de la Chuſma, à paſſa boga, no podia reſiſtir las ondas, ni el viento, al quererſe apartar de la tierra, à fuerça de remos. Manifeſtoſe luego en los ojos de Artamenes la alegria, y en los del Rey de Aſſyria la alegria, y el dolor, por ſaber, que arrojando el viento la Galera al Puerto, redundaria en beneficio de Artamenes, y en daño ſuyo. Solo vn conſuelo tenia que eſperar el Rey de Aſſyria, y era, el ver caſtigado à Mazares; y aſsi le dixo à Artamenes: No me concederàs, ſi los Dioſes te reſtituyen à tu Princeſa, que yo vea caſtigado à ſu Robador? Y que para eſte efecto ſeme dè vna Eſpada? Yo te prometo, luego que conſiga eſta vitoria, matarme con ella, para que puedas gozar en paz aquella felizidad, que te eſtorvarè mientras viuiere. Eſſa vengança me toca à mi (dixo Artamenes) y pues no debo ofender al Rey de Aſſyria deſarmado, è infeliz, y me privo del guſto de la vengança, es bien que reſerve para mi el caſtigar à Mazares ſu traydora temeridad. Deſpues deſto ſe puſieron los dos Competidores (ſin acordarſe mas de ſus odios) à mirar la Galera: Yà ofrecian votos al Cielo por ella; yà deſeavan ſu naufragio, como ſi les moviеſſe vn miſmo interes; y tal vez parecian amigos: tanto dominava aquel objecto en ſus ojos, en ſus animos, y en ſus deſeos; pero en vn inſtante vieron, que el Mar cambiò colores, y ſe alborotaron las ondas, que hinchan-

chandoſe, yà levantavan la Galera haſta el Cielo, y yà la ſumergian haſta el Abyſmo. Eſta viſta engendrava en aquellos dos coraçones vna miſma paſsion. Artamenes miravа al Rey de Aſſyria con vn dolor indezible; y el Aſſyrio le obſervava con vna deſeſperacion inexplicable; y deſta manera ſufriò cada vno iguales tormentos, experimentando toda aquella congoxa, que el amor puede dar à padecer à dos Amantes. Veian, que continuava el viento, como avia empeçado, y la Galera iba à embeſtir contra el Eſcollo de la Torre: por lo qual ofrecian votos à los Dioſes, contrarios à los primeros. Deſeavan, que el viento favoreclieſſe al Robador, y que ſe deſviaſſe de la Tierra.

Crecia la tempeſtad; y por antojo del Mar inconſtante, otro viento ſe encontrava con el primero, contraſtando vno con otro, ſin determinar, à què parte embiarian aquel agitado Leño: el qual ſe apartò de la Ciudad, tan rapido, que como breve exalacion le perdieron de viſta los dos Competidores, perdiendo con èl todas ſus eſperanças; porque cotinuava la tormenta tan furioſa, como antes. Què no dixeron aquellos dos Iluſtres deſdichados, con el temor de aquella naval fortuna? Quiſieran poder dividir à Mandane de Mazeres, para que no participaſſe eſte de los votos, que ofrecian à los Dioſes por aquella; pero no obſtante, mas querian la vida del Competidor, que la muerte de la Dama. Ambos ſe la deſeavan, por no verla expueſta à tan gran peligro; y otras vezes revocavan ſus primeros deſeos. No teniendo, en fin, preſente aquel objecto, que reprimia ſus paſsiones, empeçaron à mirarſe, como antes, con ojos airados, como dos Enemigos, y Competidores. Eſtava Artamenes para irſe, y mandar, que puſieſſen Guardas al Rey de Aſſyria, quando aquel Principe le dixo: Bien sè, que tus Progenitores ſon iguales à los mios; y lo sè por caminos tan eſtraños, y tan ciertos, que no

pon-

pongo duda alguna en esta noticia ; y assi me valgo de tu Generosidad, de quien he sido muchas vezes testigo secreto, à pesar de mi odio, aviendo hecho della muchas experiencias, con que no dudo me harás vn favor, que te quiero pedir. Como à mi Contrario, dixo Artamenes, te lo debo negar todo ; mas como à Rey de Assyria debo concederte lo que no sea en ofensa del Rey, à quien sirvo, ò de la Princesa su Hija ; y assi puedes tener por cierto, que harè todo lo que no sea tocandome en el Honor, ò en el Amor: de lo qual te dà la palabra vn Hombre, que, como dizes, no te es inferior en Sangre, aunque no tenga de mi essa opinion el Mundo. Pideme, pues, lo que quisieres; pero aconsejate primero con tu razon, para no forçar la mia à negarte lo que me pidieres. El Rey de Assyria, viendo, que no passava adelante, respondiò assi : Bien sè, que pueres entregarme en manos de Ciaxares, y que despues de verle conquistado la mejor parte de mi Reyno, te seria de grande conveniencia entregarle tambien al mismo Rey prisionero ; pero tu eres muy Generoso, y no querràs, que la Fortuna te ayude à triunfar de vn Hombre como yo, ni aprovecharte de la prision de vn Enemigo, que sabes tiene valor ; pues ha medido su Espada con la tuya. El estado de mi amor con la Princesa es tal, que no puedo negarte, que es menester morir primero, que la posseas. No me prives, pues, de la gloria de aver hecho alguna diligencia para el castigo de nuestro comun Enemigo, y libertad de la Princesa ; que yo te ofrezco, que quando la Fortuna me fuere favorable, y hallare à Mandane, no persuadirla jamas à cosa, que pueda perjudicarte, sino remitir nuestras diferencias, para terminarlas con vn duelo particular entre los dos ; de manera, que la Fortuna de las Armas decida nuestra competencia. Yà veo, Artamenes, que lo que desso, es difícil ; pero si tu Espiritu no fuera capàz de cosas ar-

duas, ſerias indigno Competidor mio. Verdaderamente (dixo Artamenes) que no es facil hazer lo que deſeas; y que me ſeria mucho menos dificultoſo concluir nueſtra enemiſtad, haziendote dar vna Eſpada, que la libertad, que me pides; porque no eſtà eſta tã en mi mano, como pienſas. Como mi amor no es inferior al tuyo (replicò el Rey) quizà el deſeo de reñir no es menos ardiente en el mio, que en tu Pecho; pero como yo no quiero reñir contigo, ſino por la poſſeſsion de la Princeſa: la qual no eſtà en eſtado de ſer el Premio del Vencedor, es neceſſario ſeguir al Robador de Mandane, y procurar juntos ſu libertad; pues es vno miſmo nueſtro interès. Porque, no adviertes, que ſi morimos ambos riñendo, quedaria Mandane ſin Defenſor, en manos de nueſtro Enemigo? A eſta razon quedò Artamenes vn poco ſuſpenſo; mas deſpues reſpondiò: Claro eſtà, que no ſeria bien exponer nueſtra Princeſa à ſemejante rieſgo; pero tampoco es conveniente, que governando yo las Armas del Rey de Media, arbitrie en la libertad de vn Priſionero, como el Rey de Aſſyria. Lo que puedo hazer por mi Honor, es, ofrecerte, emplear todo quanto valiere mi interceſsion, para que te dè libertad, y no eſcuſar diligencia para conſeguirla. Y para que conozcas, que no quiero rehuſar reñir con vn Enemigo como tu, ni eximirme vilmente con el pretexto de tenerte priſionero, te empeño mi palabra, de no pretender jamàs la poſſeſsion de la Princeſa, aunque la tuviera en mi poder, y aunque el Rey de Media me lo permitieſſe, y ella miſma me diera licencia, haſta que las Armas entre noſotros lo concedan, declarando el Vencedor. No niego (dixo el Rey de Aſſyria) que tienes razon; y que he andado imprudente en mi demanda; pero pues te confieſſo por mas cuerdo, conoceme por mas Amante; pues quiero tanto, que he llegado à perder el vſo de la razon, que tu conſervas libre. Mas conſ-

conſtantemente (dixo Artamenes) defenderè eſſa queſtion, que la prime ra.

No quiſo el Rey paſſar mas adelante en eſte punto; pero le pidiò, que advirtieſſe, que quizà no ſeria inutil, para procurar la libertad de la Princeſa; y que por ſola eſta razon le reconvenia, que miraſſe por la ſuya. Retiròſe entonçes Artamenes, y entregò el Rey à Araſpes, para que cuidaſſe dèl, mandandole, que le trataſſe con toda reverencia, y atencion, bolviendole à llevar à ſu Quarto: lo qual, aviendolo oydo el Rey, dixo: Que aquel Quarto debia ſervirle à èl; pero Artamenes ſe ſaliò de la Torre, ſin admitirle. Recorriò todas las Calles, para ſoſſegar el Pueblo, y ordenar, que ſe atendieſſe à acabar de extinguir el fuego. Embiò por toda la Playa à inquirir noticia de la Galera, que avia llevado à ſu Princeſa. Deſpachò vn Gentil-Hombre ſuyo à Ciaxares, à darle quenta del ſuceſſo. Al fin, todo lo reſtante del dia empleò en dar ordenes para diferentes efectos. Retiròſe à la noche à la miſma eſtancia, donde avia eſtado Mandane, como ſupo de Traſibulo, à quien hizo Artamenes todos los agaſſajos poſsibles, no obſtante la afliccion de ſu animo. Supo dèl, como no avia mas de vn dia que avia llegado à aquel Puerto, à reparar ſus Baxeles, maltratados de la tormenta; que el Rey de Aſſyria le avia recibido con mucho agrado, y hecho aloxar en aquel Caſtillo, donde avia viſto à la Princeſa de Media; y que aquella noche ſe avia oydo de repente el eſtruendo, que hazian los Baxeles, que ſe quemavan en el Puerto: de los quales ſe prendiò el fuego en las Caſas vezinas; y à eſte ruìdo, aviendo querido el Rey de Aſſyria tomar ſu Eſpada, no la hallò donde la avia dexado; y acudiendo al Quarto de la Princeſa, le hallò cerrado, y echò menos à todos los Soldados, que ſolian guardar el Caſtillo, por lo qual hizo abrir por fuerça el Quarto, donde no hallò à nadie;

dìe; y deſpues, queriendo hazer ſalir à ſus Criados, y èl con ellos, ſe lo avia impedido la violencia del fuego: deſpues de lo qual, ſiempre eſtuvo ſobre el Omenage de la Torre, contemplando ſu deſgracia, con animo deliberado de arrojarſe al Mar, ò à las llamas. Eſto fuè quanto pudo dezir Traſibulo; porque no avia eſtado mas de vn dia en Sinope. Dexò, pues, en ſu Quarto à Artamenes: el qual le prometiò hazer, que el Rey le reſarcieſſe la perdida de ſus Naves. Artamenes paſsò aquella noche entre mil inquietudes: Eſte es, dezia, el miſmo ſitio donde eſtuvo perſeguida mi Princeſa; y donde, quizà, ſe acordò de mi con dolor, y ſuſpirò la deſdicha de Artamenes. Por lo menos, bien sè, que hablò de mi; porque como podia de otra manera ſaber el Rey de Aſſyria, que Artamenes no es Artamenes? En el tiempo que le vì en la Corte de Capadocia, aunque era tan Amante, como èl, y por eſſo dificil de engañar, no le conocì mas que por Philidaſpes, vn Cavallero particular, y por tal ſe tenia èl. Pero como, ò adorada Princeſa! eſtoy en vueſtra priſion, donde en lugar de hallaros à vos, encuentro con vueſtro Perſeguidor, y mi Enemigo! Porquè, Cielos, me dais vn Contrario, de quien no puedo vengarme, y me vſurpais vn Dueño, que no puedo cobrar! Y porquè permitis, que aquella miſma Hermoſura, que es cauſa de mi dicha, y de mi gloria, ocaſione mis deſdichas, y tormentos! Su beldad grangea Amantes; pero Amantes indiſcretos; y à mi, por qualquiera parte que vaya, me adquiere Competidores, y Enemigos. Ay hermoſos ojos! Es poſsible, que infundais deſeos tan injuſtos, y violentos! Voſotros, que nunca ocaſionaſteis en mi Pecho mas que temor, y reverencia! Yo, que jamàs me atrevi à manifeſtaros mi amor! Yo, que nunca os mirè ſin turbacion reſpetoſa! Yo, que os adorè tanto tiempo, y tan ſecretamente! Yo, en fin, que primero mu-

rie-

fiera mil vezes, que cometer accion, que pudieſſe diſguſtaros! Y en fin, cautivaſteis coraçones indignos de vos; y coraçones, que no conocen lo miſmo que adoran. Mas no me arrepiento de mi obſervante amor; y aunque me veo infeliz, y auſente de mi Princeſa, no sè ſi quiſiera mas ſer Artamenes, que Mazares: el qual (aunque culpado) es dichoſo; porque en fin la vè, la habla, y la habla en ſu amor: Mas no ay duda, que ella le reſponde con deſprecio, y que aquellos miſmos ojos, que le cauſaron dulçura, y alegria, le cauſan aora pena, y tormento, moſtrandoſelos airados. En fin, mas quiero eſtar inocente en el Pecho de mi Princeſa, que culpado à ſus pies. Pero, ay Cielos! quien me aſſegura, que eſta tormenta, que todavia permaneze, no la ha quitado la vida! Porquè me dexo alimentar de inciertas eſperanças!

En eſtos diſcurſos eſtava, quando oyò vn grande ruìdo, y viò entrar à Criſante, diziendo: Señor, el Rey de Aſſyria ſe eſcapa; ò por mejor dezir, ſe ha eſcapado; porque aviendo oydo Araſpes ruìdo en el Quarto del Rey priſionero, donde por el decoro de ſu Perſona no avia querido dormir, entrando dentro, no le hallò. Salimos luego à buſcarle, y vimos debaxo de vna ventana, que correſponde à vna Caſa quemada, que çegando el Foſo del Caſtillo, ha formado con ſus calientes ruìnas vn Padraſtro à la Muralla, por donde juzgamos que ſe ha eſcapado eſte Principe. Quedò ſuſpenſo Artamenes, y admirado con tan mala nueva; y luego al punto embiò orden à las Puertas de la Ciudad, para que no dexaſſen ſalir à nadie, y fuè en perſona à buſcar ſu priſionero; pero eſtando en vno de los Burgos de Sinope, ſupo, como ſe avia viſto en el otro Burgo vna Tropa de Hombres armados, que procuravan romper la Puerta. Acudiò luego à ella; pero llegò tarde; porque ya ſe avia ſalido el Rey de Aſſyria, rompiendo el Cuerpo

de Guardia; pero todavia se avian quedado dentro algunos de los suyos, regidos por Aribeo (à quien juzgavan muerto) el qual, aviendo salido de entre aquellas ruinas, donde quedò casi sepultado, por dar tiempo à que el Rey se escapasse (no obstante las muchas heridas recibidas) todavia peleava; pero apenas le viò Artamenes, quando le dixo: En fin, traydor, refucitaste para ofender otra vez à tu Dueño? Pues si quieres salir libre de mis manos, has menester que las tuyas me quiten la vida; y diziendo esto, le embistiò con tanto impetu, que Aribeo, aunque esforçado, se viò obligado à retirarse: Mas esto, solo le sirviò de dilatar vn breve instante su muerte; porque Artamenes le cargò tan fieramente, que yà no tratava mas, que de reparar sus golpes; teniendo delante à vn Hombre, que nunca avia peleado, que no huviesse vencido. Diòle, en fin, vna herida en el vientre, por donde remata la Coraça, que le derribò en el suelo, y à sus pies; y antes de espirar, confessò, que aviendo salido debaxo de aquellas ruinas, juntò los mas que pudo de los suyos, los escondiò entre aquellas Casas quemadas; y aviendo sabido, en què Quarto estava el Rey, se subiò al anochezer sobre aquel cumulo de materiales, y hizo ruìdo en la ventana, para que el Rey le oyesse, y que por alli le avia sacado. Y diziendo esto, perdiò el traydor el habla, y la vida; y sus Compañeros, que le vieron en aquel estado, valiendose de la fuga, se pusieron en cobro. No quiso Artamenes seguir mas à aquel Principe; porque con la obscuridad de la noche facilmente podia ocultarse. Buelto, pues, al Castillo, despachò otro Correo à Ciaxares, dandole quenta de lo sucedido. Despues gastò lo restante de la noche en considerar la obstinacion de su Fortuna; y reconociendo todos los sucessos passados, se admirava, de que vna vida de tan pocos años, como la suya, se viesse ya sujeta à tan estraños accidentes; y

passean-

passeandose solo por la estancia, despues de aver dexado la cama, viò sobre vn bufete vnas tablillas de hojas de Palma, muy preciosas. Què sobresaltado quedò, quando abriendolas, viò, que estavan escritas de letra de su Princesa; y mirandolas de mas cerca, las passò todas con grande velozidad; y confirmado en la opinion, de que era su letra, leyò distintamente lo que se sigue:

La Princesa Mandane: Al Rey de Assyria.

ACORDAOS de averme dicho muchas vezes, que no ay quien pueda resistirse à Mandane; para que con este recuerdo, no culpeis al Generoso Mazares la deslealtad, que ha cometido, forçado de mis lagrimas, de mis quexas, y de mis ruegos, sin tener mas interès en mi libertad, que el que inspira la piedad en las Almas bien nacidas, à favor de los desdichados. Resolveos, pues, à perdonarle vn delito, que para hablaros claro, en parte os ha estado bien; porque os quita la ocasion, de que conozcais mi aborrecimiento à vuestro Amor. Sabed, finalmente, que yo he de amparar en la Corte de mi Padre al que ha sido mi Protector en la vuestra; y que perdonando à Mazares, podreis conseguir alguna estimacion de la Princesa de Media, no pudiendo jamàs grangear lugar en su afecto.

Mandane.

Aviendo acabado de leer estos renglones, se arrepintiò Artamenes de quanto avia dicho; y pensado contra Mazares, y alabando su Generosidad, rogò à los Dioses por su vida, como lo avia hecho por su muerte. O quanto engañan, dezia, las apariencias! Y quan grave temeridad, es, juzgar de las acciones agenas, antes de examinarlas! Quien

dixera, que Mazares no era el Hombre mas iniquo de el Mundo! Y que la deslealtad, vsada con el Rey de Assyria, no fuesse ocasionada de vn amor injusto! Y al fin, veo, que ha perdido la vida de piadoso, y de compassivo; y que no ha estado en su mano el no aver yo sido enteramente dichoso. Pero si la tormenta ha perdonado la Galera (como lo espero) no tardarè mucho en serlo; y solo me quedarà el pesar de no aver tenido parte en la libertad de mi Princesa, y aver llegado tan tarde à librarla; pero venga el bien, y venga de donde viniere; y assi, no ay sino prevenirme à ser Amigo de Mazares, y à defenderle del Rey de Assyria. Despues de semejante discurso, bolviò à leer la Carta de la Princesa, con repetida alegria, y despues se puso à mirar, si avia mas que leer; pero hallò, lo que no pensò, que fuè vna Carta para el Rey de Assyria, del tenor siguiente:

Mazares, Principe de los Sacos: Al Rey de Assyria.

EN vez de ocultaros mi delito, quiero manifestarle, con todas sus circunstancias. Y assi digo, que no solo cometo con vos vna traycion, sino engaño à la que mas estimo en esta vida, que es à la Princesa Mandane. Ella piensa, procuro aliviar su desventura; pero mi intento es solo aliviar la mia; y para dezirlo todo, no soy menos iniquo con ella, que con vos, y aun conmigo; pues cometo vn error inutil. Pero què he de hazer? El amor me fuerça, y no he de rendirme, sin pelear. Si fuereis Generoso, me compadecereis; mas sino lo fuereis, y procurareis vengaros, no tendrè de quien quexarme; y tambien os digo, que serè bastantemente castigado de Mandane; porque ella tiene a Artamenes tan en el coraçon, que no admitirà, ni mi amor, ni el vuestro, ni el de otro Principe del Mundo,

Mundo, y serà bastante à castigarme de la culpa, que cometo involuntariamente contra vos, y contra mi obligacion.

Mazares.

Què veo, Dioſes! dixo entonçes Artamenes. Iuzgava aver hallado vn Amigo, y encuentro vn Competidor; y Competidor, que quizà ſe valiò de mi Nombre, para engañar, y robar à mi Princeſa! Mas, ò Princeſa mia! Podrè admitir el conſuelo de eſtar tan ſeguro en tu coraçon, como creè Mazares? O Fortuna! ſi eſto es cierto, què dichoſo, y deſdichado ſoy à vn tiempo miſmo! Dichoſo, alcançando vn favor, que todos los Reyes de la Tierra no merecen: Deſdichado; pues teniendo, à modo de dezir, juriſdicion ſobre vn Teſoro tan precioſo, me es prohibida ſu poſſeſsion. Aquel fatal deſtino, que govierna los paſſos de mi vida, jamàs me mueſtra bien alguno, que no ſea para privarme dèl, con doblado ſentimiento. No conozco la dulçura, ſino para probar de la amargura con mas rigor; ni veo ſeñas de correſpondido en mi afecto, ſino por medio de las deſdichas; y en fin, me hallo expueſto à aborrezer la vida, y à deſear la muerte. En eſto eſtava, quando le entraron à dezir: Que no avia noticia en todas aquellas Riberas de la Galera donde iba la Princeſa; y quedò en parte conſolado, por el temor que avia tenido, de que huvieſſe naufragado. Fuè, en fin, preciſo dexarſe ver de todos aquellos Capitanes, que le avian acompañado, Hidaſpes, Criſante, Aglatida, Araſpes, Feraulo, y el Iluſtre Griego Traſibulo: todos los quales entraron en ſu Quarto, donde aviendo hablado con ellos, y eſpecialmente con eſte vltimo, le dixo: Que ſentia no poderle dar tan preſto, como deſeava, otros Baxeles, por los que ſe le avian quemado; pero que ſi era verdad, que diſcurria los Mares, ſolamente

por

por aſſegurarſe de ſus Enemigos, como le avia dicho, prometia alcançarle vn inviolable *Aſylo* en la Corte de el Rey de Media, y hazer, que le reſtituyeſſe en ſus Eſtados, en hallando à la Princeſa ſu Hija. Traſibulo agradeciò la oferta, y la acetò, no pudiendo en aquel tiempo tomar otra mejor reſolucion: Fuera, de que el valor, y raras prendas de Artamenes, le avian inclinado à amarle, deſde la primera vez que le conociò: con lo qual, y eſte venturoſo encuentro, quedava conſolado en ſu deſgracia. Artamenes, aviendole honrado mucho, ſaliò con èl, y con los demàs Capitanes, à paſſearſe por la Ciudad, eſtando yà el fuego del todo apagado; ſi bien, aun no eſtavan extinguidos ſus horrores; aquella negregura, que por todas partes ſe veìa; las vigas medio quemadas, y los Edificios arruìnados, infundian tal horror en los coraçones, que ſolo percibia triſtezas la imaginacion, en vn Lugar de tan funeſto ſemblante. Buſcavan algunos, entre las cenizas de ſus Caſas, el Oro, y la Plata ſepultados; y otros, movidos de mas compaſsivo afecto, inquirian, entre las ruìnas, los medio conſumidos Cadaveres de ſus Amigos, y Deudos; y Artamenes, enternecido con tan laſtimoſos objectos, conſolava à los que encontrava; y ofrecia à los Moradores, que no obſtante ſu rebelion, procuraria, que el Rey hizieſſe reedificar ſu Ciudad. Feraulo, entonçes, traxo à Artamenes vn Hombre, que le diò vna Carta del Rey Aſſyrio. Tomòla, y rota la nema, leyò para ſi lo que contenia, que era lo ſiguiente:

El Rey de los Aſſyrios: A Artamenes.

ALABO vueſtra eſcrupuloſa cordura, que reprimiò los impulſos de vueſtra Generoſidad: la qual huvierais empleado bien en dar la libertad à vn Enemigo, que os la pidiò, ſi os lo huvie-

huv'era permitido la obligacion que teneis al Rey de los Medos. Y pues conozco vuestra razon, hazed lo mismo conmigo, y no culpeis à vn Principe, que no se huviera huydo, si le dexarais sobre su palabra; ni juzgueis aver cometido culpa en escaparse de la prision, para solicitar la libertad de nuestra Princesa. Y para asseguraros, que aunque he quebrantado la Carcel, no he roto las Condiciones de nuestros Tratados (que de nuevo ratifico) prometo daros parte de todo; no hazer mas Guerra al Rey de los Medos; despedir los Soldados; y lo que es mas dificil, os ofrezco otra vez, no hablar en mi amor à la Princesa, aunque fuesse yo quien la librasse, hasta que me lo permita vuestra muerte. Obrad como yo, y cumplidle la palabra à vuestro Enemigo, si quereis que os la cumpla.

El Rey de Assyria.

Leyò Artamenes esta Carta con gusto, y pesar. Se holgava de la promessa del Rey de Assyria; porque de la misma manera podia caer la Princesa en manos de Labineto, que en las suyas: Mas por otra parte estava confuso, de aver recibido, en presencia de tantos, vna Carta de aquel Rey; no pudiendola enseñar à Ciaxares, por algunos puntos que contenia; pero procurò disimular: y bolviendose à su Quarto, tomò vnas tablillas de Cedro, y cortezas de Texo, muy ricamente guarnecidas; porque toda la Antigüedad no conociò papel, ni tinta; y tomando vn Buril, que los Antiguos llamaron Estilo, escrivio con el estas razones:

Artamenes; Al Rey de Assyria.

NUNCA falto à mi palabra, ni à mi obligacion; y assi podeis estar seguro, que cumpliré todo lo que aqui nos entre los dos acordado. Deseo infinito, que nos pongamos en esta-

estado de disputar el Premio, que no merezco; pero que ninguno poseerà, sino por muerte de

Artamenes.

Sellò la Carta, y diòsela al que le avia traìdo la otra: el qual, al despedirse, le dixo al oydo: Que traìa orden de advertirle, que en caso de tener que mandar al Rey de Assyria, le hazia saber, que estava retirado en Pteria; Ciudad, que como Sinope, avia governado Aribeo, y entregado al Assyrio.

CAPITVLO III.

Sale Artamenes à recorrer la Playa; y refiere lo que le sucediò en vna Choça de Pescadores.

ROSIGVIENDO Artamenes la visita de la Ciudad, se fuè à vn Templo, vn estadio distante della, à quien venerava con razon, por aver tenido principio su amor en èl. Despues empeçò divertido à passearse por las orillas del Mar, àzia la parte de donde avia partido la Galera, que avia llevado à su Princesa. Por el camino iba discurriendo con los dos leales Compañeros de sus Aventuras, el sabio Crisante, y el valiente Feraulo; Puede aver avido jamàs, dezia, tiempo mejor, y peor empleado, que el de nuestra venida à Sinope! Por el numero de casos sucedidos en tan corto tiempo, que apenas llegà à ser vn instante, era imposible poder passar vn dia con mas variedad de afectos; y por el poco provecho que he sacado, ninguno empleò peor su vida. Creì venir à librar à Man-

Mandane, la hallo en vn eſpantoſo rieſgo; y ſegun el temor que concebì, me pareciò, que la veìa yà en las llamas, convertida en cenizas, como la Ciudad. Luego la hallo reſucitada; procuro librarla; peleo; apago el incendio, que evidentemente juzguè, que la conſumia; deſpues veo, que ſolo doy libertad à mi Competidor; y en eſtado, que no puedo vengarme dèl con credito. Encuentro otro Robador de la Princeſa, ſin poder ſeguirle; hallome ſin el que tenia priſionero, y à Mandane ſin libertad. Ruego à los Dioſes por Mazares, à quien antes avia deſeado la muerte, y aora buelvo à aborrecer ſu vida mas que nunca. O deſtino! O Hados riguroſos! Eſtablezed de vna vez mi Fortuna, haziendome, ò perfectamente dichoſo, ò enteramente deſdichado. No me tengais à todas horas entre el temor, y la eſperança; entre la vida, y la muerte. Deſpues, ſeñor, de tantos males (le reſpondiò Criſante) como aveis padecido, y tolerado, debeis eſperar la vitoria de ellos. Deſpues de vna larga obſtinacion de la Fortua, que os perſigue, debeis prometeros (añadiò Feraulo) que al fin ſe canſe. Deſpues que Artamenes ſaliò de la Ciudad, ſe ſereniò el Cielo, ſe aplacò el Ayre, y ſe ſoſſegò el tormentoſo Mar, cuyas ondas rompian lentamente en la orilla, y con reglado movimiento ſe contenian reverentes en los confines, que les ſeñalò aquel Soberano Poder, que las govierna. Alegròſe Artamenes deſta tranquilidad, aunque aquellas ondas avian robado à ſu Princeſa. Viò deſpues, algo lexos, en la miſma Playa muchos Hombres juntos, que ſegun ſus acciones, y movimientos, moſtravan eſtar abſortos, y como fuera de ſi. Apreſurò el paſſo àzia ellos, movido de vna curioſidad extraordinaria; y con el ſemblante demudado, dezia: Què pueden hazer alli aquellos Hombres? Feraulo, y Criſante, caſi à vn tiempo, reſpondieron: Señor, ſeràn Peſcadores, que enjugan ſus

redes

redes ſobre la arena. En tanto que Artamenes ſe acercava à ellos, empeçò à ver Feraulo, cerca de la orilla, algunas reliquias de naufragio, y hizo ſeñas à Criſante, para que no ſe lo dixeſſe à ſu Dueño: el qual mirava atentamente à los que eſtavan en la Playa, y aſsi no reparava en lo que veìan los ſuyos; pero apenas anduvo veinte paſſos, quando bolviendo los ojos à mano izquierda, viò, que eſtavan las arenas ſembradas de tablas rotas, de cuerdas deshechas, y de Cuerpos muertos. O què horror ocaſionò eſta viſta en el Alma de Artamenes! Mirò los Muertos; bolviò à mirar à Criſante, y à Feraulo, y no oſsò acercarſe mas à los Marineros, que yà eſtavan veinte paſſos dèl, por no encontrar el Cuerpo de ſu Princeſa. Què penſais, ſeñor (dixo Feraulo) que los Mares no tienen mas Galera, q̃ la que temeis? No ſabeis, que los naufragios ſon ſuceſſos comunes? Eſſo es lo que temo (dixo el deſdichado Artamenes) porque ſi eſtos infortunios fueran mas ſingulares, ſeria menor mi rezelo. Acercòſe, en fin, à peſar de ſu temor, à los Marineros, que eſtavan ocupados en aprovecharſe del ageno daño, juntando lo que podian de aquellos naufragos fragmentos. Preguntòles Artamenes: Què era lo que ſabian de aquel ſuceſſo? Y vno dellos reſpondiò: Que era preciſo, que huvieſſe naufragado alguna Galera la noche antes, por lo que podian juzgar de la paſſada furia del Mar, y por lo que avian podido ſaber de vn Hombre de buen porte, à quien avian llevado à vna Choça de Peſcadores (y ſe la moſtraron cien paſſos de alli) el qual rehuſava quantos remedios le aplicavan.

Artamenes, ſin oir mas, ſe fuè à la Choça, y entrãdo dentro, dõde todos atendiã à ſocorrer al que dudava, ſi eſtava viuo, y deſeava la muerte, conociò, q̃ era Mazares, por averle viſto otras vezes en Babylonia, en el Palacio de la Reyna Nitocris, Madre del Rey de Aſſyria. Eſtava echado ſobre

vn Lecho, y con el roſtro mas humedo de lagrimas, que de las ondas del Mar, y mas poſtrado à la deſeſperacion, que al naufragio. Aquel miſero Principe alçava, tal vez, los ojos al Cielo, y tal vez los bolvia à vna rica Banda, que tenia en las manos, y que Artamenes conociò luego, que era de Mandane, porque en vna ocaſion no avia querido darſela. Eſta viſta hizo tan eſtraño movimiento en el coraçon de Artamenes, que ſe le deſpedia el Alma; y en tanto que el dolor le tuvo embargada la lengua, oyò, que Mazares, que dava mueſtras de querer eſpirar, haziendo eſfuerços para hablar, dixo, con el aliento que le permitiò ſu flaqueza: O miſeros deſpojos de mi hermoſa Princeſa! Què dezis voſotras; què me dais à entender, ò funeſtas reliquias de la infeliz hermoſura, que he perdido? Y voſotros Dioſes, que ſabiais mis intentos, y no ignorais lo que hize por obrarla; porquè me aveis negado vueſtro ſocorro? Mientras aſsi dezia, ſe llegò Artamenes, opreſo del dolor, del enojo, de la ira, de la deſeſperacion, y del amor; que todo à vn tiempo le ocupava el Alma con varios tormentos, ſin dexarle determinar, ſi acabaria cõ aquel Deſdichado, que eſtava caſi muerto, ò ſi le afearia ſu delito; ò por lo menos, ſi ſe informaria, como aviaſucedido aquella fatalidad. Eſtuvoſe vn rato en eſta cruel irreſolucion; queria examinar à Mazares; llorar à la Princeſa; culpar à los Dioſes; matar à ſu Contrario, y matarſe à ſi miſmo; y ſus lagrimas, y lamentos, aunque querian, no podian ſalir todos de vna vez: Con que Mazares tuvo lugar de oir nombrar à Artamenes; y bolviendoſe con aquella fuerça, que cabia en vn Sujeto, ſumamente debil, y mirandole con ojos laſtimoſos, dixo: Sois vos el que por ſer amado de vna Gran Princeſa, ſois el mas dichoſo de todos los Hombres; y à quien yo he hecho el mas deſdichado de los vivientes? Y eres tu (reſpondiò Artamenes, traſpaſſado del

do-

dolor ¿el que con su delito ha arruinado el Mundo, privandole de lo mas Hermoso, y mas Ilustre, que tenia? Yo soy aquel (respondiò el Desdichado, todo bañado en lagrimas) yo soy aquel Delinquente, que dezis, y el que huviera castigadose à si mismo, à no averle faltado las fuerças. Creo, no obstante, que no tardarà mucho en llegar mi muerte; mas porque yà tarda, en grande obligacion os estarè, si vuestras manos abreviassen sus passos. Bien saben los que me hallaron en essas Playas, que no les he pedido, me socorran, y que viuo contra mi voluntad, despues que muriò aquella Ilustre Princesa. Luego es cierto, dixo Artamenes, q̃ mi Princesa muriò? Hombre (ay de mi!) què dizes? La viste morir? Procuraste librarla? Donde la viste; en la Galera, ò en la Playa? Vila (respondiò Mazares) en la Galera, y vila caer en el Mar; arrojème tràs ella, y la asì desta Banda, y la sustentè vn rato sobre las ondas: Mas ay Cielos! Vna ola espantosa desatò esta Banda, dexandomela en la mano; y al mismo tiempo, aquella onda misma nos dividiò, sin poder hazer mas, que mirarla entre las aguas, sin poder acercarme à ella, ni socorrerla. No me preguntèis lo que he hecho, ò pensado despues; porque solo he deseado la muerte. Entreguème al furor de las ondas, sin hazer caso de mi vida; y al fin, me hallè en essa Playa moribundo, en los braços de los que aqui veis. Esto es, ò Artamenes, lo que puedo deziros; y esta es, ò Principe desdichado (y al dezir esto, le diò la Banda) vna reliquia, que mas os apeteze à vos, que à mi, que no deseo desta vida, mas que la gloria de morir à vuestras manos, si os merezco este beneficio.

Dixo Mazares estas razones con voz tan debil, y desmayada, que todos juzgaron, que se moria. Artamenes, viendole en aquel estado, tomò la Banda, que de flaqueza se le avia caìdo de la mano à aquel Principe infeliz, y apar-

tasse

tandose de vn Enemigo, que no podia satisfazer su vengança; despues de aver satisfecho su duda, se fuè àzia el Mar, seguido de Crisante, y de Feraulo, por ver si hallava otra prenda de su Princesa; y mandò à aquellos Pescadores, que avia dexado en la Playa, que buscassen entre los Escollos de ella lo que deseava, y temia hallar. Nadie se viò en tan lastimoso estado. Ninguno de los dos se atrevia à hablarle, y èl mismo no sabia si estavan con èl: inquiria las arenas, pareciendole, que quanto veia, era el Cuerpo de su Princesa. Caminava con estraña velozidad, y despues se suspendia con no menos dolor. Al fin, despues de aver gastado vn rato inutilmente, se sentò sobre vna Peña, que entrava vn poco en el Mar, como à esperar, que las aguas le bolviessen, lo que le avian llevado; y reiterando orden, para que se registrassen los Escollos, se quedò solo con sus dos Compañeros, que por mas que les dixo, nunca quisieron desampararle. Què no dixo; y què no pensò entonçes aquel Amante desdichado! No soy, dezia, el mas infeliz de los Mortales? Puede imaginarse tormento igual, al que me haze padecer mi destino? Es posible, ò hermosa Princesa mia! que apenas os mostraron los Dioses al Mundo la mas perfecta, y venerada de todos, quando os privaron de su adoracion! O llamas crueles! (dezia, buelto à la Ciudad, cuyas ruinas se divisavan) quan injustamente os acusè de la muerte de mi Princesa! Como ignorava, que avia de perecer en otro Elemento vuestro Contrario! Vosotras, por lo menos, aunque impias, me huvierais dexado sus preciosas cenizas, y pudieran las mias tener la gloria de mezclarse con ellas. Mas, ò rigor de mi suerte! Este Mar inexorable, no solo me niega à mi Princesa difunta, sino salva la vida de su Robador, y mi Enemigo. Por lo menos, huvieranle arrojado estas ondas tyranas en estado de poder satisfazer mi enojo con la vengança, y

tuvieran algũn leve conſuelo mis deſventuras. Pero las aleves, en vez de darme à mi Princeſa, me entregan à mi Competidor, para que ſepa del ſu inevitable muerte, en cuyos braços la dexò, y ſepa, que ſe acordava de mi, que nunca me atreviò à eſperarlo; y para que deſpues pierda la voz, con que huviera podido aliviar mis deſcõſuelos. Por lo menos, ſeñor, dixo Criſante, teneis en vueſtro favor, el que no la viò morir, y queaun no ſe os ha intimado eſta irrevocable ſentencia. Y podeis tambien eſperar (añadiò Feraulo) q̃ la ſuerte miſma, que libròà Mazares, aya tãbien librado à la Princeſa; y puede ſer, que eſtè en mejor eſtado que èl; porq̃ como no avrà ſentido la muerte de Mazares, como eſte la ſuya, avra cuìdado de ſu vida, tãto como eſte miſero Principe deſcuìda en los remedios de conſervarla; y el dolor no la avrà cauſado, lo que no huviere hecho el naufragio, y aſsi, ſeñor, es evidente, que viue, y ſin mas pena, que la de verſe ſin vos. Ay, Criſante! Ay Feraulo! que eſſas ſon debiles eſperanças, que à mi peſar ocupan parte de mi Pecho, y eſſa, quizà, es la mayor de mis deſdichas; porque ſino tuviera eſſa leve eſperança; ſabed, Amigos, que ſin mas llantos, ni lamentos, huviera yà ſeguido à la Iluſtre Mandane. Eſta flaca eſperança me mantiene viuo: Mas aunque ſea vno de los mayores beneficios de la vida, y ſe llame el ſocorro de todos los afligidos, es en mi tan poca, que no me eſcuſa, que padezca los dolores, que ſintiera, ſi huviera viſto con mis ojos la muerte de mi Princeſa; y aſsi Criſante, yo la conſidero en el Mar, recibiendo, deſpechada, el ſocorro de ſu Robador. Veo aquella ſacrilega onda, que la arrebatò de las manos de aquel, que deſpues de averla perdido, la queria ſalvar. Aquella onda miſma (ò Dioſes, què viſta! Ay, Cielos, què memoria!) ahogarla, y ſumergirla en el prozeloſo Abyſmo.

Aſsi dezia, repitiendo las lagrimas, y beſando, con nota-

notable ternura, la Banda, que todavia tenia en la mano. Y tu (proseguia) que en otro tiempo fuiste el blanco de mis deseos, y à quien codiciè, como el mayor favor, que podia pretender; quien me dixera, que te avia de conseguir à costa de tantas ansias! Te deseè entonçes, para que me aumentasses el valor, con que vencer a los Enemigos del Rey, y de la Princesa; y aora te veo, para que apresures mi muerte, doblando mi afliccion con la triste memoria de tu Dueño, y mio. Y vos, ò Crisante! como no os admirais de la obstinacion de mi Fortuna? Mas evidencia del afecto de esta adorada Princesa he debido à los labios de mi Competidor, que oì jamàs de los suyos; porque aquel severo recato me distribuìa con tanta moderacion sus favores, que jamàs me atrevì à asegurarme de mi dicha. Y al fin, he sabido del Rey de Assyria, de vna Carta de Mazares, y del mismo Mazares, moribundo, que tenia mas parte en su coraçon, de lo q̃ esperava, y que finalmente era mucho mas dichoso de lo que pensè. Pero, ay Dioses! de què me sirve esta dicha? Ni la certeza de ser correspondido, si la que podia hazerme feliz de su mano, no està yà en estado de quererme, y yo me veo obligado à abandonar con la vida todas las esperanças, y toda mi felizidad! Estuvose assi vn rato, yà contemplando las aguas, yà viendo, si los que avia embiado à inquirir las Peñas, hallavan algun vestigio de su Princesa, y yà bolviendo los ojos à la Banda; pero viendo Crisante, que declinava el Sol, le pidiò, que se bolviesse à la Ciudad, diziendo: Que quando no fuesse por otra razon, serviria, à lo menos, de poder embiar mas Gente à recorrer aquellas Marinas. Pero esta razon, aunque concluyente, no le huviera quitado de alli, sino huviesse visto venir à lo lexos à Trasibulo, Araspes, Aglatida, Hidaspes, y otros muchos, que no aviendole acompañado, por la atencion de dexarle en la libertad de sus pensa-

mientos, le venian à buscar, despues de averle dexado solo vn rato. Apenas los viò, quando se puso en pie; y buelto à los dos, les dixo: Como ocultarè à estos mi pena? Què harè para mostrarles, que no tengo mas que la que me ocasiona la lastima de la muerte de la Princesa, como Hija de Ciaxares, y no como amada de Artamenes? Bien sè, que si aora se apareciera aqui Mandane, me mandaria, que reprimiesse estas lagrimas, para esconder mi amor: Mas ay divina Princesa! que era menester no amaros, como os amo, y tener mas libre la razon, para poder obedeceros. Mientras assi dezia, llegaron Trasibulo, y los demàs, con que le fuè preciso callar, y salirles al encuentro. Ellos le vieron tan desfigurado, que aunque no les huviesse dicho nada, avrian conocido, que padecia algun grave pesar; y como era tan amado de todos, y en particular de los que estavan presentes, demudaron los semblantes, y participaron de vn dolor, cuya causa ignoravan: Mas no tardaron mucho en saberla, y el afligido Artamenes, que no huviera podido, sin costarle la vida, darles esta amarga nueva, fuè aliviado de este trabajo por Feraulo, que les dixo lo que passava, explicandose en breves razones, por temer, que si exagerava aquella desdicha, no podria Artamenes resistir el dolor, y dària evidentes señales de lo que queria ocultar.

Trasibulo lamentò el caso, quanto fuè posible; Hidiaspes, como mas interessado en la Casa de Ciaxares, quedò lastimadissimo: No poco se afligiò Araspes; y Aglatida, que era de natural melancolico, y apto à sentir los agenos disgustos, llorò, como si tuviera particular interès en la muerte de aquella Princesa. Artamenes, que juzgò mas apropositò la Ciudad para recatar su sentimiento, que aquel sitio; pues podia quedarse solo en su Quarto, con pretexto de escrivir esta funesta nueva à Ciaxares, se encaminò

àzia Sinope, deſpues de aver dado orden à Feraulo para ir con algunos de los ſuyos, que eſtavan con Trafibulo, à inquirir, ſi ſe avia hallado, ò ſabido por aquellas Marinas alguna noticia de la vida, ò de la muerte de la Princeſa. En el camino hablò lo menos que pudo, y todos iban enternecidos con ſemejante deſdicha. Vnos lloravan à la Princeſa, por ſus excelentes partes, aſsi por la hermoſura del Cuerpo, como por los Dotes del Alma. Otros compadecian, la deſgracia del Rey ſu Padre, y el peſar que recibiria. Otros dezian, que era gran laſtima, que vna Familia tan Iluſtre, como la de los Reyes de Media, ſe acabaſſe en aquella Princeſa de vn modo tan miſerable. Todos, en fin, ſe dolian, y ſuſpiravan aquella perdida, ſin ſaber, que eſtava con ellos aquel, à quien mas tocava ſentirla. Hiaſpes, hablando con Criſante, dezia: Eſte ſuceſſo me cuerda el dolor, que experimentò el Rey de Perſia, nueſtro Dueño, quando ſupo el naufragio del Ioben Cyro, que como ſabeis mejor, que yo, era Principe de grandes eſperanças, y como no dudo, que Ciaxares no ſentirà menos la muerte de la Princeſa ſu Hija, de lo que ſintiò Cambiſes la de ſu Hijo, me cauſa gran dolor; pues aunque yo no eſtoy tan eſtrechamente vnido à los intereſſes de Ciaxares, como à los de Cambiſes, no puedo reprimir las lagrimas, ni dexar de ſentirla mucho. Criſante, por mudar converſacion, y no reſponder à eſte diſcurſo, dixo al afligido Artamenes, que los que avia deſpachado à Ciaxares, quizà le encontrarian muy preſto, por aver quedado acordado, que luego, que èl partieſſe, ſaldria el Rey con todo el Exercito.

Aglatida, cuyos penſamientos ſiempre atendian al amor, y à la triſteza, bolviendoſe à Artamenes, dixo: Os aſſeguro, que aunque Vaſſallo de Ciaxares, y conſiguientemente Enemigo del Rey de Aſſyria, no puedo de

xar de compadecer à este vltimo, como el que debe ser precisamente el mas infeliz de todos, quando sepa esta perdida, si es cierta; porque aunque no fuesse correspondido, à lo menos era Amante; y el amor predomina sin contradicion à todos los afectos, que nazen de la Naturaleza, de la razon, y de la Amistad. Y si en lugar de conocer vn Amante aborrecido, como el Rey de Assyria, conociera vno correspondido, que padeciesse este dolor; me parece, que solo la lastima, que le tendria, me acabara la vida: Mas como el recato de la Princesa era muy severo, para dar esta especie de afliccion à ninguno, solo se debe compadecer al Rey de Assyria, que tiene mas causa para sentirla. Viose Artamenes muy embaraçado en responder à este tan peligroso discurso; pero si tuvo fuerças para enfrenar las lagrimas, no las tuvo para reprimir los suspiros. Dixole, pues, à Aglatida, que aquella Princesa avia tenido tanta virtud, que quantos la conocieron la avian adorado: por lo qual era preciso, que todos los que merecieron conocerla, la llorassen generalmente, fuessen Medos, Assyrios, ò Persas. Dicho esto, porque no le atormentassen mas con semejante platica, se adelantò treinta passos de todos: los quales prosiguieron, discurriendo en el dolor de Artamenes, y alabando, el que mostrava por el Rey su señor; que aunque este sucesso afligia mucho à todos, siendo assi, que muchos de ellos no avian visto nunca à la Princesa, ni ninguno la avia amado, conocieron facilmente la grande diferencia entre su sentimiento, y el de Artamenes; pero sin saber la principal, y oculta causa de ella.

Luego que entrò Artamenes en la Ciudad, y en su Aloxamiento, despidiò à todos, y se quedò solo à discurrir con su desesperacion, y con la memoria de sus desgracias. Guardò la Banda de la Princesa, que avia avido de

mano

mano del mifero Mazares. Pero el intento de guardarla, mas fuè para aumentar fus dolores, y no perdonar circunftancia, que los agravaffe, que para minorarlos. Tomò tambien por inftrumento de fus martyrios la memoria de los favores (aunque ligeros) que avia recibido de la Princeſa. Y aquel Animo grande, y Generoſo, que jamàs hizo reflexion ſobre fus Hazañas, eſtudiando ſolo en el modo de hazerlas mas Heroycas, ſufriò eſta vez la memoria de tantos glorioſos Combates: de tantas Batallas ganadas; y de tantos Triunfos adquiridos, ſolo para que le ſirvieſſe de mas legitimo ſentimiento, ò para tener diſculpa de la flaqueza, que moſtrava en eſta ocaſion; porque acordandoſe, que todo lo que avia obrado, avia ſido por la Princeſa, que no juzgava viua; la memoria de eſtas coſas aumentava ſu dolor, ſi era capàz de aumento, dolor, que deſde ſu principio llegò à lo ſumo. No ſe reſolvia à embiar, ni à llevar eſta nueva al Rey de Media; y en eſta irreſolucion paſsò lo reſtante del dia, y de la noche, ſin poderla vencer.

A la mañana bolviò Feraulo, y le aſſegurò, que no avia mas novedad, que la que èl miſmo avia ſabido. No aveis tenido noticia, le dixo Artamenes, ſi ha buelto Mazares del deſmayo, en que le dexè en la Choça? Vayan, dixo, à ſaberlo, y ſi ha buelto en ſi, trayganle à mi preſencia. Diò eſta orden tan apreſuradamente, que ſe tropeçavan las palabras al pronunciarlas. Pero poco deſpues le aviſaron, que los Peſcadores, en cuya Caſa avia quedado aquel Principe, avian dicho, que Mazares no avia buelto de ſu paraſiſmo, y que muriò à poco rato que Artamenes ſaliò de la Choça. Eſta nueva causò diverſos ſentimientos en el coraçon de Artamenes; y admirando la Divina Juſticia, en la muerte de vn Principe, que juzgava culpado, no pudo ſer tan dueño de ſi, que dexaſſe de acuſar el rigor que los Dioſes avian vſado con vna Princeſa inocente.

Y como tenia el animo ocupado con la gran perdida, que avia hecho, no mandò hazer mas exacta diligencia de la muerte; ni exequias de Mazares: de cuya imagen quedò tan laſtimado, que con dificultad deſviava della la memoria. Eſtando en eſtas aſlicciones, le dixeron, que parecia, que Ciaxares ſe acercava con todo el Exercito; porque deſde lo alto de la Torre ſe veìa en vn Valle vna grande polvareda, que ſin duda la levantava la marcha de ſus Tropas. Alteròſe mucho Artamenes con eſta nueva; y mas quando viò llegar à Andramitas, que le aſſeguròo, no tardaria Ciaxares vna hora en llegar à Sinope. Tanto ſe eſforçò, que creyò vencer alguna parte de ſu dolor, para diſimularle. Mandò à todos los Cabos de ſus Tropas, que ſe puſieſſen en forma de Batalla. Subiò à cavallo, ſeguido de Traſibulo, de Hidaſpes, de Criſante, de Araſpes, y de Aglatida, para ir à recibir al Rey: el qual ſe avia apartado del Exercito, à la viſta de Sinope, y ſe acercava à ella, acompañado de los Reyes de Frigia, y de Hircania; de Perſodes, Principe de los Caduſios; de los de Plafagonia, y de Licaonia; de Gobrias; de Gadates; de Timocrates; de Filocles; de Artabaſio; de Madates, y Aduſio, Perſianos, y los primeros entre los Homotimos, como lo eran tambien Hidaſpes, y Criſante, que acompañavan à Artamenes.

Iamàs ſe viò tan triſte encuentro como aquel. Ciaxares, viendo deſde lexos la Ciudad deſtruyda, no pudo reprimir los ſuſpiros; y Artamenes, viendo al Rey, à quien llevava la doloroſa nueva de la infauſta muerte de la Princeſa ſu Hija, caſi no pudo mover el paſſo para encontrarle. En fin, aunque ſe movia lentamente, caminando mas el Rey, ſe puſieron con brevedad treinta paſſos el vno del otro. Apeòſe Artamenes, con todos los que le acompañavan, y fueron à recibir al Rey, que ſe encaminò

àzia Artamenes: el qual, no obstante su pena, le diò à conocer à Trasibulo; y Ciaxares, despues de aver dado la mano à todos, mandò, que subiessen à cavallo; y apartando à Artamenes, se puso à hablar en su desgracia, en general, y à exagerar la admiracion que le avia causado saber, que Mazares huviesse robado à su Hija. Mas, señor, os admirareis (dixo, interrumpiendole tristemente Artamenes) quando sepais, que Mazares ha muerto; y que puede ser::::y aqui suspendiò la voz, sin poder acabar de pronunciar lo que le queria dezir. Ciaxares, entonçes, turbado, dixo: Què quereis dezirme? Què triste nueva es la que os queda que darme? Señor, respondiò, es tan triste, que no me atrevo à darosla en publico; y assi suplico à V. Mag. se digne de entrar en Sinope antes de escucharme, para que el dolor, que sintiere, tenga menos testigos allà en vuestro Retrete, que aqui en el Campo. Ciaxares, absorto, con razones tan obscuras, viendole en los ojos, y en el semblante todas las señas de vn excessivo pesar, no se atreviò à preguntarle lo que temia saber, por no mostrar flaqueza delante de tantos Ilustres Personages. Procurò de los ojos de Artamenes, y de sus palabras, adivinar lo que no sabia; y de su silencio, y del de Artamenes, se inferia, que el vno temia dezir lo que sabia; y el otro imaginava, que sabia lo que ignorava. Avianse mezclado, entre tanto, con los que avian venido con Ciaxares, los que estavan con Artamenes, y les avian contado el sucesso: el qual introduxo vn doloroso murmurio, compuesto de la exclamacion, y el assombro, que llegando à los oydos de Ciaxares, le advirtiò, que le quedava por saber alguna notable novedad. Pero yà estavan junto à Sinope, y las Tropas, que avia conduzido Artamenes, abatian las Armas al passar el Rey (segun la orden que tenian) abriendose, para que passasse. Y assi, no queriendo Ciaxares

la sa-

satisfazer por entonçes su duda, prosiguiò su camino, callando, hasta llegar al Castillo; dando orden, que su Exercito quedasse acampado en vna gran llanada, que ay entre el Valle, y la Ciudad, bastantemente capàz para aloxar en ella cien mil Hombres.

Apenas se apeò el Rey, quando Artamenes le llevò al mejor Quarto del Castillo; y assi que entrò en èl, quedandose solos en vn Retrete, dixo Ciaxares: Y bien, mi Amado Artamenes, què mas podeis dezirme, de lo que he sabido? Esta pregunta obligò à Artamenes à descubrir el naufragio de la Princesa; pero aunque avia premeditado el modo de dezirselo, no pudo empeçar las palabras, sin que se le saltassen las lagrimas; las quales, vistas de Ciaxares, le manifestaron claramente su causa; y assi dixo: Me anuncia, por ventura, vuestro llanto, ò Artamenes, la muerte de mi Hija? Y èl entonçes, esforçandose, contò brevemente al Rey, lo que sabia del naufragio de Mandane. La nueva afligiò tanto à Ciaxares, que no huvo Padre, que padeciesse dolores tan azerbos. Y viendo Artamenes, que le era licito llorar, quando la afliccion de el Rey, yà no le dexava reprimir la suya, se entregò à las lagrimas; de modo, que jamàs se viò tranze mas lastimoso, y tierno. No procurava consolar à Ciaxares: el qual sentia alguna especie de alivio en ver llorar à Artamenes: mas no era tanto el consuelo, que dexasse de ser infinito su ahogo: Y en, fin desahogando la passion por la boca, yà que no bastava por los ojos, añadiò à la amargura de las lagrimas estas sentidissimas razones. Què Principe se viò tan afligido como yo! Mas porquè no previne esta desgracia, desde que supe, que diversos Oraculos avian predicho à Astiages, que el Cetro, que regia, y à mi me dexò, avia de passar muy presto à manos Estrangeras! Como no me advirtieron estos avisos, que no teniendo

do

do mas de vna Hija, avia de perderla! Trabajò Affiages en buſcar caminos, para quitar la vida al que avia de quitarle la Corona, y no procurò guardar à la que avia de perderla con la vida. Mandane, ay Artamenes! es muerta, y la eſperança es vn bien, de quien no podèmos recibir beneficio alguno. Mas eſta inocente Princeſa no quedarà ſin vengança. Y ſi los Dioſes han quitado la vida à Mazares, vno de ſus Robadores, yo sè lo que debo hazer con el Rey de Aſſyria, que tambien la robò. Morirà ſin duda; y pues èl es cauſa de que la Iluſtre Eſtirpe Dioceſia ſe extinga en la Perſona de mi Hija; razon es, que la de los Reyes de Aſſyria ſe acabe tambien en la ſuya. Los Dioſes; los Dioſes miſmos, no impediràn, que pierda la vida à manos de mi enojo.

Artamenes, admirado deſtas palabras, le dixo: Señor, no aveis encontrado al Propio, que os embiè, aviſandoos la fuga de eſte Principe? Què dezis? Dixo aſperamente el Rey. Digo, ſeñor, reſpondiò, que he aviſado à V. Mageſtad, como ſe eſcapò de la priſion. Como? Dixo, interrumpiendole Ciaxares; el Rey de Aſſyria no eſtà en mi poder? El Rey de Aſſyria ſe ha eſcapado? No es poſſible; no lo creo. No puedo, digo, creer tan facilmente, que Artamenes aya dexado ir a vn Priſionero de tanta conſequencia. Señor, mi deſgracia, y ſu buena dicha, reſpondiò Artamenes, le han eſcapado, no obſtante las Guardas, que le avia pueſto; pero, ſeñor, no os aflijais por eſſo; porque ſi me fuera tan facil reſucitar à la Princeſa, como matar à eſte Enemigo de V. Mageſtad, no eſtaria vueſtro dolor ſin remedio. No quedò, ſin embargo, Ciaxares ſatisfecho, ni conſolado con eſtas razones; y aunque queria bien à Artamenes; le debia grandes obligaciones; y no avia tenido nunca la menor ſoſpecha de ſu lealtad, eſta vez no pudo perſuadirſe, à que el Rey de Aſſy-

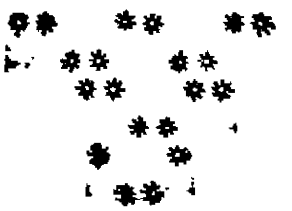
ria

ria ſe huvieſſe librado ſin culpa; à lo menos, de deſcuido, ò de mucha imprudencia de Artamenes, aunque en todas ſus acciones no avia viſto jamàs ninguna, de donde pudieſſe ſacar el menor argumento de defecto ſemejante. Saliòſe, pues, del Retrete, ſin hablar palabra; y hallando à todos los Principes en ſu Antecamara, con todos los Cabos Militares, que le avian ſeguido, hablò con ellos, de la cauſa que tenia para eſtar triſte; pero con mucha conſtancia, y no menos dolor. Cada vno ſe condoliò, à proporcion de las obligaciones que le tenia. Todos, no obſtante, convenian, en que haſta hallar el Cuerpo de la Princeſa, ſe debia tener eſperança de ſu vida. Artamenes ſe paſsò luego à otro Quarto, y todos los Principes, que avian venido con Ciaxares, fueron vno à vno à viſitarle; porque todos le reſpetavan, como à ſu Protector, y Dueño, aun mas que al miſmo Rey, à quien ſervian.

Ciaxares, en fin, que quiſo averiguar la fuga del Rey de Aſſyria, ſupo, que Artamenes ſe le avia entregado à Araſpes, que era ſu mas favorecido; y por mas que hizo, no pudo hallar indicio, de que èl le huvieſſe facilitado la fuga por medio de los ſuyos. Pero entre los que avian venido con el Rey, ſe hallava vn grande Amigo de Aribeo: el qual, ſabiendo ſu muerte, concibiò grande rabia contra Artamenes; y aviendo eſte Hombre, caſualmente, ſabido, que deſpues de la fuga avia eſcrito el Rey de Aſſyria à Artamenes, fuè a dezirlo à Ciaxares: el qual le mandò llamar; y apenas le viò, quando, con voz airada, le preguntò; porque no le avia dicho, que el Rey de Aſſyria le avia eſcrito deſpues de ſu fuga? Artamenes, cogiendole deſprevenido eſta pregunta, como aquella Carta no convenia enſeñarla, por tocar en ella el punto de ſus amores, y de los del Rey de Aſſyria, eſtuvo vn rato ſin reſponder; y deſpues dixo: Que aviendo tenido tantas coſas que de-

zirle,

zirle, y todas de disgusto, no era mucho se le huviesse olvidado vna de tan poca importancia; que era verdad, que el Rey de Assyria le avia escrito; que no tenia por delito averse escapado de las Guardas, que le avia puesto: lo qual no huviera intentado, si le huviesse dexado sobre su palabra. Mejor sabrè, dixo Ciaxares, lo que os escriviò el Assyrio de su misma Carta, que de vuestro informe. Señor, respondiò Artamenes, yo obedeciera a V. Magestad; pero aviendo estado todo vn dia en las orillas del Mar, à inquirir noticia de la Princesa, quiso mi poca suerte, que perdiera la Carta, y juzgo, que se me cayò en el Mar. Esta respuesta, dada con grande tibieza, irritò al Rey: el qual, contra su costumbre, dixo asperamente: Que estrañava este sucesso; y no menos estraño le parecia su modo de proceder. Mas porque Artamenes tenia grande respeto al Padre de la Princesa, y conocia, que tenia alguna aparente razon su sospecha, callò, y se retirò, viendo, que el Rey le avia buelto las espaldas, sin quererle oir. Luego que anocheciò, los mas de los Cabos del Exercito se bolvieron à èl, y todos los Principes se aloxaron en el Castillo, y en las mejores Casas, que avia perdonado el fuego. Ciaxares passò la noche inquieto: No estuvo menos perturbado el Animo de Artamenes: el qual, no solo padecia sus afliciones, sino participava de las del Rey, no obstante el desabrimiento con que le avia tratado, y la desconfiança concebida de su lealtad.



CA-

CAPITVLO IV.

Prende el Rey à Artamenes.

MAS como la Fortuna, de ordinario, no ſuele tener limite en ſus Fortunas, aſsi proſperas, como adverſas; y colma, ò de felizidades, ò de miſerias, à los que mira, ò con amor, ò con odio; el afligido Artamenes, cuya conſtancia cayò debaxo del peſo de tantos males, ſe viò vltimamente herido en lo mas ſenſible; pues padecia ſu Honor. A la mañana le embiò à dezir Ciaxares, que fueſſe luego à ſu Real Retrete, donde aviendo entrado, le mirò con roſtro, en quien la ira borrava las ſeñales del dolor; de donde infiriò, que le amenazava algun ſinieſtro ſuceſſo; pero como el eſtado en que ſe hallava, le hazia eſtimar en poco la vida, no ſe turbò mucho de ver turbado al Rey, à quien preguntò, con humilde rendimiento: Què tenia que mandarle de ſu ſervicio? El Rey, ſin reſponderle, le diò vna Carta, que tenia en la mano; y deſpues de averle mirado, con ojos llenos de furor, le dixo: Declaradme, palabra por palabra, eſte obſcuro Enigma, que no puedo entender. Quedò Artamenes admirado, y confuſo; porque le pareciò, que aquella Carta era la miſma que avìa eſcrito en reſpueſta de la del Rey de Aſſyria: la qual juzgava yà en ſus manos: No obſtante, por deſengañarſe, la abriò, y hallò las miſmas palabras que avìa eſcrito; y al leerlas, demudò varias vezes el ſemblante; y ſe detuvo todo lo mas que pudo, para tomar tiempo de buſcar ſalida à tan dificil aprieto;

to; porque bien veìa, que ſino explicava aquella Carta, corria gran peligro ſu Honor, padeciendo nota de traydor à ſu Dueño, por aver tenido trato ſecreto con ſu Enemigo; y por otra parte conocia, que deſcubriendo ſus Amores, aventurava el credito de ſu Princeſa, que eſtimava mas que el ſuyo. En fin, Ciaxares, como no le veìa lo intimo del coraçon, irritado de aquel ſilencio, le dixo: Què andais buſcando en eſſas palabras? Vos no hallais diſculpa en ellas, y vueſtro delito no es capàz de diſfraçarle con colores de inociencia: Hablad, pues, y explicadme con claridad, lo que aveis eſcrito, deſde la primer Clauſula, haſta la vltima; y diziendo eſto, tomò la Carta de la mano de Artamenes: el qual, mirando al Rey, con mucha reverencia, dixo: Si yo pudiera, ſeñor, moſtraros la Carta, que tuve del Rey de Aſſyria, viera V. Mageſtad, que no eſtoy culpado, como me juzga; y que los Contratos, que ay entre los dos, no ſon de la calidad que ſoſpechais. Si no ſon ilicitos, reſpondiò Ciaxares, porquè me los recatais? Aqui, ſin duda, ſe encierra algun ſecreto, que es menester averiguar; y dicho eſto, abriò la Carta, y en alta voz, mirando fixamente à Artamenes, proſiguiò: Como entendeis eſtas razones?

Nunca falto à mi palabra, ni à mi obligacion; y aſsi podeis eſtar ſeguro, que cumplirè todo lo que avèmos entre los dos acordado.

Hablad, Artamenes; què aveis prometido al Rey de Aſſyria? Y què podeis averle ofrecido, que no ſea contra mi ſervicio? Vos, ſeñor, ſabeis, reſpondiò Artamenes, que el Rey de Aſſyria, y yo tuvimos en otro tiempo diverſas diſcordias; y que hà mucho, que el deſeo de la Fama nos hizo Emulos; y aſsi, ſeñor, nueſtras diferencias nunca ſe han mezclado con el ſervicio de V. Mageſtad: por lo qual, le ſuplico humildemente, no quiera ſaber mas. De-

zidme

zidme (replicò Ciaxares, con vozes descompuestas) què sentido podeis dar à estas palabras vltimas?

Deseo infinito, que nos pongamos en estado de disputar el Premio, que no merezco; pero que ninguno posseerà, sino por muerte de Artamenes?

Què Premio es este, que tanto estimais? Yà os he dicho, señor, replicò, que la Fama es el Assunto de todas las diferencias, que el Rey de Assyria ha tenido, y tendrà con Artamenes; y esta, la que he de disputarle hasta la muerte. Yo no hallo, replicò Ciaxares, aunque he procurado entender estas palabras, que pueda aver otro Premio, què disputar entre vosotros, que mi Corona, ò mi Hija, y qualquiera que sea de las dos, vos estais igualmente culpado; y mucho mas, que el Rey de Assyria; porque al fin, es de tal Sangre, que puede pretenderlas ambas; y segun lo que se vè, la vuestra es muy desigual à la suya. Por essa misma razon (respondiò con falledad Artamenes) debeis creer, que el Rey de Assyria no me querria hazer la Honra de competir conmigo, lo que no puedo pretender. Vos lo dezis con vn modo (replicò el Rey) que me confirma mucho mas en mi opinion; porque aunque el Rey de Assyria sea mi Enemigo; sin embargo es Rey, y por esta razon le debeis mas respeto del que le mostrais. Quando estoy con la Espada en la mano (dixo Artamenes, que no pudo dexar de mostrarse mas sentido) tambien hago cara à los Reyes, como à los demàs Hombres; y vos conoceis algunos, que pueden certificaros, si digo verdad; y el mismo, cuya defensa parece que tomais à vuestro cargo, os lo puede dezir, sino tiene mala memoria. Aqui no se habla de vuestro Valor (dixo Ciaxares) porque no dudo, que sois Valeroso; pero tengo motivo para dudar, si sois leal. V. Magestad (dixo Artamenes) no dudara, ni lo vno, ni lo otro, si me conociera bien; y no me admiro, que se te-

mà, que pueda corromperse la feè del que à su arbitrio dispone de las Coronas. Pues porquè, replicò el Rey, no me declarais vuestros intentos? Suplico à V. Magestad, respondiò, que no me apriete mas en vn punto, que no puedo, ni debo declarar. A mi me basta saber, que tal vez han querido los Dioses servirse de mi mano, para sustentar el Cetro, à que vos creeis, que aspiro. No me reconvengais, dixo Ciaxares, con vuestros servicios: Acordaos de lo que antes erais, y de lo que sois aora, en cuya mudança los hallareis bien remunerados; y tened entendido, que sino los tuviera tan presentes, quizà à la hora desta huvierais perdido la vida; ò por lo menos, no buscara disculpas à vuestros delitos, ni pusiera mas diligencia, que vos, en justificaros. No os reconvengo con mis servicios, replicò Artamenes, que son de poca importancia; ni os los huviera acordado, à aver tenido razones que alegar en defensa de mi inociencia calumniada. Y de donde quereis, respondiò Ciaxares, que arguyamos essa ignorada inociencia? De mi notoria bondad, dixo Artamenes, si estuvierais capàz de conocerla. En fin, no quereis, respondiò Ciaxares mas irritado, declararme, què inteligencia teneis con aquel Enemigo, que me robò à mi Hija? El tiempo, señor, os lo dirà (respondiò el inocente culpado) y èl solo os descubrirà, de què manera Artamenes; este, à quien no conoceis; este, que juzgais, ha querido ofenderos; este Artamenes, digo, à quien aveis estimado, ha tenido la inteligencia con vuestro Enemigo. No necessito del tiempo (replicò el Rey) para hazeroslo confessar; pues lo hazen vuestra Carta, y vuestras palabras: Mas porque para mi seguridad, y para el bien de mi Reyno, es necessaria la precisa noticia de esta secreta conjuracion, sin esperar à que el tiempo me la declare; puede ser, que en vna prision mas estrecha, y segura, que aquella en que

puſiſteis al Rey de *Aſſyria*, os reſolvais à declararmela? Señor (dixo Artamenes, ſin turbarſe) ni la priſion, ni los tormentos, haràn dezir à Artamenes, lo que no quiere confeſſar. Lo que me conſuela en eſte caſo, es, que no depondré el Azero, para recibir los hierros, ſino en tiempo que V. Mageſtad no tiene yà Enemigos, que puedan ofenderle: Con que en mi ſolo perderà vn Criado inutil. Bien os entiendo, replicò airado el Rey; vos no podeis reprimiros, en hazerme cargo de vueſtros ſervicios; y dicho eſto, ſe fuè à la Puerta del Retrete, donde eſtava ſolo con Artamenes, y llamando al Capitan de la Guarda, le ordenò, que le llevaſſe à ſu Quarto, y tuvieſſe quenta de ſu perſona, pena de la vida. El Capitan, que queria tiernamente à Artamenes, y ſabia, quan favorecido avia ſido, quedò abſorto à eſta orden, y caſi dudoſo, ſi debia obedecerla, viendo vna tan impenſada mudança de la Fortuna, en vn Hombre, que el dia antes era Dueño de todo el Reyno, y mandava ſobre tantos Principes, y Reyes. No pudo, en fin, dexar de dar indicios de ſu admiracion, ni acabar de reſolverſe en lo que avia de hazer. Pero conociendolo Artamenes, dixo, dandole la Eſpada: Vamos, y hagamos eſte vltimo ſervicio al Rey, enſeñando à ſus Subditos à obedecer prontamente ſus mas aſperos preceptos. Y diziendo eſto, hizo vna profunda reverencia à Ciaxares, y ſiguiò à Andramitas, tan poco alterado, como ſi ſe bolviera libre à ſu Eſtancia, en la forma que avia ſalido della. Mandò luego el Rey, que prendieſſen à Araſpes: lo qual ſe executò al punto.

Dificultoſo ſeria dezir lo que penſò en eſta ocaſion el infeliz Artamenes, y quan grande fuè la repugnancia que tuvo el Rey en eſta reſolucion; aquel, ſe detuvo mucho rato en la conſideracion de la eſtrañeza deſte vltimo ſuceſſo; y eſte, cada inſtante eſtava mas arrepentido, y menos ſatisfe-

tisfecho de su resolucion. Què harè yo (dezia entre si) con este Hombre, que tanto me ha servido; à quien tanto he estimado; y que es dueño de los coraçones, assi de mis Amigos, como de mis Enemigos? De este, digo, que es amado de todos, sin que nadie sepa quien es? Viòse nunca mas estraño caso, del que oy me sucede? He de creer, que aquel Artamenes, por cuyo Valor he alcançado tantas Victorias, y vencido tantos Reyes, ha querido perder su credito con vna traycion? Pero como puedo persuadirme, à que no ha podido explicar esta Carta, sin presumir tambien, que el delito cometido es tan grave, que su propia verguença no le da lugar à buscar algun verisimil pretexto para honestarle? No, no; Artamenes es Reo, ò sea por amor, por interès, ò por todo junto: èl està culpado, y merece castigo. La dificultad consiste, en si amandole, como le amo, podrè llegar à castigarle; y si culpado, como està, podrà tanto conmigo, que sienta yo mas su muerte, que èl, y me sea mas sensible, que su traycion. Pero el dolor de la muerte de Mandane serà preservativo contra el de la de Artamenes; pues segun siente mi Alma aquella, me parece, que no me quedarà dolor para esta. Procurèmos, no obstante, reduzir este Espiritu obstinado, y busquèmos motivos de perdonarle, haziendole confessar su delito.

En tanto que Ciaxares discurria assi consigo; Artamenes, cuyo coraçon amante no podia dividirse de su princesa, pensava mucho mas en su naufragio, que en su prisiò; y mas horror le causava discurrir en la muerte de su perdido Dueño, que en la propia. Por mas que hagas, ò riguroso destino! dezia, no has de poder afligirme mas; porque no teniendo yà el Alma sensible, sino para Mandane, en vano te cansas en combatirla con otro dolor. Añade, pues, rigores à rigores, que no me quexarè de tu in-

justicia; y si acaso, padeciendo el temor de la muerte de mi Princesa, me quexare de mi prision, serà solo por impedirme el recurso de vna muerte mas facil, y generosa. Ay Hermosa Princesa! donde quiera que estès, ò entre los Vivos, ò entre los Muertos; en el Cielo, ò en la Tierra, si vieras al infeliz Artamenes en vna Carcel de Ciaxares! Mi delito ha sido averte amado, no como à Hija del Rey de Media, sino como al mas perfecto Milagro que formò la Naturaleza. Como Hija de vn Gran Rey podia amarte; pero como Mandane, adorarte callando; sufrir, sin quexarme; amarte muriendo; y morir, sin dezir la causa de mi muerte. Porque, quizà, ò Mandane divina! yo soy la causa de tus males; porque sino te huviera adorado, no tendrias el Alma capàz de algun afecto piadoso; y huvieras, quizà, reconocido el de vno de los mayores Reyes del Mundo, y sin tantas guerras, ni estruendos, fueras Muger del Rey de los Assyrios, y Reyna de muchas Monarquias. Pero si assi fuesse, no huviera yo tenido la dicha de ser amado de ti, y no tuvieras tu la prerogativa de tener en la persona del infeliz Artamenes vn Amante, cuyo devoto afecto no ofendiò jamàs tu decoro con ningun deseo irreverente; cuya obediente Alma se sujetò à tu alvedrio; cuya vida consagrò à tu servicio, y cuya muerte no serà sino por ti; porque en fin, ò Princesa mia, morirè sin declarar à tu Padre la causa de la que parece inteligencia entre el Rey de Assyria, y Artamenes. Y no pienses, ò adorada Mandane! que es pequeño sacrificio, el que he resuelto hazer en esta ocasion por ti; porque el deseo de la Fama, no es menos poderoso estimulo, que el del Amor; aquella, es vna passion dominante, è imperiosa, que no cede jamàs à otra ninguna; pero con todo, donde està mi Princesa, queda sujeta, y vencida. Juzgueme Ciaxares perfido, y culpado, que à mi me basta el no serlo. Yo sè, que

el

el Rey de Assyria, aunque mi Enemigo, testificarà en mi favor; y aunque mi Contrario, hablarà en mi abono. Creed en hora buena, ò Ciaxares, que os he ofendido, como no creais en què, y la verdad se os oculte; porque aunque mi Princesa està inocente, y por su natural entereza se ha mostrado tan severa con vn Amor tan puro: Ciaxares, y los mal intencionados de la Corte, puede ser, que no se persuadan à que he estado tanto tiempo encubierto, sin consentimiento de Mandane. Fuera, de que descubriendose quien soy, seria confirmar al Rey en la opinion, de que aspiro à su Corona; porque no nacì tan lexos del Trono Real, como juzga. O què infeliz es mi destino! Aborrezco mi disculpa, al passo que es natural el desearla; y el temor de ofender à mi Princesa, tiene mas fuerça en mi, que el de la deshonra, aunque este es el mayor mal de los males; siendo assi, que si huvo alguno ambicioso de gloria, Artamenes puede llamarse ambicioisimo. Yo no creo, que voy errado en mi dictamen; pues por grande que sea el amor que tengo à la Princesa, no cometiera jamàs ningun delito por èl; y assimismo, por ardiente que fuesse en mi el amor de la gloria, no ofendiera nunca el credito de Mandane; y antes dexàra, que calumniassen, como calumnian, el mio. No se ha de defender la inocencia propia à costa de la agena; y quando es testigo de la mia mi conciencia, y mi mayor Enemigo, no necessito de mas justificacion. Los Dioses, que son Protectores de los oprimidos, y de la atropellada inocencia, tendràn cuidado de hazer, que se conozca la mia despues de mi muerte, sin que yo tome à mi cargo su defensa. Aquellas mismas Deidades, que permiten mi calumnia, sabràn justificarme por caminos, que por mi mismo no supiera imaginar, y la verdad prevalezerà à la mentira.

En tanto que Artamenes, y Ciaxares se ocupavan en estos discursos, y consideraciones, toda la Corte, y el Exercito empleava tambien los suyos en esta materia. El Rey de Frigia; el de Hircania; el Principe de los Cadusios; el de Licaonia; el otro de Plafagonia; Hidaspes; Crisante; Aglatida; Trasibulo; Madates; Adusio; Gadates; Artabasio; y Feraulo, quedaron absortos con la noticia de la prision de Artamenes; y no solo estos Principes, y Cabos de Guerra, sino todos los Moradores de Sinope, y Soldados del Exercito. Luego que se divulgò esta nueva, aquellos Reyes, y Principes fueron al Quarto de Artamenes; mas no los dexaron entrar. Y assi que lo supo el Rey, embiò à llamarlos à todos, y les dixo: Que avia convenido à su servicio prender à Artamenes; y les mandò, que cuidassen, que los Soldados, de quien sabia era muy querido el Preso, no se amotinassen; porque de esta prision pendia la quietud de su Reyno; y la de todos los Principes, sus Confederados. Este discurso, tan poco verisimil, no hizo impression ninguna en los Animos de los Oyentes; porque todos à vna voz le suplicaron, considerasse maduramente tan importante materia. Bien sabeis, señor, dèzia el Rey de Frigia, que no siempre avèmos sido Parciales: Digooslo, porque deis mas credito à mis palabras, y creais, que es imposible, que Artamenes os aya ofendido. Iamàs me persuadirè (dixo el de Hircania) à que aya cometido traycion. Ni yo, dixo Hidaspes, aunque lo confessara èl mismo. Si es bastante mi Cabeça, dixo Aglatida, para abono de su inocencia, aqui la tiene V. Magestad à sus pies. Si esta inocencia (prosiguiò el Principe de los Cadusios) fuesse calumniada de la mitad de vuestro Exercito, solo el braço de Artamenes bastava à desvanezer la calumnia, si necesitàra de Defensor. Desmintiera à mis ojos, dixo el de Licaonia, si osara atesti-

ateſtiguar contra Artamenes. Y yo, dixo el de Plafagonia, no creo, que aya ninguno, que ſe atreva à culparle. Yo ſoy ſu Complize, añadiò Criſante, ſi èl es Reo; y sè, que eſtoy inocente. Yo he viſto aquella Alma muy conſtante en la adverſa Fortuna, dixo Traſibulo, para creer, que aya vacilado en la proſpera. No es creìble, ni poſsible, dixeron à vna voz Madates, y Gadates; à lo qual añadiò Feraulo: Si V. Mageſtad dize quien ſon los Acuſadores, yo me ofrezo à hazerlos callar. En fin, todos eſtos Principes, y Capitanes; yà los vnos; yà los otros; yà todos juntos, apoſtavan, à qual mas dezia en favor del Iluſtre, y deſdichado Artamenes. Eſte ſe acordava de ſus Victorias; aquel, de ſus generoſas acciones. Encarecia vno ſu Valor; alabava otro ſus Virtudes; y todos, al fin, llegaron à tanto, que perdieron parte del reſpeto, que debian à Ciaxares, no dandole lugar à declararſe: por lo qual, el Rey, arrebatado de la ira, les diò la Carta de Artamenes para el Rey de Aſſyria, y les dixo enfurecido: Mirad, ſi el que defendeis con tanto empeño, eſtà tan inocente, como le juzgais. El Rey de Frigia, deſpues de averla leìdo en alta voz, quedò vn rato ſuſpenſo, como todos los que la oyeron: mas no mudo de opinion, quedando todos firmes en la ſuya; y aviendo exagerado, quan inciertas, y engañoſas ſuelen ſer las apariencias, dixeron todos conformes; bien, que ſin ſaber, quien los movia, que Artamenes eſtava inocente; y que aunque eſtuvieſſe culpado, era vn Hombre, de los que no ſe debian atropellar facilmente. Yo me verè en ello, dixo Ciaxares. En tanto, cada vno advierta, que à vezes es daño ſo tomar con demaſiado empeño la defenſa de los Delinquentes; y que los que en mi Exercito ſuſcitaren alguna novedad, pagaràn con las vidas el atrevimiento, y alboroto de los Soldados.

Aquellos Principes, y Capitanes, que vieron à Ciaxa-

res dexarse llevar de la ira, no quisieron irritarle mas; y como el valor de Artamenes los avia hecho Vassallos, y Confederados de aquel Rey, no quisieron acabar de perderle el respeto, ni ponerse en estado de no poder ayudar à Artamenes, à quien tanto amavan; como huviera sucedido, si huvieran continuado en encender vn Espiritu, que estava demasiado ardiente. Dexaronle solo, en fin, para que desahogasse parte de su furor, y considerasse lo que avia hecho, y debia hazer. Feraulo, y Crisante, al salir del Retrete del Rey, le bolvieron à assegurar con mil juramentos la inociencia de su Amo; y le significaron viuamente el deseo que tenian de servirle: Protestando, que moririan primero, que sufrir, que vn Hombre de tan raros meritos fuesse tratado tan injustamente: Bien, que aquella Carta les dava algun cuidado; pero tenia Artamenes de su parte el creer todos, que huviesse en ella alguna cosa oculta, que le justificasse, y el no aver quien le juzgasse culpado. Porque mirado bien: Què razon avia para pensar, que Artamenes pudiesse tener inteligencia culpable con vn Principe, à quien procurava vencer, y destruir su Imperio, sin aver tenido con Ciaxares disgusto, que ocasionasse mudança en su Fortuna? No costò poco trabajo à los Cabos enfrenar el Pueblo, y los Soldados; y aunque los reportaron, fuè dexandolos en el mismo dictamen, y disposicion en que estavan, para valerse dellos en caso de necessidad. Dixeronles: Que era menester tener espera; porque Artamenes estaria muy presto libre; Que no convenia malograr, por intempestivo, el favor que le ofrecian; pues le podria poner en peor estado; valiendose para este fin de las alabanças de Artamenes: Y de esta manera suspendieron, y fomentaron à vn tiempo la solevaciòn: Con que sin entibiar sus afectos, reprimian solamente la violencia, que por entonces no era necessaria; pero todo el Campo, y la

Ciu-

Ciudad, eſtava deſordenada, y confuſa. Reſonava por todas partes el Nombre de Artamenes. Los Medos, los Perſas, los Capadocios, los Frigios, los Hircanos, los Caduſios, los Halagonios, y todas las demàs Naciones, que componian aquel Exercito, todos ſe vnieron en favor de Artamenes, y cada vno en ſu Lengua le componia Elogios. No avia en aquel Cuerpo Militar Capitan, que no huvieſſe recibido de ſu mano algun beneficio; ni Soldado, que no publicaſſe, aver tenido la fortuna de que le conocieſſe. Vltimamente, Artamenes era el aſſunto de todas las converſaciones. El Soldado queria deſamparar el Campo, por ir à la Ciudad, à ſaber lo que avia de nuevo; y algunos de la Ciudad paſſavan al Exercito, para incitar los Animos de las Milicias, à no permitir la ruìna, y el eſtrago de ſu General.

Solo aquel Amigo de Aribeo, procurava ſecretamente, no perdonar diligencia, para ofender al Generoſo Artamenes, y fomentar el enojo del Rey. Eſte era, el que no ſolo avia dado à Ciaxares el aviſo, de que el de Aſſyria avia eſcrito al Iluſtre Acuſado, ſino el que le diò la Reſpueſta de Artamenes. Andavan Criſante, y Feraulo muy ſolicitos, por ſaber, de donde le avia venido à Ciaxares aquella Carta. Pero el Cielo, que ſiempre quiere, que ſe deſcubran los delitos, permitiò, que ambos deſcubrieſſen el Autor de eſta maldad. No les coſtò trabajo el ſaberlo; porque el Hombre que avia embiado el Rey de Aſſyria à Artamenes, y a quien eſte diò la Reſpueſta, avia encontrado, al bolverſe, con vn Hermano de Aribeo, que preguntandole, de donde venia, y adonde ſe encaminava, ſupo dèl todo el caſo, y le ſobornò, para que le moſtraſſe la Carta; y deſpues de averla abierto, y leìdo, la hizo copiar, con ſu conſentimiento; y le perſuadiò, à que haria vn grandiſsimo ſervicio, no ſolo à toda la Media, y Capado-

cia,

cia, de donde era natural, sino à toda el Asia, y à todo el Mundo, si se bolvia à Sinope, y llevava la Carta de Artamenes à vn Amigo suyo, que era el de la comitiva de Ciaxares, y el que avia empeçado à obrar contra el Famoso Preso. Dixole tambien, que en ello hazia vn particular servicio al Rey, de quien seria premiado con grandes mercedes; Que el Rey de Assyria, que por falta de Gente le avia embiado, quedaria bien servido con esta diligencia, siendo interessado en la muerte de Artamenes; Que tan bien veria la Carta en copia, como en original; no importandole mas llevarla de vna manera, que de otra; y que èl se la bolveria quando bolviesse de Sinope; Que no tenia que hazer escrupulo de la vida de vn Hombre ambicioso, que aspirava à la Monarquia Vniversal: Vn Hombre, à quien todos fingian amor, de miedo; pero que si vna vez le desamparava, por vn instante, la Fortuna, todos se mudarian, y caeria, sin poderse levantar; Que sus mayores Amigos, en apariencia, eran en lo interior sus Enemigos; Que finalmente, seria alabado, y aplaudido de todos, si conseguia vn intento tan grande; Que aunque lo era tanto, lo emprendia sin peligro; porque no le avia en entregar la Carta al Rey; ni seria conocido, hasta despues de passado el riesgo. En fin, este Hermano de Aribeo, que se llamava Artaxo, le dixo tantas cosas, que añadiendo la dadiva de vn rico Anillo à sus persuasiones, reduxo aquel Animo senzillo, aunque codicioso, à su voluntad. Escriviò, pues, Artaxo à su Amigo: Que aviendo hallado el modo infalible de vengar la muerte de su Hermano, no perdiesse la ocasion, sino que luego se aprovechasse della; Que él se iba à Pteria, Ciudad no muy distante de Sinope, donde estava el Rey de Assyria retirado, para emplearse contra Artamenes, con el arrimo de aquel Principe, y esperar alli el sucesso de este negocio, que fiava à su cuidado;

por-

porque èl no ſe atrevia à parecer en la Corte.

Aviendo, en fin, llegado el Propio à Sinope, fuè abuſcar al Amigo de Aribeo, y de Artaxo, y hallole pronto para lo que deſeava; y el Traydor conduxo la trama al eſtado que ſe ha dicho. Mas lo que huvo que admirar, fuè, que eſte Propio, q̃ no eſtava muy ſatisfecho de lo que avia obrado (aviendo creido, que hazia vn beneficio vniverſal à toda el Aſia con la muerte de Artamenes) quedò abſorto, viendo, que en lugar de vna publica alegria, avia cauſado vn general ſentimiento, è introduzido vn deſorden, y confuſion tan grande en todo, que era dificil hallar forma de reſtituir las coſas à ſu primero eſtado. Eſte, pues, que era vn Hombre mas fragil, que vicioſo, movido del arrepentimiento, y mucho mas del enojo, por el engaño que ſe le avia hecho; y la fea accion que le avian hecho cometer, tratò de remediarla, y declarar à los Amigos de Artamenes, quien era el que fomentava la ira de Ciaxares. Fueſſe, pues, à Feraulo; y confeſsòle francamente, como avia ſucedido el caſo; pero lo hizo con palabras tan llenas de arrepentimiento, que aunque avia puesto en peligro la vida de ſu Amo, no quiſo ofenderle; antes, aviendole afeado la primera accion, le alabò mucho la ſegunda; y tratò de valerſe del, para deſcubrir lo que ſe avia obrado en la Caſa del oculto Enemigo de Artamenes. Hizo luego al punto ſaber todo lo ſucedido à ſu Amo; porque aunque avia mandado el Rey, que nadie le hablaſſe, no obſervava el Capitan de la Guarda tan puntualmente eſta orden, que no le dieſſe lugar de eſcrivir, perſuadido de ſu inociencia; y porque venerava, y amava la gran Virtud de aquel Preſo. Aſsi ſupo Artamenes, como avia llegado ſu Carta à manos de Ciaxares, de que quedò muy contento; porque aunque vn Animo Generoſo es incapàz de delitos, no piensa, que los demàs lo creen aſsi. Avia,

ſin embargo, tenido alguna leve ſoſpecha, de que el Rey de Aſſyria le huvieſſe hecho el tiro, y eſta preſuncion le avia dado no pequeño trabajo; porque (dezia) ſi Mandane no huvieſſe muerto, y quiſiera la Fortuna, que dieſſe en manos del Aſſyrio, què ſeguridad podia prometerme de vn Principe capaz de tan perfida, y deteſtable accion?

Queriendo, en fin, Criſante, y Feraulo valerſe de la ocaſion, que les avia venido, para ſolicitar la libertad de Artamenes, ſe hallaron muy embaraçados; porque en el preſente eſtado de las coſas, no ſabian, ſi ſeria bien declarar al Rey Ciaxares, quien era ſu Amo: Conocian, que diſculpandole por vna parte, le culpavan por otra; y que eſtaria ſu vida en mayor rieſgo, como Amante de la Princeſa, que como Amigo del Rey de Aſſyria; ſi bien, ſu Sangre era muy chocara de lo que parecia: Con que no abraçando eſte medio de librarle, no ſabian, què hazer, ni què diſcurrir. No obſtante, les pareciò, no fiarſe de ſu conſejo en tan importante negocio, ni tomar ſobre ſi el peſo de vna materia, de quien dependia la vida, ò la muerte del Heroe mas inſigne del Mundo. Reſolvieron, pues, elegir los principales de los Perſianos, y aquellos Principes Eſtrangeros mas afectos, y obligados à Artamenes, para declararles, que aquel, à quien tanto amavan, era mas digno de ſu Amiſtad, y proteccion, de lo que creìan, y para pedirles con eſta ocaſion ſu conſejo, en orden à lo que debian hazer en eſta materia. Bien huvieran querido pedir licencia à ſu Amo; pero eſte era vn punto peligroſo para aventurarle de ligero; y aſſi tuvieron por mejor no arrieſgarle; añadiendoſe à eſto la conſideracion, de que ſegun lo poco que moſtrava eſtimar ſu vida, les pareciò, que no eſtaria para conſiderar lo que mejor le eſtuvieſſe; y aſſimiſmo juzgaron, que no ſe lo permitiria, ſegun el obſtinado ſilencio que guardava en eſta ocaſion, aun-

que

que eſtrivava en ello ſu Honor, y ſu vida. Aviendo tomado eſta reſolucion, eſtablezieron tambien la de no fiar eſte ſecreto, ſino à Perſianos, y Principes Eſtrangeros, ſin participarle à los Medos; porque aviendo nacido Vaſſallos de Ciaxares, podrian diſpenſarſe de la feè jurada; ò por lo menos, moſtrar alguna repugnancia, ò eſcrupulo. Tomada eſta deliberacion, anduvieron buſcando coyuntura para executarla, y tener, por lo menos, el conſuelo de no aver omitido diligencia alguna para defender la vida del mas Noble, y deſdichado Principe del Mundo.

(****)

EL ARTAMENES, Ò EL GRAN CYRO.

LIBRO SEGVNDO.

CAPITVLO I.

Refiere Criſante la Hiſtoria de Artamenes.

ERA tan juſto el intento de Criſante, y de Feraulo, que por mas enemiga que la Fortuna fueſſe de la Virtud, eſta vez la favoreciò, y diſpuſo, que eſſos dos fieles Criados, aviendo reſuelto juntar los mas verdaderos Amigos de ſu Amo, exceptando à los Medos, hallaſſen juntos en Caſa de Hidaſpes al Rey de Hircania, al Principe de los Caduſios, y à Traſibulo, à quien Artamenes los avia recomendado deſpues de

de ſu priſion. Tambien ſe hallaron Aduſio, y Artabaſio, y todos los demàs Principes, menos el de Frigia, que eſtava con Ciaxares, procurando aplacarle; y como en el eſtado preſente era Artamenes la comun materia de las converſaciones, apenas los vieron, quando les dixeron: Que Ciaxares eſtava todavia irritado; y bolviendoſe el Rey de Hircania à Criſante, le pidiò, que le dixeſſe, pues tenia eſtrecheza con Artamenes, y avia eſtado tanto tiempo en ſu compañia, ſegun avia oydo dezir, deſde que llegò à la Corte de Ciaxares, quando no era mas q̃ Rey de Capadocia, ſi ſabia, quien podia informale de ſu calidad, y Patria, para ver ſi por eſte camino hallavan el de intereſſar en ſu libertad al Principe, de quien huvieſſe nacido Vaſſallo; ò por lo menos, valerſe de eſte pretexto, para tener ſuſpenſo à Ciaxares, y dar tiempo à que ſe le paſſaſſe ſu enojo. Es impoſsible (añadiò Hidaſpes) que en el Exercito de Ciaxares, compueſto de tantas Naciones, no aya alguno de la ſuya; y ſi le ay, ſerà bueno ſaberlo; porque ſeria vn poderoſo medio, para conciliarle aquellos, que tuvieſſen la gloria de aver nacido debaxo de vnas miſmas Leyes, y de vn miſmo Principe. Y ſi huvieſſe nacido entre los Enemigos de Ciaxares, quizà ſabiendo, que tenia en ſu poder vn Hombre de tanta conſequencia, procuraria conſervarle, para ſacar dèl alguna conveniencia. Todos aprobaron el diſcurſo de Hidaſpes; à lo que añadiò Traſibulo, que podia ſer, que deſta noticia ſe penetraſſen las razones de la inteligencia de Artamenes con el Rey de Aſſyria, y de no querer dezirſela à Ciaxares, que era lo que dava mas cuidado. Señores, dixo Criſante, yo tengo à buen preſagio, el que os ayais adelantado à la intencion de Feraulo, y mia; porque noſotros veniamos à Caſa de Hidaſpes, ſolo para juntar en ella à todos los que la ſuerte ha diſpueſto que aqui ſe hallen. Nueſtro diſcurſo os dirà la cauſa de aver

elegi-

legido esta Casa, mas que otra, y el motivo de avernos parecido bien, que tantos Ilustres Medos, Amigos de Artamenes, no se hallen en este Congresso. Finalmente, señores, nosotros avèmos venido aqui, à descubriros, quien es Artamenes.

Apenas huvo dicho estas razones Crisante, quando todos los Principes le interrumpierò, para significar su alegria, y el impaciente deseo que cada vno tenia, porque fuesse de su Nacion. No tendrè yo semejante fortuna, dixo el Rey de Hircania. Lo mismo dixo el Principe de los Cadusios; y todos juntos, dando à entender, que no lo esperavan, aunque lo deseavan con grande estremo, confessaron tacitamente, que ninguno merecia aver nacido Superior suyo, siendo digno de dominar todo el Orbe. Pero Hidaspes, mas impaciente que todos, aviendo hecho sentar à aquellos Principes, y dado orden, que no dexassen entrar à nadie, que pudiesse interrumpir esta Narracion, pidiò à Crisante, que la empeçasse. No sè quien preguntò, si seria bien esperar al Rey de Frigia; pero todos los demàs, à quien molestava tanta dilacion, por el deseo que tenian de saber el principio de vna vida, de quien avian visto tan heroycos progressos; no pudiendo sufrir esta tardança, bolvieron à pedir à Crisante, que no los tuviesse mas suspensos. Entonçes aquel Sabio Persiano, aviendo estado vn rato sin hablar, para reduzir à la memoria la serie de tantas, y tan grandes acciones, como avia visto hazer à su Amo; porque assi lo tenian acordado Feraulo, y èl, començò desta manera;

HISTORIA DE Artamenes.

SON tan prodigiosas las cosas q̃ he de deziros, que tengo por necessario, pediros, no juzgueis, que os engaño; porque verdaderamente, señor (dixo, buelto al Rey de Hircania) que el origen, y vida de Artamenes, tienen tan notables circunstancias, tan gloriosas para èl, y tan increibles para quien las ignora, que para grangear el credito de los que me escuchan, no tengo por superfluo protestaros, que no saldrà de mi boca palabra, q̃ le exceda de la Verdad. Y si en la Relacion que he de hazeros, quitare algo de la Verdad misma, sabed, que la modestia de Artamenes me ha enseñado à defraudar parte de su gloria, y à no exagerar sus famosos hechos. Digo, señor, que este Artamenes, cuyo Nombre se ha hecho tan celebre, è Ilustre, por su Virtud, y su Valor, tiene otro, que no es menos esclarecido, por el Principe que se le diò, juntamente con el ser. Porque, señores, quando os diga, que Artamenes fuè antes de nazer prometido de los Dioses, y conocido de los Reyes de la Tierra; y que Artamenes, en fin, es Cyro, Hijo de Cambises, Rey de Persia, no os dirè mas de vna Verdad, que tiene facil prebança.

A estas palabras Hidaspes, y todos los demàs, interrumpiendo à Crisante, con vozes de admiracion, dixeron: Artamenes es Cyro? El Hijo del Rey de Persia? Artamenes, prosiguiò Crisante, es el q̃ os digo, y glorioso Renuevo de vno de los mas antiguos, è Ilustres Troncos del Mundo; pues numera entre sus Abuelos al Valeroso Perseo; aquel, que pre-

presumiò ser Hijo de Iupiter. Pues vos mismo, le dixo Hidaspes, no me aveis afirmado (lo q̃ todo el Mundo juzga) q̃ Cyro se ahogò en el Mar? No me dixisteis, quando os conocì aqui, que despues de su muerte os aviais arrimado à este Cavallero, à quien ahora servis; y que se llamava Artamenes? Assi es verdad, dixo Crisante; pero todo fuè por orden de Cyro: el qual, queriendo ser todavia Artamenes, me obligarà à no mudarle el Nombre, hasta que mando permita; y assi le llamarè en mi Narracion, para que pòdais mejor entenderme; y de ella sabreis el motivo que le ha obligado à estar oculto. Bien es menester confessaros (dixo Hidaspes) que tuvisteis razon de protestar que los que os escuchavàn, no se juzgassen engañados. Tambien es necessario confessar, añadiò Artabasio, que perdèmos el tiempo en dudar vna verdad, que no nos es sospechosa, viendoos à vos, y à Feraulo tan intimos, è inseparables de Artamenes; y assi no pongo dificultad ninguna en creer, que es Cyro; antes la tuve grande en persuadirme, à que vn Hombre de tan singulares prendas fuesse de comun Linage. Yo no lo creì, dixo Trasibulo, desde el primer dia que le conocì, viendole obrar cosas, que me hizieron dudar, si encerrava su persona algun mysterio. Perfides, Principe de los Cadusios, bolviendose entonçes à Hidaspes, à Artabasio, à Adusio, à Crisante, y Feraulo, dixo: Yo os tengo por muy dichosos en ser Vassallos de vn Principe tan Grande; y me parece, que esse glorioso vassallage vuestro vale mas, que el mas soberano Dominio; y que es mejor obedecerle à èl, que mandar à otros. Pero Hidaspes impaciente, y por saber los sucessos de vna vida, cuyos principios no ignorava, quiso obligar à Crisante à que empeçasse su Relacion desde la salida de Cyro de la Corte del Rey su Padre: Mas como Trasibulo no estava informado de lo antecedente, y los demas Prin-

cipes no sabian lo sucedido en la Corte de Astiages, sino por lo que avia divulgado la Fama, que tiene por costumbre alterar la Verdad, tuvieron por mejor, que Crisante hiziesse vn sucinto Resumen, para renovarles la memoria, è informar à Trasibulo, que estava ageno de todo. Crisante, en fin, despues de aver estado vn rato suspenso, como para encontrar el hilo de su Discurso, buelto al Rey de Hircania, le dixo:

No me parece necessario detenerme à daros cuenta por menor del glorioso Origen de Artamenes, siendo bastante averos dicho su Nombre verdadero; y añadir, que es de la verdadera Estirpe de Perseo, por cuya razon se llamaron sus Antecessores Persides; y esto basta para saber, que no tiene el Mundo mayor Nobleza. Goza, fuera de esta prerogativa, la de aver nacido entre Pueblos (si parece bien, que hable assi vn Persiano) donde las Virtudes se aprenden, luego que se naze, y donde son tan horrorosos los vicios, que no se atreven à comparecer, sino disfraçados, y coloridos con la Virtud. Artamenes (que assi le llamarèmos aora) tiene demàs desto, la gloria de ser Hijo de vn Principe, y de vna Princesa, cuyas altas, y excelentes prendas son notorias al Mundo: Con que tiene tambien la dicha de no aver podido aprender de sus Padres, sino inclinaciones nobles, y heroycas. Pero me parece, que no es menos necessario saber la Historia de los Reyes de Media, que la de los Reyes de Persia, para mas claridad de lo que he de referir; y assi he menester tomarla de mas arriba, para explicarme mejor. Digo, pues, que es preciso acordaros, que los antiguos Reyes de la Assyria se apoderaron del Asia Superior; y que el Sabio, y Noble Dioces, Padre de Pharaortes, solevò sus Compatriotas contra su Tyrano, y puso el Dominio de los Medos en manos de vn Medo; pues le puso en las suyas.

Yà

Yà sabeis, señor, que aquel grande, y esforçado Varon descendia por linea recta de los antiguos Reyes de la Media; y que fuè el que formò tan famosas Leyes; el que fundò la Ciudad de Ecbatana, ò Tauris; y en fin, el que puso debaxo de su obediencia todos los Estados de sus Predecessores, que dominaron los Brusos; los Paretacenas; los Seruchatos; los Arisantinos; y los Badianes. Despues de Dioces, que reynò cinquenta y tres años, heredò la Paterna Corona Pharaortes su Hijo: el qual viuiò tan pacifico, como si los Reyes de Assyria no le huviessen vsurpado el Trono. Pero al fin no contento con verse con el de sus Passados, moviò Guerra contra los Persas: los quales, despues de aver gozado mas de cien años de Paz, se hallaron invadidos de Gente Guerrera, y enseñada à vencer; y por no ver su total ruìna, hizieron vna Liga con ellos, acordando, que la Corona de Persia, y la de Media nunca tendrian intereses separados; y que en qualquier necesidad irian à assistir à Pharaortes; y esta fuè la primer Liga entre Medos, y Persas. No me detendrè en deziros, como Pharaortes, que era ambicioso, aviendo querido hazer Guerra al Rey de los Assyrios, que le dexava pacifico en sus Estados, muriò en aquella expedicion, en el Cerco de la Ciudad de Nino, despues de aver reynado veinte y dos años. Ni os contarè, como Ciaxares, que fuè el primero deste Nombre entre los Reyes de Media, heredò aquel Reyno; y que aquel Principe fuè alternativamente favorecido, y desdeñado de la Fortuna; porque os es notorio, que dando vna Batalla à los Lidios, estando para ganarla, y teniendo la Victoria casi en las manos, se aparecieron sobre ambos Exercitos tan obscuras tinieblas, que no se pudo proseguir el Combate. Tambien sabeis, que teniendo sitiada la Ciudad de Nino, como os dixe, por vengar la muerte de Pharaortes su Padre, alli fue-

dida; estando yà para ganarla, se dexò ver Madiantes, Rey de Scitia; con vn Exercito de mas de cien mil Hombres, vn tiro de Arco del Cordon, y peleò con el Rey de los Medos: Ganò la Batalla, y con ella el Imperio. Tambien sabeis, como Ciaxares bolviò à su Trono; porque la inundacion de los Scitas no durò mas que veinte y ocho años; y no aviendo mudado inclinacion con la mudança de la Fortuna, bolviò à hazer Guerra al Rey de Assyria; y vltimamente ganò la Ciudad de Nino.

Este Ciaxares fuè Padre de Astiages, à quien dexò el Reyno en paz; pero como este Principe avia nacido en tiempo de turbulencias, creo, que las agitaciones del Espiritu del Padre, y las borrascas de su Animo, entre las grandes rebolaciones, passaron al Hijo, dexando en èl algunas impresiones melancolicas, y desconfiadas, que siempre le tuvieron inquieto, y quizà han tenido gran parte en las adversidades de Artamenes. Casòse muy moço, y de vn modo muy notable, por lo que aora me acuerdo. Aquella Batalla, que el Rey su Padre no pudo ganar contra Aliartes, Rey de Lidia, por aquella obscura niebla, fuè motivo de las Bodas de Astiages; porque despues de vn caso tan estraño, le confirìo el Rey de los Medos con los Magos, y Aliartes embiò à consultarle al Templo de Diana, en Epheso; que entonçes empeçava à estar, por sus Oraculos, en gran veneracion. Estos Principes supieron de los Magos, y de la Diosa, que el Cielo avia dado vna señal evidente, de que no aprobava la Guerra entre aquellos dos Poderosos; y que convenia, que fuessen Amigos: Para lo qual, aviendose interpuesto el Rey de Cilicia, hizo, que el Rey de Lidia, que tenia vna Hija, Hermana de Creso, la diesse en Matrimonio à Astiages, Hijo del Rey Enemigo. De aqui podeis entender, que estas Bodas se celebraron immediatamente à la Guerra de Lidia: Por lo qual, no sin

razon,

razon, os he dicho, que este Principe adquirió, entre los marciales estruendos, algunas impresiones sediciosas. Informaros como acabó su Reynado, seria superfluo hazerlo por menor; y bastará deziros, que sabiendo este Principe, que casi ninguno de sus Antecessores, desde Dioces à èl, avia gozado en Paz la Corona de Media, estava siempre apercebido à la Guerra, rezelandose de alguna sollevacion. Tambien sabeis, que de su Muger, Hija de Alliartes, y Hermana de Creso, nació Ciaxares, que oy reyna, y tiene preso al invencible Artamenes. Tampoco ignorais, que tuvo vna Hija, llamada Mandane, de grande hermosura, y virtud; y que poco despues se le murió la Reyna su Muger, à quien amava tiernamente: por lo qual no quiso bolver à casarse. Despues de viudo, no tuvo mas cuidado, que el de criar al Principe Ciaxares, y à la Infanta Mandane, y procurar viuir en Paz, sin inquietar à sus Vezinos; y quiso la suerte, que no tuviesse Guerras considerables; pero siempre tuvo la mala fortuna de correr el riesgo de tenerlas; yà con los Reyes de Assyria, sus antiguos Enemigos; yà con sus Confederados; y yà con sus propios Subditos. No obstante, entre la inquietud, que le ocasionavan estos temores, fuè siempre su Corte la mas opulenta de toda el Asia; porque bien sabeis, que la Nacion Meda apeteze las delicias, y la riqueza; y que Astiages particularmente fuè muy dado à los plazeres, à pesar de sus tristezas, è inquietudes; y que Ecbatana siempre ha sido la mas deliciosa Corte del Mundo.

Avia observado este Principe, desde que nació su Hijo Ciaxares, la costumbre de celebrar su dia natalicio con publicas alegrias; y èl mismo le llevava al Templo, à dar gracias à los Dioses, por averse le concedido, y pedirles, que se le guardassen. Tenia el Principe diez y siete años, y su Hermana catorze, quando vn accidente turbò vna destas

Fiestas Anuales; y fuè, que saliendo Astiages vna mañana de su Palacio, para ir al Templo à llevar à su Hijo, de repente empeçò à menguarse la claridad del dia, y eclypsandose el Sol, no se viò nunca semejante obscuridad sobre la Tierra; apenas se conocian los vnos à los otros; antes aquella escasa luz, que avia quedado, ocasionava tal tristeza, q̃ la misma obscuridad huviera sido menos espantosa. Este sucesso turbò mucho à Astiages, y todo el Pueblo le tuvo por mal aguero; porq̃ aunque avian visto otros Eclypses, demàs de ser mayor este, causava mas horror que los otros; y el aver sucedido el dia mismo del nacimiento del Principe, parecia à todos mas notable; y no creyendole efecto del acaso, tenian por infalible, que los Dioses querian avisar al Rey, y à los Medos algun raro, y singular sucesso. Huvo quien se acordò de aquella obscuridad, que turbò al primer Ciaxares; y tuvieron por constante, que pues aquella obscuridad avia amonestado la Paz al Rey de los Medos, y al de Lidia, tambien esta avisava alguna grave materia. En fin, todos hablavan variamente, y cada vno lo interpretava segun su genio, y passion. Vnos dezian, que denotava la cercana muerte del Rey; Otros temian la caìda de su Imperio; y algunos la muerte del Principe su Hijo; pero todos generalmente temian algun fatal sucesso. Pero si la obscuridad de las tinieblas los avia assustado, lo que se siguiò al Eclypse, no ocasionò menos assombro porque aviendo durado quatro horas enteras; el Sol con aquel desvsado estorvo, se descubriò de repente tan claro, brillante, y lleno de luz, que el que se atrevia à mirarle, quedava casi ciego: è instantaneamente se sintiò vn calor tan excessivo, que todos creyeron, que se abrasava el Mundo; porque no era menor el ardor de los Hombres, que la claridad del Sol. Astiages, que naturalmente era aprehensivo, y desconfiado, y juzgava,

que

que los Magos sabrian todos los futuros contingentes, los juntò, y pidiò, que examinassen aquel sucesso. Bien sabeis, que este genero de Gente emplea lo mas de su vida en la investigacion de los Astros Celestes; y que su absteridad, y retiro, les dàn particular noticia de las Estrellas, por cuyo medio penetran desde lexos los casos futuros; y aun los Dioses los inspiran, por secretos, y ocultos caminos, lo que niegan à los demàs. Sus respuestas son casi las mismas, que las de los Oraculos; pero mucho mas claras.

Aviendo, en fin, juntandolos Astiages, como dixe, è invocado ellos à los Dioses, y consultado las Estrellas, respondieron al Rey, despues de averle exortado à sufrir con paciencia lo que avian de dezirle, y à no dexarse llevar de la fuerça de la pasion: Que segun sus especulaciones, y la inspiracion de los Dioses, era preciso, que aquel grande Eclypse: el qual no avia sucedido en el tiempo, ni segun las Reboluciones establezidas de la Naturaleza, denotasse su muerte, ò la de su Hijo, ò la de su Autoridad Suprema. Quanto à las primeras, no podian ser; porque aviendo hecho por orden suya algunas observaciones Celestes, sobre el termino de sus vidas, investigando sus Oroscopos, con todas las diligencias que se procuran en aquel Arte, y Ciencia, siempre las avian hallado dilatadas; y que assi era preciso, que aquel triste presagio amenaçasse su Autoridad; y que considerando, que la Paz florecia tanto en los suyos, como en los Estados vezinos, no veìan ninguna aparente causa para esta Rebolucion vniversal, de quien toda el Asia, y particularmente la Media, estava amenaçada; pero que era forçoso, que viniesse por alguna parte, sino se prevenian para ella, aprovechandose de los Avisos del Cielo, como lo hizo en otra ocasion Ciaxares, su Padre. Astiages, alterado, y absorto con este discurso, les bolviò à pedir, con grande instancia, le dixessen todo lo

que

que penſavan; y juzgando, que eſtavan rezeloſos de otro mal, que le callavan, les mandò con toda ſu Autoridad, que hablaſſen clara, è ingenuamente; y ellos le dixeron, que ſegun creìan, ſe debia temer, que aquella claridad deſvſada, que avia ſucedido à las tinieblas; y aquel Sol, que ſe avia deſcubierto de repente, quiſieſſe dar à entender, que el Principe ſu Hijo, aconſejado de algun Eſpiritu ambicioſo, maquinaſſe contra la Corona; Que aquel Eclypſe fueſſe repreſentacion de ſu poder; muy preſto obſcurecido; y q̃ aquella nueva luz moſtraſſe claramẽte el explẽdor de vn nuevo Principe. Pero q̃ eſte daño no carecia de remedio; porque los Dioſes no aviſan inutilmente à los Mortales; y como el Rey ſu Padre los avia aplacado con hazer la Paz, era meneſter, que èl trataſſe de tenerlos propicios con Sacrificios, y Votos, y por el medio de ſus Virtudes. Y ſobre todo, convenia poner cerca de la Perſona de ſu Hijo Hombres Sabios, y juſtos, que le pudieſſen dar ſanos conſejos, y deſarraygar de ſu Animo las malas ſemillas, que en èl pudieſſen aver ſembrado Perſonas ſedicioſas.

No huvo el Rey oydo el ſentir de los Magos, quando les diò entero credito; porque fuera de la natural inclinacion que tenia à creer lo peor, no ay duda, que eſto tenia alguna veriſimilitud; porque Ciaxares dava ſeñas de muy ambicioſo, y todas ſus inclinaciones miravan à la Grandeza, y al Dominio, y tenia cerca de ſi algunos, que fomentavan eſta natural propenſion. Apenas Aſtiages aplicò el Animo à eſte penſamiento, quando juzgò, que veìa à ſu Hijo ſentado en ſu Trono, que le quitava el Cetro, y le encerrava en vna Carcel. Yà podeis, ſeñor, conſiderar la afliccion, y ſuſto que infundiria eſta imaginacion en el Animo de vn Rey, que preferia el Reyno à la Vida; y que por otra parte, à peſar de la codicia del Dominio, amava tier-

tiernamente à su Hijo. Mandò, en fin, à los Magos, que no publicassen lo que le avian declarado, temiendo, que esta noticia apresurasse su ruìna; y que sabiendola el Hijo, creyesse, que no era delito despojar de la Corona à su Padre, estando casi establezido de los Dioses. Mandòles, que dixessen al Principe, y divulgassen entre el Pueblo, que el Eclypse no avia tenido mas estrañeza, que aver sucedido en aquel dia; y que siendo caso accidental, no se debia tener à mal aguero; pero que era razon, pedir à los Dioses, se dignassen de conservar la buena Fortuna. Obedecieron los Sabios; pero el silencio no produxo el efecto que desea va el Rey; porque el Pueblo lo creyò todo al contrario; y juzgò, que no queriendo publicar el daño amenaçado, precisamente seria grande, y digno de temerse. El mismo Principe presumiò, que su vida era la amenaçada; y assi la Corte, como el Pueblo, quedaron confusos, y desordenados. El Rey hazia lo posible para dar à entender, que no le ocupava el Animo ningun melancolico pensamiento; pero entre los festejos, y regozijos, que de politica mandava hazer, para ocùltar sus congoxas, brotavàn en èl las señas de su inquietud. Agitavanle dos passiones, que jamàs concurren, sin causar grandes fatigas; porque batallando la ternura del amor Paterno, con los zelos del Dominio; bien cierto es, que no estaria Astiages concorde en sus afectos. Amava la Corona, y amava al Hijo, y ponia en equilibrio estas dos passiones.

Buscando, en fin, remedios para que Ciaxares no pensasse en sediciones, tuvo por el mejor desviarle de la Corte, donde residen los Grandes del Reyno; porque mirandole estos como à Sucessor en èl, le respetavan de manera, que podian fomentar su disposicion à admitir dañosos consejos. No dexava de sentir el apartarle de si, à que no acabava de resolverse; porque tal vez temia, que

este

eſte fueſſe camino para facilitar al Hijo ſu daño: por lo qual, dezia entre ſi: Eſtando à mi lado, no neceſsito de eſpiar ſus acciones, ſiendo yo miſmo teſtigo de ellas; pero quando eſté en vna remota Provincia, de quien he de fiarme, para ſaber lo que haze, ò lo que trata? Mas facil es de creer, que los mal intencionados maquinen allà, lo que no ſe atreverán aqui. En fin, ſeñor, deſpues de aver diſcurrido ſobre eſte punto por todas partes, creyò aver hallado vn remedio mucho mas ſeguro, de quantos avia penſado, para apartarle de ſi; porque acordandoſe, que el Rey de Capadocia, ſu vezino, y confederado, quando muriò, no avia dexado mas de vna Hija, debaxo de la tutela de la Madre, juzgò, que ſi podia caſarle con ella, ſe librava del rieſgo, que mas temia ſu coraçon, ſin manifeſtarle. Pareciole tambien facil, poniendole vna Corona, y faciando ſu ambicion, quitarle de el Animo el deſeo de privar à ſu Padre de la ſuya. Hallò, en fin, tantas conveniencias en eſte diſignio, que aviendolo reſuelto conſigo, ſolo penſava en ponerle en execucion. Eſcuſado es, ſeñor, referiros lo que obrò, para conſeguir ſu intento, y las dificultades que ſe le ofrecieron en èl; porque yà ſabeis, que en Capadocia ay vna Ley, que prohibe à ſus Reyes dar las Hijas à Eſtrangeros; porque el Dominio no paſſe à eſtraño poſſeedor; mas con todo eſſo, Aſtiages ſe governò con tal arte, que aviendo vencido eſte obice, conſiguiò ſu intento; mayormente, aviendoſe averiguado, aver nacido Ciaxares en Capadocia; porque bolviendo la Reyna ſu Madre de viſitar vn famoſo Templo de aquel Reyno, le avian ſobrevenido los dolores del parto; y fuè preciſo parir en vn Lugar, que verdaderamente era de la juriſdicion de Capadocia. Casò, pues, al Hijo con aquella Reyna, cuya belleza era mas eſtimable, que ſu Corona. Apenas ſe casò, quando muriò ſu Madre;

y juzgò

y juzgò el Pueblo, que su muerte avia sido castigo de los Dioses, por no aver observado rigurosamente la Ley fundamental del Reyno. Astiages, sabiendo, que su Hijo se hallava conforme con su estado; y que la Corona de Capadocia, vnida à la beldad de la Muger, bastava para tenerle gustoso, tambien èl estava contento.

Yà en Ecbatana bolvian à florezer el jubilo, y la alegria; y la Infanta Mandane solo tenia que temer, el aver de dexar vna Corte, donde era de todos adorada; pues desde el dia que su Hermano faltò de ella, nadie conseguia mercedes de el Rey, sino por intercesion de la Infanta. Pero en medio de esta calma, y de esta comun felizidad, tuvo Astiages vn sueño extraordinario, de que se hablò por todo el Mundo; y como tenia por costumbre consultar todas sus dudas con los Magos, hallaron estos, que los primeros presagios podian aver sido inciertos, y averlos engañado; pero que indubitablemente la Infanta Mandane pariria vn Hijo, que dominaria toda el Asia, y le quitaria el Reyno, y ocuparia el lugar de Ciaxares; y en fin, causaria vna vniversal Rebolucion. Pero Astiages, con dificultad se persuadiò à vna cosa, que tenia poco de verisimil; y al fin, no diò credito à los Sabios, cuyos pronosticos los tuvo esta vez por falsos. Pero aviendole continuado, por muchas noches, estas molestas fantasmas, ò extraordinarios sueños, empeçò à darles entero credito. Y no obstante este accidente (aunque muy considerable entre los Medos, y los Magos: los quales creen, q̃ los sueños son ordinarios caminos, por donde se comunicã los Dioses à los Hombres) no huviera obligado à Astiages à temer las desdichas, que le amenaçavan, sino le huviera sucedido otro caso, que aumentò, y confirmò mas sus temores. Estando la Infanta Mandane (ignorante de todo esto) en su Retrete, todo

do alumbrado de Lamparas de Cryſtal, la aviſaron, que la venia à ver ſu Padre, con intencion de divertir el obio, y buſcar algun alivio à ſus peſares, con la diſcrecion de la Infanta, que la tenia grande. Pero apenas entrò, quando à vn tiempo ſe apagaron todas las Lamparas, menos vna, que eſtava ſobre la cabeça de Mandane; y eſta acrecentò ſu explendor, y luziò mas, que todas las otras juntas. Mas cuidado diò eſte prodigio à Aſtiages, que ſus ſueños; y aviendole conſultado tambien con los Magos, le reſpondieron, que ceſſarian, ſin duda, todos ſus Dominios, y ſe juntarian en el Hijo, que procedieſſe de Mandane; y que lo miſmo anunciavan los ſueños, que le avian explicado. El dia ſiguiente, aviendo ido al Templo la Infanta, temblaron ſus cimientos, y ſe cayeron ſus adornos, menos la imagen de vn Muchacho, que tenia vn Arco en la mano: lo qual interpretaron los Magos, ſignificar, que el Hijo que naciеſſe de Mandane, conquiſtaria el Amor de todas las Naciones, y ſeria abſoluto Señor de la mas Noble Parte del Mundo.

CAPITVLO II.

Naze Cyro; y el inhumano Decreto que Aſtiages diò contra ſu vida.

DESPVES deſtos prodigioſos, y repetidos ſuceſſos, ſe entregò Aſtiages todo al temor; y la Infanta, q̃ pocos dias antes avia ſido ſu mayor delicia, fuè la vnica cauſa de ſu deſſoſsiego. Tambien le padecia Mandane, aunque por camino diferente; porque aviendo ſabido la interpretacion tocante à Ciaxares, con

todo

todo lo demàs que avian diſcurrido los Magos ; como prudente Princeſa , fuè à ver à ſu Padre , y le dixo: Que ſi para ſoſſegar ſus inquietudes , le parecia buen medio que ella no ſe caſaſſe , deſde luego ſe reſolvia à obedecerle ; y que deſta ſuerte ſaldrian vanas las amenaças del Hado ; y que ſi ſu miſma vida cauſava ſus congoxas , y no ſe fiava en lo que le prometia , eſtava pronta à perderla ; y que tendria à gran fortuna , ſer Victima ſuficiente para aplacar al Cielo indignado ; y reſtaurar la quietud en el Animo Paterno, ſabiendo , que debia ſacrificar ſu ſer , por el q ſe le avia dado. Aſtiages , en lugar de enternezerſe con tan dulçes, y cordiales palabras , juzgò, que fueſſe artificioſa ſimulacion ; y que el temor la hazia hablar aſsi ; y juntandoſe à eſto, el ſaber , que vn Principe , ſu Coligado, llamado Artambates, eſtava muy enamorado de la Infanta , y deſeava ſu mano ; rezelò, que aquel Principe , que era muy ambicioſo , vinieſſe à ſer Padre , de quien avia infundido en èl tanto temor: por lo qual, ſin reſponder à ſu Hija , que con tanta ternura le avia hablado , la mandò , que no ſaliera de ſu Quarto ; y que ſolo queria de ella, que ſe diſpuſieſſe à obedecer , ſin replica, todo lo q̃ la mandaſſe. Retiròſe la prudente Princeſa , deſpues de averle prometido vna ciega obediencia ; y Aſtiages ſe quedò en ſu Quarto, con vn deſaſſoſsiego inſoportable, ſin reſolverſe à la muerte de ſu Hija, ni à fiarſe de la palabra, que le dava, de no caſarſe: Porque aunq̃ aora (dezia) no tenga tal intento, quien ſabe, ſi Artambates, como amante, grangearà ſu voluntad, ò à lo menos, la robarà ſin ella? Mandame es muchacha, y hermoſa ; y ò ſea por los fines que puede diſcurrir ; ò por los que èl puede tener en ella , no debo fiarme en ſus palabras. Si la encierro en vna Torre, los que la quieren bien, la podràn librar , ò con la fuerça , ò con la induſtria ; y ſi la dexo libre, la perſuadiràn à lo que yo no quiero.

Deſ-

Despues de todos estos discursos, no resolviendose à quitarla la vida, le pareciò, que lo mejor seria casarla; pero de modo, que quedasse seguro de los amenaçados riesgos. Despues de aver pensado sobre este punto, le pareciò, que Cambises, que estava recien heredado en la Corona de Persia, por muerte de su Padre, era apropositto para assegurarle de sus temores. Porque, dezia, yo sè, que los Persianos, por su naturaleza, no son nada ambiciosos; son modestos; se contentan con lo que poseen, y no procuran dilatar los confines de su Reyno, conteniendose en los suyos; y dexandosele gozar en Paz, no quieren perturbar su quietud, por conquistas inciertas. Fuera de esto, yo sè, que Cambises, por si mismo, vence à todos los Persianos en modestia, como estos se aventajan generalmente en Virtudes à todas las demàs Naciones del Mundo; se dexa governar de las Leyes; govierna solo con ellas; trata à sus Vassallos de modo, que no se distingue, si es Rey, ò Padre. Demas desto, el Reyno de Persia no es de Dominio tan despotico, que no tenga su Govierno algo de Republica; y mas facilmente se empeñan muchos en vna Guerra, que vno solo; y la ambicion, todo poderosa, en el Animo de vn Principe, no tiene tanta fuerça en el de vn Senado. Al fin, señor, por no alargar mucho mi Relacion, con circunstancias, que no son tan essenciales, como otras, que tengo que referiros; sabed, que el Rey de Media establecio solo consigo este Casamiento, y le hizo proponer derechamente à Cambises: el qual, dando el consentimiento con alegria, embiò Embaxadores à Ecbatana, à pedir à la Infanta. Astiages, que lo avia procurado, no se la negò; y embiò à Persia à su Hija, que obeciò, como acostumbrava; y en poco tiempo se tuvo por la mas dichosa Muger del Mundo, por las raras prendas del Marido, y por el amor que la tenia. De esta suerte

crela Aſtiages, que eſtava ſeguro; porque Ciaxares atendia à la quietud de ſu Reyno; y la Hija eſtava en vn Païs pacifico, de donde, ſegun reglas humanas, no avia que temer Guerras.

Mas no durò mucho eſta quieta calma en el Pecho de Aſtiages; porque apenas huvo dado Marido à Mandane, quando ſe arrepintiò, y procurò bolverla à ſu poder. Lo que hazia rehacios ſus temores, y ordinariamente ſe les aumentava, era, que todos los Sacrificios, que ofrecìa à los Dioſes, parecia, que no les eran gratos; y los Magos (que deſpues de los ſueños de Aſtiages, ſolo ſe ocupavan en la continua obſervacion de los Aſtros) dezian todos à vna voz, que la mudança amenaçada à la Media, no eſtava muy lexos; y que cada dia notavan mas claramente en las Celeſtes Conſtelaciones vna Rebolucion vniverſal; y que yà mas era meneſter prevenirſe à padecerla, que à remediarla. Eſtando en eſta poſtura las coſas, Aſtiages embiò à pedir à Cambiſes, que dieſſe licencia à Mandane, para que fueſſe à verle. Eſta Princeſa, aunque conocia la condicion de ſu Padre, no ſe declarò con el Marido; antes le ſuplicò, la dexaſſe dar eſte juſto conſuelo, à quien le avia dado el ſer; porque aunque no ignorava las aprehenſiones de el Padre, eſperò ſanarſelas; y à no poder mas (bien, que amava tiernamente à Cambiſes) ſe reſolviò à privarſe dèl, por no ocaſionar vna Guerra entre ſu Marido, y ſu Padre, como fuera cierta, ſi le huvieran negado lo que pedia. Aquel Principe, que amava con eſtremo à ſu Muger, condeſcendiò con ſu guſto, y la embiò à Media, con Acompañamiento, mas proporcionado à ella, y à la Corte donde ſe avia criado, que à la templança de la Perſia. Acompañòla haſta la Raya de ſu Reyno; y alli ſe deſpidieron con la mayor ternura que ſe puede imaginar; porque juzgando Mandane, que el

Rey su Padre la querria tener consigo, para viuir con Animo quieto, y librarse de sus temores; tenia dentro de si vn secreto dolor, de que no participava Cambises, porque no le sabia.

Dividieronse, bolviendose el Rey à Persipolis, y passando Mandane à Ecbatana, donde fuè recibida con grandissima alegria; y Astiages se juzgò de Animo tranquilo, y gustoso; porque antes de casar à su Hija, temiò (como dixe) que alguno la persuadiesse à casarse, ò la robasse; y agora, viendola casada, y ausente del Marido, pensava, que nadie podria perturbar su sossiego. Pero considerava, que despues de averla detenido el tiempo conveniente, si ella se queria bolver, seria necessario tener Guerra con la Persia, por el vltraje hecho à su Rey; pero nada le dava mas cuidado, que ver à la Hija expuesta à tener sucession. Hizieronse Fiestas à la venida de Mandane à la Corte; y viendo los halagos, y caricias que la hazia su Padre, pensò, que tenia motivo para esperar buen sucesso, y que no tendria efecto lo que avia imaginado. Pero entre tantos festejos enfermò; y en el semblante se le leian las señas de la afliccion del Animo. Iuzgò, que la fatiga del camino, la mudança del Ayre, aunque avia buelto al nativo; y la pena de estar ausente de su Marido, fuessen causas de su mal; pero no passaron muchos dias, sin que conociesse, que avia salido preñada de Persia: lo qual le affligiò de suerte, que enfermò de veras; porque conocia, que el Rey su Padre no le daria licencia para bolverse, estando en aquel estado; y que si paria en Ecbatana vn Hijo, el menor mal que le podia suceder, seria entrar en la prision, antes que en la cuna, y criarse en parte donde ella no tuviesse entrada, ni autoridad. Tambien temia, que el Rey su Marido la culpasse, el no averle declarado la intencion, y humor pecante de su Padre. Tantas cosas, en

fin,

fin, le afligieron, que bien huvo menester toda su constancia para no manifestar parte de su sentimiento. Determinò, pues, ocultar su preñado, hasta no poder mas, para cuyo efecto no salia de su Camara, quedandose ordinariamente en el lecho. Despues de algun tiempo, quexandose cada dia mas, diò à entender, que los Ayres de Ecbatana la hazian daño; y pidiò à su Padre, la concediesse su retorno à Persia; ò por lo menos, la permitiesse retirarse à vno de los tres delicioſos Palacios, distantes trezientos estadios de la Ciudad. Assi creyò esconder, lo que mas oculto tenia; pero la desgracia quiso, que vno de los Medicos, que la visitavan, conociò el achaque, no obstante las estratagemas con que le encubria; porque se quexava de muchos males, solo por engañarlos, para que no conociessen el verdadero.

Este Medico, pensando llevar vna alegre nueva al Rey, le dixo: Que Mandane estava preñada; y que assi no era acertado darla licencia para irse: Con que pidiendosela ella al Rey, la dixo: Que si estuviera en Persia, la convendria bolverse à Media, que era su Cielo nativo. Fuera, de que el Ayre de Ecbatana era mas saludable, que el de Persipolis; y que assi, no tratasse de su jornada; pero que en quanto à retirarse al Campo, vendria en ello con mucho gusto, si lo tenia por provechoso; pero que en Ecbatana avia tan hermosos Iardines, como fuera della; y era de parecer, que la melancolia, que tenia, mezclada con sus achaques, se podria sobrellevar mejor en la Corte, que en la soledad: la qual, no solo la disipa, pero la fomenta. De alli à pocos dias le quitò todas las Damas, que traxo consigo; y en su lugar le puso otras; y avienco llegado la hora del parto, yà sabeis, señor, hasta donde le arrastrò el ambicioso temor, y la inhumanidad, que le infundiò el miedo de perder el Imperio. Este fuè vn caso tan estraño,

que ha ſido bien notorio al Mundo; y aſsi ſolo os acordaré en breves palabras, que aviendo Mandane dado à luz vn Hijo; el rezeloſo Aſtiages le entregò à Harpago, ſu Confidente, con orden de llevarle à algun Monte deſierto, ò à algun eſpantoſo Boſque; no ſufriendo ſu coraçon (aunque cruel) que lo mataſſen; ò le cegaron los Dioſes, para que no cometieſſe tan atroz delito. Pero Harpago, que era menos cruel, no pudo executar, aunque lo prometiò, ſentencia tan impia; y no atreviendoſe tampoco à librar al tierno Infante, ſe le entregò à vn Paſtor, llamado Mitridates, que habitava al pie de las Montañas, à quien embiò à llamar, para que hizieſſe, lo que èl no tenia animo de poner en execucion. Yà ſabreis, ſeñor, que llevandoſe eſte Paſtor al tierno Infante, que era hermoſiſsimo; hallò, que mientras avia eſtado en la Ciudad, avia parido ſu Muger vn Niño muerto; y moſtrandole el que traìa, alegre, y riſueño, quando le tuvo en los braços, no permitiò, que el Marido executaſſe la orden, que le avia confeſſado, que tenia; y conſintiò, que por ſu ſeguridad expuſieſſe el Hijo muerto, en lugar del Infante viuo. No dexava Spaco (aſsi ſe llamava la Muger) de ſentir, el aver de exponer el Cadaver de ſu Hijo à ſer paſto de las Fieras; pero al fin, la ternura materna çediò à la mas piadoſa, y mas bien fundada; pues no pudiendo reſucitar à ſu Hijo, quiſo, por lo menos, guardar el ageno, que le tuvo por parto de Perſona principal, infiriendolo de las embolturas bordadas de Oro, que traìa.

En fin, Mitridates, y ſu Muger, que habitavan à la falda de aquellas Montañas deſiertas, entre el Septentrion de Ecbatana, y el Mar Euxino, pudieron facilmente poner al muerto Infante en lugar donde fueſſe deſpedaçado de los Brutos; porque como ſabeis, toda aquella parte de la Media, àzia el Aſperis, es montuoſa, y llena de eſpeſiſsimos.

nos Bosques, habitados de Fieras, hasta vna gran llanada, que por aquella parte la circunda. Tambien sabeis, que Mitridates, aviendo puesto à su Hijo muerto en la Real Cuna, donde le entregaron al de Mandane, hizo, que viessen el Cadaver despedaçado, los que fueron embiados por Harpago: los quales, recogiendo las infelizes reliquias, que avian sobrado à los Tygres, y Pantheras, las llevaron à su Amo, que aviendolas enseñado à Astiages, tuvo orden de depositarlas en el Sepulcro de los Reyes de Media; y de esta suerte se vieron los huessos de vn Villano entre los de los Reyes; y el Hijo de vn Rey, en la Choça de vn Pastor. Tambien sabeis, que Astiages hizo publicar en su Corte, que el Hijo de Mandane avia muerto de enfermedad; y que lo mismo mandò dezir à aquella Princesa; y que embiò à consolar à Cambises de esta perdida. Pero quizà no sabeis, que sospechando Mandane la verdad, se la confessaron; pero con orden de disimular, y contentarse con mostrarse melancolica, sin dezir la causa, que aun la callò à su mismo Marido; y para ocultarla mejor, pidiò licencia segunda vez à su Padre, para retirarse al Campo, que se la concediò entonçes sin replica; y poco despues la embiò à dezir, que si la queria, se la dava para bolverse à Persia; porque juzgando, que el primer Hijo de Mandane fuesse el predicho del Cielo, tuvo por bien quitar de su vista à vna Princesa, que con su dolor, parece que acusava su crueldad. Partiò, en fin, para bolverse con Cambises, à quien no diò nunca parte de sus sospechas, atribuyendo la causa de sus palidezes à la ausencia del Marido, y a la muerte del Hijo.

Confiesso, señor, que me alargo mas de lo necessario, y que he menester de aqui adelante enmendar el passado error; y assi os contarè sucintamente la prodigiosa infancia de mi Amo, que aun en vna rustica Cabaña hallò Ho-

nores de Rey. Sabed, pues, que desde Niño, sin saber quien era, se tenia por Rey; y de edad de diez años se hizo llamar assi de los demàs Zagales de las Cabañas vezinas, que jugavan, y andavan con èl; y de quien se hazia amar, temer, y servir, como si fuesse su Señor. Y aviendo castigado à vno de aquellos, que llamava sus Vassallos, por vn delito que cometiò; el Padre del Muchacho, que era Criado de la Casa del Rey, aviendo sabido el caso, admirado del Zagal, que tan bien sabia fingirse Principe, se lo contò à Astiages; y encareciò la hermosura, y el Espiritu del Aldeano, como cosa milagrosa: Por lo qual, aviendole hecho llamar el Rey à la Corte, para que diesse razon, porquè avia castigado aquel Zagalejo, su igual, assi en fortuna, como en años, le respondiò con tanta prontitud, que Astiages quedò admirado, viendole hablar con vn Rey con la misma Magestad, que fingia con los Serranos, que le avian elegido por su Monarca. Tambien estrañò, que se pareciesse tanto à su Hija Mandane; y sintiò en su pecho tan grandes alteraciones, que parece le avisava quien era. Tambien sabeis, que Astiages hizo llevar al Pastor Mitridates à su Camara, y le preguntò, donde avia hallado aquel Muchacho, con tales vozes, que le atemorizò, y le hizo creer, que yà estava informado de todo. Mitridates quedò suspenso; y aviendole amenazado Astiages, confessò todo el caso. El Rey, que à pesar de sus temores, avia cobrado amor al Zagalejo, juntò sus Magos: los quales dixeron (ò fuesse su sentir verdadero, ò que les hiziesse mentir la piedad:) Que aquella Regia Autoridad, que avia gozado sobre sus Compañeros, era señal infalible, de que los Dioses avian oydo sus Votos; y que todo el Dominio de este Principe, sobre los Medos, avia terminado en el exercitado en aquellos voluntarios Subditos; y que assi, yà no tenia que temer por esta parte las amenaças del Cielo;

Cielo; Que el acaſo avia diſpueſto, que los Aldeanos, Padres de aquellos Zagalejos, fueſſen naturales de caſi todas las Provincias del Aſia; Que no avian podido declarar las Eſtrellas mas eſpecificadamente las inocentes Conquiſtas de tan Noble, y tierno Vencedor; Que los Dioſes, tal vez, amenazan à los Poderoſos; porque no ſe olviden de la obligacion que tienen al Cielo. Y en fin, le dixeron: Que ſi queria ſeguir ſu conſejo, embiaſſe el Principe al Rey de Perſia ſu Padre.

Aſtiages, que interiormente avia cobrado cariño al Muchacho, ſe holgò, que le aconſejaſſen aſsi; y como hazia tanta eſtimacion del parecer de los Magos, y tenia el Animo mas templado, creyò, que aquella Regia Dignidad imaginaria, fueſſe la verdadera expoſiciõ de ſu melãcolico ſueño; como con efecto, el eſtado en q̃ oy vèmos al miſero Artamenes, nos dà à entender, q̃ no huvo razon para temer à Cyro. Pero dexando viuo à eſte Principe, no dexò ſin caſtigo à Harpago, pues le deſterrò de ſu Corte: el qual, no aviendoſe determinado à ſer del todo piadoſo, ni del todo cruel, ſe hallò ſin ningun refugio, y obligado à padecer vn largo deſtierro. En fin, Aſtiages, como ſabeis, embiò à Cyro à ſu Padre, à quien eſcriviò: Que por evitar vnas malignas Conſtelaciones, que amenaçavan à aquel Principe, le avia ſido neceſſario ocaſionarle en tanto tiempo el dolor de juzgarle muerto; pero que eſta pena la recompenſava, con la alegria de verſe con vn Hijo tan bello, y amable. Y aſsi ſucediò; porque Cambiſes recibiò al Hijo con indezible gozo; y Mandane, como diſcreta, y generoſa, diò las gracias à ſu Padre, como ſino huviera tenido jamàs motivo para quexarſe dèl: aviendole Harpago confeſſado la verdad, creyendo por eſte camino afiançar ſu proteccion, como lo conſiguiò; porque Mandane le confeſsò la obligacion que le tenia, de averla avi-

ſado, que Aſtiages no eſtava tan inocente, como dava à entender: Con que eſta noticia, y las paſſadas, la dieron aſſunto para rezelarſe dèl, de alli adelante. En eſto llegò Cyro à Perſipolis: por lo qual ſe hizieron Sacrificios publicos, y particulares por toda Perſia, en que intervinieron todos los Grandes del Reyno. Ciaxares, aviendo ſabido el caſo, embiò à dar la enorabuena à Cambiſes, y à la Reyna ſu Hermana, à quien eſcriviò por donayre: Que deſeava, que Mandane ſu Hija fueſſe algun dia digna de ſer amada de Cyro, de quien tanto bien le dezian: (Avia le nacido al Rey de Capadocia aquella Hija tres años deſpues que Cyro à Cambiſes, y la avia pueſto el Nombre de ſu Hermana.)

Si quiſiera referiros, ſeñor, la criança de Cyro, canſàra mucho vueſtra atencion; pero las grandes hazañas que deſpues ha hecho, ſon ſeñales de que empeçò con tiempo à exercitar las Virtudes. Solo os dirè, que los Reyes ſus Padres no tenian otro cuìdado, que el de fomentar las excelentes inclinaciones, que por naturaleza moſtrava. En quanto hazia, ò dezia, deſcubria tanta gracia, y viueza, que era impoſsible verle ſin amarle. Era ſumamente hermoſo; y aunque ſe veìa en ſus acciones aquel atractivo inſeparable de la jubentud, ſe embebia en ellas vn mageſtuoſo Eſpiritu, que encanecia ſus floridos años. Yà ſabeis, que en Perſipolis ay vna gran Plaça, llamada de la Libertad, en vna de cuyas Fachadas eſtà el Palacio de nueſtros Reyes, y en las otras ſolo habitan los mas Principales, y Sabios de la Perſia; porque entre noſotros no tiene menos prerogativa la Sabiduria, que la Nobleza de la Sangre, aunque eſta es muy eſtimada entre noſotros. En eſta Plaça famoſa, donde ſolo viuen Perſonas libres por nacimiento, y Virtud, empeçò Cyro à dar mueſtras de lo que dèl ſe eſperava; porque como entre noſotros ſe crian los

Hijos

Hijos de los Particulares, como si todos huvieran de ser Reyes; pareciendonos, que todas las Virtudes son necessarias à todos los Hombres; Cyro, aviendo passado de vna Choça à la mas cèlebre, y rigurosa Academia del Mundo, dexò à todos admirados, de ver, que la Naturaleza le avia enseñado quanto puede enseñar la Prudencia, y el Arte. Tenia à su lado Hombres Ancianos, consumados en la practica de la Virtud. Tenia Mançebos aptos para todos los exercicios del cuerpo, y Hijos de Padres Illustres, y muy bien criados, con quien poder divertir el ocio. Pero el mayor cuidado de sus Padres, fuè, no dexarle nunca llegarse à personas viciosas, que pudiessen inficionar sus buenas inclinaciones; sabiendo, que el corromper el Alma de vn Principe, que ha de governar, es lo mismo que inficionar vna Fuente publica. Viuiendo en esta forma, aprendia cada dia algo bueno, de los que tenia à su lado. La Templança, la Liberalidad, la Iusticia, y todas las demàs Virtudes, concurrian en èl con tanta perfeccion, que todos los Persianos hablavan de Cyro, como de vn Principe embiado del Cielo: mas para enseñarlos, que para ser enseñado. Mas no he reparado, señor, que excedo los limites q̃ me impuse, y que inadvertidamẽte fatigo vuestra atencion; y en particular la de los Persianos, que me escuchan, repitiendoles lo que saben, tan bien como yo. Viuiò mi Amo, en fin, de esta suerte, hasta la edad de diez y seis años: en los quales empeçò la Fortuna à prevenirle campo, para publicar, assi por las obras, como por las palabras, la generosidad de su coraçon, y para poner en practica la justificacion, que professava en todas sus acciones, con vn caso que le sucediò.

***

CAPI-

CAPITVLO III.

Sucesso, en que mostrò Cyro su generoso coraçon, en muy tiernos años.

ACordareis, que Harpago avia sido desterrado del Rey de Media, por no aver obedecido puntualmente la orden de la muerte de Cyro. Este, en fin, avia sido muy poderoso en Media, por averle dado el Rey el Govierno de vna de las mejores Provincias del Reyno. Y aviendo procurado en vano componerse con Astiages, cansado yà de andar vagando de Corte en Corte, pidiendo seguridad, y proteccion à todos los Principes, Enemigos de su Rey, se fuè à Persia, seis años despues de su destierro, donde aviendo estado mucho tiempo oculto, se valiò de la ocasion de vna Caça, en que avia de hallarse Cyro; y para acercarse mas facilmente à su persona, iba vestido à la Persiana, con tanta propiedad, que entre aquel grande numero de Caçadores, no huvo quien le juzgasse Estrangero; mayormente por saber muy bien la lengua, que la avia aprendido, para valerse della en las ocasiones. Estava entonçes Cyro tan grande, tan agil, y tan robusto, que no avia ninguno mas infatigable, ni mas animoso, assi en acometer las Fieras en sus camas, como en seguirlas. Sabia tirar el Arco, arrojar el Dardo, y manejar admirablemente la Espada; y como se davan premios por estas habilidades, todos los ganava, sin aver perdido jamàs ninguno: Con que en las Fiestas publicas, siempre salia victorioso.

Pero bolviendo à Harpago, hallòse en la Caça, que dixe;

dixe; y estando atendiendo con gran cuidado al Principe, viòle ir en seguimiento de vn Iabali, por lo mas espeso de la Floresta. Procurò Harpago seguirle, aunque con mucha fatiga, y no perderle de vista, como lo hizieron todos los Persianos, que le acompañavan, sin poderle alcançar ninguno. Pero Cyro, no obstante la velozidad de la Fiera, la alcançò; y poniendo la flecha en el Arco, passandola el coraçon, la dexò muerta. Solo Harpago fuè testigo, desde lexos, deste tiro. Paròse el Principe à descansar, en tanto que llegava alguno de los suyos, sentandose à la margen de vn Arroyo, junto al Iabali; y como vsan nuestros Caçadores traer Arco, Carcax, Espada, y dos Dardos, puso todas estas Armas junto à si, y arrimòse al Escudo (que nosotros traemos, assi en la Caça, como en la Guerra.) Estando, pues, en esta postura, se le acercò Harpago; y Cyro, juzgandole Persiano, empeçò à reirse, y à enseñarle el Troteo, diziendo: *VENCI, VENCI.* Harpago, postrando las rodillas en tierra, dixo: Que en su mano estava conseguir otro Triunfo mayor, y mas glorioso; y creyendo el Ioben, que Harpago avia descubierto otro Iabali mayor, y mas terrible, que el muerto, se levantò, preguntandole: Azia donde avia de encaminarse, para lograr aquella Victoria. Azia la frente, le respondio, de vn Exercito de treinta mil Hombres, que vengo à ofreceros, para que, si quereis, os apodereis de vn Reyno grande. Admirado Cyro de estas razones, mirò à Harpago con mas atencion, pareciendole, que le avia visto otra vez, y le dixo: Y quien sois, que venis à ofrecerme ocasion de tanta gloria, sin merecerla, no aviendo hecho hasta aora prueba de mi Valor, sino con los Osos, Tygres, y Leones? Yo soy vn Hombre (le dixo) à quien embian los Dioses, para ofreceros el medio de adquirir vna Fama inmortal. Si esso es assi, respondio Cyro, no ay

sino

ſino enſeñarme el camino, por donde he de intentar eſſa Conquiſta; pues por dificil que ſea, la emprenderè, con no menos preſteza, que guſto. Yà os lo he dicho, dixo Harpago; no es meneſter mas, que poneros delante de vn Exercito de treinta mil Hombres, que ſolo os eſpera para ſalir à Campaña, y vencer. El caſo es, reſpondiò Cyro, que aun no ſabiendo obedezer, menos ſabrè mandar; y aſsi no harè poco en ſer Compañero de los que dezis, me quieren por ſu Caudillo; pero por vida vueſtra, ò Generoſo Eſtrangero (à quien juzgo he viſto otra vez) que me digais, quien ſon los que me quieren hazer eſſe favor; y no me calleis, quales ſon los Amigos, que he de amparar, y quales los Enemigos, que he de vencer. Señor, yo os pido juſticia (reſpondiò Harpago) llamando vueſtra aſsiſtencia, contra quien ha violado las Leyes, en ofenſa de vn Principe, que es la admiracion de quantos le conocen, y ha deſpreciado los afectos de la Naturaleza, y de la razon; y que contra ella, por vna ſoſpecha mal fundada, le ha querido quitar la vida. Eſta es la cauſa, ò Iluſtre Principe, que me obliga à incitaros contra eſte injuſto Rey; y aſsi os ſuplico, q̃ para gloria vueſtra me concedais lo que os pido. Lo que me pedis (dixo Cyro) es mas que juſto, y cometiera grave error en negaroslo; y para no dilataros el ſocorro, que me pedis, y ſatisfazer à los que le deſean, dezidme, quien es eſſe inhumano Rey; y quien el Principe oprimido; porque eſtraño mucho, no aver oydo hablar de la violencia del vno, ni de la deſgracia del otro; ſiendo aſsi, que eſtoy informado de todos los ſuceſſos mas notables. Vos, ſeñor, ſois el Principe, dixo Harpago, que ha meneſter vengarſe. Yo? reſpondiò Cyro; pues como, ò Generoſo Eſtrangero, puedo ſer yo el oprimido; ſiendo aſsi, que viuo en vna profunda Paz; que apenas he empeçado à viuir, ni he tenido Enemigo deſde que nacì, ni lo

soy, sino destas Fieras, que habitan en estos Bosques? Señor (dixo Harpago, que veìa venir muchos Caçadores por diferentes partes de la Selva) si quereis retiraros mas dentro del Bosque, y darme vn rato atencion, harè, que conozcais, que teneis mas enemigos à quien temer, de los que os parece; y que sino les hazeis vna Guerra descubierta, puede ser, que os la hagan oculta, y que os sea fatal.

Concediòselo Cyro; y entrandose veinte, ò treinta passos en el Bosque, y haziendo señas à los demàs, para que no le siguiessen, se arrimò à vn Arbol; y mirando à Harpogo, le dixo: Es posible, que he de dar credito à vuestras palabras? Y que sabeis mejor que yo mi vida? Pero yà que me aveis dicho el Nombre del Principe oprimido, dezidme tambien el del opressor, y enemigo, que no conozco: Señor, dixo Harpago, el Rey de Media es el terrible enemigo, que ha querido mataros, y que serà vuestra ruina, si vos no sois la suya. Astiages, respondiò Cyro mas absorto, es mi enemigo, y yo debo serlo suyo? No puede ser; antes si esse Principe tiene algunos enemigos, os ruego, que me los nombreis, para ir à oponerme à ellos, y à vençerlos, si pudiere; pero hazerle Guerra, no debo, ni quiero, ni querrè jamàs. Astiages es Padre de la Reyna, de quien logro el Honor de ser Hijo. Yo le debo casi lo mismo, que al Padre que me diò el ser; y no me acuerdo aver recibido dèl, sino caricias, y demostraciones de tierno afecto: èl cuidò de mi vida quando nacì: divulgò la fama de mi muerte, porque viuiera: me sacò de la rustica Cabaña de vn Pastor, para colocarme en lugar correspondiente à mi sangre. Y en fin, no ha hecho cosa porque no merezca, que le ame, y respete con todo afecto. Aviendo Cyro acabado de hablar, le pidiò Harpago, que le oyesse; y aviendoselo concedido, empeçò à contarle todo lo que el Ioben no sabia, porque la Reyna su Madre

no

no se lo avia dicho nunca. Exageròle la crueldad del Rey de los Medos. Hizo, que se acordasse de averle visto en Ecbatana. Dixole, que estava mal informado; porque èl avia tenido la orden para matarle; pero no se atreviò à confessarle, que le avia entregado à Mitridates; antes fingiò, que le avia querido librar. Dixole, en fin, la inteligencia que tenia en la Provincia de Partacena (Pueblos montuosos, confinantes con la Persia:) Y le diò à entender, que si queria ser Caudillo de las Tropas, para ponerse en Campaña, y autorizar con su Nombre, y presencia la faccion, que estava yà formada, podia invadir facilmente toda la Media.

Escuchò Cyro à Harpago con mucha atencion; y despues de aver estado vn rato suspenso, dixo, con semblante algo melancolico: No sè, Harpago, si me quexe de vos, ò me confiesse obligado. Lo que sè, es, que me aveis dado gran de pesar, advirtiendome, que soy la causa inocente de las inquietudes de vn Principe, en cuyo sossiego soy tan interessado, y en cuya gloria tengo tanta parte. La vuestra (dixo Harpago) debeis estimar mas. Por essa razon, replicò Cyro, no debo pensar en la vengança: O cruel Amigo, què proposicion me aveis hecho! Ofreceisme vn Exercito, de quien no me atrevo à valer: Daisme à conocer vn Enemigo, à quien debo respetar, en vez de ofender: Y proponeisme à vn tiempo cosas tan injustas; pero tan apetecibles, que me admiro, como no vacila mi coraçon. Pero Harpago, à pesar de este ardiente deseo, que tengo, de adquirir aquella glorioſa Fama, con que se conquistan las Coronas, ò por lo menos se merecen, no estoy dudoso en la resolucion que debo tomar; porque aunque estoy en edad, en que solo se ha de atender à grangearse creditos de Valeroso, no obstante, ha de ser con templança, y prudencia. O Harpago, porquè no me disteis à conocer legiti-

gitimos enemigos? Yo penſava, ſeñor, reſpondiò, que los rigores que vsò con vos el Rey de Media, fueſſen muy legitimas cauſas para borrar en vos el reſpeto de la ſangre: Mas ſupueſto que lo he errado, forçoſo ſerà callar; y que en las ofenſas, que ſe os han hecho, no tenga mas ſentimiento, que vos; y aſsi ſerà neceſſario, que yo tambien imite eſſa templança, que os haze poner en olvido vueſtros agravios; y que lo reſtante de mi vida padezca, deſterrado de mi Patria, el ſumo dolor de temer, que Cyro, Hijo del Sabio Cambiſes, y de la Prudente Mandane; aquel, de quien el Mundo eſpera tantos heroycos progreſſos, ſe vea ſujeto à caer debaxo del peſo de las crueldades del Rey de Media, que no dexarà de inſidiar eſſa Iluſtre Vida, ò con el hierro, ò con el veneno. Aquel Cyro, buelvo à dezir, que pudiera, ſi quiſiera, vengarſe enteramente; aſſegurarſe; conſervar la Perſia en ſu antigua libertad; hazerſe Dueño de vn Reyno grande, y aun de toda el Aſia. Aquel Cyro, digo otra vez, que parecia llamado de los Dioſes, con la voz de tantos preſagios, de quien debiera aver conocido, que el Cielo quiere lo que yo le propongo; y que quando emprendieſſe la Guerra; rebolvieſſe toda la Media; conquiſtaſſe todo el Mundo; y vltimamente, ſubieſſe al Trono de Aſtiages, no haria coſa, que no huvieſſe ordenado el Cielo. Si los Dioſes lo quieren, reſpondiò aſperamente Cyro, bien ſaben como, y por què caminos me han de guiar, ſin que yo los buſque. Y lo que sè, es, que no tomarè el camino de la injuſticia. No ſe ganan los Reynos, dixo Harpago, ſin pelear; y la Fama es vna Dama eſquiva, que no ſe dexa conquiſtar, ſin exponerſe por ella à grandes peligros. Yo arriesgaré mi Fama (replicò Cyro) con no querer deſtruir el que me la quiere obſcurezer: mas ſerà para que vea exponer mi vida mas noblemente. Tened paciencia, Harpago, que muy preſto

dexa-

dexarè esta inocente guerra, que sigo entre Bosques, por otra mas dura, y mas gloriosa. Y para que conozcais, que soy tan agradecido con vos, como piadoso con Astiages, sabed, que otro qualquiera que me huviesse hecho vna propuesta semejante à la vuestra, no se fuera sin castigo: Mas con vos, que no quisisteis quitarme la vida, no quiero andar tan severo; antes he de hazer, que os conozcan los Reyes mis Padres, y que su Corte os sirva de vn inviolable Asylo; pero con condicion, que no me propongais jamàs lo que tanto ofende mi obligacion. Yo quiero creer, que vuestro gran zelo os ha traìdo à hazerme propuesta tan injusta; conozco, que si debo venerar à mi Enemigo, debo tambien amparar al que me librò de su violencia. Pero, Harpago, razon serà no escucharos mas; porque aunque me precio de generoso, me cuesta mucha repugnancia cerrar los oydos à vna platica, que me combida à Guerras, Batallas, Victorias, y Triunfos. Y diziendo esto el generoso Ioben, se fuè azia los suyos; y Harpago, confuso, y absorto, aceptò lo que le avia ofrecido; y le pidiò, que le assegurasse la voluntad de la Reyna su Madre, antes de introduzirle en la Corte: lo qual se lo prometiò: Con que Harpago se apartò dèl, mezclandose entre los demàs Caçadores; y Cyro se bolviò à la Ciudad, sin acordarse mas de la Caça, aunque antes avia resuelto proseguirla.

Hallavame en aquella saçon con Cyro, por averme fiado los Reyes sus Padres el cuìdado de su Persona; y à Feraulo, que era dos años mayor que èl, el de entretenerle, por ser muy apropòsito para ello, y el Principe le tenia grande inclinacion, y cariño. Feraulo, en fin, que nunca se apartava de su lado, fuè el primero que conociò, que Cyro tenia algun indigesto cuìdado; y llegandose à mi, que no lo avia reparado, me dixo: Parecemè, que el Prin-

cipe

cipe eſtà muy penſativo, y melancolico: De donde nazerà eſta novedad? No lo sè, dixe; ni sè que le aya ſucedido coſa memorable en la Caça. Puede ſer, que vn Hombre, me reſpondiò, con quien le he viſto hablar en ſecreto, le aya dado cauſa de eſtar diſguſtado. Eſtando en eſto, llegò Cyro à mi, y me dixo: Criſante, yo tengo que conferiros vn negocio. Todos los que lo oyeron, ſe apartaron, y el Principe empeçò à hablarme; y por no teneros ſuſpenſos, os dirè brevemente, que me refiriò todo lo que Harpago le avia dicho, y lo que le avia reſpondido, con tanto eſpiritu, y gravedad, que me dexò admirado, y le mirè como à vn prodigio. Quando llegò à exagerarme el guſto que avia recibido, de que Harpago le ofrecieſſe el manejo de vn Exercito de treinta mil Hombres, bien conocì, que avia ſentido no acetarle: Mas quando llegò al dolor, que avia experimentado, en conocer, que no debia admitirle, me moviò à laſtima, y à admiracion. No creo, que deſde que ay Hombres, y Hombres Iluſtres, haya vido ninguno de aquellos años, que aya governado materia tan peligroſa, con tanta prudencia, y generoſidad. Arrepintiòſe, no obſtante, de aver ofrecido à Harpago ſu proteccion con la Reyna ſu Madre; porque dezia: Si ella no ſabe la crueldad de Aſtiages, ſe afligirà, y yo me arrepentirè de averla ocaſionado eſte dolor. Què dezis, Criſante? He hecho bien, ò mal? Aconſejadme lo que debo hazer; porque ſi eſto fuera pelear con vn enemigo fiero, bien me fiara de mi valor: mas no de la prudencia, que la edad aun no me concede, ni he adquirido con la experiencia. Alabèle, como lo merecia, y aprobè todo lo que avia hecho; pero en quanto à deſcubrir à la Reyna el ſecreto, que Harpago le avia fiado, no era de ſentir, que èl ſe lo dixeſſe. Pues hazedlo vos (me dixo) porque os confieſſo, que no tendrè animo de dezirla coſa, que la pue-

da diſguſtar. Prometì hazerlo; y aviendo llegado à Perſipolis, ſe fuè derecho al Quarto del Rey, para darme lugar de ir al de la Reyna, à quien contè todo el ſuceſſo, que à vn tiempo le causò guſto, y peſar; porque por vna parte quiſiera, que ſu Hijo no huvieſſe ſabido la crueldad de Aſtiages ſu Abuelo; pero por otra, viendo, como lo avia tomado, ſe holgò infinito, de conocer, que tenia vn Hijo dotado de tan excelentes partes.

Aviendo, pues, diſcurrido todas las circunſtancias de eſta materia, procurò hazer, que Cyro no dixeſſe à ſu Padre lo que avia ſabido; porque fuera afligirle inutilmente, por lo que yà no tenia remedio, como coſa ſucedida. Pareciòla, que debia amparar à Harpago, y aun tenerle preciſamente en Perſia, con la eſperança de reconciliarle con Aſtiages; porque dezia: Aunque mi Padre ſea tyrano, ſoy ſu Hija, y debo procurar ſu quietud, haſta que no pueda mas; y aſsi convendrà, no dexar ir à Harpago mal contento; porque ſi es verdad, que tiene à ſu diſpoſicion treinta mil Hombres, podrà mover vna Guerra Civil en la Media, y deſtruir mi Patria: Con que mejor es darle Aſylo en eſta Corte, que embiarle à otra, cuyo Principe ſe aproveche de nueſtras deſgracias, y de la inteligencia de eſte Hombre violento, è irritado, à coſta de mi Padre. Quien viò, Cielos, deſdicha igual à la mia! Harpago, como el que quiere hazer Guerra à mi Padre, debe ſer mi enemigo; pero como el que no quiſo quitar la vida à mi Hijo, aviendoſelo mandado, merece, que le ampare. Al Rey de Media, que me diò el ſer, debo amar tiernamente; y por aver querido matar à mi Hijo, es preciſo que le tenga (tiemblo al dezirlo) horror, y miedo: Pues como, ò Criſante, dezia, concordarèmos eſtas contrariedades? Como ſe podrà cumplir con la Naturaleza, y la razon? Vltimamente, deſpues de aver ponderado eſte punto, y

diſ-

discurriendo sobre èl, se resolviò, que la Reyna pidiera à Cambises, amparasse à Harpago, como à Criado suyo, desterrado de su Padre, por alguna causa supuesta; Que se procurasse detener à Harpago en Persia, lo mas que fuesse posible; porque no passasse à hazer Guerra al Rey de Media; pero teniendole en el Campo, sin dexarle ver en la Corte, porque Astiages no se diesse por ofendido; y que yo tuviesse particular cuidado de que este Hombre no se acercasse à Cyro, porque con el tiempo no le hizieſſe mudar dictamen: todo lo qual se executò puntualmente. Y aviendo la Reyna alabado mucho la accion de su Hijo, admitiò en su presencia à Harpago. Agasajòle: diòle à conocer al Rey su Marido; y señalòle vna de las mas hermosas Quintas del Rey, ordenando, que le tratassen muy bien; y de esta forma le entretuvo con esperanças, todo el tiempo que estuvo en Persia.

Astiages, en tanto, como no estava firme en la concebida opinion, de que las amenazas de los Dioses yà no tendrian efecto, mantenia siempre Espias en Persipolis: de as quales supo la llegada de Harpago à Persia, sin que nosotros supiessemos por donde adquiriò esta noticia; supo, que avia sido recibido, y honrado, y que avia hablado en el Bosque con el Principe; porque no mucho despues, algunos Persianos le avian conocido, y descubierto. Supo tambien, que la Provincia de los Partacenos, donde Harpago avia sido Governador, le era tan afecta, que estava en su mano la solevacion de sus Pueblos: los quales avian tenido algunas juntas secretas, sin saber para què fin: De suerte, que por todos estos avisos, que llegaron juntos à su noticia, y por su natural rezeloso, recayò en sus antiguas imaginaciones, temores, è inquietudes. Juntò para esto los Magos, que consultaron de nuevo las Estrellas, y los Dioses, haziendo Oraciones, y Sacrificios; despues de

los quales dixeron à Aſtiages, que no podian, ſin nota de de deslealtad, ocultarle lo que avian obſervado en los Aſtros, y en las Victimas; que todo contenia rebolu-ciones, y tragedias; y que muy preſto ſe verian las ſe-ñales. No era meneſter mas para deſpertar la inquietud en el animo de aquel Principe, diſpueſto por ſu natura-leza à admitirla; mayormente viendo yà algun indicio de lo que dezian los Magos. Ciaxares, que entonçes no era mas que Rey de Capadocia, tenia vna Hija vnica; y aſsi veìa con los ojos de ſu deſconfiança, que ſi Cyro tu-viera algun mal intento, lo podria executar mas facil-mente, que ſi fuera Hijo varon; porque mas ſuelen ape-tezer los Vaſſallos Rey, que Reyna. Fuera de eſto, eſtan-do Harpago aſſegurado en Perſia, y teniendo tantas in-teligencias en ſu Reyno, juzgava, que las coſas no dura-rian en el eſtado en que eſtavan.

Deſconfiando, pues, Aſtiages de todo, y previnien-do, no ſolo lo facil de ſuceder, ſino temiendo lo mas im-poſsible, ſe conſideravа deſdichado. La Reyna de Perſia tuvo luego aviſo de las inquietudes de ſu Padre; porque aſsi como èl tenia Eſpias en Perſipolis, tambien ella tenia Confidentes en Ecbatana, que ſe lo aviſaron. A mi me fiò el temor que tenia, de que Aſtiages ſe dexaſſe arraſtrar de ſu paſsion, para emprender algun violento conſejo, y buſcar caminos para quitar la vida à Cyro; porque el exemplo de lo paſſado, le hazia, con razon, temer lo futu-ro. Yo la conſolé, lo mejor que pude, procurando deſ-vaneçer las ſombras de ſu temor: mas como tiene tan preſ-picàz entendimiento, no pude tan facilmente vençer ſu opinion; por ſer cierto, que avia gran cauſa para temer, que Aſtiages ſe entregaſſe à las mas deſeſperadas reſolu-ciones, y que las intentaſſe, por caminos tan ſecretos, que noſotros no pudieramos prevenirlos. Mandòme con

eſte

eſte motivo la Reyna, que tuvieſſe mas cuidado, q̃ haſta entonçes con ſu Hijo; y que no le dexaſſe ir à caça, ò que la frequentaſſe menos; pero ſin dezirle la cauſa, pareciendole, que ſi Aſtiages quiſieſſe inſidiar ſu vida, ſe valdria de ſemejante ocaſion. Prometì obedecerla, que no me fuè muy dificultoſo; porque Cyro diò en andar melancolico, y en no guſtar de nada; ſiendo aſsi, que era de natural alegre, y apacible.. Yo no lo conoci, haſta que por cumplir la orden de la Reyna, puſe mas conato en aſsiſtirle; y queriendo vn dia ir à caça, mas por coſtumbre, que por eleccion, le dixe, que tenia que darle vn conſejo, acerca de aquella materia; y aſsi le pedia, le admitieſſe bien; y aviendome aſſegurado, que ſeguiria ſin contradicion mis avi-ſos, le dixe, que la caça, que en ſus primeros años avia ſido ſu divertimiento, y ocupacion, no avia de ſervirle yà, ſino tal vez, y eſſa por vn leve alivio del animo; y que era meneſter frequentarla menos. Teneis razon, ò Criſante, me dixo, y yà ha dias, que pido à Feraulo, me ayude à buſcar medio de ocuparme mas noblemente. No ay duda, ſeñor, le repliquè, que Feraulo merece vueſtra eſtimacion, y que admitais ſu conſejo: mas en eſte caſo juzgo, que no le avrà coſtado mucho hallar caminos para emplear en otro exercicio las horas, que ſoleis gaſtar en la caça. No es tan facil, Criſante, reſpondiò, como penſais. Eſtando en eſto, le embiò à llamar el Rey: Con que ſe interrumpiò la prevencion de la caça, como tambien nueſtro diſcurſo. Poco tiempo deſpues, ſe le ofreciò al Rey hazer vna jornada; dexò à la Reyna, y al Principe en Perſipolis, con orden, que le eſperaſſen en ella. Apenas ſe fuè el Rey, quando Cyro olvidò la caça, y creciò ſu melancolia; y aunque procurè ſaber de Feraulo la cauſa della, no quiſo por entonçes dezirme lo que Cyro le avia comunicado. Pero, en fin, tantas inſtancias le hize,

que me confessò, que Cyro aborrecia su vida ociosa, y que se avia lamentado de ella con èl. Creciò tanto la melancolia de Cyro, que faltò en èl aquella condicion alegre, y jobial, por quien era adorado de todos. Apagòsele aquella viueza de Espiritu; olvidòse de la caça; enfadavale el Estudio; yà no se exercitava en tirar el Arco, ni en arrojar el Dardo; y solo apetecia la soledad. La Reyna, que tanto de esto se afligia, le hablò muchas vezes sobre esta estraña mudança; pero èl respondia, que vnas leves imaginaciones avian produzido en èl aquel efecto; y que assi le suplicava, no hiziesse caso de sus tristezas.

CAPITVLO IV.

Dexa Cyro la Corte de Persia, y sale à peregrinar el Mundo.

CONSOLAVA, en tanto, Harpago sus pesares en aquella soledad, con la esperança que avia concebido, de que en entrando mas en edad Cyro, se haria mas amigo de là ambicion, q̃ de la justicia, y estaria mas capàz de poder executar lo que le avia propuesto. Estavan en este estado las cosas, quando viendo yo vn dia al Principe mas disgustado que nunca; sabiendo, que no tenia causa para estarlo, le dixe: Hasta aora, señor, me aveis hecho el favor de creerme siempre, que me he tomado la licencia de advertiros, lo que no podiais saber por vuestros pocos años; pero viendoos hazer oy vna vida tan diferente, y apartada de la que hasta aqui, no puedo dexar de preguntaros la causa. No me aveis dicho (me respondiò) que los empleos de los Hombres deben ser diferen-

erentes, que de los Muchachos? Es verdad (reſpondì) pero tambien lo es, que ay grande diferencia de no hazer acciones pueriles, à eſtar ocioſo. Bien conozco, Criſante, replicò, que ſino hago mas, que lo que haſta aqui, ſeré indigno de la vida; pero mi infeliz eſtado quiere, que neceſsite de eſte intervalo, para buſcar caminos de diferenciarla. Vos, ſeñor, dixe, llamais infeliz à vueſtro eſtado, como ſino huvierais necido Hijo de vn Rey poderoſo, y de vna Reyna excelente: tan favorecidos de la Fortuna, que ſon adorados de ſus Vaſſallos, y reſpetados de ſus Vezinos? Vos, que legitimamente podeis eſperar ſer poſſeedor de vn Reyno feliz, donde la Paz tiene tan profundas las raizes, que no podrà perturbarla ningun accidente? Vos, à quien los Dioſes dotaron de tan ſingulares prendas? Vos, que gozais vn entendimiento grande; vn Alma generoſa; vna complexion robuſta; vna ſalud perfecta; vn ayroſo cuerpo: y tan agil, que podeis executar todos los generoſos impulſos de vueſtro coraçon ardiente? Quando yo fuera como dezis (reſpondiò Cyro, con algun deſabrimiento) de què me ſirven todas eſſas perſonales diſpoſiciones? Y ſi es verdad que el Cielo puſo en mi alguna de las calidades neceſſarias para las acciones no vulgares, dexarè por eſſo de ſer el mas infeliz de los Viuientes, viendome deſtinado por toda mi vida à vn ocio vergonçoſo, por quien, ſi me eſtuviera ſiempre en èl, haria dudar à los futuros Siglos, ſi avia avido Cyro? No, Criſante; no ſoy tan dichoſo como penſais; y en particular deſde aquel dia que me hablò Harpago en el Boſque, que he padecido, lo que ſi ſupierais, me tuvierais laſtima, y lo que os fiarè, ſi prometeis ſerme leal, y ayudarme. No puedo dexar de ſer leal, le reſpondì, aun con mis Enemigos; mas no puedo ofrecer ayudaros, ſino en lo que fuere juſto. Eſſo es ſolo lo que quiero, dixo; y mirandome con

vn semblante tan amoroso, que huviera conciliado el mas barbaro coraçon; prosiguiò: Si supierais, Crisante, el secreto martyrio, que he padecido, de vnos dias à esta parte, me tuvierais compassion; porque Hirpago, al fin, me propuso el noble exercicio de la Guerra, y yo no le acetè. Estais arrepentido? Dixe, interrumpiendole. No, me respondiò; mas no dexo de tener vna espina en el coraçon, considerando, que aviendome propuesto vna empressa dificultosa, la desestimè; y para dezir la verdad, si yo huviera seguido mi inclinacion, apenas me avria empleado ocho dias en aquella faccion, quando me huviera ido à buscar la Guerra en otra parte del Mundo, para dar à entender, que el no aver admitido la propuesta, avia sido, por averla conocido injusta. Quien sabe (prosiguiò) si Hirpago allà en su pecho atribuye la moderacion de mi animo à falta de espiritu? Mi edad puede persuadir, que no posseo esta Virtud; y assi no sossegarè hasta justificar esta resolucion con otra, que segun creo, me serà de practica mas dificil. En fin, yo estòy cansado de este ocio, y no sè porquè me aveis criado en èl, para no sacar de mi mas fruto del que doy. Desde que abrì los ojos, me dizen, que es necessario ser infatigable; que los deleytes son delitos; y finalmente, que el Valor es parte muy necessaria en vn Principe. Hanme enseñado los modos de lidiar; el manejo del Arco, del Dardo, del Escudo, y de la Espada; pero de què me sirve todo esto, si lo tengo ocioso? De què me aprovecha la fatiga, si me estoy siempre en el descanso de la Corte? De què servicio me es el aver nacido con algun Valor, si vivo en vna continua Paz? De q̃ la agilidad, si solo la exercito con las Fieras de los Bosques, que no saben mas de lo que la Naturaleza les enseña? En fin, Crisante, para no ocultaros mis intentos, con lo que me han enseñado, me parece, que estarè bastantemente autorizado,

para

para poner por obra mi resolucion, luego que halle medios para executarla. Pues què quereis hazer? Dixe. Dexar la Corte, respondiò; irme à Assyria; desde alli à Frigia, y donde supiere que ay Guerra; y para hablaros con toda claridad, quiero peregrinar el Mundo; buscar ocasiones de experimentarme, y (si pudiere) hazer famoso mi Nombre. Esse es pensamiento heroyco, dixe, y no puede dexar de ser parto de vn nimo noble; pero es menester no ponerlo por obra, hasta madurarlo. No sè si podrè conseguirlo, me respondiò; porque la Fortuna tiene gran parte en los sucessos; pero sè, que no quedarà por mi. Y assi no os canseis, os ruego en impedirmelo; porque, quanto me dixereis, serà inutil. Yà sè el respeto que debo al Rey, y à la Reyna, à quien amo con afecto verdadero; pero estimo tanto la Fama, como à mis Padres; y que lo consintais, Crisante mio, ò no, creedme, que he de buscar los caminos, para executar mi determinacion; y que sola la muerte me la podrà estorvar. Dixome estas razones con vn espiritu, y resolucion, q̃ me estuve vn rato mirandole, sin poderle responder. Tenia los ojos mas resplandecientes, el rostro mas encendido, y se veìa en èl vna especie de divinidad, y magestuosa constancia, que no me atrevì à contradezirle enteramente. Confiesso, que venerè aquel recien nacido Valor, y no me resolvì à condenar lo que admirè. Pedile el termino de ocho dias, para pensar en esta materia, no queriendo, importando tanto, resolverla intempestivamente. No me costò poco el conseguirlo; porque avia determinado irse, antes que bolviesse Cambises, que avia ido à visitar las Fronteras de la Media, cuyos Pueblos se avian quexado de su Governador. Hallème, en fin, muy confuso en resolver este punto. Sabia, por los avisos que tenia la Reyna, que las alteraciones de Astiages, en vez de sossegarse, le aumentavan; y assi

y assi era preciso, q̃ aquel Principe, violento, desconfiado, y rezeloso, se resolviesse, ò à quitar la vida à Cyro, ò à rõper la Guerra con Persia; y q̃ seria bien huir qualquiera destos dos inconvenientes. Sin embargo, propuse à la Reyna, que procurasse mañosamente persuadir al Rey su Marido à embiar al Principe su Hijo encubierto à adquirir noticias de los Payses Estrangeros, y dexasse passar entretanto aquella maligna constelacion; pero respodiòme, que creyendo Cambises, que los Persianos son generalmente eloquentes, y de mejores costumbres, que las otras Naciones; y que no podia hallar en otra parte lo que dexava en Persia, no querria apartar de si à su Hijo, sino le dezia el verdadero motivo; y que por el respeto que ella debia à su Padre, no se atrevia à dezirselo. Pero entre aquella repugnancia, conocì, que deseava, que su Hijo se apartasse de su lado: Tanto temia el peligro à que estava expuesto; pero el afecto de Madre, vnido al dictamen de no querer dezir al Rey su Marido la crueldad de su Padre, impedian el consentimiento al viage de su Hijo: aunque conocia, que segun razon, resultaria buen efecto de su ausencia; suponiendo, que se avia de disfraçar su Persona, y encubrir el rumbo de su viage, para que no le pudiessen seguir las Espias secretas, que Astiages mantenia en Persipolis. Conocia tambien, que siendo muy viejo el Rey de Media, è inconstante en sus opiniones, podria ser, que durante la ausencia del Principe, convaleciesse de sus temores, sabiendo, que el que temia que le hiziesse guerra, se avia ausentado, sin llevar consigo sequito, ni aparato competente à su persona. Pero si bien la Reyna conocia todas estas razones, y las confessava, le era tan agradable la vista de su Hijo, que no le dava lugar de tomar esta amarga resolucion, aunque la conocia saludable. Viendo, pues, todos estos afectos en su Animo, y conociendo, que la resolucion de

Cyro,

Cyro, nacida solo del deseo de adquirir nombre, era la vnica, que podia elegir la prudencia para su seguridad, y para afirmar la Paz entre dos Reyes poderosos, me resolvì, sin dezirle al Principe los motivos que à ello me obligavan, à consentir, y favorecer su fuga, y à ser yo mismo compañero de su destino, y testigo de aquel valor, de quien tanto se esperava. No sin causa le callè el riesgo que corria su vida, si se detenia mucho en Persia; porque à saberlo, huviera mudado de parecer, y no avria querido trocar el Nombre de Cyro por el de Artamenes, como le aconsejè.

Dexo de ponderar el gozo del Principe, quando fuì à su Quarto à dezirle, que me avia dexado vençer, y persuadir à quanto deseava, con calidad, que me prometiesse, que en todo el discurso de su viage se dexaria vençer de mis ruegos. En mi vida vì tantas señas de gusto, y contento, como las que entonçes notè en aquel Principe. Me abraçò, y me dixo: Pues oy hazeis tanto por mi, creed, que no os negarè jamàs cosa alguna. Vamos, pues, y dexad lo demàs à mi cargo; porque como no me estorveis lo justo, y glorioso, no me apartarè de vuestros consejos. En fin, señor, por no cansaros, Cyro, y yo resolvimos, que solo Feraulo, à quien no avia recatado sus intentos, y dos Criados, para el servicio de su persona, serian todos los que aviamos de llevar; y que para nuestro gasto nos valdriamos de las joyas del Principe, que no eran pocas; porque aunque nuestra Nacion professa el desprecio de la exorbitancia, y de lo demasiadamente magnifico, la Reyna, no obstante, siguiendo la costumbre de su Patria, avia traìdo grande cantidad de joyas preciosas, y ricas, y le avia dado la mayor parte à Cyro, de que solo se servia en las Fiestas publicas, y funciones grandes, para templar la magnificiencia de la Media, con la parsimonia Persiana, y

no

no ofender à ninguna de eſtas dos Naciones. Recogimos, en fin, todas las joyas; y aviendo fingido el Principe, que queria ir à Caça con poca Gente, hizimos, que duraſſe haſta la noche. Y aviendonos anochecido en el Boſque, y hallandonos en el ſitio ſeñalado, nos puſimos en camino, dando principio à vn viage, cuyos prodigioſos ſuceſſos me admiran, ſiempre que ſe me repreſentan en la memoria.

Antes de partir, eſcriviò el Principe vna Carta al Rey ſu Padre, pidiendole, le perdonara la ſalida de ſu Reyno ſin ſu licencia. Eſcriviò tambien lo miſmo à la Reyna; y diò orden, ſin dezirme nada, para que llevaſſen otra Carta à Harpago, en que le dezia: Que muy preſto veria con la intencion que avia refutado ſus ofertas. No me pareciò acertado eſcrivir yo à la Reyna; porque no vieſſe el Rey mi Carta, y ſupieſſe lo que ella le callava. Cyro, en fin, dexò de ſer Cyro; y aſsi dexarè eſte Nombre por el de Artamenes, cuyos admirables hechos os referirè. Deſpues de avernos detenido tres dias en los Boſques, donde mudamos trage, aviendo caminado tres noches, llegamos à Suſiana, y la atraveſſamos, pareciendonos aquel camino mas ſeguro, que otro, para entrar en la Aſſyria: cuya Capital Ciudad, como ſabeis, es Babylonia, que entonçes eſtava en ſu mayor eſplendor: Mas no os hablarè de ella aora; porque todos los que me oyen, menos Traſibulo, ſe hallaron en ſu deſolacion, y ſaben como eſtava. Solo dirè, que aunque Artamenes no avia penſado en elegir la parcialidad de los Aſſyrios, contra los Frigios; porque los primeros eran antiguos enemigos de Aſtiages, yo le perſuadì à que vieſſe aquella Corte, que era la mayor, y mas opulenta de toda el Aſia. Al acercarnos à Babylonia recibiò Artamenes vn gran diſguſto; porque caminando por las Riberas del Eufrates, y combidandole yo à que

admi-

admiraſſe el ſitio de aquella ſobervia Ciudad, fundada entre dos Rios, los mas famoſos del Mundo, no ſiendolo menos el Tigris, que el Eufrates, paſſaron dos Hombres por junto à noſotros: los quales dixeron, que la Reyna avia tenido vna grande alegria, y vn grande peſar. Hẽ meneſter advertiros, q̃ Cambiſes avia guſtado de que el Principe ſu Hijo ſupieſſe todas las Lenguas de las mas celebres Naciones del Mũdo; pareciẽdole eſtraño (dezia) q̃ vn Principe no entẽdieſſe los Idiomas de los que, tal vez, le embiavan Embaxadores. Siendo, pues, la Lengua Aſſyria la mas famoſa, y general, el Principe la entendia, y yo no la ignorava; y aviendo entendido lo que los dos Hombres hablaron, les preguntò corteſmente, què peſar, y què alegria avia recibido ſu Reyna. El vno reſpondiò, que el guſto avia ſido, porque dentro de ocho dias, la Guerra, que ſe temia muy ſangrienta entre el Rey de Aſſyria, y el de Frigia, ſe avia facilmente compueſto, cõ vna Paz ventajoſa, que ſe avia publicado dos dias avia; pero que el ſiguiente à la alegria de la Reyna, que governava entonçes aquel gran Reyno, deſpues de la muerte de ſu Marido, como Señora dèl, aunque avia hecho coronar à ſu Hijo, avia recibido vn gran peſar; porque no teniendo mas que eſte Hijo, à quien queria caſar con la Hija de vn Principe, llamado Gadates, deſpues de eſtar hecha la Paz, no queriendo caſarſe con ella, avia faltado de la Corte, y no ſe tenia noticia dèl.

Quedò ſatisfecha la pregunta del Principe, y yo ſe lo agradeci à los Hombres: los quales proſiguieron ſu camino, y noſotros el nueſtro; pero reparando en el roſtro de Artamenes, le vì demudado, y triſte, y le dixe ſonriendome: Tanto cuìdado os cueſtan los intereſſes de la Reyna Nitocris, que os entriſteceis por ſus diſguſtos? Aunque conozco, Criſante (me reſpondiò) que eſta Princeſa es la glo-

gloria de su sexo, y la fama de sus Virtudes me obliga à estimarla mucho, no es esso lo que me aflige, sino la estrañeza de mi fortuna; pues viniendo à la Guerra, llego à vna Paz ajustada; buscando Pais alborotado, y rebuelto, encuentro vno tranquilo, y pacifico; trayendo prevenidos los oydos al estruendo de las Trompetas, solo oirè vozes festivas de este Pueblo, alegre con la Paz. Y si para consolarme de vèr diferidos los efectos de vn pensamiento tan noble, quiero à lo menos vèr, como reyna el mas poderoso Principe del Asia, en la mas famosa Ciudad del Mundo, hallo, que se ha ausentado, y que la Corte abunda en lagrimas, y sentimientos. Mas ay Feraulo (buelto à èl, dezia) esto vltimo no me pesara, si lo primero no me afligiera. Ambos procuramos consolarle de este disgusto, que no le juzgamos tan grande, como èl dezia. Entramos, pues, en Babylonia, y reparamos, que el Principe observava con mucha atencion sus fortificaciones. Admiravame de oirle hablar en materias, que no podia aver aprendido: Aquel espiritu guerrero le llevava la atencion, mas à estas, que à otras observaciones. Considerava los monstruosos Muros de aquella gran Ciudad; los Fosos de agua, que la ciñen; las cien Puertas de bronze, que la cierran; y el Eufrates, que la divide, y haze mas fuerte. Esto es lo que digo, que reparava con mas cuidado, que la magnificiencia del Real Palacio; la de los maravillosos Jardines, de quien yà se ha dicho, que estan en el ayre, por estar sobre las Casas, y Muros; ni la del Templo de Iupiter Belo, que es tambien, como sabeis, de las cosas mas memorables del Asia. En todos nuestros passeos, ò caminos, sus pensamientos solo atendian à la guerra. Si yo quisiera tomar esta Ciudad, dezia, la atacara por aquella parte. Otras vezes, viendo alguna gran llanada, que tuviesse alguna eminencia vezina, me preguntava, si viendose de dar alli vna Batalla, serìa con-

conveniente ocupar aquella Colina. Con que desde entonçes huvierais dicho, viendo como mirava à Babylonia, que avia hecho proposito de tomarla, y que sabia lo que despues sucediò.

Pero como avia tanto que ver en aquella Ciudad, nos detuvimos en ella cerca de vn mes; en cuyo tiempo viò muchas vezes à la Reyna, que verdaderamente era vna de las mas excelentes Princesas del Mundo. Estava acabando aquella grande obra de la magnifica Puente, por donde se divertia el curso del Eufrates, que despues diò tanto que hazer à Artamenes; y porque no obstante el pesar de la ausencia del Hijo, no desistia de su intento, la encontravamos por tarde, y por mañana, acompañada de su Corte, que iba à ver trabajar, y dar calor à aquella fabrica, que hará claro su nombre à la posteridad. Vimos ordinariamente con ella à Mazares, Principe de los Sacos, ò Scyacos, que despues se mezclò, por raro camino, en los sucessos de mi Amo, à quien causò muchos pesares, y à quien puede ser que le cueste la vida. Artamenes, mirando vn dia à la Reyna Nitocris, me dixo: Esta Princesa, por su cuidado, y vigilancia, me causa alguna confusion; porque trabaja, fuera de otras razones, por su gloria, y yo no he hecho hasta aora nada por la mia. No os affligais, respondì, porque aveis vivido tan poco, que no teneis motivo para quexaros del tiempo perdido; y os queda tanto por vivir, que podeis esperar hazeros memorable. No obstante, fuè menester mitigar su impaciencia, y partimos de Babylonia; mayormente aviendo entendido, que avia algun rezelo de Guerra entre los Griegos Asiaticos, como tambien entre el Rey de Lidia, y el de Frigia: el qual, se dezia, que avia hecho la Paz con los Assyrios, por no tener tantos enemigos à vn tiempo; pero como yo no deseava tanto, como el Principe, verle expuesto à los peligros, procurè reduzirle

à que viesse, mientras la Guerra se acabava de romper, todos aquellos varios Payses, sin tomar ningun partido. Abraçò mi consejo, aunque de mala gana; pero acordèle la palabra que me avia dado, de condescender con algun ruego mio en el discurso de nuestro viage; y despues de alguna repugnancia, se dexò vençer.

Vimos, en fin, aquellos peligrosos Estados, mal governados por Hombres grandes; y Artamenes, aunque impaciente por verse con las Armas en la mano, no se arrepintiò de averse dexado persuadir de mis instancias. Preciso es confessar, que la Grecia se diferencia en algo de las demàs Naciones, y que si como està separada, estuviera vnida, y los Moradores de su antigua Region viuieran incorporados con los que habitan en el Asia, podrian enseñar à obedecer à los que ellos llaman Barbaros. Finalmente, despues de aver visto muchas cosas notables, que serian largas de contar, fuimos à la Ciudad de Mileto, y la hallamos dividida en Vandos. Los vnos suspiravan su Principe, desterrado por los otros; y estos temian, que aquellos le restituyessen à su Estado, y los tratassen como Rebeldes. Vimos despues la Ciudad de Myo, y Priene, ambas en Caria. Desde alli fuimos à Claxomene, à Phocia, y à Epheso; y la hermosura del Templo de Diana, casi persuadiò à Artamenes, à que nuestra Nacion hazia mal en no fabricar alguno, y en ofrecer los Sacrificios sobre la eminencia de los Montes, creyendo, que las obras de mortales manos, no son dignas de ser Casas de los Dioses: y verdaderamente, que con razon es tenido aquel Templo por vna de las Maravillas del Mundo. Alli nos dixeron, que el vltimo Rey de Lidia, llamado Aliartes, Padre de Creso, que oy reyna, avia tenido gran devocion con este Templo, y le avia embiado tan ricos Dones, que el de Delphos, con ser el mas celebre de todo el Mundo, y mas anti-

guo, que el de Epheſo, no los tenia mas precioſos. Tambien ſupimos, q̃ los Moradores de aquella famoſa Ciudad no eſtavan tan guſtoſos con Creſo, como lo avian eſtado con ſu Padre; y dezian, que deſeavan intimarle la Guerra: por lo qual ſe detuvo Artamenes alli algunos dias, para informarſe, en cuyo tiempo admiramos la multitud de Eſtrangeros, que iban à conſultar el Oraculo. Yo aconſejè à Artamenes, que ſe informaſſe del fin de ſu peregrinacion, y el paradero de ſu Fortuna: mas él no quiſo, diziendo: Que mejor ſe veneravan los Dioſes, ſin inveſtigar ſus Arcanos, que por vn deſeo impaciente, queriendo penetrar los futuros ſuceſſos; pero verdaderamente, no fuè, ſino que temiò, no hallar en la reſpueſta de la Dioſa lo que con tanta anſia deſeava, que ſolo eran ocaſiones, en que exercitar ſu valor heroyco: mas los ſuceſſos de ſu vida han moſtrado deſpues, quan mal fundado era ſu temor; y que los Dioſes, teſtigos de los Decretos del Hado, no le prometian, ſino victorias, y Triunfos. El tiempo que eſtuvo en Epheſo, comunicamos con muchos Griegos, que alli concurrieron, por curioſidad, ò por devocion, y entre ellos à Periandro, Rèy de Corinto, que vino encubierto, y ſe aloxò en la miſma parte donde noſotros eſtavamos, con quien contraxe vna amiſtad muy eſtrecha (ſi aſsi debe llamarſe el agrado de vn Rey.) Aquel Sabio Principe, que era tenido por vno de los mayores de la Grecia, cobrò tan grande inclinacion à Artamenes, que le pidiò la palabra de ir à Corinto, ſi nueſtros negocios, y viage nos lo permitian.

Deſpues de aver viſto la Caria, y parte de la Lidia, fuimos à la alta, y baxa Frigia: Vimos en aquella la Gran Ciudad de Apamea; y en eſta, el Monte Ida; el Puerto de Tenedos; el Rio Xanto; y las la-

mentables ruìnas de Troya. Alli ſe detuvo Artamenes con notable guſto, por verſe en el miſmo ſitio donde el valeroſo Hector, y el Invicto Aquiles avian peleado. No acertava à apartarſe de aquellos contornos, caminando las jornadas enteras, mirando los Sepulcros de aquellos Semideos; y como deſde que entramos en la Ionia, aviamos llevado vn Hombre de la Iſla de Samos: el qual avia hecho muchos viages, y era muy practico en las Antiguedades, eſte nos guiava, y enſeñava lo que alli avia mas memorable. Eſte pobre Hombre huvo de perder la paciencia con las preguntas que Artamenes le hizo del Cerco de Troya. Aun eſtavan en pie algunas ruìnas de dos grandes Caſtillos de Marmol, que ſobraron à las llamas, y todavia conſervava el tiempo. Mi Principe los viſitò con gran guſto, y corriò las Riberas de los famoſos Rios Scamandro, y Simoè. Aquella tierra, en fin, que avia ſido bañada de la ſangre de tan Inſignes Heroes, la venerava, como conſagrada à los Dioſes. El Griego, que iba con noſotros, dixo: Que aquel Periandro, que aviamos viſto en Epheſo, no era el vnico Sabio de la Grecia; porque aquella Nacion empeçava à no eſtar menos llena de Hombres Inſignes, que en los tiempos de Agamenon, Vliſes, y Neſtòr. Y deſta ſuerte empeçò à introduzir en el coraçon de Artamenes vn grande deſeo de paſſar à Grecia; y aſsi, viendo, que la Guerra de Lidia, y de Frigia ſe dilatava mucho, le perſuadì à que paſſaſſe à Grecia, como lo hizo. Y para empeçar deſde lo mas memorable, fuimos à Atenas, cuya hermoſura le admirò tanto, como la del famoſo Puerto de Pireo. Contònos el Griego la prodigioſa ordẽ de las Leyes de Solon, de quiẽ dixo, que ſe avia deſterrado voluntariamente, por diez años, de la Patria, por no verſe obligado à mudar ninguna

de

de ſus Leyes, aviendo hecho jurar à aquellos Ciudadanos, que las obſervarian, haſta que bolvieſſe. Alli conociò Artamenes à Piſiſtrato, que ſegũ ſe dezia, aſpirava à la Tyrania. Eſtando en Atenas, corriò voz, que avian preſo à Solon en la Isla de Chipre. Confieſſo, que convine con Artamenes en paſſar à ella, no ſolo por ver la mas hermoſa Isla del Mar Egeo, y el cèlebre Templo de Venus, ſino por conocer al mas famoſo Sabio de la Grecia; pero tuvimos la mala ſuerte de no hallarle alli. Verdad es, que Artamenes tuvo ocaſion de contraer vna particular amiſtad con vn Principe, llamado Philoxipo, de grande talento, y prendas.

Pero no queriendo alargarme en los ſuceſſos de nueſtro viage, que ſolo refiero, para que admireis las grandes acciones que mi Amo hizo deſde ſus primeros años, reſervo para otra ocaſion algunos caſos, que le ſucedieron en diverſos Lugares, donde eſtuvimos, ſin hazer mencion tampoco de las Islas del Egeo, que vimos: Solo os dirè, que aviendo buelto à Atenas, como mi Amo avia ofrecido à Piſiſtrato, fuimos à Sparta, cuyo govierno no le agradò; no perſuadiendoſe aquel coraçon grande, à que dos Reyes pudieſſen reynar juntos; porque Artamenes juzgava incapàz el Mundo, por ſu pequeñèz, de llenar los anchos eſpacios de ſu animo. Fuimos à Delphos, à Argos, à Micenas, y à Corinto, donde el Sabio Periandro nos recibiò magnificamente. Era de opinion eſte excelente Principe, que la razon de la hoſpitalidad avia de ſer la mas inviolable; y q̃ no avia honra q̃ baſtaſſe à lo que ſe debia à vn Eſtrangero. Quiſo, q̃ la Princeſa Cleobolina ſu Hija, cuya beldad, ſabiduria, y prudencia, la avian hecho cèlebre en toda la Grecia, diſcurrieſſe con Artamenes: el qual entendia tã bien la Lengua Griega, q̃ todos le tenian por Griego originario. Periandro, por agaſſajarle mas, le hizo q̃ oyeſ-

ſe aquel famoſo Muſico, que deſde el Iſtmo de Corinto ha eſparcido ſu fama por todo el Mundo, no ſolo por la excelencia de ſu voz, ſino por la Hiſtoria del Delfin, q̃ le libro, como ſin duda avreis oydo. No me canſarè en deziros las coſas memorables q̃ vimos en aquel viage, de todas las quales ſe aprovechò Artamenes, obſervando las coſtumbres de tantas Naciones diferentes, como vimos; y baſtantemente publican ſus muchas prendas, lo que adquirio en eſta peregrinacion del Mundo.

CAPITVLO V.

El peligroſo encuentro que tuvo Artamenes con vn Coſario, y como ſaliò dèl.

FINALMENTE, por ſer Corinto vn Puerto donde ſurgen Naves de todas partes, llegò alli noticia, que la Guerra de Lidia, y la de Ionia eſtava declarada; y q̃ vltimaméte, aquella tẽpeſtad, deſpues de aver vagado por diverſas partes, avia deſcargado ſobre aquellas dos Provincias: Con lo qual, impaciente Artamenes, por ver la cara al Enemigo, reſolviò paſſar à Epheſo, para defenderla contra Creſo, que la avia invadido, queriendo, por lo menos (le dixo à Periandro al deſpedirſe) pagar en algo à los Griegos del Aſia los beneficios q̃ avia recibido de los Griegos verdaderos. Aviẽdo Periandro hecho buſcar, para eſte efecto, vn Baxel bien aparejado, nos hizimos à la vela en èl, con vn viento muy freſco. Eſtava Artamenes contẽtiſſimo, por aver de poner brevemẽte en practica aquel prodigioſo valor, q̃ infundiò en ſu animo la Naturaleza, y à quiẽ el deſeo de la Fama

ha

ha puesto en tan sublime estado: Mas la Fortuna, que no queria retardarle tanto tiempo las ocasiones de señalarse, le ofreciò vna, que no esperava, y que le huvo de ser fatal. Vno de nuestros Marineros diò vozes, diziendo, que veìa desde la Gabia quatro Velas, que venian de nuestra buelta, y que sino se tomava resolucion, alcançarian muy presto aquellos quatro Baxeles al nuestro. A esta noticia se certificò nuestro Piloto de lo que avisavan; y, mas assustado que antes, dixo, que aquel, sin duda, era el valeroso Cosario, que venia à embestirnos.

Perdonadme, generoso Trasibulo, dixo Crisante, si por seguir mi Narracion, me veo obligado à daros este nombre, que avèis hecho formidable en todos los Mares por donde avèis navegado. No me ofenderè, dixo Trasibulo, de que me deis vn titulo, que mi adversa fortuna, me ha adquirido, y que mi suerte favorable le ha hecho celèbre en los Mares Egeo, Helesponto, y Euxino, por aver desterrado dellos toda la infamia anexa à la calidad de Cosario. Seguid, pues, vuestra Historia, y no olvideis ninguna circunstancia de ella; porque esta es vna de las mayores acciones de la vida de Artamenes, aunque sè, que ha hecho otras prodigiosas. Crisante, en fin, prosiguiò, diziendo:

Assegurado el Piloto de que era el gran Cosario, que venìa à embestirnos, sin esperar mas orden, queria mudar el Rumbo, y rehusar el encuentro de vn Enemigo enseñado à vençer, cuyas fuerças eran superiores à las nuestras; pero apenas lo conociò Artamenes, quando montando en colera, tomò en vna mano la Espada, y con la otra le quitò el Timon al Piloto de la suya, diziendo: Yà no seràs dueño del Baxel; y sino me llevas àzia el Enemigo, te arrojarè al Mar, ò esconderè este azero en tu pecho. El Piloto, atemorizado de tan grande resolucion,

se le echò à los pies, diziendo, q̃ no tratasse de pelear con aquel Enemigo, porque no era facil vençerle. Haz solamẽte lo que te mandare, dixo Artamenes, y de lo demas dexa el cuidado à los Dioses, y à mi valor. Aviendo oydo yo al Principe, y estando informado de los Marineros, de quan formidable era el Cosario, le dixe: Señor, què quereis hazer? Respondiòme: Morir, ò vençer, y no rehusar la primera ocasion, que me ofrece la Fortuna; pero, señor, replique, como se ha de vençer, peleando sin esperança? Ya os lo he dicho (respondiò) si no pudierèmos vençer, morirèmos, que mas quiero morir, que dexar de pelear, ni huir en la primera ocasion en que se halla Artamenes. Señor, le dixe, el rehusar el encuentro con vn Enemigo tan fuerte, no es fuga afrentosa, sino vna prudente retirada, y no se ha de confundir la temeridad con el valor. Yo no sè hazer todavia (dixo el Principe, con aspero semblante) essas distinciones; y assi, por no errar vna accion, en que consiste mi credito, quiero elegir el camino mas seguro, que es el de pelear. Prevengase, pues, cada vno à hazer lo que debe, y à imitarme. Mientras estavamos en estas disputas, los quatro Baxeles, que nos seguian, por ser mas valerosos que el nuestro, se acercaron tanto, que yo creì, que no teniamos que hazer mas, que defendernos; persuadido, à que el que no avia querido retirarse, menos querria rendirse sin pelear. Empezè, pues, à ayudar al Principe à dar las ordenes; y despues de aver mandado à todos, que no disparassen, hasta estar à la distancia de corto tiro de Arco; y al Piloto, que governasse siempre àzia la Capitana enemiga: Feraulo, y yo nos pusimos à su lado.

Para referir el valor de Artamenes, sin apartarme de la verdad, digo, que jamàs se viò en semejante peligro, ni nunca estuvo mas constante. Hizo, que le pusiessen al

lado

lado vn Arco, y vn Carcax, fuera del que tenia en la mano, y al ombro, muchas Saetas, y grande cantidad de Dardos: mas no se acordò de pedir vn Escudo: tan lexos estava de esquivar el peligro; pero yo le hize dar vno, para que se valiesse dèl, quando se llegasse al abordo de los enemigos. Entre tanto, el famoso Cosario, que creìa apresarnos sin pelear, segun la desigualdad de las fuerças, empeçò à hazernos señal para que amaynassemos; pero Artamenes, que avia infundido su valor en los Soldados, y Marineros, aviendo mandado, que endereçassen la Proa àzia el Enemigo, y procurassen ganar el Barlovento, fuè tan bien, y tan prontamente obedecido, que muy presto estuvimos à menos de tiro de Arco con èl; y en vez de amaynar las velas (como el Cosario creìa) le cubrimos con vna tempestad de Saetas, que matò muchos de sus Soldados, que vimos caer sobre la Cubierta. Esta resolucion persuadiò al Cosario, à que en el Baxel avìa alguna persona de gran valor, ò que venia en èl algun Enemigo suyo: el qual, antes que dexarse coger viuo, elegia pelear desesperado. Irritado, en fin, de nuestra temeridad, empeçò à obrar, como Hombre practico en la Guerra; porque mandò à sus Baxeles, que nos cogiessen en medio, para amedrentarnos, y rendirnos, sin llegar al abordo; pero aunque lo procurò, en el discurso de dos horas, no lo pudo conseguir; y si el Principe huviera querido contentarse con la gloria de aver peleado con fuerças tan desiguales, y retirarse, sin querer vençer, no se huviera visto en el riesgo, en que muy presto le vì; porque vltimamente, no obstante la destreza de nuestro Piloto, nos cogieron en medio los quatro Baxeles enemigos, y empeçaron à descargar sobre nosotros, con tanta violencia, que peleavamos à la sombra de la multitud de flechas, que de todas partes nos caìan encima. Artamenes, vien-

do à los Cosarios en este estado, mandò q̃ se encaminasse nuestro Baxel àzia la Capitana, y se abordasse con ella. Fuè luego obedecido, y aferrada con los Harpeos, se començò vna Batalla, que jamàs se viò otra semejante. Luego al punto saltò Artamenes en el Baxel del famoso Cosario, y èl hizo lo mismo en el nuestro; pero en tan breve tiempo, que estos dos Caudillos se hallaron solos entre sus enemigos. No durò esto mucho, y sucediò en esta ocasiõ, lo que no sucederà nunca; porq̃ como nosotros solo atendiamos à seguir à Artamenes, todos se arrojaron donde èl estava, procurando cada vno ser el primero en seguirle; de suerte, que todos passaron à la Nave del Cosario, menos algunos, que cayeron al Mar, ò murieron à manos de los que los rechazavan. Por otra parte, los Soldados del Cosario hizieron lo mismo que nosotros; porque aviendo seguido à su Capitan, con el mismo impetu, que nosotros al nuestro; esta confusion, y desorden hizo, que Artamenes quedasse por Dueño del Baxel del Cosario; y este, del de Artamenes: de suerte, que ambos quedaron contentos; pero luego consideraron, que esto, solo avia sido trocar Baxel; y como Artamenes se hazia obedezer con amenaças de los del Baxel enemigo; tambien el Cosario hazia lo mismo de los Soldados de Artamenes; y queriendo cada vno bolver à su Nave, peleavan con increible ardor.

Este estraño sucesso dilatava algo nuestra ruina; porque los otros tres Baxeles del Cosario, q̃ no sabian lo que passava, no tanto por estar vn poco apartados, como por la multitud de las flechas, que se lo embaraçava, no ofendian al Baxel de su General: del qual estavamos nosotros apoderados; con que se veìa el Cosario embestido à vn tiempo de nosotros, y de sus propios Compañeros, sin tener lugar para mandar à los suyos, que no le ofendiessen; porq̃ conociendo mi Amo, que aquel era el Cabo de los enemigos, le

acometia con tanta fuerça, y reſolucion, que no vì jamàs coſa ſemejante; y nueſtros Marineros, que eran ſolos teſtigos deſte Combate, aſſeguraron, que mas de veinte vezes entrò Artamenes en ſu Baxel, y otras tantas el famoſo Coſario en el ſuyo, ſin que el vno, ni el otro pudieſſen conſeguir ventaja alguna. Todos à ſu exemplo arrojavã Dardos, ò diſparavan Flechas, ò ſe ſervian de la Eſpada de Artamenes: el qual exercitò aquel dia todo genero de Armas; porq̃ quando eſtavan algo lexos, vſava del Arco; de mas cerca, lançava Dardos, con vna pujança increìble; y quando eſtavamos aferrados, ſe valia ſolo de la Eſpada; pero de tal manera, que apenas me atrevo à creer lo que le vì obrar en aquella ocaſion. Aviendo, en fin, conocido los otros tres Baxeles ſu engaño, dexaron de diſparar à ſu Comandante, y vinieron todos juntos ſobre noſotros. Viẽdo entonçes Artamenes, que era menefter morir, y que Feraulo, y yo eſtavamos ſiempre à ſu lado (Feraulo, digo, de cuyo valor no me atreverè à hablar en ſu preſencia) bolviendoſe à noſotros, dixo: No vençerèmos, amigos; pero ſi me ſeguis, venderèmos cara la victoria à eſtos Coſarios. Què no obrò deſpues deſtas palabras! Y de quales me valdrè para explicar la verdad! Viò nueſtro Baxel abordado por todos lados: Conociò en el Cabo de los Coſarios vn valor increìble (permitaſeme dezirlo en ſu preſencia:) Viò à ſu Gente caſi toda herida, como tambien lo eſtava èl en la eſpalda izquierda, y ſin embargo diſtribuia ſus ordenes: yà acudia à la Popa: yà à la Proa: Arrojò vn Coſario al Mar: matò otro de vna cuchillada; y finalmente, hazia coſas, que davan à entender, no ſe rendiria. Feraulo, y yo tuvimos la deſgracia de que nos hirieſſen, con que quedamos fuera de la Batalla. Tenia Feraulo dos heridas de Dardo en vn muslo, y yo dos de Eſpada en el braço derecho. No obſtante que Artamenes ſe veìa

per-

perdido, que yo le dezia, que podia rendirse sin verguença; que el famoso Cosario, viendole lleno de heridas, le queria conceder la vida; y que la Cubierta estava llena de sangre de heridos, y muertos: aquel coraçon inflexible, y obstinado en los riesgos, no dava oydos à nada, y cada instante peleava con mas aliento; pero al fin, aviendo venido à las manos con vn valeroso Griego, que se avia señalado en la Batalla, cayeron ambos al Mar, sin que nadie los viesse.

La falta de Artamenes hizo, que arrojassen las Armas aquellos pocos de los suyos, que no le avian desamparado, todo el tiempo que le vieron pelear. El Cosario, no teniendo mas enemigos que vençer, viò treinta passos de su Nave al invencible Artamenes, que con vna mano nadava, y con la otra regia la Espada, peleando todavia con aquel esforçado Griego, de quien, al caer al Mar, se avia desasido; y estando en la misma postura, que Artamenes, representavan vna notable, y estraña vista. Artamenes se arrojava cada instante àzia su Enemigo, con vn valor increible; pero como el Griego era de edad mas robusta, y estava menos herido, resistia mas el impetu de las ondas, que yà los dividian, yà los juntavan, y yà parece que los sorbian, para terminar sus diferencias, y triunfar de ambos, representando vn expectaculo en el Mar, que nunca se viò otro semejante en la Tierra. Salian luego debaxo del agua, y se buscavan con los ojos, para bolver à empeçar vna lid tan extraordinaria, y nueva. Considerad, señor, què efecto haria en mi coraçon esta vista; porque como yo no estava herido, mas que en vn braço, aunque tan debil, que no podia moverme, por la mucha sangre derramada, y que toda via vertia, no obstante, no perdì la vista, ni el sentido. Considerad, digo, qual estaria, viendo aquel excelente Principe en tal esta-

eſtado. Yo no sè lo que diſcurrì ; pero bien sè, que me iba à arrojar al Mar, à ſocorrerle, quando el famoſo Coſario, admirado del valor de Artamenes, viendole en tal peligro, mandò à cinco, ò ſeis de los ſuyos, que metiendoſe en el Eſquife, fueſſen à ſocorrer à mi amado ſeñor. Eſtos, pues, obedeciendo à ſu General, ſe fueron àzia Artamenes, y mandaron al Griego de ſu parte, que no acometieſſe mas à aquel Eſtrangero. Eſte Griego, aviendo entrado en el Batel, trocò el intento de ofender à Artamanes, en el de ſocorrerle: mas no sè ſi todos juntos lo huvieran conſeguido, à no aver ſucedido vn accidente, y fuè, que canſado Artamenes de nadar, y de pelear, y eſtando herido en la eſpalda, demàs de averſe laſtimado contra la punta de vn Eſcollo, en el braço derecho, al querer esforçarſe, para nadar con mas violencia, y deſviarſe de los que le buſcavan, ſe le cayò la Eſpada en el Mar, y el impetu de las ondas ſe la quitò luego de la viſta; y al tiempo de ſumergirſe, para cobrarla, los Marineros le cogieron, aunque procurava reſiſtirſe; le metieron en el Batel, y llevaron à ſu Nave, entregandoſele al Coſario, que le recibiò con animo generoſo. Quando le viò en ſu Baxel, adonde ſe avia reſtituìdo, deſpues de averſe apoderado del nueſtro, dixo: Tan mal he peleado, que me juzgais indigno de averos vencido, y librado? Aveis peleado, reſpondiò Artamenes, con tanto valor, que la deſconfiança de no poderos igualar, me ha deſeſperado; fuera, de que he hecho alguna repugnancia en recibir la vida de mano de vn Hombre, à quien quiſe quitarſela. La deſigualdad del numero (reſpondiò agradablemente el Coſario) acredita bien vueſtro valor, y diſculpa vueſtro vencimiento. Si yo triunfara dos vezes de eſta manera, no quiſiera vençer en mi vida; pues conozco, que me ha ſido de tan poca ventaja

eſta

esta victoria, y tan honrosa para vos, que si se debiera el premio al vencedor, os le çediera, sin atreverme à admitirle.

Dicho esto, mandò, que se tuviesse el mismo cuìdado con Artamenes, que con su propia persona; y aviendose informado del Baxel, y sabido, que eramos Estrangeros, arribados à Grecia solo por curiosidad, nos tratò mas cortesmente. No os dirè la galanteria que aquel Ilustre Cosario vsò con Artamenes, y con nosotros; porque es muy conocido el generoso Trasibulo, que me escucha. Basta deziros, que si Artamenes fuera su Hermano, no huviera tenido mayor cuìdado de su persona. Y como las heridas de mi Amo, y las del Cosario, no eran peligrosas, convalecieron de ellas con brevedad; pero Feraulo, y yo no sanamos tan presto. Finalmente, aunque Artamenes no podia consolarse, de no aver vencido en la primera Batalla en que se avia hallado, si bien avia adquirido grandissimo credito; como la Virtud tiene poderosos atractivos, se introduxo, sin sentir, vna amistad tan estrecha entre èl, y el famoso Cosario, que nunca se trataron vn vencedor, y vn vencido con tanto afecto. Esta amistad fuè causa de que el Cosario no diesse tan presto libertad à mi Principe, y de que este no se la pidiera; pero al fin, los intereses del primero le llamaron al Mar Euxino. Fuimos, pues, de aquella buelta, sin saber donde ibamos, ni prevenir, que nos avian de suceder accidentes, de los quales dependia la gloria, la dicha, y la desdicha de Artamenes. Llegamos à Lesbos, donde tenia que hazer el Cosario; y mi Amo, y yo fuimos à ver vna Donzella, llamada Sapho, admirada de toda la Grecia; y con razon, por ser prodigiosa, assi por la belleza, como por la Poesia. Mas por llegar al punto mas importante de mi Narracion, os dirè en breves palabras, que aviendo entrado en el

Mar

Mar Euxino, apenas le aviamos ſurcado tres dias, y tres noches, quando el Coſario, enſeñado à embeſtir à todos, fuè embeſtido de ſeis Baxeles. Fuè largo, y obſtinado el Combate: Artamenes, que quiſo pelear, hizo acciones tan prodigioſas, que obligò à la modeſtia del famoſo Coſario à dezir, que debia la victoria à ſu valor; y con efecto quedò tan obligado à mi Amo, que de tres Baxeles que avia apreſado, le quiſo dar los dos; pero Artamenes no acetò mas que vno: con el qual juzgò bolver al Heleſponto, y al Mar Egeo, para ir à Epheſo, ſegun ſu primer diſignio; y deſde alli embiar à Periandro el Baxel, que avia admitido, en lugar del ſuyo, que en el vltimo Combate le avian echado à fondo. Apartòſe, en fin, del famoſo Coſario, ſin aver ſido conocido, ni conocerle; porque como ambos avian reſuelto ocultarſe, no ſe atrevieron à preguntarſe quienes eran; y ſu amiſtad (aunque grande) fuè cauſa de no tratar de ſaber vn ſecreto, que ambos encerravan en ſu coraçon; y la prudencia de mi Amo fuè tal, que en eſta vltima Batalla peleò ſin preguntar porquè, ni contra quien, conociendo, que el generoſo Coſario lo callava miſterioſamente.

CAPI-

CAPITVLO VI.

Deſpues de vna borraſca, arriba Artamenes à Sinope; y refiereſe lo que alli le ſucediò.

AVIENDO cobrado Artamenes ſus dos Criados, y à Feraulo, y à mi, empeçamos à navegar àzia donde aviamos ſalido, con viento muy favorable; pero apenas navegamos medio dia, quando ſe levantò vna terrible tempeſtad; tan rezia, que el miſmo Piloto quedò admirado. Turbòſe el ayre en vn momento: hinchòſe el Mar, que moviendo multitud de olas, y encaramando montes de eſpuma, vnos ſobre otros, bramava eſpantoſamente, y agitava con tanta violencia el Leño, que los mas dieſtros Marineros no podian reſiſtirſe à ſus embates. La luz de los relampagos; el eſtruendo de los truenos; y la obſcuridad de la noche, todo eſto ſe dexava ver, y oir, ſin vernos, ni oirnos los vnos à los otros; y ſolo vimos, que los verdaderamente generoſos, y esforçados, no temen la muerte, en ninguna forma que ſe aparezca; porque mi Amo ſe aſſuſtò tan poco en eſta tormenta, como ſi eſtuviera paſſeandoſe por vn Rio el mas tranquilo del Mundo. Dava las ordenes ſin confuſion; y aunque no creyò ſalir de aquella tempeſtad, y peligro tan grande, nunca el temor le robò el color del roſtro. Durò eſta borraſca tres dias, y tres noches, extraviandonos ſiempre de nueſtro viage, y arrojandonos de ſuerte al Mar Euxino, que al quarto dia, al ſalir el Sol, nos echò la tormenta al Puerto de Sinope, donde aora eſtamos. Eſte, como

como ſabeis, es Territorio de Capadocia, y Frontera de Galacia: Acuerdooslo, para que admireis mas el rigor de la Fortuna, que queriendo librar à Artamenes de las enfarecidas ondas, le arrojò al Pais de ſu enemigo; porque al fin Ciaxares es Hijo de Aſtiages, y el que debia temer las amenazas de los Dioſes, mas que ſu Padre; que por ſu extrema vejèz, yà no tenia mucha parte en el Trono que ocupava. Pero por aver ſabido, que no eſtava entonçes la Corte en Sinope, ſino en otra Ciudad, llamada Pteria, me ſoſseguè, creyendo, que no conocerian facilmente à Artamenes. Hize, no obſtante, quanto pude, para que no ſe deſembarcaſſe: mas no fuè poſsible; porque viendo deſde el Baxel eſſe hermoſo Templo de Marte, que eſtà fuera de la Ciudad, quiſo ir muy de mañana à viſitarle, en tanto que ſe reparava el Baxel de los daños que avia padecido en la borraſca. Feraulo, y yo fuimos con èl; y como las coſas indiferentes ſon el ordinario aſſunto de la converſacion de los que ſolo tienen que ver en vn Pais eſtraño lo mas notable dèl; el Principe me empeçò à preguntar, que porquè en tantos Lugares, como aviamos viſto, aviamos hallado menos Templos dedicados à Marte, que à los demàs Dioſes; y como ſi le llevara el zelo del Culto de aquella Deidad, empeçò à hazer memoria de todos los Templos que avia viſto dedicados à Venus, y hallò, que avia muchos mas erigidos à la Dioſa de los Amores, que al Dios de las Batallas. Y yo le dixe, riendome: Què razon os mueve à ſer enemigo deſta Dioſa, que admite los ruegos de todo el Mundo, y debaxo de varios nombres aceta los Sacrificios de las Naciones todas? Yo no ſoy ſu enemigo (me reſpondiò) pero ſoy zeloſo del honor de Marte, y quiſiera, que tuvieſſe tantos Altares como Venus. Puede ſer, le reſpondì, que no eſteis ſiempre de eſſa opinion. No lo sè, me reſpondiò: mas ſegun aora

veo,

veo, ſiempre preferirè la Guerra al Amor. Teneis razon, dixe; porque el vn afecto es mas heroyco, que el otro; pero por grande que ſea vueſtro deſeo de fama, puede ſer, que le olvideis algun dia. No lo creo, añadiò, y haria mal, ſi tal hizieſſe.

En tanto que aſsi diſcurria, entramos en el Templo, que hallamos magnificamente adornado; pero con poca Gente: con que tuvimos mas lugar de examinar ſus grandezas. Encontramos en èl vn Eſtrangero de buen talle, y preſencia, de vno, ò dos años, al parecer, mas que mi Amo. Eſte Cavallero, ſegun la coſtumbre de los Eſtrangeros, que ſe encuentran en Tierra eſtraña, ſe llegò à noſotros, y ſe puſo à hablar con Artamenes; y viendo que hablavamos la Lengua del Pais, que ſe parece mucho à la de los Medos, y à la de los Aſſyrios, por la cercania de todos eſtos Reynos, que eſtàn contiguos, empeçò tambien à hablar como noſotros, y moſtrò no inferior entendimiento à la gallardia del talle. Vimos, al fin, entrar mucha Gente en el Templo, y deſpues paſſar todas las prevenciones de vn ſolemne Sacrificio. Vimos entrar cien Toros blancos, coronados de flores, y conduzido cada vno de dos Hombres (ordinaria coſtumbre del Hecatombe:) Paſſaron muchos, y muy precioſos Vaſos de Oro, para recibir la ſangre de las Victimas, y hazer las Deliberaciones: Paſsò el Braſero Sacro, para quemar los Incienſos; y los ricos Cuchillos, para degollar las Victimas. Los Sacerdotes iban de dos en dos, veſtidos con ſus Ropas ſolemnes; y eſtando todo diſpueſto para el Sacrificio, ſolo faltava la Perſona que avia de ofrecerle. Yo atendia à eſtas coſas con tanto guſto, como Artamenes, quando ſe oyò vna voz vniverſal, que dixo: *YA VIENE EL REY*; y al dezir eſto, todos hizieron calle, para dexarle paſſar. Confieſſo, ſeñor, que eſta novedad me diò algun miſto, por

ver

ver à Artamenes tan cerca de Ciaxares, que avia venido de Persia à Sinope, aquel mismo dia, à ofrecer aquel Sacrificio. Artamenes, entonçes, con mas curiosidad, se adelantò, à mi pesar, àzia la parte por donde avia de passar el Rey. Las Guardas ocuparon las Puertas, y se pusieron en ala, en medio del Templo; y todo aquel numero de Cortesanos, que de ordinario vàn delante de los Principes, llegaron hasta el Altar. Artamenes, que solo atendia à ver al Rey de Capadocia, le viò entrar arrimado al braço de Aribeo (favor grande en aquel tiempo:) Mas ay Dioses! Viòle acompañado de la Princesa Mandane, su Hija, que verdaderamente, es la mas hermosa de quantas Damas ay, ni avrà jamàs. Yo no la vì, hasta que vì à Artamenes apartar la Gente, que le apretava, y dexar al Ioben Estrangero, que aviamos encontrado, para ver mejor, y mas de espacio à aquella Princesa, que como he dicho, merecia excitar en su pecho la curiosidad que despertò.

Yà os acordareis, que os dixe, que esta Princesa naciò tres años despues, que Artamenes: con que la primera vez que la viò, entrava en los diez y seis años de su edad. Estava aquel dia ricamente vestida; y aunque no se veìa en su persona ninguna afectacion, obstentava magestuosa compostura. El sutil velo de plata, que traìa en la cabeça, no estorvava la vista de mil anillos de oro, que formava el rubio, y hermoso cabello. Tenia todo aquello, que es necessario, para admirar, sin perder nada de la viueza modesta, que es vna de las partes mas necessarias para la perfecta hermosura. Tenia esta Princesa vn arte ayroso, y bizarro; andava con vna magestad tan gentil, que se llevava tràs si los coraçones de los que la miravan. La garganta era blanca, torneada, y bien hecha. Los ojos açules; pero tan dul-

ges, tan brillantes, tan modestos, y atractivos, que era imposible mirarlos sin respeto, y admiracion. La boca era tan purpurea; los dientes tan blancos, iguales, y bien ordenados; la tèz del rostro tan resplandeciente, lustrosa, vnida, y rubicunda, que el bello matiz de las mas vistosas flores de la Primavera, no podian formar vna imagen tan perfecta. Tenia las mas bellas manos, y los mas hermosos braços, que era posible desear; y por aver levantado dos vezes el velo, al entrar en el Templo, viò Artamenes esta hermosura, como si huviera visto, y conocido à todas las del Mundo, por inferiores à ella. Pero, señor, de todas las perfecciones, que os he descrito tan por menor, solo por disculpar à Artamenes, resultava vna gracia dominante en todas las acciones de esta Princesa, tan admirable, y tan singular, que, ò andando, ò parada, siempre estava gallarda, y hermosa.

De tan divina presencia fuè Artamenes assaltado, quando no esperando mas que à Ciaxares, viò llegar à Mandane, aun mas perfecta de lo que os la he procurado copiar. Arrebatòle de suerte, que dexando el sitio, que ocupava, la siguiò hasta el Altar, donde se puso de rodillas. Feraulo, y yo, viendo, que se mezclava entre los que la seguian, hizimos lo mismo; y reparamos, que se puso en parte, dò de, sin ser visto, podia ver à la Princesa. No vì cosa semejante; porque considerad, señor, que desde que la Princesa de Capadocia entrò en el Templo, no supo Artamenes de si, ni de los otros. No sabia, si aquel era Sacrificio, ò junta, para distribuir premios de juegos publicos. No viò sino à Mandane; siempre la estuvo mirando; y al mirarla, demudò muchas vezes el semblante. Despues, en varias ocasiones, nos dixo, que quedò tan sobresaltado con su vista, y tan prendado de tan hermoso objecto, que no pudo apartar los ojos

del;

dèl; y aſſegurò, que avia procurado no mirarla, y conocido, que ſe lo impedia vna oculta violencia. Empeçòſe, pues, el Sacrificio; y el principal de los Sacerdotes, poſtrado al pie del Altar, eſtando el Rey, la Princeſa, y los demàs circunſtantes arrodillados, con gran ſilencio, dixo en alta voz, eſtas palabras:

Deſpues de las dulçuras de la Paz, aceptad, ò poderoſo Dios de la Guerra, eſtas puras, è inocentes Victimas, q̃ os ofrezèmos, en lugar de las que el Ioben Ciro, el terror de toda el Aſia, avia de ſacrificar, ſi la piedad del Cielo no huviera eſtablecido todas las Sillas Reales con ſu muerte. Recibid, en nombre del Rey, de la Princeſa ſu Hija, de la Capadocia, y de la Media, los bazimientos de gracias por eſta venturoſa muerte, que ha reſtituìdo la quietud al Aſia toda; ſin la qual, todo el Mundo padeciera trabajos, y diſenſiones.

Conſiderad, ſeñor, què impenſada admiracion ſeria la mia, y la de mi Amo: el qual, aunque ſolo mirava, y penſava en Mandane; oyendoſe nombrar, aplicò la atẽcion à aquellas palabras. Yo obſervè en ſu ſemblante la miſma alteracion, que pudiera èl en el mio, ſi le huviera notado con el cuìdado que yo. Dexè entonçes mi pueſto, y acercandome à èl, le dixe en voz baxa: Señor, mirad, q̃ es menester irnos de aqui. Pero con encendido roſtro, me reſpondiò: Mejor ſerà no auſentarnos. Yo, que le vì tan reſuelto, no me atrevì à porfiarle; porque la Gẽte no bolvieſſe la cara à noſotros. Quedème junto à èl, que no obſtante vn caſo tan eſtraño, mirava à Mandane tan atentamente, que ni viò la inmolacion de las Victimas, ni el humo de los Incienſos, ni atendiò al fin de aquella Ceremonia, ſino quando el Rey, y la Princeſa ſe fueron, que los ſiguiò haſta fuera del Templo; y creo, que los huviera ſeguido haſta vn Caſtillo, que eſtà ſeis Eſtadios de Sinope, donde ſe fueron à comer, ſi yo no le huviera detenido, y dicho: Señor, eſte es nueſ-

tro camino; por aqui se và à Sinope. Entonçes, sin responderme, torciò el passo; mas no por esso dexò de bolver los ojos à la Carroça de la Princesa, hasta que la perdiò de vista; y despues, bolviò diferentes vezes la cara àzia aquella parte. Llegamos, en fin, à nuestro aloxamiento; pero muy otros, de lo que aviamos salido; porque al ir al Templo, avia solicitado Artamenes la brevedad del reparo del Baxel; y quando bolvimos, dixo, que era demasiada solicitud; y que las cosas hechas de prisa, no salian con acierto. Hablò poco, y comiò menos. Quando le vì mirar tan atento à la Princesa de Capadocia, bien creì, que avia contraìdo vna grande disposicion de amarla, si la Fortuna le detuviera alli; mas no creyera, que en tan poco tiempo huviesse nacido tan poderosa pasion.

Despues de levantadas las messas, bolviò Feraulo, que le aviamos perdido entre el tumulto de la Gente, al entrar el Rey en el Templo; y aviendo sabido con mas especialidad la causa del Sacrificio, nos llamò aparte, à Artamenes, y à mi; y dixo: Señor, menester es tratar de irnos de aqui, y muy presto. Pues de donde (dixo el Principe suspirando) puede nazer essa prisa de irnos? De hallarnos en vna tierra, dixo Feraulo, donde vuestra muerte la juzgan por tan gran beneficio, que teniendola por cierta, han ofrecido Sacrificios à los Dioses, en hazimiento de gracias. Ya yo lo sabia, respondiò el Principe, sin alterarse; y pues me tienen por muerto, no me buscaràn viuo. Por ventura, aveis sabido, ò Feraulo, dixe yo, mas de lo que nosotros oìmos al Sacerdote, que hablò publicamente, antes del Sacrificio? He sabido, respondiò, de otro Sacerdote, de quien me informè, que Astiages, aviendole assegurado diversas personas, que

avia

avia naufragado Cyro, despues que salimos nosotros, que haya tres años; y juzgando, q̃ el Principe es muerto, ha mãdado hazer, en el creìdo dia de su muerte, Sacrificios en todos los Templos de la Media, y Capadocia, en reconocimiento del beneficio recibido de los Dioses, que quitaron la causa aparente de la ruìna de su Imperio, amenazada de las Estrellas. Y assi es menester tratar de la seguridad del Principe, y considerar, como le tratarian, si le conociessen, vn Rey, y vna Princesa, que tanto celebran su muerte. Avia estado Artamenes muy pensativo, mientras se hizo este discurso; pero viendo, que yo iba à responder, se anticipò, y con rostro melancolico, dixo: No temais, ò Crisante, que me conozcan; y creed, que si algo me podia descubrir, seria la prisa de ausentarme, que causaria sospechas; y assi, no es menester tanto ruìdo, ni solicitud; y dicho esto, nos dexò, sin darnos lugar à responderle, y se fuè à passear à las orillas del Mar, assistido de dos Esclavos, que le diò el famoso Cosario. Pero este passeo, donde le seguimos luego, no fuè muy de su gusto; porque le assaltaron mil inquietudes.

En fin, señor, Artamenes amava, y con tanta violencia, que nadie le igualò en Amor. Mas como esta passion avia encontrado otra en el pecho de Artamenes, naciò entre ellas vna reñida batalla; y lo que nos avia dicho yendo al Templo, era la causa de no atreverse à descubrir su flaqueza: tenia no obstante algunos impulsos; con que no sabiendo, si lo que sentia era Amor, se lo preguntò à si mismo, diziendo: Qué tormento es este, que siento? De donde naze esta inquietud? De modo, que por aver visto la mas hermosa Muger del Orbe, he de ser desdichado? Los objectos hermosos no infunden sino alegria. Pues de donde naze, que el mas bello de quantos avrà jamàs, me cause pena, y desas-

ſoſsiego? Yo no sè ſi lo que tengo por Amor, es otra coſa mas nociva; porque al fin, què es lo que pretendo, ò què puedo pretender? Pero la cauſa de mi inquietud, es no ſaber, ni lo vno, ni lo otro. Mas con todo eſſo, bien sè, que ſi ſigo mi inclinacion, amarè à la hermoſa Mandane, aunque ſea mi enemiga; y ſi me dexo llevar del deſeo de la Fama heroyca no la amarè. Pero què digo? Mal entiendo, mis deſeos: la lengua engaña al coraçon. Diga, pues, que adoro à Mandane; que la he de adorar ſiempre; y que no eſtarè contento, haſta verme en eſtado de ſer correſpondido. Mas ay infeliz! No sè yo que ha ſacrificado à los Dioſes por mi muerte? No he ſabido, que ſolo le agradarà Cyro en el Sepulcro, donde le juzga? Deſpues de eſtas conſideraciones, quedò algo mas ſoſſegado, pareciendole, que eſta vltima baſtaria à curar aquella paſsion, que tanto avia crecido en ſu pecho. Pero luego la eſperança, que alimenta al Amor, y ſe ſuſtenta ſobre impoſsibles, para conſervar en vn Alma aquel fuego, que la conſume, y no puede eſtar ſin èl, le perſuadiò, à que Artamenes no era Cyro; y que no debia ofenderſe de lo que avian hecho con èl; porque avia ſido contra el Hijo del Rey de Perſia; y que aunque Cyro fueſſe aborrecido, quedava eſperança à Artamenes de ſer amado, procurandolo con la ſervidumbre. Pero en medio de eſte diſcurſo liſongero, el deſeo de la gloria, que haſta entonçes avia dominado ſu coraçon, empeçò à contenderle la victoria à la Princeſa de Capadocia.

Fixando, pues, los ojos del Alma en eſta reſplandeciente competidora de Mandane, la viò tan brillante, y atractiva, que creyò no acordarſe mas de la Princeſa. Como podrè (dezia) dexar à vna Dama, que premia ſiempre à los que la ſirven? Y con quien ſon tan glo-

rioſos

rioſos los ſervicios, que à los que le ſon leales, no remunera con menos, que con Coronas, è inmortales Laureles de Fama? Donde eſtà aquel ardiente deſeo de ſer conocido de todo el Mundo? Yo, que me oculto debaxo del nombre de Artamenes; que me ſepulto viuo, por liſongear à mis Contrarios, he de dexar la Perſia, por venir à ſer Amante de la Princeſa de Capadocia, y dexar de ſer Cyro, por ſer Eſclavo de la que celebrando mi muerte, ofrece por ella Sacrificios à los Dioſes, y quiçà me bolviera al Sepulcro con ſus propias manos, ſi me viera ſalir dèl? Eſſo no, Cyro; noſeas tan cobarde, que labres con tus manos tus priſiones! Acuerdate, Artamenes, quantas vezes te dixeron en Perſia, que el Amor es vn dañoſo afecto: Defiendele, pues, la entrada en tu coraçon, y no le permitas, que triunfe dèl. Mas què digo? Què diſcurro? Trato de reſiſtirme, quando eſtoy vencido! Hablo de reynar, quando me veo Eſclavo! Diſcurro en la libertad, quando me hallo opreſo de cadenas! Me acuerdo de la ambicion, quando ſolo anhelo por ſer correſpondido de Mandane! Contemplo en glorias, quando ſolo apetezco buſcarla à los pies de la Princeſa! O como conozco, que yà no ſoy mio! Y quan en vano prueba la razon à forçejar con el Amor! Mis ojos me han vendido; Coraçon, tu me has deſamparado; y la voluntad ſe ha ido tràs Mandane. Todos mis deſeos me conduzen à ſu adoracion; mis ſentidos ſe han aliado contra mi. Solo apetezco la vida, en quanto puedo emplearla en ſervicio de mi Princeſa. Oygo à la razon, que aunque parece opueſta à mi afecto, yà empieça à hablarme en favor de eſta Princeſa; y me dize al oydo, que eſta dulçe paſsion es el aſſunto mas noble de todos los hechos heroycos; que ha ocupado el pecho de todos los Heroes

grandes ; que Persèo, el primer Rey de mi Estirpe, se dexò vençer de ella, aunque valeroso, assi que viò à Andromeda ; que los mismos Dioses sintieron su dominio ; que solo es flaca en los coraçones flacos, y heroyca en los pechos heroycos ; y en fin, me dize, que siendo Mandane la mas perfecta hermosura del Orbe, estoy disculpado en amarla ; y aunque no se resuelve à confessarme, que merecerè aplauso, me assegura del vituperio. Sigue, pues, ò Artamenes, este amor, que arrastra tu voluntad ; no te resistas à vna Enemiga, que no podràs vençer, sin arrepentirte de aver vencido.

Despues de vna lid del entendimiento tan violenta, empeçava el Principe à bolverse ; y aviendole alcançado Feraulo, y yo, le hallè tan trocado, que me admirè. Se conocia en sus ojos su tristeza, y vna inquietud en sus acciones, que tambien à mi me empeçò à inquietar. No acabo, señor, de entender (le dixe, apartandole de los que le acompañavan) de donde procede la tristeza, que veo en vuestro semblante ; porque si bien los Sacrificios, hechos aqui, en hazimiento de gracias de vuestra muerte, no es materia de gusto, no creo, que vna Alma, como la vuestra, se dexe vençer, aviendo despreciado diversas vezes la muerte, en las formas mas horribles, que se puede representar. Teneis razon, ò Crisante, me dixo, de creer, que esta publica alegria de mi muerte, no es la principal causa de mi dolor ; porque conozco, que quando Cyro resucite, este falso jubilo de sus Enemigos, se trocarà en verdadera tristeza. Mas, ò Crisante, otra cosa tenia que deziros ; pero vuestra prudencia me enmudeze. Señor, le respondì, menester es confessar, que sois sabio, y prudente en vuestra edad ; pues conoceis la sabiduria, y prudencia

cia agena; como dezis; y solo esto me obliga à no temeros, y à creer, que mi prudencia no se exercitarà en mas, que en alabaros, despues de aver sabido vuestros secretos pensamientos. Sin embargo, me dixo, no sè si podreis saber, que ::::::: y deteniendose aqui, no pudo acabar de dezir lo començado; y procurando explicarse, sin poderlo hazer, mudandose de color, y mirandome con vna media risa, ayudada de vn suspiro, me dixo: Adivinidad, amado Crisante, lo que no me atrevo à deziros, y lo que me afeareis en sabiendolo. Quando oì hablar assi à Artamenes; la atencion con que le avia visto mirar à la Princesa en el Templo; y todo lo que avia hecho despues, fueron motivos para que pensasse, que estava enamorado: Con que acordandome de lo que me avia dicho antes de entrar en el Templo, donde viò à Mandane, le dixe: Parece, señor, que Venus ha querido vengarse de vos, y que Marte no ha podido defenderos. Esto le dixe riendome; no juzgando, que aquella passion huviesse nacido mas, que de vna ligera disposicion de amar, por galanteria, à la Princesa; pero Artamenes, que buscava en mi afectos mas tiernos, y piadosos, aviendo confessado su flaqueza, me respondiò de manera, que me hizo conocer, necesitava de no medianos remedios, para curar el grave achaque que padecia. No escusè ninguna diligencia para conseguirlo; y despues de averme confessado su mal, le representè todas las razones que pude, para disuadirle de su pensamiento. Hizele ver, con la poca razon que amava inutilmente, à quien apenas avia visto; la poca esperança de ser correspondido. Deziale: Si vos os dais à conocer por Cyro, en vez de grangear la voluntad de la Princesa, ganareis su aborrecimiento; y por lo menos, Astiages os oprimirà con prisiones. Si

os

os manteneis en la apariencia de Artamenes, què podreis esperar de Mandane? Què podrà pretender vn Cavallero particular de la Hija de vn gran Rey, y de vna Princesa, que se juzga ha de suceder en la Corona de Media, en la de Capadocia, en la de Galacia, y aun en la de Persia? Porque como os tienen por muerto, Astiages, y Ciaxares se prevendràn à vsurparla, si Cambises muere antes; porque si bien saben ambos, que en Persia es electiva la Corona, aunque se ha continuado largo tiempo en la Casa de los Persides, procurarán, sin duda, ò con la negociacion, ò las Armas, çeñirse las sienes con ella. Bolved, pues, bolved en vos, señor; no os perdais por vna ligereza. Los Dioses no han predicho de vos tantos prodigios, para que os rindais al Amor. Què quereis que haga? (me respondiò abraçandome) he peleado, por no ser vencido, y me he reconvenido con vuestras mismas razones. Yo os ofrezco, Crisante, armarme de nuevas fuerças, para convalezer; pero necesito de tiempo, y por esso dilato mi partida. Dadme, pues, algun dia de termino, para discurrirlo, y resolverme. El amor, señor (le dixe) es vna enfermedad contagiosa, y tiene vn veneno tan malicioso, y sutil, que se ha de huìr con mucho cuìdado de donde se teme. Los que estàn apestados (replicò el Principe) por mas que muden lugar, ò sitio, llevan consigo el veneno; y assi os pido, no me insteis tanto en que me ausente, sino quereis hazer mayor mi mal, de lo que es. Pero, señor, dixe, vuestra ruìna es infalible, si os conocen. Mas lo serà, si me voy, me replicò; y assi, fièmos algo à la Fortuna, y no hablèmos en ausentarme. Dixo esto de modo, que conocì ser necessario callar; fuera, de que nuestro Baxel no estava en estado de hazer partencia tan presto.

CAPITVLO VII.

Reſuelve Artamenes quedarſe à ſervir en el Exercito del Rey de Capadocia, contra el de Ponto.

LA mañana ſiguiente bolviò Artamenes al Templo de Marte ; y con achaque de quererſe informar de las coſas del Pais, hablò con vno de los Sacerdotes : mas ſolo era por hablar de la Princeſa. El Sacerdote , que era capàz , y diſcreto, reſpondio à muchas indiferentes preguntas, que le hizo mi Amo : mas no tocando el punto que deſeava ; y no ſabiendo el Principe como introduzir la converſacion de Mandane , le preguntò , ſi Ciaxarés avia tenido mas Hijos , que la Princeſa. El Sacerdote le reſpondiò , que no ; y que lo mas notable era , que los Pueblos, que mas ſuelen deſear Rey , que Reyna , avian olvidado eſte deſeo , deſde que la Princeſa Mandane entrò en la edad del vſo de la razon ; porque avian conocido en ella prẽdas tales , que ſi eſtuviera en arbitrio de los Vaſſallos trocarla por vn Rey , ſe contentarian con Mandane. Holgavaſe en eſtremo Artamenes de oir alabar à la Princeſa à aquel Sabio Sacerdote , à quien dixo , que ſi la hermoſura del Alma correſpondia à la del cuerpo , ſeria vn perfecto milagro. Ella es à vn mas de lo que podeis imaginar (reſpondiò el Sacerdote) porque es hermoſa, ſin afectacion, ni deſvanecimiento; es grave, ſin ſobervia; ſe compadeze de los males agenos , y los conſuela con la piedad; y los que la tratan mas familiarmente, que yo, dizen,

dizen, que tiene vna converſacion tan ſuave, y apacible, que obliga à que todos la adoren. Yo, que no puedo, ni debo hablar mas, que de las demoſtraciones de piedad, que mueſtra con los Dioſes, puedo aſſeguraros, que no tiene el Mundo Muger mas virtuoſa, ni inteligente, en todo lo que puede alcançar vn ingenio humano. Y para dezirlo todo, es la gloria de ſu ſexo, y aun la afrenta del nueſtro, y el mayor prodigio de la humana Naturaleza. Conſiderad, ſeñor, ſi el enamorado, y dilatado pecho de Artamenes ſe llenaria de jubilo, ſabiendo ſer cierto el juizio q̃ avia hecho de Mandane, y ſi creceria ſu amor. Miròme muchas vezes, mientras el Sacerdote hablava, como alegrãdoſe cõ migo, de aver hallado vna grãde, y poderoſa diſculpa à ſu flaqueza. Y como no ſe canſava de vna converſacion tan guſtoſa, le preguntò, por continuarla, ſi ſolia la Princeſa venir mucho al Templo. Quando eſtà en Sinope, reſpondiò el Sacerdote, viene caſi todos los dias; pero noſotrôs la vèmos cada año en vn dia como ayer, que viene con el Rey, à dar gracias à los Dioſes, por la muerte de vn Principe, que huviera ſojuzgado toda el Aſia, ſi viuiera. Segun eſſo, aborrezerà ſu memoria (dixo Artamenes, mudando el color del roſtro) y ſe holgarà de la muerte del que la avria eſtorvado la poſſeſsion de muchos Reynos, ſi viuiera? No creo, que tenga el animo tan cruel (dixo el Sacerdote) que aborrezca mas allà de la muerte, y mas à quien no conociò, y de quien ſe dezian grandes alabanças. Ella entiende muy bien las coſas de la Religion, y ſabe, que ſe han de admitir con reverencia los bienes, y los males, que nos vienen del Cielo; y como no ignora, que los Conquiſtadores, y Vſurpadores, ſolo obran por virtud de los Dioſes, que quieren con ſemejantes inſtrumentos caſtigar à los que derriban; yo creo, que ſi ella ſe alegra, es ſolo por conocer en la muerte de

aquel

aquel Principe, que eſtàn aplacados los Dioſes. Pero eſta es vna tranquila alegria, que ſin tener por parcial al odio, ni à la ira, dexa al Alma en ſu eſtado natural, y todas ſus paſsiones en repoſo. Dar gracias à los Dioſes por la muerte de vn Hombre, conſiderandole ſolamente como Hombre, mas ſeria impiedad, y ſacrilegio, que acto de virtud: de lo qual, ni el Rey, ni la Princeſa, ni noſotros, ſerèmos jamàs capazes. Pero darles gracias por la muerte de vn Tyrano, y vſurpador, como peſte de las Coronas, y de los Imperios, es vn acto de juſticia, y de piedad, que ni à la equidad, ni à la Naturaleza ofende.

Eſcuchava Artamenes eſte diſcurſo con tanta contrariedad de afectos, que me cauſava compaſsion; porque ſe veìa en èl mezclado el dolor con la alegria, y la deſeſperacion con la eſperança. Pero ſin embargo, ſe holgò de que Mandane tuvieſſe no menos capazidad, y virtud, que hermoſura. Aviendo, en fin, hallado aquel Sacerdote en Artamenes vna gracia atractiva, y halagueña, le dixo: Amable Eſtrangero, ſi deſeais ver notables Ceremonias, bolved acà de aqui à tres dias, que ſe ha de celebrar vna mas ſumptuoſa, y ſolemne, que la paſſada. Pidiòle Artamenes le dixera, què Ceremonia avia de ſer; y èl le ſatisfizo, diziendo: Que vn Principe confinante, Rey de Ponto, y de Bithinia (à quien alabò mucho) eſtando prendado de la Princeſa Mandane, avia embiado Embaxadores à Ciaxares, pidiendola por Muger. Artamenes, alterado con eſta noticia, le interrumpiò, preguntandole, ſi la Ceremonia eran las Bodas de la Princeſa. No (dixo) porque noſotros obſervamos vna coſtumbre de los Aſſyrios, que antiguamente fueron nueſtros Dueños: los quales diſpuſieron, que quando paraſſe en Hembra la ſuceſsion de la Corona, no pudieſſe caſarſe con Principe Eſtrangero; y por eſta razon ha deſpedido Ciaxares al Rey de Ponto: el qual, no ſatiſ-

fe-

fecho con eſte motivo, y no pudiendo ſanar del amor, que tiene à la Princeſa, ſe ha confederado con el Rey de Frigia, è intimado la Guerra al Rey de Capadocia. Eſtando, pues, el Exercito pronto à marchar, el Rey, y la Princeſa han de venir aqui à implorar de los Dioſes, y principalmente de aquel à quien eſtà dedicado eſte Templo, que es el Dios de las Armas, el feliz ſuceſſo de vna Guerra tan importante, que defiende las Leyes fundamentales del Reyno. Admirado Artamenes de ſaber en tan poco tiempo tantas coſas, y tan diferentes, de que le reſultavan varias imaginaciones, no tuvo mas que preguntar al Sacerdote; y aſsi, dandole las gracias, con breves palabras, bien que muy corteſes, ſe deſpidiò dèl. Y como avia reſuelto no ocultar ſus penſamientos à Feraulo, ni à mi (porque no podia eſtar aſsiſtido de otros) aſsi que ſalimos del Templo, nos dixo: Hàſe viſto tan eſtraño deſtino, como el mio? Parece que los Dioſes han querido, que experimente en ſolo vn dia todos los tormentos mas rigurosos. Apenas conozco al Amor, quando veo la cara de los zelos. Apenas sè, que Mandane tiene tanta hermoſura en el Alma, quando veo, que ſus perfecciones han cautivado à vn Principe tan excelente, à quien ſolo obſtan las Leyes de la Capadocia. Mas quien ſabe, ſi la Princeſa, allà en ſu coraçon, deſaprueba eſta Ley? Quien ſabe, ſi amo à quien tiene yà enagenada la voluntad? Eſta Ley, que en parte me aſſegura del Rey de Ponto, me deſalienta à mi; porque ſi èl es Eſtrangero, yo lo ſoy tambien: Con que por eſta razon, y por otras muchas, no tengo aqui que eſperar. Señor, ſi todas las dificultades (le dixe) que podeis imaginar, ſon baſtantes à hazeros mudar de intento, imaginadlas mucho mayores, y acabad de reſolveros; pero ſino ha de ſer aſsi, no os canſeis en vano, ni formeis con vueſtro diſcurſo fantaſticas ſombras, para pelear

con

con ellas, y quedar, quiçà, vencido. No, Criſante, me reſpondiò, no creais, que podrè mudar penſamiento, ni reſolucion; mayormente deſpues que he viſto, que puedo cumplir à vn tiempo con la Fama, y el Amor; porque hallando la Guerra en Capadocia, no es bien irla à buſcar à Epheſo. Pero, ſeñor, reſpondì, ſi os conocen, à que rieſgo no os exponeis? El peligro, replicò, no es baſtante à torçer mi diſignio; porque antes debo buſcar las mas peligroſas empreſſas, y encontrarlas con mayor deſeo. Y en fin, tened entendido, para vueſtro conſuelo, y quietud, que he reſuelto hazer en eſta Guerra tales hazañas, debaxo del nombre de Artamenes, que pueda reſucitar Cyro, ſin temor de bolver al Sepulcro. Y ſi el Rey vueſtro Padre, y vueſtra Madre la Reyna, le dixe, os tienen por muerto, no es inhumanidad dexarlos en eſta opinion, que tanto debe afligirlos? Y creeis (replicò el Principe) que mi divulgada muerte no avrà ſido eſtratagema de la Reyna mi Madre, para hazer que Aſtiages ceſſe de hazerme buſcar por todo el Mundo? Ella, ſin duda, avrà declarado à Cambiſes la impiedad de ſu Padre, y con ſu conſentimiento avrà hecho eſparcir eſta falſa nueva, y ſe la avrà aviſado à Aſtiages por verdadera; y aſsi, la razon con que os quereis oponer à mi detencion en Sinope, es muy debil, para diſuadirme della.

Confieſſo, que di mucho credito à las razones del Principe, no pudiendo imaginar, por què camino ſe avia divulgado tan vniverſalmente la fama de ſu naufragio; pero no dexè de procurar perſuadirle à que deſechaſſe aquella paſsion, y ſe aufentaſſe de vna Corte tan peligroſa para èl, y aviſaſſe à ſus Padres de ſu vida; pero lo primero fuè imposſible; y lo ſegundo, como no avia peligro que le aſſiſtaſſe, la razon que le alegava (que no tenia otra) quedò mas infructuoſa; y al fin me dixo: Sabed, Criſante, que

Cyro

Cyro no darà nuevas de ſi al Rey de Perſia, haſta que Artamenes ſe dè à conocer por ſu fama à toda el Aſia; haſta que Aſtiages le eſtime; haſta que Ciaxares le favorezca; haſta que le tema el Rey de Ponto, y Mandane le ame; de otra ſuerte, ſe ſepultarà en el Sepulcro de Cyro, y morirà antes, que dexar de hazer todo lo poſsible, para cumplir enteramente con el deſeo de la gloria, y el Amor de la Princeſa Mandane. Señor (le dixe) vos me aveis pedido tiempo para reſolveros, y yo os lo pido aora para bolver à perſuadiros; porque no puedo rendirme tan facilmente à vueſtro deſeo, ni conformarme con quien tiene la razon tan avaſſallada, que dudo ſi es razon, ò paſsion.

Con eſto nos apartamos, y Artamenes ſe alegrò de quedar ſolo con Feraulo, que como mas moço, que yo, no ſe oponia tanto à ſus dictamenes; y yo me retirè à penſar lo que en tal caſo debia hazer. Eſcuſado es preguntar la converſacion que tuvo con Feraulo; porque ſolo podia ſer de Mandane. Preguntòle, ſi le parecia, que era la mayor hermoſura del Mundo; y aviendo reſpondido, que en toda la Perſia no avia quien la igualaſſe, dixo el Principe: No baſta eſſo; dezid, que toda la Greçia, que blaſona de la mejor parte del Mundo, por las hermoſuras que produze, no tiene ninguna, que con muchos grados iguale à la que adoro. Dezid, que aquella famoſa Imagen, que viſteis en Chipre, de cuya perfeccion dizen, que no ha tenido ſemejante, es imperfecta, comparada con la Princeſa de Capadocia; y q̃ en fin, es mas hermoſa, q̃ las mas hermoſas. Os pondero, ſeñor, mas de lo que debiera, eſtos efectos de la paſſion de Artamenes; porque como me fuè neceſſario çeder à ſu dictamen, procuro diſculparme, cõ daros à entender, que padecia yna incurable dolencia, y que concedì

lo

lo que no podia eſtorvar. Llegò en tanto el dia del otro Sacrificio, en que ſe hallò Artamenes con tal puntualidad, que llegò al Templo antes que ſe abrieſſen ſus Puertas; mas por temprano que fuymos, yà eſtava allà aquel Eſtrangero, que aviamos encontrado la vez primera.

Mi Amo, ſin ſaber por què razon, ſintiò hallarle allì; pero ſegun buena vrbanidad, no pudo dexar de hablarle; mas lo hizo de modo, que diò baſtante indicio de ſu deſabrimiento: lo qual me admirò; porque no ha avido condicion mas ſuave, y cariñoſa, que la ſuya. Las palabras, y el modo de pronunciarlas, me dieron à entender, que no le guſtava el encuentro de aquel Eſtragero. O ſois muy devoto, le dixo, ò muy curioſo; pues acudis tan temprano à vna funcion, en la qual (ſegun creo) ni ſois intereſſado, ni os ſerà nueva, por averla yà viſto otras vezes. Aviendo andado vos (le reſpondiò el Eſtrangero) no menos diligente, que yo, os pudiera dezir lo miſmo; pero mejor es confeſſaros, que vì tan ſuntuoſas coſas en eſte Templo, el primer dia que en èl nos encontramos, que no he podido dexar de bolver à èl. Me holgàra ſaber, replicò Artamenes muy apriſa, lo que mejor os pareciò en aquella feſtividad, ſi fueron los adornos del Templo; la copia de las Victimas; la riqueza de los Vaſos Sacros; las Ceremonias de los Sacerdotes; el concurſo del Pueblo; la Mageſtad del Rey; la grandeza de ſu Acompañamiento; ò la hermoſura de la Princeſa. Todo junto, reſpondiò aquel biçarro Mançebo; y bien creo, que echareis de ver lo que vn Hombre de mediano conocimiento pudo aver hallado mejor, y mas ſingular, entre todo lo que aveis nombrado. Aſsì, como no ſomos de vna miſma Patria (replicò mi Amo) tambien pueden ſer diferentes nueſtras inclinaciones; y lo que ſerà bueno para mi, puede deſa-

gradaros à vos. Los Perſianos no quierẽ Templos; los Scitas no fabrican Caſas; los Griegos ſe inmortalizan con las Eſtatuas; los Aſſyrios, y los Medos guſtan de ſumptuoſos Palacios; y aſsi, cada vno ſe labra la razon à ſu modo, y ſolo le parece bien lo que ſe acomoda à ſu genio, y al vſo de ſu Patria. Ay vnas vniverſales perfecciones, reſpondiò el Eſtrangero, q̃ agradan à todas las Naciones. El Sol alegra à todo el Orbe; los Diamantes brillan à todos los ojos; y en fin, ay tales coſas, que parecen bien à todos los Pueblos del Mundo. Eſte diſcurſo, que parecia caſual, è indiferente, no le ſonò muy bien à Artamenes; y creo, que ſino huviera venido vno de los Sacerdotes à abrir las Puertas del Templo, no huviera fenecido tan corteſmente eſta converſacion, como avia empeçado: Tan poderoſa, y oculta averſion cobrò Artamenes à aquel Eſtrangero; ſiendo aſsi, que le igualavan pocos en las buenas partes.

Apenas abrieron las Puertas del Templo, quando ſe apartaron; y mezclandoſe entre otros, que avian llegado deſpues, ſe acabò la converſacion, y la diſputa. Verdaderamente, que aquel Sacrificio pareciò mejor, y mas obſtentoſo, que el paſſado; porque como los Hombres piden con mas fervor, que agradecen à los Dioſes ſus beneficios; huvo, ſin comparacion, mas Pueblo, que en la ocaſion antecedente; fueron mas las Ceremonias; las Victimas ſalieron mas adornadas; y en fin, todo tenia mas agradable viſta. La miſma Princeſa pareciò mas hermoſa, que la primera vez, al enamorado Artamenes; y como el Amor es ingenioſo en ſus caprichos, hizo creer à mi Amo, que Mandane orava à los Dioſes con mas fervor, y devociò, que el dia antes: lo qual le causò grande alegria, pareciendole, que eſtoera en ſu favor, y que rogava mas ardientemente por el buen ſucceſſo de le Guerra, que por la gracia, que creyò aver recibido con ſu muerte; pero bien preſto paſsò de la alegria à

la

la inquietud; porque dezia: Quien ſabe, ſi ruega à los Dioſes por mi Competidor? Y ſi los ſecretos votos de ſu pecho correſponden à los publicos? Puede ſer, que ruegue igualmente por el Rey de Capadocia, y por el de Ponto, y que el venturoſo ſuceſſo de la Guerra, que implora, ſea el feliz logro del afecto, que tiene à aquel Principe. Mas ay necio de mi, què digo! Porquè ofendo à vna Princeſa, cuya virtud eſtà ſin mancha, y cuyo pecho eſtà, ſin duda, libre de toda paſsion? Yo lo conozco en ſus ojos, y lo infiero de ſus acciones; y quizà hallarè yo ſu coraçon inſenſible, è incapàz de Amor. En fin, ſeñor (por no canſaros) eſta ſegunda viſta acabò lo que avia empeçado la primera; y ſucediò vn acaſo, que aumentò la paſsion de Artamenes, y fuè, que aviéndoſe acabado el Sacrificio, no ſaliò del Templo la Princeſa tan preſto, como la otra vez; y la mayor parte del Pueblo, ſabiendo la coſtumbre, que tenia, de detenerſe vn rato deſpues de los Sacrificios, aviendo de ir à Sinope, ſe fuè poco à poco, para dexarla acabar ſus devociones. Artamenes no ſe fuè con los demàs, ni quiſo ſalir del Templo, ſino con ella, y lo miſmo hizo aquel joben Eſtrangero: el qual anduvo mas diligente, que noſotros en ſalir; y reparè, q̃ avia eſtado ſiempre delante de Mandane. Quando aquel Sacerdote, que tres dias antes avia hablado con Artamenes, le viò, ſe llegò à èl, y queriẽdo favorecerle, por Eſtrangero, y curioſo, y averle cobrado aficion, le dixo en voz baxa: Si os eſperais vn poco, podreis oìr hablar à la Princeſa, quando ſalga; porque tengo que hablarla en vn negocio. Artamenes, con eſta ocaſion, diò las gracias al Sacerdote, y ſe previno à lograr vn conſuelo, que no penſò recibir tan preſto. Tambien el Eſtrangero, valiendoſe de la ocaſion, que avia oydo, ſe arrimò al Sacerdote. Levantòſe, pues, la Princeſa, para irſe; y eſtando yà muy cerca de la Puerta del Templo, ſe llegò à ella el Sacerdote, ſeguido de mi Amo, como eſte del Eſtrãgero, y la ſuplicò, intercedieſſe

con ſu Padre, q̃ en la Guerra, que ſe avia de romper, ſe tuvieſſe particular cuìdado con la conſervacion de los Templos; porque, ſeñora (dezia) los Dioſes lo ſon de todos los Hõbres. La Capadocia tiene Altares, como Ponto; y porque la victoria nos puede bolver las eſpaldas, es meneſter no enſeñar à los Enemigos à cometer ſacrilegios, ni irritar al Cielo, creyendo, q̃ ſolo tenèmos por Enemigos à los Hõbres. La Princeſa, oyendo demãda tan juſta, ſe la agradeciò al Sacerdote, y le aſſegurò, tendria particular cuìdado de que no ſucedieſſe deſorden ſemejante, como otras vezes avia ſucedido, en las Guerras de Scitia, en la Media, y en la Aſſyria; y que hablaria al Rey en la forma que convenia. Pero, ò ſabio Thiamo (aſsi ſe llamava el Sacerdote) para conſervar mejor vueſtros Templos, pedid la Paz à los Dioſes, y no deſiſtais de eſta ſuplica; porque mientras durare la Guerra, no tendré quietud; y ſegun mi opinion, mas quiero la Paz, que la victoria. Roguèmos, pues, al Cielo, que mude el coraçon del Rey de Ponto, è incline el del Rey mi Padre à preferir el bien comun de ſus Vaſſallos, à ſu particular gloria. Con eſto ſe retirò la Princeſa, dexando à Artamenes tan enamorado de ſu diſcreciõ, como lo eſtava de ſu hermoſura; porque ſi bien avia hablado poco, nõ obſtante, hallò en la armonia de la voz, y en el ſentido de las palabras, materia para creer, que tenia ſuavidad en el trato, grande entendimiento, bondad, y virtud.

Deſde entonçes quedò Artamenes incapàz de convalezer; y por diligencias que hize, jamàs quiſo darme oydos. Y aviendo buelto à la Ciudad, llegando à conſiderar mas de eſpacio eſta materia, no me pareciò tã peligroſa, como al principio; porque dezia: Quien ſabe, ſi por eſte impenſado camino quieren los Dioſes (à peſar de las cautelas de Aſtiages, y de todos ſus temores) ſubir à Artamenes al Trono de los Medos, y hazerle ſeñor de toda el Aſia? Como es creìble, que aquellas Soberanas Potencias,

que

que nunca obran acaſo, ayan hecho pronoſticar à los Magos tan grandes prodigios de Cyro inutilmente? Huvieranle expueſto al trançe de ſer deborado de las Fieras? Huvieranle librado milagroſamente? Huvieranle dexado andar errando entre tantas Naciones? Huvieranle eſcapado del peligroſo combate con el famoſo Coſario? Huvieranle traìdo, contra ſu dictamen, al Pais enemigo? Huvieranle hecho arribar à Sinope con vna borraſca? Huvieran diſpueſto, que ſe hallara preſente à vn Sacrificio ofrecido por ſu muerte? Huvieranle inclinado à vna Princeſa, que era quien le ofrecia? Huvieran, en fin, obrado con èl tantos prodigios para arruynarle? No es poſsible; y ſi los Dioſes no le tuvieran deſtinado à mejor fortuna, huvieranle dexado deſpedaçar de las Fieras; huvieranle dexado perecer en el Mar; huviera muerto en la eſpantoſa batalla, que tuvo en èl, ò eſte Puerto le huviera ſido eſcollo. Fuera, de que no es poſsible, que Artamenes ſea conocido por Cyro; porque los de Capadocia no llegan à Perſia; y vn Embaxador, que embiò allà vna vez Ciaxares, era natural de Media; y yo he ſabido, que yà no eſtà en eſta Corte, y que ſe ha buelto à Ecbatana. Fuera, de que de todos los Lugares, donde podian conocerle, eſte es el menos ſoſpechoſo, que ſe podia elegir; pues aunque por algun ìmpenſado camino ſupieſſe Aſtiages, que Artamenes era Cyro, no es creìble, que le ofendieſſe, hallandole con las Armas en la mano, en defenſa de Ciaxares ſu Hijo; ni que Ciaxares, que ſolo reyna en Capadocia, manchaſſe ſu honor por los temores de ſu Padre, no teniendo mucha parte en ellos. Y al contrario, ſi Aſtiages ſupiera, que eſtava en otra Corte, podria ſoſpechar, que maquinava contra èl, y procuraria ſu ruìna; lo qual no harà eſtando aqui. Conque mientras

tanto, solo atendia à prevenirse de las cosas necessarias, como de Armas, Cavallos, y Tiendas de Campaña. Encontrò muchas vezes à aquel joben Estrangero, que avia visto en el Templo de Marte; y el mismo Hombre que vendiò las Armas à Artamenes, las vendiò tambien à Philidaspes, que este era el nombre del Estrangero. Aviéndose, como he dicho, encontrado diversas vezes, supieron, que vn igual deseo de adquirir fama los movia à servir en aquella Guerra, y conocieron, que vna reciproca aversion los desunia. Mas por no dilatarme en referir lo que no importa, hallamonos, en fin, en la Plaça de Armas, donde vistò el Rey sus Tropas, y desde donde marchamos en busca del Enemigo. Pero no fuè sin dolor de Artamenes el ver à la Princesa salir para Ancira, hasta donde la acompañaron dos mil Hombres, que quedaron alli de Guarnicion; pero como estava destinado à padecer quantos rigores puede ocasionar el Amor, antes de declarar el suyo, le fuè preciso tolerar aquella ausencia, y consolarse con la esperança de bolver de ella victorioso. Pusose mi Amo en el Esquadron de los Aventureros, no solo por luzir, y pelear mas inmediato al Rey, sino porque entre aquellas Tropas, que solo obedecian à Ciaxares, sin tener otro Cabo particular, era mas facil señalarse, que en los demas puestos del Exercito. El de Ciaxares se componia de quarenta, y el del Enemigo de cinquenta mil Hombres. No os dirè el numero de los Flecheros, ni el de los Tiradores de Dardo, de Infantes, y de Cavallos, por no ser de mi intento. Fuera, de que teniendo muchas Batallas que referiros, no debo detenerme en semejantes Descripciones; porque la que os refiero, es la Historia de Artamenes, y no la de Capadocia. Solo os dirè, que estando afrontados los dos Exercitos, jamas vi à Artamenes tan alegre.

Esta-

Eſtava aquel dia veſtido de luzidas Armas, ſembradas de llamas de oro. Llevava vna Cimera, ò Penacho tremolante, de viuiſsimo color de fuego, que pendia haſta la Grupa del Cavallo: el qual, ſegun el vſo del Pais, iba todo armado de eſcamas de azero, alternadamente bruñidas de oro. Llevava dos Dardos en la mano izquierda, y el Eſcudo en el miſmo braço. En la derecha llevava otro; y al lado vna Eſpada corta, y ancha, para poderſe valer de ella con mas facilidad en lo eſtrecho de los Enemigos. Nunca vì tan hermoſa ferozidad; y aunque en la Perſia ay pocos Hombres de à Cavallo, manejava, no obſtante, el ſuyo tan ajuſtado, y ayroſo, que era reparado de todos con admiracion.

Eſtando, pues, para llegar à las manos, y prevenidos los dos Campos à la Batalla; Artamenes, que ſe avia puesto en la primera fila, apenas viò mover los primeros Eſquadrones, quando ſe arrojò, como vn relampago, mas de cien paſſos de los nueſtros, y acometiò a los Contrarios con tanto impetu, que los desbaratò; rompiò la ordenança, è introduxo la muerte, y el terror en aquellas Eſquadras; y cierto, que muchas vezes me he admirado, de que no quedaſſe muerto en aquella primera Batalla; porque todas las ſaetas del Enemigo cayeròn ſobre èl. Deshechas las nubes de ſaetas de eſta primera carga, ſe mezclaron los dos Exercitos, y Artamenes hizo acciones, que excedieron los limites de la credulidad, y de la imaginacion. Sus tres Dardos dieròn la muerte à tres de los mas esforçados Enemigos; y aſsi que ſacò la Eſpada, deſdichado del que ſe hallò cerca dèl; è infeliz del que ſe atreviò à hazerle cara. Anduvo buſcando, con gran diligencia, al Rey de Ponto, para trabar Batalla particular con èl; mas no pudo hallarle, porque quando èl eſtava en vna parte, el otro ſe hallava

en

en otra; y aunque su Espada abria todas las Filas; y rompia todos los Esquadrones, que encontrava, y nada se resistia à su valor, sin embargo, no estava satisfecho de si, pareciendole, que sino matava, ò prendia al Rey enemigo, no hazia nada. Lo que mas excitò su valor, fuè, que en medio de la Batalla reconociò à Philidaspes, y viò, que verdaderamente era vno de los mas valerosos del Exercito. Admirò su biçarria; estimòla, y procurò emularla, à cuyo fin hizo muchos esfuerços, para pelear, y obrar mas, que hasta entonçes, y mas que Philidaspes: el qual, aviendo hecho el mismo reparo en mi Amo, hazia las propias diligencias, que èl: De suerte, que mirandose el vno al otro, con rabiosa embidia, procuravan aventajarse en valor; y desde aquel dia empeçaron à ser Competidores en èl, y à aspirar à la misma gloria. Pero Artamenes fuè mas dichoso, que Philidaspes, por aver tenido vna grande ocasion, en que señalarse; y fuè, que el Rey de Ponto, que no podia acabar mas felizmente esta Guerra, que con la prision del Rey de Capadocia, porque daria à su Hija en rescate de su persona, avia dexado vn Troço de reserva, de diez mil Hombres, los mas escogidos de sus Tropas, con orden de no pelear, hasta que les hiziesse vna seña, que les diò, para que conociessen donde estava el Rey Ciaxares; y embistiendole con furioso impetu, procurassen prenderle. Executòse esta orden puntualmente; y el Rey de Ponto, y el de Frigia, viendo la victoria dudosa, y conociendo el sitio donde estava Ciaxares, hizieron la seña, con que los diez mil Hombres de retèn acometieron à los que estavan yà cansados de pelear, è introduxeron vna estraña confusion en nuestro Exercito. Artamenes tuvo la suerte de hallarse muy cerca del Rey, quando le cercaron, y embistieron con tanta furia; y es de creer,

que

que ſino ſe huviera hallado alli, no eſtuviera oy eſte Principe en eſtado de tenerle preſo; porque no huviera eſcapado de aquel peligro. Artamenes, en fin, viendo eſta nueva tempeſtad, que amenazava à la perſona del Rey, ſe arrimò à él, y le dixo: Señor, aunque no ſoy mas que vn pobre Eſtrangero, ſi todos vueſtros Vaſſallos hizieren lo que yo, por vueſtra vida, vos vençereis, y vueſtros Enemigos quedaràn desbaratados. Y ſin eſperar la reſpueſta del Rey, bolviendoſe à los que eſtavan cerca dèl, que yà empeçavan à flaquear, dixo: Amigos, ſi me ſeguis, ſalvarèmos à vueſtro Principe, y adquirirèmos fama. Avergonçados con eſtas palabras, ſe detuvieron; y la intrepidèz de mi Amo infundiò nuevo ardimiento en ſus coraçones. Poniendoſe, en fin, delante de todos, empeçò à buſcar à los Enemigos, con valor inimitable; y como tenian orden de guardar, quanto pudieſſen, la vida de Ciaxares, y procurar ſolo hazerle priſionero, eſta fuè cauſa de no atreverſe à pelear, empleando todas ſus fuerças. Artamenes matò grande numero de Contrarios, aunque ſe defendian todo lo poſsible; y me admirò, que no ſe canſaſſe de vençer.

Pero en tanto que ſe dexava llevar de eſte noble ardimiento, oyò muchas vezes, que confuſamente dezian: *EL REY ESTA PRISIONERO.* Y luego: *EL REY ES MVERTO.* A eſtas tan triſtes vozes, bolviò la cara, y viò vn grueſſo de Cavalleria, donde le pareciò, que eſtava el Rey priſionero, ò muerto. Fueſſe à ellos; y animando de nuevo à los Capadocios, que le ſeguian, y llamandonos por nueſtros nombres à Feraulo, y à mi, que nos viò, dixo: Vamos à librar al Rey, y no moſtrèmos menos valor en ſocorrerle, del que ha tenido el Enemigo en hazerle priſionero. Acometimos, pues, à aquel grueſſo de Cavalleria: en medio del qual vimos alguna confuſion;

fusion, y estruendo de Armas. Artamenes, como el mas esforçado de todos, el mas interessado; y assimismo, el mas dichoso, fuè el primero que rompiò las Filas, y ordenança del Enemigo, matando à los que intentavan impedirle el passo; y aviendo penetrado el centro del Batallon, viò à Ciaxares, acompañado de solos quinze, ò veinte Soldados, que teniendo todavia las Armas en la mano, no querian rendirse à los que le avian cercado, y le instavan à que se diesse; pero quando el Enemigo viò el socorro, que Artamenes le traìa, vno dellos, que juzgò mas conveniente al Rey de Ponto, matar à Ciaxares, que dexarle librar, levantò el braço, para descargarle vn golpe en la cabeça, que tenia descubierta; porque peleando, se le avian desatado las hebillas, y caìdosele la Borgoñota. Aquel golpe le huviera muerto, sin duda, si Artamenes no le huviera reparado con la Espada, y passado el pecho del executor, que al punto cayò muerto en tierra. El Rey, que viò el golpe, le llamò su libertador; pero mi Amo, viendo, que podia repetirse el mismo peligro, se quitò el Yelmo, y se le puso al Rey, valiendose del Escudo, para reparar tantos golpes como le tiravan. Esta accion, que la vieron Amigos, y Enemigos, produxo diversos efectos. Admirado el Rey, quiso quitarse el Yelmo, y bolverselo à Artamenes; pero los Enemigos, viendo mas descubiertamente la prodigiosa hermosura de mi Dueño, y aquella ferozidad guerrera, que le acompañava con la Espada en la mano, creyeron, que era alguna Deidad, aparecida para salvar à su Enemigo, contra quien no podian resistirse: con que empeçaron poco à poco à flaquear, y à retirarse; y por vltima, todos asombrados, se pusieron en fuga; y cargandolos Artamenes, se derramaron sobre el Cuerno izquierdo de su Exercito, poniendole en desorden; y se huviera desbaratado enteramen-

mente, à no aver sobrevenido la noche, que obligò à ambos Exercitos à retirarse à sus Vanderas.

Philidaspes, aunque no se hallò en esto, no dexò de de contribuir à esta grande accion; porque à dicho de todos los de Capadocia, mantuvo el Cuerno derecho, para que no cediesse al izquierdo del Enemigo, mientras nosotros peleavamos por la libertad del Rey; pues à no averlo hecho, huviera cargado sobre nosotros la fuerça de los Coligados, y no huvieramos, quizà, conseguido nuestro intento: Con que podèmos dezir, que Artamenes, y Philidaspes libraron aquel dia la Capadocia; pero como la accion de mi Amo fuè à vista del Rey; y verdaderamente defendiò su vida, y su Corona, hizo diferente efecto en el coraçon de Ciaxares. Aviendo, en fin, anochecido, cada vno se retirò à su Campo, sin aver vencido, ni vnos, ni otros. Artamenes se fuè à su Tienda, à curarse dos ligeras heridas, que avia recibido en el braço izquierdo, de que no hizo cama. Tambien el Rey quedò herido vn poco en la mano; y de vn Soldado nuestro, à quien avian cogido prisionero, y se avia escapado, supimos, como el Rey de Ponto estava tambien muy mal herido de vn flechaço: por lo qual, ni de vna, ni de otra parte se tratò de bolver à trabar la Batalla. Apenas entrò el Rey en su Tienda, quando mandò, que buscassen à su Libertador, y se le llevassen à su presencia; pero como nadie sabia el nombre de Artamenes, no se executò esta orden hasta la mañana siguiente, que aviendole hallado, luego que recibiò la orden del Rey, fuè à besarle la mano: lo qual hizo con tanta modestia, y respeto, como si no le huviera hecho ningun beneficio. Por el camino acudian todos à verle, haziendole calle, para que passasse; y Philidaspes mismo, que se hallò presente, le diò la enhorabuena, de la fortuna que avia tenido en la Batalla.

Todos

Todos admiravan su valor, y ayroso talle; y al passo que le estimavan, deseavan saber quien era. Apenas le vió el Rey, quando salió tres passos à abraçarle; y despues de los primeros agassajos, y cumplimientos, le alabó tanto, que no pudiendolo sufrir la modestia de Artamenes, le dixo: He obrado, señor, tan poco por V. Mag. que si no tuviera esperança de hazerme en adelante mas digno del favor, que oy me hazeis, quedaria muy corrido; pero si V. Mag. me permite servir debaxo de sus Vanderas, puede ser, que el zelo de vuestro Real servicio, y el exemplo de tan valerosos Soldados, como ay en vuestro Exercito, me infundan nuevo deseo de fama; me den mayores fuerças, para adquirirla, y me presten la confiança, que no tengo, para atreverme à admitir sin verguença las alabanças de vn Principe, como Ciaxares. Vuestra modestia, respondió el Rey, me admira mas, que vuestro valor, por ser mas dificil de hallar en vuestros pocos años la templança, que el ardimiento: el qual es mas propio de la jubentud. Perdoneme V. Mag. (replicó Artamenes) que me atreva à dezirle, que trueca el nombre à las cosas; pues llama modestia en mi, lo que solo es efecto de la razon, y la equidad; porque aviendo visto à todos los que me escuchan, obrar prodigios, y entre ellos, à este valiente Estrangero (señalando à Philidaspes) el qual hizo proezas heroycas, seria mucho atrevimiento mio, y no menor injusticia, blasonar de lo poco que he obrado; y assi recibo las alabanças de V. Mag. como estimulos para obrar bien, y no como premio del corto servicio, que le he hecho en esta ocasion. Yà veo (dixo Ciaxares) que de todas maneras sois dificil de vençer: por lo qual temo preguntaros, debaxo de què Cielo aveis nacido, por rezelar, que me lo calleis. Yo, señor (respondió Artamenes, siguiendo lo acordado entre nosotros,

tros, quando ſalimos de Sinope, que ſe me avia olvidado deziroslo) en vna Region, donde tienen obligacion los Hombres de ſer ſabios, y valientes deſde la cuna, y eſta razon me tiene algo renitente en nombrarla, antes de averme hecho digno de poder confeſſar mi Patria, y pueſto con mis acciones en eſtado de no afrentarla. No dexeis por eſſo de ſatisfazer mi curioſidad (dixo ſonriendoſe Ciaxares) porque aunque fuerais Griego, ò Perſiano, que ſegun mi entender, ſon las mejores Naciones del Mundo, y à quien ſe pueden atribuir las calidades que dais à la vueſtra: y aunque fueſſeis Hijo del mas ſabio Rey de la Tierra, ſeria gloria ſuya, que vos lo confeſſarais. Artamenes, haziendo vna profunda reverencia, dixo: Porque vos me lo mandais, os confeſſarè, que ſoy de Iluſtre ſangre, y que naci en vna de las mejores partes de la Tierra; pero deziros individualmente el nombre de mis Padres, y el Lugar de mi Naturaleza, ni puedo, ni debo hazerlo, por aver reſuelto, quando ſali de mi Patria, andar deſconocido, por razones, que el ſaberlas, no ſerà de guſto à V. Mag. y aſsi le ſuplico humildemente, no me mande, que le diga mas; y ſe contente con ſaber, para quando quiſiere mandarme, que me llamo Artamenes. Iuſto es, (dixo el Rey, abraçandole) no pretender ſaber de vos mas de lo que quiſieres dezir; y yo os eſtoy tan obligado, que no he de replicaros en materia, en que vos ſolo ſois intereſſado, y yo no tengo mas interès, que el de obligaros.

Eſte fuè, ſeñor, todo el manifieſſo, que hizo de ſi Artamenes, que ſin darſe à conocer, formò vna idea de ſu Patria, que igualmente pertenecia à los Griegos, y à los Perſianos, para dexar el juizio dudoſo. Aquella Alma noble, y heroyca, era tan eſcrupuloſa, y delicada, que

no

no se atreviò à dezir vna mentira, aunque venial. Despues desto, pidiò Ciaxares mi Amo, con grande agrado, que tomasse el Puesto de vn Cabo, que avia muerto en la Batalla, y governava mil Cavallos. Rehusòlo Artamenes; mas despues, por no disgustar à Ciaxares, le acetò. Y aviendo dado las gracias al Rey, con gran cortesania, le asseguròo, que acetava aquel Cargo, solo por poderle servir mejor, y mas provechosamente. Y por aver otro Puesto vaco, por la misma causa, se le diò el Rey à Philidaspes, à quien conociò mucho antes, que à mi Amo; porque Aribeo, que era entonçes su Valido (como creo que os dixe) se le avia dado à conocer, antes de salir de Sinope. Apenas hizo el Rey esta vltima merced, quando Artamenes fuè à dar la enhorabuena à Philidaspes; el qual la recibiò con mucha cortesia, aunque en lo intimo del coraçon escondia alguna embidia, de los favores que Ciaxares avia hecho à Artamenes. Pero como mi Amo era tenido como à Libertador del Rey, huviera sido culpa notable, no tratarle con atencion. Por esta razon, y por tener don particular para grangearse los coraçones de todos los que le tratavan, fuè visitado, honrado, y aplaudido de todo el Exercito; pero entre todos, se alegraron particularmente los Soldados, que avia de governar, y vinieron à darle la obediencia, con inexplicables demostraciones de gusto. Philidaspes, y èl se visitaron, y supimos, que dezia aquel, ser Batriano, y de grande calidad.

Por aver sido la Batalla muy sangrienta de ambas partes, no estavan los Exercitos en estado de poder bolver à las manos: Con que queriendo el Rey dar parte à la Princesa su Hija de todo lo que avia sucedido, y deseando favorecer à mi Amo, darle à conocer à la Princesa, y honrarle, le ordenò, que fuesse à Ancira, à llevarla vna Carta,

para

para que pudieſſe informarla mejor de lo que todos avian obrado, del rieſgo de ſu vida, y de la Batalla ganada; y dixole el Rey, ſonriendoſe: Vn Hombre, que trae vn braço en vna banda, puede con buen credito dexar por quatro dias el Campo, por llevar vna Carta, ſin que le tengan por fugitivo, y tomar eſte trabajo, rogandoſelo ſus Amigos. Conſiderad, ſeñor, qual ſeria el gozo de Artamenes; y ſi el Amor le arraſtraria, por grande que fueſſe el deſeo de la fama. Mudò de color à eſta propueſta; y no atreviendoſe à acetarla, ſin alguna reſiſtencia, dixo: Las heridas, ſeñor, que me obligan à traer eſta banda, ſon tan leves, que no pueden embarazarme el pelear con vueſtros Enemigos, ſi ſe ofrece ocaſion; y aſsi, el rezelo de que ſe ofrezca, no me dexa reſolver à acetar el favor, que Vueſtra Mageſtad quiere hazerme. Eſtad ſeguro (dixo Ciaxares, dandole la Carta para la Princeſa) que no pelearèmos ſin vos. Baſtantemente he conocido, quan neceſſario es vueſtro braço, para alcançar la victoria de mis Enemigos; y aſsi, creed, que os eſperarèmos. Razon es, que vna Princeſa, que ha de çeñir la Corona de Capadocia, en entrando en la edad ſeñalada por nueſtras Leyes, ſepa el ſervicio que le aveis hecho; y lo ſepa de vueſtra miſma boca, para que eſcucheis de la ſuya la recompenſa, que debeis eſperar. Iba à reſponder Artamenes, quando Philidaſpes, que por las razones que deſpues ſabreis, no ſe holgava de que mi Amo acetaſſe eſta funcion, dixo, ſonriendoſe, y bolviendoſe al Rey, con termino reverente: Señor, ſi V. Mageſtad deſea, que la Princeſa ſea bien informada de los generoſos hechos de eſte Eſtrangero, me parece, que por ſu mucha modeſtia, no tendrà aquella gran ſeñora baſtante noticia de ellos; y que la gloria de eſte Cavallero quedarà detenorada. Si Vueſtra Mageſtad quiere hazerme à mi la honra, yo, que he ſido teſtigo de ſu valor, y vno de los que mas han ad-

mirado ſubizarria, compondrè à la Princeſa vn Elogio de ſus meritos. Artamenes, oyendo à Philidaſpes, temiò que ſe le cõcedieſſe lo que pedia: por lo qual, ſin dar tiempo à la reſpueſta del Rey, dixo: Siendo, ſeñor, las acciones de eſte generoſo Eſtrangero mas ſeñaladas, que las mias, ſon conſiguientemente mas dignas de la noticia de la Princeſa: por lo qual, ſin oponerme mas à la orden de Vueſtra Mageſtad, acceto el Cargo con que me ha hõrado; ſiendo mas juſto, que en vez de que eſte Cavallero me haga Elogios, vaya yo à componerle Panegyricos. Perderà, ſeñor (replicò Philidaſpes, mudando el color) la gloria de Artamenes, ſino le negais lo que pide. Perdiera la de Philidaſpes (reſpondiò mi Amo) ſi le concedierais lo que pretende. Guſtava el Rey de eſta corteſana contienda, de quien deſpues ſupimos la cauſa, por entonçes oculta. No quiſo determinarla; y para acordarlos, dixo à Artamenes: Valiendome de la advertencia de Philidaſpes, quiero reſguardarme de vueſtra modeſtia, embiãdo con vos à Arbaçes, Teniente General de mis Guardias, para que diga todo lo que vos callareis. Y aviendo hecho el Rey traer recado de eſcrivir, enmendò la Carta, y ſe la diò à Artamenes, que la recibiò con tanto guſto, como Philidaſpes peſar. Mi Amo, en fin, alegre con eſta ocaſion, tomò la Carta, que el Rey le diò abierta; y ſino me engaño, contenia ſemejantes palabras:

Ciaxares, Rey de Capadocia, y de Galacia: A la Princeſa Mandane ſu Hija.

AVIENDO librado mi vida el que os darà eſta, me ha parecido, no poder repreſentaros mejor el peligro, que he corrido, que por medio del miſmo que

me

me sacò dèl; y creo, no poder hallar medio mas eficàz, para hazerle q̃ se quede entre nosotros, que el de vuestros ruegos. Y porque conozco su modestia, embio conèl à Arbaçes, para que os diga, lo que puede ser que èl os calle; persuadiendome à que primero os alabarà el valor ageno, que el propio. Pero basta que sepais, que defendiò mi vida, y que huviera vencido à todos nuestros Enemigos, si la noche no se los huviera quitado de las manos. Pedid à los Dioses, que todos los Capitanes le imiten; y sino pudiereis hazerle mi Vassallo, hazedle à lo menos mi Amigo.

Ciaxares.

Considerad, señor, la alegria de Artamenes. Acompañòle Feraulo en esta jornada, como tambien Arbaçes, que fuè el testigo delo que sucediò, y del excessivo contento de Artamenes. Què escusado (dezia entre sì, despues de aver leìdo la Carta) es este vltimo ruego! Què dificil serà à vn Amante de Mandane, dexar de ser Amigo de Ciaxares! Amigo soy del Rey de Capadocia, y aun del Rey de los Medos; y tanto, que soy enemigo de Cyro. Estèse, pues, sepultado este infelize Cyro, que es el blanco del temor, y el odio destos Principes; y para que Artamenes pueda ser dichoso, ocultese para siempre en las tinieblas del Sepulcro, y no salga nunca dellas. O dichoso Artamenes! que vàs à ver à tu Princesa; vàs à hablarla; à ser aplaudido; à que te conozca; y puede ser, que tẽgas la fortuna de que no te aborrezca: Mas esto no basta; porque para ser enteramente venturoso, era menester tener esperança de ser correspondido. En fin, señor, toda la dulçura, y suavidad, que el Amor

puede infundir en vn Alma apaſsionada, ocupò en aquella ocaſion la de Artamenes; pero ſu alegria ſolia, tal vez, corregirla el temor; porque dezia entre ſi: Quien ſabe (no obſtante lo que el Rey eſcrive à la Princeſa) ſi hallarè en ella alguna averſion? Ay vnas ocultas cauſas, que obligan à aborrezer, como otras à amar, ſin poderlas reſiſtir, ni ſaber de donde nazen; de ſuerte, que quando fuera verdad, que yo no fueſſe de los mas aborrecibles Hombres del Mundo, y huvieſſe hecho vn ſeñalado ſervicio al Rey; ſi tuviera la deſgracia de hallar alguna antipatia en el genio de la Princeſa, todas mis hazañas, mis diligencias, mis ſervicios; todas las virtudes, ſi las poſſeyeſſe; todas las Coronas del Mundo, ſi las huviera conquiſtado, no fueran baſtantes à grangearme ſu afecto; y aunque lograra ſu eſtimacion, aun no eſtuviera contento; porque el Amor es vna paſsion ſobervia, que ſolo ſe paga de ſi miſma; y aſsi viuiria el mas diſguſtado de los Hombres, ſino encontraſſe en ella algunas ſeñas de afecto. Pero eſtas moleſtas conſideraciones, no le eſtorvavan à que atendieſſe à muchas prolixas circunſtancias, muy agenas de ſu antigua coſtumbre: y aſsi, luego que llegò à Ancira, quiſo elegir por ſu mano, entre muchos, el veſtido que avia de ponerſe, preguntando repetidas vezes à Feraulo: qual le eſtaria mejor. Al fin, aviendoſe veſtido, y pueſto vna Banda de Tela de Oro hermoſa, y rica, para ſuſtẽtar el braço herido, ſe dexò llevar de Arbaçes, adonde eſtava la Princeſa. Deſpues acà ha confeſſado Artamenes, que ni el dia de la Batalla del famoſo Coſario, ni el del renquentro con el Rey de Ponto, ſe ſintiò tan alterado, como en eſte; y aquel coraçon valiente, que no titubeò jamàs en los mas eſpantoſos peligros, ſe hallò tan timido entonçes, que ſi no le huviera alentado la alegria, no avria podido exponerſe al rieſgo de ſer mal viſto.

CAPITVLO IX.

Embia el Rey de Ponto à proponer vn medio à Ciaxares, para concluir la Guerra.

VE, en fin, Artamenes à ver à la Princesa, aviendola prevenido Arbaçes, mientras se vestia mi Amo: el qual la hallò en vna pieça ricamente adornada, acompañada de grande numero de Damas, assi de las de la Corte, que la siguieron en esta jornada, como de las de Ancira, y demàs Ciudades del Reyno, que la assistian con gran puntualidad. Estava aquel dia sin afectado aliño; pero tan hermosa, y bizarra, que se aventajava à todas las demàs, con estar prodigiosamente adornadas, y vestidas. Artamenes me ha dicho despues, que no reparò en ninguna: Tan atentamente divertido estava en el objecto hermoso de la Princesa: la qual, luego que le viò, se levantò à recibirle con mucho agrado, por aver yà sabido de Arbaçes el servicio que avia hecho à su Padre. Hizola Artamenes dos profundas cortesias; y llegandose à ella, con todo el obsequio debido à personas tales, la besò la fimbria de la vestidura, y le presentò la Carta, que ella al punto leyò; y despues, queriendo dezirla Artamenes la ocasion de su venida, la Princesa se anticipò, diziendo: Què Deidad, ò generoso Estrangero, os ha traìdo entre nosotros, para librar la Capadocia en la vida del Rey, y deberos vn beneficio, que todos sus Vassallos juntos no fueran bastantes à hazerle? Razon teneis, señora, de creer (respondiò Artamenes) que alguna Deidad me traxo aqui; y de juzgar, que es de las mas beneficas à los Hõbres; pues recibo della el favor de que me conozcais, y

la honra de averme elegido la Fortuna por instrumento, para hazer al Rey vn tan corto servicio, que pudiera averle hecho otro qualquiera mucho mayor. La modestia (dixo la Princesa sonriendose, y bolviendose à las Damas mas inmediatas à ella) es vna virtud, que pertenece essencialmente à nuestro sexo; y assi, no se si permita, que este generoso Estrangero nos la vsurpe tan injustamente; y que no contento con posseer el valor con tanta eminencia, en quien no podèmos pretender mostras parte alguna, quiera tambien, hablandole en sus heroycas acciones, obstentar tanta modestia, como las Damas, quando las alaban de hermosas. Confiesso (prosiguiò, bolviendose à Artamenes) que estraño vuestra demasiada modestia, y que no podré sufrirla, ni dexar de alabaros mucho, aunque os pese. Las personas como vos (respondiò Artamenes, humillandose profundamente) deben recibir aplausos de todo el Mundo, y no concederlos con facilidad; y no es bien, que os desapropieis deste Privilegio; y assi os suplico, suspendais mis no merecidas alabanças, hasta que me conozcais mejor. Yà he sabido de Arbaçes, respondiò, que os juzgan de vna Nacion (aunque no lo confessais) que entre otras calidades, que se atribuyen à los que nazen debaxo de aquel dichoso Cielo, vna es ser artificiosos; pero si atiendo à lo que aveis obrado, mereceis, que os singularize de la Regla general; pues no veo en vos aquel Arte, que sabe degenerar la prudencia en cautela; antes al contrario, me persuado, à que sois verdaderamente lo que mostrais. En grande obligacion, ò señora, os estoy (dixo Artamenes) pues por favorecerme, hazeis excepcion tan glorioſa; y puedo assegurar os, que no os engañais; porque el artificio, que haze sospechosa la feè Griega, no mancha la integridad de mi verdad. Pero, señora, aunque sea Griego, como juzgais, ò de otra Nacion, tenida por mas inge-

nua)

nua) no me parece gran virtud, carecer de vn vicio: con que siempre tendrè causa de temer, que aunque me tengais en buena opinion, el tiempo os la haga mudar. Nunca podrà el tiempo (replicò ella) hazer, que lo que aveis obrado dexe de ser loable; y assi, mientras llega el tiempo, que dezis, me ha de desengañar del buen concepto, que tengo, y debo hazer del que libròla vida del Rey mi Padre, dexadme en el error en que estoy, pues no os es dañoso. Yo, señora, deseo (dixo èl) que no perdais nunca esta opinion, y que la mas Illustre Princesa del Mundo, no me tenga por indigno de la estimacion que haze de mi.

Despues desto se informò la Princesa, muy particularmente, de todo lo que avia sucedido en la Batalla, y Artamenes se lo refiriò con grande individualidad (exceptando, empero, lo que à èl pertenecia, tocandolo sucintamente) lo qual admirò à Mandane; pero no dexò de hablar dignamente de Philidaspes, à quien la Princesa se acordò de aver visto en Sinope, algunos dias antes de su partida. Acabò, en fin, Artamenes este primer razonamiento, en que le alabaron infinito todas las Damas, que le oyeron; y no por aver mostrado en èl toda su viveza; porque fuera de aver tenido siempre los ojos fixos en Mandane, estava su coraçon tan alterado, que no luziò la mitad de su acostumbrado despejo; pero la gracia de Artamenes, su cortesania, su modestia, junto con su estilo, que fuè discreto, y decoroso, encubriò el desorden de su Alma, y quanto dixo fuè alabado de todos. Arbaçes le aposentò en vn Quarto del Castillo, que corresponde à vn Iardin, y le tratò como al que avia salvado la vida del Rey: el qual se lo encargò con grande encarecimiento. Pero apenas entrò Artamenes en las suntuosas Salas, que le avian señalado, quando le vino deseo de irse à passear por el Iardin, que avia visto desde las ventanas; y con efecto se baxò à èl, por aliviar los

amorosa inquietud, que padecia; no porque no tuviesse el Alma llena de gozo, y no le huviesse la vista, y el agrado de la Princesa causado vna suave alegria, sino porque el Amor es de tal naturaleza, que nunca dexa gozar tranquila la dulçura; y, ò que dè contentos, ò pesares, todo es con sobresalto, alteracion, y susto. Artamenes, pues, bien que lleno de gozo, padecia gran desassosiego. Estava gustoso, de aver hablado cõ la Princesa, y de aver hallado en sus ojos, y en sus palabras nuevos incentivos para quererla. Por lo menos, ò razon (dezia) yà no te opõdràs à mi amor; y en vez de emplearte, como sueles, en destruirle, me ayudaràs à buscar caminos para satisfazerle. Tal vez le parecia, que no avia dicho todo lo que quisiera, en conversacion tan impensada, y repentina; mas sobre todo, la imagen de Mandane le llenò toda el Alma. Pareciale, que la veia à cada passo, que dava; y despues de aversela representado en la idea con todas sus perfecciones, y averse dicho à si mismo muchas vezes, que era la mas hermosa, y amable del Mundo; despues de aver admirado su suave estilo, en quien, sin perder nada de su natural modestia, campeava vn donayre, y viueza, que hazia incomparable su conversacion: Despues, digo, de aver repassado, y traìdo todas estas cosas por la memoria, dixo: Ay Dioses! Què seria del infeliz Artamenes, si siendo esta Princesa tan amable, no pudiesse merecer su afecto? Mas puesto que parece inclinada à la Fama, prosigamos en obrar, como hasta aqui, y hagamos hazañas tan grandes, que aunque su inclinacion se resista, la estimacion se introduzca en su pecho; porque en fin, por mas que digan, bien puede aver estimacion sin Amor; pero serà vna estimacion muy tibia! Esperèmos, pues, esperèmos, y hagamonos dignos de lastima, quando no pudieremos de amor.

Eſtando aſsi diſcurriendo, le advirtiò Feraulo, que por la entrada de vn Vial de Arboles aſsomava la Princeſa: la qual ſolia paſſearſe por el Iardin todas las tardes, al ponerſe el Sol. Artamenes, viendo que venia àzia èl, ſe huviera paſſado à otra Calle, à no averle la Princeſa hecho ſeñas, que ſe acercàra. Pero, ſeñor, por no moleſtar vueſtra atencion, os dirè brevemente, que en eſte ſegundo diſcurſo deſcubriò Artamenes tantas, y tan nuevas perfecciones en la capazidad, y diſcrecion de Mandane, que ſi haſta alli la avia amado, deſde aquel punto la idolatrò. Tambien la Princeſa, conociendo en eſta mas dilatada, y particular converſacion, el grande entendimiento de mi Amo, le eſtimò mucho mas, y le tratò con mas agrado, que la primer vez. Y por cumplir con la orden del Rey, le perſuadiò à que ſe quedaſſe en ſervicio de ſu Padre; mas no le coſtò mucho trabajo; porque mi Amo ſe holgò de oìr, que le rogaſſe lo miſmo, que pretendia, y deſeava ſu Amor.

Luego que bolviò la Princeſa à ſu Quarto, acompañada de las Señoras de Honor, de la Aya, y de las Damas, diò orden, para que el de Artamenes fueſſe aſsiſtido con toda la grandeza poſsible, como puntualmente ſe executò. Artamenes, que no bolviò à hablar haſta que eſtuvo en la Meſſa, aſsi que los que le ſervian ſe retiraron à la Antecamara, y le dexaron ſolo, preguntò à Feraulo, què le parecia de la Princeſa; como ſi de ſu aprobacion dependiera ſu felizidad; y ſin ſentir, gaſtò mas de la mitad de la noche en eſtos diſcurſos con Feraulo; pero al fin, fuè forçoſo acoſtarſe; ſi bien no pudo dormir; porque como el pundonor le inſtava, à que la mañana ſiguiente pidieſſe licencia à la Princeſa, para bolverſe al Campo; eſte cuidado no le dexò ſoſſegar. Levantòſe, pues; ſin aver cerrado los ojos; y aſsi que la Princeſa eſtuvo en eſtado de ſer viſta,

la ſuplicò, le dieſſe licencia para bolverſe con el Rey, donde ſu obligacion, y el eſtado en que avia dexado las coſas, le llamavan; pero ella le reſpondiò, que deſeava ſe hallaſſe en vn Sacrificio, que avia de ofrecer à los Dioſes, en hazimiento de gracias de aver librado al Rey, por medio ſuyo, para que pudieſſe teſtificar el guſto que avia recibido con tan feliz ſuceſſo, y el cuidado que tenia de pedir ſu vida à los Dioſes. Eſto os lo ruego (dixo ella) no atreviendome à mandaroslo. Vos, ſeñora, dixo èl, podeis mandarme, por muchas razones; porque vna Princeſa como vos, tiene infinitas, que la deben hazer obedecida de todo el Mundo. En fin, Artamenes ſe detuvo aquel dia en Ancira, y fuè con ella al Templo, logrando el favor de acompañarla à èl, donde el Pueblo le llenò de bendiciones; porque en vn inſtante, por Arbaçes, y por los Criados de la Princeſa, le conocierõ todos por el Libertador del Rey. La mañana ſiguiente le fuè preciſo partirſe (antes de lo que huviera querido) y deſpedirſe de la Princeſa; funcion, que hizo con tanto amor, como peſar, aunque ſin atreverſe à dar indicios de lo vno, ni de lo otro, ſino ſolo con el ſilencio, y con profundas reverencias. Diòle la Princeſa vna Carta para el Rey, del tenor que dirè; porque Ciaxares la moſtrò à todos, para obligar à mi Amo; y pocos huvo en el Campo, de las Perſonas de quenta, que no la vieſſen, ò no ſupieſſen ſu contenido, que era el ſiguiente:

La Princeſa Mandane: Al Rey de Capadocia, y de Galacia ſu Padre.

SEÑOR, con mucha razon ha temido vueſtra Mageſtad la modeſtia de Artamenes; porque ſolo del Teniente de las Guardias he ſabido lo que ha obrado en de-

defensa vuestra; ò por mejor dezir, en la de toda la Capadocia, y la Galacia, de la Media, y de Mandane, que huviera muerto del dolor de vuestra desgracia; pero si bien me ha referido el grave riesgo à que vuestra Magestad se expuso, no me huviera confessado, que os saco dèl su valor, ni yo lo huviera sabido, sino fuera por Arbaces. Yo le he hallado tan inclinado à vuestro servicio, y tan pronto à emplearse en èl, que mis diligencias han sido ociosas, para hazerle mas vuestro; pero hazed, señor, que no sean inutiles mis ruegos con vos, quando os suplico, que no bolvais à exponer vuestra vida (que tanto importa) à tan grandes peligros. Considere Vuestra Magestad, como otras vezes le he dicho, que la salud de sus Reynos, depende de la suya; y que puede ser, que no siempre sea Artamenes tan dichoso en poderla socorrer. Dexad, pues, à este generoso Estrangero el cuidado de vencer vuestros Enemigos, y no le empleis otra vez en defender la vida de vn Principe, à la qual està inseparablemente vnida la de

Mandane.

Entregò Artamenes esta Carta al Rey, de quien fuè muy bien recibido; mas Philidaspes, que fuè vno de los que la oyeron, no se mostrò muy gustoso, y se pudo leer en su semblante la alteracion, y disgusto de su pecho. Pocos dias despues, estando ya sano mi Amo de sus heridas, y queriendo empezar à exerçer el Cargo, que le avia dado el Rey, estando atrincherados los dos Exercitos, el vno en frente del otro, governò muchas Partidas, en cuyas escaramuças quedò siempre muy superior; y vn dia desaloxò de su Quartel al Rey de Frigia. Tambien Philidaspes anduvo afortunado en otros renquentros semejantes.

Aun-

Aunque esta Guerra la avia movido el Rey de Ponto, por averle negado à la Princesa de Capadocia, como esta causa no era muy bien admitida de los Pueblos; porque no ay accion, que deba ser mas libre, que el casamiento; ni cosa mas justa, que la autoridad de los Padres sobre los Hijos; ni mas inviolable, que las Leyes fundamentales del Reyno: las quales prohibian este Matrimonio; se avia tomado el pretexto de dos Ciudades, situadas en medio de vna gran llanura, por donde se junta la Galacia con la Bithinia, pretendiendolas ambos Reyes, aunque cada vno poseìa la mas cercana à su Reyno. Por ellas, en fin, se hazia aparentemente la Guerra. Llamavase la vna Cerasia, y la posseìa el de Ponto; la otra Anisa, dominada de Ciaxares; mas porque el Rey de Ponto estava muy mal herido, y le avian dicho los Cirujanos, que seria larga la cura, rehusava quanto podia llegar à las manos con los Enemigos. No obstante, se peleò muchas vezes, durante su indisposicion; y siempre que Artamenes, ò Philidaspes no se hallavan en el renquentro, quedava neutral entre ellos la victoria. Pero aviendo tenido el Rey de Frigia secretos avisos, de que el de Lidia queria moverle Guerra, y entrarse en sus Dominios, lo avisò al Rey de Ponto: el qual se hallò muy confuso, conociendo, que si el Frigio se retirava, no tendria fuerças para defenderse de Ciaxares, que le invadia, no solamente con la Capadocia, y Galacia, sino con los Medos, y Persas. Pero aviendo discurrido estos Principes, què medio tomarian en trançe tan apretado, dixo el de Frigia: Que como su aviso avia sido secreto, se debia creer, que no lo supiesse Ciaxares, no aviendo el Lidio hecho todavia ninguna hostilidad contra èl; que seria bien, antes que esto se publicasse, proponer à Ciaxares vna Batalla de dozientos Hombres de cada parte, para concluir esta diferencia, ahorrando la sangre de los demàs Vassallos.

El

El Rey de Ponto, que no veìa otro modo de salir de esta Guerra con reputacion, si su Confederado le desamparava, aunque tenia deseo de vengar el desayre de la repulsa, à pesar de su valor, se viò obligado à abraçar el consejo. Embiò, pues, à proponer el medio à Ciaxares: el qual, aviendo para ello juntado Consejo de Guerra, oyò diferentes opiniones; porque vnos aprobavan el acetar la Batalla, y otros no la admitian. Aribeo, que era interessado en la continuacion de la Guerra, se opuso con gran fuerça; pero el Rey, que por la estrema vejèz de Astiages su Padre, considerava, que viuiria poco, y no le estaria bien hallarse empeñado en esta Guerra; porque, quizà, se veria obligado à dexar la Capadocia, por ir à Media: aviendo examinado bien este negocio; y sobre todo, conocido, que el Enemigo era superior en numero, acetò el partido: Con que la execucion se remitiò de allì à ocho dias. Y las Condiciones del Tratado fueron las siguientes:

Que estos dos Principes retirarian sus Exercitos de aquellas dos Ciudades, cuya posseſsion se disputava.

Que la Batalla se haria en aquella gran Llanada, donde al presente estavan los Exercitos atrincherados, en cuyos confines estavan las Ciudades contenciosas.

Que cada vno de los Principes elìgirìa à su gusto los Combatientes de su parte, sin reparar en Grado, ò Sangre; y que solo el valor bastaria para ser de los elegidos.

Que saldrian à vn tiempo todos los Combatientes de vna, y de otra Ciudad, y se hallarian en medio del llano, donde se efectuarìa la Batalla.

Que las Armas de los Combatientes serian dos Dardos; y las Espadas, sin llevar Arco, ni Flecha; y el Combate seria à pie.

Que los dos Reyes esperarian el sucesso de la Batalla,

cada

cada uno en la frente de su Exercito, junto à la Ciudad donde estuvieſſe acampado, ſin informarſe de lo ſucedido en ella, de otros, que de los vencedores, quando bolvieſſen, y del aviſo, que los victoriosos embiarian à la otra parte; no ſiendoles licito à los vencidos bolver, ni pedir la vida à los contrarios, ni à ninguna de las partes embiar, haſta concluìda la Batalla, à dar aviſo; y eſto, por eſcuſar la ſupercheria.

Que ſabiendo el fin del Combate, cada uno de los Reyes iria al Campo de la Batalla, con el ſequito de dos mil Cavallos, aſsi para hazerſe Amigos, como para verificar la nueva de la victoria.

Que ſe darian Rehenes de una, y de otra parte; y que los dichos Rehenes regiſtrarian los dozientos elegidos para el Combate; porque no llevaſſen otras Armas, que las ſeñaladas en las Capitulaciones: de lo qual embiarian teſtimonio à ſus Principes.

Que deſpues de la Batalla, el partido vencido deſampararia la Ciudad, y ſe retiraria à ſu Païs, y el vencedor entraria à tomar poſſeſsion della.

Que los Cuerpos de los dozientos muertos del partido vencido, no recibirian ningun oltrage; antes les harian honroſos funerales en el miſmo Campo, juntamente con los de la parte vencedora. Y que deſpues deſto, ſeria firme, y eſtable la Paz entre eſtos dos Principes; quedaria reſtablezido el Comercio entre ſus Vaſſallos; y el Rey de Frigia ſeria comprehendido en la Paz, como Aliado del Rey de Ponto.

Luego que fueron acordados, y firmados eſtos Capitulos de ambas partes, ſe publicaron en los dos Exercitos: los quales empeçaron à marchar àzia las dos Ciudades, ſegun lo acordado. Aviendo ſabido la Princeſa eſte eſtablezimiento, quiſo ir à ver al Rey ſu Padre; y aſsi que tuvo licencia, ſe fuè à Aniſa, donde llegò un dia antes que ſe hizieſſe la eleccion de los Combatientes.

De-

Dexoos, señor, considerar el ardor con que solicitaria, qualquiera que tuviesse valor, y deseo de emplearle gloriosamente, ser del numero de los elegidos. Tambien conocereis, si Artamenes, y Philidaspes serian de los mas solicitos. El vltimo confiava en el apoyo de Aribeo, que le favorecia; y mi Amo, por el mucho deseo que tenia de ser vno de los Combatientes, desconfiava de su dicha; porque aunque avia hecho vn gran servicio al Rey, y era yà conocido su valor; sin embargo, por ser Estrangero, temia mas, que esperava; creyendo, que esto le avia de obstar. Conocia, que si no entrava en el numero de los nõbrados, peligrarian sus esperãças; por lo qual dezia: Què me quedarà que hazer, para grangear la gracia de la Princesa, en vna Corte pacifica, donde no hallarè ocasion en que servirla? Por lo menos, si yo pudiera obtener parte en esta victoria, tendria algun motivo de esperança; pero no soy tan dichoso. Sin embargo creo, que no me preferirà Philidaspes; porque tambien es, como yo, Estrangero. Era, señor, cosa notable, ver, como se observavan en todas sus acciones estos dos valientes Guerreros, que si no era con embidia, era por lo menos, con emulacion. Assi que llegò la Princesa, la fuè à ver Artamenes; y por aver entonces poca Gente con ella, la dixo: Yo vengo, señora (aunquè me reconozco indigno) à suplicaros vna merced. Vos sois digno de qualquiera, respondiò la Princesa, con gran benignidad; y assi, asseguraos, que si lo que pedis no es injusto, ni imposible, lo conseguireis; y siendo cuerdo, y generoso, no aventurareis vuestra pretension. Artamenes se inclinò profundamente; y despues dixo: Bien sè, señora, que lo que deseo està en vuestra mano, pues està en la del Rey, que no puede negaros nada; pero os confiesso, que no me atrevo à assegurar mi pretension de tan justa, como posible; y assi desconfio de vuestro favor.

No

No obſtante, os ſuplico con toda humildad (ſi acaſo la fortuna, que he tenido en ſervir en algo al Rey, os ha conſtituìdo en alguna obligacion) me hagais dar el mayor, y el mas glorioſo premio, que podrè jamàs recibir. Hazed, pues, ſeñora, que el Rey me honre, con nombrarme por vno de los dozientos Combatientes. Lo que me pedis (reſpondiò la Princeſa, admirada del garvo de Artamenes) no es nada impoſsible, antes es de grande conveniencia para mi Padre; pero os confieſſo, que no es nada juſto; porque deſpues de averle ſalvado la vida, es eſtraño premio exponeros al nuevo peligro de vna Batalla, que ſerà (ſegun veo en ſus Condiciones) muy ſangrienta, y peligroſa. Grande es, ſeñora, vueſtra benignidad (reſpondiò Artamenes) en temer mi muerte; pero, ſeñora, no la temais; porque la piedad con que me favoreceis, la aſſegura de qualquier rieſgo; no ſiendo creìble, que deſtruyan los Dioſes à quien vos amparais: y pues podeis hazer, que pelee ſin peligro, concededme, ſeñora, vueſtra interceſsion, para conſeguirlo. Y luego añadiò, con roſtro mas meſurado: Si yo, ſeñora, no alcançaſſe eſte favor, me ſerà preciſo irme, donde no podrè viuir ſin afrenta, y donde ſerè tenido por indigno de hazer lo que huvieren hecho dozientos. Si no huviera de pelear mas de vno ſolo, quizà no me atreviera (por ſer Eſtrangero) à pretender la prerogativa de defender vueſtros intereſſes; pero ſiendo dozientos los llamados à eſta gloria, creo, que ſin mucha vanidad puedo pediros eſta merced. Yo me holgàra, reſpondiò la Princeſa, que os huvierais valido de otro medio, para ſemejante interceſsion; pero ſi aſsi lo quereis, yo os prometo alcançarlo con mi Padre.

Queria Artamenes reſponder, y poſtrarſe à ſus pies, para darla las gracias, quando entrò Ciaxares; y aſsi que

viò la Princesa, le salió à recibir, diziendo: Señor, Artamenes, que es insaciable de fama, aun no està contento con el servicio que os ha hecho; y quiere, que recibais de su mano esta Victoria: para lo qual os suplica, le concedais, que en la ocasion presente pueda pelèar con vuestros Enemigos. Ciaxares, maravillado de su pretension, abraçò à Artamenes, agradeciendole el zelo, que tenia de servirle. Estuvo, no obstante, vn poco suspenso, pensando, en si se lo concederia, ò no; y porque en este tiempo no hablava la Princesa, bolviendose à ella Artamenes, dixo: Es esto, señora, lo que me aveis ofrecido? No (respondiò Mandane), pero os confiesso, que no puedo cumpliros la palabra; porque esta Guerra es tan contra mi genio, que solo podrè conseguir conmigo, pedir de todo coraçon à los Dioses, que no passe adelante. Hà, señora! replicò Artamenes, vuestra piedad me obliga, y me ofende à vn tiempo mismo. Instò, pues, de manera à Ciaxares, que al fin le venciò, despues de vna larga porfia; no porque dexava de conocer el Rey, que vn Hombre, como Artamenes, le seria de gran ventaja en aquel Combate; pero le queria bien, y temia perderle en aquella ocasion. Deziros la alegria de Artamenes; los agradecimientos que diò al Rey, y los cortesanos baldones, que dixo à la Princesa, por averle favorecido tan mal, seria perder el tiempo, que me es tan precioso, respecto de lo que me queda que deziros. Solo os dirè, que Philidaspes, que tambien deseava ser del numero de los dozientos, no tuvo la misma suerte, que mi Amo; porque Ciaxares, por mas que le dixo Aribeo, no se lo quiso conceder; y diò à Philidaspes muy cortesanas disculpas, diziendole, que Artamenes lo avia pretendido antes; y que aviendo concedido lugar à vn Estrangero, no se atrevia à darsele à otro, por no dar que sentir à los de Capadocia, que dirian, les hazia agravio. Esta suerte causò gran sentimien-

to à Philidaſpes; y ſi vn poderoſo motivo no le tuviera inſeparable del Rey, huviera dexado ſu ſervicio. Lo que mas le afligia, era ver, que Artamenes le huvieſſe preferido, ſiendo tambien Eſtrangero; y aunque Ciaxares (como dixe) le avia aſſegurado, que ſi le huviera hablado antes, no ſe lo avria negado, no por eſſo ſe conſolava. El peſar de Philidaſpes, aumentò el guſto de Artamenes; cuyo magnanimo coraçon, aunque generoſo, no pudo dexar de holgarſe del dolor de ſu Contrario. No ſoy dichoſo (me dixo, aviendome encontrado) pues me veo entre dos extremos, glorioſos ambos, ò vençer, ò morir por mi Princeſa? Si ſalgo deſte peligro, eſtoy cierto, que no bolverè à verla, menos que con el anuncio de la victoria, y de mi Triunfo; y ſi muero, pienſo, que ſerè compadecido; pues Criſantè, què mayor gloria? Hà, ſeñor, què aveis hecho? le dixe. Lo que veis, reſpondiò; y vos huvierais hecho lo miſmo, à hallaros en mi lugar. Pero ſeñor, aveis olvidado, le repliquè, que Artamenes no es vn Cavallero privado, como le juzgan, ſino Hijo del Rey de Perſia? No, Maeſtro mio, dixo; antes por acordarme de ſu Real Origen, quiero, que emprenda acciones no comunes. Y porquè, ſeñor, le dixe, no aveis pedido para Feraulo, y para mi, lo miſmo que aveis alcançado para vos? Deſcõfiais, acaſo, de nuestro brio? No, Criſabte (dixo abraçandome) primero deſconfiarè de mi valor, que del vueſtro; pero ſi huviera hecho por voſotros eſta pretenſion, huviera aventurado la mia. Finalmente, ſin embargo de todas ſus razones, como yo no eſtava apoderado de tan violentas paſsiones, como el, no podia conſolarme, de verle empeñado, en lo que yà no tenia remedio.

CA-

CAPITVLO X.

Refiere Criſante la Batalla de los doZientos, en que ſe hallò Artamenes.

HECHA, en fin, la eleccion de los dozientos, y aviendo llegado el dia del Combate, ſe hizo de vna; y de otra parte la entrega de los Rehenes. Regiſtraronſe las Armas, ſegun las Condiciones; y ſe embiò la Relacion al Rey de Ponto, que tambien embiò la ſuya à Ciaxares. La Tropa elegida paſsò por delante del Rey: el qual avia aquella mañana hecho ofrecer vn Sacrificio à los Dioſes, implorando la victoria. Artamenes creyò, que la Princeſa eſtaria con ſu Padre, al tiempo de partir, y tener el conſuelo de verla, antes de ir à la Batalla; mas ella ſe eſtuvo en el Templo; con que careciò mi Amo deſte alivio. Yo, ſeñor, no pude en aquella deſpedida reprimir las lagrimas; porque al fin, en las demàs ocaſiones procuramos, Feraulo, y yo, ſervirle de algo; mas en eſta no podiamos, ni aun ſer teſtigos de ſu valor. Conociò Artamenes nueſtra triſteza; y mirandonos, con ojos tan alegres, como los nueſtros afligidos, nos dixo, riendoſe: Yo vencerè, y voſotros ſaldreis malos pronoſticos; y eſto os lo aſſegura Artamenes. Llegamos en eſto à la Puerta de la Ciudad, donde le eſperava el Rey. Mi generoſo Dueño, que iba delante de aquella Tropa, le dixo: Yo voy, ſeñor, à procurar, con el exemplo deſtos valeroſos Soldados, hazerme digno de la honra, que he debido à V. Mag. Y yo voy, reſpondiò el Rey, à prevenir Coronas, para vos, y para

ellos, no dudando del buen ſuceſſo de nueſtras Armas, tomandole Artamenes à ſu cargo. Grande es tu gloria Artamenes (dixo embidioſo Philidaſpes) mas no la gozàras ſolo, ſi fueramos tan iguales en fortuna, como en valor. Seriamos incontraſtables, reſpondiò Artamenes, ſi fueras con noſotros; pero procurarèmos vençer ſin ti. En fin, eſtos dozientos Heroes, deſtinados à eſtablezer el honor, y la quietud de la Capadocia, ſalieron de la Ciudad, cuyas Puertas ſe cerraron; mas no por eſſo quedamos ſin ſaber deſpues por menor el ſuceſſo deſte duro Combate; y à ſu tiempo os dirè, como lo ſupimos.

Quando eſtuvieron las dos Tropas en el Llano, hizieron alto vn poco, y cada vna de las Partes embiò quatro de los ſuyos, à reconocer ſegunda vez, ſi el numero era igual, y las Armas convenian con lo capitulado. Y aviendo hallado, que todo eſtava ſegun razon, cada vno ſe puſo en ſu puesto; y deſpues de ayer partido el Sol, y elegido vna orden de pelear igualmente ventajoſa, empeçaron à acometerſe, ſin ruìdo, ni vozes; de ſuerte, que aun dava terror el ſilencio. Quando eſtuvieron à diſtancia de tirarſe los Dardos, los arrojaron con tanta violencia, que de vna, y de otra parte hizieron grande efecto eſtas Armas; pero mayor en los de Capadocia. Echando deſpues mano à las Eſpadas, y cubriendoſe con los Eſcudos, empeçaron à mezclarſe; y Artamenes (ſegun deſpues ſupimos) immolò la primera victima de aquel ſangriento Sacrificio; porque aviendoſe empeñado mas que todos ſus Compañeros, matò de vna eſtocada al primero que le bazia roſtro; pero no fue muy dichoſo ſu valor en el principio deſte Combate; porque generalmente, la faccion del Rey de Ponto, eſtava mas ventajoſa, que la de Capadocia; y no porque eſta dexaſſe de hazer ſu deber,

ni retroçediesse; pero finalmente, los de Ponto eran mas dichosos, y las heridas que davan à los Contrarios eran mas mortales. Viendo, pues, Artamenes, que no obstante sus esfuerços, se iba disminuyendo el numero de los suyos, mucho mas, que el de los Contrarios, estava rabioso, è impaciente, y hazia cosas indezibles. Parecia, que estava à su cargo solo este Combate; porque no se contentava con pelear, acometer, y defenderse, sino tambien defendia à todos los de su Bando, y reparava los golpes que podia, y veìa descargar sobre los que se hallavan cerça dèl. En fin, èl obrò tales maravillas, y tan heroycas acciones, que vno de los Enemigos, llamado Artano, empeçò à creer, que aunque iba ventajoso su partido, seria muy dificil la victoria: por lo qual se resolviò à valerse del engaño; y de la astucia, para librar la vida; porque dezia entre sì, segun despues supimos: Si los mios fueren mas esforçados, me mezclarè con ellos en el fin de la Batalla, sin que nadie lo repare; y si todos perecieren, yo, por lo menos, me librarè, escondiendome, y me ausentarè de mi Patria, y viuirè ignorado en otra qualquiera parte del Mundo. Aviendose resuelto à esta ruindad, retroçediendo poco à poco, mientras ardia el renquentro, se retirò detràs de los suyos, que estavan ofuscados en el fervor de la refriega, sin acordarse dèl; y los Capadocios, siendo menos en numero, que los Enemigos, no repararon en la accion de Artano: el qual se dexò caer seis passos distante, como si le huvieran herido; y arrastrandose poco à poco, hasta detràs de vna pequeña eminencia, que se levantava à vn lado de la Llanada, no muy apartada de el sitio del Combate, se estava callando, miròn cobarde del suceſſo.

Vltimamente, las cosas llegaron à estado, que Artamenes se hallò con catorze Soldados solos, y èl quinze, cotra

quarenta. Considerad, señor, si los de Ponto tendrian en la mano la victoria; y si los Capadocios se juzgarian perdidos; pero como alli no era licito pedir la vida, ni concederla, sino morir, ò vençer precisamente, los mas desesperados cobraron mayor valor; y Artamenes les infundiò tanto, con la voz, y con el exemplo, que se animaron. Mi Amo parecia impenetrable, segun se exponia à los peligros: y assimismo parecia, que su Espada influia fatalidades; porque con cada golpe, ò matava, ò heria de muerte. Haziase lugar por todas partes; desbaratava à los que le querian cercar; seguia à los que huian; matava à los que esperavan. Hizo, en suma, tales cosas, que aviendose visto el dezimoquinto de los suyos (como dixe) contra quarenta, se hallò en la igualdad de diez à diez. Acabèmos (dixo à sus Compañeros) ò Amigos, de vençer; y verdaderamente, que aviendo visto tan gran mudança, podia hablar en esta forma; pero no sabia, que de nueve Compañeros, que le avian quedado, estavan tres tan heridos, que de alli à poco cayeron desmayados, todos tres de vn golpe; con que quedò el septimo contra diez. Avia andado tan dichoso, que hasta entonces no avia recibido mas que vna leve herida en vn lado, por donde remata la Coraza; y esta, no aviendole apenas cortado el pellejo, no le dava ninguna molestia. Aquel coraçon de Leon, sin alterarse con este nuevo accidente, prosiguiò el Combate, con la misma entereza, que quando le empeçò. Matò en breve rato dos, de los diez Enemigos que avian quedado; mas el tercero, que embistio, le hizo mas resistencia. Y aviendo acabado de matarle, bolviò à los suyos, para celebrar con ellos la buena suerte, y viò, que no avia mas que vno, y que tres Enemigos, que quedavan, le tenian muy apretado. Acudiò

diò à socorrerle; pero llegò tarde; porque al tiempo de quererle defender, cayò muerto en tierra. Entonces huvo menester el Ilustre Artamenes todo su valor; porque despues de tres horas de Combate, mucho mas fuerte, y obstinado, que vna Batalla, se hallò solo contra tres; pero no perdiò el animo, ni la entereza. Retiròse vn poco atràs; porque no le cercassen; y como es tan agil, se vieron los tres bien apretados; porque por qualquiera parte que le acometian, encontravan con la punta de su Espada. Quando le acossavan, se les desaparecia; quando no le estrechavan, èl los estrechava à ellos: y aunque no se malograva ningun golpe de los Contrarios, y vertia sangre por muchas partes, no por esso descaecia su valor. Estando, en fin, resueltos à vençer, ò morir, animandose vnos à otros, corridos de ver à vn Hombre solo resistirse tanto tiempo, le acometieron con gran furia; pero aviendo sabido Artamenes apartar à vno vn poco de los demàs Compañeros, se cubriò tan bien con el Escudo por el lado de los otros dos, que no le pudieron herir; y arrojandose, con gran fuerça, sobre el tercero, le metiò la Espada por vn costado, y le tendiò à sus pies. Este sucesso atemorizò à los dos, y Artamenes cobrò con èl mas aliento; con que mudando la forma de pelear, que avia sido necessario guardar quando estava solo contra los tres, empeçò à estrechar, y cargar à los dos, con tanta furia, que el vno tropeçò en vn Escudo de los muertos; y al ir à caer, gozando Artamenes de la ocasion, descargò vn golpe sobre la cabeça del otro, tan terrible, que le derribò en tierra muerto. Aora si (dixo Artamenes, levantando la Espada, y bolviendose al que le avia quedado solo) que el verdadero valor decidirà nuestro duelo, sin que intervenga la Fortuna, ni

otro tenga parte en la victoria; y diziendo esto, embistiò, como vn Leon, al vltimo Contrario: el qual se le opusò con tal intrepidez, que bien mostrò, que no era Hombre ordinario. Halloſe, en fin, Artamenes en estado de no tener con quien pelear, sino con vn Enemigo; pero Enemigo, no de los menos formidables; y parece, que la Fortuna le avia escogido à proposito, para que Artamenes comprasse cara esta victoria.

Estos dos valientes Guerreros, viendose solos à mantener el credito de sus Naciones, estuvieron vn rato mirandose, como para respirar; y viendose cubiertos de sangre, en medio de vn Campo, lleno de Cadaveres, sin duda, que no les pareciò muy facil la victoria; y que en ambos vagavan igualmente la esperança, y el temor. Entonçes se empeçò de nuevo la Batalla entre estos dos esforçados Heroes, con tanto ardor, y aliento, que nunca se viò otra semejante. El que peleava con Artamenes, era persona de calidad; y el infame Artano, que estava todavia escondido, y avia visto à mi Amo fulminar rayos contra los de Ponto, no se avia atrevido à levantarse. Admirad en esto, señor, la providencia de los Dioses, quando han decretado librar à vno; y confessad conmigo, que son impenetrables sus secretos; porque estando el Combate en este estado, no era de creer, que Artano, viendo herido à mi Amo en tantas partes, saliesse de su retiro, y ayudasse al de su faccion, que todavia peleava, y venciesse à vn Hombre, que estava hecho vn mar de sangre? Pues no lo hizo assi, aunque (segun el dixo) avia tenido desde el principio esta intencion; porque fuera de que Artano no era Hombre de valor, y avia entrado por fuerça en el numero de los señalados (como despues se supo) avia visto, que Artamenes vencia contra tres;

por

por lo qual, no ſe atrevia à ponerſele delante. Demàs, de que aquel vltimo, que peleava con mi Amo, era ſu Competidor en Amor; y aſsi, viendoſe entre los afectos de la Patria, de la vengança, de los zelos, y del Amor, tratò de vençer ſeguro, y ſolo; porque dezia: (como deſpues ſe ſupo del miſmo) Eſta Batalla no ſe concluirà, ſin que muera vno de los dos, ſegun lo bien que pelean; y el que cayere, no dexarà primero de dar nuevas heridas à ſu Contrario, de ſuerte, que ſi muere el Enemigo de mi Patria, hallarè à mi Competidor en eſtado de poder vençerle con facilidad; y ſi eſte queda vencido, no me ſerà dificil vençer al Enemigo de mi faccion: el qual, vertiendo tanta ſangre, avrà perdido las fuerças, teniendo las venas caſi vacias. Inclineſe, pues, la Fortuna donde quiſiere, que ellos pelearàn, ſe mataràn, y yo viuirè, y triunfarè ſin trabajo. Deſta ſuerte ſe quedò Artano eſcondido en ſu pueſto, deſeando igualmente la muerte de ambos; porque ambos eran ſus Enemigos; y faltò poco, para que ſe cumplieſſe ſu ſacrilego deſeo. Artamenes, y Pharnaces (que aſsi ſupimos que ſe llamava aquel valeroſo Combatiente) aviendoſe eſtado mirando vn rato (como os dezia) para cobrar algun aliento, renovaron vna Batalla, en quien ſe vió lo que puede infundir el deſeo de la gloria; y como Artamenes ſentia, que la falta de la ſangre le quitava las fuerças, aunque no el valor, anhelava à la victoria, por no perderla con la ſangre. Pharnaces, por ſu parte, viendoſe el vnico de ſu Partido, y que era preciſo morir, ò adquirir la honra de Vençedor, tenia el conſuelo de juzgar por muerto à ſu Ribal, pues no le veìa; y juntando la eſperança de no tener competencia en ſu Amor,

con

con la de la gloria del vencimiento, hizo tan señaladas pruebas de su valor, que mi Amo me dixo, que quedò admirado; y quando no se huviesse conocido en èl mas prodigio, se viò por lo menos, que el Amor le mantenia el coraçon, y se le encendia en ardor heroyco. Estuvieron, pues, batallando vn rato, y Pharnaces hiriò à Artamenes en quatro partes; y este le diò mas de seis heridas; con que empeçaron à enflaquezerse las fuerças, y à entorpezerse los miembros; y para concluìr mas presto la lid, se ìban estrechando mas: de manera, que las puntas de las Espadas median la distancia, que avia entre los dos, sin aprovecharse de los Escudos, que apenas podian sustentar; y hiriendose continuamente, sucediò, que embistiendose à vn tiempo, Pharnaces le metiò la Espada por vn muslo à Artamenes: el qual, hiriendo à su Contrario en el coraçon, le hizo caer muerto, sin tener fuerça, ni tiempo de cobrar la Espada del muslo de Artamenes, que sacandose la enemiga de la herida, y levantando la suya, exclamò, diziendo: *VENCI*; pero luego, por la perdida de la sangre desta vltima herida, cayò desmayado. Considerad, señor, otra fortuna. Si Artamenes no cae, pierde la vida; porque Artano se la huviera acabado de quitar; y con efecto, del supimos (como oireis) que apenas viò caer muerto à su Competidor, quando se levantò, con animo de venir à embestir à Artamenes, por verle, que andava vacilando à cada passo; mas luego que le viò caer, y que no se movia, no tratò de yr à ver, si avia espirado, sino, hambriento de la gloria, y de aprovecharse infamemente de las agenas fatigas, se fuè à la Ciudad de su faccion, à llevar la nueva de la victoria al Rey de Ponto; y cierto, que este Hombre (si es digno de tal nombre) estava mas alegre, que el Ven-

Vençedor; porque no ſolo juzgò conſeguir vna fama tan grande, adquirida à tan buen precio; pero avia viſto morir à ſu Competidor: de lo qual concibiò la eſperança de caſarſe con la Dama, que era Hermana del Rey de Ponto, en premio del vencimiento. Y en fin, no avia coſa que pudieſſe turbar ſu alegria, ſino el remordimiento de ſu incomparable infamia, y ruindad.

Bien conozco, ſeñor, que no os he referido eſte ſeñalado hecho con las circunſtancias que requeria; pero como no le ſupimos, ſino de Artano, quando fuè vencido, y quedò priſionero entre noſotros; y de mi Amo, cuya modeſtia no le permitia exagerar ſus acciones, no he podido informaros mas individualmente. Artamenes, en fin, aviendo eſtado vn rato deſmayado, la ſangre, con el deſmayo, ſe atajò, y cobrò algunas fuerças; con que bolviendo en ſi, ſe levantò; pero con vna rodilla en el ſuelo, y la Eſpada en la mano, para ver, ſi le quedava alguno, que le pudieſſe diſputar la victoria; y aviendo tendido la viſta por todas partes, no viò mas, que ſu perſona ſola, Dardos rotos, trozos de Eſpadas, Eſcudos enſangrentados, y Hombres, que aunque difuntos, infundian terror. A eſte lado veìa vno de Capadocia; al otro, vno de los Contrarios, y por todas partes horror, y aſſombro. Probò diverſas vezes à ponerſe en pie; mas no pudo tenerſe, por cauſa de la vltima herida. Sabia, que tocava al Vençedor ir à llevar la nueva de la victoria; porque la Batalla ſe avia hecho ſin teſtigos; y aviendo ſolo èl quedado vivo, padecia increìble dolor, por no poder andar; con que juſtamente ſe dezia à ſi miſmo: De què me ſirve aver vencido, ſi morirè, ſin que ſe ſepa? Ciaxares ſe arrepentirà de la honra que me hizo; y Mandane, puede ſer, que pienſe, que fuì de los primeros que mu-

rie-

rieron, y que no he hecho nada en su servicio. Dirà, que no merecì el lugar que me consiguiò; y que quizà huviera obrado mejor Philidaspes; pero bien sabeis, ò Dioses justos, quanto me cuesta esta victoria, y lo que he obrado por mi Princesa. Y diziendo esto, mirava àzia todas partes; pero no veìa nada; porque estando el Llano algo baxo, por donde iba Artano, no podia verle. No sabiendo en este estado Artamenes, què hazerse, y temiendo morir, sin que se supiesse que avia vencido, se fuè arrastrando poco à poco, y juntò quantos Dardos, Espadas, Yelmos, y Escudos pudo; y, poniendo estas Armas vnas sobre otras, en forma de Trofeo, tomò vn grande Escudo de Plata, que avia sido del valeroso Pharnaces, y tiñendo el dedo en su propia sangre, que bolvian à brotar sus heridas, por el movimiento hecho, escriviò con roxos caracteres estas palabras: *A IOVE GVARDA DE LOS TROFEOS: ARTAMENES*; y le puso sobre el Ilustre cumulo de Armas; y despues, como cansado desta obra, se reclinò, arrimando el fatigado braço al Escudo, y teniendo siempre la Espada en la mano, como para defender el Trofeo, y Monumento de su victoria. Assi, algo tranquilo el animo, se entregò todo (como despues me ha dicho) à la memoria de su Princesa; y con la esperança de que sabria el sucesso de la Batalla, tenia à felizidad el morir. Solo deseò verla, à lo menos despues desta victoria; pareciendole, que si pudiera lograr este consuelo, no le quedava que desear.

Artano, en fin, que avia ido à dar quenta de su falso Triunfo, llenò de alegria à todos los de su Nacion; y principalmente al Rey de Ponto: el qual, aunque no queria bien à Artano, no obstante, recibiò del con gusto tan alegre nueva; y consiguientemente los Rehenes,

que

que eſtavan con el Rey, ſe bolvieron afligidos, à aviſar al ſuyo el ſuceſſo, para que ſoltaſſe los otros Rehenes; y aquellos dos Principes fueſſen, ſegun lo acordado, al Campo de la Batalla, cada vno con dos mil Hombres. Ciaxares, y la Princeſa padecian grandes temores, viendo, que no parecia ninguno de los ſuyos, de que ſe prometian mal ſuceſſo. Pero aviendo ſalido de eſta duda, con la buelta de ſus Rehenes, lo que ſolo era inquietud, ſe hizo dolor verdadero. Ciaxares, por no faltar à lo capitulado, ſe fuè al ſitio del Combate con los dos mil Hombres; y el Rey de Ponto hizo lo miſmo; pero la Princeſa ſe quedò en la Ciudad, muy afligida. Supimos, empero, que no obſtante el interès, que ella tenia en eſta Guerra; vna de las primeras coſas, que hizo, al oir eſta nueva, fuè dezirle al Rey, caſi con las lagrimas en los ojos: Yà el pobre Artamenes no ſervirà mas à V. Mag. y yo le remunerè mal el beneficio, que me hizo, quando os defendiò la vida. El dolor, y deſconſuelo de Feraulo, y mio, no es dificil de inferir; pero ſi bien no puſimos en duda ſu muerte, fuimos, ſin embargo, acompañando al Rey, para hazerlas vltimas honras al cuerpo de tan iluſtre, y generoſo Principe. Llegaron ambos Reyes à vn miſmo tiempo al Campo, donde todos quedaron abſortos, quando, al llegar, vieron à Artamenes, que aviendo cobrado algun aliento, viendo al Rey, à quien avia ſervido, ſe avia levantado, apoyando el cuerpo ſobre vna rodilla, con la Eſpada en la mano, y junto al Troſeo erigido, como dando à entender, que le defendia de quien quiſieſſe derribarle. Pero entre todos, el que mas ſe admirò, fuè Artano, que le traian los de ſu Nacion como triunfante; y mayormente, quando viò, que Artamenes, procurando esforçarſe, para alçar la voz, dixo, buelto à Ciaxares: Señor, vos venciſteis, y los Dioſes ſe valieron de mi braço,

para

para daros la victoria. El Rey de Ponto, oyendo hablar assi à Artamenes, dixo, que èl era el Vençedor; porque vno de los suyos avia ido à avisarselo, en estado aun de poderlo hazer, pues aun no estava herido. Es preciso, que sea vn Hombre vil (dixo Artamenes) y que con la fuga se aya librado de la muerte, y de las heridas; y tan lexos està de aver triunfado, como de aver combatido; porque si èl ha sido el Vençedor; porquè no me ha quitado la vida, y embaraçadome levantar este Trofeo? Yo te dexè entre los muertos (respondiò el insolente Artano) y yà avia rato que estavas fuera de la Batalla, quando me fuì. Infame, fementido, exclamò Artamenes, si yo no huviera tenido otro enemigo, que tu, en esta Batalla, no me huviera sido tan costosa la victoria. Este valiente Guerrero, que miras à mis pies (y señalava à Pharnaces) ha sido el vltimo que vì morir, y solo el que pensò vençerme; pero tu, que estàs sin vna herida, en vn Campo lleno de cuerpos muertos, te atreves à blasonar de aver adquirido vn Triunfo à tan poca costa? El estado en que te hallas, respondiò el cobarde Artano, no es de Vençedor. A estas palabras, arrebatado Artamenes de la colera, y del furor, vniendo todas sus fuerças, se puso en pie, y mirando à Artano, con vna vista, que causava terror, aunque mezclada con vn no sè què de divino, le dixo: Vèn, pues, tu solo, que te jactas de no estar herido, que aunque yo me hallo dèbil, lleno de heridas, teñido en mi sangre, y en la de mis Enemigos, te sustentarè, que eres vn fementido, y que es imposible, que ayas peleado; y diziendo esto, se puso en postura de pelear. El Rey de Frigia, que avia venido con el de Ponto, admirado de la bizarria de Artamenes, dixo, que no era razon, que vn Hombre, que mostrava tener tanto valor, emprendiesse vn Combate en el estado en que se hallava. Mi Amo, interrumpiendole, dixo: Puede ser, señor,

ñor, que no tenga fuerças para viuir mucho tiempo; pero tengo las que me sobran para vençer à vn Enemigo semejante. Artano estava tan confuso, que no era dificultoso conocer, que en medio de su desahogo, no avia palabra, que no le convenciesse. Ciaxares, que se avia apeado, como lo avian hecho los otros dos Reyes, fuè à abraçar à Artamenes; y mandò, que le ayudassen à tenerse en pie; con que Feraulo, y yo llegamos à hazerlo, aunque no queria consentirlo. Entonçes dixo Ciaxares, que aunque Artamenes estuviera para poder pelear, no se lo permitiria, por no ser razon, que el Vençedor arriesgasse segunda vez la victoria. Luego al punto se introduxo tal disputa entre las dos Naciones, que estuvo muy cerca de descomponerse todo, y llegar à rompimiento: y si el Rey de Ponto no tuviera el braço herido, y en la Banda, huviera, sin duda, tomado mas cuerpo el desorden; pero el Rey de Frigia, como mas desinteressado, buscò algun medio entre estos dos Principes; y dixo, que para averiguar bien aquella materia, era menester tiempo; que era necessario proponer las razones de vna, y de otra Parte, para examinarlas, y no resolverlo inconsideradamente. Vinieron los dos Reyes en lo que el tercero dixo, y se retiraron; pero antes hizo Artamenes grandes instancias, porque no se tocasse à su Troseo, y ordenasse Ciaxares, que se le pusiessen Guardas, como se lo concediò. Y previniendo yo, mientras se ventilava este punto, que enconsiguiendose lo que se pretendia, era menester retirar à Artamenes, avia embiado à la Ciudad por vna Litera: lo qual sabido por la Princesa, embiò la suya; cuya demostracion dexò muy obligado à mi Amo.

(16)

CA-

CAPITVLO XI.

Determinaſe oìr en juiZio à Artamenes, y à Artano, ſobre el derecho de la victoria.

AViendoſe ido, en fin, los Reyes, y ordenado, que ſepultaſſen los muertos con funebres pompas, en el miſmo Campo de la Batalla, aſsi los de la vna, como los de la otra parte; Feraulo, y yo quiſimos llevar à Artamenes à vna Caſa, donde otra vez aviamos eſtado aloxados; pero Ciaxares no lo conſintiò, y le hizo llevar al Caſtillo, donde concurrieron todos los Cirujanos, y Medicos del Rey; y aviendole viſitado, y aplicado los primeros remedios, informaró al Rey, que no tenia ninguna herida mortal, aunque avia dos muy profundas; y que ſe debia eſperar, aſsi de la diligencia, y buena regla del enfermo, como de la fuerça de la Naturaleza, buen ſuceſſo del achaque. La Princeſa embiò muchas vezes, aquella primera tarde, à ſaber de la ſalud de Artamenes; que aviendolo oydo, aunque el Menſagero hablava quedo; porque los Medicos avian mandado, que no le hizieſſen ruìdo, le llamò, y quiſo èl miſmo reſponderle. Bolviendoſe, pues, à èl, y levantando vna punta del rico Pabellon, dixo: Dezid à la Princeſa, que la ſuplico, me perdone aver peleado tan mal contra ſus Enemigos, y aver ganado vna victoria dudoſa; que ſi muero, eſpero me perdonarà; pero ſi ſano, todavia eſpero enmendar eſte yerro con alguna accion mas venturoſa. Dadle de mi parte humildes, y rendidas gracias, por lo que me honra con ſu memoria; y aſſeguradla, que ſu pie-

piedad no ha obligado à ninguna Alma ingrata. Acometiòle, en fin, vna riguroſa calentura, que me hizo deſconfiar de ſu vida. No quiero ponderaros el cuidado que dèl tuvieron Ciaxares, y la Princeſa; ſolo os dirè, que el Padre obrò, como ſi eſtuviera enferma ſu Hija; y ella no huviera podido hazer mas, ſi Ciaxares eſtuviera herido. Quando fuè menor el peligro, en que aviamos viſto à Artamenes, yo no podia acabar de admirar la extravagancia de ſu fortuna; pues el miſmo Principe, que avia ofrecido Sacrificios à los Dioſes, en hazimiento de gracias por ſu muerte, cuìdava tanto de ſu vida. Conſiguiòſe, en fin, el logro de tantas diligencias, y à los veinte dias le dieron los Medicos por libre, y prometieron, que preſto eſtarian aſſeguradas las heridas. Luego que eſtuvo en eſtado de recibir viſitas, fuè toda la Corte, y Cabos del Exercito à darle la enhorabuena. Aribeo, que era el Valido del Rey, fuè dos vezes à verle. Philidaſpes, no obſtante la embidia que tenia del valor de Artamenes, fuè tambien à cumplir con eſta corteſana ceremonia. El Rey, que le veìa todos los dias, llevò conſigo dos vezes à la Princeſa ſu Hija, cuya viſta produxo en Artamenes vn prodigioſo efecto; porque en breves dias mejoraron mucho ſus heridas: tanto puede el Eſpiritu en vn cuerpo humano. No os referirè los diſcurſos que tuvo la Princeſa, ſiendo facil de inferir, que el achaque, y el valor de Artamenes ſerian ſu aſſunto.

Mas por bolver à las coſas de la Guerra, donde las dexè, digo, que durante la enfermedad de Artamenes, fueron, y vinieron Embaxadores de vna, y de otra parte, para procurar los medios de concluìr eſtas diferẽcias. El Rey de Ponto dilatava el negocio todo lo que podia, eſperãdo,

que en este intermedio pudiesse el Rey de Frigia descubrir los disignios del de Lidia; y segun ellos, ò efectuar la Paz, ò proseguir la Guerra; pero las cosas estuvieron tan dudosas, mientras se manejavan estos Tratados, q̃ parecia permitian los Dioses esta ambiguedad, hasta que Artamenes recuperasse las fuerças, y la salud, para adquirir vna nueva gloria. Dos meses despues del Combate, saliò de su Quarto, para ir personalmente à dar las gracias al Rey, y à la Princesa, de las honras que le avian hecho; y à este tiempo avian los Reyes nombrado Iuezes, para oìr las razones de ambas Partes, y mandado levantar vna magestuosa Tienda, en el mismo llano de la Batalla, delante de el Trofeo, que avia erigido Artamenes. Estos Iuezes fueron quatro Señores de los primeros de Capadocia, y de Galacia, y otros tantos de Ponto, y de Bithinia, nombrados por Arbitros desta famosa diferencia. Despues de aver hecho su juramento, se levantaron las dos puntas de la Tienda, con vnos cordones texidos de oro, y se descubrieron tres magestuosos Tronos, de igual altura, y mas abaxo vn banco, cubierto de purpura, para que se sentassen los Iuezes. Estando, pues, todo prevenido, los Reyes de Frigia, y de Ponto llevaron à Artano, para que defendiesse su mentida victoria: el qual, si bien tenia mas despejo, que valor, iba de mala gana à este examen, aunque no se avia de derramar sangre en èl; y Ciaxares llevò à Artamenes. Quatro mil Hombres de cada parte se pusieron en ordenança, à vn lado, y à otro de la Tienda; y aviendo los Reyes tomado sus lugares, y sentadose los Arbitros à sus pies, se presentaron ante ellos Artano, y Artamenes, y se infundiò en todos vn silencio profundo. No os referirè palabra por palabra las Oraciones destos dos Litigantes; porque me seria dificil; pero

ro

ro os dirè, que el primero que hablò, fuè Artano; y que aunque lo hizo con mucha elegancia, no hizieron ninguna impreſsion ſus razones; pero la hizieron grande las de Artamenes, como fundadas en la verdad, y dichas con tal garvo, y alma, que grangeò los coraçones de los Oyentes, y con vn aliento, que hizo mas heroyca, y eficàz la elegancia, q̃ ſe introduxo haſta en el animo del miſmo Rey de Ponto: el qual admirò, aſsi la diſcrecion, como el valor de Artamenes.

A eſtas palabras dixo el Rey de Hircania: No nos priveis, ſabio Criſante, del guſto de oìr, à lo menos, la ſubſtancia de lo que ſe dixo en tan importante litigio, cuyo aſſunto no era comun, y cuyos Iuezes eran Subditos de los que avian de ſer juzgados. Pues aſsi lo quereis (reſpondiò Criſante) os dirè todo lo que huviere podido conſervar mi memoria.

Ya os dixe, que el primero que hablò fuè Artano: el qual, deſpues de aver hecho vna profunda reverencia à los Reyes, y à los Iuezes, empeçò aſsi:

ORACION DE ARTANO.

COMO no es mi credito ſolo el intereſſado en eſte juizio, no me diſundirè en exagerar à mis Iuezes todo lo que hize en la Batalla, en que me hallè, contentandome ſolo con moſtrar, que mi Nacion fuè la que venciò, y la que debe gozar el fruto del vencimiento. Creo (ſino me engaño) que no ſe puede dudar, que ſi he peleado, tambien he vencido; y aſsi, el mayor fundamento de mi cauſa, eſtriva en dar à entender, por medio de poderoſas conjecturas (pues todos los teſtigos de

mi accion han muerto) que si quedè despues de la Batalla sin heridas, fuè por merced particular de los Dioses, y no por mi culpa, ò defecto. Considerad, Iuezes mios, que razon ay, para pensar, que en vna Batalla semejante, executada en vn Campo abierto, me avìa de resolver à huìr, y esconderme. No huviera sido mas peligrosa la fuga, que el Còbate? Porque si la huvieran visto mis enemigos, me seguirian sinduda; y si mis amigos, era exponerme à mayor afrenta, y sujetarme à todas las penas dispuestas por las Leyes, contra los que las relaxan, y ofenden à su Rey, à su Patria, y à si mismos; y deste modo huviera concitado cõtra mi los amigos, y los enemigos, y me viera amenazado de mayor riesgo, que quedandome en la Batalla. Fuera, de que vosotros, señores, sabeis, que à ninguno forçaron à que se hallasse en esta Empressa; por lo qual me parece, que podreis creer, que si no me hallàra con animo bastante para entrar en ella, no me huviera empeñado voluntariamente. No peleò aquel dia todo Ponto, ni toda la Bithinia, ni se emplearon en esta ocasion todos los esforçados de vno, y otro Reyno; y assi, facilmente, y sin verguença pudiera aver hecho lo que otros muchos, dando à entender, como ellos, que deseava el Combate, y no hallarme en èl; pues el temor ingenioso me huviera enseñado modo para conseguirlo. Iuzgo, que bastarà dezir à personas tan dotadas de razon, y de integridad, que para prueba de aver peleado, basta saber, que me he hallado, y quise hallarme en el Campo de la Batalla; y consiguientemente, si he peleado, tambien he vencido; siendo infalible, que la victoria es del que queda con las Armas en la mano, y en estado de matar à su Enemigo. Tambien, señores, no se puede dudar, que Artanenes fuè menos dichosa, que yo; y que los Reyes, que me escuchan, saben muy bien, que no qui-

sie-

ſieron dexarle pelear, por hallarle tan lleno de ſangre, y de heridas, que mas parecia, que el coraçon ſuſtentava la Eſpada, que el vigor de ſu braço. Yo no niego, que eſta deſigualdad, que ſe viò entre los dos, tiene eſtrañeza; y que es de admirar, que de quatrozientos Hombres, que aqui avemos peleado, no ayan quedado viuos, ſino dos ſolamente; y el vno tan herido, y el otro tan ſano, como ſi no huvieſſe viſto al Enemigo; pero fuera de lo que he dicho, que los Dioſes obran milagros, quando quieren; De quando acà ſon las heridas ſeñales de las victorias? Y ſi eſto es aſsi, para què nos enſeñan nueſtros Maeſtros, con tanto cuidado, à reparar los golpes de el Enemigo? Si las heridas dieran las victorias, no era meneſter llevar Eſcudos, ſino ir à la Guerra ſin Armas defenſivas, y embiſtir à nueſtros Contrarios, ſolo para que nos llenaſſen de heridas, y nos cubrieſſen de ſangre. En fin, ſeñores, las heridas no ſon menos indicio de la flaqueza del que las recibe, que ſeñal del brio del que las dà; y ſi para blaſonar de Vençedor, fuera meneſter precisſamente quedar muy herido, los flacos, los poco dichoſos, y los menos experimentados en las Armas, ſe aventajarian à los expertos, y dichoſos. Si en vn ſingular duelo, vn pequeño raſguño ſe quenta por deſigualdad conſiderable; porquè ſe ha de querer aqui, que muchas, y grandes heridas ſean ſuficientes pruebas de la victoria del que las recibiò? Confieſſo, que es vn infalible indicio de que ſe hallò en el rieſgo; pero no es ſeñal de que ſu valor le enſeñò à librarſe dèl. No ſe diga, pues, que ſus cicatrizes hablan en ſu favor; antes, quien entendiere ſu lenguage, diga, que acuſan ſu mengua, y publican mi gloria. Y en quanto al Trofeo, que levantò, eſtando yo auſente, ninguno ſe lo eſtorvò; porque eſtava ſolo; y eſſe fuè vn engañoſo artificio, que le dictò la afrenta de verſe ven-

cido, y el deseo de la vida. Pero suponiendo, señores, que yo no aya peleado, y me escondiesse desde el principio de el Combate, què ventaja pretende Artamenes? Verdad es, que mereceré castigo; pero tambien es verdad, que él no merecerá grande aplauso; porque huviera avido desigualdad en la Batalla, aviendose hallado de una parte dozientos Hombres, y ciento y noventa y nueve de la otra; con que considerandole en el estado en que le hallaron, no ay duda, que un Hombre mas, le huviera muerto, si le huviesse avido de mi parte. Diga, en fin, si me viò huir, ò si me vio esconder, que si tal dize, yo mismo dudaré de mi victoria, y daré tanto credito à sus ojos, como à mi valor; pero si mi Enamigo no dize contra mi mas, de que no me viò pelear, y què no estoy herido; pido, y suplico, que no sean admitidas sus siniestras razones, y que se reputen por buenas las mias: las quales son; que si he peleado, he vencido; y consta aver peleado, de averme hallado en el sitio del Combate, y hallademe voluntariamente: y quando no huviesse combatido, él no puede ser declarado por Vençedor; porque no seria el Combate igual, y no auria vencido legitimamente. No dilateis, pues, señores, ni dudeis vuestra sentencia. Yo no me opongo à la gloria de Artamenes: concedamosle, que cumpliò con su obligacion; que sus heridas son señales, no de su flaqueza, sino de su esfuerço; pero digase, que no aviendo testigo, que deponga contra mi, ni aun mi Contrario mismo; el qual no puede dezir en mi perjuizio, sino que no me viò pelear (porque, quizà, desde el principio de la Batalla estuvo en estado de no poderlo ver) merezco, que se me adjudique la victoria; porque si no me vio, se debe creer, como dixe, que la falta de la sangre le privò el uso de la vista; pero yo, que por la misericordia de los Dioses, y de mi valor, tengo enteros los ojos, la sangre, y las

fuer-

fuerças, le vì pelear, le vi herido; y vosotros le vistes medio muerto, al lado de su vano Trofeo. Y esto basta, señores, para no dilatar mas la hora de mi Triunfo, y la gloria de mi Nacion.

Terminada la Oracion de Artano; se oyò entre el Auditorio vn murmurio confuso; pero no de aclamacion, de donde se conociò, que no avian concluìdo sus razones. Artamenes me dixo despues, que en su vida padeciò tanto, como en escucharle con vna impaciente paciencia. No obstante, tratò de responderle sin alterarse; porque su mengua convirtiò en lastima el enojo; y assi dexò de injuriarle, hasta que fuesse necessario, para la defensa de su valor, y apoyo de su causa. Aviendo, pues, cessado el susurro, que se avia suscitado en aquel noble Auditorio, y hecho Artamenes vna profunda, y ayrosa reverencia à los Reyes, y à los Iuezes, se introduxo en todos vn profundo silencio, y vna grande atencion, procurando cada vno acercarse, para oirle; y èl rompiò el silencio (sino me engaña la memoria) con estas palabras:

ORACION DE ARTAMENES.

ES tan gran bien el vencer, y tan gran mal el ser vencido, que no me admira, que aya quien quiera llevarse los honores de lo vno, sin adquirirlos, y negar la afrenta de lo otro, aunque la padezca. El deseo de la gloria naze con nosotros, y el temor de la infamia ocupa los animos mas viles, y abatidos; y assi, no estraño, que Artano quiera triunfar, sin averlo merecido peleando; pero me admiro, de que teniendo mas ingenio, que valor, no aya hablado algo mas ajustado a lo verisimil,

y especificado mas las grandes proezas que ha hecho, para salir con la piel enjuta, y sana de tan gran peligro. Por lo menos, debia hazer mencion del Dios que le librò; porque es imposible, que el valor de vn Hombre bastasse à obrar tan gran prodigio. Tambien debia dezir, qual fuè la otra Deidad, que le hizo invisible à mis ojos, quando aviendo quedado solo con tres, no vì mas que aquellos, à quien la Fortuna (mas que mi fuerça, y mi destreza) venciò. Yo bien sè, que no era Artano ninguno dellos. Tambien sè, que el valeroso Pharnaces fuè el vltimo que muriò, despues de averme contrastado duramente la victoria; y que si huviera tenido à su lado vn Hombre, no herido, como Artano, me huviera vencido con facilidad. No ignoro, que las heridas no son señales infalibles de la ventaja, ò superioridad en vna Batalla; pero tambien sè, que el no estar herido, no es prueba bastante de aver peleado. Es menester, por lo menos, estar salpicado de la sangre del Enemigo, quando no teñido con la propia; pero nuestro Artano se sale deste Combate, como pudiera de vna justa festiva, donde se prohibe la sangre. Confiesso, que no puedo dezir nada contra èl. No sè como se huyò, ni como se escondiò, ni como se desaparecio: solo sè, que no le vì pelear, ni poco, ni mucho; y esto es bastante para mantenerle, que no ha vencido. No dudo, que ay algunos delitos, de los quales no se pueden convencer à los acusados, sino es afirmando, averlos visto esperar à vn Hombre, para matarle; ser testigo de que lo executò en lo espeso de vn Monte; y de que le vieron levantar el braço, y meter la Espada por el cuerpo à su Enemigo; y finalmente, es menester aver visto muchos indicios, y señales; y los que no las huvieren visto, justifican à los Reos, en vez de condenarlos: Mas el caso presente es de otra naturaleza; porque diziendo, que no he visto à Artano,

tano, digo quanto puede dezirse contra èl ; y le acuso de vn delito, de que no puede justificarse, sino haziendo confessar à Artamenes, que le viò, que peleò, y que le venciò : lo qual, segun creo, no le serà muy facil. Demàs desto, no resolviendose à referir lo que hizo para conseguir esta victoria, se atreve à afirmar, que aunque huviera huìdo, no avria vencido yo, por aver peleado con supercheria, ò ventaja. Pero, señores, donde hallarà ley, que autorize su opinion? Quando se empieça vna Batalla desta calidad, es menester, que sea igual el numero, y las Armas semejantes ; pero despues de començado el Combate, cada vno puede valerse de todas las ventajas que le ofrece la Fortuna, ò que el Enemigo le permite. Què importa, que vn Soldado se salga de la Batalla, ò por herido, ò por cobarde, si huye, y queda tan vencido, como si le matassen, ò le hiziessen prisionero? El que no se opone à la victoria de los Enemigos, sino con la fuga, y salva su vida, con no exponerla al peligro de la muerte, es indigno de participar de la gloria del Triunfo. Señores, si el aplauso de esta accion consistiera en salvar la vida, yo confessara, que Artano, que librò tan bien la suya, avia obrado mejor que yo, que no cuidè tanto de la mia ; pero como aqui consiste la victoria en la muerte de los Enemigos, no se atreverà Artano à pretender el Triunfo, ni à dezir, que ha vencido ; porque todos los que me escuchan, saben, que me hallaron con las Armas en la mano, y que no rehusè defender mi razon contra èl. Y en fin, señores, para que veais, que aunque Artano parece impenetrable, por aver salido ileso de vn Combate, donde todos los que pelearon, quedaron muertos; sin embargo, no temo su valor, ni su destreza; os pido, me hagais favor de dexarme pelear con èl en Estacada, delante de los Reyes,

que

que me oyen. Y si se me concede lo que pido, que es lo que no ha pedido èl, y lo que no se me puede negar à mi, por razon ninguna, yo sè, que no se me desprezia, y que os dè buena quenta dèl, ò muerto, ò viuo. Conozco, que hago algun perjuizio à la justicia de mi causa, y al Rey, que es dueño de ella, poniendola de nuevo en contingencia; pero si ha de ser juzgada por vosotros, no podreis dar mas credito à las palabras de Artano, y à sus acciones, que à las mias; que si he de dezir la verdad, no me atreviera à defender con la eloquencia, lo que he adquirido, sin desvanecimiento, con la Espada. Y siendo tan grande el honor desta Victoria, para no costarle al valeroso Artano, à lo menos vna gota de sangre, es menester, señores, que en presencia de los que me escuchan, le haga confessar la verdad del hecho, ò que me quite la vida. Y si doziento Hombres no fueron bastantes à herirle, menos debe temer à vno solo, que tan debil le tienen todavia las heridas, que tanto ha condenado. Y le asseguro, que no me quenca sin credito, y que harè quanto pudiere, para que la gane con mi muerte. De manera, señores, que si peleò, como dize, no debe temer bolver à pelear; y si no peleò, como le sustento, yo quiero ceder le lo que he ganado, y confessar, que no debo triunfar, sin averle vencido. No os pido, ò Iuezes mios, la Victoria del litigio, sino solo la permission de pelear; porque de otra manera, no podreis juzgar à vuestros Reyes sin dudas, y escrupulos; y aunque sois Arbitros absolutos desta Causa, dariais motivo, à que vna de las Partes quedasse quexosa; pero haziendo yo, que confiesse Artano, por su boca, la verdad, podreis entonces libremente sentenciar, sin riesgo de cometer injusticia, ni dexar quexosos. Y assi os suplico me lo concedais; pues no os pido cosa injusta. Y no se oponga Artano à mi pretension; porque aunque se me negasse, y se pronunciasse la sentencia, no podrà despues rèbusarlo. Conque es mejor hazerlo por bien, y dar à conocer, por lo menos, con

esta

esta accion, que si incurriò en alguna flaqueza en èl la ocasion passada, fuè por parecerle mejor vsurpar la victoria, que ponerse al riesgo de adquirirla; pero oy, que se la contradizen, y consiste su honra en defenderla, es menester, que obedezca èl valiente, lo que os suplico le mandeis. Yo le concedo la eleccion de las Armas, y le pronto no vsar mal de la victoria, si la consigo, como gaste mas ingenuidad, de la que ha vsado delante destos Venerables Solios, y delante de vn Tribunal, à quien tanto debia temer. En vuestra mano, ò señores, està la sentencia, que espero favorable de vuestra justicia: la qual no me negarà la vnica senda, que puede conduziros al conocimiento de la verdad, que es la misma que os he referido.

Apenas acabò de hablar Artamenes, quando se empeçò en el Auditorio vn grande murmurro; pero diferente del que huvo quando hablò Artano; porque si entonçes no se oyò mas, que murmurio, aora se oyeron aplausos, y aclamaciones, que parece pedian à los Dioses, à los Reyes, y à los Iuezes, la sentencia por Artamenes. Los mismos de la parte de los dos Reyes, no pudieron dexar de alabarle. Talencãto tiene la virtud, y tan poderosa es la verdad. Queria Artano responder, para oponerse al desafio; pero le pusieron silencio las vozes, y las injurias, no queriendo escucharle nadie. No agradò à los Reyes la proposicion de Artamenes. Ciaxares no tenia à bien, aventurar segunda vez la vida de vn Hombre tan Insigne; y el Rey de Ponto no queria, que su causa se pusiesse en las manos de Artano, de quien no tenia muy buen concepto. Los Iuezes, entre tanto, se avian levantado, y juntado, para examinar entre si la materia; y Philidaspes, que avia estado presente à toda aquella funcion, y estava furioso, è impaciente con estos continuos aumentos de la gloria de Artamenes, se llegò à Ciaxares, y le suplicò, que consi-

derable,

raſſe, que avia poco tiempo que Artamenes ſe avia levantado de ſu enfermedad; y que aſsi le pedia, le hizieſſe la honra de concederle eſta ſegunda empreſſa, en caſo que los Iuezes la determinaſſen: de lo qual le eſtaria obligado eternamente. No pudo Philidaſpes hablar tan quedo, que Artamenes (que ſin ſaber porquè, no le quitava los ojos) no le oyeſſe; y temiendo, que conſiguieſſe lo que pretendia, ſe llegò al Rey de Capadocia, con mucho reſpeto, y le dixo: No deis oydos, ſeñor, à las ſuplicas de Philidaſpes: las quales ofenden igualmente ſu honor, y el mio. De què ſuerte? Dixo el Rey. Porque vn Hombre como Philidaſpes, reſpondiò, no debe pretender pelear con vn cobarde, no eſtando obligado à hazerlo, como yo; y ſi cree, que neceſsito de todas mis fuerças, para véçer ſemejante Enemigo, es hazerme agravio à mi. Quãdo Artano (reſpondiò Philidaſpes, alterado) fuera como Artamenes, pretendiera yo lo miſmo. Y quando Artano (replicò mi Amo) fuera tanto como Philidaſpes, no çediera à ninguno el lugar que es mio. Ciaxares, conociendo, que eſta competencia podia paſſar adelante, abraçò à los dos, y alabandoles el zelo, y el valor, hizo que ſe abraçaſſen, y luego dixo à Philidaſpes, que èl no era Iuez de aquella cauſa; y à Artamenes, que debia eſtimar la intencion de Philidaſpes; y pidiò à ambos, que eſperaſſen pacificamente la ſentencia de los Iuezes.

CAPITVLO XII.

Concluyese la diferencia de las dos Ciudades Cerasia, y Anisa, con otros sucessos que refiere Crisante.

NO acabavan los Iuezes de resolverse à sentenciar causa tan dudosa; porque aunque todos conocian claramente, que la ruindad estava de parte de Artano, como se defendia con tanta obstinacion, y no avia testigos contra èl, se hallavan muy confusos. Los de la parte de Ciaxares no podian condenar à su Principe: los que conocian à Artamenes, no ponian duda en su vencimiento; y los demàs, aunque persuadidos à lo mismo, no se atrevian à condenar al Rey de Ponto; porque lo que creìan, solo se fundava sobre conjecturas; con que despues de aver discurrido esta materia, determinaron el desafio, y declararon, que el que hiziesse confessar à su Contrario, que le avia vencido, se tendria por el Vençedor; y si sucedia, que el vno muriesse sin poder hablar, se declarasse la causa en favor del Matador; que la Batalla se hiziesse en Cãpo cerrado, ò en Estacada, delante de los Reyes enemigos, como lo avia pedido Artamenes. Dada, y publicada esta sentencia, Artamenes se mostrò muy contento, y diò las gracias à los Iuezes, como si adivinàra la victoria. No sucediò lo mismo à Artano: el qual se quexò à los Iuezes, y à su Rey; y despues supimos, que este le tratò muy mal, y le dixo, que si era cierto, que avia vencido, tambien venceria otra vez; pero que si era vn cobarde, como yà empeçava à temer, se holgaria de verle castigado por mano de Artamenes; añadiendo, que se consolaria de la pèrdida de Cerasia, con el gusto de

per-

perderle à èl. Supimos, en fin, que el Rey mandò aſſegurar à Artano con tãto cuìdado, que no pudo eſcuſar el deſafio con la fuga, como ſin duda lo huviera hecho, ſi huviera podido. No tuvo Ciaxares otro ſentimiento deſta ſentencia, que el de arrieſgar la vida de Artamenes, conociendo, que no ay tan flaco Enemigo, que no pueda, por deſgracia, herir mortalmente al Hõbre mas valeroſo. Señalòſe, en fin, el plaço del Cõbate, à quatro dias deſpues de averſe retirado cada Rey à ſu Ciudad; junto à la qual (como he dicho) tenìa acampado ſu Exercito. Aſsi q̃ Ciaxares bolviò à Aniſa, ſe fuè al Quarto de la Princeſa, acõpañado de Artamenes, de Aribeo, de Philidaſpes, y de otros muchos; y aviendola referido lo que ſe avia reſuelto, ella le dixo: Pues ſeñor, os parece juſto vençer dos vezes vn enemigo? No es cõprar muy cara à Ceraſia, ſi oscueſta vna gota de la ſangre de Artamenes? Yo confieſſo mi flaqueza (y al dezir eſto, ſe puſo la mano en los ojos, para cubrir los colores; que ſentia en el roſtro) que no puedo oìr hablar de Batallas, ſin ſuſto, y repugnancia; y en particular, quando ſe arrieſga en ellas la vida de quien defendiò la vueſtra. Gran gloria mia es, ò ſeñora (dixo Artamenes) que mireis por vna vida, que no puede emplearſe mejor, que en el ſervicio del Rey; pero no la temais en eſte Combate, antes os debeis doler, de que tenga tan flaco enemigo. No ha quedado por Philidaſpes (dixo entonçes Aribeo à la Princeſa) q̃ Artamenes ſe libraſſe deſte rieſgo; porque yà pretendia pelear en lugar ſuyo. Verdad es, ſeñora, dixo Philidaſpes, que me atrevì à ſuplicarſelo al Rey; mas no me ha juzgado digno deſte favor. No ha ſido por eſſo, dixo Ciaxares, ſino porque huviera ſido injuſto. Aſsi es, dixo mi Amo; y Artamenes no lo huviera conſentido, por no eſtar enſeñado à çeder à nadie lo q̃ le toca. El Rey, que temiò, q̃ eſtos valeroſos Guerreros bolvieſſen à exaſperarſe, mudo converſacion; y deſpues de averſe detenido otro rato cõ la Princeſa, la dexò,

He-

llevando consigo à todos los que le avian acompañado.

Como el amor no desamparava vn punto à Artamenes, no veìa vez à la Princesa, que no observasse todas sus acciones, con notable atencion, y despues discurria dellas cõ Feraulo, ò conmigo. Luego que estuvo en su Quarto, nos preguntò, què arguìamos de aquellos colores, q̃ avia mostrado el rostro de Mãdane, quando hablò dèl, y de la aversion que tenia à las Batallas? Os parece (nos dixo) q̃ nazerian de vn sencillo afecto, hijo de vna condicion mansa, y apacible, que le induze à aborrecer la Guerra, y la efusion de sangre? O seria porque el servicio que he hecho à su Padre, ha introduzido insensiblemẽte en su pecho alguna leve disposicion à no aborrecerme? Pero no reparasteis, que aviendo pronũciado aquellas razones, tã corteses para mi, luego q̃ cayò en ello, se avergonçò, y arrepintiò de averlas dicho? Aquella no fuè vna señal evidente, de q̃ el coraçon contradixo lo q̃ explicò la lengua? Yo no acabo de adivinar la verdadera causa de aquellos colores, q̃ aumentaron à mis ojos su belleza. No me engañes, amigo Feraulo, què sientes desto tu, y què debo creer yo? Señor, le respondiò, yo no hallo en aquellos colores cosa q̃ no sea en favor vuestro; porque aunque no fuesse mas que vn sencillo efecto de piedad, era bastãte principio para poder fundar alguna esperança; porq̃ mas facilmente podriais esperar herir su pecho, en sabiendo los males, que por ella aveis sufrido. Ay, Feraulo, dixo, quien serà el que se lo diga? Cyro, no atreviendose à resucitar, no se lo dirà nunca; y Artamenes, que no representa mas que vn Cavallero particular, no podrà concebir tan ossado pensamiento, sino estãdo loco, ò fuera de si. En fin, señores, mas pensava Artamenes en la Princesa, que en Artano; pero no por esso dexava de prevenir lo necessario para el duelo; mas entre todos sus cuidados se mezclava Mandane; porque el amor, que sabe hazer milagros, le avia dado privilegio, para poder tratar de

guer-

guerras, de prevenciones, de novedades, y de cortesanos cumplimientos; sin apartar de su memoria à la Princesa. Llegado, en fin, el plaço del desafio, fuè à pedirla licencia, con vna alegria en el rostro, que podia asseguraria de su vencimiento. Yo vengo, señora, dixo, à pediros Armas, para pelear con Artano. Yo quisiera (respondiò con mucho agrado; pero con semblante mas turbado, que el de Artamenes) aver hallado medios para hazeros invencible. Vos lo podeis hazer, replicò mi Amo, solo con daros por servida del servicio que voy à hazer al Rey, y à vos; y con desarme la victoria; que si esto merezco, aunque Artano fuesse el mas esforçado Campeon, que maneja Armas (que estoy seguro de que no lo es) le venciera infaliblemente. Si no necesitais de mas, que del reconocimiento de vuestros servicios, respondiò la Princesa, y de Votos, para que triunfeis, andad, Artamenes, andad, y no temais ser vencido. Despues desto la Princesa, no pudiendo casi proseguir esta conversacion, le despidiò, con terminos muy agradables, y corteses; y Artamenes fuè en busca del Rey, que estava yà para partir. Ciaxares no llevò consigo mas que dos mil Hombres, como la otra vez, y el Rey de Ponto, con el de Frigia, fueron con igual numero al mismo Campo, y sitio donde los Iuezes avian dado la sentencia, que era delante del Trofeo de Artamenes, donde se avia formado vna Estacada, mas larga, que ancha, y de capacidad bastante, para hazer en ella vn Palenque. Artano, que se veia demasiadamente embaraçado con la Espada sola, no quiso otras Armas ofensivas, pareciendole, que quantas menos tuviesse su Enemigo, à menos peligro estava sujeto; con que ambos salieron solo con la Espada, y el Escudo. En los dos terminos del Campo avia dos Tablados, para los Reyes Enemigos, y junto à ellos el de los Iuezes. Los quatro mil Hõbres esquadronados, se pusieron, parte detrás

de

de los Tablados de los Reyes, y parte à la otra frente del Campo; pero sin mezclarse vnos con otros, y todos debaxo de sus Vanderas; y tan bien ordenados, que causavan gusto, y admiracion. A los dos remates de la Estacada estavan las Puertas, por donde (opuesta la vna à la otra) entraron Artamenes, y Artano à vn tiempo, y empeçaron à dar indicios del sucesso de la Batalla, con sus diferentes presencias. Artano avia querido pelear à cavallo, fiandose mas en la fuerça, y ligereza de aquel bruto, que en su pujança, y valor; pero, quizà, no sabia, que quanto mas brioso es vn cavallo, aprovecha menos à aquel, que turbado con el miedo, no le sabe manejar, como es menester, ni castigarle à tiempo.

Artano, en fin, se presentò, con luzidissimas Armas, sobre vn cavallo blanco, tan hermoso, y bien hecho, ayroso, y ligero, que alentò à todos. Era grande, y agil. Yà pisava, yà nevava de espuma el freno; y relinchando con violencia, al entrar en el Campo, se mostrava impaciente, por llevar à su Dueño à la Iusta contra el Enemigo. Pero, señores, si el cavallo de Artano se llevò los ojos de todos, la mala postura del que le oprimia la espalda, causava enfado, y lastima. A qualquier movimiento del cavallo, se descomponia, y vacilava; y se conocia, que le iba deteniendo, porque no llegasse tan presto al Contrario, temiendo ser embestido antes de lo que quisiera. Mas no le sucediò assi à Artamenes: el qual entrò en vn cavallo morzillo, de rara hermosura, y se llevò el aplauso de todos. No avia querido aquel dia vestirse mas Armas, que vnas ordinarias, y senzillas, como corriendose de pelear con tan flaco Enemigo. Andava muy fuerte à cavallo, y iba tan bien puesto, que se conocia, ser dueño dèl, y que sabria manejarle. Hechas las ceremonias, acostumbradas en

ſemejantes actos, dieron la ſeña los Clarines. Artamenes, partiendo de ſu pueſto, ſe fuè àzia Artano, con la Eſpada levantada, ſin intencion de valerſe del Eſcudo: tan poco temia à ſu dèbil Contrario. Artano, que no ſabia que hazerſe, aviendo alargado mucho las riendas al cavallo, y deſpues queriendo pararle de golpe, diò vn gran corcobo; y ſacudiendo con furia la cabeça, le ſacò la rienda de la mano, y diò con ſu Dueño de la otra parte de la Eſtacada, ſin que Artamenes pudieſſe alcançarle. El Principe, rabioſo de averle errado, parò el cavallo, y tomando vna corta buelta, llegò à Artano, que apenas ſe avia compueſto en la ſilla; y echandoſele encima, le deſcargò vna grande cuchillada, que resbalando deſde el Yelmo, haſta la eſpalda derecha, le hizo correr la ſangre haſta la ſilla del cavallo. Artamenes ſegundò el golpe; pero Artano, ſin acometer à tan fiero enemigo, ſolo tratava de defenderſe, como podia, fiandoſe en que el cavallo de Artamenes ſe canſaria primero, que el ſuyo; ò que ſucediеſſe otro accidente, que le libraſſe; pero Artamenes eſtava con alguna inquietud; porque conociò, que le era muy facil matarle, ſi quiſiera emplear toda ſu fuerça; pero no ſe contentava ſu valor con eſta eſpecie de victoria, queriendo tener el guſto de oìr de la boca de ſu enemigo la verdad. Embeſtiale, pues, y le librava à vn tiempo; pero no obſtante la ventaja que le dava, no tuvo el miſerable nunca aliento para valerſe della, y recibiò quatro heridas, ſin aver tirado vn golpe à ſu Contrario; y como ſi ſu cavallo ſe ofendiera de llevar aquella afrentoſa carga, procurava librarſe della. En fin, corriendoſe yà mi Amo de ver delante de ſi tanto tiempo à aquel deſventurado, quiſo vltrajarle: para lo qual le tirò vn gran palo, con que le aturdiò, y le agoviò ſobre el cavallo, que gozando de la ocaſion, ſe le quitò debaxo, y le derribò, medio muerto, ſo-

ſobre la arena. Al caer, ſe le cayò el Yelmo; y la Eſpada ſe le ſaliò de la mano, ſin quedarle mas que el Eſcudo, de quien ſe ſervia mejor, que de las demàs Armas. Apeòſe luego Artamenes; y poniendoſe ſobre èl, con la Eſpada levantada, le dixo: Confeſſaràs, ò indigno Enemigo, que eres el que ſabe mi primera victoria? Todo lo confeſſarè (reſpondiò el cobarde, cubriendoſe con el Eſcudo) como me concedas la vida. Me avergonçàra de quitartela (dixo Artamenes, poniendole el pie ſobre el cuello) pero trata de no mentir otra vez delante de los Iuezes; porque no avrà quien te libre de mi ira, y mi vengança, ſi no dizes la verdad. Entonçes, baxandoſe los Iuezes de ſu Tablado, entraron en la Eſtacada, en buſca de Artamenes, que viendolos venir, les dixo: Llegad à oìr la verdad de la boca de mi Enemigo; y bolviendoſe à èl, dixo: Habla, pues, ſi quieres viuir, y no dilates mas mi juſtificacion. El deſdichado Artano, forçado entonçes de algun remordimiẽto; pero mas del temor de la muerte, contò en breves palabras la verdad, diziendo ſolo, para ſu diſculpa, que aviendo conocido de la forma del Combate, que la victoria ſe diſputaria con tanta obſtinacion, que, al parecer, moririan todos, avia querido ganar con aſtucia, lo que conocia no poder con la fuerça. Al fin, confeſsò, que Artamenes avia quedado con quinze contra quarenta; que deſpues avia peleado diez à diez; y deſpues ſolo contra tres; y à lo vltimo contra Pharnaces; y vltimamente dixo todo lo que ſabia; porque el temor de la muerte pudo mas en èl, que el de la infamia. Bien es verdad, que aviendo peleado tan mal, yà tendria perdida la verguença. Aviendo los Iuezes oydo la depoſicion de Artano, pidieron à mi Amo, ſe contentaſſe con lo que avia confeſſado, y le dexaſſe levantar, y viuir. Levanteſe, y viua (dixo Artamenes, bolviendo la Eſpada à la bayna) pero procure viuir

con honra, y no hazer otra vez tan fea accion. Los Iuezes, entonçes, no tuvieron que disputar, y todos votaron, que mi Amo avia sido, y era, el Vençedor; declarando, que Cerasia pertenecia al Rey de Capadocia; que el Troseo de Artamenes quedasse en pie; y que se pusiesse con mas arte, à su satisfacion, como se efectuò despues. El Rey de Ponto recibiò este aviso, como Principe que tenia valor, y prudencia; y manifestò mas disgusto por la infame accion de Artano, que por la pèrdida de la Ciudad. Ciaxares recibiò à Artamenes con extraordinarias demostraciones de amor: lo qual sintieron, sin duda, Aribeo, y Philidaspes, que avian estado presentes à aquel acto.

Artano, que era de noble sangre, no obstante el enojo del Rey, le llevaron de alli sus Parientes, y Amigos, y le curaron; pero el Rey de Ponto dixo, que si sanava de las heridas, no queria que se le pusiesse delante. Luego q̃ los Iuezes dieron quenta à sus Principes de lo que avian resuelto, los dos Reyes enemigos, y el de Frigia, se vieron, y se abraçaron segunda vez; y el de Ponto dixo à Ciaxares, que se bolveria à su Exercito, y el dia siguiente desampararia à Cerasia, y se retiraria vna jornada mas atràs, para dexarle tomar la possession della; añadiendo, que le tenia por mas dichoso en tener à Artamenes, que en la conquista de Cerasia; y que èl daria de buena gana la mitad de sus Reynos, por vn Soldado tan valiente, como mi Amo: el qual, hallandose junto à Ciaxares, respondiò muy cortesmente; aunque todo lo que salia de vn amante de Mandane, no le gustava mucho. Separaronse los Reyes, y Ciaxares se bolviò à Anisa, cuyo Pueblo le saliò à recibir fuera de la Ciudad, y el Exercito se puso en forma de Batalla. Tambiẽ la Princesa, que avia sabido el sucesso, por vn Hombre, que le avia embiado el Rey à toda diligencia, à darle parte dèl, y de quien lo supo el Exercito, y el Pueblo, saliò à

reci-

recibir à su Padre hasta la Puerta del Castillo, donde Ciaxares le presentò à Artamenes, à quien recibiò con mucho agrado, y alegria; pero al quererle dezir el consuelo que avia recibido, viendole libre de vna ocasion tan peligrosa, dixo Artamenes, poniendose colorado: No me hagais, señora, el agravio de pensar, que he tenido riesgo que vençer en esta vltima ocasion. La merced que me ofrecisteis, de rogar à los Dioses por mi victoria, fuè la mayor que podia desear; porque vuestros ruegos me han buelto sin peligro. No sè, dixo la Princesa, si aveis vencido sin riesgo; pero bien sè, que no aveis triunfado sin gloria. Otras cosas se dixeron, que serian largas de contar; y Ciaxares, por reconocer, en parte, los servicios de Artamenes, le dió, no solo el Govierno de Cerasia, que avia conquistado (de lo qual creyò tomar la possession el dia siguiente) sino tambien el de Anisa, y de toda su Comarca, que avia vacado por muerte de su Governador; porque es justo, dixo el Rey, que Artamenes goze de lo que ha ganado, y cuide de que no se pierda lo que ha defendido. No se atreviò Aribeo à oponerse à esta merced del Rey, porque los servicios de Artamenes eran muy señalados, y dignos de este honor. Avia obrado maravillas en la primera Batalla; avia librado al Rey, y ganado mucho credito con los enemigos; avia vencido prodigiosamente la Batalla de los dozientos Hombres, con que se avia de acabar la Guerra, y efectuar la Paz; pero aunque Aribeo no se oponia descubiertamente à esta merced, como la nueva privança de mi Amo hazia alguna sombra à la suya, fuera de que sentia verle echar el pie adelante à Philidaspes, dixo en secreto al Rey (como despues supimos) que era arriesgado fiar dos Plaças Fronterizas à vn Hombre no conocido; que era mejor darle mayor Cargo dentro del Reyno; pero por mas que

dixo, no pudo mover al Rey de su resolucion. Quiso tambien este Principe, que en conformidad de la sentencia de los Iuezes, se pusiesse vna perpetua memoria de la victoria de Artamenes, en el mismo sitio donde avia levantado su Trofeo; y el dia mismo de su Triunfo, hizo juntar Escultores, y Arquitectos, para labrar el Trofeo, cuyas Armas avia juntado Artamenes por sus manos, sobre vn magnifico Pedestal de Marmol, donde se representassen, de medio relieve, todas sus hazañas, con vna inscripcion glorioſa para èl: lo qual se executò algun tiempo despues, no obstante la continuacion de la Guerra.

Yà sabeis, señores, que el Rey de Ponto, en cumplimiento de su palabra, se retirò de Cerasia; pero tambien sabeis, que los Moradores de aquella Ciudad amavan tanto à aquel Principe, debaxo de cuyo dominio avian estado mucho tiempo; y avian sido tan maltratados de los vltimos Reyes de Capadocia, en cuyo poder avian estado otras vezes, que no pudo persuadirlos el Rey de Ponto, à que abriessen las Puertas à los que ellos llamavan sus Enemigos. Creyò, no obstante, que en viendole partir, mudarian parecer, aunque no embiò à avisar à Ciaxares esta novedad, por no irritarle contra ellos, contentandose con retirarse, como avia ofrecido, y dexar vn Capitan con quinientos Soldados, y orden de entregar la Plaça, à los que embiasse Ciaxares à tomar possession della. El Rey de Capadocia por su parte, queriendo favorecer de todas maneras à Artamenes, le dixo, que podia, quando quisiesse, ir à tomar possession de su Gouierno, en aquella Ciudad, que avia conquistado: para lo qual, llegado el dia, que avia de entrar en Cerasia, le embiò el Rey con seis mil Hombres. Quedò Artamenes admirado, al ver cerradas las Puertas, y los Muros coro-

na-

nados de Gente, con Arcos, y Flechas, para defenderse. Aviendo hecho alto en frente de la Puerta de la Ciudad, quedò suspenso, viendo, que mas era menester tratar del assalto, que de la posseysion. No obstante, quiso saber primero, què novedad era aquella; para lo qual, mandò hazer alto à sus Tropas, à tiro de Arco, y embiò à mandar à los Moradores de la Ciudad, que le abriessen las Puertas, segun lo acordado con el Rey de Ponto; pero como ellos avian previsto, que el lançe llegaria hasta probar las fuerças, y estavan fixos en su resolucion, avian desarmado à los quinientos Soldados, que les dexò el Rey de Ponto, y hecho vn Manifiesto: el qual echaron por la Muralla, al Trompeta que los avia hablado de parte de Artamenes, diziendole, que en èl veria Ciaxares sus razones: las quales esperavan las aprobaria; y que al punto se retirasse, si no queria, que le obligassen à hazerlo por fuerça; porque estavan resueltos à defenderse por si, pues su Rey los avia desamparado. Quedò Artamenes mas admirado, al leer el Manifiesto; no solo porque estava maravillosamente notado, y escrito, sino porque publicava la inimitable lealtad de aquellos Vassallos con su Rey. No me acordarè precisamente de sus palabras; pero bien sè, que la substancia, por mayor, era esta:

A saber, que eramos vuestros Subditos, hariamos con el Rey de Ponto lo que con vos; pero por tener entendido, que somos Vassallos de aquel Principe, primero morirèmos mil vezes, que admitir otro Dueño. Bien sabèmos, que nos abandona, por no poder mas; por cuya razon nos resolvèmos à conservarnos suyos, contra su voluntad, queriendo mas en este caso serle rebeldes, que mudar dominio. Si pudieremos resistiros, nos harèmos gloriosos; si murieremos, resistiendoos, la muerte nos librarà de vuestra su-

jecion. Y en fin (sea quien fuere) no querèmos mudar Rey. Si fuereis generoso, y bien aconsejado (como lo creemos) premiareis nuestra lealtad, en lugar de castigarla, y estimareis el exemplo, que damos à vuestros Vassallos, para que os sean leales, como lo somos nosotros à nuestro Rey.

Viendo Artamenes en este Manifiesto vna accion tan heroyca, no quiso assaltar la Ciudad, sin nueva orden: para lo qual me embiò à Ciaxares con el Manifiesto de los de Cerasia, quedandose esperando la respuesta delante de sus Tropas, à vista de la Ciudad. Estrañò el Rey este sucesso; y como Aribeo era Hombre de espiritu artificioso, creyò, que en este caso tan irregular se ocultava el afecto de aquel Pueblo à su Principe; è imaginò, que aquellos Ciudadanos hablavan induzidos dèl; y como estrivavan sus intereses en la continuacion de la Guerra, hizo quanto pudo por provocar al Rey à ella; pero despues supimos, que Cerasia no se avia movido à tan generosa resolucion, con otro motivo, que el del amor, que tenia à su Rey, y el odio, que conservava à los de Capadocia. Ciaxares, con este aviso, despachò al Rey de Ponto, quexandose del termino que vsavan con èl los de Cerasia; de los pactos rotos; y de averle faltado à la palabra; y por no perder tiempo, ni dar lugar à que introduxessen en la Ciudad viueres, ni Soldados, hizo marchar el Exercito, para atacarla, y diò la Tenencia General dèl à Artamenes: lo qual causò grandissimo dolor, y rabia à Philidaspes, por verse sujeto à aquel, que mas se oponia à su fama, y disignios. Sintiò la Princesa este sucesso; causò tormento à Philidaspes; à Ciaxares confusion; al Rey de Ponto disgusto, y alegria; al de Frigia embaraço; à Aribeo gusto; y solo Artamenes quedò indiferente, entre el pesar, y el plazer, por no atravessarse en esta materia su amor, que era quien po-

dia

dia ocasionarle estos dos afectos. El Rey de Ponto respondiò à Ciaxares, con el mismo Embiado: Que sentia mucho, que los Vezinos de Cerasia no huvieran querido obedecer; que por su parte no avia faltado à lo ofrecido; y que no podia hazer mas, que bolver à mandar, le abriessen las Puertas. Y despues dixo al Embiado: No creo, que tengo obligacion de ir à sitiar, y destruir à los que por demasiado amor, que me tienen, han incurrido en esta leal desobediencia; y no harè poco en dexar de socorrerlos. Ellos yà no son mis Vassallos, sino de Ciaxares: por lo qual, à èl le toca mandarlos; pero debo pedirle, que no los trate con rigor; y que considere, que si vna vez se resuelven à ser sus Subditos, serán mas leales, que todos sus Vassallos. Con esta respuesta despidiò al Embaxador, y con èl vn Rey de Armas, para que despues de aver estado con Ciaxares, se acercasse à los Muros de Cerasia, à ordenar à sus Vezinos, que abriessen las Puertas al Rey de Capadocia; pero ellos no quisieron obedecer, y respondieron al Rey de Armas, que dixesse à su Rey, que aunque se hallavan impiamente desamparados dèl, preferirian la muerte al dominio del Rey de Galacia. Ciaxares, viendo esta obstinacion, sin saber el motivo della, tratò de atacar la Plaça: para lo qual juntò Consejo de Guerra, donde se resolviò, que se tomasse por fuerça la rebelde Ciudad. Dispuso, pues, Artamenes el Campo, repartiò los Quarteles, y los Ataques; echò el Cordon; abriò la Trinchera, y previno los Arietes, y las otras Maquinas.

CAPITVLO XIII.

De lo que le ſucediò à Artamenes en Ceraſia, de que reſultò bolver el Rey de Ponto à romper la Guerra.

PHILIDASPES, que haſta entonçes le aviamos juzgado por deſmeſuradamente ambicioſo de fama, no eſtava ſin inquietud, y peſar, manifeſtandolo à todos en ſu ſemblante. Conſiderò, que ſi en eſte Aſſedio no ſe ſeñalava, quedaria muy inferior à Artamenes, ſegun las grandes acciones que eſte avia hecho, y que eſta desigualdad deſtruìria ſus diſignios; pero por otra parte conoció, que eſtando debaxo de la mano de Artamenes, no podia obrar coſa memorable, que no redundaſſe en beneficio de ſu Xefe, à quien contribuìa mas eſtimacion, que afecto. No eſtava el Rey de Ponto con animo muy ſoſſegado; porque el amor de aquel Pueblo le cauſava ternura; y aunque amava à Mandane, es cierto, que ſi no fuera por la Guerra de Lidia, que embaraçava al de Frigia, no huviera pueſto dificultad en bolver à la Guerra recien acabada; mas no tardò mucho en conſeguir ſu deſeo; porque el Rey de Frigia tuvo aviſo, de que el Lidio no eſtava en eſtado de mover las Armas contra èl; porque ſe le avian rebelado muchos Subditos. Eſta nueva engendrò diverſos penſamientos en el Rey de Ponto; pero en tanto que los digeria, Ciaxares hizo atacar à Ceraſia, donde Artamenes obrò maravilloſas proezas,

ſin que Philidaſpes ſe quedaſſe atràs. No me detendrè, ſeñores, en deſcriviros eſte Sitio, por quedarme mucho que contaros; pero os dirè brevemente, que los Vezinos de Ceraſia ſe defendieron, como deſeſperados, y dieron grande aſſunto al valor de Artamenes, y al de Philidaſpes. Y oì dezir diverſas vezes à mi Amo, mucho tiempo deſpues, que jamàs avia peleado con tanta repugnancia, como en aquella ocaſion; porque viendo el grande valor de aquella Gente, y ſu incomparable lealtad, ſentia notablemente, aver de emplear contra ellos ſus fuerças. Reſiſtieron quatro aſſaltos, con vna conſtancia inimitable. Vieron ſus Puertas rotas; parte de ſus Muros derribados, con los Arietes, y Catapultas (inſtrumentos, que vsò la Antiguedad, para lançar piedras, y otras Armas arrojadizas) y aun no querian rendirſe; porque aviendoſe atrincherado en lo mas alto de la Ciudad, dieron harto que hazer à los expugnadores. Philidaſpes firviò de mucho en eſte Aſſedio; y Artamenes, y èl, ganaron tanta fama, y eſtimacion, que conſiguieron el aplauſo de todos; pero aunque ſe empleavan en vn miſmo aſſunto, manifeſtavan, que no eran amigos. Deſpues, en fin, de averſe defendido mucho tiempo aquellos infelizes Ciudadanos, les fuè preciſo çeder à la fuerça. No obſtante, antes de darles Artamenes el vltimo aſſalto, ſuplicò al Rey, le dexaſſe hazer vna llamada, ofreciendoles perdon general, ſi deponian las Armas: lo qual concediò Ciaxares, à tiempo que le llegò vn Embaxador del Rey de Ponto, que venia à pedirle, perdonaſſe à los Moradores de Ceraſia, deſpues de averla rendido, y no enſangrentaſſe ſu victoria. A lo que reſpondiò, que el perdon eſtava en ſus manos; pero no aprovechò eſta vltima llamada; porque reſpondieron aquellos deſeſperados, que en el eſtado en

que

que se hallavan, no querian mas, que morir glorioſamente; y que pues su Principe los avia deſamparado, no querian conocer otro; y que aſsi, ſolo apetecian la muerte, que ſolo podia darles la libertad. Ciaxares, viendo ſu pertinacia, no ſolo mandò darles el aſſalto; pero deſpues de rendidos, no obſtante los ruegos de Artamenes, los hizo paſſar todos à cuchillo; y lo que mas irritò al Rey, fuè el aver perdido en aquel Sitio mas de ſeis mil Hombres. Nunca peleò Philidaſpes con tanto esfuerço, como en eſte vltimo aſſalto; porque conociendo, que ſe avia de arruynar aquella miſera Ciudad; la ambicioſa embidia, que le atormentava, hallò algun conſuelo en ſaber, que Artamenes ſeria Governador ſolamente de vna Ciudad deſtruìda; pero mi Dueño libròlos mas que pudo de aquellos deſdichados; y en lo vltimo del Combate obligò al Rey, à que concedieſſe la vida à los pocos que avian quedado. Eſta funeſta victoria la configuieron dichoſamente Artamenes, y Philidaſpes, no aviendo ſacado cada vno mas que vna herida muy ligera.

Entre tanto, el Rey de Ponto, cuyo amor, y rabia no le dexavan ſoſſegar, procurando hallar algun pretexto para bolver à las Armas, embiò à quexarſe de Ciaxares, por la crueldad vſada con Ceraſia: el qual reſpondiò, que los que avia caſtigado eran ſus Subditos, y Subditos rebeldes muchas vezes; y que aſsi, no eſtava obligado à dar ſatisfacion à nadie. Quedò muy contento el Rey de Ponto con eſta aſpera reſpueſta; porque le dava algun leve motivo de reſentimiento; con que bolviò à embiar à Ciaxares, haziendole ſaber, que no queria amiſtad con vn Rey, que tratava tan mal à ſus Vaſſallos; y que le aviſava, q̃ todavia era ſu Enemigo; y que ſu Mageſtad ſabia muy bien el modo de hazer la Paz, ſiempre que la quiſieſſe, y de quitarle las Armas de la mano. Bien conocereis,

ſeñores, que el animo del Rey de Ponto, no era otro, que el de caſarſe con Mandane. Ciaxares oyò eſta Embaxada con enfado, y reſpondiò con deſabrimiento, igual à la propueſta. Puſieronſe las coſas en peor eſtado que nunca. Ciaxares, cuyo Exercito eſtava muy minorado, ſe retirò à Aniſa, donde le llamò vn leve tumulto, deſpues de aver hecho poner fuego à Ceraſia, no ſolo para impedir, que el Rey de Põto ſe apoderaſſe della, ſino por no dexar Guarnicion alli, y eternizar la horroroſa memoria de ſu vengança. Mas conſiderando Artamenes, que eſta retirada la atribuìria el Rey de Ponto à temor, ſuplicò à Ciaxares, le dexaſſe vn Eſtadio de Ceraſia, con ſolos diez mil Infantes, y quatro mil Cavallos, para obſervar los movimientos del Enemigo, y darle à entender, que no le temia; y entre tanto, reforçaria el Exercito con las Guarniciones de las Plaças vezinas; y con ſu preſencia, y la de las Tropas, que llevava al tumulto de Aniſa, ſe harian nuevas levas. Agradò al Rey la propueſta, la acetò, y le ſeñalò la Gente que le avia de obedecer. Pero notad, ſeñores, los eſtraños efectos que produzen las violentas paſsiones en vn Alma ambicioſa, que las alimenta. Philidaſpes, que llevava con impaciencia el aver de obedecer à Artamenes, como à Teniente General; y por otra parte tenia diferentes razones, para acompañar de buena gana al Rey à Aniſa, no dexò (à peſar de aquellos ocultos motivos, que le hazian duro el mando de Artamenes, y le llamavan cerca del Rey) de ſolicitar, que le dexaſſe con Artamenes; y en fin, tanto hizo, que lo conſiguiò. No dexava ſu pretenſion de tener conſequẽcias, muy ſenſibles para èl; pero le moleſtava mas el temor, de q̃ Artamenes ganaſſe fama, ſin tener, por lo menos, parte en ella, por eſtar reſuelto à ſer emulo de ſu gloria. Aviẽdo, pues, ſabido el Rey de Ponto, que el Exercito de ſu Enemigo eſtava dividido, ſe encaminò con el ſuyo, q̃ ſe componia de veinte y cinco mil Hombres, àzia Artame-

nes,

nes, resuelto à valerse desta ocasion, ò por lo menos, retirar las Tropas de mi Amo hasta Anisa. Y viẽdo yo la desigualdad de las fuerças, y q̃ no queria retirarse, me atrevi à dezirle, q̃ aventurava mucho en esta ocasion; à q̃ me respondiò: Mas aventuràra, si rehusasse el enquentro; porque, quizà, perdiera la estimacion, que la Princesa haze de mi; y creed Crisante, que para grangear su afecto, necesito obrar cosas extraordinarias. Ganar Batallas con iguales fuerças, es comun efecto de la Fortuna, en quien tiene mediano valor; pero conseguirlas quando se creyò perderlas, esso es lo que ha menester Artamenes, si quisiere ganar la gracia de Mandane, y que le mire, como Artamenes, con benignos ojos; ò por lo menos, que no aborrezca à Cyro. Iuntò, en fin, Consejo de Guerra; mas como Philidaspes fuè de parecer, que no se rehusasse la Batalla, por mas que dixeron los otros Cabos, se viò esta vez obligada la prudencia à çeder al ardimiento. Hizo Artamenes quanto pudo; ocupò los puestos ventajosos; y no olvidò diligencia, de las que exercitan los mas expertos Capitanes. Los Reyes de Frigia, y de Ponto intentaron muchas vezes desaloxar de alguno de sus puestos à Artamenes; pero siempre fueron rechazados; y por qualquier parte que embistiessen, encontravan luego en la Vanguardia à mi Amo, que los hazia retirar; y hallandole siempre invencible, concibieron dèl aquellos Reyes vna grande estimacion (como despues supimos) de tal manera, que mas temian à Ciaxares por Artamenes (ò le considerassen Hijo del Rey de Media, ò Rey de Capadocia, y de Galacia) que por lo restante de sus fuerças; pero por no detenerme mas, digo, que Artamenes diò, y ganò en pocos dias tres pequeñas Batallas. En la primera, peleò cuerpo à cuerpo con el Rey de Ponto; le hirió ligeramente, y llevò la mejor parte en aquel renquentro. En el segundo, quedò la decision dudosa: Philidaspes obrò prodigios, y el Rey de

Fri-

Frigia estuvo muy cerca de ser prisionero ; pero en la tercera sucedió à Artamenes vn caso, que despues le valió la vida, como oireis adelante, por ser razon que lo sepais.

Digo, pues, que como Artamenes tenia por costumbre, en todas las Batallas donde se avia hallado, buscar al Cabo de los Enemigos, procurò buscar al Rey de Ponto, para pelear con èl, como Enemigo suyo, y como Amante de Mandane. Andandole buscando por todas partes, viò à su mano derecha vn Cavallero, que se defendia de quinze, ò veinte Soldados, con notable valor. Encaminòse à èl, y conociò, que era el Rey de Ponto, à quien resueltamente querian matar ; y por ser tantos, sin duda lo huvieran conseguido. Fuesse azia ellos, y dandose à conocer con la voz, les dixo : Deteneos, que no se vençen los Reyes deste modo, sino mas noblemente ; y diziendo esto, hizo retirar à aquellos Soldados ; y bolviendose al Rey, le dixo, deteniendose vn poco : Valeroso Principe, esta es buena ocasion de vengar la sangre que os hize verter, y concluir lo començado. Generoso Enemigo (respondiò el Rey, retirandose, y baxando la Espada) no es bien que yo pelee con mi Libertador ; ni que os ponga en ocasion de quitarme lo que me aveis dado ; ni que yo me ponga à riesgo de infamarme, matando al que me ha dado la vida. Pero viendo, que no agradavan estas razones à Artamenes; y que, quizà, le obligaria à pelear con èl, bolviò la rienda al cavallo, y se mezclò apresuradamente en lo mas espeso de la multitud. Siguiòle Artamenes ; pero no fuè posible darle alcançe en todo aquel dia. Esta accion dexò admirado, y sentido à mi Amo ; porque segun las pruebas que avia visto hazer al Rey de Ponto, conociò claramente, que solo su generosidad le moviò à demostracion tan estraña ; y aquella noche, despues de reti-

tirados, me dixo: O què Competidor tengo! Y què mal me eſtaria, que le conocieſſe Mandane, tan bien como yo! Mas hà Cielos! Que eſte Principe no ſabe quien es eſte, con quien no quiſo pelear, y à quien defendiò la vida! No ſabe, que ſe la di para quitarſela: èl me conſidera Enemigo, y no Competidor. Pero es poſsible, que conociendole la Princeſa, le aya aborrecido, y no tema yo otro tanto, no ſiendo mas que Artamenes, y ſiendo mas digno de ſu odio, por Hijo del Rey de Perſia, que por vn miſero Eſtrangero! Deſpues deſtos diſcurſos, por cumplir con ſus zelos, me mandò, que me informaſſe, con cuidado, y maña, del origen del amor del Rey de Ponto: lo qual me fuè facil ſaber, por no aver perſona en Capadocia que la ignoraſſe. Supe, en fin, que el paſſado Rey de Ponto, aviẽdo tenido Guerra con el de Capadocia, y venido deſpues à Tratados de Paz, ſe avian dado Rehenes de vna, y otra parte; y que el de Ponto avia embiado à eſte Hijo, que entonçes no era el Primogenito; que en ſeis meſes, que eſtuvo en la Corte, naciò ſu amor; pero que no ſe atreviò à manifeſtarle, por no tocarle à èl la ſucceſsion del Reyno; pero aviendo deſpues muerto el Padre, y el Hermano, y ſucedido en la Corona, avia embiado à pedir à la Princeſa, y ſe la negaron, por las razones que os he dicho. Con eſtas noticias quedò Artamenes muy inquieto, pareciendole eſtraño, que, no obſtante la virtud, modeſtia, y ſeveridad de Mandane, no huvieſſe podido eſte Principe, generoſo, galan, amante, y honeſto, grangear algun lugar en ſu coraçon; pero quando deſpues conſiderava, que nadie hablava deſte afecto, y que la Princeſa ſe avia holgado de las victorias, que èl avia ganado à eſte Principe, ſe deſvanecian todos ſus temores, y ſe ſoſſegavan todas ſus inquietudes. Mas no duraya mucho eſte ſoſsiego; porque luego dezia: Si eſte Principe, galan, ayroſo, valiente, y

diſ-

discreto, no ha podido grangear nada en aquel coraçon, què puedo yo esperar, que aunque soy Principe, no me atrevo à declararme mas, que por vn infeliz Estrangero, sin hazienda, ni Patria?

En fin, señor, algunos dias despues desta tercera Batalla, en la qual avia llevado Artamenes la mejor parte; y donde Philidaspes se señalò, le pareciò, que podia ir à refrescar sus Tropas; pues el de Ponto hazia lo mismo. En este tiempo juntò Ciaxares las que avia embiado à sacar de las Plaças, con que remplaçò las Compañias, y se hallò su Exercito compuesto de mas de cinquenta mil Hombres. Tambien reforçò el suyo el Rey de Ponto con vn grueso socorro; de manera, que estos Reyes enemigos se hallaron con fuerças iguales, y en estado de disputar la victoria. Fuè recibido Artamenes del Rey, y de la Princesa con grandes aplausos, y Philidaspes acariciado, aunque menos que Artamenes: lo qual le causò vn rabioso sentimiento. Los pocos dias que estuvieron en Anisa, vieron muy frequentemente à la Princesa, concurriendo casi siempre juntos, con poco gusto de Artamenes, que me solia dezir: O què cruel es este Philidaspes, que me quita la mitad de la vista de Mandane, y toda la dulçura de su conversacion! Porque aunque todos le juzgan por ambicioso de fama, està tan inseparable della, como si fuera su amante. Porquè no assiste à Ciaxares, para alcançar la fortuna que pretende, y dexa à mi Princesa? Si piensas, Philidaspes, que te quiero competir la gloria por este camino, y mantenerme en la gracia del Rey, cree, que te engañas. Possee, y goza en paz los mayores Cargos de Capadocia: sè en buen hora el mas favorecido, y dexarme solo junto à Mandane. Toma otro camino para llegar donde te conduze tu ambicion, y no vengas à perturbar el gozo, que tengo en hablar solo, y ver sola à Mandane. Ya conozco, que no me atreverè

nunca à hablarla en mi amor; porque fuera de que me impone silencio su virtud, que el respecto me detiene, y que su modestia, y severidad me lo impiden, aun no he obrado acciones grandes, por medio de las quales me arroje à este peligro; mas no por esso dexo de desear infinito blarla sin testigos; y assi, ò amigos mios (nos dezia à Feraulo, y à mi) si yo tuviera la fortuna de que no participasse otro de su vista, y de su agrado, me estimàra por el Hombre mas feliz del Mundo, aunque no la hablasse de mi amor; porque quien sabe, si esta Princesa, toda entendimiento, y agudéza, viendome siempre con ella, adivinàra algo de lo que deseo que sepa, mas facilmente, que quando nos mira à Philidaspes, y à mi juntos? Pero què digo? No, Artamenes, aun no es tiempo de declarar tus passiones, antes es menester ocultarlas de modo, q̃ no las conozcan. No està todavìa Artamenes dõde yo le quiero poner, para q̃ tenga en el pecho de Mandane parte poderosa à defenderle de su enojo. Primero es necessario obligarla con servicios grandes; grãgear su estimacion con acciones heroycas; atraer su inclinacion con vn cõtinuo obsequio; divertir su atenciõ de otro qualquiera objecto, por todos los caminos posibles; merecer su agrado con veneraciones, y rendimientos; y entonçes, quizà, se le podrà hablar de amor. Pero si Philidaspes la sitia à todas horas, como he de hallar ocasion? Costavale, en fin, varios discursos Philidaspes; y muchas vezes presumiò, q̃ era tan amante, como ambicioso, cuya presunciõ le causava terribles afanes.

Estando (como dixe) junto todo el Exercito, antes de matchar àzia el Enemigo, que se avia buelto à poner en Cãpaña, para presentar la Batalla, hizo el Rey passar muestra general à sus Tropas, mandando, que passassen por delante de los Muros de Anisa, dõde estava la Princesa, para ver aquella militar ceremonia. Artamenes llevava puestas aquel dia vnas Armas ordinarias, aunque avia mandado

hazer

hazer otras muy ricas, y viſtoſas; mas no ſe las quiſo poner en dia de mueſtra, haſta aver las eſtrenado en dia de Batalla; reſpondiédonos à Feraulo, y à mi, que le inſtavamos à que las eſtrenaſſe, que las Armas, para luzir, avian de eſtar eſmaltadas con ſangre enemiga. Pero con averſe fiado ſolo en ſu gallardia, pareciò mejor que ninguno, ſin exceptar al miſmo Philidaſpes, aunque eſtava aquel dia bizarra, y ayroſamente armado. Aſſomòſe la Princeſa à la Muralla, acompañada de todas las Damas de Aniſa, à ver la Gẽte, que paſſava por delante del Rey, à ponerſe en Batalla, no muy lexos de alli, ſegun la orden de Artamenes, que iba delante, con vn garvo, que ſe llevava los ojos de todos. Parecia, que todo aquel Cuerpo de Exercito eſtava aſido à èl, con vna inviſible cadena; porque al menor impulſo de ſu mano, ò de ſu voz, le hazia mover como queria; ya à la derecha, ya à la ſinieſtra, ya à la Vãguardia, ya à la Retroguardia; aora doblando las Filas, y aora abriendolas. En fin, no huvo Sargento Mayor, que tan bien ſupieſſe ſu oficio, como Artamenes. Mientras ſe atendia à eſto, viò la Princeſa, deſde lexos, venir por el llano vn Rey de Armas del Rey de Ponto, conociédole facilmente, por las Inſignias que traìa. Aſsi que llegò à los primeros Eſquadrones, fuè traìdo à la preſencia del Rey, à quien pidiò licencia, para hablar à Artamenes de parte del Rey de Põto. Hizole luego llamar Ciaxares, y el Rey de Armas le dixo en voz alta: El Rey mi ſeñor, que os eſtima, y os eſtà obligado, y no quiere deber la victoria (ſi la conſigue) à ninguna accion deteſtable de ſus Vaſſallos, me embia à advertiros, que en ſu Campo ay quarenta Cavalleros, q̃ no conoce (porque ſi los conociera, los caſtigàra) que han conſpirado contra vueſtra vida, y jurado ſolemnemẽte de hallarſe en la primera Batalla, q̃ ſe diere, no ſepararſe nunca, ni buſcar à otro, que à vos, para mataros, ò morir juntos en la demanda. Eſtas ſon las miſmas palabras q̃ el Rey ha leìdo en

vn Papel, q̃ se hallò en su Campo, sin saber à quien iba encaminado, ni quié le ha escrito. Y en fin, señor, el Rey de Põto, y el de Frigia, q̃ me embiá à vos, no atreviendose à pediros, assi por vuestro credito, como por el suyo, q̃ no peleeis aquel dia, por saber, q̃ no lo consentirà vuestro valor; os amonestan, q̃ por lo menos, os pongais para aquella ocasion vnas Armas comunes, como essas q̃ teneis, para q̃ los cobardes, q̃ estàn conspirados contra vos, no conociédoos, no consigan el fin de su infame conjuracion. Y dicho esto, hizo el Rey de Armas vna profunda reverẽcia; y Artamenes, aviédo hecho tãbiẽ el acatamiẽto al Rey, à quiẽ pidiò licẽcia para respõder, no obstãte el pesar de verse obligado à su Cõpetidor, respõdiò assi: Quedo muy obligado al cuidado q̃ tu Rey tiene de mi vida; mas para mostrarle, que no soy indigno de sus honras, es necessario, que, con licencia del Rey (dixo buelto à Ciaxares) dilate vn poco la respuesta: y llegandose al oydo de Feraulo, q̃ estava junto à èl, le dixo no sè que cosa, q̃ nadie la oyò; pero luego lo supimos; porq̃ estãdo cerca la Tienda de mi Amo, pudo Feraulo executar muy brevemẽte su orden: por lo qual, le vimos venir cõ vn Soldado detràs, q̃ traìa, como en triũfo, las ricas Armas, q̃ Artamenes avia mãdado hazer. Esta vista admirò à todos, y causò deseo en la Princesa de saber lo q̃ era; porq̃ Feraulo reparò, q̃ le seguia cõ los ojos, y admirava aquellas Armas. No podia Artamenes aver elegido otras mas ricas, ni lucidas. Estavan cubiertas de oro, y en varias partes esmaltadas de tan vivos colores, q̃ no los representa mas vistosos el Arco Celeste. Todos los clavos estavã cubiertos de rubies, y esmeraldas. El Escudo tenia en medio vn Sol muy grãde, formado de diamãtes, q̃ deslumbrava los ojos mas atẽtos. Sobre el riquissimo Yelmo se levãtava vn Aguila de oro macizo, cõ las alas abiertas, q̃ inclinãdo la cabeça al pecho, assia cõ las garras, y el pico la cresta del Yelmo; y parecia, q̃ mirava à la parte dõde debia estar el Escudo,

cudo, aquel Sol de diamantes, como dando à entender, que aquel Sol, que segun la intencion de Artamenes, symbolizava à la Princesa, merecia mejor sus atenciones, que el que alumbra el Mundo. De la cola del Aguila salia vn gran penacho tremolante, de veinte colores diversos, admirablemente mezclados. La guarnicion de la Espada, la bayna, la cintura, las manoplas, y la casaca, con todo lo demàs, correspondia à esta riqueza; y porque todavia las tiene mi Amo, podreis ver facilmente, que, ò sea por lo rico de la materia, por el primor de la forma, ò por la diversidad de los colores, no pueden hallarse otras mas ricas, ni mas señaladas.

La vista destas Armas motivò en todos los circunstantes diferentes discursos, y vn comun deseo de saber lo que queria hazer con ellas Artamenes. Miròle el Rey, deseoso tàbien de saberlo; y Artamenes entonçes, haziendole vna profunda reverencia, le pidiò licencia para responder al Rey de Armas, à quien dixo: Di à tu Rey, que pues mis Armas han sido buenas para resistir las suyas formidables, espero, que tambien serán suficientes para no temer las de essos Cavalleros, que fian tan poco de su valor, que se juzgan necessarios quarenta, para vençer à vno. Publica, pues, por todo el Campo de tu Rey, que llevo en la Batalla estas Armas, que vès; y assegura de mi parte à tu Dueño (si el Rey me lo permite) que para reconocer en parte su generosidad, ninguno le acometerà, sino cuerpo à cuerpo, ni se verà su valor sujeto à la multitud, à lo menos donde yo me hallare. El Rey de Armas, admirado, y aficionado del gran valor de Artamenes, le queria respõder; mas èl, sin darle lugar, prosiguiò: No te opongas à mi resolucion, ò amigo; y cree, que si tu Rey me conociera bien, no desaprobara esta accion. Aviendo oydo esto Ciaxares, quiso oponersele, representandole, que no era

razon aventurar tan de ligero vna vida que tanto eſtima-va. Mi fama, ſeño. (replicò Artamenes) debe eſtar mas en vueſtra memoria; y aſsi ſuplico à V. Mag. no me exponga al tranze de deſobedecerle. Ciaxares, no obſtante, replicò, pero en vano; con que fuè forçoſo deſpedir al Rey de Armas, ſin mudar la reſpueſta. Deſpues que ſe fuè, y bolvieron las Armas à la Tienda, quedò Artamenes tan ſoſsegado, como ſi no le huvieran dado vn aviſo, que tanto importava à ſu vida. No le ſucediò aſsi à Ciaxares, à quien diò eſto mucho cuidado, y eſtuvo por ſuſpender la marcha àzia el Enemigo: tanto eſtimava la perſona de Artamenes. La Princeſa, que avia viſto, pero no ſabido, eſte ſucceſſo, eſtava deſeoſiſsima de ſaberle: por lo qual embiò vn Criado à informarſe, à quien encontramos, al ir à llevar al Rey de Armas fuera del Real, aviendole paſſado primero por medio del Exercito, ſegun la orden de Artamenes, para que pudieſſe informar al Rey de Ponto de ſu hermoſura, y fortaleza; y le dimos, de parte de mi Amo, al deſpedirnos, vn diamante de gran precio. El Criado de la Princeſa nos preguntò lo que deſeava ſaber, y noſotros ſe lo diximos en breves palabras, exagerando la generoſidad de mi Amo; el qual eſtava tan bien viſto de todos, que eſte Hòbre ſintiò, con notable extremo, el peligro à que ſe exponia; pero conſolòle el ver, que los grandes diſignios, y maquinas de ſus Enemigos, ayudavan à manifeſtar la grandeza de ſu animo; y con eſte conſuelo ſe fuè à dar quenta à Mandane de lo que avia paſſado. Vna Dama, muy querida de la Princeſa, con quien Feraulo tenia inclinacion, nos dixo deſpues, que avia perdido ſu Ama el color del roſtro con eſta noticia; pero que alabò mucho la accion de Artamenes. Tambien Philidalpes, que eſtava cerca del Rey, la alabò; pero de modo, que ſe le conocieron los zelos, y la embidia; pero creo, que eſtas

dos

dos paſsiones ſon tan inſeparables de los que aſpiran à la gloria, y à la fama inmortal, como las que engendra el amor: y aſsi como Artamenes tenia alguna leve ſoſpecha, de que Philidaſpes eſtava enamorado de la Princeſa, juzgo, que tambien eſte tenia la miſma de Artamenes. No obſtante, ſe tratavan, como ſi ſupieran, que amavan igualmente, y eſtuvieran ſujetos à vna miſma paſsion. La Princeſa, ſolo los juzgava amantes de la gloria, ſin ſaber, que ella era el aſſunto de ſu amor, y de ſu odio. Ciaxares queria bien à ambos; porque verdaderamente lo merecian; pero con eſta diferencia, que vna oculta inclinacion le movia à preferir en ſu eſtimacion à Artamenes, aunque eſtava obligado igualmente de ambos. Tenia Philidaſpes el apoyo de Aribeo: el qual, queriendo oponerſe à la nueva privança de Artamenes, le pareciò, que no podia hazerlo mejor, que por medio de eſte Eſtrangero joben, en quien concurria, como tambien en mi Amo, el privilegio de la jubentud, que tan atractiva es en todas partes, para que ſiendo el vno embaraço del otro, pudieſſe, por medio de ambos, mantenerſe en ſu autoridad, y manejo.

CAPITVLO XIV.

De la Batalla que ſe dieron los dos Exercitos Enemigos ; y lo que en ella ſucediò à Artamenes.

MI Amo, en fin, que en ſu amor nunca ha dexado paſſar ocaſion ninguna de atormentarſe, ſufriò grande dolor, quando ſupo, que la Princeſa, deſpues de averle alabado, avia ponderado la generoſidad del Rey de Ponto. O què infeliz ſoy! (me dixo aquella noche, deſpues de averſe retirado) Y lo que debo temer à mi fortuna, viendo las trazas que vſa, para atormentarme! Porquè no dexas, ò generoſo Enemigo, que conſpiren contra mi vida, ſin defenderla, à tanta coſta mia? Porquè no intentas por otros caminos grangear la eſtimacion del Mundo, ſin que yo ſea inſtrumento de hazertela merecer? Pero mayor culpa es la mia, en no declarar al Rey de Ponto mis intentos. Ocultarle vn Competidor, contra quien èl miſmo ſe conjuràra, ſi le conociera, es abuſar de mi generoſidad; pero ay Cielos! Como podria deſcubrir à mi Contrario el amor, que no me atrevo à manifeſtar à mi Princeſa? Pero como ſufro, que el Rey de Ponto eſtè continuamente gravandome de obligaciones, y haziendo, que, à mi peſar, le compita en generoſidades, y defienda vna vida, que le deſeo quitar; y ſi hallo ocaſion honroſa, ſe la quitaré, ſi no olvida el amor de la Princeſa? O engañado Principe, quanto de ti me compadezco! Tu eſtimas à Artamenes; le deſeas tener en tu ſervicio; te holgàras, que huvieſ-

ſe

ſe nacido tu Vaſſallo, ò que llegaſſe à ſerlo: Mas ay Cielos! Aunque fuera tu Vaſſallo, tu Subdito, y aun tu Hermano, ſeria, no obſtante, tu Competidor, y aſsi no debias deſearle la vida; pero en medio de todo eſto, eres tan generoſo, que me la defiendes; y à mi peſar (ſi es cierto lo que me embias à dezir) te la deberè, ſi ſalgo deſte peligro; porque ſi no me le huvieras advertido, ſeria imposſible librarme dèl. Ay Mandane divina! No concedas toda tu eſtimacion à mi Contrario; eſpera primero el exito deſta Batalla, para diſtribuìr con juſtificacion tus favores, y comparar ſus acciones con las mias: Mas ay Cielos! Que ay vna grande diferencia entre los dos; porque en fin, Mandane ſabe, que el Rey de Ponto la ama, è ignora mi afecto. Quizà, ſeñor, le dixe, le es dañoſa al de Põto la noticia q̃ tiene de ſu amor la Princeſa. No, Criſante, me reſpondiò, por mas ſevera, y cruel que ſea, es impoſſible, que prive al amor del privilegio, que tiene, de dar mayor realçe, y luzimiento à las nobles acciones de los que reconocen ſu dominio. Y aſsi, Criſante, aun quando la perſona amada no huvieſſe nunca de amar, es infalible, que quando ſe perſuade à que todo lo bueno, y heroyco, q̃ ſe obra, es por ella, ſino concibiere amor, concebirà eſtimacion, à lo menos, ò piedad: De manera, Criſante, que quizà, al preſente eſtima Mandane, y compadeze à mi Competidor. Tambien puede ſer, que me eſtime à mi; pero no me compadeze; y tengo por cierto, que entre los premios, que me tiene deſtinados, no ſe numera ſu coraçõ, ni ſu afecto. Poſsible es, q̃ me juzgue mercenario, è intereſſado, que buſco la Fortuna con el valor, y atiẽdo mas al premio, q̃ à la gloria; pero no puede hazer eſte concepto del Rey de Põto. Todas ſus acciones publicã ſu amor. La Guerra miſma, q̃ haze à Ciaxares, explica ſu violẽcia; la generoſidad q̃ vſa conmigo, perſuade, à q̃ es digno de ſer amado. Todo,

en

en fin, es en favor ſuyo, y en perjuizio mio. No acabàra nunca, ſeñor, ſi quiſiera deziros, como deſahogò Artamenes ſus paſsiones.

Siendo, pues, neceſſario partir la mañana ſiguiente en buſca del Enemigo, deſpues de aver dado las ordenes convenientes à ſu marcha, y mandado repetidas vezes, que no ſe olvidaſſen las Armas, que avia de ponerſe el dia de la Batalla, fuè à acompañar al Rey, que paſsò al Quarto de la Princeſa, à deſpedirſe della, donde Ciaxares alabò mucho à Artamenes; mas deſpues le culpò la porfia de querer ponerſe Armas, por las quales podia ſer tan facilmente conocido. Pero yo eſtoy diſpueſto (dixo el Rey) à bolveros lo que me diſteis, defendiendo vueſtra vida, como vos defendiſteis la mia; porque no quiero, que os aparteis de mi lado el dia de la Batalla. Señor (dixo Artamenes, echandoſe à ſus pies) eſtimo, con el rendimiento debido, la honra que V. Mag. me haze; pero le ſuplico, me perdone, ſi en eſſo le deſobedeciere; porque eſtoy reſuelto à procurar apartarme de V. Mag. aquel dia; no ſiendo razon, que le exponga à la furia de quarenta Hombres juntos, que me hirieran, aun mas ſenſiblemente en la perſona de V. Mag. que en la mia. Pues pelead (replicò el Rey) con Armas comunes; porque ſi bien aveis ofrecido lo contrario, fuè ſin mi conſentimiento, y yo he de ſer dueño de mi Reyno, y de mi Exercito. Es verdad, ſeñor, dixo Artamenes; pero la generoſidad debe ſer arbitra de todas vueſtras acciones; y aſsi, nunca me ordenareis coſa, que me deſacredite. Viendo el Rey, que Artamenes no ſe rendia, bolviendo à la Princeſa, dixo: Hija, à vos os le dexo, pelead con èl, y vencedle, ſi podeis; y quereis obligarme. Y dicho eſto, ſe ſaliò de la Camara, haſta cuya puerta le acompañò la Princeſa; con que Artamenes ſe viò obligado à detenerſe vn rato con ella. Deſpues que bol-

bolviò de acompañar à su Padre, à quien no pudo dexar sin lagrimas; Artamenes, que la avia dado el braço, queria despedirse; mas la Princesa le detuvo con mucha gracia, diziendo: Teme Artamenes, por ventura, salir vencido de mis ruegos, que se quiere ir tan aprisa? Vos, señora (respondiò mi Amo) debeis ser temida de todas maneras; y yo debo desconfiar de mi valor, con tan formidable contrario. Yo no intento persuadiros, respondiò ella, à que seais menos valiente; pero quisiera, si fuesse posible, obligaros à no arriesgar, sin causa, vna vida tan glorioſa, como la vuestra, y que tanto ha servido al Rey mi Padre. Bien sabeis, que la razon debe poner limite à todas las cosas; y que tiene sus confines el valor: fuera de los quales, se suele pisar la raya de la temeridad, que desacredita el valor verdadero. Yo creo, señora, replicò èl, interrumpiendola, que en mi edad es mejor romper los terminos señalados por la madura prudencia, que contenerse dentro dellos; y que en tal caso, eligiera la demasia, y dexàra la moderacion. Dezis bien, respondiò Mandane; pero quisiera, que Artamenes, ni fuesse demasiado cuerdo, ni sobradamente arrojado. Es imposible, señora (bolviò à interrumpirla) regalar mis acciones con essa ajustada mediocridad, que deseais en ellas; y en la eleccion destos dos extremos, os suplico humildemente, me permitais, que siga el que me puede llevar à la cumbre de la inmortalidad, y dexe el otro, por donde jamàs se encuentra con ella. No suele ser menos gloria (dixo la Princesa) la de vençerse à si mismo. Si, señora, respondiò Artamenes, como essa victoria no haga indignos de vençer à los otros. En fin, Artamenes, dixo la Princesa, yo no os pido, que no peleeis, solo quisiera, que no os pusieseis en esta proxima ocasion Armas señaladas. Vos, señora, podeis, respondiò mi Amo, man-

dar

dar à Artamenes las cosas mas dificiles, sin el riesgo de no ser obedecida; pero en la presente no podrà hazer vuestra voluntad. La ficcion, señora (y al dezir esto, tiñò de verguença el rostro) se puede en amor perdonar: mas en la Guerra no; y estoy tan ageno (prosiguiò, sonriendose) de ocultarme à mis Enemigos, que si tuviera los meritos necessarios, para merecer vn favor de la mas excelente Princesa del Mundo, me atreviera, sin duda, à pedir à la Ilustre Mandane essa hermosa, y rica Banda, que tiene puesta; y si yo la consiguiera, seria vn medio infalible, para alcançar la victoria sin riesgo; pues me haria invencible, haziendome mas conocido. Artamenes (respondiò, vergonçosa, la Princesa) tiene bastantes meritos, para que la mayor Princesa del Mundo tome à su cargo su defensa; y cierto, que si yo supiera, que esta Banda, que dize, le podria preservar de las heridas, no dudo, que la consiguiera; pero en vez de creerlo que dize, juzgo, que seria hazerme cooperar en su ruina, y atraer los golpes de sus enemigos à su pecho, que es lo que ni debo, ni quiero hazer. Esse es vn arte ingenioso, replicò Artamenes, de obligar negando; mas yo, señora, no os he pedido nada; porque para hazeros vna suplica semejante, era menester ser el que no soy; y el que, quizà, serè, si la Fortuna no me desampara, y mi valor no me olvida. Alegrome, dixo la Princesa, que me ayais ayudado à no verme obligada à negaros lo que me pedis. Pero dezidme, Artamenes, què determinais? Vençer vuestros enemigos, respondiò, y hazeros saber, que los venci: lo qual no podria, si me escondiesse, como deseais. Estavan en esto, quando vieron entrar à Philidaspes, que venia tambien à despedirse de la Princesa. Mudaronse de repente los semblantes de los tres: El de Philidaspes, de rabia, de aver hallado alli à mi Amo; el de Artamenes, del disgusto de ser interrumpido; y el

y el de la Princesa, de vna verguença, que ni aun ella supiera hallar la razon.

Finalmente, por aver yà rato, que el Rey avia salido del Quarto de Mandane, le pareciò à Artamenes bien dexar en èl à Philidaspes, y ir en búsca de Ciaxares; pero el amor se lo estorvò, y le hizo estarse alli tanto como su èmulo. Al entrar Philidaspes, se mudò conversacion; y aunque no avia materia secreta entre Mandane, y Artamenes, ni la Princesa misma sabia, que mi Amo estuviesse enamorado della; porque aquella pura llama, que se encendiò despues en su pecho, estava todavia tan tibia, tan pequeña, y tan poco sensible, que ella misma la desconocia: No obstante, nos pareciò à Feraulo, y à mi (que estavamos presentes) que la venida de Philidaspes disgustò à la Princesa. Hablòle, sin embargo, con mucho agrado; pero es menester advertir, que aunque Mandane tenia grã suavidad en su trato, no dexava de conservar mucha magestad, modestia, y entereza en el semblante: de tal suerte, que me ha dicho muchas vezes mi Amo, que estando en su presencia, apenas se atrevia à pensar en su amor; y que si pudiera alançarlo consigo, en lugar de hablarla en èl, se quitaria de su vista; porque verdaderamente se hazia temer tanto, como amar. Philidaspes, en fin, y Artamenes, se estuvieron vn rato con ella, sin dar indicios de la aversion que se tenian; y como no los conocia la Princesa, los tratava con igual cortesia. No obstante, como mi Amo avia mandado al otro en la vltima funcion, y quizà podia algo mas en ella la inclinacion à aquel, honrò mas à Artamenes, que à Philidaspes. Al despedirse, les dixo: Andad, ò generosos Estrangeros, y obrad de suerte el dia de la Batalla, que de ambos sepa yo las circunstancias de la victoria; pero sobretodo (prosiguiò, hablando con Artamenes) os encargo la persona del Rey. Esso estarà

à mi

à mi cargo, dixo Philidaſpes; porque aviendo de pelear Artamenes con quarenta Cavalleros, no es bien ocuparle en otro empleo. Deſpues de la Batalla, reſpondiò deſabridamente Artamenes, verèmos quien ha cumplido mejor con ſu obligacion; porque ſino me engaño, eſtas ſon de las coſas que ſe deben juzgar por el ſuceſſo. Yo ſiempre juzgarè (dixo la Princeſa) que ambos hareis lo que deben todos los Hombres de valor; y entre tanto, voy à rogar à los Dioſes, que os concedan la victoria: y dicho eſto, ſe fuè al Templo. A eſta ſaçon entrò vn Teniente de las Guardas, à dezir à Artamenes, y à Philidaſpes, que los llamava el Rey, porque queria partirſe; y pienſo, que llegò en buena coyuntura eſta orden; porque ſi proſiguieran en la converſacion, ſin la Princeſa, creo, que huvieran llegado à tener diſguſto, ſegun lo exaſperados, que eſtavan. La brevedad q̃ pedia ſu partida, no les diò lugar à mas, q̃ à obedecer, reſpecto de no ſer tiempo de diſcurrir, quando ſolo ſe debia obrar. Fueron, pues, en buſca del Rey, y del Exercito, que avia empeçado à marchar en demanda de el Enemigo, el qual ſe hallava ſolo dos cortas jornadas de alli.

No dudo, ſeñor, que os admirareis de tantas Batallas, como diò, y ganò Artamenes en aquella Guerra; pero bien ſabeis, que en la Bithinia, en la Galacia, y en la Capadocia, no ay muchas Plaças fuertes, y que ſolo vençe el que puede hazerſe ſeñor de la Campaña: lo qual no ſe puede conſeguir, ſino à fuerça de Batallas, y renquentros. En eſta primera marcha eſtuvo Artamenes como fuera de ſi; y como yo ſabia, que no lo ocaſionava el temor del peligro, le preguntè la cauſa, y ſupe, que aquella paſſion, que de vn leve deſcuido ſabe formar vn grave cuidado, avia agitado aquel dia el penſamiento de mi Amo, diſcurriendo, ſi el averle negado la Banda la Princeſa, avria ſido por lo

que

que ella dixo, ò por otra razon menos favorable. Si avrà sido (me dezia) porque con efecto le dà cuidado mi vida, y le pareciò, que aquella tan rica, y vistosa Banda, me daria mas à conocer à mis Enemigos? O porque no me juzgò digno della, y quiso sumañosa discrecion valerse de este cortesano pretexto, para quitarme el motivo de la quexa? Avrà sido esto favor, ò agravio? Debo agradecerlo, ò sentirlo? Es posible, que no he de saber conocer el verdadero pensamiento de mi Princesa, para regular el mio? Pero de qualquier manera serà justo, y no tendrè jamàs razon de culparla. Si me la negò, porque no fuesse fatal à mi vida, fuè piedad grande; y si por juzgarme indigno de semejante favor, ni ha agraviado à Cyro, ni à Artamenes. Mas ay Cielos! Si despues de los servicios que le ha hecho Artamenes, le niega vna Banda, porque no es mas que Artamenes, como podrà esperar, que le permita dezir, que la adora, ni ser correspondido? No le dèmos sentido tan riguroso; interpretèmos la negativa, como nos estuviere mejor, y creamos, pues lo dixo con tan apacible semblante, que dixo la verdad. Esto es en favor, lo otro era en cõtra. No expliques, ò Artamenes, sus palabras; no te tomes la licencia de querer averiguar los secretos de su pecho; dexate engañar dulçemente, sin andar desentrañando la verdad, que tan amarga te seria. Despues desto examinò Artamenes el menor movimiento de los ojos de la Princesa, mientras Philidaspes estuvo presente; y si bien le parecia, que avia sido mas bien recibido, que el otro; no obstante, quisiera, que no se huviesse dexado ver; y casi deseò, que la Princesa le huviesse culpado, sin saber, ni aun èl, porquè razon. Prosiguiòse la marcha el dia siguiente, y al otro dimos vista à la Vanguardia del Exercito Enemigo, y dos dias despues estuvimos en estado de poder dar la Batalla, deseada igualmente de ambas partes. El Rey procurò

curò de nuevo impedir à Artamanes, que no ſe viſtieſſe aquellas Armas, faciles de conocer; mas no pudo conſeguirlo. En mi vida vì à mi Amo tan alegre, como aquella mañana: y aunque yo ſabia ſu valor, temblava de ſolo pẽſar en el peligro à que le veìa expueſto. Feraulo, y yo, ſin dezirle nada, propuſimos no apartarnos dèl, mientras lo permitieſſe el deſorden de la Batalla, y defender ſu vida à coſta de las nueſtras. Ciaxares procurò tenerle junto à ſi; y viendo, que ni aun eſto queria hazer, le encargò el Cuerno derecho de la Batalla, y el izquierdo à Aribeo, con quien ſiempre eſtava Philidaſpes. En fin, ſeñor, ſin detenerme à referiros la orden deſta Batalla, os dirè, que ſe llegò à las manos, y que Artameneshizo tales prodigios, que yo, que fuì teſtigo dellos, apenas puedo comprehender, como los obrò. Llevava pueſtas (ſegun lo prometiò al Rey de Armas) las ſeñaladas, y ricas; con que no fuè dificil à los quarenta juramentados conocerle, embeſtirle, y eſtrecharle, quando les pareciò mas conveniente. Avian reſuelto entre ellos (como deſpues ſupimos) no acometerle vno à vno, y procurar cogerle deſcuìdado; mas como Artamenes eſtava ſobre aviſo, no pudieron jamàs conſeguir eſte intento.

Aſsi que los Exercitos eſtuvieron à tiro de Arco, y que ambos obſcurecieron el ayre con las ſaetas, Feraulo, y yo, que ſiempre tuvimos pueſtos los ojos en Artamenes, reparamos, que le cargavan mas que à los que eſtavan en contorno dèl; y que ſu Eſcudo, aunque cubierto con vna plancha de Oro, eſtava todo deſcoſtrado; de donde ſe inferia, que era blanco de muchos. Pero Artamenes, deſpreciando el daño que recibia, ſacudiendo con violencia el braço izquierdo, para deſpedir la multitud de flechas, que le tenian paſſado el Eſcudo; y bolviendoſe à los que eſtavan junto à èl: Vamos, dixo, ò Compañeros, à vençer

à los

à los que nos cõbaten desde lexos, que quizà no serán tan valientes con la espada, como con el arco; y dicho esto, se arrojò el primero de todos, mezclandose entre los enemigos con tanta furia, brio, y ardimiento, que desordenò el cuerno izquierdo del enemigo, que estuvo casi rechazado; pero poco despues se detuvo, y se rehizo, cõ que la batalla fue muy reñida. Finalmente los quarenta Cavalleros, que querian matar à Artamenes, no se descuydaron en cumplir lo que avian prometido al motor desta maldad; y no fue dificil conocerlos entre los demàs enemigos, que no tenian particular intencion contra èl, porque huian de todos los nuestros, que los embestian, y solo buscavan à mi Amo, à quien no permitian vn instante de tregua para el descanso (que tambien suele hallarse en las mas fieras batallas.) Por qualquiera parte que fuesse procuravan cercarle: si acometia à vno, se le oponian tres, ò quatro; si matava à otro, se le ponian delante dos: quanto mas se estendia, mas le estrechavan: quantos mas derribava, tantos mas aumentavan las fuerças los que quedavan, para conseguir su intento. Feraulo, y yo procuravamos ayudarle contra aquellos crueles enemigos, que tan obstinadamente le perseguian; pero si su valor no huviera podido mas, que nuestras diligencias, huvieramos, sin duda trabajado en valde. El obrò acciones tan prodigiosas, que por ser increibles no me atrevo à dezirlas. La Cabeça de los conjurados era tan sagaz, y cobarde, que avia ordenado à vnos de los suyos que procurassen matar el cavallo à Artamenes, para que caido en tierra, fuesse mas facil à los otros compañeros quitarle la vida; y con efecto este azar le sucediò dos vezes; en la primera tuve la dicha de hallarme muy cerca dèl, y le di el mio, aunque contra su voluntad; y creo que no le huviera aceptado, si la fuer-

te no me huvieſſe en aquella ſazon deparado otro, de vn Soldado mueſtro, que avian muerto junto à mi; pero la ſegunda ſolo pude ver caer muerto el cavallo que yo le avia dado, y à Artamenes deſembarazarſe dèl, y pelear à pie con los q̃ le embeſtiá; mas no pude acercarme á èl, porque me lo impedian los que le tenian cercado; pero ſi bien naturalmente devia quedar vencido en trance tan apretado, quiſo el Cielo defenderle, y ayudarle, deſuerte, que matò à vno de los contrarios, que tenia vn cavallo muy bueno, con que Artamenes, ſin perder tiempo, no obſtante la opoſicion de los enemigos, ſubiò en èl, y cortò la mano à vno que le quiſo aſir de la rienda, y desbaratò à todos los que le hazian reſiſtencia. Artamenes, en fin, ſegun yo vi, matò, y hiriò mas de treinta, y hizo muchos priſioneros, aſsi de los conjurados, como de los otros.

Aviaſe defendido en eſte tiempo el cuerno derecho del enemigo mas que el izquierdo, y no obſtante el valor de Aribeo, y Philidaſpes, les avia coſtado mas cara la victoria, y mas tiempo que à Artamenes, pero al fin la ganarõ, aunque ſin particular enemigo con quien pelear. Ciaxares, que eſtava en el cuerpo de la batalla, ſe avia mezclado con los enemigos, y derrotadolos, con que la victoria ſe declarò por èl, y el Exercito enemigo quedò deſordenado, y confuſo. Los vencedores ſeguian obſtinadamente el alcançe de los vencidos; de los quales, vnos ſe rendian, arrojando las armas, y otros elegian morir, porque no los hizieſſen priſioneros. Todo en fin era confuſion, ocaſionada por Artamenes, que era ſin duda el principal aſſumpto de la victoria; porque ſe me avia olvidado deziros, que al principio de la batalla Aribeo, y Philidaſpes ſe vieron obligados del recio contraſte de los enemigos, à declinar vn poco, y conociendolo Artamenes, hallandoſe con baſtantes fuerças para vencer à los que tenia delante, avia ſa-

ca-

cado de ſus Tropas dos mil hõbres, y embiadolos à ſocorrer à Aribeo, y Philidaſpes. Eſte ſocorro eſtorvò la victoria à los enemigos, y conſiguientemente la declarò por noſotros. En el diſcurſo del cõbate, Artamenes, que no avia recibido mas que dos ligeras heridas, cargò à los enemigos, y los ſiguiò, haſta que viò que no ſe reſiſtian, porque no huvo vencedor tan piadoſo como Artamenes con los que no eſtavan en eſtado de defenderſe. En eſte alcãce conociò al Rey de Ponto, à quien tenia muy apretado Philidaſpes, el qual aſsiſtido de doze, ò quinze, le huviera muerto infaliblemente, ſi mi Amo, ſeguido de Feraulo, de mi, y de otros dos, no huviera caſualmente llegado. Alçò la voz quanto pudo, y haziendo apartar à los que eſtavan cõ Philidaſpes: Generoſo Principe (dixo al Rey de Ponto) como noſois tan dichoſo como yo, aunque ſeais mas valeroſo, no ſaldriais quizà tan facilmente de las manos de los que os acometen, como yo de los que me han embeſtido; y aſsi no porfieis en pelear con quien no puede hazer que me obedezcan para cumplir mi palabra; porque el Rey à quien ſirvo eſtá perſonalmente en el Exercito. Pero ò rendios, õ pelead ſolo conmigo, en la parte donde eligiereis. A eſtas palabras, que admiraron al Rey de Ponto, y paſmaron à Philidaſpes, queria reſponder el primero, quando ciẽ Soldados ſuyos, que le andavan buſcando, aviendole conocido, venian à romper à los que le tenian cercado. Pero el Rey, conociendo que no podian acometer à Philidaſpes, q̃ le avia querido matar, ſin pelear con Artamenes, q̃ le avia defendido, ſolo tratò de retirarſe. Vn caſo tan impenſado admirò à Philidaſpes; pero cobrandoſe de ſu aſſombro, ſin penſar en ſeguir al Rey, ſe bolviò ayrado à Artamenes, y le dixo: De manera q̃ no quereis q̃ triunfe otro que vos, y no contento con vueſtras victorias, venis à vſurpar las agenas? Artamenes, mirandole con ojos indignados, reſpondiò:

dió : Menester es vsurpar las victorias á los que se valen del valor ageno para vencer á vn Principe desamparado de los suyos, y á estos se deve culpar, no á Artamenes, que solo emplea su braço en conquistarlas, y dexando todos los despojos á los Soldados, pocas vezes les dá parte en los riesgos. Los que están favorecidos de la fortuna (dixo Philidaspes) no necesitan de llamar á otros en su ayuda. Los que fian en su valor (replicó Artamenes) no invocan el poder de la Fortuna. Bien es menester que oy os aya socorrido, dixo Philidaspes. Tambien creo, que oy os ha desamparado, respondió Artamenes, pues aveis avido menester la assistencia de doze, ó quinze para pelear con vno. Vos hallais faciles los medios de vencer, replicó Philidaspes, no aviendo de pelear sino con hombres ruines, y Soldados de poca quenta. Mas facil os es á vos, respondió Artamenes, vencer Reyes desamparados, y rendirlos con ventaja, pero quizá no os será tan facil vencer á Artamenes solo, si le dierais ocasion para probarlo, que si se la concedeis, será mañana. No ay que esperar tanto, dixo Philidaspes; y levantando el braço, fue á embestir á Artamenes, que tambien se fue á él, tirandole vn gran golpe, que sin duda le huviera herido muy mal, si no se le huviesse torcido la mano, y la espada no huviesse resbalado por las armas. Nosotros puestos en medio procuramos en vano apartarlos, y ambos conocieron repetidas vezes el peso de sus golpes, y la fuerza de sus braços ; pero considerad, Señor, lo que puede la virtud, y el valor verdadero. No estavamos mas de quatro con Artamenes, y los q estavan con Philidaspes eran doze, ó quinze. Al punto que empezaron á repuntarse, dos de los que avian acompañado á Philidaspes contra el Rey de Ponto, le dexaron, y se pusieron al lado de mi Amo.

Ver-

Verdad es, que no ofendieron à Philidaſpes, aunque no tuvimos lugar de ver en lo que paraua eſte ſuceſſo; porq̃ al miſmo tiempo llegò Ciaxares, acõpañado de grãde numero de los ſuyos; y eſtos dos fieros enemigos, con la viſta del Rey, dexaron el cõbate, y ſuſpendieron las iras. Què genio, ò què hado infernal enemigo de mi gloria (dixo Ciaxares) quiere deſtruir à los que me han llenado de triunfos? Y dicho eſto, ſe informò de la cauſa de ſu diſguſto, que avien dola ſabido, culpò mucho à Philidaſpes el aver ſacado la eſpada cõtra quien le podia mandar; y ſe ſintiò de mi Amo, por aver ſido cauſa, de q̃ el Rey de Ponto ſe huvieſſe eſcapado. Señor, reſpõdiò Artamenes, yo me obligo à enmendar eſte yerro con acciones mucho mas honroſas; y ofrezco poner priſionero en vueſtras manos à aquel Principe antes q̃ ſe acabe la guerra, ò morir en la demanda. En preſencia vueſtra, Señor, ofreci, que no permitiria fueſſe vencido cõ ventaja, y he cumplido mi palabra. Si el Rey no huviera llegado; reſpondiò el furioſo Philidaſpes; y interrumpiendole Artamenes, dixo: Quizà huviera caſtigado vueſtra temeridad, y oſſadia. Mandòles el Rey que callaſſen, y al punto los ajuſtò con ſu autoridad, y hizo que ſe abrazaſſen delante dèl: y deſpues, aviendo mandado tocar à recoger, plantò el Real en el ſitio de la batalla; y aviendoſe retirado todos à ſus Tiendas, Artamenes ſe fue à la ſuya para curarſe; lo miſmo hizo Feraulo, que tambien eſtaua herido; y yo, que auia andado mas dichoſo, me quedè para aſsiſtirlos. Aquella miſma noche vino el Rey à viſitar à Artamenes; y aviendole alabado mucho, le diò la enorabuena de aver ſalido libre del peligro paſſado, acompañada de muchas ſeñas de afecto. Embiò luego à dar quenta à ſu hija del feliz ſuceſſo de la batalla, y de aver quedado libre Artamenes, el qual recibiò los fauores del Rey con tanta alegria, como reuerencia.

CAPITVLO XV.

Descubrese la Cabeça de los Conjurados por medio de vnos Prisioneros; Y lo que con èl hizo Artamenes.

AVIAN quedado amigos Artamenes, y Philidaspes en lo exterior; pero interiormente no lo eran: porque claro està, que el vltimo lance avria exasperado mas sus animos, en los quales se avia introducido vna estraña passion: porque para dezirlo claro, Philidaspes (aunque mi Amo le juzgaua deseoso de Fama solamente) estaua tan enamorado de la Princesa como èl, y por esta razon avia embestido tan furiosamente al Rey de Ponto, considerandole mas como amante de Mandane, que como enemigo de Ciaxares: hallò no obstante algun consuelo en este caso; porque viendo con la generosidad que Artamenes avia defendido la vida del Rey de Ponto, creyò que no era su competidor en amor, pareciendole imposible, que fuesse en vna misma accion competidor, y generoso. No discurria assi Artamenes, porque nunca tuvo tanta sospecha del amor de Philidaspes como aquel dia. Y assi despues que el Rey saliò de su Tienda, me dixo: Como es posible, que vn hombre de valor, generoso, y ambicioso de gloria, dexe de tener algun odio particular con el Rey de Ponto? Si no fuera su competidor no huviera intentado quitarle la vida tan cruelmente. Ay Crisante! Philidaspes ama à Mandane, ò estoy el hombre mas engañado del mundo. Desuerte, que vna misma accion producia diferentes efectos. Philidaspes creia, que Ar-

Artamenes no amaua à la Princesa, por aver querido defender al Rey de Ponto; y Artamenes juzgaua de Philidaspes lo contrario, por aver querido matar à aquel Rey, con termino tan indigno de su valor; Pero eran estas opiniones tan vacilantes, inciertas, y fundadas en tan deviles conjeturas, que no se podia hazer caso dellas, y solo quedaua en pie la aversion que ambos se tenian. Dos, ò tres dias despues de la batalla juntò Ciaxares Consejo de Guerra, para resolver, si se avia de seguir el alcance del enemigo, que se auia retirado, y esperava vn grueso socorro; y lo que se determinò fue: que para embarazar mas al enemigo, se dividiessen las fuerças, y se embiasse à atacar vna Plaza de Bithinia, situada en las riberas de vn gran Lago, y de esta suerte se haria vna poderosa diversion al socorro que el enemigo esperaua; y que entretanto la mayor parte del Exercito se estuviesse observando las operaciones del contrario, despues de tener juntas sus reliquias, y obrasse conforme la ocasion lo pidiesse. Despues de tomada esta resolucion, Ciaxares, que se hallaua enfermo, se bolviò à Anisa, dexando à Artamenes por su Theniente General del Exercito, que avia de estar en Campaña. Aribeo le siguiò; y à Philidaspes embiò à sitiar aquella Ciudad con el resto de las Tropas.

No quedaron estos dos opositores muy gustosos con sus empleos. Philidaspes, considerando que Artamenes podria pelear con el Rey de Ponto, le pareciò, que quedaua mejor que èl. Artamenes juzgò, que la toma de vna Ciudad de consequencia era algo mas, que ganar vna Batalla; porque dezia: En la vna accion concurren partes de Conquistador, y de Vencedor; pero la otra no tiene mas que la de Vencedor; Fuera de que despues de la Victoria, aquel se halla en possession de vna Plaza muy importante, y este con solo el Campo de Batalla, y

tal vez ſin conſeguir ventaja con aver vencido ; pẽrò en fin ſe conformaron con ſu ſuerte. Philidaſpes marchò con ſeis mil hombres ; Artamenes ſe quedò con treinta mil, y el Rey llevò conſigo ſolamente los que eran neceſſarios para ſu guarda , dexando à mi Amo tan poco herido deſta vltima batalla , que no eſtuvo en la cama mas de vn dia. Diuidieronſe eſtos dos competidores en preſencia del Rey , deſeandoſe en lo exterior buenos ſuceſſos; pero mirandoſe interiormente con la ordinaria opoſicion, quando no con aborrecimiento. El dia ſiguiente , que ſe fue el Rey, dexando el govierno de las armas à mi Amo, à peſar de los contrarios oficios de Aribeo , vno de dos priſioneros , que avian cogido , muy mal herido , en la batalla, pidiò licencia para hablar à Artamenes en vn negocio importante. Con eſte aviſo fue luego mi Amo à la Tienda donde eſtava eſte priſionero, creyendo que podia ſer materia del ſervicio del Rey. Aſsi que entrò , le dixo el herido : Aviendo, Señor , dadome tan evidentes ſeñales de vueſtro valor , como las heridas que he recibido de vueſtra mano, quiero daros aſſumpto para que exerciteis vueſtra juſticia , ò vueſtra clemencia. Eſſas ſon dos virtudes , reſpondió mi Amo , que no es arrieſgada ſu eleccion. No obſtante, inclinandome mas al perdon , que à la vengança , podreis eſtar ſeguro , de qual de las dos me valdrè. Señor (dixo el otro que no eſtava herido) lo que os quiere dezir mi hermano, y os dirè yo , por ſu falta de fuerças , os dexarà admirado , y abſorto ; os pondrà en la duda de lo que aveis de hazer , y juſtificarà todo el rigor que quiſiereis vſar con noſotros ; porque en fin, Señor, (y aqui ſe le echò a los pies) noſotros ſomos de aquellos viles, è infames, à quien el conocimiento de vueſtro valor ha hecho honrados, embidiando vueſtra gloria, y aborreciendo la vida, que no pudimos guardar para executar

en vos el daño, que quisimos hazeros. Al oír Artamenes semejantes razones, no sabia que dezirse; quando el herido añadiò: Señor, por no teneros mas suspenso, y mostraros, que estamos arrepentidos de nuestra culpa; pues os la confessamos, sabed, que mi hermano, y yo somos del numero de los quarenta, que avian conspirado contra vuestra vida, y os embistieron tan villanamente en la batalla. O amigos (dixo entonces Artamenes, interrumpiendo al que hablava, y mirando à ambos, sin alterarse) què causa os moviò à accion tan fea, y què motivo os mueve aora à confessarla? Por què me quisisteis matar, y por què librarme? Què razon teneis para exponeros a la discrecion de vn vencedor irritado? Señor (prosiguiò el vno) nosotros os quisimos matar, porque eramos desdichados; y la esperança del premio pudo mas en nosotros, que el deseo de la fama verdadera. Pero oy vuestro heroyco exemplo nos ha enseñado mejor dotrina, y preferimos vna accion honrosa à todos los temores del mundo. Y assi antes avemos querido aventurar nuestra vida, descubriendo nuestro delito, que arriesgar otra vez la vuestra, callandoos, que la Cabeça de la conjuracion està en vuestro poder sin ser conocido; y si se libra con el cange de los prisioneros, puede ser que no se enmiende, è intente segunda vez algo contra vuestra persona, que es la mas glorioſa del mundo. Desuerte (dixo Artamenes) que el caudillo de la conjura està en mi poder? Y quien es este, que sin averle nunca ofendido me aborrece tanto, y se quiere tan mal, que prefiere la muerte de su enemigo à su propio honor? Este es Artano: respondieron ambos à vn tiempo. Artano? dixo mi Amo admirado. Si, Señor, replicò vno dellos, Artano, à quien se escriuia aquel papel, que se hallò en el campo del Rey de Ponto, con el qual mi hermano, y yo le asegurávamos, que todos los quarenta conjurados estauan re-

suel-

fuesitos à no pelear con otro que con vos, y à mataros; pero el que le avia de dar este papel, y nos avia hablado de su parte, le perdiò junto à nuestras Tiendas, y aviendo llegado a manos del Rey, os lo auisò: y como Artano, ni ninguno de los conjurados iba nombrado en èl, y mi letra, aviendola yo disfrazado, no fue conocida de nadie, se supo la conjura; pero no los autores della; y esta fue la causa, como he dicho, de que os la avisasse, no pudiendo remediarla el Rey con el castigo de los culpados, que no conocia. Creed, Señor, que Artano ha sido el que nos sobornò, y el que rabioso de la fea accion que cometiò, y de auer sido vencido de vos con modo tan afrentoso, y tan en perjuizio del amor que tiene à la Princesa de Ponto, ha procurado vuestra muerte, y para poder reconciliarse con la Princesa, se ha hallado encubierto en la batalla, donde creyendo euidentemente, que auiais de morir, pretendia dexarse ver armado con vuestras armas, y para dezirlo todo, con vuestra cabeça en la mano, como si os huviesse vencido, para que el Rey de Ponto le restituyesse à su gracia, por aver triunfado del mas formidable de sus enemigos; pero la Diuina Iusticia, y vuestro valor lo han dispuesto de otra manera. Y assi, Señor, en vuestra mano està nuestro destino, y nuestras vidas. Si vuestras hericas, dixo Artamenes al herido, no fueren mortales, tendreis lugar de enmendar vuestros errores con alguna accion honrosa. Yo no sè castigar a los arrepentidos, ni vengarme de los indefensos. Há Señor! dixeron los dos; el vno juntando las manos, y el otro doblando la rodilla, contra què hombre, ò por mejor dezir, contra què Deidad nos avemos empleado? Contra vn hombre, dixo Artamenes, que teme a los Dioses (y diziendo esto, tomò vna mano al arrodillado, y otra al herido) contra vn hombre, que mas quiere morir, que cometer accion fea, ni in-

indecente ; y assi olvidando el delito, en que vuestro mi-
fero estado os hizo incurrir, y queriendo premiaros vues-
tro arrepentimiento, y el gusto que me aveis hecho, ad-
virtiendome, que tengo en mi poder a Artano, os conce-
do la vida, y os ofrezco la libertad, no queriendo por vo-
sotros ningun rescate. Señor (dixeron) mandadnos lo
que quisiereis, porque què cosa no deuen hazer (por difi-
cultosa que sea) los que merecendo la muerte, les con-
ceden la vida? Solo quiero, replicò Artamenes, que an-
tes de libraros me jureis solemnemente, que por ningun
acontecimiento empleareis vuestro valor contra otro
ninguno, en la forma que le empleasteis contra mi, y que
no infamareis la gloriosa profession que seguis con accio-
nes indignas. Pelead conmigo, como Soldados valero-
sos, como con vn enemigo de vuestro Rey; y no olvideis
diligencia para vencerme, que yo os prometo no desde-
ñar a ninguno de vosotros, y medir mi espada con las
vuestras; embestidme juntos, si os es tan formidable mi
fama, que no os resolveis à acometerme cuerpo à cuer-
po: pero nunca hagais mercancia de la sangre, y vida
agena, y hazed que la esperança de vna ganancia infame
no me ponga à riesgo de olvidarme de la generosidad.
Primero, Señor, dixeron, nos mataremos con nuestras
mismas armas, que empuñarlas contra vos, ni emplear-
las en vna accion como la passada.

Despues de esto los acariciò Artamenes, y aviendo
sabido quien era el que tenia prisionero à Artano, el qual
auia procurado estar escondido, le embiò a mandar, que
se le lleuasse à la Tienda donde estauan aquellos dos pri-
sioneros. Assi que le entraron, y que los conociò, echò
de ver, que todo estaua descubierto; con que sin esperar
a que Artamenes hablasse, y le afeasse su delito, dixo:
Ya conozco, que estos traydores, que aqui veo, no

avien-

a viendo podido reſiſtirſe à las promeſſas, han cometido la infamia de acuſarme, y aſsi no me pondrè à ſincerarme en materia, de que facilmente quedarè convencido. Pero, Señor (le dixo, con modo humilde, y rendido, en que publicaua el temor de ſu muerte) què queriais que hizieſſe vn hombre, que con la honra tenia perdida la razon, ſino procurar borrar vn delito con otro, y buſcar ſu ſalud en vueſtra muerte? Bien sè que eſta es mala diſculpa; pero no teniendo otra, me es neceſſario recurrir à la clemencia del ofendido, que en otra ocaſion he experimentado, y pedir el perdõ, quando no puedo pedir juſticia, ſin pretender el caſtigo. Eſtraño modo de temer la afrenta (reſpondiò Artamenes) es el infamarſe à ſi por no ſer infamado. No, Artano, vueſtra paſsion os hizo errar el camino; el que elegiſteis, no es por donde ſe buſca la gloria. Yo sè vn poco mejor que vos, porquè ſenda ſe dexa hallar, y aſsi permitid que eſta vez ſea vueſtra guia, y os la enſeñe. Para obligar á que ſe pongan en olvido vueſtros paſſados deſaciertos, no es bien cometerlos nuevamente; y ſi deſeais borrar de la memoria de las gentes, la impreſsion de vna, ò dos acciones, quizà no muy generoſas, es meneſter hazer muchas de virtud, y de valor. Y para eſte efecto, ò Artano, quiero embiaros à vueſtro Rey. A eſtas palabras ſe demudò Artano, y diò à entender con el ſemblante, que mas queria quedar en manos de aquel, á quien avia querido vſurpar vna victoria, y quitar la vida, que bolver á las del Rey de Ponto. Y conociendolo Artamenes, le dixo: No temais, Artano, que no os embiarè ſin aſſeguraros primero la vida, porque ſi os la quiſiera quitar, no neceſsitaua de embiaros à otro que os caſtigaſſe, y ſi ſe ha de inferir lo futuro, por lo paſſado, poca eſperança tengo de que cobreis la razon perdida; y ſi avemos de hazer juizio

del

del estado presente, no es dificultoso de conocer en vuestro semblante, y acciones, que todavia ay en vuestro pecho mucha parte de ira, alguna de temor, y ninguna de arrepentimiento; pero sin embargo, no temo á Artano, ni muerto, ni viuo, y assi me olvido de lo passado, como cosa que ya no es; dexo lo futuro á los Dioses, y considero lo presente, como hombre, que tiene valor. Hazed vos lo mismo, si sois prudente. En fin, Señor, despues de otras muchas razones, embió Artamenes á Artano al Rey de Ponto, á quien hizo dezir, que no le huviera descubierto el delito deste hombre, á no saber, que siempre es dañoso á los Reyes tener Vassallos capazes de cometerlos sin conocerlos; pero que le suplicaua, se contentasse con conocer á Artano sin passar á castigarle. Y ordenó al Embiado, que le avia de llevar, que no le soltasse hasta que el Rey le diesse palabra de no castigarle. Artano, en medio de su mal natural, no pudo dexar de admirar la templança de Artamenes, y quexarse de su fortuna, que tan cruel le hazia la piedad de su enemigo, el qual le daua la vida, y la libertad; pero le llenava de afrenta, y de confusion, embiandole al Rey de Ponto, y le destruia en el concepto de la Princesa á quien amava. Los dos Conjurados, arrepentidos, despues de aver alcançado la libertad, suplicaron á Artamenes, q̃ no los embiasse al Rey de Ponto, y los dexasse ir á ocultar su infamia en algun clima remoto. Artamenes, creyendo q̃ estos temian alguna vengáça de Artano, q̃ era hõbre bien nacido, les concedió lo q̃ pidieron luego q̃ el herido sanó, y al tiẽpo de irse los regaló abundãtemente.

Esta accion fue muy alabada de la Princesa, como tambien del Rey de Ponto, quando le llevaron á Artano, y de este modo ganó mi Amo aplausos del Competidor, y dela Dama á vn mismo tiempo. Bien es verdad, q̃ este Principe no sabia, que aquel á quien tanto alabava, era el vnico,

que

que avia de eſtorvar ſus diſignios. Y aſsimiſmo la Princeſa ignoraua, que Artamenes fueſſe ſu amante. Con el retorno del menſagero ſupimos, que el Rey de Ponto ſe avia vencido con dificultad á dexar vivo al infame de Artano; pero que aviendoſe reſiſtido el Embaxador, ſegun la orden de mi Amo, á no dexar á Artano, haſta obtener la ſeguridad de ſu vida, el Rey ſe la avia prometido; pero con condicion, que no ſe le bolvieſſe á poner delante, y ſe ſalieſſe de ſus Dominios, y Exercito. Artamenes, durante eſtas coſas, nunca deſpachaua á Ciaxares, ſin ordenar que viſitaſſen de ſu parte á la Princeſa, y ella no veia venir á nadie del Exercito, que no ſe informaſſe exactamente de todo lo que Artamenes obraua, manifeſtando particular guſto de oir los prodigios de ſu vida. En fin todas las acciones de Artamenes, eran con excelencia obradas. Acuerdome, que en aquel tiempo, vn Capitan viejo de Capadocia, que tenia ſu Quartel en Galacia, hizo no sè que deſorden en el alojamiento, cuyos vezinos vinieron á quexarſe á mi Amo; el qual ſabiendo, que eſte era vn hombre, que avia ſervido mucho, y encanecido debaxo del peſo de las armas, quiſo darle vna reprehenſion, que le corrigieſſe, y no le irritaſſe, pareciendole que ſe deuia tener eſta atencion á vn Oficial que avia tantos años, que veſtia la tunica de Marte. Eſcriviòle vna carta, la qual contenia; que le rogaua, no obligaſſe á vn Soldado mozo á tomarſe la mano de reprehender, y caſtigar á vn Capitan viejo. Eſto, Señores, he querido deziros, para que conozcais el juizio, y la modeſtia de Artamenes, y para que deſpues no eſtrañeis, que aunque Eſtrangero, ſe hizieſſe eſtimar, obedecer, y amar de todos, como ſi huviera nacido en Capadocia de la mas iluſtre ſangre de aquel Reyno. En eſte tiempo le avia venido al Rey de Ponto, vn ſocorro gran-

grande de Frigia, con que reforçò su Exercito, de suerte que podia, si queria, oponerse à vn tiempo mismo à Artamenes, y à Philidaspes; pero juzgò mas conveniente embestir à mi Amo, sin diuidir sus Tropas, que eran entonces mas numerosas que las de Artamenes, reservando para despues de ganada la batalla (como creia) el socorro de la Plaza sitiada; pero como estava inclinado al valor de Artamenes, à quien devia la vida, quiso salir desta obligacion.

El Rey de Frigia, y èl procuraron algun camino, para no quedar à deverle nada, ni quedar del todo vencidos, assi de la generosidad, como del valor, para lo qual tomaron vna resolucion muy nueua, y estraña. Verdad es que el Rey de Ponto, que sin duda era generoso, tuvo algun fin particular en lo que hizo, porque aunque sabia que Artamenes, no avia sospechado, que el aviso de la conjura de los quarenta, huviesse sido falsa generosidad; no obstante, despues de aver buelto Artano, algun espiritu mal afecto, ò quizá el mismo Artano, avia divulgado, que no se avia sabido bien el Cabo de la conjuracion, y daua à entender tacitamente, que el Rey de Ponto, aunque avia avisado à Artamenes, era el autor della, y que aquella generosidad, no era en sustancia, mas que estratagema. En fin aviendo llegado à los oidos de aquel Principe esta divulgada voz, quiso, con pagar lo que devia à Artamenes, justificarse desta calumnia; para cuyo efecto, mandaron publicar los dos Reyes en sus Exercitos, vn vando expresso, que nadie se valiesse de arco, ballesta, ni dardo contra Artamenes (cuyas armas eran bien conocidas) ni de mas armas, que de la espada, y que no le acometiessen, sino vno à vno, conforme lo permitiesse la confusion de la batalla, no queriendo, que vn hombre tan valeroso, se viesse en peligro de morir à ma-

manos de vn cobarde, que defendido de la distancia, podia matarle con vna flecha, ni por medio de supercheria, como la que Artano avia intentado; creyèndo (dezian ellos) que se aventurava el credito de la Nacion, en no obrar desta manera, dando à entender al mundo, que para vencer, no necesitauan ser muchos contra vno solo, por valeroso que fuesse. El dia siguiente, de auerse publicado este vando; Artamenes, que en las materias importantes, no se fiaua de otro, que de si mismo, y exercitaua todos los cargos del Exercito: tanta era su vigilancia, y comprehension; formò vna partida de hombres escogidos, para ir à reconocer al Enemigo. El Rey de Ponto, que tuvo aviso desto, por vna espia, escogiò tambien vn numero igual de los suyos, para rechazar à los que se acercassen demasiado à reconocer su Campo. Quedó admirado Artamenes, de ver, que soliendo cubrirle de flechas, no le tocaua ninguna, sino por desgracia, y que en vez de cercarle todos, como otras vezes, no veia delante mas que vn enemigo, y acometiendo èl à muchos, no le embestia si no vno solamente; y en vn renquentro de mil y ducientos hombres, no tuvo mas que vn combate singular, porque nunca tenia mas que vno con quien pelear. Este caso le admirò vn poco, por desvsado; pero entre lo mas ardiente del renquentro, solo atendiò à conseguir la victoria, y con efecto, mucha parte de los enemigos quedaron muertos, muchos prisioneros, y los demàs se salvaron con desorden, y confusion. Aviendo buelto Artamenes al Campo, juzgando los prisioneros, que los tratarian mejor, publicaron la generosidad de su Rey, y el orden que avia dado en fauor de mi Principe. Y llegado à oìdos de Artamenes, les diò luego libertad, pidiendoles, que dixessen à su Rey; que no tardaria mu-

cho

mucho en darle à entender, q̃ no era del todo indigno de la honra, q̃ le avia hecho, y q̃ fabria recibir tan bien los beneficios, como aprovecharſe de los buenos aviſos. Yo eſtava junto à èl quando paſsò eſto; y apenas ſe huvo quedado ſolo, quãdo mirandome cõ admiracio, me dixo: Rara fortuna, ò Criſante, es la mia! Tengo vn contrario, q̃ me perſigue cõ beneficios, y acciones generoſas, y caſi me obliga ã q̃ no le quiera mal; y aunq̃ tiene tan buena intencion cõmigo, me cauſa eſtrañas deſeſperaciones. Sin duda pienſa por eſte camino grãgear la eſtimacio de la Princeſa; y mas procura los publicos aplauſos, q̃ la victoria: y ſi eſto es aſsi, ò Criſante, mucho mas devo temerle quãdo quiere defender mi vida, q̃ quando intenta quitarmela. No generoſo cõpetidor, no ſufrirè, q̃ me venças en galãterias; y eſtoy reſuelto à diſputar contigo la eſtimacion de Mandane, tan obſtinadamente como te he cõtendido la victoria en la frẽte de vn Exercito: y aſsi Criſante, yo quiero q̃ mi Princeſa no oyga dezir, q̃ el Rey de Ponto ha obrado algun generoſo hecho, ſin que tãbien ſepa, q̃ Artamenes ha hecho otro mas heroico. Quiero, q̃ por lo menos aya vna ſecreta batalla en el coraçon de Mandane, donde el Rey de Ponto no pueda vencerme en juſticia, ſi no es ya que la inclinacion de mi Princeſa ſe pone de ſu parte, que contrapeſarà à los mayores meritos. Yo le queria reſpõder; pero no quiſo eſcucharme.

El dia ſiguiente tuvo Conſejo de Guerra; y aunque, ſegun la orden que tenia, devia eſtorvar al enemigo, que no fueſſe à ſocorrer la Plaza, que tenia ſitiada Philidaſpes, en caſo que quiſieſſe intentarlo, no ſe determinava à fomentar la gloria de ſu competidor, ni á dexar mas tiempo al Rey de Ponto en eſtado de poder blaſonar, que le avia dado la vltima prueba de vna generoſidad extraordinaria. Llamò, en fin, en ſu ayuda toda la eloquencia que la naturaleza le diò, y avia cultivado en Grecia, y perſuadiò à los Cabos de el Exercito á obligar al enemigo à

la batalla. Bié podeis, Señores, conocer, que dos enemigos que se buscan, facilmente se encuentran. Y assi no estuvo mucho Artamenes sin conseguir el gusto que deseava. Pero notad, Señores, lo que puede el deseo de la gloria en vn animo verdaderamente generoso. Artamenes, que por el aviso, que el Rey de Ponto le dió de la conjura que estava hecha contra su vida, se avia puesto las mas hermosas, y ricas armas del mundo, para que le conociessen mejor los q̃ le buscavan, en esta ocasion, sabiendo q̃ los que le conocerian no pelearian con èl, ni con arcos, ni con dardos, ni le embestirian mas que vno á vno, dexó aquellas armas, y se puso otras ordinarias para no ser conocido, con que dió á entender al mundo, que no avia quien le vêcieſſe en magnanimidad de coraçon. Aquella mañana, estandose armádo, le dixe: Señor, por què quereis ocultar tantas hazañas vuestras debaxo de armas tan poco conocidas? Es necessario, me respondió, que me esconda en esta ocasion, si he de mostrarme digno de la merced, q̃ han querido hazerme. Pero no advertis, le dixe, q̃ desalétais á vuestros Soldados, cõfundiendoos entre tãto numero de los q̃ estarán armados como vos? Si me siguierẽ, dixo, no me desconocerán, porq̃ yo procurarè obrar de modo, q̃ no ignoren el sitio en q̃ estuviere peleãdo. Enfin, Señor, èl peleó, y hizo prodigios en aquel cõbate: Hasta aquel dia avia peleado como hombre valeroso; pero en aquella batalla, como irritada Deidad: parece q̃ sabia, q̃ era impenetrable, segun se arrojava á los mayores riesgos: Rõpió Esquadrones; desbaratò Ordenanças, penetrò los Batallones mas cerrados; no avia quié le resistiesse; y en fin obrò tan maravillosamẽte, q̃ apesar de las armas poco reparables, fue reparado de los amigos, y de los enemigos. Las armas tenia bañadas de la sangre enemiga, que avia derramado, la qual salpicandole la coraza, le hazia mas terrible, y espantoso; tenía el escudo todo señalado, y lleno de flechas, que no avia podido, como la vez passada sa-

facudirlas, por el buen temple de ſus puntas, y lo mucho que avian penetrado. Encontròle en eſte eſtado el Rey de Pōto, y conociendole facilmente, exclamò, diziendo: Es impoſsible, ò generoſo Artamenes, borrar la obligaciō que os tengo, procurando defender vueſtra vida. Ni yo puedo (le reſpōdiò mi Amo) eſcuſar q̄ logre vueſtro valor vna grande ventaja en vencerme, porq̄ hago quan to puedo por hazeros mas glorioſa la victoria, y por no ahorrar vna vida, q̄ quizá ha eſtorvado vueſtros triunfos, y felizidades. Pero, ò generoſo Principe, baſtantemente avemos competido en generoſidad; veamos oy ſi ſabemos pelear tan bien como reconocer vn beneficio, porq̄ à mi entender, no podemos vencernos el vno al otro ſin adquirir gran credito. Queria reſponder el Rey de Ponto; pero Artamenes por ſeñas le dixo, q̄ mas queria combatir, que hablar; y arrojandoſe à èl, empezaron eſtos dos valientes Heroes vn combate, q̄ quizá huviera ſido fatal á ambos, ſi la noche, y la confuſion no los huviera dividido, à ſu peſar, y dexado la general, y particular victoria dudoſa; pero obtuvo Artamenes la mejor parte, porque matò muchos, y perdiò pocos, y hizo grāde numero de priſioneros: pero como la noche dexò por acabar la batalla, y vnos, y otros ſe mantuvieron en ſus pueſtos, no ſe pudo deliberadamēte dezir, quien la avia ganado. Reſultò della ſin embargo la toma de la Ciudad que ſitiaua Philidaſpes, porq̄ no avia quedado el Exercito del Rey de Ponto tan entero, q̄ ſe pudieſſe dividir, para intentar el ſocorro de vna Plaza à viſta de dos Exercitos.

Aviēdo tenido aviſo Artamenes el dia ſiguiente, de q̄ iban dos mil hōbres al cāpo enemigo por vn camino extraviado àzia las Montañas, q̄ rodeā el llano de Aniſa, y de Ceraſia, cōboyando el dinero de vna paga, q̄ el Rey de Pōto queria dar á ſus Soldados, hizo cortar el paſſo à eſte Cōboy, con q̄ aviendo encontrado con eſtos dos mil hōbres, los eſtrechò en vn valle cercado de rocas inacceſsibles, de ſuerte, q̄ no podian eſcapar ſe. Viendoſe, pues, tan apretados, conſultaron lo q̄ avian de ha-

zer,y conocieron evidentemente,q̃ ſi peleavan erã perdidos, y quedauã inutiles al ſervicio de ſu Rey,con q̃ para librarſe,y ſalir de tan peligroſo trance,hizieron ſeñal de parlametar, y embiarõ doze de los ſuyos à Artamenes,cõ los eſcudos llenos de oro,y plata,pidiendole recibieſſe aquella cantidad por ſu reſcate,y los dexaſſe paſſar. Artamenes,que ſiẽpre obrò como Heroe,les dixo,q̃ les concedia la vida,y la libertad, y aſsimiſmo queria q̃ ſe bolvieſſen à llevar el oro,y la plata,cõ condicion,q̃ ſe dexaſſen los eſcudos en que lo avian traido,para ſeñal de ſu victoria. Pero eſtos famoſos, y valientes Soldados, arrojando en el ſuelo el oro,y la plata,embraçarõ los eſcudos, y empuñando las eſpadas,dixeron: Aora vereis,q̃ los de nueſtra Nacion no dexan los eſcudos,ſino con las vidas; y puede ſer,que no obſtante la deſigualdad del numero, no los conſigais ſin rieſgo;y dicho eſto,ſe bolvieron ázia los ſuyos. Artamenes,viendo vna accion tan bizarra,le obligò tanto,que no pudo reſiſtirſe à la generoſa embidia,y no quiſo perderlos,mayormente conociendo,q̃ ſeria vn vencimiento ſin gloria, como adquirido ſin trabajo, y q̃ en la poſtura en que eſtavan las coſas,no podian mudar ſemblante por dos mil hõbres mas q̃ tuvieſſe el enemigo. Viendo,pues,q̃ los doze Soldados ſe iban tan reſueltos,los llamò,diziendoles: Bolved,valeroſos Soldados,à tomar vueſtro dinero,y recibid la libertad,tan juſtamẽte merecida. Venciſteis,ò amigos;y ſi os huvierais hallado en la vltima batalla,nos huviera vẽcido vueſtro Rey. Eſtos Soldados,no menos abſortos de la generoſidad de Artamenes, q̃ eſte de la ſuya,no ſabian ſi darian credito à lo miſmo q̃ oian; pero al fin conocieron,q̃ era cierto: y aviendo aviſado á ſus Capitanes,prorrũpierõ en vozes de alegria,y admiracio,que hizierõ reſonar las cercanas peñas,repitiendo el glorioſo nõbre de Artamenes,el qual dexò aſsi ſalir á aquellos valientes Soldados del Valle dõde eſtavan detenidos: y ellos hizierõ publicar en ſu Campo,al ſon de trõpetas, la generoſidad de mi Amo,á quien embiò luego el Rey de Põto vn Trõpeta á darlelas gracias por tan grande beneficio.

CA-

CAPITVLO XVI.

De lo que le ſucediò à Artamenes en Sinope à la retirada de Campaña.

NO He reparado, Señores, haſta aora en que fatigo demaſiado vueſtros oidos, y abuſo de vueſtra atencion, alargandome, por el afecto que tengo à Artamenes, mas de lo que deviera, en la narracion de ſu vida; y aſsi paſſando, ſi guſtais, á las coſas mas importantes della, digo: Que ya avia empeçado el Ibierno, quando ſe diò eſta vltima batalla, á la qual ſe ſiguiò poco deſpues la toma de la Ciudad, que ſitiaua Philidaſpes, donde verdaderamente cumpliò con las obligaciones de buen Capitan, y Soldado valeroſo. Ciaxares, en fin, aviendo tenido tá buenos ſuceſſos en vna Campaña de ocho meſes, llamò à Artamenes, y á Philidaſpes; los quales aviendo pueſto en quarteles de Ibierno ſus Tropas, porque el enemigo avia hecho lo miſmo, fuerõ à beſar la mano al Rey; el qual ſe bolviò à Sinope. No me alargarè en deziros como fueron recibidos del Rey, y de la Princeſa, porq̃ ya conocereis, que ſeria con todo agrado, y alegria, ſegun lo merecian ſus grandes ſervicios. Si ſe avia embaraçado el vno al otro quando ſe deſpidieron de la Princeſa, no anduvieron menos importunos quando bolvieron à verla; y la vez primera que lo hizieron concurrieron juntos en ſu quarto, como ſolian. Pareciòle à Feraulo (que ya eſtava ſano de ſus heridas, y ſe hallò preſente) que la Princeſa ſe avia ſobreſaltado con ſu viſta; no obſtante los tratò con tal corteſia, que en-

lazara los coraçones mas rebeldes al amor, y con vn agrado tan discreto, y mañoso, que no les diò assumpto para renovar las diferencias que avian tenido en la campaña passada, de que ya estaua informada bastantemente. Acuerdome (les dixo) que quando os despedisteis de mi, os roguè, que mirasseis por vosotros, desuerte, que pudiesse informarme vuestra voz las circunstancias de la victoria; pero oy os dispenso deste trabajo, porque tengo tanto horror à la guerra, que me disgusta hasta el oír muy repetidas las glorioſas victorias, que el Rey mi padre ha conſeguido, por medio de vuestro valor; y no por esto penseis, que las ignoro, ò que las olvido: porque la fama fauorece mucho à Artamenes, y no desdeña à Philidaspes; pues publica hasta sus menores acciones, y yo tengo el alma agradecida, con que no puedo perder la memoria de los beneficios. Pero yo amo la paz, y todas las virtudes pacificas, mueuen mas mi inclinacion, que las rigidas, y severas. Segun esso, desgraciados serán los Principes (respondiò Artamenes), que deseassen serviros, y agradaros, sino hallaran otro camino, que el del hierro, el fuego, y la sangre. Es cierto (respondiò ella) que vn Principe, que solamente tuvieſſe valor, y fortuna en las batallas, no tendr ia, segun mi parecer, todo lo necessario, para merecer la estimacion de vna Princesa prudente; y no porque no son partes plausibles; pero estando solas, creo que se pudiera contentar con vna mediana estimacion, sin pretender su agrado. Què avria menester, Señora, replicò Philidaspes, para esperar tener parte en el agrado, de vna ilustre, y grande Princesa? Seria necessario, respondiò ella, que su valor no fuesse muy cruel; que deseasse las victorias sin la sangre; que la ferozidad no le assistiesse, sino en las batallas; que la afabilidad no le dexasse nunca; que amasse

la

la fama ſin altivez; que la buſcaſſe por todos los caminos que conducen à ella; que la dulçura, y clemencia, fueſſen ſus predominantes inclinaciones; que fueſſe liberal, pero con eleccion; agradable en todos tiempos; que no embidiaſſe la agena gloria; que fueſſe juſtificado con ſus propios enemigos; dueño abſoluto de ſus paſsiones; que ſu converſacion no fueſſe altiva, ni vana; que fueſſe tan fiel con ſus amigos, como tremendo con los enemigos; y para dezirlo todo, que poſſeyeſſe todas las virtudes, y careciesſe de todos los vicios. Razon teneis, ò Señora (reſpondiò Artamenes, mirandola con amor, y con reſpecto) en dezir que avria meneſter ſer perfecto en todo, el que huvieſſe de merecer el afecto de vna iluſtre Princeſa. Pero tambien ſeria neceſſario, que ſe os pareciesſe à vos, para pedir juſtamente lo que no ſe halla en hombre ninguno, que es la perfeccion; y ſi no concediera eſte afecto, ſi no à quien fuera digno dèl, ſeria vn teſoro jamàs poſſeido de ningunno, aunque fueſſe deſeado de todos los Principes de la tierra. No sè, dixo ella, ſi el agrado de vna Princeſa, que ſe pareciesſe à mi, ſeria coſa tan precioſa para poderla llamar teſoro; pero bien sè, que ſi ſe me pareciesſe del todo, no ſeria facil de grangearla eſte agrado; porque ha mucho que eſtableci, no conceder de ligero parte alguna de mi afecto, y contraſtar con mi inclinacion, ſi intentaſſe vencerme. Nó sè, Señora (dixo, interrumpiendola Philidaſpes) que ſea loable en vueſtro ſexo eſſa dureza de coraçon, condenando, como condenais, la crueldad, y la ſobervia en el nueſtro. Si yo lo creyera aſsi, fuera de vueſtra miſma opinion, reſpondiò; Pero dexando queſtiones, para que no me tengais por injuſta, ſabed que ſoy tan liberal de mi eſtimacion, como avara de mi afecto; y que no niego aquella, ni à mis mayores enemigos

quando la merecen. De aqui podeis juzgar, ò Artamenes, que no ſolamente os eſtimo; pero os admiro por las heroycas acciones vueſtras; y aſsimiſmo podeis inferir, ò Philidaſpes, que teneis mucho derecho en mis alabanças, en atencion à vueſtros heroycos hechos. Deſta ſuerte trataua eſta Princeſa con eſtos dos Heroes, à quienes tenia por ambicioſos, y zeloſos de ſu fama, y por eſta cauſa no quiſo exagerar las grandes hazañas de mi Amo, temiendo que Philidaſpes, que parecia el mas aſpero, y fuerte de condicion, no ſe ofendieſſe. Diuidieronſe, enfin, muy pagados de la corteſania de Mandane, y ſentidiſsimos de averla oído, quan dificultoſo de conquiſtar era ſu afecto. Y es de creer, que eſtando Philidaſpes tan enamorado como Artamenes, padecieſſe los miſmos dolores, y puede ſer que más ſenſibles, porque la Princeſa en ſu converſacion avia favorecido mas à Artamenes.

Entre tanto Ciaxares no penſava mas, que en fieſtas, y regozijos publicos. Aſtiages, aviendo ſabido ſus victorias, le embiò à dar la enorabuena, y mandò que viſitaſſen de ſu parte à mi Amo, y alabaſſen mucho ſu valor; de quien tanto avia oído hablar. Nunca eſtuvo la Corte tan luzida, y llena, como en aquel tiempo. Todos los Cabos del Exercito eſtavan en Sinope, y la mayor parte de las Damas de ambos Reynos. La converſacion en caſa de la Princeſa, era muy franca: no avia dia, que no fueſſe el Rey à ſu quarto, y aſsi todos tenian licencia de entrar en èl; de mas, de que como el Rey conocia la virtud de Mandane, permitia que la viſitaſſen todas las perſonas de calidad, en preſencia de ſu Aya, de ſu Camarera, y de ſus Damas, que nunca ſe apartauan della, aunque el Rey eſtuvieſſe preſente. De manera que Artamenes, ſe podia llamar dichoſo en ſu amor, ſin ſerlo, porque avia adquirido grandiſſimo credito, avia ſervido mucho à Ciaxares, obligado

infinito ã la Princeſa, defendiendo la vida del Rey ſu padre, y venciendo ſus enemigos, por lo qual podia eſtar ſeguro de ſu eſtimacion; pero en medio de todo eſto, poniendoſe à conſiderar aquel ſevero recato, que profeſſava, deſconfiava de que permitieſſe nunca à Artames, nĩ al miſmo Cyro, la licencia de hablarla de amor. De mas de eſto, el amor del Rey de Ponto le dava zelos, y la preſencia de Philidaſpes inquietud, aunque ſin ſaber bien la cauſa. No perdian ambos ocaſion de ver á la Princeſa; la ſeguian al Templo; la acompañavan en la caça; aſsiſtian à ſus paſſeos; la viſitavan à las horas permitidas, y no olvidavan diligencia adequada à dos amantes igualmente apaſsionados: pero lo que engañò ſiempre á mi Principe, en quanto à Philidaſpes, fue, que demás de lo que aſsiſtia á la Princeſa, no cortejava menos á Ciaxares, y à Aribeo, y moſtrava tal actividad en todas ſus acciones, que mi Amo le juzgava tan amante como ambicioſo, por que dava continuos indicios de encerrar en ſu pecho ambas paſsiones. En todas las quadrillas de las Fieſtas que ſe hazian, ſiempre eran contrarios; y en ſus diſcurſos eran de opueſtas opiniones: Bien es verdad, que Artamenes tenia de ſu parte el oponerſe à Philidaſpes, ſin que pareciesſe que le tenia mala voluntad; lo que no le ſucedia à ſu competidor, el qual, aunque diſcreto, como tiene condicion mas violenta, y altiva, algunas vezes no ſolian ſer ſus diſcurſos muy feſtivos, ni apacibles, porque lo contradezia todo.

Vna noche, eſtando en el quarto de la Princeſa, diò ã entender Philidaſpes, mas que otras vezes, que no era dueño de ſus paſsiones, porque le precipitaron mas de lo que huviera querido. Avia poca gente con Mandane; con que eſtos dos amantes tuvieron mas lugar de hablar con ella. Deſpues de aver diſcurrido en

di-

diferentes materias, la Princesa que deseaua vnirlos, para assegurarlos en el servicio del Rey su padre; llegando á discurrir sobre aquello, de que se engendra la amistad, les dixo: Muchas vezes he estrañado, no reconocer en vosotros mas vnion de la que veo, y cierto que me parece, que deviais amaros mas de lo que dais à entender, aunque sè que os estimais; pero yo quisiera que fuesse con aquella especie de amistad, confiança, y cariño, que obliga à fiar todos los secretos propios á la persona que se quiere bien, para que participe, assi de sus pesares, como de sus placeres: porque al fin ambos sois Estrangeros, diseretos, valientes, y generosos; servis à vn mismo Principe, que os estima, y creo que vuestros magnanimos coraçones no serán capezes de embidia. De donde, pues, procede el no amaros, como os estimais? Porque no veo en vosotros aquella estrecheza, que entre los amigos franquea los coraçones, y quanto ay en ellos. Yo pienso que nace, dixo Philidaspes, de que nos estimamos demasiado, para avernos de querer mucho. Y puede ser q̃ sea, dixo Artamenes, porque nuestros secretos son muy graues para fiarlos de ligero. Quisiera, por lo menos, respondiò la Princesa, q̃ me dixesseis con mas claridad lo que os desconforma, porque confiesso, que no lo alcanço, ni sè que aya mas de dos afectos capazes de impedir la amistad de dos hõbres de prendas, q̃ son, segun he oído dezir, la ambicion de fama, y el amor. Si es por lo primero, creo que el Rey mi padre tiene poder para contentaros à entrambos. Si por lo segundo (demás de que no quiero sospechar, que dos hombres tan esforçados ayan caido en semejante flaqueza) no veo indicio que lo comprueba, y quizá no ay ninguna de mis Damas (esto lo dezia riendose, y mirando á todas) que no aya reñido à su belleza el descuydo de no averos podido cautivar, desde

que

que estais en la Corte; de donde se infiere, que no os ocupa ninguno destos dos afectos. Habladme, pues, con claridad, y no me recateis vuestros verdaderos pensamientos. Considerad, Señores, en q̃ aprieto se hallarian estos dos amantes, y quan estraño accidente seria el que obligò à la Princesa à procurar saber lo que no podian dezirle, y quanto la assustaria, si se huvieran atrevido à dezirla lo que querian tener callado; aunque ninguno dellos sabia determinadamẽte todo lo que avia que saber, porque es cierto que ella aun no tenia sospecha del amor de Artamenes, ni del de Philidaspes, y que Philidaspes, y Artamenes, mas se aborrecian por vna oculta, y reciproca sospecha, que por entero conocimiento de la verdad.

La Princesa, en fin, que juzgava conveniente al servicio del Rey su padre, reconciliar los animos de dos hombres de tanta consequencia, prosiguiò en instarlos à que la dixessen el impedimento de su amistad. Yo Señora, dixo Artamenes, no podrè facilmente deziroslo, porque siempre acostumbro mostrarme indiferente con aquellos á quien solo estimo. Yo passo mas adelante, dixo Philidaspes, y digo, que no estoy enseñado à ser indiferente con los que no amo, porque ò los estimo, ò los desprecio. No sabe mi coraçon el modo de contenerse en la linea que divide el odio del amor, por mas que lo procura, inclinandose siempre à vno de los dos estremos. Yo, me alegro mucho (dixo al punto la Princesa, porque Artamenes no respondiesse algo, que exasperasse el animo de Philidaspes) porque no creo q̃ aborrecereis à vn hombre de las partes, y meritos de Artamenes, que no os ha ofendido, que toda la Corte le adora, que el Rey mi padre le ama con grande estremo, y que yo le estimo mucho; y assi Philidaspes, no pudiendo aborrecer á Artamenes, es

pre-

preciso que le tengais algun amor, y vos Artamenes, no creo que me contradireis, ni os conservareis siempre neutral con Philidaspes, que es vn hombre dotado de muy buenas prendas, de quien el Rey haze grande estimacion, que os tiene sin duda algun afecto, y merece que se le tengan por sus virtudes de todos los que alcançan mayor conocimiento que yo: y finalmente, si mis ruegos valen algo con vosotros, hazed por mi, que de aqui adelante, toda la Corte hable de vuestra buena correspondencia, sin que se note mas la desvnion que mostrais en vuestras acciones, y el desabremiento de vuestras palabras, cuyo motiuo todos ignoran. Muy posible es, dixo Philidaspes, que aun nosotros mismos le ignoramos. Sin embargo, replicò la Princesa, ò que le ignoreis, ò le sepais, hazed lo que os pido. Los Dioses, Señora, dixo Artamenes, son mucho menos rigurosos que vos, porque ellos dexan à nuestro alvedrio el amar, ò aborrecer à aquellos que juzgamos dignos, ò de nuestro afecto, ò de nuestro odio, y assi, Señora, contentaos con esta legitima autoridad, que os concedieron vuestras raras prendas, sobre los coraçones de aquellos, que logran la dicha de conoceros, y no querais vsar la tiranía (si el respecto que se os deve, me permite hablar assi) de que Philidaspes quiera à Artamenes por fuerça, ni que Artamenes ame à Philidaspes contra su voluntad. Si se han de querer algun dia, dexarlos en su entera libertad, y no les quiteis el merito deste amor. Y si se han de aborrecer, perpetuamente, prosiguiò Philidaspes, dexad que lo hagan, sin que lo atribuyais injustamente a ofensa vuestra. No es posible, dixo ella, porque os estimo mucho. De manera, Señora (dixo Artamenes, mudandose de color) que no podrè aborrecer à Philidaspes, sin irritar à la Princesa Mandane? No, respondiò ella, ni Philidaspes, despues de mis ruegos, podrà abo-

aborrecer à Artamenes ſin grave ofenſa mia. Dichoſos ſomos, y deſdichados, dixo Philidaſpes. Sereis prudentes, replicò la Princeſa, ſi os amareis por amor de mi. Es impoſsible, reſpondiò Philidaſpes. Y creo que nos ſeria mas facil, replicò Artamenes, aborrecernos por amor vueſtro, que querernos bien, porque aſpirando ambos à la fama, y buſcando las ocaſiones de grangearnos la eſtimacion, y el afecto del Rey, ſi vos os inclinais mas á Philidaſpes que à Artamenes, juzgo que Artamenes, no atreviendoſe à quexarſe de vos, tendrá algun odio á Philidaſpes. Y yo tambien pienſo, reſpondiò eſte, que Philidaſpes ſe contentaria con eſtimar à Artamenes, ſin amarle. Hallòſe entonces la Princeſa bien arrepentida de aver emprendido vna materia mas dificultoſa de lo que avia penſado, y tuvo por mejor no proſeguir eſte diſcurſo, y aſsi dixo, con mucha dulçura: Prometedme à lo menos, que vivireis como ſi os amaſſèis, ſin moſtraros opueſtos. Philidaſpes (reſpondiò Artamenes) ſe mueſtra tan zeloſo del ſervicio del Rey, y del vueſtro, y yo tambien lo ſoy tanto, que parece eſtaremos ſiempre encontrados en nueſtros intereſſes. Por lo menos, dixo Philidaſpes, bien sè, que nos encontramos en todas partes, y creo que deſde el primero dia que llegaſteis à Capadocia, ſiempre avemos concurrido juntos. Verdad es, que os encontrè en el Templo de Marte, reſpondiò Artamenes, la miſma mañana, que lleguè à Sinope. Aquel dia fue? (preguntò la Princeſa) Si Señora, reſpondiò Philidaſpes, y en el que ſe celebrò el Sacrificio de hazimiento de gracias à los Dioſes por la muerte de aquel Principe que avia de arruinar toda el Aſsia, y quitaros la Corona. Bien me acuerdo (dixo la Princeſa, por mudar platica) y en

mi

mi vida he tenido menos inclinacion à darles gracias como entonces; y no porque la muerte de Cyro (segun dixeron los Sabios) no aya sido felicidad para toda el Asia, sino porque naturalmente, tengo tal repugnancia en alegrarme del ageno daño, que para poder conseguir conmigo el assistir à aquel Sacrificio, fue menester cargar la consideracion en el bien comun. Luego os parece razon (respondiò mi Amo, poniendose algo encendido) no aver aborrecido à Cyro? Como podia (replicò Philidaspes, que siempre quiso ser de parecer contrario) aborrecer à vn Prncipe, que no viò nunca, que era su sangre, y que segun comun opinion, tenia grandes prendas? Esto ni era justo, ni posible. Tambien aveis dicho, si bien me acuerdo, respondiò mi Amo, que avia de arruinar el Asia, y quitar la Corona à la Princesa. Lo he dicho (replicò ceñudo Philidaspes) porque lo han dicho los Sabios, sin ningun fundamento. Cyro, respondiò desabridamente Artamenes, estaria de vos muy obligado, si viviera. Y muy quexoso de vos, respondiò Philidaspes, pues quereis que sea aborrecido aun despues de muerto. Aviendo de teneros el Rey mi padre á ambos en su servicio, dixo la Princesa, creo que Philidaspes tiene razon, porque no huviera podido Cyro destruirnos, teniendo dos defensores tan grandes como los dos. Essa opinion, ò Señora, respondiò Artamenes, es muy glorioso para nosotros. Y os la estimára yo mucho mas, prosiguiò Philidaspes, si no huvierais nombrado à otro, que ami. Considerad, Señor, que efecto causaria este discurso en el animo de mi Amo; pero queriendo responder, llegò el Rey, que interrumpiò la conversacion, y despues de averse estado vn rato con su hija, se saliò à passear por la Marina à donde todos le siguieron.

La desgracia que se mezcla en todos los sucessos, qui-

so

ſo que Aribeo ſe puſi.ſſe á hablar à parte con el Rey, con que Artamenes, y Philidaſpes, que eſtauan juntos, proſiguieron el paſſeo mano à mano; pero como avian ſalido del Quarto de la Princeſa con los eſpiritus alterados, eſtuvieron vn rato ſin hablarſe, penſando en lo que les avia paſſado. Quien viò jamás (dezia Artamenes entre ſi) fortuna tan eſtraña como la mia! Mandane quiere que yo ame por fuerça à Philidaſpes, que no me tiene ningun afecto; que ſe opone à todos mis diſignios; que es mi opueſto en todos mis diſcurſos; que le hallo ſiempre con ella; que me mira con embidia, y que quizà es mi competidor. Eſte vltimo penſamiento ſe imprimiò tan vivamente en ſu animo, y arrojò tales ſeñas de dolor à ſu ſemblante, que yo q̃ no iba muy lexos dèl, lo conoci; y juzgo que ſu enemigo hizo los miſmos diſcurſos, porque vi à Philidaſpes mudarſe de repente de color, como tambien à mi Amo, y ambos manifeſtaron ſu diſguſto. Aviendo, en fin eſtado vn poco ſin hablarſe, caminando muy deſpacio, ſe quedaron atràs mucho trecho de todos; porque opreſos de ſus paſsiones, ſe olvidaron del Rey, haſta que conocieron, que por averle ſeguido lentamente, ſe avian deſviado dèl veinte, ò treinta paſſos. Bolviendo Artamenes de ſu traſportacion, viò que eſtava el Rey muy lexos; con que acordandoſe de lo que le avia dicho Philidaſpes delante de la Princeſa, le dixo: Razon teneis en dezir, que nos encontramos en todas partes; pues nos avemos quedado aora caſualmente ſolos, en medio de tanta gente. No me peſa (reſpondiò aſperamente Philidaſpes) de encontrarme con vos en el paſſeo; pero os confieſſo, que no os hallo de buena gana en el Quarto del Rey, ni en el de la Princeſa, ni en las batallas, en ocaſion de hazer Reyes priſioneros. No lo ſiento yo tanto, reſpondiò Artamenes; pero quiſiera averos hallado en la frente de vn

Exer-

Exercito enemigo para competiros vna victoria, y enseñaros el modo de hazer los prisioneros con credito, y gloria. No son menester Exercitos de cinquenta mil hombres, respondiò Philidaspes, para conseguir vuestro deseo; que por poco que sea os le cumpliré facilmente. En vuestra mano está, dixo Artamenes, si las pretensiones que teneis en la Corte no os lo impiden, y os hazen arrepentir de lo que aveis dicho. Mañana, al salir el Sol, respondió Philidaspes, veremos si tiene razon la Princesa de desear, que Philidaspes ame à Artamenes, y Artamenes quiera bien à Philidaspes. Sea en buen ora, dixo: pero mirad, que el respecto del Rey, y de la Princesa, no os hagan mudar resolucion. Mañana lo veremos, respondiò el otro, detrás del Templo de Marte, donde os espero con la espada sola, y entretanto será bien que nos incorporemos con el Rey, porque no sospechen nuestro intento. Incorporaronse, en fin, y se serenaron, de modo, que nadie conociò lo que avia passado entre ellos; y yo mismo, que desde el principio avia notado la alteracion de sus semblantes, quedè en esta ocasion tan engañado como todos; assi por estar enseñado à verlos desabridos, quando estavan solos, sin aver causa para estarlo; como porque parece que mi Amo fue el inventor de los duelos, y assi no previne el que se siguiò.

Aviendo buelto á la noche Artamenes á su casa, se encerrò en su quarto solo con Feraulo, à quien fiò su intento por averle menester para executarle. Feraulo (assi me lo ha contado) quiso representarle, que Philidaspes, segun parecia, era de calidad desigual à la suya, y que parecia desacierto reñir con èl; pero mi Amo respondiò, que Artamenes no tenia apariencia de ser mejor que Philidaspes, y que en los duelos, mas era menester repa-

rar

tar en el valor, que en la sangre, y que en todo caso tenia por mas glorioso reñir con vn Soldado valiente, que con vn Rey cobarde. Finalmente, Señores, aunque la funcion, que Artamenes tenia que hazer devia ocuparle todo el animo, no por esso dexò de contar à Feraulo los razonamientos, que avia tenido con Philidaspes en el Quarto de la Princesa, haziendo sobre ellos todas las reflexiones que pudiera en otra ocasion mas tranquila, y segura; tanto predominava su alma esta amorosa passion; y tanta constancia tenia en los mayores pelegros. Què pensamiento serà el de Mandane (le dezia à Feraulo) de querer que nos amemos Philidaspes, y yo? Serà acaso efecto de su prudencia, y sana intencion, ò algun secreto agrado àzia Artamenes, ò àzia Philidaspes? Si ha visto en mi pecho las sospechas que me le hazen odioso? Pero si esso fuera, tambien sabria, que la adoro, y sabiendo mi amor, no me huviera consentido mas en su presencia, y en lugar de perder el tiempo en mandar, que quiera bien à Philidaspes, me huviera mãdado, sin duda, que no la viesse mas, ò que muriesse, que viniera à ser lo mismo. Cielos, como sabrè si Philidaspes tiene el alma ocupada solo de la ambicion, ò si el amor tiene tambien parte en ella? Pero de qualquier manera, à mi me importa creer, q̃ si es su amante, no lo sabe la Princesa, y que tambien ignora mi afecto; y lo que me lo asségura, es el principio de nuestro discurso, quando dixo; *No quiero sospechar, que dos hombres tan esforçados ayan caìdo en semejante flaqueza.* Ay Mandane! que esta flaqueza es heroyca, y es menester vn alma grande para que quepa. Però es posible, que mis ojos, y todas mis acciones no os han dado algun leve indicio de mi amor? Què tantas hazañas como emprendì en la guerra, y felizmente acabè, no os han dicho, q̃ han sido por vos? He solicitado acaso los premios q̃ he recibido? Hem-

mostrado por ventura interessado? No podia, siendo Mandane diuina, imaginar, que Artamenes era provocado à tantos señalados hechos de otro deseo mas noble, que el de la gloria militar? Y en fin esta amable, y ciega Princesa, en vez de tener algun conocimiento de mi amor, añadiò à las referidas razones: *Y quizà no ay ninguna de mis Damas, que no aya reñido à su belleza el descuydo de no averos podido cautivar desde q̃ estais en la Corte; de dõde se infiere, q̃ no os ocupa ninguno destos dos afectos.* O cruel Princesa! porquè no reparas en mis acciones, y dizes: Pues Artamenes no ama à ninguna de la Corte, sin duda me adora à mi. Pero, ay Dioses! que Mandane me ha dicho claramente en sus discursos, que no me quiere suyo, y piẽsa que me ha hecho vn gran favor en dezirme, que la hermosura de sus Damas huviera podido cautivarme. No teneis, Señor, que quexaros (dixo Feraulo entonces) porque solo Artamenes es el que ha recibido esse pequeño desayre. Es verdad, respondiò, q̃ Cyro es diferente que Artamenes. Pero puede Artamenes ser Cyro, ni Cyro dexar de ser Artamenes sin empeçar à ser aborrecido? O palabra cruel, y q̃ dolor, y ansia me ocasionas! Vltimamẽte yo he de hazer que Mandane conozca mi amor, sin dezirselo, y que quando Artamenes no fuera mas que Artamenes, teniendo vn coraçon tan grande como el que tiene, no podria abatirse a menor objeto. Lo que en parte me consuela en este caso, es, que no ha tratado mejor à mi contrario, que à mi; y que en su conversacion hablò mas afectuosamente de Artamenes, que de Philidaspes.

En fin, Señor, mi Amo se estuvo hablando con Feraulo como si no tuviera que hazer la mañana siguiente; pero viendo que no tratava de descansar, se lo acordò, con que ocupò el lecho, de donde saliò al rayar el dia. Olvidavaseme deziros, que èl, y Philidaspes avian capitu-

la-

lado reñir á cavallo, sin mas armas, que la espada, y el escudo, porque no se supiesse el desafio, y que cada vno llevaria vn escudero solo para testigos del combate. Feraulo en fin salió con Artamenes, assi que estuvo vestido, y por vna puerta secreta se hurtò con facilidad de la vista de la gente, y se fue al sitio señalado, donde llegò media hora antes que Philidaspes. Alli empeçò à temer el enojo de la Princesa, que llegando á saber el duelo, tan inmediato á averles pedido su buena correspondencia, tendria ocasion legitima de ofenderse. Pero era tanta la aversion que tenia à Philidaspes, que vencia este temor, y concluyò, diziendo, que mediante las sospechas que tenia, de que fuesse amante de la Princesa, mas queria disgustar vna vez à su Dama, que dexar de vengarse de su competidor. Esperava, pues, con impaciencia à su contrario, quando este se dexò ver; y conociendo, que mi Amo le avia aguardado, le dixo: Perdonad no aver venido antes, que yo procurarè pagar la tardança con la diligencia de venceros, si pudiere. Yo espero, respondiò Artamenes, que se os adelante segunda vez la mia, y que sabremos muy presto si avemos de amarnos, ò aborrecernos. Y diziendo esto, sacò la espada, haziendo Philidaspes lo mismo; y despues de aver dado cada vno vn repelon al cavallo para avivarle, se estuvieron vn poco frente à frente para medir la distancia con la vista, y afirmarse bien en la silla, y luego partieron, cubiertos con los escudos, encontrandose con tanta violencia, que estuvieron muy cerca de caer ambos. La espada de Artamenes resbalò del escudo de Philidaspes, y le hirió ligeramente en el lado derecho. Los cavallos, que era fuertes, no se doblaron à tan recio choque, y estos formidables enemigos bolvieron luego à buscarse, procurando ganarse la gurupa; pero eran tan diestros, y experimentados, y estuvieron tan en si, que no pudie-

ron conſeguirlo. Alargando, pues, la rienda à los cavallos, les dieron ſegunda carrera, y ſe bolvieron á encontrar. Eſta ſegunda vez, cayendo la eſpada de Artamenes ſobre la cabeça de Philidaſpes, y deſpues corriendola por la eſpalda, le hizo, con vn golpe, dos grandes heridas. Tambié la de Philidaſpes ſe tiñò en la ſangre de Artamenes, paſſandole vn mu lo de parte á parte. Mi Amo, viendoſe herido, ſe enfureciò mas, y tambien ſu contrario, viendo que vertia ſangre por todas partes, aumentò la ira. Veis aqui eſtos dos fieros enemigos tan irritados, como ſi ſupieran ſus calidades, y ſus amores, de modo, que todo el arte, la fuerça, y el valor aplicavan para vencerſe. Artamenes apretava á ſu enemigo, y Philidaſpes eſtrechava á Artamenes: vnas vezes acompañavan la fuerça con la maña, y otras parecia, que, querian deſeſperados, ò vencer, ò morir; y en fin tan obſtinadamente diſputavan la victoria, que de alli à delante ſe eſtimaron mucho mas; pero no ſe aborrecieron menos. Mas por no perder tiempo en referiros todo lo que obraron en eſta dura, y ſangrienta lid, os dirè ſolamente, que mi Amo hiriò á Philidaſpes en ſeis partes, y recibiò ſolas tres heridas. Eſtavan en eſte eſtado, quando Artamenes, rabioſo dever, que le hazia tanta reſiſtencia, echandoſe el eſcudo à las eſpaldas, y metiendo las piernas al cavallo, alentandole con la voz, levantò la eſpada quanto pudo, con dos manos, y deſcargando el golpe en la cabeça del contrario, le hiriò con tanta violencia, que le derribò medio muerto entre los pies de los cavallos, y al verle caer, le aſiò de la eſpada, que facilmente le ſacò de la mano, y luego, arrojandoſe del cavallo, fue ſobre èl con ambas eſpadas, diziendo: Levantate, Philidaſpes, ſi puedes, que yo te lo concedo, y te buelvo la eſpada, para bolver à empezar el combate; pero ſi no puedes, confieſſa, que Artamenes

era

era digno de ser tu amigo, si su mala fortuna lo huviera permitido. Philidaspes à estas palabras, quiso hazer esfuerços para levantarse, mas no pudo, aunque ya avia buelto en si. Desuerte, que mirando con ayrados ojos à mi Amo, le dixo: Venciste; pero quizá no vencerás otra vez, si fueres tan inhumano, que me dexes la vida. Iba Artamenes á levantarle, quando llegò Aribeo, que accidentalmente passava por alli à caza, seguido de mucho numero de gente, y viendo á mi Amo con la espada en la mano, acudiò con todos los suyos, sin saber què podia ser; pero acercandose mas, quedò admirado de ver à Philidaspes vencido, y dixo: Es posible Artamenes que assi venceis los amigos como los enemigos del Rey? Yo peleo, respondiò, con los enemigos del Rey en qualquiera parte que los hallo; pero tambien peleo con los enemigos de Artamenes, donde quiera que los encuentro. Y bolviendose despues à aquel generoso vencido, que bramava de ira, y de despecho de q̃ le viessen en aquel estado, le dixo, arroxandole la espada: Toma, Philidaspes, que no es razon privarte de instrumento de quien tan bien te has valido, y si fueras tan cuerdo como valiente, no dieras lugar à que yo te hiziera esta gracia. Y sin esperar mas respuesta, queria bolver à subir á cavallo; pero fue menester, que Feraulo le ayudasse, porque la continuada perdida de la sangre le avia devilitado; no obstante, aviendole ayudado vn poço, se tuvo bastantemente firme en la silla para poderse retirar. No le sucedió assi á Philidaspes, el qual estando mucho mas herido, necesitò de que cinco, ò seis hombres le llevassen en braços à vna casa vezina para curarle. Aribeo, despues de averle dexado gente que le assistiesse, y mandado, que llamassen los Cirujanos del Rey, para que le curassen, fue à dar cuenta à Ciaxares del sucesso. Artamenes, por respeto

no quiſo entrar en la Ciudad, y ſe fue à la caſa de aquel Sacerdote con quien avia hablado la vez primera, que entrò en el Templo de Marte, y con quien deſpues avia contraido grande amiſtad. Aſsi que llegò, y fue proueido de todo lo neceſſario para ſus heridas, embiò à Feraulo al Rey, y á la Princeſa, ſuplicandoles le perdonaſſen, y no le condenaſſen ſin oirle.

Queria Criſante continuar ſu narracion, quando llegò el Rey de Frigia, que bolvia de eſtar con Ciaxares, y interrumpiò eſta Hiſtoria, para dezir à todo aquel congreſſo, que el Rey eſtava inflexible, y cada inſtante mas irritado contra Artamenes: O Señor, dixeron todos, ſi ſupierais quien es Artamenes, le compadecierais mucho mas. Seria muy dificultoſo, replicò el Frigio; porque eſtimo tanto à eſte valeroſo Cavallero, que no puedo intereſſarme mas por èl. De otro parecer fuerais, dixo el Rey de Hircania, ſi conocierais bien à Artamenes. Y confeſſarais, añadiò Perſodes, que no ha avido Principe como èl. Principe, replicò el Frigio. Si Señor, proſiguiò Hidaſpes, y de los mas eſclarecidos del mundo. A eſtas palabras empeçò el Rey de Frigia á inſtarles, que le dixeſſen lo que ſabian dèl; y todos querian dezirle alguna de las circunſtancias que contenia la vida de Artamenes. Vno queria referir ſu calidad; otro exagerava ſu valor; y otros la conſtancia de ſus amores. Criſante viendo eſta atropellada confuſion entre perſonas tan iluſtres, aunque glorioſa para ſu amado Señor, pues era efecto de lo mucho que le querian, y teſtimonio de las grandes hazañas que avia obrado, les pidiò (viendo que ſe iba haziendo muy tarde) que remitieſſen la narracion para otro dia, obligandoſe à repetirſela deſde el principio, al Rey de Frigia, para que deſpues oyeſſen todos

dos juntos ſu maravilloſo progreſſo de boca de Feraulo, que le ſabia mejor que él, por aver intervenido mas en los amores de ſu Amo, como mas moço. Todos ſe conformaron con el parecer de Criſante. Mas no pudieron dividirſe tan preſto; con que ſe eſtuvieron vn rato alabando al infeliz Artamenes, y ponderando igualmente ſus virtudes, ſus deſgracias, y ſus glorias.

EL ARTAMENES, O EL GRAN CYRO.

LIBRO TERCERO.

CAPITVLO I.

Del modo con que ſufria Artamenes ſu priſion.

VANTO mas diſcurrian eſtos nobles amigos de Artamenes en ſu deſgracia, y en ſus grandes meritos, le juzgavan mas digno de lo mucho que le alabavan, eſtando en el conocimiento de que ſufria la carcel con vna inimitable conſtancia, y que la incertidumbre de la vida de la Princeſa, era la vnica pena, que padecia ſu coraçon, y que la deſgracia de ſu priſion le parecia de poca importancia para hazerle menos intrepido: pero no obſtante, el amor le

atormentava tan cruelmente, que con esta passion quedauan ociosas todas las demàs passiones. A ninguno afligiò tanto la amorosa dolencia. Quando se acordava de los sucessos de su vida; de los passados peligros; de lo que le avia querido Ciaxares; de los servicios que le avia hecho; del respeto con que avia tratado à Mandane; de los obstaculos que avia hallado à sus intentos; de la vida tan gustosa, que huviera gozado, si no huviesse salido de Persia; de los trabajos à que avia estado expuesto; de la mucha gloria que le avia adquirido su fortuna; de los competidores que avia tenido en su amor; de las famosas victorias que avia ganado, y del misero estado en que se via; Quando se acordava, digo, de todas estas cosas, casi no se creia à si mismo, y viendose solo en su prision, algunas vezes no sabia distinguir, si era Artamenes, ò Cyro, pero no ignorava, por lo menos, que era el mas infeliz Principe del mundo, y que sin el absoluto poder del Cielo; no esperava consuelo alguno. La ausencia del objeto amado (dezia) es, segun comun opinion, la mayor de las desdichas amorosas; pero yo, no solo estoy ausente por tiempo limitado; pero puede ser que lo estè eternamente. Quando assistia en el Exercito, y sabia que Mandane residia en Ancira, ò en Sinope, sabia por lo menos que estava en parte segura, y bien hallada, y sabia que no le afligia mi ausencia, y assi no tenia yo que sentir mas que mi propio dolor, y solo el pesar de estar ausente era el que me atormentava. Y saben los Dioses quan grande era este; pues no ignoran la pena que causa la privacion del bien amado; Pero aora estoy en estado mas lastimoso. Sè que mi Princesa, si no es muerta, por lo menos està en manos de quien la tiene contra su voluntad, y que està sin duda, ò en el sepulcro, ò en la prision, y que en qualquiera parte que estè, siente, y compadece mis desdichas. Ha! si pu-

diera romper eſtas cadenas con credito, para ir abuſcarla; ò en la tumba, ò en la carcel, porque el Mar, ſegun ſu coſtumbre, avrà arrojado de ſi, ó muerto, ò vivo aquel hermoſo cadaver. Fuera à morir con ella, ò alibrarla del cautiverio; tuviera por lo menos algun alivio en mi deſgracia, y no que me es preciſo eſtar entre priſiones, y à mi peſar ſufrir vna acuſacion injuſta, ſin atreuerme à juſtificarme; porque mas culpado pareceré à Ciaxares, como amante de ſu hija, que como amigo del Rey de Aſiria; mas eſte ſeria vn delito, no ſolo reo à Artamenes, pero glorioſo; mas por otra parte (ſe replicava) devo atender al credito de la Princeſa, y no ofender ſu ſevero, y eſcrupuloſo recato, el qual me proh ibiò ſiempre la mas leve ſeña de mi amor. Muramos, pues, primero que dar el menor indicio deſte afecto. Razon tuv iſte, ò Princeſa mia, en mandarme que tuvieſſe oculta mi paſsion, como digna de caſtigo; y con razon eſcondiſte la piedad que con migo vſaſte, ſi podia ofender tu decoro. Pero que hiziſte por Artamenes, que no te lo dictaſſe la razon, y aprobaſſe la inociencia? Me reſiſtiſte conſtantemente; te venciſte con repugnancia; me callaſte parte de tu benignidad; y nunca me diſte mas indicios de los que pude ſacar de inciertas congeturas, que ſolo indicavan no eſtar aborrecido. Me fue neceſſario penetrar tu coraçon por eſtraños caminos. Muchas vezes me recataſte tus bellos ojos; me mendigaſte, y premeditaſte haſta las mas minimas palabras, y todo quanto te devo es, que aviendome podido deſtruir, no lo has hecho. Mas ay Cielos, avrá ſido capaz tu penſamiento de deſear la ruina de vn hombre, que te ha amado con el termino mas reverente, que jamàs vsò amante alguno? De vn Principe, que te ha ocultado ſus deſeos; que los reprimiò recien nacidos; que nunca ſe atreviò à deſear

coſa

cosa que pudiesse ofender el recato mas pundonoroso? De vn Principe que te adorò como se adoran los Dioses, y que te consagrò todos los momentos de su vida? Y sin embargo condenaste à silencio su amor? Pues, Princesa mia, callemosle, y prevengamonos à morir sin publicar el dolor con el gemido.

Assi passava los dias, y las noches el enamorado Artamenes; pero gozava en su prision el alivio, de que sus guardas le compadecian, y respetavan, y si quisiera averse huido della, no le huviera sido dificultoso. Era Andramitas, el Capitan de la Guarda, pariente muy cercano de Aglatida, y este tan estrecho amigo de Artamenes, que no avria cosa que no hiziesse por librarle. Andramitas, demàs desta dependencia, le tenia mucha obligacion, con que no le fue muy dificil conseguir el visitar à este generoso preso. Entrò, pues, en su prision vna noche, quando todos estavan recogidos, à ofrecerle su persona, y propusole vn medio que avia pensado para facilitar su fuga; pero Artamenes, despues de averselo agradecido, le dixo resueltamente, que no saldria de aquella prision hasta que se lo ordenasse el mismo que le avia metido en ella, añadiendo, que los culpados era bien que rompiessen las cadenas que los oprimian; pero los inocentes devian esperar à que se desatassen sin violencia, y assi le pedia, que dexasse este intento, y no se expusiesse por èl á la indignacion de Ciaxares; pero que se holgaria mucho de verle de quando en quando para su consuelo, y particularmente, porque la melancolia (natural passion suya) aliviava mejor su presente desgracia, si bien no era razon que se arriesgasse tanto por èl. Aglatida le respondiò, que no amava tanto su vida, que dexasse de aventurarla de buena gana por su libertad, ò consuelo; fuera de que el Rey no

avia

avia expreſſamente prohibido, que le vieſſen, y que pues Andramitas era ſu amigo, pariente, y obligado, no ſeria dificultoſo verle con frequencia, y como ſu Quarto eſtava contiguo, y mas adentro del de Andramitas, y apartado de las guardas, le podia ſeguramente ver ſiempre que quiſieſſe, ſin que nadie lo ſupiera, y darle por lo menos el conſuelo de tener cerca de ſi quien le ayudaſſe à ſentir ſus deſgracias. Artamenes lo reſiſtiò mucho; pero al fin ſe dexò vencer de los afectuoſos ruegos, y Aglatida le ofreciò ir todas las noches à divertirle. No huvo hombre mas apropoſito para conſolar á vnafligido, que Aglatida, el qual no ſolia hallar coſa mas facil para excitar ſu dolor, que oir los agenos contentos. Vna noche, pues, que eſte iluſtre melancolico eſtaua con Artamenes, deſpues de aver hablado largamente de la inconſtancia de la Fortuna, y de todas las miſerias de la vida, callaron vn rato entrambos, y deſpues Aglatida, que deſeò darle algun leve conſuelo, no ſabiendo que Artamenes eſtava enamorado, le dixo: Bien veo, Señor, que ſois infeliz, pero no tanto como podiais ſer, porque la grandeza que parece aveis perdido, puede recuperarſe facilmente, porque ſe paſſa con facilidad, del Trono á la priſion, y de la cadena á la Corona; mas ay vnas deſdichas, que parecen menores, y ſon mas ſenſibles, y tanto mas inſoportables, quanto mas ſecretas. Vos teneis por lo menos el conſuelo, de que todo el mundo os compadece, porque las grandes caidas, como la vueſtra, ſacan facilmente la compaſsion de los nobles pechos; pero ay otra eſpecie de deſdichas, que no mueven à piedad, antes ſe atribuyen á flaqueza, y à vezes á locura; con que para eximirſe deſte doblado dolor, es neceſſario reprimir los ſuſpiros, ſufocar las lagrimas, y callar la cauſa de la afliccion. Luego infiriò Artamenes deſtas palabras, que la melancolia de

Agla-

Aglatida, y la palidez de su rostro (cuya causa avia hasta entonces ignorado) era pena amorosa, y como vn desdichado desea oír desdichas semejantes à las suyas. Artamenes, que en el estado en que se hallava, no recibiera consuelo con ningun accidente del mundo, aunque se rebolviesse todo, creyò lograrle con este, por la semejança que tenia con su dolor; y assi mirando á Aglatida, con vn suspiro, dixo: Tiene por ventura esta melancolia, que siempre he atribuido à natural efecto de vuestra condicion, algun oculto origen, que ignoro? Si, Señor, respondiò Aglatida; pero es de tal naturaleza, que devo ocultarle à todos aquellos, que como vos, no han tenido otro pensamiento, que el de la gloria, los quales, no aviendo experimentado el poder del amor, llamarian flaqueza, y locura, como dixe, á todo lo que esta passion obliga á hazer à quien la padece. No penseis (respondiò Artamenes, otra vez suspirando) que es mi condicion tan severa, que en medio de mis pocos años, no aya tenido en tantos viages, como he hecho, algun conocimiento desta passion; y assi amigo Aglatida, si deseais consolar mis pesares, hazed que sepa los vuestros, y creed, que hallareis compassion en mi pecho, que aunque agravado con mi dolor, tambien será sensible al vuestro. Aglatida procurò escusarse varias vezes; pero vencido al fin de los ruegos de Artamenes, y à persuasiones de Andramitas, que avia sido testigo de aquella conversacion, despues de aver este dado orden, que no los interrumpiessen, empezò Aglatida assi.

HISTORIA DE Aglatida, y Ameſtris.

MVCHAS vezes he oído dezir, que el amor es vna paſsion, que ſe ſirve de todas las demàs, y que ò las fortifica, ò enflaqueze, ſegun lo piden las ocaſiones, y que jamás las arroja de vn pecho tan del todo, que no queden ſiempre algunos veſtigios del antiguo dominio; mas no ha ſucedido aſsi en mi coraçon, en el qual hallò ſu excepcion eſta regla, como la tienen todas las demàs; pues quando el amor ſe apodera de vn alma, deſtierra della la ambicion, y el deſeo de la gloria, y ſolo la dexa ſenſible à los zelos, y al dolor.

No eſtraño, Señoras, dezirros, que ſoy de la noble eſtirpe de aquel famoſo Aglatida (cuyo nombre herede) que obrò grandes, y celebres hazañas en el Reynado de Faraortes, en las guerras que tuvo en Perſia, Media, y Aſiria, como bien ſabeis. Tambien os dirè, que deſde aquel tiempo todos los de mi Caſa han tenido cerca de la perſona del Rey el mejor lugar, deſpues de los Principes de la Sangre. Naci, pues, de muy conocida, y eſtimada nobleza; y puedo dezir que mis inclinaciones no fueron indignas de mi ſangre. Tuve vn padre, que cuydò mucho de mi educacion; y ſi el amor no huviera atajado los efec-

tos,

tos que esperava de mi, puede ser que oy me hallara mas adelantado en fortuna. Apenas huve entrado en los diez y ocho años de mi edad, quando viendo que la paz reynava en toda la Media, y queriendo adquirir alguna fama, me fuy à la Corte del Rey de los Sacos, padre del Principe Mazares, que pereciò en el mar los dias passados, el qual tenia guerra con vn Principe comarcano, y en ella puedo dezir, que en poco tiempo grangee alguna opinion; mas porque aquella guerra se acabò presto, y no la avia entonces en ninguna parte del Asia, me fue preciso (despues de aver estado dos años entre los Sacos, y en mis peregrinaciones, bolverme á Ecbatana, que como sabeis, es de las mas hermosas, opulẽtas, y agradables Ciudades del mundo; llegue à ella, pocos dias despues de aver sabido Astiages la nueva de la muerte del joben Cyro, hijo del Rey de Persia, y de la Princesa su hija. Aviendo tanto tiempo que estais, Señor, en Capadocia, no dudo que avreis sabido lo que sucediò en Media, como tambien las amenazas de los Dioses; el terror de Astiages, y su alegria, creyendo que la quietud del Asia se avia establecido con la muerte de vn Prineipe, de quien se dezia estauan pronosticadas cosas notables. Bolvi en fin à aquella Corte, en ocasion de fiestas, y regozijos, y me estuve en ella algun tiempo, gozando todos los gustos imaginables. No hazia caza el Rey donde yo no me hallasse; ni avia concurso de Damas donde yo no estuviesse. Gustava de vestirme rica, y luzidamente; passava el tiempo en los passeos: y como sabeis, el Palacio del Rey, y los jardines de Ecbatana, son las dos cosas mas celebres del mundo, donde no avia dia q̃ no tuviesse varios divertimientos, y el Rey me favorecia mas de lo que yo merecia. Aviame hecho bien quisto de la jubentud de la Corte, y (puedo dezirlo assi) no avia Dama que me aborreciesse; porque como lle-

llevava la maxima de agradar à todas, era dificil disgustar à ninguno. Gozava, pues, de la jubentud, y de la libertad con grande alegria, quando Artambates, que como quizá sabeis, estuvo vn tiempo enamorado de la Reyna de Persia, antes que se casasse con Cambises, padre de Cyro, por lo qual se avia retirado de la Corte, y casadose en la Provincia de los Arisantinos, con la hija del mas poderoso Principe de aquella tierra; bolviò à Ecbatana, trayendo consigo vna hija vnica de quinze años, à quien por sus raros meritos amava tiernamente; la desgracia quiso, que hallandome yo en aquella sazon con el animo ya cansado del bullicio de la Corte, y de la abundancia de los plazeres, tomè vn cavallo, y me sali della con solo vn escudero, con intencion de irme à gozar de la soledad por algunos dias, en vna casa de recreos, que mi padre tenia ducientos estadios de Ecbatana. Iba por el camino melancolico, y pensativo, sin saber de que, y sin mas pensamiento, que el de ir à ver las pinturas, estatuas, jardines, y fuentes de la casa, para encontrar despues mas gusto en la conversacion de la Corte, porque los deleytes se aumentan interrumpidos de su privacion. Mas ay Cielos, como ignorava el daño que me avia de resultar deste viage! Y quantas vezes he considerado, despues acà, la diligencia que puse en cautivarme, y los passos que di para buscar lo que ha turbado la quietud de mi vida! Estaria cien passos del camino Real, que và à la puerta de la Quinta, quando vi vna carroza bolcada, por averse roto vn exe; su riqueza me persuadiò à que seria de persona principal; pero no aviendo con ella ningun criado á quien preguntar de quien era, prosegui mi camino. Y aviendo llegado á la primera puerta de la Quinta, el Guarda, que me abriò, me dixo, que Artambates (cuyo nombre, y calidad me eran muy notorios)

rios) yendo à Ecbatana, le avia sucedido el azar de averse roto vna de sus Carrozas, y avia llegado á pedirle hospedage por aquella noche, hasta q̃ se aderezasse la Carroza, y q̃ se le avia dado. Este hõbre, q̃ no tuvo otro intẽto, que el dezirme ingenuamente la causa de estar alli Artãbates, no me hizo mẽcion de Hermanastes su muger, ni de Amestris su hija, con q̃ aviendole dicho, que avia hecho bien, y ordenadole, que procurasse agasajar, y servir à Artambates, me fuy al jardin, donde me dixo q̃ estava; pero quedè absorto, quando al passar por vn cenador de yerva à vn prado, hallè en èl la mas hermosa Dama que vi jamàs; pero sin saber quien era, porque Amestris nunca avia estado en la Corte.

Esta hermosa Doncella no quedò menos sobresaltada al verme, que yo al hablarla, por aver creido, que no avia en aquella casa mas que los Criados, y que no hallaria en ella persona de cumplimiento. Estava sola con vna Criada; y por el demasiado calor, se avia quitado vn Velo de Cambray, que le cubria la hermosissima garganta, y descubierta parte de los braços, estava descuydadamente reclinada en vn asiento de yerva, y la cabeça arrimada à las rodillas de la Criada. Apenas la vi, quando me detuve, y ella al reparar en mi, se bolviò con presteza à ponerse el velo. A vn mismo tiempo se nos encendiò à ambos el rostro; pero fue sin duda por causas diferentes, obrando en ella la modestia, lo que en mi el amor; porque el fatal instante de aquella vista, fue el primero de mi amorosa dolencia. No obstante mi sobresalto, y admiracion, saludè à la divina Amestris con grande reverencia (era la hija de Artambates) y para darla à entender quien yo era, la dixe: No juzgava yo, Señora, hallar en casa de mi padre tanta belleza; y si huviera sabido, que vos estavais en este retrete, el respeto que tengo à

perſonas como vos (ſi es que ay alguna en el mundo) me huviera diſvadido de poner el pie aqui dentro, y de turbar vueſtro deſcanſo. Mas me tocava a mi, reſpondiò ella, pediros perdon, porque quizà os avrè interrumpido el guſto de la ſoledad, que ſin duda veniais à buſcar en vn ſitio tan ameno; pero à mi padre, que eſtà aqui, tocarà diſculpar la licencia que ſe ha tomado de venir a hoſpedarſe en vueſtra caſa, obligado de vn caſual frangente. Y diziendo eſto, empeçò à encaminarſe àzia donde eſtava Artambates, y conociendo ſu intento, le di el braço; y entonces echè de ver, que me avia querido moſtrar ſu ayre, gallardia, y modeſtia, y que no era inferior á ſu diſcrecion ſu belleza. Yo tengo, Señora, à gran fortuna (la dixe, conduciendola, y reſpondiendo à lo que me avia dicho) el ſer interrumpido, en la ſoledad, de vna perſona como vos, y juzgo que qualquiera que tenga entendimiento, no ſolo dexarà con guſto la ſoledad, por tan grande dicha, pero la Corte miſma con toda ſu grandeza, ſus deleytes, y entretenimientos. Ya vengo prevenida (me dixo, riéndoſe) contra las liſonjas Corteſanas, y puede ſer, que me ſepa defender dellas; pero os confieſſo, que me han cogido de ſuſto en eſte lugar, donde creí eſtar ſegura, y quando entraſteis eſtava diziendo à eſta Criada, que ya era tiempo de deſpedirnos de la ſencillez de nueſtros boſques, y de la ingenuidad de nueſtras Provincias; pero ſegun veo, el imperio de la adulacion tiene mas dilatados confines de lo que yo penſava; pues conozco, que no eſtà ſegura la humildad, y la modeſtia ducientos eſtadios de Ecbatana. Quá do os defendais, reſpondi, de los aplauſos, que ſin duda adquirireis en la Corte, no podreis defenderos facilmente de vueſtro propio conocimiento, ni dexar de ſaber, q̃ ſois la miſma perfeccion. Hallamonos en eſto tan cerca de Artambates, y Hermanaſtes ſus padres, que en lugar de reſpõ

der-

derme, les dixo quien yo era; cõ que fue preciso hablarlos. Dieronme grandes disculpas de la licencia, que se avia tomado; à que respondi, que mi padre les devia muchas obligaciones, y que de mi parte tenia à gran fortuna poderlos servir. Respodieróme, y bolvi à responderles, con q̃ la conversacion fue prolija, y ceremoniosa: Tan dañosa es la residencia fuera de la Corte, despues de aver vivido en ella algun tiẽpo. Empeçaron despues desto à alabar la hermosura del jardin, y de sus fuentes; y Ameſtris dixo, q̃ era tan hermoso aquel sitio, que creia no se hallaria en Ecbatana otro q̃ le agradasse tanto, aunque avia oido contar milagros de su amenidad. Preguntóme Artambates novedades de la Corte, y yo le informè de muchas, que no sabia, por aver sucedido despues de su ausencia, y tuve la fortuna de hallar al padre, y à la madre muy inclinados á estimarme; pero mayor la tuve en ver, que la hija no me mostrava aversion, y estava dudosa entre sus afectos, de suerte que no me prohibia la esperança, ni me assegurava del temor. Era cuerda, y sabía la notable diferencia que ay entre los estilos de la Corte, y lo q̃ se practica fuera della, con que hablava con gran cuydado, sin arrojarse ligeramente, y cõ resolucio de dexar obrar solo a su belleza en Ecbatana ã los principios, sin vsar tã presto de los incentivos del ingenio; y este es verdaderamẽte el infalible secreto para quié da los primeros passos en la Corte, si quiere adquirir alguna estimacion, siendo tan diferente el ayre aldeano, del palaciego, q̃ por mas agudas, y expertas q̃ sean estas personas noveles, es imposible q̃ dexẽ de incurrir en algun yerro, si empieçan hablãdo demasiado; y assi les cõviene estar vn poco cautelosas, y oir antes de ser oidas. Ameſtris en fin se portò con reserva en este primer discurso; bien q̃ no pudo ocultarme sus raras prendas; y en el espacio de dia, y medio, q̃ tuve à Artãbates en casa de mi padre, vi tantos

explendores en ella, q̃ quedè deslumbrado. Admirè la pureza de la voz; lo bien q̃ se explicava; lo natural de su elocuencia; notè la solidez de su entendimiẽto; la bizarria de su brio, la afabilidad de su condicion, y la discreciõ en sus conversaciones, aun que era parca en ellas. El tiẽpo que estuvierõ alli procurè divertirlos. llevèlos à caça à vn Parque, q̃ ay detras del jardin: passeelos por la sombra, á las horas mas ardiẽtes del Sol: en fin, ò fuesse por el canto de los pajaros, por el mormurio de las fuẽtes, por el esmalte de la tierra, por las pinturas de la Galeria, por las estatuas, ò por q̃ mis discursos consiguiessen mi intento, aquellas ilustres personas cõfessaron, q̃ la detenciõ en aquel sitio no les avia sido enfadosa. Y despues de averlos tratado cõ el mayor esplẽdor q̃ pude, resolvierõ irse, digo, irnos todos, porq̃ no pude alcançar conmigo el quedarme en la Quinta, aunq̃ avia ido con proposito de estarme en ella siete, ò ocho dias. Dixe, pues, à Artãbates, que le queria servir de guia, y ser testigo de la aparicion de tan hermosa Estrella en la Corte, señalando à Amestris, la qual tiñò en verguença las mexillas à estas palabras, y me respondiò, sin afectacion, ni obstẽtar ingenio; si bien diò à entender, q̃ le tenia. Aderezada ya la carroza, partimos, y yo me puse á cavallo, yendo siẽpre al estrivo de Amestris. En el discurso del viage prosegui lo q̃ avia hecho desde el instante q̃ la vi, q̃ fue mirarla, y admirarla, cõ tanto gusto, y alegria, q̃ avienda oido dezir, q̃ el amor nunca concede quietud, no crei q̃ estava enamorado. Bien senti, que el coraçon, los ojos, y el pensamiento todos estavan en Amestris; pero el hallarme contento, y tranquilo me hizo creer, q̃ el amor que la tenia era el que todos tienen á los hermosos objetos. Bien conocia, q̃ no avia mirado à otra cõ tan entrañable afecto; mas como no avia visto jamàs hermosura semejante, no lo estrañava mucho, y gozava tranquilamente el verla, el favor de estar cerca della, y el gusto de oirla hablar.

Ca-

Caminamos assi desde mi Quinta à Ecbatana, y en este tiempo instruí á Ameſtris en todos los estilos de la Corte, y ella se informò, con mucho cuydado, de quales eran las que tenian titulo de hermosas, y quales de entendidas, desuerte, que en las preguntas que me hizieron Artambates, Hermanastes, y Ameſtris conociò esta la Corte antes de verla. Llegamos enfin á Ecbatana, y nos apeamos en el antiguo Palacio de Artambates, que es vno de los mas hermosos que la adornan.

Creo, Señor, que os acordareis, que aquella famosa Ciudad tiene siete Murallas, incluidas vnas en otras, cuyas Almenas, para distinguirse, son de diferente altura, y para formar vna hermosa, y alegre vista à los que la vèn de à fuera; estàn pintadas de varios colores, las primeras son blancas, las segundas negras, las terceras rojas, las quartas azules, las quintas naranjadas, las penultimas plateadas, y las vltimas doradas. Tambien sabeis, que dentro del vltimo recinto està el Palacio del Rey de Media, fabricado en el tiempo que el ilustre Dioces estava sobre aquellos sobervios Muros, y que dentro de los recintos mas inmediatos, estàn los Palacios de la primer Nobleza. El de Artambates està entre las Murallas de las Almenas de oro, y las de plata, y la suerte, que en todo se mezcla, dispuso, que el Palacio de mi padre estuviesse junto al de Artambates, à cuya puerta llegados, hallamos en ella muchos antiguos amigos suyos, que le esperavan, lo qual me facilitò el dar la mano à Ameſtris para llevarla á su quarto, y entre los muchos que alli avia dieron el braço à Hermanastes. Hasta entonces avia estado mi alma alegre; y el amor, que es sierpe venenosa, estava tan escondido entre las flores, que no senti sus mordeduras. Pe-

ro al punto que conoci ferme preciſo dexar à Ameſtris ſe me repreſentò el amor mas terrible, y eſpantoſo q̃ jamàs ſe moſtrò à nadie: Vile armado de arco, y flechas; vile con mayor antorcha en la mano, y conocile en fin por el mas formidable de todos los Dioſes. Apenas vi, que los demàs empezavan á irſe, quando perdi el color, y la voz, y me puſe triſte, y ſuſpenſo, y mirando à Ameſtris, le dixe, ſin hablarla, muchas coſas, que no entendiò; porque no las entiende quien no ama. Fueme en fin preciſo irme; pero con tanta pena, y amor, que creo; que nadie padeciò ſemejante congoja à la mia. Preguntòme à la noche mi padre, por què me avia buelto tan preſto; pero al ir á reſponderle, llegò vn criado de Artambates à darle las gracias de parte de ſu Amo, por el hoſpedage que avia hallado en ſu Quinta, y á agradecerle el agaſſajo que yo le avia hecho en ella, que me eſtuvo muy bien, porque eſtava tan inquieto, y confuſo, que no huviera acertado á reſponder á las preguntas de mi padre. Retirème en fin à mi quarto muy otro del que ſali dèl. Seguiame en todas partes la imagen de Ameſtris, y no podia eſtar vn inſtante ſin admirar ſu hermoſura, ſu diſcrecion, y prudencia: la comparava acá en mi penſamiento con las que mas credito de hermoſas tenian en la Corte, y no hallava ninguna, que no fueſſe inferior á ella en todo. Eſtrañava, que vna muger, criada tan lexos de la Corte, no tuvieſſe parte que la diferenciaſſe de las mas perfectas corteſanas, aſsi en las acciones, en la pureza del lenguage, como en el modo de veſtirſe. En fin yo la conſiderava, y contemplava como vn milagro: pero lo que mas me maravillava era, que el guſto que me cauſava no ſe deſviava de la inquietud, y triſteza. Què ſerá (me dezia yo à mi miſmo) que

la

la hermoſura de Ameſtris no produce en mi aquellos efectos que cauſan los demás objetos hermoſos? Porque ordinariamente la viſta de lo que nos agrada llena la imaginacion de eſpecies alegres, y deleyta, aunque no ſe tenga preſente. Què ſerà, buelvo à dezir, ò Ameſtris divina, que acordandome de vos, no huyen de mi la inquietud, ni el afan para dexarme guſtoſo con vueſtra memoria? Yo he ſido el primero de eſta Corte que os viò: os hallè en parte donde pude ſatisfacer algo de lo que ſe os devia; y ſegun el eſtado preſente, por razon de vrbanidad, eſtais en cierto modo obligada à preferirme á todos los que os conocieren en la Corte. Tendrè por lo menos de mi parte el aver ſido el primero à conoceros, à admiraros, y à ..... y aqui me detuve, ſin ſaber ſi diria à eſtimaros, contemplaros, ò adoraros: Tan confuſos eſtavan mis afectos, que yo miſmo no los entendia. Pero al fin deſpues de aver eſtado vn rato ſin hablar, me reſolvi, diziendo: No coraçon mio, no ay que negar, que eſtimas, amas, y adoras à Amiſtres; y ſi ay termino mas propio para explicar vna ardiente paſſion, valete en eſta ocaſion dèl, y di que has ſido dichoſo en que belleza tan peregrina aya ſido tu primera vencedora. De donde naces, ò tu triſteza? dezia, como queriendo examinar todas ſus cauſas; pero yo eſtava muy ignorante en la ciencia del amor, y no ſabia, que es propiedad de eſta paſſion, ocaſionar inquietud; que los bienes de que ſe carece dan deſaſoſsiego; que lo que ſe poſſee quita el repoſo, y que lo que ſe ha perdido cauſa deſeſperacion. No ſabia, que el dolor, y la inquietud ſon dos inſeparables eſſencias del amor, que no ſe adquiere ſin fatiga; que lo adquirido no ſe conſerva ſin trabajo, ni ſe puede

perder voluntariamente lo ganado ſin perder primero la razon. Mas no eſtuve mucho tiempo en eſta ignorancia, y experimentè tan duramente eſta nociva locura, que me atrevo à dezir, que nadie en el mundo quedò tan docto en ſemejantes deſvarios. En fin, deſpues de aver examinado mi mal, conoci, que ſin duda eſtava enamorado; y que mi deſaſoſsiego nacia evidentemente de aquel temor, que ſiempre nace con el amor, y origina la deſconfiança de no ſer correſpondido: porque quando me ponia á conſiderar, que quizá mi ſervidumbre no ſeria agradecida, eſte quizà me era tan ſenſible, y eſta duda tan cruel, que me encendia en rabia; y ſi me huviera aventurado à ſeguir mi loco penſamiento, huviera culpado á Ameſtris, porque no premiava vn amor, que aun le ignorava yo miſmo. Perdonad, Señor, que os refiera tan difuſſamente los primeros impetus de mi afecto: pero tengo por conveniente que los ſepais, para que no os admireis del rigor con que me ha atormentado lo reſtante de mi vida.

Deſpues de aver paſſado aquella noche entre eſtas inquietudes, me levantè muy temprano, y fui con mi padre à caſa de Artambates para ir con èl á Palacio à beſar la mano al Rey, pareciendome, que tambien ſervia à Ameſtris, aſsiſtiendo, y cortejando á ſu padre. Artambates, deſpues de aver hablado al mio, me agradeciò eſta vltima fineza, que fue de grande eſtimacion para èl; porque ſabia que me queria bien Aſtiages. Fuymos en fin à Palacio, donde no pude dexar de hablar de Ameſtris con quantos encontrava. A todos aquellos que yo ſabia que eſtavan enamorados, les dixe, que ſu lealtad corria gran peligro; y à los que no amavan, dezia, que ſe guardaſſen

de

de mirar á Ameſtris, ſi querian conſervar la libertad. Tanto hablè de Ameſtris, que fue demaſiado, como vereis de lo que me queda por deziros. Algunas vezes me preguntava à mi miſmo, con què intento procurava ganar tantos coraçones á Ameſtris? Y en medio de la pregunta me enmudecia vna zeloſa imaginacion. Queriendo aquel miſmo dia ir à caſa de Hermanaſtes, ſupe que no recibia viſitas, porque la noche antecedente ſe avia ſentido algo indiſpueſta. Fuime, pues, á viſitar otras Damas, no por divertirme, porque no podia aver para mi otro alivio, que el de eſtar cerca de Ameſtris, ſi no con intencion de hablar de ella ſin el rieſgo de adquirir competidores. Viſitè en fin las mas hermoſas de la Corte; y aunque no es corteſania alabar à vna hermoſura la belleza de otra, alabè con tanto eſtremo la de Ameſtris, que me malquiſtè con caſi todas las que vi aquel dia; y de mis exageraciones conocieron todas (menos Ameſtris) que era ſu amante; en vnas cauſando zelos, y en otras embidia, ò haziendo por lo menos, que las mas cuerdas entraſſen en deſeo de verla.

CAPITVLO II.

Fia Aglatida su amor à su amigo Arbates à quien introduce con Ameſtris.

NO aviendo mejorado Hermanaſtes, fue toda la Corte á viſitarla, ſiendo yo de los primeros. Eſtava Ameſtris aquel dia tan bizarramente veſtida, y compueſta, que eſtimè la dicha de ſer eſclavo de tan rara hermoſura. Recibiòme cortèſmente, y pidiòme con agrado, que tomaſſe el trabajo de nombrarla las que iban à verla, y informarla de ſu calidad, para que no cayeſſe involuntariamente en algun yerro reparable. Ya conocereis con el guſto, y reſpeto que admitiria eſte mandato, y ſi me apartaria della en todo el dia. Confieſſoos, que ſenti varias paſsiones, porque el ſuſto, y el contento eſtuvieron en mi pecho tan mezclados, que no ſentì alegria ſin ſobreſalto, ni inquietud ſin guſto. Toda la Corte, como he dicho, eſtuvo en caſa de Hermanaſtes, y la beldad de Ameſtris paſmò à toda la Corte. No entrò hombre en cuyo ſemblante no ſe vieſſe eſculpida la admiracion, ni muger (hablo de las mas hermoſas) que no quedaſſe avergonçada, viendoſe vencida de vna foraſtera. Facilmente conocereis mi alegria por los aplauſos que veia grangear á Ameſtris; y mi dolor, de penſar, en los competidores que tendria, porque crei fueſſen tantos como los que la miravan. Lo mas notable fue, que en la larga converſacion de aquel dia no cometiò el menor deſcuydo, y admitiò las alabanças de todos, y con tanta modeſtia, que las mas hermoſas, aun-

que

que era en deidoro ſuyo, ſe vieron obligadas à confeſſar, que las merecia ſin aborrecerla. Deſpues que ſe fueron todos, menos cinco, ò ſeis, que ſe quedaron con migo, quiſe al abarla como los demás; pero ella me dixo, que el no aver caido en alguna falta, me lo devia à mi, y que ſi avia merecido algun aplauſo de los otros, no devia admitirle, ni pretenderle de mi. Queria reſponderla, y aſſegurarla, que tenia mas razon de acetar mis alabanças, que las agenas; pero eſtorvòmelo, empezando à hablarme de las Damas que la avian viſitado. Alabò à las que lo merecian, y pidiòme noticias mas individuales de los Cavalleros, que la avian viſto, ya celebrando la diſcrecion de los vnos, y ya la gala, y bizarria de los otros. Confieſſo, Señor, que me hallè entonces confuſo, porque aviendo viſto, que avia parecido á todos hermoſa, temi (ſatisfaciendo ſu deſeo) alabar demaſiado à alguno, que deſpues fueſſe mi competidor; y tambien temi, que el deſeo de informarſe de alguno, en particular, fueſſe alguna leve diſpoſicion, quando no para amarle, à lo menos para no oborrecerle; y aſsi hablè lo menos que pude, y contra mi coſtumbre, alabè à mis mayores amigos con alguna tibieza, temiendo que ſvs alabanças ſe bolvieſſen contra mi.

Aviendo, enfin, anochecido, fue neceſſario deſpedirme de Ameſtris; paſſeme de camino por el Palacio del Rey, donde no ſe hablava mas que de la belleza de Ameſtris; pero con tales ponderaciones, que no quiſo Aſtiages eſperar à que Hermanaſtes fueſſe à verle, como Artambates le avia dicho, y aſsi fuè à ſu caſa el dia ſiguiente, aunque la edad, como ſabeis, podia diſpenſarle la curioſidad de ver mugeres hermoſas; y confeſsò con los demàs que Ameſtris era vn milagro de la naturaleza. No os referirè los eſclavos que hizo ſu hermoſura, los

amin-

amantes, que sacudieron la cerviz de las primeras cor yundas amorosas, por sugetarla à estas segundas, ni la ruina que causò en los amores de Ecbatana; solo dirè, que no huvo en la Corte quien, si la viò, no la amasse, ò à lo menos la admirasse, sino fue vn amigo mio llamado Arbates, hermano de Megabises, que està aqui, y q̃ como sabeis tiene algun parentesco con la Casa Real. Tenia Arbates mucho entendimiento, y me mostrava buena voluntad, y yo le correspondia con la misma, sin que huviesse escusado cosa que pudiesse darle à entender que le preferia à todos mis amigos. Arbates era de vraña condicion, y no gustava de mugeres, y assi por mas que le dixe, y que la obligacion de su sangre le llamava à aquella visita, solo consegui, que viesse á Artambates, sin querer visitar à Hermanastes, ni à Amestris. Yo visitava en fin à esta hermosa Dama con extraordinaria assistencia, y aunque tenia mayor ocasion de hablarla que otro ninguno, assi por la estrecha amistad que avia entre mi padre, y el suyo, como por lo mucho que este me queria, no obstante tenia Amestris tal predominio en mi, y yo la veneravа tanto, que no osava descubrirla lo que ocultava mi pecho, de suerte que tanto le recatava yo mi amor, como los demàs procuravan manifestarla el suyo: tanto temia enojarla. Supe en fin, que entre otros se avia enamorado della Megabises: esta noticia me afligiò mucho, y como nada de lo que tenia en el alma le encubria à Arbates, me lamentè con èl, de que su hermano fuesse mi competidor, y pedile me aconsejasse lo que devia hazer, y entonces lo hizo sin duda con toda lealtad: dixome, que si podia, me curasse de tan peligrosa enfermedad, y que si no, procuraria disvadir à su hermano de su intento; pero que le parecia razon, que aviendo yo sido el primero de toda la Corte que avia amado à Amestris, fuesse el primero tam-

tambien, que se lo declarasse. Agradecile consejo tan generoso, y fiel, y tanto le roguè que viesse à Amestris, que al fin melo prometiò, como la previniesse á recibir à vn hombre negado à semejantes visitas. Fuy, pues, á ver á Amestris, y tuve la suerte de hallarla sola, con que me fue mas facil hablarla, sin que otro que ella me oyesse. Y aviendola hablado vn rato, en materias agenas de mi intento, la dixe: Iuzgareis, Señora, á atrevimiento, el que no contento con el favor que devo á vuestra beniguidad en sufrirme, os suplique, me deis licencia para traeros vn amigo, que desea mucho veros, aunque no acostumbra visitar Damas? Tanto mas obligada le estarè; me respondiò, y pues vos le estimais digno de vuestra amistad, creo que me estará muy bien, que tambien lo sea de la mia. Mi pretension, Señora (repliquè, mudando de colores el semblante) es pediros esta merced para èl, y suplicaros (si es posible) que trateis à mi amigo de manera, que os estime, y os venere; pero que no os ame. Cierto que yo creia (me respondiò, con boca de risa, y mexillas de verguença) que deseavais de mi vna cosa muy dificil; pero segun veo, no prohibiendome mas que imposibles, me será muy facil daros gusto. Ay, Señora, repliquè, mal creereis lo que dezis, si os conoceis como yo os conozco. Aglatida (me respondiò, con risa mas maliciosa) sabed que no pretendo de ningun modo, q̃ siendo amigo de Artambates mi padre, me trateis como los q̃ no lo son, de los quales sufro las lisonjas, mas por vso, que por complacencia; pero de vos no las sufriré, y si proseguis en hablarme de essa forma, me obligareis à trataros de manera, que quizà os pese. Desuerte, Señora, dixe, que permitireis, que todos os alaben, y no podreis tolerar que Aglatida os diga, que todo el mundo os ama? Pues creed, que èl juzga los coraçones agenos por el suyo. Confiesso (me dixo riendose, y procurando hazer

co-

donayre del caso, por no passar adelante con su enojo que me hablais de vuestro afecto, de vn modo no comun, y no hablandome mas del vuestro, que del afecto de toda la Corte, no tengo motivo para castigaros; pero al fin (prosiguiò, por mudar discurso) traedme á vuestro amigo, y dexad lo demàs al cuydado de mis pocos meritos, sin temer su libertad. Yo deseo, Señora, la repliquè, que sea mas dichoso, que vno de sus mayores amigos; quiero dezir, que le deseo libre; y ella que bien me entendiò, dixo: Vos sois tan imprudente, que en lo que dezis mas materia se halla de compadeceros, que de culparos; y assi Aglatida os perdono: y dicho esto, se levantò para irse á assomar à vna ventana que caia al jardin, y llamò à dos de sus Doncellas, de lo qual inferi, que queria cortar el hilo à este discurso, con que passè à visitar á Hermanastes su madre, á quien devia no menor voluntad, que á Artambates, y despues de aver estado con ella vn rato, me fui en busca de Arbates, à quien dixe la licencia que avia obtenido de Amestris, refiriendole quanto me avia passado con ella, y exagerè vn poco el punto de dexarle libre. Confessadme la verdad (me dixo, riendose) vos no solo estais zeloso de Megabises, y de otros muchos que visitan cada dia á Amestris; pero tambien lo estais de Arbates, aunque no la ha visto todavia, ni la queria ver, ni la verà tampoco, si gustais.

Dixome esto Arbates con tan falsa risa, que me avergoncè de mi flaqueza. Porque si he de dezir la verdad, apenas huve hablado de Arbates à Amestris, quando me arrepenti, y desee no averlo hecho; pero considerè, que lo estrañaria mucho mi amigo, y que despues de aver hablado del à Amestris, tendria ella à mal el que no se le llevasse. Fuera de que siendo Arbates hermano de Megabisses, y este amante de Amestris, me parecia que

tava seguro d'l; con que lo que antes me avia dado cuydado, ya no me inquietava mucho, pareciendome que Arbates no querria concurrir en amor con vn hermano, y vn amigo. Avia estado vn rato sin hablarle, despues que me propuso no ver à Amestris, si yo no gustava, y prosiguiendo el discurso le dixe: No, Arbates, no quiero privar à Amestris del conocimiento de vn hombre como vos, ni tan poco es bien que Arbates, el qual conoce el justo valor de lo perfecto, no conozca à Amestris. Y si ella me aprisionasse (dixo èl, riendo) que seria de nuestra amistad? Si rompiereis sus cadenas por mi (respondi) se harà mas firme. Y si no pudiere hazerlo (repliçò) tendrè yo la culpa? No sè, dixe; pero bien sè que es dificultoso querer bien à vn competidor. Pues no me pongais al riesgo, dixo, de perder vuestra amistad; y si Amestris es tan peligrosa, y formidable, dexadme en mi retiro, y en el descanso de mi libertad, porque no sè (si acaso tuviera la desgracia de perderla) si podria contenerme de aborreceros tanto, por aver sido el instrumento, como vos à mi por averme hecho vuestro competidor. Y no porque siento en mi disposicion alguna para rezelar este sucesso, porque veo tanta flaqueza en muchos, que en lo restante son hombres de razon, y se dexan dominar desta pasion, de manera, que creo he hallado en mi modo de vida vn saludable contraveneno, para librarme de tan pestifera ponçoña. Y assi no temais amigo Aglatida, y creed, que si perdiere la libertad, no serà sin defenderla. Quando os hizieron prisionero, puede dezirse, que os engañò el amor, porque os juzgavais en la soledad, quando encontrasteis con Amestris, y vuestro coraçon no se avia prevenido à tan duro assalto. Deslumbrò vuestros ojos, turbò vuestra razon, y sobresaltò vuestro pecho, y assi no es mucho que cautivasse à vn hom-

hombre indefenſo, y ſin armas; pero es muy diferente el caſo en mi, porque todos me han dicho, y vos miſmo muchas vezes, que Ameſtris es la mas hermoſa Dama del mundo, y deſde entonces he formado della vna idea tan perfecta, que me parece, que no podrá vencerme; y puede ſer, ſegun coſtumbre, que la halle menos bella que la imagen que tengo ideada por vueſtra relacion. Fuera de que yo voy con animo de reſiſtirme, y defender della mi coraçon todo lo poſsible; y ſabiendo que mi hermano, y vos la amais, ſi no pierdo enteramente el vſo de la razon, no correrè el rieſgo de quedar vencido de ſu hermoſura. Aſsi lo deſeo, le dixe; pero no dexo de temer lo contrario. No podia Arbates contener la riſa que le cauſava mi necia deſconfiança, y aſsi me dezia: Vos eſtais tan fuera de juizio, que el temor de bolverme loco como vos, baſtarà à aſſeguraros; no obſtante buelvo à deziros, aora, que eſtamos à tiempo, que ſi quereis, no irè allà, ni la verè, ſi el acaſo no me la pone delante. Confieſſoos, Señor, que eſtuve mil vezes por tomarle la palabra; pero no me atrevi, y mi necedad me dexò confuſo, y avergonçado. Dixe en fin à Arbates, que no queria mudar intento, y que la tarde ſiguiente vendria por èl para llevarle à ver à Ameſtris.

Arbates, como os le he pintado, era algo vraño; pero no de aquellos profundos melancolicos, cuya converſacion es peſada, y enfadoſa, antes era de jobial condicion; y en vn hombre ſerio reſplandecia mas ſu viveza, particularmente entre las perſonas de ſu genio, y lo que le hazia eſtraño, no era tanto el natural melancolico, como ſer de condicion dificil, delicada, y facil de enojarſe, deſuerte, que dificultoſamẽte ſufria aun los menores defectos de ſus mayores amigos. Buſcava la perfeccion en todo, y huia todo lo que era defectuoſo, con que en

con que no es facil hallar muchos cabales, queria bien à pocos, y hallava menos. A mi, ò me avia hecho merced, ò su inclinacion le avia obligado á quererme, y dar excepcion à su regla, desuerte que nos veíamos de ordinario, y y me comunicava mas que à otro ninguno. Fuymos, pues, el dia siguiente á casa de Ameſtris, donde hallamos à Megabises, que se mostrava el mas solicito de todos los demàs competidores, y à quien mas se devia temer, porque verdaderamente era el mas modesto, y galan de toda la Corte, como podeis juzgar, conociendole, y teniendole todavia en Sinope: bien es verdad, que en aquel tiempo estava mejor; porque la tristeza le ha desfigurado como à mi. Luego que entramos di à conocer à Arbates à Hermanastes, y despues à Ameſtris, que le recibieron ambas con mucho agrado, y con el modo que le trataron me dieron á entender, que hazian alguna estimacion de los que yo estimava; porque fuera de los terminos devidos à sus meritos, se conociò, que lo demàs lo conseguia Arbates por Aglatida; porque los agassajos que recibiò no se podian atribuir à las prendas que dèl os he referido, en tan nuevo conocimiento, por lo qual, en vez de inquietarme, me alegrè. No dexè de tener algun rezelo, de que aquella cortesia atrayesse mas de lo que yo quisiera à Arbates; pero luego se desvaneciò este escrupulo. La conversacion de aquel dia fue muy alegre, porque Megabises, cogido de repente, se admirò de ver à su hermano en casa de Damas, y empezò à chancearse con èl, diziendo à Ameſtris, que aquel era vno de los mayores milagros de su hermosura. No penseis, Señora, dixo, que mi hermano ha venido aqui à buscar, y reconocer todo lo bueno, que en vos el mundo admira, antes me atrevo á jurar, que viene à ver si puede hallar por lo menos alguna pequeña imperfeccion en vuestra belleza;

algun defecto en el lenguaje, alguna obſcuridad en vueſtro entendimiento, ò alguna aſpereza en vueſtra condicion. Quizá le eſtuviera muy bien à Megabiſes, y a otros muchos (reſpondiò Arbates) que la hermoſa Ameſtris tuvieſſe alguna falta, para q̃ no pudieſſe juzgar las agenas; pero yo, q̃ ſolo buſco los defectos, por hallar la perfeccion, he quedado abſorto de averla encontrado en vn ſugeto ſolo, y verme deſengañado del error en que eſtava, creyẽdo que no avia perfecciõ en el mundo. Muy liſongero me pareceis para tan preciado de exquivo, dixo Ameſtris. Yo, Señora, profeſſo ingenuidad, reſpõdiò, y por eſſo os he dicho francamante lo q̃ quizá podia cõtentarme con penſarlo ſin dezirlo. Deſpues mudò converſacion Hermanaſtes, ya de las novedades del mundo, y ya de los divertimientos de la Corte, gaſtando en eſto toda aquella tarde. Yo hablè poco aquel dia, por eſtar divertido en mirar à Ameſtris, y en atẽder à Megabiſes, y á Arbates. Veia en Megabiſes crecer por horas ſu amor, y ſu aſsiſtencia. Arbates, reſpeto de ſu condiciõ deſabrida, me pareciò q̃ ſe avia domeſticado demaſiado en eſta primera ocaſion; y Ameſtris vſava de vn agrado tan igual, y de vna modeſtia, tã encubridora de ſus penſamientos, que no pude averiguarſelos. Eſtuve en fin aquel dia tan cõbatido de imaginaciones, que Ameſtris lo conociò, y ſe empeçò à burlar de mi con notable gracia, diziendome, q̃ ſi no me conociera mas q̃ por el nõbre, creyera, q̃ yo era Arbates, y Arbates Aglatida. Yo agradeci à mi fortuna, que Ameſtris huvieſſe reparado en mi mal humor; y Arbates quedò guſtoſo, de q̃ el retiro en q̃ ſolia viuir no le huvieſſe hecho parecer mas melãcolico q̃ los demas.

Llegada la noche, todos ſe retiraron à ſus caſas, y yo llevè à Arbates à la mia; y queriendo hablar cõ èl, le entrè en vn jardin, penſil deſde donde ſe vè el Oronte, que, como ſabeis, paſſa por Ecbatana, y aſsi que llegamos, dimos dos paſ-

paſſeos enteros, ſin hablar: Arbates, quizà por no atreverſe á dezirme lo q̃ le avia parecido Ameſtris; y yo, por no oſſar preguntarle el juyzio, que avia hecho de ella: pero admirad, Señor, la eſtravagãcia del amor; os aſſeguro, q̃ temia igualmẽte entonces, q̃ Arbates alabaſſe mucho, ò no alabaſſe á Ameſtris. Temia q̃ condenaſſe mi eleccion, ò q̃ eligieſſe lo que yo avia eligido, y aviendo eſtado con eſta imaginacion el tiempo q̃ os he dicho, ſin hablar, ni vno, ni otro, yo en fin rompi el ſilencio, diziẽdo, con vna forçada riſa: Y bien Arbates, os aveis defẽdido? No os ha cõvertido la bella Ameſtris de mi mayor amigo, en mi mayor competidor? Sois tan deſconfiado, me dixo, que por quitaros eſſa mala coſtumbre, no quiero ſatisfacer vueſtra curioſidad, ſi no ſolo deziros, q̃ Ameſtris, es digna de la admiracion del mundo. Si la admirais, reſpondi, tãbien la amais. No es eſſa buena cõſequencia, me replicò, no obſtante no quiero hablaros en eſto con mas claridad, por querer curaros vueſtro humor pecante, y enſeñaros à no formar monſtruos para pelear deſpues con ellos. Ay, amigo Arbates, le dixe, no me dexeis cõ eſta duda, dezidme lo q̃ ſentis de Ameſtris. Què quereis que os diga? me reſpondiò, ſi la alabo direis que me he enamorado della; ſi la desalabo, penſareis, que os engaño, ò que he perdido el juyzio. Con eſſo ſolo me hazeis conocer, que la eſtimais, reſpondi; pero quiſiera ſaber ſi vueſtro coraçon ſe aſſuſtò à ſu viſta, y ſi la querreis bien algun dia para aborrecerme à mi. No ſoy adivino, me reſpondiò, ſolo sè, que por aora os devo la fineza de averme dado à conocer vna muger tan amáble, y perfecta. Confieſſo Señor, que viendo el deſembaraço con que me hablava Arbates, crei, que ſus artificioſas reſpueſtas fueſſen de burla, y donayre para hazerle de mi flaqueza, con que avergõçando me della, dexè de importunarle, y me fuy à recoger cõ quietud. Mas deſpues ſupe, què enamorado Arbates de veras de la beldad de Ameſtris, no creia, que todavia la amava, y co-

mo honrado, se resistiò con todas las fuerças posibles, por no venir à ser cõpetidor de su hermano, y de vn amigo, que le avia hecho confidente de su amor, y sin el qual no huviera visto à Amestris. Y es de creer, que lo que dixo à vn amigo de ambos, fue cierto, y que hizo grande resistencia al amor de Amestris; pero todos sus esfuerços fueron vanos, y esta pasion hizo en èl vna notable mudança. Hasta entonces le avia tenido por el mas sincero, y fiel de todos los hombres, que avia conocido, y desde aquel instante se hizo el mas artificioso, y falso de el mundo. Estuvo en fin muchos dias sin hablarme de Amestris, como si nunca la huviera visto, y assegurò mi animo de todas las sospechas, con tal astucia, que fuy yo el primero que le hablè de Amestris, y le pedi, que fuesse à verla de quando en quando. Resistiose obstinadamente, y estuvo muchos dias sin ir à su casa; mas por mi desdicha supe despues, que la avia visto tres vezes en el Templo, dos en el passeo de los jardines del Rey, y vna en las Riberas del Oronte, donde solia ir ordinariamente.

Viendo, pues (segun creia) que Arbates no se acordava de Amestris, prosegui en comunicarle mi amor, y en pedirle consejo: deziale, que no avia podido valerme de el primero que me diò, de declarar mi amor lo mas presto que pudiesse à la causa de èl, por que me quitava las ocasiones. Quando os lo aconsejò (respondiò el cauteloso Arbates) no la conocia; pero despues que la vi, ò Aglatida, estoy de otro parecer, porque aquella gran modestia, que he observado en su semblante, me ha advertido, que no deveis exponeros facilmente à descubrirla vuestro afecto. Creedme (prosiguiò el falso amigo) que no conviene, que hableis à Amestris de amor hasta aver hecho por ella muchas finezas, y puesstos en estado, q̃ no os pueda despreciar sin nota de ingra-

titud. Eſſe es vn camino muy largo, le dixe. *Aſsi es*, me replicò; pero es tan ſeguro, como el otro peligroſo, porque ſi al declararos ſe enoja, y os manda que no os bolvais à poner delante della, huye de vos, y os aborrece, què aveis de hazer? Morir ſin duda, le reſpondi, pero ſi no ſabe que la amo, ſi yo no ſe lo digo, y mis compe.idores mas dichoſos, y mas oſſados que yo, la hablan en ſus paſſiones, quereis que ella adivine la mia, y me pague vna deuda que ignora? Yo vengo en q̃ la ſepa, replicò, pero de modo q̃ no la diſguſte, y que ſu coraçon eſtè algo inclinado quando le declareis q̃ poſſee el vueſtro. Y quien inclinarà, dixe yo, el coraçon iluſtre de Ameſtris? Vueſtra diligencia, me reſpondiò, vueſtros rendimientos, vueſtra atenciõ, y vueſtro ſilencio, en aviendoſe hecho aborrecer los otros con ſus porfias. Y creedme Aglatida, q̃ aunque no sé lo q̃ es amor, ſino por agena noticia, aviendo, no obſtante, examinado eſta paſsion, y conocido ſus cauſas, puedo dezir q̃ conozco tãbien ſus efectos, y aſsi aſſeguraos, que pues vos amais, Ameſtris lo ſabe. Es el amor vn fuego q̃ luze, y arde en todas las partes donde reſide, y quien le engendra lo conoce; de manera Aglatida, q̃ podeys eſtar cierto deſto, y tratar ſolo de atender à ſervir à vueſtro dueño, y hazer que adivine vueſtro amor ſin dezirlo. En concluſion, el aſtuto Arbates lo ſupo dezir tan bien, q̃ me perſuadiò à no deſcubrir mi amor mas de lo q̃ le avia deſcubierto. Prometile en fin, no apartarme de ſus conſejos, y èl mediò palabra de hazer lo q̃ pudieſſe por quitarme los mas peligroſos cõpetidores. No penſeis (dezia el falſo amigo) q̃ mi intencion es ayudar à mi hermano Megabyſes. Finalmente èl ſe previno de ſus promeſſas, haziendo caudal dellas, no en mi provecho, ſino en el ſuyo, como oìreis. El motivo verdadero de tardar en bolver à caſa de Ameſtris, no fue ſolo por ocultarme el amor que la tenia, ſi no por que los con-

lejos que huvieſſe de dar à ſu hermano, no le fueſſen ſoſpechoſos. Vna mañana, que le fue à ver, y le hallò ſolo en ſu aposento, aviendole hablado en varias materias, haziendo como que ſe queria ir, bolviò à preguntarle, què ſe haria aquel dia? Megabiſes, no cayendo en la malicia de ſu hermano, le reſpondiò ingenuamente, que ſe iria à caſa de Hermanaſtes. Mejor dixerais à caſa de Ameſtris (reſpondiò, riendo, y acercãdoſe à èl) porque aunque Hermanaſtes es diſcreta, con todo eſſo, ſi Ameſtris no fuera hermoſa, no frequentarias tanto la caſa de Artambates. Es verdad, reſpondiò; pero yo hago lo miſmo que toda la Corte; y Aglatida, que es tan vueſtro amigo, no aſsiſte à Ameſtris menos que yo. Aſsi es, reſpondiò el malicioſo; y pugliera ſe al Cielo no lo fuera; porque deſeando ſu quietud, no quiſiera que perdieſſe el tiempo en vna empreſſa, que ſiempre es dañoſa à los que en ella porfian. Bien sè que el amor (replicò Megabiſes) es vna paſsion inquieta, que nunca dà placeres tranquilos; pero ſi Arbates fuera practico en ſu eſcuela, quizà culpàra menos à los que ſiguen ſu doctrina, y ſupiera, que las penas amoroſas, aunque duran, encierran mayor dulçura que todos los demàs plazeres del mundo. Pero eſta paſsion en que os empeñais, reſpondiò Arbates, es tan nociva, que no ay coſa que no hizieſſe por libraros della. Empezad por Aglatida, dixo, interrumpiéndole, y abraçandole Megabiſes, y os lo eſtimaré mas, que ſi os deviera mi libertad. No quedarà por mi, dixo Arbates, y puede ſer, que à eſta hora aya hecho mas diligencias con èl, que con vos. Ay hermano, reſpòdiò Megabiſes, y os parece que podreis perſuadir à Aglatida, que me dexe à Ameſtris? Yo harè todo lo poſsible, replicò Arbates, para que Aglatida no ſe oponga à los amantes de Ameſtris: mas no penſeis, que mi fin es ayudar à Megabiſes; antes deſeo muy de veras hazer tanto perjuyzio à Aglatida

da como à todos los demás. Pues què es vueſtro intento? replicò Megabiſes. Que procureis deſaſiros de eſſa paſſion, dixo Arbates, que generalmente es flaqueza, y en eſta ocaſion, particularmente, os puede cauſar invtiles deſaſoſſiegos; porque vos mirais á vn fin à que aſpiran otros muchos tã buenos como vos: demás deſto ſervis à vna muger, cuyo pecho no es tan facil de herir como penſais. Las dificultades, dixo Megabiſes, dan vida al amor. Es verdad, reſpondiò Arbates; pero los impoſsibles le dan muerte. Dezis bien, replicò Megabiſes; pero os parece impoſsible, q̃ vn hõbre de mi calidad ſe caſe con la hija de Artãbates? No tengo abſolutamente por impoſsible, dixo Arbates, q̃ Megabiſes conſiga por muger à Ameſtris; pero digo, q̃ no conſeguirà ſer correſpondido della, porq̃ he ſabido, por medio de Aglatida, q̃ eſtà muy biẽ informado, q̃ Ameſtris, en medio de aquella modeſtia q̃ obſtenta, ama con tanto eſtremo ſu hermoſura, q̃ es incapaz de tener amor á otro objeto: Mirad aora ſi os parece fortuna tener por muger à vna q̃ mirará mas á ſu eſpejo, que à ſu marido, y q̃ ſolo tiene el alma ſenſible para ſus propios atractivos? Fuera deſto, no os acordais, que Ameſtris es hija de Artambates, vn hõbre deſterrado diez y ocho años ha, y que él aver buelto á la patria ha ſido porq̃ Ciaxares, que ſiempre le aborreciò por cauſa de la Reyna de Perſia ſu hermana, no eſtà aqui? No conſiderais, q̃ Aſtiages eſtà ya en la edad decrepita, cõ que ſerá preciſo, que Artambates ſalga de Ecbatana el miſmo dia que Ciaxares dexe la Capadocia para entrar en la Corona de Media? Imaginad, Megabiſes, què gaſto tendriais en ſemejante mudança de Reynado; que os ſeria forçoſo iros à confinar à la Provincia de los Ariſantinos, con vna muger inſenſible, que avria deſtruido vueſtra fortuna, en vez de eſtablecerla, y q̃ quizà, dexando de ſer hermoſa (porq̃ la edad, y los achaques roban la belleza) no tẽ-

dria con que poder consolaros. Ay hermano (dixo Megabises) Ameftris siempre serà hermosa, y assi hazed, que yo la consiga por muger, y no os dè cuydado mi fortuna. Que yo sea desterrado, ò ella insensible, no se me dá nada. Si nos desterraren juntos, estarè mas gustoso con mi gloria, que con mi libertad; y si ella fuere incapaz de amor, estarè libre del tormento de los zelos. Desuerte, que de qualquier modo que sea, ayudad à mi amor, y no os opõgais à èl. Vos me pedis lo que no harè jamàs, dixo Arbates; porque no se ha de dar veneno al amigo frenetico, que le pide, y en particular quando en ello se atraviessa el propio interès. Hà, insensible hermano (dixo entonces Megabises) me holgara que fuerais mi competidor, por veros castigado de esa condicion severa, que condena mi amor; y para q̃ conozcierais por la experiencia, que el amor no es acto voluntario. Presto os arrepintierais, respondiò Arbates, de esse deseo, si creyesseis, q̃ fuesse possible. pero confessad à lo menos, que estariais de animo mas sossegado si estuvierais libre; y si esto es assi, ofrecedme, que procurareis por algunos dias romper las cadenas. Esso es lo que no creo que podrè hazer, dixo Megabises; mas por no negaros todo lo que me pedis, os lo ofrezco; bien que si he de dezir verdad esto es lo mismo que no ofreceros nada.

Arbates, conociendo que no podia conseguir mas, dexò al hermano, cõ resolucion de probar todos los medios possibles para satisfacer su amor à costa del hermano, y del amigo. Yo quiero creer, que fuesse cierto lo q̃ despues dixo, que no estuvo en su mano dexar de hazer lo que hizo, obligandole à ello vna passion desenfrenada, à quien no se rindiò sin pelear; pero me parece, que por tenaz que sea el amor, no ha de obligar à hazer lo que es contra el propio honor, y fama; y que vna passion tan noble como esta, no puede, ni deve servir de disculpa à vna acciò indigna. Ha-

llà-

llavaſe;pues, Arbates en vn muy notable eſtado; amava à vna muger,à quien porq̃ no eſtrañaſſe la mudança de ſu retirada vida no iba à ver;como tãbien por no hazerſe ſoſpechoſo cõ el hermano ,y conmigo. Tenia vna ardiẽte paſſiõ,q̃ no ſe atrevia à declarar:tenia dos cõpetidores,á quiẽ amava,y devia amar;ſu hermano le pedia,q̃ no ſe opuſieſſe à ſu amor;y à mi avia prometido ayudarme en el mio;deziame à mi,q̃ hazia quãto podia por ſanar à Megabiſes de ſu dolẽcia;y à Megabiſes dezia,q̃ queria librar à Aglatida de la ſuya. Como,pues,ſe governará para ver à Ameſtris, burlar á ſu hermano,y engañar á ſu amigo en beneficio propio? El ſabio,q̃ eſtos no ſe apartã jamàs de Ameſtris: pues q̃ harà? Que camino tomará para verla cada dia, ſin hazerſe ſoſpechoſo cõ ninguno? Prevenios,Señor,á oir la mas notable traicion q̃ jamàs ſe ha pẽſado. Arbates,deſpues de algunos dias,me dixo,q̃ trataya de curar á ſu hermano de la calẽtura amoroſa;y como era verdad,me lo dixo tã aſeveradamẽte,q̃ lo creí,y me confeſsè tã ſu obligado,q̃ ſi entõces me huviera deſcubierto ſu amor,y dichome,q̃ ſe avia engẽdrado de ver à Ameſtris,creo q̃ me huviera reſuelto à morir por cederſela: tan agradecido ſoy à los beneficios. Pero mientras Arbates me entretuvo mucho tiẽpo,refiriẽdome todo lo que avia dicho à Megabiſes,y lo que eſte le avia reſpondido,mudò papel con el hermano,y dando à entender,que ſe movia poco à poco á laſtima,juzgò tan bien ſus cartas,que Megabiſes le hizo eſtrecho confidente de ſu amor;le pedia conſejo en todo;no hazia mas de lo que el buen conſejero le dezia,y yo hazia tambien lo miſmo;y como temia mucho que Megabiſes,y yo nos hallaſſemos ſolos con Ameſtris,demas de que lo que proponia avia menester que concurrieſſemos juntos con ella,ſiẽpre aviſava à Megabiſes la hora q̃ yo avia de eſtar cõ Ameſtris , y à mi me dezia quando avia de ir ſu hermano,

de

desuerte, que desde que èl se introduxo en nuestros amores, no la vimos el vno sin el otro, porque el amor, y los zelos le avian enseñado à temer mas vn amante solo con la Dama, que dos juntos. Avia tenido; sin embargo la cordura de pedirme, por el bien de ambos, que no llamasse en desafio à su hermano, y que fiasse de su palabra, que hazia todo lo posible por destruir los disignios de Megabises, à quien avia dicho lo mismo; que no era necessario tener disgusto conmigo, por causa ligera, porque mientras estava embarazado en el duelo, podrian otros aprovecharse de su ausencia, y desta suerte se conservava con nosotros. Megabises se quexava del continuo embarazo que yo le hazia, y yo me lamentava de lo mismo. Amestris vivia con tan gran cordura, y reserva, que la misma virtud no huviera podido obrar mejor. Bien es verdad, que aunque vsava todo genero de cortesia con los que la visitavan, no obstante se conocia, que hazia mas estimacion de Megabises, y de mi, que de los demàs; entre los quales Orano, à quien oiriais nombrar en la Corte de Media, era el mas despreciado, y aborrecido.

CAPITVLO III.

Prosigue Aglatida su historia, y la traycion de Arbates.

NO me juzgava yo por el mas bien visto de Amestris, y pareciame, que Megabises estava mas en su gracia, de que me quexava con Arbates. Tambien Megabises me embidiava la misma fortuna, y se lamentava con su hermano, el qual se resolviò en fin à burlarnos à los dos; para lo qual, vna noche, que estavamos en mi aposento solos; Amigo Arbates, le dixe, hasta quando me aveis de alimentar de esperanças? Y hasta quando me ha de perseguir el amor de Megabises? Que ayan elegido los ojos de Amestris vn hermano de mi amigo para amante suyo! Y amante à quien miran algo favorablemente, si no me engañan los zelos. Ay amigo Arbates, si Megabises no fuera vuestro hermano ya mi espada huviera tomado satisfacion de la ofensa que haze à mi amor, que es mas antiguo que el suyo, y quizà mas fino, y mas sincero. Mostròse entonces Arbates condolido de mis quexas, y de mi dolor, con que al punto me pidiò perdon del mal que me hazia su hermano, y me agradeciò el respecto que tenia à nuestra amistad, y luego me preguntò, què queria yo que hiziesse; y despues bolviendose à mi con rostro turbado, me dixo: Mirad Aglatida, si Arbates no os quisiera tanto, no os propusiera lo que aora oireis, ni emprendiera vna traicion, como la que premedita. Sabed, pues, que solo sè vn camino, que le tengo por infalible, para estorvar los in-

intentos de Megabiſes con Ameſtris. O mi amado Arbates! dixe, intentemos luego eſte feliz camino, ſi por medio dèl puedo librarme de tan formidable competidor. Ya ſabeis, proſiguiò, que Megabiſes me ama con grande eſtremo, y aſsi puede ſer que haga por mi conveniencia, y reſpecto, lo que no ha hecho por ruegos, ni perſuaſiones. Es meneſter, pues, que por algunos dias me mueſtre mas melancolico de lo ordinario, y mas penſativo, y que quando me preguntare la cauſa, deſpues de aver hecho que me la pregunte muchas vezes, le diga, que eſtoy enamorado de Ameſtris, y que todas las diligencias que he hecho por deſviarle della, han ſido por mi interès amoroſo, no aviendo podido vencerme nunca, por lo qual le ſuplicarè mire por mi vida, y à fuerça de lagrimas, y ſuſpiros procurarè obligarle à que permita que compita con ſu amor, quando voluntariamente no dexa el mio. Yo sè que es tierno de coraçon, y que le ſerà dificultoſo contradezirme. Mucha verguença me cueſta, querido amigo, proponeros tan abominable traycion; pero què no ſe intenta quando ſe quiere bien? Ay amado Arbates (le dixe, abraçandole, y temiendo no ſe ofendieſſe de lo que queria dezirle) ſi la amiſtad que me teneis es tal, que os obliga à hazer traicion à vueſtro hermano, què hareis con Aglatida, ſi os enamorais de Ameſtris? No tendria motivo de temer que la ficcion ſe hizieſſe verdad? Con eſſe agradecimiento (reſpondiò el aſtuto Arbates, fingiendoſe enojado) pagais las ſeñas de mi cariño? Advertid, Aglatida, que ſegun razon, eſtoy obligado à ponerme de parte de Megabiſes contra vos, y à preferir los afectos de la ſangre à los de la amiſtad. Dixome eſto, con tal meſura, que temi averle enojado, y aſsi esforçandome, procurè firme en ſus promeſſas, y tanto le dixe, que ſe aplacò ſu co-

le-

colera fingida, y respondiò de fuerte, que casi desvaneciò del todo mi temor. Confiessoos, Señor, que al principio me assombrò esta propuesta; pero viendo la conveniencia que della se me avia de seguir, y conociendo que no podria tolerar que me quitassen à Amestris, sin quitarme tambien la vida, me pareciò mejor recurrir al arte que á la fuerça, y consentí en la traza de Arbates, sin tener ya dèl sospechas, ni zelos, ni maliciar que estuviesse enamorado, aunque temiendo que viniesse à estarlo.

No contentandose Arbates, con tener la libertad de ver à Amestris, sin que me ofendiesse, buscò modo para engañar tambien al hermano. Fuele à ver la mañana siguiente, y le engañó casi en la misma forma que à mi, aunque las razones de que se valiò, fueron diferentes de las que à mi me avia dicho. Fuese, pues, en busca de su hermano à los jardines Reales, donde le dixeron, que estava, y al verle, le dixo: Què haceis aqui hermano, quando Aglatida quizà està con Amestris, porque anoche me dixo, que iria oy à casa de Artambates? Mejor fuera, respondiò Megabises, apartaros desu amistad, y dexarle en manos de mi furor, y de mis zelos, que avisarme de sus finezas con Amestris; mas no penseis, que durarà mucho el sufrimiento que he tenido por vos, porque algun dia me cansarè de ver à Aglatida amado de Arbates, y favorecido de Amestris, siendo Aglatida, entre todos mis competidores, à quien solo devo temer, como al mas dichoso. Arbates, à estas palabras se fingio admirado, y mirando á Megabises, le dixo: De modo, hermano, que quisierais que yo quebrasse la amistad de Aglatida, porque es competidor vuestro? Pues no veis que es tan generoso, que no ha roto con migo aun siendo vos su contrario, y yo hermano vuestro, y que antes

me

me ha pedido infinitas vezes perdon, de que su desgracia le aya empeñado en el amor de Ameſtris? Demás de que el la amò antes que vos la conocierais; y aun los dias paſſados me dió alguna leve eſperança de ſanar de ſu amor la herida, por amor vueſtro, y mio. Y vos aora me pagais aſsi las finezas que me deveis? Aora conozco que es mejor contentarme con lo que he obrado haſta aqui, ſin paſſar mas adelante; y diziendo eſto, hazia demoſtracion de quererſe ir. Ay hermano (dixo entonces Megabiſes, deteniendole) perdonad à vn deſdichado, que ha perdido el vſo de la razon, y no le deſampareis en ſu deſgracia. Veo que amais tanto à mi competidor, que os tuve por èl, y me cegò tanto la colera, que me obligò à deziros lo que ſin duda os ha diſguſtado; y aſsi os ſuplico me perdoneis, y ſi es cierto que me amais, y quereis bien à Aglatida, diſvadidle del amor de Ameſtris; porque yo no lo puedo ſufrir, y es preciſo ò que yo muera, ò que èl dexe de amarla. Vos eſtais muy ciego, dixo Arbates; y no ſe puede ſervir à vn hombre incapaz de razon, que quiere que el entendimiento ſea complice en ſu locura. El amor, reſpondió Megabiſes, diſculpa todo genero de ſin razon. Mirad bien lo que dezis, replicò Arbates, y veamos, ſi por evitar vn diſguſto entre mi hermano, y mi amigo, me ſerà licito hazer traicion à Aglatida, por ayudar à Megabiſes. Aqui ſe detuvo Arbates, como para penſar mejor la propoſicion que iba à hazer (aſsi lo ha contado Megabiſes à diferentes perſonas) y deſpues de aver eſtado vn rato ſuſpenſo, proſiguiò, con ſemblante mas meſurado, diziendo, haſta aora no me he valido con Aglatida, ſino de razones tocantes à èl, para diſvadirle de ſu amor, ò pertenecientes à vos, con quien ſin duda conſerva amiſtad, por reſpecto mio. Mas oy que veo exceder vueſtro amor de los comunes limites, y

me

me hallo expuesto, por conservar el afecto que tengo à Aglatida à aventurar su vida, me resuelvo, siguiendo vuestro dictamen, à obrar como quien os quiere bien, sin acordarme de mi justificacion. Quiero, pues, valerme de vna falsa confidencia con Aglatida, pedirle perdon de vn secreto que le he callado; direle, que el aver procurado apartarle de su amor, ha sido por mi, no por el, ni por vos, y en fin rogarele, que me permita amar, y servir à Amestris como lo hazen otros muchos, dandole à entender, que me vàen esto la vida, y el sossiego; y le pedirè casi con lagrimas, que no me aborrezca, ni me desespere. Y que esperais de esta traza, dixó Megabises? Espero, respondiò Arbates, que me dexe à Amestris, ò por lo menos, persuadido à que soy su amante, no se enojarà de que yo la visite, ni sospecharà que la veo por serviros. Ay hermano, dixo el otro, si Aglatida està de veras enamorado, no os cederà la Dama, y la defenderà de vos, tambien como de mi. Por lo menos gozareis la conveniencia, replicò Arbates, de tener siempre cerca de Amestris vna persona fiel, que deshaga los disignios de vuestro competidor, y fomente los vuestros. Dezis bien, respondiò el credulo Megabises, pero hermano, acuerdome de averos visto vna vez en casa de Amestris, què fuera si estuvierais ya algo prendado de su hermosura? Quando vine aqui (replicò Arbates riendo) queria demasiado à vuestro competidor, y aun no se ha acabado el discurso, y ya me teneis casi por amante de vuestra Amestris. Determinad, pues, si quereis que os ayude, ò no, porque os estimarè mucho que me escuseis de vsar vna falsedad con vn amigo. Megabises, viendo que Arbates no se interessava mas en lo vno, que en lo otro, se fiò del, sin presumir, que vn hombre, que queria tanto à Aglatida, y à el, pudiesse amar à Amestris.

tris. Y de esta manera le engañò, como me avia engañado à mi, y assi logrò lo que tanto avia deseado; y despues me dixo, que se avia governado con su hermano, en la forma que aviamos quedado de acuerdo, refiriendome, que lo avia sentido, y estava desesperado, y que no avia querido darle palabra de no verà Amestris; pero que le avia permitido visitarla, y procurar ser correspondido della, jurandole, que si reconocia, que aquella hermosa Doncella le tratava mejor que à èl, se retiraria enteramente de su pretension, y le dexaria en pacifica possession de su buena fortuna. Lo mismo que Arbates me avia dicho à mi, dixo tambien à Megabises, y le hizo creer, que yo le cederia la Dama, quando viesse que posseia su gracia; con que solo falta (nos dezia cada vno de por si) que Amestris conozca, que procuro ganar su afecto, y solicito algun particular agrado suyo. Aquì, yo le respondi: Amigo Arbates, y si ella osquiere de veras, durante esta ficcion, que ariamos nosotros? No lo temo (respondiò, y dezia bien) porque mis demeritos me asseguran lo contrario, y luego, que yo os prometo, que quando estuviere solo con ella, hablarla solamente de vos, con que no ay peligro de que rezelaros.

En fin Arbates supo disponernos à Megabises, y à mi desuerte, que le consentimos, que visitasse à Amestris, y estuviesse casi inseparable della. Imaginad, Señor, si se viò jamàs sucesso semejante, ni engaño mas venturoso que este. Porque creyendo yo, que Megabises se retiraria en conociendo que Arbates era mas bien admitido, pedia al Cielo por èl, y Megabises hazia lo mismo. Con que deste modo procuravamos ambos el bien de nuestro mayor enemigo, y mas fiero competidor, y mientras èl trabajava en nuestra ruyna, le dauamos las gracias, como si huviera establecido nuestra fortuna. Veis aqui à Ar-

bates

bates todo el dia en casa de Amestris, que le admitia con mucho agrado, y parecia, que estava mas obligada à sus visitas, que à las de los otros; pues por ella avia dexado la soledad, y mudado de vida. Hablava con Amestris quanto queria, y con mas libertad que ninguno de nosotros; porque estando persuadidos à que quando la hablava à solas era en nuestro beneficio, facilitavamos las ocasiones, y assi le davamos las armas para matarnos; pero en lugar de emplear aquellos preciosos momentos, que estava solo con ella, en beneficio de vno de nosotros, los aprovechava en procurar ganar la voluntad de Amestris para si. Pero los primeros dias se governò con tan mañoso respeto, que Amestris no le mostrò mal semblante; y si acaso sospechava, que estava enamorado de ella, no le oía palabra que le pudiesse disgustar. Tratavale con gran reserva, pero con mucha cortesia, porque no lo desmerecia èl, ni por su sangre, ni por su entendimiento. Preguntavale Megabises cada dia, si yo empeçava à mudar parecer; y yo tambien me informava, si su hermano se resolvia à compadecerse de su fingida passion; Y respondia, al vno, que ya empeçava à tener alguna esperança; al otro, que no sabia en lo que avia de parar; à este, que la materia era possible, pero dificultosa; à aquel, que no obstante la dificultad esperava vencerla; y à ambos en fin, que era menester no atropellar este negocio para sacar vtilidad de èl. Finalmente el traydor governava desuerte su intento, que en lugar de ayudarnos, le ayudavamos à èl, y le davamos gracias, al passo que nos vendia. Concurrimos muchas vezes juntos en casa de Amestris, y sufrimos lo q̃ no se puede imaginar, porq̃ el amor, y los zelos soliã aliarse, para hazernos cruda guerra. Me-

gabiſes, temiò que el hermano hazia mis partes en vez de las ſuyas; y yo rezelè, que Arbates me vendia à mi, por vender á ſu hermano, con que algunas vezes no ſabiamos que creer, y otras temiamos, que Arbates eſtuvieſſe enamorado, ò pudieſſe eſtarlo. Ya os acordareis, que os dixe, que por conſejo de mi falſo amigo no me avia atrevido à hablar de mi amor á Ameſtris; pero aunque le executè, no pienſo que ſus bellos ojos dexaron de conocer el imperio que tenian en mi; porque ſi bien la lengua callava el ſecreto de el coraçon, mis acciones, mis palabras, y mis ojos pronunciavan claramente la violencia de mi amor; mayormente moſtrandome ella algunas ſeñas de inclinacion. Para juſtificar el agrado que me concedia Ameſtris, devo dezir, que nacia de conſentimiento de Artambates, y Hermanaſtes, los quales (como ſe ſupo deſpues) deſeavan que yo la cortejaſſe, por aver ſido el primero de la Corte que avia tenido la fortuna de conocerla; fuera de que nunca la dixe coſa que la pudieſſe ofender, y procurè todos los caminos imaginables de ſervirla. Pero en medio de eſta leve diſpoſicion, para no aborrecerme, que avia en el pecho de Ameſtris, no era yo entonces muy dichoſo, porque era tal ſu recato, y entereza, que con razon ninguno podia perſuadirſe á que poſſeia ſu agrado; pero tampoco podia creer, que eſtava fuera de ſu eſtimacion: Tan atenta, y cuerdamente vivia.

Arbates en medio de ſu venturoſo engaño, pienſo que paſſava algunos malos ratos, porque quando ſe veía en preſencia de Ameſtris entre Megabiſes, y yo, tengo por imposſible, que dexaſſe de padecer algun remordimiento de hazer traycion á ſu hermano, y á ſu amigo á vn tiempo, y que no temieſſe vn mal ſuceſſo en

Aus

ſus diſignios. Verdad es, que todo lo tenia previſto, y por ſi lograva ſu intento, ya tenia diſcurrido lo que avia de dezir. Avia en fin penſado (en aſſegurandoſe de la voluntad de Ameſtris) pedirnos perdon; fingir que ſe avia enamorado de ella con la ocaſion de hablarla por noſotros, y moſtrando gran ſentimiento, movernos à piedad; creyendo, que por parte de ſu hermano eſtava ſegura mi vida, y que nueſtra amiſtad, y el reſpeto que yo tenia à Ameſtris impedirian el deſcubrimiento de la verdad; y en fin èl ſe contentava con lograr ſu traycion à coſta de vn deſafio. Eſtas, pues, eran las lineas imaginarias de Arbates: mas la fortuna, que quiere tener parte en todos los ſuceſſos, lo diſpuſo de otro modo. Avia ya dias que viviamos en eſta forma, quando viendoſe Arbates apretado de el hermano, y de mi, y juzgando, que eſtava baſtantemente adelantado en la gracia de Ameſtris, para buſcar los medios de hablarla en ſu paſsion con mas claridad que haſta entonces, ſe reſolviò à hazerlo; y poco deſpues ſe le ofreciò la ocaſion favorable. Dixonos à Megabiſes, y à mi, en ſecreto á cada vno, que èl eſtava reſuelto à ſaber qual de los dos era mas eſtimado de Ameſtris; pero que para eſto era meneſter buſcar ocaſion de hablarla deſpacio, y ſaber, ſin q̃ ninguno de los dos eſtuvieſſe delante, à qual ſe inclinava mas. Concedimosle quanto nos pidiò, aunque yo lo hize de mala gana. Fueſſe, pues, à caſa de Ameſtris, á quien no pudo hablar aquel dia ſino delante de muchos, y entre ellos ſe hallò vno de ſus amantes, llamado Orano, el mas abominable, y mal viſto de toda la Corte, aunque dotado de grande entendimiento, el qual la cortejava con notable porfia. Ameſtris le tenia rara averſion; pero como era hombre Noble, no ſe reſolvia Artambates à cerrarle ſu caſa, por cu-

cuya razon no pudo Arbates hablarla aquel dia como quiſiera ; pero el ſiguiente tuvo mejor fortuna , aviendola hallado aſſomada al mirador del Iardin , ſin mas compañia , que la de ſus Criadas , y ſin que otro que ella le pudieſſe oir. Al principio tratò de varias materias , mas como llevava ſegunda intencion , y deſeava introducirla ſin ſentir en vn diſcurſo , que facilitaſſe la entrada à ſu intento , la dixo : La ſoledad, Señora , en que oy os hallo (no muy vſada en vos) es muy parecida à aquella de donde vos me aveis ſacado. Fuera gran gloria mia , reſpondiò , el poder creer , que yo avia ſido cauſa de averos reſtituido à vueſtros amigos ; pero mas es de creer , que las perſuaſiones de Megabiſes , y de Aglatida ayan tenido eſta autoridad en vos , que mis diligencias. Megabiſes , y Aglatida , replicò Arbates , no tienen tanto imperio en mi , como la hermoſa Ameſtris. No dezis bien , reſpondiò ella , porque ſegun mi ſentir , mas razon tienen ellos de pretenderle , que Ameſtris , la qual no quiere tener dominio ſi no en ſi miſma. Lo que reſervais para vos , reſpondiò èl, vale , Señora , ſin duda mucho mas que todo lo reſtante de vueſtro imperio , aunque reynais abſolutamente en todos los que os conocen , y yo por mi parte le prefiriera à todas las Coronas de el mundo. Si la dificultad de adquirir (dixo Ameſtris) conſiſte en empezar , teneis razon de eſtimarlo ; porque es cierto , que no es facil lograr nunca vn poder abſoluto en el pecho de Ameſtris. Fuera demaſiado , ò Señora , replicò Arbates , querer reynar ſolo en tan glorioſo lugar ; y yo conozco à alguno , que ſe contentàra con mucho menos , y ſe tendria por feliz ſi le recibieran por eſclavo. Yo no aconſejà-

ta jamàs à ninguno (replicò Ameſtris , ſin creer que Arbates quiſiera declararſe mas) que apeteciesſe, ni admitieſſe , priſiones , y por mi guſto , ninguno de mis amigos vendrà á ſer tan deſdichado. Hà, Señora! reſpondiò Arbates , perſeverad en tan juſto propoſito, ſin arrepentiros. El arrepentirſe de lo juſto, dixo ella, le tengo por delito , y no temo cometerle. Pues, ſi eſſo, Señora, es aſsi, proſiguiò èl, como permitis que aya vn hombre, que os adora con incomparable obſequio, y con ſilencio inexplicable , y no ſuavizais ſus deſgracias con vueſtros benignos ojos ? No dezis, que ninguno de vueſtros amigos ſerá jamàs deſdichado ? Eſtuvo vn rato Ameſtris ſin reſponder , y no ſabiendo ſi Arbates hablava por ſu hermano , ò por ſu amigo , ò por ſi , quedò tan aſſuſtada con eſte diſcurſo , que no ſabia como entenderle ; aviendo , no obſtante , paſſado el primer ſobreſalto de ſu pecho , le dixo, con voz algo alterada: No sè , Arbates , ſi ſiguiendo vueſtra ordinaria coſtumbre , pretendeis que yo prefiera la ſoledad à la converſacion ; pero bien sè , que ſi no mudais diſcurſo , me obligareis á que os aconſeje, que os vais à buſcar vueſtro ſoſsiego en vueſtro retrete , y no turbeis mas la quietud del mio. No le hallarè , Señora , ſi no con vos: dixo, inconſideradamente, Arbates , que era de condicion ardiente , aunque parecia tibio, y melancolico à los que no le av an comunicado bien. Pienſo , Arbates (le dixo entonces Ameſtris, mirandole con ayrados ojos) què ya no me conoceis. Todavia os conozco, Señora, reſpondiò, porquè como puedo ignorar, que ſois la mas hermoſa, y amable de las vivientes? Vos ſois, Señora, la que no conoceis al infeliz Arbates, aquel q̃ os adora como ſe adoran à los Dioſes; aquel, que no pienſa en otra coſa que en vos; que no ſolicita mas agrado q̃ el vueſtro; aquel en fin q̃ muere,

y morirá mil vezes primero que vivir sin ser correspondido de Amestris. Pues bien podeis preveniros á la muerte (respondiò ella, interrumpiendole) porque Amestris no estima, ni corresponde à quien falta á su respeto. Es por ventura falta de respeto adoraros? respondiò èl. Y ella prosiguiò: El dezirmelo, es faltar à èl. Pues adivinad mis pensamientos, como hazen los Dioses, respondiò. Arbates; y como ellos, prevenid los ruegos, y los votos, y conceded lo que no quereis que se os pida. No concedo nada, dixo Amestris, á los que lo quieren desmerecer; ni aun la compassion, que no suelo negar à los desdichados. Pero Arbates, no quiero que hableis mas conmigo; y assi os mando, que no me bolvais à ver; y al dezir esto se queria ir: pero Arbates la detuvo, diziendo: Ya que ha de ser esta la vltima vez que he de lograr la fortuna de hablaros, oidme, hasta que sepais quien es Arbates, y discurrais, antes de quitarle la vida, si deveis hazerlo. Bastantemente le conozco (replicò ella) y le estuviera mejor, que le conociesse menos. Con todo esso, Señora, no sabeis, que el que os està hablando, os ama cõ tanta violencia, que no ay delito, que no aya cometido por vos: ha burlado á sus amigos, engañado à sus parientes, infamadose á si mismo; y vltimamẽte no ay atrozidad que no aya hecho, y estè resuelto à hazer, por poseer vuestro afecto, è impedir, que otro le possea; y assi os confiesso lo que he hecho, para que conozcais lo que harè. Si alguno de mis competidores os disgusta, fingid, que le quereis bien, y vereis, què presto os le quito de delante: mas si al cõtrario Megabises, y Aglatida son mas dichosos q̃ yo, y quereis defenderlos, ocultad de manera vuestra inclinacion, que yo no la conozca, ni ellos la echen de ver. Megabises, y Aglatida, segun veo (respondiò ella) son mucho mas cuerdos que vos. Yo no sè si son mas cuerdos, dixo Ar-

bates: pero bien sè, que si son mas dichosos, no lo serán mucho tiempo. A estas razones, se encendiò en tanta ira Amestris, que no huvo palabra aspera, y enojosa, que no dixesse a Arbates; el qual se arrepintiò sin duda de su arrojo, aunque invtilmente. Este hombre tan sagaz, y astuto, perdiò entonces, con la violencia de su passion, y del dolor, toda su sagazidad, y astucia.

Estavan en esto, quando avisaron à Amestris, que venia gente à verla; mas por sentirse con el animo alterado, y conociendo, que se verian en su semblante señas de disgusto, dexò à Arbates, y se entrò vn poco en su retrete para cobrarse, y sotenar el animo; y èl entretanto, se saliò de la camara: pero tan confuso, y desesperado, que ninguno lo estuvo tanto jamàs. Quedò tan afligido, que no se atreviò à ver à su hermano, ni à mi, y sin saber que hazerse, subiò à cavallo, y se fue à la Aldea por algunos dias, dexandonos dicho, que se le avia ofrecido vn negocio de grande importancia, el qual no le avia dado lugar de despedirse de nosotros. Megabises, y yo, que no sabiamos lo que passava, y estavamos impacientes, por no aver tenido respuesta de lo conferido con Amestris, queriamos ir à verla el dia siguiente, mas nos dixeron, que no recibia visitas por estar mala. Al otro dia fuymos, y la hallamos muy melancolica, contra su costumbre; y me pareciò, que nos trataua mas tibiamente de lo que solia. Considerad, Señor, el trabajo que yo padeceria; porque como juzgava, que Arbates la avia hablado de mi la vltima vez que estuvo con ella, todo lo interpretè en mi daño. No estuvo Megabises mas consolado que yo, segun supe despues, con q̃ passamos aquel dia entre el cuydado, y el temor: pero oid, Señor, como guia los casos la Fortuna. En tanto que yo pa-

decia esta afliccion, y tenia entregado el govierno de mis amores à vn traydor amigo, mi padre, sin saberlo yo, procurava mi felizidad, como oireis. Teniame cuydadoso la ausencia de Arbates, y la tibieza de Ameſtris, quando me embiò à llamar mi padre, y me propuso el casamiento con la hija de Artambates, no solo como cosa que èl deseava, sino como materia ya tratada, y casi concluyda. Señor, lo que me proponeis, le respondi, es para mi de particular gusto, y estimacion, y vengo en ello con muy buena voluntad; pero os parece, que Ameſtris querrà? Ameſtris, me dixo mi padre, no sabe nada hasta aora; pero como muger principal, no puedo creer, que desobedezca al gusto de sus padres, los quales sè que lo desean tanto como yo. Quisiera, Señor, dixe, dever Ameſtris à Ameſtris, y no à Artambates. A vos os toca, me replicò mi padre, informaros de su voluntad, quedando yo en tanto gustoso de no aver hallado repugnancia en la vuestra. Imaginad, Señor, qual seria mi contento con tan alegre nueva. El fue tan grande, que no le gozè perfectamente, impidiendomelo la alteracion de animo que me causò. Ay Cielos, quantas vezes desee al falso Arbates por testigo de mi ventura, y para pedirle perdon de el pesar que recibiria Megabises! Y pareciendome estraño averme de casar con Ameſtris, sin dezirla mi amor, busquè ocasion el dia siguiente de declararle, y tuve la fortuna de hallarla.

Estando, en fin, solo con ella, reparè, que diversas vezes le salieron los colores al rostro, y creì, que ya sabia algo de la intencion de su padre sobre mi casamiento, como era verdad, que la avia hablado en èl vna hora antes que yo fuesse à verla. Ay Dioſes,

ſes, que inquietud me cauſaron aquellos hermoſos colores! Temi que me aborrecia, y la dixe, con voz temeroſa: Señora, ſe atreverá Aglatida à preguntar à la divina Ameſtris, ſi los colores que vè variar en ſu róſtro ſon de buen, ò mal preſagio para èl? Yo penſava (dixo ella, mas encendida que nunca) que era cierto lo que he oido dezir á los Sabios, que los hombres no deven conſultar ſi no á las Eſtrellas, para informarſe de ſus deſtinos, ſin perder el tiempo en tan inutiles, y leves obſervaciones. Yo creo (repliquè) q̃ los que deſean enriquecer, ò adquirir fama en la guerra, deven hazer lo que dezis; pero tambien creo, que los que ſolo deſean ſaber lo que ay en el pecho de la divina Ameſtris, ſolo han de conſultar ſus ojos, ſin buſcar en otra parte ſu buena, ò ſu mala ſuerte. Ameſtris (dixo ella) no es poderoſa à hazer dichoſos, ni deſdichados; mas quando lo fueſſe, devia Aglatida conocer, y ſaber, que no vſará nunca de ſu alvedrio, ſi no regido de el de aquellos que deven por razon de naturaleza diſponer de ſus acciones. Pero ſi los que dezis, ò Señora, repliquè, deſeaſſen de vos vna materia de vueſtra repugnancia, los obedecierais ſin contradicion? Aunque me coſtára la vida, dixo, porque juzgo, que me eſtà mejor hazer lo que devo, que lo que quiero. Eſſa cordura, reſpondì, me parece muy riguroſa, y ciega; porque, Señora, què deſeſperacion ſeria la de vn hombre, que tuvieſſe la fortuna de ſer elegido por vueſtros padres para marido de la divina Ameſtris, y deſpues llegaſſe à conocer, que avia obedecido contra ſu voluntad? Ocultára tan bien mis penſamientos, dixe ella, que no los penetraſſe nunca. Ay, Señora, la dixe, no lo creais, por que es impoſsible; y aſsi os ſuplico, por lo que

mas

ma quereis, que me digais ingenuamente el lugar que ocupo en vueſtra gracia, porque no juzgo que ſoy tan infeliz, que no ayais conocido de la ſuerte, que poſſeeis mi alma. Bien ſabeis, Señora, que deſde el primer inſtante que tuve la dicha de veros, os he amado con todo el afecto poſsible, os he ſervido con el miſmo obſequio que á los Dioſes, y os he adorado ſecretamente con todas las fuerças de mi coraçon: A vos os toca, ò Señora, hazerme ſaber, ſi he de eſperar, ò temer, ſi me ſufrireis ſin averſion, ò ſi me tolerareis con guſto; y finalmente en vueſtra mano eſtà mi buena, ò mala fortuna. Ya os he dicho, me reſpondiò, que no tengo arbitrio en mi felizidad, quanto mas en la agena. Pero, Aglatida, ya que vn precepto que he recibido de mis padres, me concede que licitamente permita que me hableis de vueſtro afecto, os dirè con toda ſinceridad, que la eleccion que han hecho, me parece, que les eſtà tan bien, que yo eſtoy como confuſa; y ſi aveis viſto alguna mudança en mi roſtro, ha ſido ſin duda de verguença de no hallarme digna del favor que me hazeis. Dixo Ameſtris eſtas palabras con tanta modeſtia, que no pude conocer ſu verdadero ſentido, lo qual me cauſò vna eſtraña inquetud. En aquel inſtante, caſi ſenti, que mi padre tuvieſſe en tan buen eſtado mi dicha, porque dezia yo entre mi; Como ſabrè ſi me quiere bien Ameſtris, cuya cordura es tal que viviria pacificamente, aunque la caſaſſen con el hombre mas abominable del mundo? En fin, Señor, à mi me tenia tan inquieto eſte cuydado, que no pude encubrirſele à Ameſtris, y la dixe: Vos, Señora, teneis delante al mas dichoſo, y al mas infeliz de los viviétes: mas dichoſo no ay duda, por la glorioſa eſperança que Artamanes ha dado à mi padre, de concederme à Ameſtris; pero el mas infeliz de los hombres, por no ſaber ſi Aglatida ſe-

ria

ria elegido de Ameſtris; quando no le huviera elegido Artanbates. Pues q̃ os importa á vos, reſpondiò ella, ſaber vna coſa, que no puede ſer, y que yo miſma ignoro? Porque como ſiempre he creido firmemente, que no avia de diſponer de mi, he vivido conforme, y he procurado conſervar libre mi coraçon, para poder obedecer ciegamente. Deſuerte, Señora, dixe, que ſi os mandaſſen admitir el obſequio de Megabiſes, ò el de Orano, no deſobedecierais? Ya os lo he confeſſado, ſi mal no me acuerdo, reſpondiò. Hà Cielos! clamè; porquè no quereis que yo ſea dichoſo? Yo no me opongo à vueſtra dicha (reſpondiò Ameſtris) ſi para ella neceſsitais de mi conſentimiento. Pero quien me aſſegura, dixe, de que no obedeceis forçada, deſpues de averos oído, que obedeceriais, aunque os coſtaſſe repugnancia? No teneis razon, Aglatida, me dixo, en pretender, que os diga mis penſamientos, aviendo querido que yo adivinaſſe los vueſtros; y aſsi procurad deſcubrirlos, ſi pudiereis. Contentaos con ſaber, que Artambates tiene en ſu mano el coraçon de Ameſtris, y que ſi diſpone dèl á vueſtro favor, como creo que quiere hazer, tendreis en èl vn abſoluto, y legitimo dominio, ſin que pueda turbarle ningun accidente. No me contento con eſſo, ò Señora, repliquè, porque quiſiera ſaber individualmente, què penſavais de Aglatida, vn poco antes que Artambates os huvieſſe hablado en ſu felizidad? Penſava dèl, reſpondiò, todo aquello que dèl pienſan las perſonas de entendimiento. Pero, Señora, proſeguì, teniais para con èl el alma indiferente? Muy curioſo eſtais, me reſpondiò, riſueña, y vergonçoſa, y ſi yo proſigo en reſponderos, ſerà impoſsible que dexe de dezir algo que nos eſte mal, á vos, ò à mi. Aſsi, Señor, ſe librò la prudente, y ſagaz Doncella de mi porfia, y me ſanò en parte de mi deſconfiança, parecien-

ciendome del modo de dezirme estas palabras, que podia darlas interpretacion favorable.

CAPITVLO IV.

Refiere Aglatida el fin que tuvieron los engaños de Arbates.

HALLAVAME en fin gozoso, y si Arbates huviera estado en Ecbatana, me parece que no tendria mas q̃ desear. Mas como los Nobles en Media, no se casan sin licencia del Rey, Artambates, y mi padre tuvieron este tratado secreto por algunos dias, hasta el tiempo oportuno de pedir à Astiages su consentimiento. Fueron felizes dias para mi aquellos, en los quales experimentè notables dulçuras en la conversacion de Amestris, porque aviendola mandado su padre, que me tratasse, como quien avia de ser su marido, hallè tanta alegria en su animo, que me parecia tener su afecto de mi parte, con que podia darme por pagado enteramente de quantos males avia padecido. Mas nunca quiso confessar, que me queria, si me avia querido; pero que podia esperar, que algun dia me quisiesse, y le costò mucho el persuadirme, à que no me avia aborrecido. Artambates, y mi padre, aviendo hallado la ocasion que buscavan, dieron quenta al Rey de nuestro casamiento, el qual le confirmò luego, porque no sabia que Megabises (que gozava la fortuna de ser su deudo) deseava casarse con Amestris. Apenas dió el Rey la licencia, quando se supo en toda la Corte, y Megabises (que fue de los primeros) fue al punto à pe-

pedir al Rey, que no dexaſſe efectuar mis bodas, y apadrinaſſe ſu pretenſion; pero reſpondiole Aſtiages que ſe avia declarado tarde; porque aviendo dado ſu palabra, ya no tenia remedio. Deſpidioſe Megabiſes muy diſguſtado del Rey, y ſe bolviò à buſcar otro camino mejor, para lograr ſu intento. Buſcò, pues, ocaſion de encontrarme, y à pocos lances me dixo al oído: Aglatida no poſſeerà à Ameſtris, menos que con la muerte de Megabiſes, y aſsi ſin mas dilacion, ſalgamos por la puerta de la Ciudad que mira àzia los montes, y venid à fenecer vueſtro triunfo con mi muerte. Nunca me he hecho de rogar, ò Megabiſes, le reſpondi, para ir donde me llevais; pero os confieſſo, que harè qualquiera coſa, por no empuñar la eſpada contra vn hermano de Arbates. Eſſo lo podeis hazer, replicò, cediendome à Ameſtris. A Ameſtris? dixe; no Megabiſes, eſſo no, y ſi no ay otro camino de ſatisfaceros, ſerà preciſo proſeguir lo empezado: y dicho eſto ſalimos de la Ciudad, deſpues de aver deſpedido à los Criados que venian con noſotros, y nos fuimos al pie de vn gran peñaſco, donde avia vn arbol muy hermoſo, y donde quiſo que riñeſſemos. Yo os confieſſo, que la amiſtad que tenia con Arbates me turbò vn poco, ſintiendo verter la ſangre de ſu hermano. Mas deſpues, acordandome, que Megabiſes era mi competidor, y que de ſu vida, ò de ſu muerte dependia la poſſeſsion de Ameſtris, ceſsò en mi el primer afecto de la amiſtad, y le ſucediò el furor, que ſe apoderò de mi pecho. Luego que llegamos al pueſto, que mi contrario avia eligido, ſacamos las eſpadas, y como eſtava cerca de la Ciudad, ſi bien aviamos venido à pie, no fue meneſter tomar aliento. Al punto ſe vino à mi Megabiſes, con tanta furia, y violencia, que me advirtiò el cuydado q̃ devia darme ſemejãte

ene-

enemigo, y me atrevo à dezir, que le di algunas señas por donde creyesse en mi algun valor. Como ambos eramos diestros, nos tiramos muchos golpes sin herirnos; pero quando estavamos para abandonarnos à la fortuna, y fenecer el combate, Arbates, el engañoso, aviendo (segun se puede presumir) inventando alguna nueva maldad, para engañarnos, se bolvia á la Ciudad, y sin saber quien fuessemos, se vino à nosotros con la espada desnuda para dividirnos; pero conociendonos, quedò absorto, y lleno de varios pensamientos. De creer es, que siendo Megabises su hermano, de buena gana me huviera pedido dexasse de reñir con èl; y tambien pienso, que como su amigo, rogára à su hermano, que no empleasse contra mi el azero; mas como eramos ambos sus competidores, no sè si tuvo algun impulso de embestir à los dos à vn tiempo, sin respetar la sangre, ni la amistad: sin embargo, como los afectos de la naturaleza son los mas prontos en los impensados accidentes, assi que nos conociò, nos diò vozes, que nos detuviessemos. Su voz, que conocimos bien, nos hiriò á vn tiempo á ambos, y bueltos à ella vimos, como dixe, á Arbates con la espada en la mano, que poniendose en medio de nosotros, sin apearse del cavallo exclamò: Què furor os arrastra? O que ocasion os mueve à reñir? No he tenido yo la culpa, amigo Arbates, dixe, de aver llegado à este lance con Megabises, y sabe el Cielo, con la repugnancia que he entrado en èl. Luego vos, ò Megabises, replicò Arbates, no considerando que Aglatida es mi amigo, aveis querido reñir con èl, sin esperar à que yo bolviesse, contra la palabra que me disteis? Yo soy el que he querido, respondiò Megabises, ver à Aglatida con la espada en la mano, y le verè en el sepulcro, si no me mata, ò me dexa à Amestris. Arbates, que desde el dia que se fue no sa-

ſabia el eſtado de las coſas, y no queria que ninguno de los dos conſiguieſſemos à Ameſtris, mirandonos à ambos, dixo: Vos ſois dos locos, enagenados del vſo de la razõ, porque yo no he oído, que Artambates quiera dar ſu hija al mas valiente de los que la cortejan, y aſsi ſin reñir deſpropoſitadamente, id à pedirla, y aquel à quien ſu padre la prometiere, quede pacifico poſſeedor della. O amigo, Arbates, dixe, yos aveis ſentenciado en mi favor, ſin penſar, porque Artambates me ha ofrecido ã ſu hija. Es verdad, dixo Megabiſes, y el Rey ha dado ſu conſentimiento: juzgad aora ſi no tengo razon de reñir con Aglatida, y ſi eſtamos en eſtado de ſeguir vueſtro conſejo. A eſtas palabras, Arbates, que ſin duda nos avia aſsi aconſejado, penſando que Artambates no querria dar ſu hija à moços pendencieros, y creyendo poderſe él aprouechar de nueſtra repulſa, ſe mudò de color, y mirandome con ojos llenos de rabia, y de deſpecho, dixo: Luego es cierto, Aglatida, que os han prometido à Ameſtris, y que ella os admite? Verdad es, dixe, que gozo deſta buena fortuna, y que la bella Ameſtris ha obedecido ſin repugnancia. Pues ſi es aſsi, dixo, buelto al hermano, dexadme, ò Megabiſes, dexadme à mi reñir con vn venturoſo amante de Ameſtris, porque yo ſoy mas intereſſado que vos en eſte duelo, y Aglatida eſtarà mas diſculpado en aver cauſado mi muerte, que la vueſtra; y dicho eſto ſe vino àzia mi, con eſtraña furia. Quedè abſorto à ſemejantes razones, y no pudiendo reſolverme à herir à vn amigo, retrocedi el pie. Megabiſes, que era generoſo, poniendoſe entre ſu hermano, y yo: Loco, le dixo, tambien quereis infamarme à mi, dando à entender al mundo, que avemos reñido dos con vno ſolo, y le hemos muerto alevoſamente? Retirate, ò harás que olvide los afectos de la naturaleza, por los de la hon

honra, y el amor. A estas razones baxè la punta de la espada, por dar à entender à Arbates, que no tenia intento de valerme della contra èl, y le dixe: Es cierto lo que veo? Creerà Aglatida, que Arbates se ha buelto su enemigo? No es posible; y aunque lo fuesse, no lo serè yo nunca suyo, porque solo aborrezco á los que aman à Amestris. De esso nace (dixo el furioso Arbates, apeandose del cavallo) el no poder yo sufrir vuestra buena fortuna, la qual os contradirè hasta la vltima gota de sangre. Vos sois amante de Amestris? diximos à vn tiempo, Megabises, y yo. Si, respondiò, y de tal suerte, que no la poseerà otro mientras yo viva. Considerad, Señor, que assombro seria el de Megabises, y mio. Pero notad, os ruego, el estraño efecto que produxeron las palabras de Arbates. Vn momento antes queria bien à este desleal amigo, y aborrecia à Megabises; pero apenas pronunciò lo que os he referido, quando cessò en mi su amistad, y quedò suspenso el odio que tenia à su hermano, ocupandome el alma mas estos zelos segundos, que los primeros. Tambien Megabises, mirandome como compañero suyo en el engaño de Arbates, templò la aversion que me tenia, y Arbates, como fuera de si (à mi parecer) no sabia distinguir, el amigo del hermano. Pero de qualquiera manera, juzgo que estava el hombre mas disgustado del mundo, considerando que tenia delante de sus ojos, vn delito cometido con dos traiciones, lo qual no dudo que le atormentaria incessantemente. Hallamonos en notable confusion, porque Arbates no podia reñir conmigo, pues ni yo lo deseava, ni Megabises lo consentiria; tampoco queria Arbates ser testigo del duelo empezado, entre Megabises, y yo, ni podia pelear con los dos à vn tiempo, ni yo permitir que riñesse con el hermano; con que por es-

eſtas dificultades nos era preciſo gaſtar en palabras el tiempo, que aviamos deſtinado à otro vſo. Mas como Megabiſes no eſtava menos admirado que yo de el amor de Arbates, le preguntò: De quando acà, ò hermano (ſi puedo dar eſte nombre à mi competidor) de quando acà, digo, ſois amante de Ameſtris? Deſde la primera hora que la vi, reſpondiò. Luego os enamoraſteis de ella, dixe, aquel dia que os llevè à ſu caſa? Si, cruel amigo, reſpondiò Arbates; vos fuiſteis quien me violentò ã que fueſſe à verla, y quien me ha obligado à ſer traydor con vos, à engañar à Megabiſes, à ofender à Ameſtris, y à quitarme la honra à mi miſmo. Y aſsi, Aglatida, ya no puedo ſer vueſtro amigo, y es preciſo que muramos vno de los dos. Mucho mejor ſeria, dixe, que os arrepintierais de vueſtrà culpa. Yo me arrepentirè, reſpondiò, quando Aglatida, y Megabiſes dexen de amar à Ameſtris. Pues ſino ha de ſer haſta entonces (diximos à vn tiempo Megabiſes, y yo) no tenemos que penſar en mas que en qual ſerà mejor, ò caſtigaros, ò perdonaros.

Aſsi diſcurriamos, quando vimos mucha gente, que aviendo ſabido, que aviamos ſalido de la Ciudad, venia à buſcarnos, teniendo alguna preſuncion de que aviamos ſalido à reñir. El furioſo Arbates, no queriendo que le prendieſſen, montò à cavallo, y me dixo al oido, que me eſperaria tres dias de Sol à Sol en vn ſitio que me ſeñalò, diziendome, que ſi no era el mas infame de los hombres, fueſſe à darle ſatisfacion, y à vengarme; y dicho eſto, partiò mas veloz que el viento àzia las Montañas, deſuerte que luego le perdimos de viſta. Entre tanto llegaron los que nos buſcavan, y nos llevaron à la Ciudad, entregandonos á nueſtros amigos haſta que el Rey nos ajuſtaſſe; pero por mas cuydado q̃ tuvieron, nos eſcapamos Me-

gabiſes, y yo, y fuymos á reñir quinientos paſſos de Ecbatana. No me detendrè à referiros las circunſtancias del deſafio, contentandome con dezir, que fuy dichoſo en no herir à Megabiſes ſi no ligeramente en vna mano, y en quitarle la eſpada. Sin embargo de no ſer la herida de cuydado, tuve por bien no bolver aquel dia à la Ciudad, porque ſiendo pariente de el Rey, pareceria falta de reſpeto, aunque avia ſido yo el provocado. Encaminème, pues, à la caſa de vn amigo, ſin penſar, que aquel camino me llevava al ſitio que me avia ſeñalado Arbates; porque verdaderamente ſi lo huviera imaginado, quizà no huviera ido á èl, aunque me tenia muy irritado: Tanto podia en mi la memoria de ſu amiſtad. Aviaſeme olvidado deziros, que quando deſarmè à Megabiſes, ſe me quebrò mi eſpada, por lo qual al fin del combate no le pude bolver la ſuya, no pareciendome juſto, que el vencedor quedaſſe ſin armas. Llevava, pues, la eſpada de Megabiſes, quera muy conocida, por lo extraordinario de la guarnicion, con que aviendo llegado donde me citò Arbates, y donde con efecto me eſperava, apenas me viò, quando conociò la eſpada de ſu hermano, y creyò, que yo le avia muerto. Eſta viſta le ſuſpendiò por vn rato, y deſpues dixo: Deſuerte, que no ſolo veo al que ha de poſſeer à Ameſtris, pero tambien al homicida de mi hermano? Vueſtro hermano, le dixe, no eſtà en el eſtado que dezis; y ſi à vos os fuera tan facil dexar de amar à Ameſtris, como á mi bolveros á vueſtro hermano, preſto fueramos amigos. Eſſo no puede ſer, me dixo, porque los que tienen mi ſangre no eſtàn enſeñados á dexar la eſpada ſi no con la vida. Pero de qualquier manera es menes-

ter

ser que riñais conmigo ; porque quando no fuera por mi hermano, tengo otras cauſas que me obligan á aborrecer mi vida, y á deſear vueſtra muerte. Por los Dioſes Arbates, os amoneſto, le dixe, que no me obligueis á matar á vn hombre que tanto he querido, y me oigais vn rato. Suſpendiòſe á eſtas razones Arbates, y entonces, empecè, no obſtante mi enojo, á procurar meterle por el camino de la razon, mas no fue poſsible. No os acordais, le dezia, que ſoy vueſtro amigo? Si, reſpondiò; pero tambien me acuerdo, que ſois mi competidor, y que aveis de caſaros con Ameſtris. Los Cielos me ſon teſtigos, dixe, que ſi pudiera dexarosla lo hiziera, no obſtante vueſtra traycion. Yo no lo hiziera, reſpondió el deſeſperado; porque ſi pensàra que mi coraçon era capaz de cederla á otro, lo atravesàra con mi propia eſpada, en caſtigo de penſamiento tan vil, y tan indigno de Ameſtris. Aunque yo no me casàra con Ameſtris, le repliquè, no por eſſo ſeria Arbates dichoſo, y quizà lo ſeria otro mas que èl. A eſſe, reſpondiò, le ſucederia entonces con Arbates, lo que ſucede aora à Aglatida, cuya preſencia, y cuya vida me es odioſa; porque ſi os miro como amigo, me cauſan confuſion mis delitos, ſin poder arrepentirme dellos; ſi como à vencedor de mi hermano, es preciſo que vengue ſu ofenſa, y ſu deſdoro; y ſi como à mi competidor, es neceſſario aborreceros, y quitaros la vida, ſi puedo. Y quereis que riña con vos, le dixe, con la eſpada de Megabiſes, y os hiera con las armas de vueſtro miſmo hermano? Mi hermano, reſpondiò, es tan competidor mio como vos; y quando os valgais de ſus armas, eſgrimireis contra mi las armas de mi enemigo. Por nueſtra paſſada amiſtad, le repliquè, que no me obligueis à reñir con vos. Por nueſtro odio, y amor preſente,

reſpondiõ, que no hablemos mas en eſto. Y entonces, perdida la paciencia, ſe arrojò de golpe ſobre mi, con que me vi obligado à ponerme en defenſa. Eſtuveme no obſtante quedo vn rato, ſin hazer mas que reparar ſus golpes; moviendome tambien à ello el ver, que la colera, y el furor le tenian ciego. No penſava mas que en herirme, deſcomponiendoſe de manera, que à querer, le avria paſſado mil vezes de parte à parte; pero viendo ſu modo de reñir, me cauſava laſtima, y no le huviera muerto ſi èl miſmo no ſe huvieſſe buſcado la muerte. Deſpues de aver batallado vn rato, reparò Arbates, que yo no le queria ofender, y lo que devia templarle, le irritò mucho mas, con que al querer concluirme, midiò mal la diſtancia, y arrojandoſe con violencia, ſe hiriò èl miſmo, y mi eſpada le paſsò el cuerpo haſta la guarnicion; retirèla con preſteza; pero mejor concluí yo ſu vida, porque al punto eſpirò, ſin poder pronunciar palabra.

Aſſeguroos, Señor, que jamàs me vi tan afligido, por que verdaderamente avia querido bien à Arbates; le avia muerto con la eſpada de ſu hermano; y lo que mas me pesò fue, conocer, que eſta muerte atraſaria mi caſamiento, y me obligaria à no entrar por algun tiempo en la Corte, porque Arbates era vn hombre de mucha calidad, para diſponer las coſas de otra manera. Al tiempo que Arbates me quiſo concluir, avian llegado algunos, que vieron ſu accion, y la mia, y ſirvieron de teſtigos quando fue neceſſario; mas como mi dolor fue tan exceſsivo, deſpues de averles pedido que cuydaſſen de el cuerpo de mi falſo, y desleal amigo, me fuy à caſa de vno de mis parientes, que vivia cerca de alli. Aſſi que llegué eſcrivi á mi padre á Artambates,

Y

y à Ameſtris, dandoles quenta del ſuceſſo, y no olvidè ninguna devida diligencia en ocaſion tan trabajoſa. No os dirè los diverſos ſentimientos de los tres, por ſer faciles de imaginar. La muerte de Arbates hizo gran ruido en la Corte, y la deſgracia de aver yo reñido con dos hermanos en vn miſmo dia, y muerto à Arbates con la eſpada de Megabiſes, tenia verdaderamente circunſtancias, que en apariencia agravavan el ſuceſſo; pero en ſuſtancia, no aumentavan mi delito; no obſtante ſe moſtrò Aſtiages muy indignado, y Megabiſes, aunque Arbates era ſu competidor, y le avia ofendido, moſtrò mucho ſentimiento por ſu muerte, eſcondiendo el interès del amor, debaxo del pretexto de la vengança. Artambates, y mi padre, deliberaron que me eſtuvieſſe oculto algunos dias, y me deſviaſſe quanto pudieſſe de Ecbatana, para eſcuſar vn nuevo duelo con Megabiſes, y que en el diſcurſo de mi auſencia procurarian componernos. Tomada eſta reſolucion, me la participaron, y aunque yo la tenia previſta, no dexè de ſentirla, y ſolo la memoria de la felizidad que avia gozado el dia antes, y la deſgracia en que me veia, me agravò de manera, que no tenia aliento para hablar en mi deſgracia. Hize, no obſtante que pidieſſen à mi padre algun tiempo, para reſolverme à tan ſenſible auſencia, y prevenirme à ella, que me le concediò ſin dificultad, por ſaber que eſtava en parte ſegura, y que aunque Aſtiages eſtaua enojado no paſſaria à la vltima violencia contra vn hijo de vn hombre, que le avia tanto tiempo, y tan fielmente ſervido. Eſtuveme, pues, algunos dias en aquella caſa, en cuyo tiempo eſcrivi tres vezes à Ameſtris, para alcançar licencia de ir à deſpedirme de ella; pero por mas ſolicitas, y ardientes que fueron mis ſuplicas, y mis

razones, creo que no se huviera dexado persuadir, ã no averme valido de el medio de vna parienta mia, que era vna de sus mayores amigas, y à quien escrivi para este efecto. Alcançè, en fin, licencia de ir vna tarde á aquellos portentosos Iardines, que están cien passos de Ecbatana ázia la parte del Medio-Dia, cuya grandeza mas parece de vn dilatado Parque, que de Iardines; Este es vn sitio donde van à passearse los que no gustan del concurso, por acudir menos gente à èl, que á los Iardines de el Palacio Real en las orillas del Oronte. No sè, Señor, si os acordareis, que en aquel sitio ay vn plano de tierra inculta, cuyos quadros, ò repartimientos solo se componen de yerva; en medio del qual ay vna fuente, sembrado su fondo de argentada arena, cubiertas sus orlas de verde lama, y alfombradas sus margenes de vna yerva tan menuda, que con su verdor deleyta, y con su blandura ofrece vn agradable lecho al descanso. A este llano grande, y espacioso le cerca vn Bosque muy espesso, dividido con varias sendas, que cruzando tortuosamente por èl, van à rematar al llano, y forman vno como laberinto, que haze prolija, y dificil la salida, y assi es menos frequentado este sitio que otros muchos que ay en aquel contorno.

Este, pues, fue el lugar donde la bella Amestris, persuadida de mi parienta, que era muy su amiga, me permitiò que la viesse. Infinito fue el contento, que recibi con esta alegre nueva; olvidème de que la avia de ver para dexar de verla, y sin pensar en lo que me avia de suceder, en esta ocasion solo pensè en que avia de bolver á ver à Amestris con voluntad suya, en parte donde podria hablarla de mi amor, y donde quizá recibiria algun leve indicio de que no la des-

desagradava mi presencia. Fuyme, pues, al puesto al amanecer por no ser conocido, y me estuve toda la mañana, y la siesta debaxo de vn Cenador, que ay en la entrada de vna calle de las del Iardin, y donde solo habitan los Iardineros, de quien con el interès se consigue todo lo que se quiere. Apenas avia declinado el Sol de el Medio-Dia, quando me entrè en el espeso Bosque que dixe, mirando por todas partes atentamente, por si veia venir à Ameſtris. A qualquier hoja, movida del viento, pensava que era ella, y la imaginacion me la representava tan al vivo, que repetidas vezes se engañaron mis ojos con su fingida imagen. Al fin, ya escondido el Sol, se dexò ver mi deseada Estrella. Vi salir à Ameſtris de el Bosque, acompañada de mi parienta, y de tres, ò quatro Criadas; porque aunque esta visita no era sospechosa, ni culpable, sin embargo, como era secreta, quiso la prudente Doncella llevar muchos testigos, que la asistiessen. Assi que la vi, la sali al enquentro, y dandole la mano, la llevè ázia la fuente, donde estava segura de ser oída. Agradecila el favor que me hazia, con todo el obsequio, y amor imaginable; pero como me eran los instantes tan preciosos, luego que se sentò me arrodillè delante de ella (en tanto que mi parienta, y las Criadas hablavan de la hermosura de el Iardin, distantes de nosotros tres passos solamente,) y la dixe: Podrà, Señora, creer el infeliz Aglatida, que sabiais, que avia de lograr aqui la dicha de veros? Y que esta no es vna ilusion, procedida de el gozo de poder hablaros? Si, Aglatida, me respondiò, con mi gusto vengo á veros, por averme mandado mi padre, que admita vuestro deseo; con que sin in-

currir en la culpa puedo daros esta prueba de mi estimacion, y (no sè si me atreva a dezirlo) de mi amistad, y afecto. Hà, Señora, le dixe, no me oculteis mi ventura; y si es verdad, que os he obligado á algun leve reconocimiento de mi amor, manifestadmele, si quereis conservar mi vida; y no penseis que soy de aquellos, que blasonan de todo, y lo interpretan en su favor, porque me conozco á mi mismo desuerte, que siempre temo mis demeritos; y assi es menester, Señora, que concedais este aliento à mi desconfiança, suavizando vuestra severidad, que os persuade á que el amor es vna passion, que no puede estar en vn alma sin culpa: de donde nace, que siempre vuestros discursos no passan los terminos de aquellas riguroſas palabras, estimacion, amistad, y afecto, sin que oiga jamàs la dulcissima de amor. Considerad, Señora, mi infelizidad, pues salgo desterrado de aquella vnica parte de la tierra, donde podia hallar algun descanso, y conocereis, que necessita de algun consuelo, que me alivie en esta cruel ausencia, y que si no me dais algun especial indicio de vuestro afecto, morirè à manos del dolor, y la desesperacion. Os parece, Aglatida, me respondiò, que es poco lo que he hecho por vos, viniendo à este Jardin, donde permito, que me hableis, sin que nadie os escuche, y me hableis de vn amor, que aunque sea honesto, y legitimo, no dexa de ser culpable, por ser tan ardiente, y que al fin no puede ser tolerado de vna muger capaz de razon, sin hazer mucha violencia à su modestia? De suerte, Señora, dixe, que vn amor aprobado por Artambates, y Hermanastes ocasionará escrupulo en el pecho de Ameſtris? Y Aglatida, que jamàs ha tenido pensamiento de ofenderos, serà cul-

culpable en hablaros de su passion? Si esto es assi, bien puedo llamarme mas infeliz de lo que pensè. No, Aglatida, me dixo, no soy tan severa; antes quiero confessaros (y al dezir esto baxò los ojos) que os estimo tanto, que no me ofendo de que me ameis, ni me pesa; antes deseo, que lo continueis eternamente. Mas no sè, Aglatida, si yo pudiera amaros tanto como quereis darme á entender que me amais; no sè, quiero dezir, si es decente deziroslo, ò es mejor dexaros que lo adivineis; porque al fin, Aglatida, la ausencia destruye los mas ardientes amores, y si despues os mudasseis, no seria Amestris capaz de consuelo, si vna vez huviera confessado, que avia agradecido vuestro amor. No os embaraze, Señora, dixe, essa cõsideracio, para pronunciar vna palabra tan glorioſa para mi: y sabed, q̃ quando yo dexe de querer à la divina Amestris, ya no estarè entre los vivientes. El tiempo, y la ausencia, replicò, son dos poderosos enemigos. Si, contra los inconstantes, respõdi; mas no es de essos Aglatida: y essos bellos ojos han enlaçado tan tiernamente su coraçon, que no podrá jamàs rõper sus prisiones. Pero de vos, Señora, que sois adorada de todo el mundo, quien me assegura, que alguno de tãtos competidores no ocupe en vuestro pecho aquel lugar, q̃ no me concedisteis à mi? Porque segun vuestras palabras, veo que solo á Artãbates devo el agrado de Amestris. No deveis à èl, me dixo sonriendose, hallarme en este puesto; pues solo lo saben las q̃ vienen conmigo. Hà Cielos! por què, Señora, la dixe, no os determinais, y dezis claramẽte, ò q̃ aborreceis á Aglatida, ò que le amais? Porque lo primero, respõdiò, no es verdad; y lo segundo, aunque no fuera delito, no seria decẽte. Pues permitidme, Señora, q̃ interprete vuestras palabras, y acciones en favor mio, y crea que vuestros ojos, y vuestro mismo silencio me hablan (ya que vos no quereis ha-

hazerlo) favorablemente. Yo os concedo, dixo, con el roſtro teñido de verguença, que podais penſar todo lo que pueda conſervar la vida de Aglatida, para bolvermele à traer conſtante. Baſta eſſo, Señora, reſpondi; y pues me deſeais conſtante, no he meneſter mas para ſer dichoſo. Pero no ignorais, Señora, à lo que os obliga eſte glorioſo precepto; y aſsi os pregunto, ſi podrè creer, que mandandome os ſea leal, me aſſegurais, que tambien vos lo ſereis? Creed, Aglatida, me dixo, que Ameſtris no empeña facilmente ſu pecho; y pues he juzgado poderos dar lugar en èl, ſola la muerte os le quitarà.

Conſiderad, Señor, que efecto harian en mi eſtas palabras: Cogi la mano de Ameſtris, y aunque ella la reſiſtiò, la beſè con amor, y reverencia; le di las gracias, con terminos tan afectuoſos, que me perſuado à que la enternecieron el coraçon. Finalmente, como dexava à Megabiſes, à Orano, y à otros muchos con ella, que ſabia que la amavan, la dixe: Señora, vna merced tengo que pediros, que ni me atrevo à dezirla, ni puedo callarla. Inſtòme à que ſe la dixeſſe, ofreciendome hazer todo lo que no fueſſe injuſto. Lo que quiſiera, Señora, reſpondi (ſi puedo dezirlo, ſin faltar à vueſtro reſpecto) era pediros, que ſeais lo menos liberal que pudiereis de vueſtros ojos con Megabiſes, con Orano, y con tantos como os aman, y cortejan, y no permitais que mis competidores ſean dichoſos, y gozen de la auſencia del deſdichado Aglatida, que vivirà entre increibles tormentos. Ya sè, ſi no tengo razon, para hablar deſta ſuerte; pero coſtumbre antigua es del amor no conocerla, y romper ſus limites. No puedo ofreceros, me reſpondiò, dexar de ver enteramente à los que llamais vueſtros competidores; pero os prometo no mi-

mirarlos favorablemente. No es esso bastante (dixe) para assegurar mis estraños zelos, y si quereis favorecerme, dadme palabra de que los mirareis lo menos que pudiereis, porque vuestros ojos, quanto mas irritados, estàn mas bellos, y tiene su explendor vna divinidad tan prodigiosa, que es mejor verlos enojados, que dexar de verlos. Compadeced, ó Señora, mi desconfiança, y no me negueis el alivio de esperar, que mis enemigos no han de gozar de mi ausencia, ni serè solo el que carezca de la dicha de veros. Yo quiero, Agla-tida, me respondiò, daros esse consuelo, y asseguraros, que procurarè con toda diligencia la soledad, el tiempo que no pudiere gozar de vuestra compañia; pero prometiendoos todo lo que deseais, os digo, no obstante, que no me obligo à mas de lo que me permitiere el decoro, no pareciendome conveniente ofreceros otra cosa. Poco es esso, Señora, dixe, para mi amor; aunque es mucho para quien deve, como vos, dar ley à todo el mundo, sin recibirla, si no de su voluntad, y mucho mas, si se considera la distancia que ay de vuestros meritos à los mios. Alargariame mucho, Señor, si os refiriesse todo lo que hablamos en aquella triste, aunque gustosa conferencia. En fin, por ser ya tarde quiso bolverse Amestris, y al diuidirme della, vagaron en mi igualmente, la tristeza, y la alegria; porque al passo que me avia favorecido con sus benignas razones, crecia el dolor de dexarla, y casi quisiera mas, que me huviesse favorecido menos, porque huviera quedado con menor quebranto; mas no durò mucho en mi este tan interessado deseo, porque amava la causa de mi dolor de manera, que el mismo tormento se me hizo suave, y apetecible, y assi le conservè con increible constancia, porque desde el punto fatal que me ausentè de Amestris, hasta aora, no le he olvidado.

CAPITVLO V.

De lo que le sucedió à Aglatida en la Fuente del Prado.

DESPVES de aver seguido con los ojos à Ameſtris, y apartandome della ſuſpirando, y ſin poder deſpedirme, me bolviá mi retiro, ſin ſaber por donde iba, ni acordarme mas que de mi afliccion, y de la imagen de Ameſtris, que á peſar de las tinieblas de la noche ſe me repreſentava con toda ſu hermoſura, y explendor. Dos dias deſpues, parti à la Provicia de los Ariſantinos, donde Artambates me tenia prevenido hoſpedage en caſa de vn amigo ſuyo, Governador de vna de las principales Plazas de aquella Provincia. No os referirè mi triſteza, y dolor, durante mi viage, y deſtierro, ſiendo facil de inferir, que vn amor tan grande, y vn alma tan laſtimada como la mia, no me concederian ſoſsiego alguno. Deſpues de mipartida, me dieron vna nueva, que aumentò mi peſar, y fue, que aviendole ſobrevenido à Hermanaſtes vna calentura malicioſa, avia muerto en ſiete dias, y que Artambates, que la amava tiernamente, avia enfermado del ſentimiento. No parò aqui la deſgracia, porque pocos dias deſpues ſupe, que el marido avia ſeguido en el ſepulcro á ſu muger, y que avian entregado à Ameſtris, por orden del Rey, á vno de ſus parientes, que tambien lo era de Megabiſes, y no muy mi amigo. Ya podeis conſiderar el eſtado en que me pondrian eſtas triſtes nuevas. Hallavame muy obligado de Artambates,

tes, y Hermanaſtes, participava de la pena de Ameſtris, à quien conſiderava en poder de mis enemigos, que no me permitirian tan facilmente verla, y en fin no me quedava mas eſperança, que en la lealtad de Ameſtris, que ſegun me parecia, avia procurado merecerla, y podia tenerla por ſegura. Sabia, que mi padre deſeava todavia nueſtro caſamiento; mas no obſtante era de temer, que ſi veia al Rey mudado, è inclinado à favorecer à Megabiſes, con quien me avian compueſto, deſpues de mi tercero deſafio, ſe mudaſſe tambien mi padre, y ſe conformaſſe con el tiempo, para facilitar mas mi perdon. Vivia, pues, entre increibles tormentos, y Ameſtris por ſu parte paſſava vna vida llena de amarguras. Yo folia eſcrivirla cada ſemana con vn propio, y ella ſe dignava de reſponderme; pero con tanta diſcrecion, y cordura, que puedo dezir, que no me cauſavan ſus cartas menos maravilla que amor. Sintiò vivamente ſu amoroſo pecho la muerte de ſus padres, y me la eſcriviò con terminos baſtantes à deſpertar dolor en las almas mas inſenſibles, è incapazes de la triſteza; y como es terniſsima de condicion para los q̃ quiere bien, lo manifeſtava tanto en ſus cartas, que caſi deſee aver muerto como Artambates, y Hermanaſtes, para ſer el aſſumpto de tan ſentidas demoſtraciones de afecto. O como ſabe amar, dezia quando quiere! Què dichoſo fuera yo, ſi ſu afecto fueſſe vn bien, de quien pudiera gozar con libertad, y ſoſſiego!

Pero en tanto que paſſava los dias, y las noches entre lagrimas, y ſuſpiros, ſin mas conſuelo, que las cartas de Ameſtris, mis intereſſes, en vez de mejorarſe, ſe empeoravan, porque Megabiſes, que ſe avia introducido mucho en la gracia del Rey, impedia todos mis buenos ſuceſſos; de manera, que ſiempre me eſ-

eſcrivia mi padre, que no me acercaſſe á Ecbatana, y eſperaſſe con paciencia el beneficio del tiempo. Tambien Ameſtris, temiendo que me arrieſgaſſe por ella, y tuvieſſe otro nuevo duelo con Megabiſes, ò con Orano, que continuamente la cortejava, me pedia con grandes inſtancias, que no bolvieſſe tan preſto; con que me hallava impaciente en mi retraimiento, padeciendo la mayor incertidumbre que ha padecido amante. Sabia, que Megabiſes avia ſido mejor viſto de Ameſtris, que los otros competidores mios, y que por mucho tiempo nos avia tratado igualmente: conocia que era galan valiente, diſcreto, y noble; ſabia tambien, que avia enriquezido mas con la muerte de Arbates, y que eſtava favorecido del Rey; deſuerte, que conſiderando todas eſtas coſas, que eran armas, que me herian, culpava en mi la cauſa de mis temores; pareciendome que ſi no huvieran muerto á Arbates, no temiera tanto que Megabiſes ſe caſaſſe con Ameſtris, porque no ſeria tan rico, ni tan favorecido. Vivia en fin deſconſolado, diſcurriendo, que lo que tanto deſeava, jamàs llegaria à conſeguirlo; y que lo que temia, de vna hora à otra me podria ſuceder. Tampoco queria creer, que Ameſtris era ſincera, y leal; y algunas vezes preſumia, que ſus cartas diſſimulavan ſus intentos, y que el afecto que me moſtrava era por engañarme. Pero como deſpues ſupe, eſta ſingular muger me avia guardado vna fee inviolable; porque no ſolo me avia conſervado ſu afecto, ſi no ſe avia portado con todos ſus amantes tan ſevera, y riguroſamente, que ſi ella fuera capaz de engendrar moceradas paſsiones, ſu crueldad, ſin duda, las huviera ſanado; pero ſu hermoſura nunca encendiò amores tibios; por lo qual mis contrarios porfiavan, y la perſeguian inceſſantemente: pero el luto que traia por ſus pa-

padres, triste imitador del trage que vestia su pecho, le servia de aparente pretexto para su retiro, y melancolia, valiendose dél mas de lo que estila la ceremonia en semejantes ocasiones. Guardò tanto el retiro, y la soledad, que dificultosamente podian verla los que la amavan. Aviendose en fin passado los primeros meses del duelo, no mudò forma de vida, porque se escusò de quantos divertimientos le ofrecieron, y no tenia otro alivio, ò descanso, que hablar con Menasta (assi se llamava aquella parienta mia, y amiga suya.) Solian ir juntas à passearse al mismo Iardin donde la vi la vltima vez; y quanto vn amor puro, y honesto puede infundir en vn alma, es cierto que residia por mi en la de Amestris. Pero algunas vezes se me representavan las cosas muy distintas de lo que eran; y aunque otras imaginava à Amestris constante, y fina, no me dexava esta imaginacion mas consolado, ni menos ansioso de ir à Ecbatana à ver à Amestris firme, ò hallarla mudable. En fin el amor, y los zelos, vnidos me combatieron tanto, que determinè irme à casa del mismo Iardinero, donde la vez passada avia estado todo vn dia, à quien por el interès avia hallado dispuesto à repetirme la misma licencia, si fuera necessario. Partì, pues, solo con vn Criado, y caminando à toda diligencia, llegò cerca de Ecbatana, con tanto secreto, que ni mi padre, ni Amestris pudieron saberlo, aviendo pedido, al que me hospedava, que no lo escriviesse à la Corte. Quise llegar de noche por no ser conocido, y aviendo embiado al Criado delante, para que previniesse al Iardinero, me fuy al Iardin con intento de embiarle, despues de aver llevado los cavallos à vna Aldea vezina, à informarse secretamente de lo que hazia Amestris antes de verla. Passè toda la noche, passeandome en el mismo sitio del Iar-

din

de la avia visto la vltima vez, y trayendo à la memoria todas las dulçes razones q̃ avia oído de sus hermosos labios, sentia en mi vn gozo inexplicable. No sabrè dezir cõ que oculta fuerça sossegava aquel ameno sitio las turbulentas pasiones de mi animo. Bien sè que desde el instante que puse alli los pies, no senti zelos, ni afan, ni mas inquietud, que la que me ocasionò la impaciencia de bolver à ver à Amestris; pero esta era tan grande, que como dixe, passè toda la noche passeandome, pareciendome imposible poder dormir. Y como no podia avisar à Amestris mi llegada, si no por medio de mi parienta, fue preciso esperar à que fuesse de dia; pero quando embie, supe, con harto dolor mio, que estava en la Aldea, y no bolveria hasta el dia siguiente. Pareciò me mejor esperar, que ponerme à riesgo de disgustar à Amestris, si la avisava por otro camino del que solia.

Grandes fueron mis inquietudes en todo aquel dia, q̃ estuve retirado en la choza del Iardinero, por no ser conocido. Vltimamente, aviendo caido el Sol, me pareciò que podria caminar por las sendas del Bosque, que todo aquel gran Prado, en cuyo centro estava la fuente que os dixe; fuyme àzia alla, para contemplar à lo menos en los lugares mismos donde otra vez avia visto à la que tanto amava; registrè con atencion todos los sitios donde Amestris avia estado, y en particular, donde la avia visto sentada. En este propio lugar, dezia yo, me asegurò la divina Amestris su firmeza, y me encargò la mia: aqui me permitiò discurrir todo lo que pudiesse conservar à Aglatida para bolverle leal. Veis aqui (dezia, como si la tuviera presente) veis aqui, ò adorada Amestris, Aglatida como le deseasteis, el mas fino, y mas apasionado de todos vuestros amantes. Pero dezidme, amada Amestris, os hallo como os dexè? Puedo esperar, que no

no tendrè con quien lidiar si no con vuestro severo recato, que os obliga à negarme los mas honestos favores? Assi dezia, quando por la otra parte de aquel espacioso Prado vi, por entre las ramas de los arboles, assomar vna muger, que me pareciò Amestris, acompañada de otras tres: mirèla atentamente; observèla cuydadoso; confirmème en mi opinion, y vi que se encaminava ázia la fuente, aviendo mirado à todas partes, como para ver si podia verla alguno, y interrumpirla el alivio de la soledad. Sentòse junto aquella hermosa fuente, en el mismo lugar donde yo avia estado arrodillado quando me despedi de ella. Reclinòse sobre la menuda grama, que guarnecia la fuente, y descansando la mexilla en la mano izquierda, dexando caer el diestro braço sobre el cuerpo, me pareciò, segun el juyzio que pude hazer cogiendola de espaldas, que contemplava suspensa en el cristal de la fuente. Mas ay Dioses, què vista fue aquella, y que alteraciones padeciò mi pecho! Perturbòseme el discurso, y olvidò su dominio la razon; queria ir àzia ella, y no acertava; y no sè que ignorado motivo me obligò à querer gozar de aquella vista sin ser visto; pues la suerte me la avia puesto delante tan sin esperarla. La alegria se apoderò de mi alma, desuerte, que no la he tenido igual en mi vida; porque no solo veia à Amestris en parte donde la podia hablar, si no en sitio donde podia creer, que se acordava de mi, y donde avria venido à hazer memoria de nuestros vltimos razonamientos. O dichosissimo Aglatida, dezia, què te detienes? Porquè te escondes? Vè, y rinde las gracias à tu fiel Amestris: y al dezir esto desviava las ramas, que me estorvavan el passo para salir del Bosque, y el ir à arrojarme à sus pies,

y interrumpir con Aglatida los penſamientos de Aglatida. Pero eſtando ya caſi fuera del Boſque, ſin faltar mas de vn paſſo para entrar en el Prado, vi aſſomar por la parte contraria vn hombre, que en la traza me pareciò principal; retirème entonces con la miſma preſteza que avia ſalido de el Boſque, y como el amor es ingenioſo en tratar mal à los que le reconocen por Dueño, paſsè en vn inſtante de la alegria al ſobreſalto. Qual de mis competidores es eſte, dixe, que viene à divertir el penſamiento de la divina Ameſtris, que quizá tiene pueſto en ſu querido Aglatida? O què embidia me tendrà, ſi acaſo vivo en ſu pecho, eſte que và à ponerſe à ſus pies para hablarla en ſu amor! Pero quien ſabe ſi Ameſtris eſtá alli eſperando à eſte contrario dichoſo, y profana, con la infidelidad aquellos lugares, que yo crei conſagrados à la conſtancia de ſu afecto? Sin duda (dezia, arrebatado, y fuera de mi, viendo que aquel hombre ſe iba àzia ella) que la mudable le aguarda, porque ſi no fuera aſsi, ſe llegàra mas timido, como traido de el acaſo. Mas ay Cielos! Como ſe aumentò mi dolor, quando conoci diſtintamente, que el que veía era, no ſolo vno de mis competidores, pero al que mas devia temer, pues era Megabiſes! No puedo acordarme de eſto ſin que ſe me altere la ſangre, y me palpite el coraçon; mirad que ſeria entonces. En fin como no podia deſde donde eſtava ver el roſtro de Ameſtris, y no me atreuia a mudar pueſto; porque el ruido no me deſcubrieſſe, no pude bien conocer ſi le avia viſto ir àzia ella, ò no. Pero como los zelos transforman los objetos, crei, que le avia viſto, y que pues no ſe iba, era de creer que le eſperava, y que ſe tratavan con familiaridad,

Y

y llaneza, pues no se levantava para saludarle. No sabrè explicaros lo que padeci en esta ocasion; pero bien sè que no inventò el amor rigor ninguno para mortificar los coraçones, que no le experimentasse yo con doblada violencia.

Por grande alegria que me avia causado poco avia la presencia de tan hermosa, y amada prenda, fue mayor el deseo que tuve de perderla de vista. Deseaua, que se levantasse presto de aquel sitio; pero si se và, dezia, no la verè; y si se queda, quizá la verè favorecer á mi enemigo; si se levanta, la seguirá èl, y no verè como le trata; mas si se queda, serà seña infalible de que Megabises està en su gracia. Vete, pues, bella Ameistris, y no esper[illegible] á mi mayor enemigo. Pero ella no se iba, porque como supe despues, para mi quietud, estava tan divertida pensando en Aglatida, y en su larga ausencia, que no viò à Megabises hasta que estuvo tan cerca, que no pudo huir dèl. Apenas le viò, quanse levantò, contra lo que yo avia creido, y le preguntò (supe despues todo el caso) con mucha severidad, por què iba à turbar la quietud de su soledad. Mas ay, Dioses! que no viendo yo el rostro de Ameistris, menos podia ver su lealtad, y el rigor vsado con Megabises, con que no fuy capaz del devido contento. Estuve mil vezes por salir de el Bosque, y ir à interrumpir sus discursos, que no podia oir; tuve impulsos de acometer à Megabises en presencia de Ameistris; pero viendo, que no tenia espada, ni podia darsela yo, mudè de intento, y dilatè la vengança; fuera de que respetava tanto à Ameistris, que no obstante mi zelosa desesperacion, aunque Megabises tuviera espada, creo que no me

huviera atrevido á darla eſte ſuſto, y exponerla á las ſinieſtras interpretaciones de el vulgo por vn ſuceſſo ſemejante. Quedòme, pues, inmovil teſtigo de tan largo razonamiento, porque deſpues de averle culpado ella el ſobreſalto que le avia dado, ſe quiſo ir; mas èl la ſuplicò, que le eſcuchaſſe por la vltima vez, jurandola, que ſi deſpues de averle oido, perſeverava en prohibirle la eſperança á ſu afecto, no la importunaria mas. Ameſtris, creyendo aver hallado oportuna ocaſion para librarſe de la importunidad de Megabiſes, le dixo, que hablaſſe, con condicion de que fueſſe la vltima vez, y de obedecer ſus mas dificultoſos preceptos. Megabiſes, contentoſo, entre ſus peſares, de aver alcançado licencia de hablar, y ſer oido, hizo vna profunda reverencia, agradeciendo à Ameſtris el favor que le hazia: agradecimiento profundo, que causò vna profunda herida en mi coraçon; porque no imaginava lo que era. Eſtà la fuente en medio de aquel eſpacioſo Prado, de donde el Boſque, que le rodea, eſtà igualmente diſtante, formando al Prado vn circulo perfecto; yo eſtaya muy lexos para poder oirlos, y no podia acercarme ſin que me vieſſen; no deſcubria el roſtro de Ameſtris; pero el de Megabiſes ſi, en acto de darla gracias; de todo lo qual no podia concebir mas que impaciencia, ni hazer mas que ſufrir vn callado tormento, el mas intolerable, que jamás ha padecido reo. En fin Megabiſes, por no perder tiempo tan precioſo, de quien dependia todo ſu ſoſsiego, ò toda ſu inquietud, empeçò à hablar con ſemejantes palabras.

Bien ſabeis, Señora, que mi afecto ha andado ſiempre tan atento con vos, que apenas me ha

arre-

atrevido à dar indicios dèl à vueſtros ojos, ſi no quando la deſeſperacion me cegò el entendimiento, y me obligò à declararme. Yo, Señora, he ſufrido ſin quexarme, haſta que la noticia de la dicha de Aglatida, me eſtimulò à competirle vna gloria, en quien juzgava tener tanta accion como èl; porque no ignorais, que nueſtra ſangre es igual; os amè, deſde que os vì; os he ſervido con vna incomparable aſsiſtencia, y con vna fee ſin exemplo, y todo eſto ſin mereceros vna palabra benigna, y ſin que vueſtros ojos me miraſſen con aquella dulçura que apetecia mi abraſado pecho. Los he hallado corteſes, es verdad; pero corteſes como con todos, y deſde que mi amor ſe declarò, eſſos divinos ojos que adoro, me han mirado indignados, y ſeveros; aveis huido de verme, como ſi fuera vueſtro enemigo; me aveis vſurpado el ſoſsiego de mi alma; aveis turbado la tranquilidad de mi vida; me aveis quitado vn hermano, à quien amava tiernamente, privandole del juizio, y me le hiziſteis aborrecer; aveis preferido en vueſtro agrado à el que le matò con mi propia eſpada; y para dezirlo de vna vez, creo que me aveis aborrecido; pero mi adoracion, à peſar de vueſtros rigores, ſerà eterna. Y porque en medio de las tinieblas de mi entendimiento, aun ha quedado alguna luz de razon, quiſiera pediros oy, que me dixeſſeis clara, ò ingenuamente, la cauſa de la averſion que me teneis, para que yo enmendaſſe mis acciones; porque aunque sè, que eſtava concertado vueſtro caſamiento con Aglatida, por lo mucho que Artambates le queria, no he ſabido ſi la eleccion era ſuya, ò vueſtra. Dezidme, pues, Señora, la verdad, ſi vueſtra diſplacencia à mi amor es efecto de vueſtra inclinacion à Aglatida, ò de natural antipatia con Megabiſes? Hablad, Señora, para que yo ſepa como me he de gover-

de aqui adelante, y no temais mi deſpecho, porque os ofrezco pagar vueſtra claridad con doblado reſpeto, aunque pronuncieis la ſentencia de mi muerte. Bien pudiera, ſin gaſtar el tiempo en averiguar vueſtros verdaderos penſamientos, tomar otro camino para conſeguir mi fin; porque ya ſabeis, que no ſoy mal viſto del Rey; que aora eſtais en caſa de vn amigo, y pariente mio, que podia ayudarme; y en fin, con la maña, ò con la autoridad de Aſtiages pudiera valerme de medios mas violentos, y mas infalibles; pero no cabe en mi accion ſemejante, ni el coraçon de Ameſtris puede violentado hazer dichoſos. Y aſsi, Señora, bien podeis explicarme ingenuamente lo que ſiente vueſtro pecho, que ſi no le teneis enagenado, me tendrè por feliz, no deſconfiando de mi fortuna; mas ſi fuere al contrario, razon es que yo ſolo padezca, ſin que ſufra mi moleſtia, ni vos, ni el dichoſiſsimo competidor, que aveis elegido. Hablad, pues, y no negueis eſte favor al infeliz Megabiſes. Aqui callò, y ſegun pude inferir de ſu ſemblante, eſperava la reſpueſta, con rara impaciencia. Pero mas cruel era la mia, porque quando penſè, que lo que avia de reſponder Ameſtris, ſeria quizà en favor de Megabiſes, eſtuve caſi reſuelto à ſalir de donde eſtava, è interrumpir ſus diſcurſos: pero como es propiedad de los zelos alimentarſe de ſu veneno miſmo, buſcar ſu daño, y huir ſu remedio, me eſtuve en mi puesto, y procurè leer en el roſtro de Megabiſes la reſpueſta de Ameſtrsis. La prudente Doncella, movida de alguna piedad, procurò ſanar ſu dolencia con la ingenuidad del deſengaño. Pero notad los eſtraños efectos del amor: Nunca me avia favorecido Ameſtris cara à cara tanto como aora de-

lan-

lante de Megabiſes ; y mientras lo hazia , la injuraba yo acà dentro del pecho , y conſtruyendo ſus acciones como mueſtras de ſu nuevo amor , y ſus palabras , aunque no entendidas , las juzgava como ofenſas al mio. Al fin deſpues de aver penſado vn rato lo que avia de reſponder , le dixo : No sè ſi lo que me preguntais es con ſana , ò dañada intencion ; pero sè, que no os encubrirè la mia. Sabed , pues , ò Megabiſes , que os he eſtimado como mereceis , y que me aveis devido aquel agrado que devia conceder à quien me tratava con corteſſes terminos ; pero deſde la hora que me diſteis indicios de vueſtra paſsion , procurè que no eſtuvieſſe de mi parte el engañaros con mal fundadas eſperanças ; y como yo avia de obedecer ciegamente á mi padre, no quiſſe que mi animo ſe inclinaſſe mas à vn objeto que à otro: De manera (dixo Megabiſes, interrumpiendola) que ſi vueſtro padre os huviera mandado , que admitieſſeis mis rendimientos huvierais obedecido ? No ay duda , reſpondiò. Y no aveis tenido otro motivo (proſiguiò èl) para favorecer à Aglatida , que eſſa ciega obediencia , ni precediò vueſtra eleccion à la de Artambates ? No , reſpondiò Ameſtris ; pero deſpues abraçè con tanta fuerça eſta eleccion , que no avrà accidente , que me deſviè de ella. No penſeis , que el confeſſaros , que no aborrezco à Aglatida es daros eſperança de que eſtando ya mi pecho capaz de ſu amor , pueda mudarſe , y admitir el vueſtro ; no , Megabiſes , no lo creais. Yo amo à Aglatida , porque al morir mi padre me lo mandò, porque mi inclinacion no ſe ha reſiſtido , y porque la razon me ha perſuadido à amarle. Pero es menester , demàs de lo dicho , confeſſaros , para que ſaneis de vueſtro achaque , aunque ſea à coſta de mi verguença , que amo à

Aglatida, y le amarè eternamente, aunque no huviera otra razon que la de amarle. El amor es vna paſsion, que, à ſer poſsible, no ſe avia de admitir; pero ſiendo honeſta, como la mia, y admitida vna vez en el alma, es neceſſario ennoblecerla con vna conſtancia invencible. El precepto de mi padre hizo decente eſta paſsion; ſu confirmacion, al morir, la hizo inviolable; mi conſentimiento la conſtituyò eterna, y los meritos de Aglatida la han determinado amable; y aſsi no ay razon para que yo pienſe, ni imagine mancharla con la infidelidad. No penſeis, Megabiſes, que de el amor que tengo à Aglatida redunda en vos ninguna ofenſa. Yo no le elegi, que me le dieron. Pero aviendole admitido, me es forçoſo conſervarle haſta la muerte, y conſervarme para èl toda la vida. No obſtante para aſſeguraros, que hago por vos quanto puedo, os pido que modereis vueſtros deſeos: contentaos con la eſtimacion, que hago de vos, y con la pura amiſtad que os conſervo; y eſtad cierto, que gozareis de la vna, y de la otra mientras yo viviere. Aſsi acabò Ameſtris; y Megabiſes, que la reſpetava infinito, en lugar de recurrir à las quexas, y à los baldones, le agradeciò la claridad con que le avia hablado, y la dixo, con lagrimas en los ojos, que le agradecia la parte que le ofrecia en ſu eſtimacion, y amiſtad; pero como ſe avia mudado de pueſto, y no le veía, ſi no de lado, no alcançava à ver ſu triſteza, y ſolo le vi hazer demoſtraciones de dar gracias, lo qual me atormentava cruelmente. Megabiſes en fin, deſpues de aver lamentado ſu deſventura, dixo à Ameſtris, que no ſe reſolvia à olvidar ſu paſsion; pero por lo menos dezia, os ofrezco ocultarla deſuerte, que no la conoz-

cais

cais. Yo no quiero (proſiguiò, ſuſpirando) que dividais vueſtro coraçon ; pero no pudiendo tener lugar en èl en la forma que he deſeado, no quiero vueſtra eſtimacion, ni vueſtra amiſtad. Conceded todos eſſos favores al dichoſo Aglatida, y no concedais al deſdichado Megabiſes ſino ſola vna merced, que pienſa pediros, y deſpues os cumplirà la palabra de no veros, ni hablaros nunca, y ſea la que fuere, os ſuplico por eſtas lagrimas que vierto, que no me la negueis, para que en el largo deſtierro à que me preuengo, pueda à lo menos dezir, que no me lo negaſteis todo. Aſſeguraoos, reſpondio Ameſtris, que no os negarè nada, como no ſea en perjuyzio de mi obligacion, ni de Aglatida. Pues Señora, lo que pido es, que me digais, ſi pudo el infeliz Megabiſes tener la dicha de ſer amado de la divina Ameſtris, y ſi compadeceis ſu infelizidad. A lo primero, dixo ella, os tengo ya reſpondido ; à lo ſegundo reſpondo, que como no ſoy ciega, ni ignorante, veo las coſas como ſon, y como devo verlas ; y para dezirlo mejor, las oygo como devo oirlas : y con eſto, no me pregunteis mas, y acordaos de vueſtra palabra. La tengo tan en la memoria, reſpondiò, que morirè por no faltar à ella, ni echarla en olvido : y al dezir eſto, ſe hincò de rodillas, para darla las gracias, y deſpedirſe, con tanta preſteza, que no ſe lo pudo Ameſtris impedir, ni hazer ningun ademàn de repugnancia, ò diſplacencia, con que la besò dos vezes la mano. O Cielos Santos lo que ſenti en mi al ver lo que os refiero ! Fueles forçoſo al amor, y à los zelos ceder ſu lugar à otra tercera paſsion, que fue la ira, ò por mejor dezir, el amor: los zelos, la ira, el furor, y la rabia hizieron en mi vn ſubitaneo compueſto, y queriédo

rey-

reynar juntos en vn pecho ſolo introduxeron en èl tal turbulencia, que olvidando el reſpeto de Ameſtris, empecè á mover el paſſo para ſalir de donde eſtava eſcondido, dezirla mil baldones, y executar alguna violencia contra Megabiſes, quando vi aſſomar al Rey, acompañado de toda la Corte, que contra ſu coſtumbre, venia apaſſearſe á aquel ſitio. Apenas viò Ameſtris las Guardas, quando ſe apartò de Megabiſes, y éſte ſe retirò á ſuſpirar ſu deſgracia, en parte mas ſola que aquella; pero ninguno vino por donde yo eſtava, que me quedè ſolo, ſin poderme quexar, ni vengarme. Entrème, pues, por lo mas denſo del Boſque; pero tan combatido de mil paſsiones varias, que no pude aplicar el animo à vn objeto ſolo. Porque apenas empezava á quexarme de la ingratitud de Ameſtris, quando ſe me repreſentava la fortuna de Megabiſes; y quando iba à quexarme de ella me aſſaltava el deſeo de vengarme de mi competidor.

Deſuerte, que mi alma eſtava tan agena de ſi miſma, que no durava vn inſtante en vn propoſito.

CAPITVLO VI.

Buelto Aglatida à ſu retiro, recibe vna carta de Ameſtris, que le acaba de confirmar en ſu Zeloſa ſoſpecha.

AVIA llegado el Rey tan tarde à aquel alegre Prado, treatro triſte de mi zeloſa tragedia, que no pudo ſer muy largo ſu paſſeo; con que aviendo anochecido, me quedè ſolo en el Iardin. Acordème que la Luna daria entonces poca luz, por eſtar cerca de terminar ſu curſo, y que las ſombras harian el ſitio mas conforme à mi humor; y aſsi deſpues de aver embiado à mi Eſcudero por los cavallos, paſsé la noche ſin ſentarme, ni pararme, ſi no junto à la fuente. Diria quien me yieſſe, que buſcava à mi Dama, ò à mi competidor, por todos los ſenos del Boſque, y por el ambito del Prado, aun con ſaber que no eſtavan en vna, ni otra parte; pero quando llegùe al miſmo ſitio, donde los avia viſto, juntos, dixe: Aqui fuè donde vi à la falſa Ameſtris, conceder favores à mi contrario, y tales, que jamàs me atrevi à pretenderlos; y aqui recibi yo tambien vn favor, que crei que nadie le alcançaſſe. Ay Ameſtris ingrata! Yo crei algun dia, que tu recato fueſſe tan ſevero, que ſin ayuda de Artambates, no huviera hallado lugar en tu conraçon. Pero ſegun lo que aqui he viſto, no ha neceſsitado de nadie Megabiſes, para reynar en el ab-

ſo

ſolutamente. Tu inclinacion ſola le ha dado la poſſeſſion, y tu inconſtancia ha deſpoſſeido dèl al infeliz Aglatida. Pero, tirana, no avia otro lugar donde favorecer á Megabiſes, ſi no en el miſmo, que fue teſtigo de vna ſola prueba de amor, que me concediſte? Es poſsible, que pudiſte ofenderme en la miſma parte, d onde me prometiſte tu firmeza? Y que altiempo que te ofrecias á Megabiſes, no te acordaſte de Aglatida? El mormurio deſta fuente, no baſtava á acordarte, que al deſpedirme de ti, mezclè mis lagrimas con ſus criſtales? Eſta yerva, no es la miſma que reguè con mi llanto? Aora quando la piſaſte, no repetiſte en la memoria el amor de Aglatida, y la fee que prometiò á Ameſtris? Como falſa, y mudable, concediſte, ſin repugnãcia aquella hermoſa, mano que apenas pude yo beſar por fuerça? Porquè ingrata anduviſte tan liberal, con aquella mano miſma, que tan avara me negaſte? Aſsi olvidas la promeſſa, de hazer todo lo que pudiera mantener à Aglatida leal? Ay! que quiſiſte conſervarle firme, para quitarle la vida, y le deſeaſte conſtante, para que probaſſe mas acerva tu mudança! Si querias hazerme deſdichado, baſtava tu inſenſibilidad; aun huviera ſido mayor gloria tuya, deſpreciarme que ofenderme; porque fueras cruel, y quizà injuſta; pero de eſtotro modo, eres traidora, falſa, y inhumana. Es poſsible, que he de creer, que quando hablava á Ameſtris, no me queria, y me engañava? Si ſe avrà canſado? Porque he de tener á Ameſtris? Por inſenſible, por engañoſa, que guſta del daño ageno; ó por liviana, mudable, y amiga de la novedad, amando à quantos vè, y dando ſu coraçon á qualquiera que ſe le pide? Ay Dioſes, quanto me ha coſtado conquiſtar aquel coraçon! Què de lagrimas he derramado! Què de inutiles ſuſpiros! Què de penas he paſſado, an-

tes de conſeguir la menor ſeñal de agradecimiento! Ameſtris ingrata, què penſarè de ti? Me amaſte alguna vez, ò me engañaſte ſiempre? Ay que no puede ſer! Tu me amavas, quando te dexè, porque vi tu coraçon afluſtado: vi à tu peſar aſſomarſe à tus ojos algunas lagrimas de ternura, que quiſo reprimirlas tu modeſtia. Tu me recataſte parte de tus penſamientos; causòte dolor mi partida; y en fin me quiſiſte amada Ameſtris. Mas ay infelìz, que ya no me quieres, y no sé porquè! ſolo sè que la auſencia es dañoſa; pero ſi eſtoy auſente, lo eſtoy por tu canſa; demas deſto me has eſcrito ſiempre, como ſi fueras firme; y ſin embargo eres la mas falſa, y mudable de quantas mugeres ay en el mundo. O dichoſiſsimo Megabiſes! no pienſes que has de gozar en paz de eſta fortuna. Meneſter es que yo vengue el agravio que me hazes; tu has ſido el que con algun engaño mudaſte el pecho de Ameſtris, y contaminaſte ſu bondad. Tu eres ſin duda la cauſa ſola de ſu delito, y mi deſgracia. Devame Ameſtris el reſpeto de no culparla, ni quexarme de ſus ſinrazones, ſi no caſtigar al que ſe las ha hecho cometer. Mas ay Dioſes! tambien Ameſtris tiene entendimiento, y no es facil de engañar, y con toda la ſagaziidad de Arbates, nunca pudo lograr con ella ſus engaños. No vivamos engañados; el coraçon de Ameſtris, ſe entiende con Megabiſes, ella eſtà mas culpada que èl, el qual ſi poſſee ſu afecto es porque ellà ſe le ha concedido.

Si os quiſieſſe, Señor, dezir todo lo que pensè entonces, no acabaria en toda la noche eſte ſuceſſo. Solo os dirè, que hize mil vezes propoſito de dexar à Ameſtris, y otras tantas me arrepenti, y reſolvi quererla, aunque culpada. Sola vna reſolucion permanecia en

mi

ſolutamente. Tu inclinacion ſola le ha dado la poſſeſſion, y tu inconſtancia ha deſpoſſeido dèl al infeliz Aglatida. Pero, tirana, no avia otro lugar donde favorecer à Megabiſes, ſi no en el miſmo, que fue teſtigo de vna ſola prueba de amor, que me concediſte? Es poſsible, que pudiſte ofenderme en la miſma parte, d onde me prometiſte tu firmeza? Y que altiempo que te ofrecias à Megabiſes, no te acordaſte de Aglatida? El mormurio deſta fuente, no baſtava à acordarte, que al deſpedirme de ti, mezclè mis lagrimas con ſus criſtales? Eſta yerva, no es la miſma que reguè con mi llanto? Aora quando la piſaſte, no repetiſte en la memoria el amor de Aglatida, y la fee que prometiò à Ameſtris? Como falſa, y mudable, concediſte, ſin repugnãcia aquella hermoſa, mano que apenas pude yo beſar por fuerça? Porquè ingrata anduviſte tan liberal, con aquella mano miſma, que tan avara me negaſte? Aſsi olvidas la promeſſa, de hazer todo lo que pudiera mantener à Aglatida leal? Ay! que quiſiſte conſervarle firme, para quitarle la vida, y le deſeaſte conſtante, para que probaſſe mas acerva tu mudança! Si querias hazerme deſdichado, baſtava tu inſenſibilidad; aun huviera ſido mayor gloria tuya, deſpreciarme que ofenderme; porque fueras cruel, y quizà injuſta; pero de eſtotro modo, eres traſdora, falſa, y inhumana. Es poſsible, que he de creer, que quando hablava à Ameſtris, no me queria, y me engañava? Si ſe avrà canſado? Porque he de tener à Ameſtris? Por inſenſible, por engañoſa, que guſta del daño ageno; ó por liviana, mudable, y amiga de la novedad, amando à quantos vè, y dando ſu coraçon á qualquiera que ſe le pide? Ay Dioſes, quanto me ha coſtado conquiſtar aquel coraçon! Què de lagrimas he derramado! Què de inutiles ſuſpiros! Què de penas he paſſado, an-

tes de conſeguir la menor ſeñal de agradecimiento! Ameſtris ingrata, què penſarè de ti? Me amaſte alguna vez, ò me engañaſte ſiempre? Ay que no puede ſer! Tu me amavas, quando te dexè, porque vi tu coraçon affuſtado: vi à tu peſar aſſomarſe à tus ojos algunas lagrimas de ternura, que quiſo reprimirlas tu modeſtia. Tu me recataſte parte de tus penſamientos; causòte dolor mi partida; y en fin me quiſiſte amada Ameſtris. Mas ay infeliz, que ya no me quieres, y no sè porquè! ſolo sè que la auſencia es dañoſa; pero ſi eſtoy auſente, lo eſtoy por tu cauſa; de mas deſto me has eſcrito ſiempre, como ſi fueras firme; y ſin embargo eres la mas falſa, y mudable de quantas mugeres ay en el mundo. O dichoſiſsimo Megabiſes! no pienſes que has de gozar en paz de eſta fortuna. Meneſter es que yo vengue el agravio que me hazes; tu has ſido el que con algun engaño mudaſte el pecho de Ameſtris, y contaminaſte ſu bondad. Tu eres ſin duda la cauſa ſola de ſu delito, y mi deſgracia. Devame Ameſtris el reſpeto de no culparla, ni quexarme de ſus ſinrazones, ſi no caſtigar al que ſe las ha hecho cometer. Mas ay Dioſes! tambien Ameſtris tiene entendimiento, y no es facil de engañar, y con toda la ſagazidad de Arbates, nunca pudo lograr con ella ſus engaños. No vivamos engañados; el coraçon de Ameſtris, ſe entiende con Megabiſes, ella eſtà mas culpada que èl, el qual ſi poſſee ſu afecto es porque ella ſe le ha concedido.

Si os quiſieſſe, Señor, dezir todo lo que pensè entonces, no acabaria en toda la noche eſte ſuceſſo. Solo os dirè, que hize mil vezes propoſito de dexar à Ameſtris, y otras tantas me arrepenti, y reſolvi quererla, aunque culpada. Sola vna reſolucion permanecia en

mi

mi, y era la de matar à Megabiſes en encontrandole, y aunque à vezes dudava, ſi amaria, ò aborreceria à Ameſtris; jamàs dudè la reſolucion de quitar la vida à mi competidor. Aviendome en fin amanecido, y llegado mis cavallos à là puerta del Iardin, embiè à mi Eſcudero à caſa de Megabiſes, para darle noticia de mi; pero quiſo mi deſgracia, que avia ido fuera de la Ciudad, ſin que los de ſu caſa ſupieſſen el camino que avia tomado. Eſta noticia me turbò mucho mas, y crei, que el averſe viſto Ameſtris, y èl en aquel ſitio, fueſſe para deſpedirſe; con que ſe me aumentò el ſentimiento. Embiè, pues, à ſaber ſi Menaſta avia buelto de la Aldea, para quexarme con ella, de la deslealtad de ſu amiga; pero ſupe, que avia caido enferma, y no bolveria tan preſto; deſuerte, que quedè deſconſoladiſsimo. Avia viſto tantas ſeñas de la mudança de Ameſtris, que no podia dudarla; aviala hallado mas hermoſa que nunca, ò por lo menos aſsi me lo hazia creer mi imaginacion; conſiderava à mi competidor auſente, y la confidente de mi amor fuera de la Ciudad, con que no podia deſahogar mi dolor, ni vengarſe. En eſte miſerable eſtado, ſin ſaber que reſolucion tomar, eſtuve dos dias eſcondido en vna poblacion cerca de la Ciudad, procurando ſaber à donde avia ido Megabiſes; pero por mas que hize no pude adquirir noticia cierta. Solo me dixeron, que avia tomado el camino de los Ariſantinos, que era el de mi retraimiento; pero como por aquel camino ſe và à diferentes lugares, no avia que hazer mucho caudal deſte aviſo. No obſtante me paſsò por la imaginacion, que por poſſeer con mas ſeguridad à Ameſtris avia ido à buſcarme para reñir conmigo; hizo eſta preſuncion algena impreſsion en mi, con que montè à cavallo, y me bolvi, informandome por el camino del que buſcava. Llegue al fin al Lu-

Lugar de donde avia salido, sin aver tenido nueva cierta de Megabises, y donde hallè vna carta de Ameſtris, què llegò en el diſcurſo de mi auſencia, y me afligiò, al paſſo que deviera conſolarme, ſi no tuviera el alma llena de turbaciones; mas por no ſer muy larga, y averme ſervido à la reſolucion que tomè, es meneſter que os la refiera, que ſi no me engaña la memoria, dezia aſsi.

Ameſtris à Aglatida.

PVES deſeais ſaber lo que hago, y en lo que entretengo el tiempo, ſabed, que huyo el bullicio de la Corte, quanto la vrbanidad me lo permite; que aqui no tengo mas que vna perſona à quien poder tratar ſin diſguſto, y procuro que nueſtras converſaciones ſean en parte retirada, y ſola. Creed que no voy à divertirme à los Iardines de Palacio, y que la fuente del Trado es el ſitio que frequento, donde diſcurro con la perſona que al preſente me es mas agradable en Ecbatana, y à donde voy à entretenerme. No os digo, Aglatida, todo lo que pienſo en mis retirados diſcurſos, porque quizà conviene à vueſtra quietud que no lo ſepais, y puede ſer que le eſtè bien à Ameſtris que lo ignoreis.

Conſiderad, Señor, la eſtravagancia de mi ſuerte. Si huviera recibido eſta carta antes de aver viſto lo que vi, huviera quedado gozoſiſsimo, porque no me avria ſido dificil de entender, que la ſoledad, y retiro de que hablavà Ameſtris la apetecia, ſolo por Aglatida. Huviera tambien inferido, que aquella perſona, que ſolamente podia tolerar, era mi parienta con quien ha-

hablava de mi; tampoco me huviera sido dificultoso conocer, que solo iba à la fuente del Prado para hazer memoria de la vltima vez que nos vimos en ella; y huviera sin duda entendido, que el fin de su carta era vn cariñoso, y tierno afecto para favorecerme, pues diziendome, que convenia a mi quietud, ignorar sus retirados discursos, era de entender, que la noticia de su dolor aumentaria el mio, y huviera entendido tambien, que vna muger tan modesta, y recatada como ella, no podia explicar la ternura de su afecto, cõ mas agudeza, ni mayor gracia que con aquellas palabras vltimas de la carta, que podia ser le estuviesse bien à ella, que yo ignorasse sus discursos. Pero al fin esta carta obrò en mi contrario efecto, interpretandola toda al revès de su verdadero sentido. Pareciame inhumanidad, el que para ofenderme Amestris se huviesse valido de la industria de escrivirme con sentido equivoco, y oculto, y tan bien disfrazado, que despues de escrita avia mostrado à Megabises, la carta para favorecerle mas. Dizes bien, traidora Amestris (dixe bolviendo à leerla, y meditandola, palabra por palabra) yo he deseado saber lo que hazes, y en lo que passas el tiempo, y al fin he conocido que no mientes en dezirme, que huyes el bullicio de la Corte, que no tienes mas que vna persona, con quien poder tratar sin disgusto, y que assimismo, procuras que tus conversaciones sean en parte retirada, y sola. Dizesme, enemiga Amestris, que no crea que te vàs à divertir à los Iardines de Palacio. Pero, hà falsa! tampoco devia creer que te fueras à la fuente del Prado à hablar con Megabises, y sin embargo han visto mis ojos, que la vnica persona que puede agradarte en Ecbatana, es el muchosissimo Megabises; dizes tambien, que vàs à entretenerte: muy bien lo he visto, ò cruel! y plugueme el Cielo

Cielo no lo huviera visto. Tienes razon en dezir, que convendria à mi quietud, no saber tus retirados discursos, y tambien la tienes, en confessar, que le estaria bien á Amestris, que yo los ignorasse. Pero como, ò ingrata, puedes conocer tu delito, sin arrepentirte dèl? Fuera de que quizà escriviste esta carta antes de la conversacion que tuviste con Megabises, de que fuy testigo; y con efecto no me engañaron entonces mis congeturas; porque aviendo mirado la fecha de la carta, y acordadome de el dia que avia visto hablar à Megabises, y Amestris, hallè, que estava escrita de el dia antes, lo qual me causò tal ira, que determinè procurar sanar de vn amor tan mal premiado.

Ya considerareis, que no tomaria esta resolucion sin vn dolor estremo, y sin batallar conmigo muchas vezes. Resolvi tambien esperar à que la fortuna me deparasse à Megabises para vengarme dèl, sin andarle buscando por todo el mundo, como avia pensado, y procurava vencer los tiernos afectos, que el amor avia inspirado en mi coraçon. No quise en fin responder à Amestris, ni buscar alivio en culparla su delito; antes ordenè al que solia recibir sus cartas, que se las bolviesse á embiar, sin verlas, ni abrirlas. Si vos, Señor, huvierais amado, os exagerara lo que sufri en esta ocasion, y conocierais facilmente, que no ay cosa mas dificil, que querer desarraygar de vn alma vna pasion violenta. Yo bien queria no pensar en Amestris; pero siempre la tenia en la memoria; y era vano qualquier esfuerço que hazia por desestimarla; porque á mi pesar, siempre la estimè mas que á todo lo restante del mundo. Buscava la gente, y la conversacion, para desviarme de ella; pero me

ci fadava todo, desuerte que la soledad, me era menos intolerable. Llamè los libros en mi socorro ; pero no hallè en ellos, mas que buenos consejos, mas todos inutiles; dime despues à la caza, pero no hallè, que las fatigas del cuerpo, aliviassen las del alma. Resolvi, en fin, esperar del tiempo, lo que no hallava en otra parte; mas este remedio fue largo, y poco seguro, y mi salud trabajada, y poco estable. Entre tanto la inocente Amestris, no recibiendo ya cartas mias, y viendo que le bolvian las suyas, dexò de escrivirme, y entrò en vn desasossiego increible. Iuzgò, que me avia muerto ; pero mi parienta supo de casa de mi padre, que yo vivia. Buscarò, pero en vano, la causa de mi silencio, porque la misma inociencia de Amestris era la causa verdadera de no hallarla. Sospechò, si Megabises me avia hecho insinuar algun engaño contra ella; pero despues de averlo pensado bien, hallò, que aunque esto fuera, no devia yo creerlo facilmente, por ser mi enemigo, y mi competidor; fuera de que no era verisimil, que huviesse hecho accion semejante, vn hombre noble, que no estava en parte donde pudiesse gozar el fruto de su engaño, porque al fin se supo, que la desesperacion le avia llevado à la guerra, que entonces avia en Lidia. Què no pensò mi adorada Amestris? Què cargos no hizo al infeliz Aglatida? Tuvole por mudable, y creyò que algun afecto nuevo avia entibiado su amor antiguo, y con esta sospecha se entregò en braços del dolor. Arrepintiòse de averme amado ; fulminò mil baldones contra mi, y contra el amor, y procurò echarme de su pecho. Menasta, que me queria bien, y avia buelto ya del Aldea, no podia disculparme, antes la confirmò en su quexa, y desta suerte ambos eramos desdichados, pero sin culpa. Aquel Cavallero, en fin, en cuyo poder estava Amestris, queriendo favorecer à Megabises, cò-

fid erandole ausente, y sabiendo que Amestris tenia muchos pretendientes, la propuso hazer vn viaje á los Arisantinos, donde tenia la mayor parte de su hazienda, para cuydar mejor de sus dependencias, por que ninguno de la Corte avia sabido donde me avia retirado, ni este Cavallero sabia que yo estuviesse en aquella Provincia. Amestris, que no podia tolerar la vida de la Corte, y deseava salir della, consintiò en la jornada facilmente, y con tanto mayor gusto (segun despues he sabido) quanto porque esperò, que viniendo à la misma Provincia donde yo estava, descubriria à lo menos la causa de mi mudança, de que estava ignorante.

En este tiempo, como la ausencia de Megabises avia facilitado mis pretensiones, mi padre me alcançò el perdon del Rey, y me mandò bolver à Ecbatana, à tiempo que Amestris se avia ido della. Confiessoos, que recibi con dolor la nueva de mi indulto, porque me holgàra estar mas tiempo ausente de mi Patria; mas si he de dezir la verdad, creo que me engañava el coraçon, haziendome creer, que estava bien convalecido del achaque de mi amor, y que no tenia que temer, que se renovassen sus heridas con la vista de Amestris. Bolvime, pues, á Ecbatana sin encontrarla en el camino, por averle tomado cada vno por diferente parte; ella por el largo, y menos penoso, y yo por el breve, aunque mas aspero. Es imposible, Señor, referiros los sobresaltos de mi pecho al acercarme à la Ciudad; al entrar en ella, y al passar por delante de la casa de Artambates temi encontrar con Amestris, y no obstante la buscava con los ojos por las partes por donde passava: hazia me creer à mi mismo, para engañarme, q̃ no queria saber donde estava, si no para verla jamàs. Pero ay

Dioſes, que mal me conocia! Y que mal adivinava lo que me avia de ſuceder! Llegùe en fin à mi caſa, y fuy à buſcar à mi padre en ſu quarto, que me viò con ojos de padre; que es baſtante exageracion, y de padre tan cariñoſo que viendo mudado mi ſemblante (lo eſtava tanto, que aun yo miſmo no me conocia) me manifeſtò ſu ſentimiento, y deſpues me dixo, que por aver atendido à vna materia, en que conſiſtia mi vida, no avia podido ſolicitar la de mi caſamiento, por juzgar, que ſeria irritar demaſiado à Megabiſes, oponiendoſe á vn tiempo à ſu amor, y à ſu vengança. Yo le reſpondi: Señor, muy bien aveis hecho, porque lo que temo mas, y deſeo menos por aora, es el matrimonio. Queria mi padre que le explicara eſte enigma; pero yo me eſcusè, y me retirè á mi antigua eſtancia, con vna afliccion notable. Por la mañana me llevò mi padre à beſar la mano al Rey, que me recibiò con afecto, y quiſo que ſe extinguieſſen todas las diferencias, entre la Familia de Megabiſes, y la nueſtra, ſi bien no avia buelto aquel à Ecbatana. Bolvime yo à mi quarto, deſde Palacio, donde no eſtuve mucho tiempo ſolo; porque divulgada mi venida, vinieron todos los amigos à verme, y como era tan publico mi amor, Artabano, hermano de Harpago (aquel de quien ſe avia fiado el Rey, para quitar la vida à Cyro) que era muy mi amigo, me preguntò, deſpues de los primeros cumplimientos, ſi avia encontrado en el camino à la hermoſa Ameſtris, quando venia ázia la Corte. Conoci, que ſe me encendiò el roſtro al nombre de Ameſtris, y preguntéle, ſi eſtava fuera de Ecbatana; y informado de que ſe avia ido, recibi guſto, y peſar avn tiempo, y mi alma eſtava tan combatida deſtos dos afectos, que no

ſupe

supe qual de ellos prevaleciò en ella; pero me parece, que si huviera hecho vn diligente, y riguroso examen de mi pecho, avria hallado que mas la deseava presente, que ausente; con todo esso estava resuelto à no mostrarla jamàs señas de mi amor, aunque me costára la vida; pero si he de confessar la verdad, mas la amava de lo que creia. Estuve sin embargo tan entero mientras durò aquella conversacion, que nunca fuy el primero à moverla; bien sentia la estravagancia de mi humor; pues deseava ardientemente, que se hablasse de Amestris, pero sin hablar yo de ella. Y porque no tenia mas confidente que Artabano, despues de la muerte de Arbates, y de la ausencia de Menasta, que se fue con Amestris, por la estrecha amistad, y cariño que se tenian, no me atrevi à comunicar mis males con los que no los sabian. No obstante fue preciso mudar de parecer, porque Artabano diò en ser tan mi amigo, y en procurar saber la causa de la tristeza, que tan manifiesta se veia en mi semblante, y acciones, que al fin, instado de su afecto, y mi dolor, le fiè mi amor desde el principio hasta el fin; y lo hize con tal frescura, y desahogo, como si no huviera amado jamàs.

Acuerdome, que estando solos vn dia hablando de varios sucessos de la Corte, para señalar el tiempo de vno de ellos, dixe: Esto sucediò quãdo amava á Amestris; pero al dezirlo, se me encẽdiò el rostro, y Artabano, abraçandome, dixo: Ay amigo Aglatida, todavia la quereis; vuestro semblante os ha vendido; y el coraçon es mas ingenuo que la lengua. No sè, respondi, si la quiero todavia; pero sè, que no devo quererla. El amor, prosiguiò èl, no suele aconsejarse con la razon, ni para avassallarnos pide su consentimiento á la voluntad; porque nuestra

miſma reſiſtencia es la que ſuele darle el dominio de nueſtro pecho, y la que le mantiene en èl. El amor no es Monarca legitimo; es vn Tyrano, que no trata con menos rigor à los que ſe le rinden, que à los que defienden dèl ſu libertad; y reyna en fin en todas partes con abſoluto imperio. Dequalquier manera que ſea (reſpondi) que ame, ò dexe de amar à Ameſtris, ella no verà jamas en mi indicios de amor, ni de odio. Preſto mudareis de parecer, dixo Artabano, ſin que yo neceſsite de razones para probaros, que cada accion vueſtra eſtà publicando amor; que no formais diſcurſo, ni pronuncias palabra, que no aſſeguren vueſtra lealtad, y fineza, y que vueſtros miſmos ojos os convencen de que la amais; porque quanto eſpiran es amor; y ſi no dezidme; què dà à entender eſſa notable mudança de vueſtro roſtro; eſſa turbacion de vueſtro animo, y eſſa enagenacion de vos miſmo, ſi no que eſtais amando? Y ſi lo ignorais, preguntadſelo à eſſa triſteza ſin cauſa; à eſſe retiro que os arraſtra, y os priva de vueſtros amigos; à eſſos continuos ſuſpiros; à eſſe tedio, que os ocaſiona quanto bueno encierra la Corte, y os diràn à vna voz, que amais, y los tormentos que ſufris harán que lo confeſſeis. Puede ſer, que no ame á Ameſtris, dixe, y que aborrezca à todos los hombres del mundo, menos à Artabano. Pues por què los aborreceis? me dixo: Què os han hecho tantos hõbres de prendas, que os apeteçen mas que nunca? Què diſguſto aveis tenido con tantas Damas nobles, diſcretas, y hermoſas como ay en Ecbatana? Y en fin, què agravio os ha hecho la humana naturaleza para que la aborrezcais? No, Aglatida, deſengañaos, que eſſas ſon evidencias de que amais á Ameſtris al paſſo que aborreceis todo lo demàs; porque ſi no la quiſierais bien, no quiſierais mal à todo lo que los hombres de razon apetecen. Si yo amara à Ameſtris, le dixe, deſeàra ſu venida; pero no,

no ay cosa que mas tema. Esse temor, me replicò, no es menor prueba de amor, que el mismo deseo; porque no podeis temer à Amestris sin amarla. Por que, dezidme, qual quereis que sea la causa de vuestra tristeza? Vos estais bien visto de todos; teneis vn padre, que os dà lo que deseais; sois de la primer Nobleza deste Reyno; sois rico, mozo, sano, galan (dezialo por lisongearme) valeroso en las armas, y famoso en ellas: pues què os falta? De donde procede esse humor saturnino? De la memoria de mis desgracias, dixe. Y èl me respondiò: La memoria de las passadas desdichas causa gusto, quando estàn del todo olvidadas; pero vos hareis bien, en dezir, que aun duran las vuestras. Aora bien, dezidme, què huvierais menester para estar contento? Vn imposible, dixe, que Amestris no huviesse sido mudable. De manera, replicò, que vuestra alegria, depende enteramente de Amestris, y sin ella, no podeis ser feliz? Sois muy caviloso, dixe, y assi no quiero responderos. Dezid, que no podeis, y confessad juntamente, que amais mas que otro ninguno. Pero amigo, Aglatida, porquè recatais vn mal tan grave, y peligroso, de quien no puede jamàs sanar, el que no le manifiesta? Le oculto, dixe, porque le juzgo incurable. Y si yo no estimàra tanto à Artabano, y no huviera porfiado tanto en convencerme, no le huviera confessado nunca, como le confiesso, que à pesar de mi razon, y alvedrio, Amestris, la falsa Amestris, es el objeto de todos mis deseos, y à mi pesar possee mi coraçon. Assi que huve dicho esto me abraçò Artabano, y me dixo: Aora que me aveis confessado vuestro mal, quiero procurar sanaros dèl. Bien creo, que lo deseais, le respondi, mas no es facil conseguirlo; porque sabed, Artabano, que aunque Amestris se arrepintiera, y se viniesse à mi con las lagrimas en los ojos, ni aun de esse modo quedaria bastantemente satisfecho, porque la memoria de lo passado, siempre me

haria temer lo futuro, y poſſeyera vn teſoro, que cada inſtante me aſſuſtaria ſu perdida. Qualquier agrado que vſara con migo, creyera que lo miſmo avia hecho con mi competidor, y finalmente conſideràra el coraçon de Ameſtris, como vn Altar profano. Deſuerte, dixo Artabano, que ſi Ameſtris os pidiera perdon de ſus yerros, y ligerezas, no ſe le concederiais? Há cruel amigo! dixe, para que me atormentais, en lugar de curarme, proponiendome impoſsibles? Y ſi eſſos impoſsibles dexaſſen de ſerlo (replicò) que hariais? No obſtante eſtos agudos zelos, reſpondi, que me atravieſan el alma, conozco que me arrojàra à ſus pies, para agradecerle ſu arrepentimiento, para ofrecerla vn eterno amor, y para pedirla vna fee mas ſegura que la paſſada. Pero no me veo en eſſe eſtado, antes vivo muy lexos dèl. Quereis eſcuchar mis conſejos? dixo Artabano. Harè todo lo que me pueda aliviar, reſpondi. Pues ſi es aſsi, proſiguiò, no deſprecieis lo que voy à deziros, y ſabed, que para el eſtado en que os hallais, he encontrado vn remedio infalible, con el qual, ò ſanareis del amor de Ameſtris, ò ella os ſatisfarà. Si eſcucho à la razõ, reſpondi, ſerà mucho mejor lo primero; ſi atiendo à mi paſsion, preferirè à lo primero, lo ſegundo. Sabed, pues, proſiguiò, que como el amor es vna paſsiõ tan noble, que no puede ſer premiada, ò recompenſada, ſi no con ella miſma, es tambien tã poderoſa, q̃ no puede ſer vencida, ſi no con ſus miſmas armas, y aſsi es meneſter amar, para dexar de amar; porque aquel odio, que ſuele ſuceder al amor, no es mas que vn amor disfrazado con la capa de la ira, y es mucho mas formidable, que ſi ſe dexaſſe ver en ſu natural forma. En fin, Aglatida, es neceſſario curar vna paſsion con otra ſu ſemejante, y para no amar à Ameſtris, amar otra hermoſura. O que facil le es á Artabano, dixe, dar ſemejante conſejo, y que dificil á Aglatida executarle!

El remedio que os he dado, replicò, es el mejor de todos, y no tan dificil como imaginais: bien que si proseguis en vuestro retiro, será imposible que os enlaceis en otro nuevo amor; y assi es menester, que veais, y trateis à las hermosuras q̃ pueden agradaros; es necessario exponerse al peligro de las ondas, y arrojarse al mar, para salvarse del naufragio, y este es vno de aquellos pelegrinos males, y vno de aquellos remedios extraordinarios, que necessitan de aventurarse à morir solo por la esperança de escapar la vida. Y creeis, repliquè, que yo pudiera, no digo amar, pero sufrir otra hermosura? Si quereis, si, me respondiò, porq̃ al principio no es menester mas que fingir q̃ amais à otra, que quizà despues la querreis de veras, y si assi fuesse, os burlareis de la mudança de Amestris; y quando no, os vengareis por lo menos del agravio recibido; fuera de q̃ quiẽ sabe si esta ficcion hará que Amestris se arrepienta, y lo q̃ no aveis conseguido con el amor, os lo consigan los zelos? Esse es vn remedio, dixe, muy peligroso, y tan incierto como dificil; porque vos dezis, que quizà amarè, que quizà no amarè, que quizà me vengarè, y que quizà Amestris se arrepentirá de su error, desuerte, que este es vn cõsejo fundado en el quizà, que en buena consequencia quiere dezir nada, y veo tanta contingencia en este remedio, q̃ no le tengo por seguro. Teneis otro? me dixo. Si, le respondi, è infalible, que es la muerte, que me librará de todas mis penas. Esse es el vltimo, que se ha de intentar, respondiò, y aun entonces se recurre à estos que aveis hallado invtiles, y vanos. En fin, por mas que me dixo Artabano, no me vencì aquel dia; pero algun tiempo despues, aviendo sabido, que Amestris bolvia à Ecbatana, bolviò Artabano à instarme, que me valiesse del consejo que me avia dado, al qual dì oidos, aunque con mucho dolor, y repugnancia.

CAPITVLO VII.

Del efecto que produxo el remedio que aplicò Artabano à los Zelos de Aglatida.

AVIA en aquel tiempo en la Corte vna Dama, llamada Anatisa, que verdaderamente tenia meritos, y hermosura; mas no igualavan à los de Ameſtris. Quiſo la ſuerte, que aquel propio dia que Artabano me avia reducido à probar ſu remedio, la hallè en el paſſeo de los Iardines Reales, donde avia mucho tiempo que no iba, por aver procurado huir de la gente. Y porque no tenia, ni podia tener inclinacion particular à ninguna, en tiempo que no avia coſa q̃ me agradaſſe, ſi no era Ameſtris, como avia de encontrar con otra, diſpuſo la ſuerte, que encontraſſe con Anatiſa, y no rehuſaſſe ſu converſacion, como avia rehuſado la de todas las demas Damas, deſde que bolvi à la Corte (menos quando la corteſia me preciſava à hablarlas.) Hablè, pues, con eſta Dama mucho rato aquel dia, y aunque no tratamos materia particular, diò á entender que me eſtimava, porque al fin hazia con ella lo que no avia hecho haſta entonces con otra.

Aprovechòme mucho el retiro en que avia vivido para perſuadir al mundo lo que deſeava que creyeſſe; y aun no me huviera baſtado, ſi la miſma Anatiſa no me ayudara à eſte engaño. Perſuadime á que el agrado que me moſtrò, por algun pequeño obſequio que la hize, no nacia de mis meritos, ſi no de los de Ameſtris, porque

que es constante, que no me huviera Anatisa favorecido tanto, si no huviera imaginado, que vn hombre que avia amado à la mas hermosa Dama del mundo, no trocaria las primeras prisiones por otras nuevas, si no huviera en ella prendas que lo mereciessen. Esta emulacion de hermosura, hizo que Anatisa se me mostrasse muy agradable, y que yo hallasse facilidad en poner en practica el consejo de Artabano, que prosegui por darle gusto; mas fue imposible resolverme à dezir à Anatisa que la amava, no solo porque no me lo permitia jamás mi verdadero amor, si no porque la juzgava accion indigna de mi sangre. Pero al fin ella, y la Corte lo creian, porque la visitava mucho, y casi no hablava con otra. Yo estava triste por otra causa, y todos juzgavan, que era efecto del nuevo amor. Anatisa veia que siempre me ponia à hablar con ella; que la alabava en todas las ocasiones que se ofrecian; que huia de las demas mugeres, y que en nuestras conversaciones me suspendia, y no sabia darme bien à entender. Pero el que ella juzgava efecto de su amor, era del de Amestris, aunque la creia mudable. Confiesso que muchas vezes, viendola engañada, me arrepentí de aver tomado el consejo de Artabano; fuera de que no gustava de que se dixesse, que olvidava el amor de Amestris, por el de Anatisa. Pero despues me parecia justicia despedir à vna ingrata, por admitir á vna agradecida. Troquemos (dezia á mi coraçon) este amor falso por otro verdadero. No guardes ya lealtad, ò coraçon mio, à quien te ha sido traydora, ni engañes ya à quien te trata con tanta sinceridad, y à quien, si no es tan hermosa como Amestris, por lo menos te amará con mas constancia. Di, pues, que la adoras (aunque no sea assi) para que empeñada tu palabra vna vez, no puedas mentir,

tir, y te veas obligado à no acordarte de la falsa Ameſtris, y para que ſi bolviere à Ecbatana, como ſe ha publicado, no puedas incurrir en la infamia de bolver à verla. Eſte concepto ſe fortaleciò en mi, deſuerte, que fuy tres, ò quatro dias continuos à caſa de Anatiſa reſueltò à cautivarme, con la palabra de amarla; pero ninguna reſolucion fue baſtante à poderlo executar. Se me elavan las palabras al querer pronunciarlas, y mudava diſcurſo ſin propoſito. La lẽgua no queria obedecerme, y el coraçon ſe reſiſtia à la voluntad, y aun la miſma voluntad vacilava, quando avia de eſtar mas conſtante; y en ſuma ya no deſeava lo que antes avia propueſto, por no irritar mi paſsion. Callava, baxando los ojos, como avergonçandome, tanto de lo que hazia, como de lo que avia querido hazer. Mas, ò Cielos! lo que avia de deſtruirme en el coraçon de Anatiſa, era lo que mas me eſtablecia en èl, porque juzgando ella, que el amor, y el reſpeto que la tenia ocaſionavan en mi eſtas alteraciones, me tratava mejor cada dia, y yo continuava en viſitarla. En fin, Señor, toda la Corte me creyò amante de Anatiſa, y vno de mis parientes lo eſcrivió à Menaſta, que eſtava (como os dixe) con Ameſtris; però ella, que ſabia el dolor que ſentiria Ameſtris, no ſe lo quiſo dezir, y eſperò à eſtar en Ecbatana para averiguarlo.

Entre tanto, ſupe dos novedades juntas, que me inquietaron mucho; la vna fue, que Ameſtris vendria muy preſto à Ecbatana; y la otra, que Megabiſes eſtaria tambien en ella dentro de pocos dias. Eſta ocurrencia del acaſo, me pareciò concierto, y crei verdaderamente, que la jornada de Ameſtris la avia ocaſionado la auſencia de Megabiſes, ſin ſaber yo en que fundar eſte juizio. Pero como los zelos ſe inclinan mas à la

la parte donde hallan materia que los fomente, que donde ay quien los desvanezca, no me detenia à discurrir lo que me podia estar mejor, y solo buscava lo que podia afligirme. Sin duda que vienen (dezia yo) à trianfar á mis ojos de mis desdichas. No estarian contentos si no me hizieran testigo de su felizidad. Por lo menos, Amestris ingrata, no lograrás el gusto de creerme descontento: yo me portarè con Anatisa de modo, que no puedas sospechar que te amo todavia. Y tu, ò dichosissimo Megabises, no piensses que has de gozar pacificamente tu conquista, que aunque yo no la pretenda, no te dexarè su possession, y antes te quitarè la vida, ó à lo menos te la disputarè hasta el vltimo aliento de la mia. Despues de averse quietado estas tumultuosas sospechas, hallè algun consuelo, en pensar que Amestris llegasse à juzgarme amante de Anatisa, à cuya gustosa consideracion me entreguè por algunos dias, desuerte, que yo mismo me admirava. En tanto llegò Amestris, y Menasta, por mi desdicha, se confirmò en la opinion de mis nuevos amores. Quiso sin embargo hablarme antes de condenarme, y hallò con facilidad el modo; porque siendo mi parienta, me fue preciso visitarla, y aun lo hize de mala gana, y procurè ir acompañado; pero por mas que lo reusè, me hablò à solas. Es posible, ò Aglatida, me dixo, que sea cierto lo que me han dicho! Que vn hombre, que mereciò ser bien visto de Amestris, se aya resuelto à querer á Anatisa! Amestris, dixe, no juzgò nunca què Aglatida la merecia; y no sè, Menasta, si ha hecho mejor, ò peor eleccion que la mia: ella quizá obrò por ligereza, ò capricho, y lo q̃ yo he heco ha sido por razon, y por vengança; mas por vuestra vida, Menasta, q̃ no me hableis mas en esta materia: yo sè que es vuestra amiga, y me esta bien creer

que

que se ha recatado de vos para ofenderme. Sin duda me lo ha ocultado, respondiò, si esso es verdad, porque no he sabido nada; pero tambien os digo, que con gran dificultad lo creerè. Mayor fuera la mia, respondi, si no huviesse sido yo testigo de su traicion, y si con mis propios ojos no la huviesse visto, no la creyera, aunque vos misma me la huvierais asegurado. Pero de la misma manera, que no os huviera creido, si me la huviesseis culpado, no os creerè aora, si quereis justificarla. No, Menasta, no teneis que hablarme de Ameστris; ella no me considerò jamás digno de su afecto, y ya no la juzgo yo digna del mio, aunque le poseа à pesar de su mudança; pero vltimamente, sabiendo yo que, ò me ha aborrecido, ò despreciado, no estoy obligado à la fee que le avia prometido. Confiesso, que si ella està culpada, dixo Menasta, sois menos digno de culpa; mas no por esso estareis del todo inocente. Porqu', dizidme, os aveis quexado à Ameστris? Os aveis querellado della ante ella misma? Aveisla dado lugar de disculparse, ò arrepentirse? Quando se duda el delito, respondi, ò es la culpa tan leve, que puede borrarse con confessarla, entonces es menester quexarse; mas quando la ofensa es de la calidad de la que yo he recibido, solo serviа la quexa, de dar lugar à otro nuevo engaño. Y assi ahorremos à Ameστris este trabajo, y no la obliguemos à confessar vna culpa, que no pudiera dezir sin verguença, aunque estè toda entregada à otro nuevo afecto. Quedò Menasta tan absorta de oirme, que no supo que responderme; porque como Ameστris no la avia dicho nunca la sesion que tuvo con Megabises, no hallava que responder à mi quexa; antes juzgò, que por disculpar mi mudança me valia del medio de culpar la inocencia, teniendo à Ameστris, aun por mas

ino-

inocente de lo que antes la juzgava, y à mi por mas culpado de lo que avia creido. Lo que la confirmò en este sentir, fue el afan con que me veia, persuadiendose à que el desasosiego que yo manifestava, le ocasionasse la verguença de mi liviandad, y mudança. No obstante, queriendo aumentar mi confusion, me dixo: Por lo menos, lo que podrè asseguraros, es, que en el discurso de vuestra ausencia, no ha avido amante que pueda blasonar, de aver merecido, ni la piedad, ni el favor de Amestris. No lo dudo, respondi, porque es mas leal con el dichoso, por quien me dexò, que conmigo. Y quien es esse dichoso amante de Amestris, replicò, à quien no conozco? Pues ella os lo ha callado, respondi, tambien quiero yo, por su respeto callarosle, y ayudar à encubrir vna materia, que dentro de muy pocos dias no ignorareis, porque serà publica. Estavamos en esto, quando vino gente, con que no pudimos proseguir, y yo me sali de aquella casa con notable inquietud, porque dezia: Si Amestris estuviera capaz de arrepentimiento, su amiga me huviera confessado parte de su delito, ò à lo menos le huviera honestado con algun pretexto, ò disculpa; pero quien todo lo niega, todo lo confiessa; y segun esto todo es licito à mi vengança. Veguemonos, pues; de la verdadera falsedad de Amestris, con vna falsa fineza. Demos algun sentido à Anatisa, si no pudieremos darle el coraçon. Castigate, ò Aglatida, la mala eleccion que hiziste, y procura satisfacer tu vengança, pues no pudiste tu amor.

Menasta, en fin, que estava muy enojada conmigo, conociendo, que todos dirian à Amestris mi nuevo mentido amor, quiso dezirselo ella, y aquel mismo dia, que estuvo conmigo, fue à su casa, mas llegò tarde,

de, porque de los muchos que avian ido à verla, alguno, ò por ignorancia, ò por malicia, la avia hablado, en materia, que todos sabian era interessada. Hallòla, pues, Menasta muy afligida: porque para que conozcais mejor mi desgracia, he menester confessaros, que Amestris me amava con tan verdadero afecto, que no puedo acordarme dèl, sin gusto, dolor, y confusion notable. Aviendo, en fin, visto à Menasta, la diò à entender con su tristeza, que sabia mi nuevo empeño; mas como queria disimularlo, la hablò de varias materias, y Menasta no sabiendo por donde empezar vna platica tan odiosa, la respondia confusamente, sin saber lo que dezia; pero, en fin, no pudiendo ya la divina Amestris callar sus sentimientos, la preguntò, si me avia visto, y si mi nuevo amor era tan tenaz, que me huviesse obligado á faltar à la atencion que la devia. Verdad es, que le he visto, respondiò Menasta, pero tan ageno de razon, que no me atreverè ya allamarle mi pariente, y apenas le conozco por el mismo Aglatida, que en otro tiempo conoci, y tanto estimè. En, fin èl sirve á Anatisa, sigue sus passos, y juzgo que la quiere bien; pero aunque este es gran delito, otra causa me irrita mas contra èl, porque los que son por naturaleza livianos, è incostantes, mas merecen lastima que castigo, porque hazen, lo que no pueden dexar de hazer; pero que Aglatida, quiera disculpar su delito, con atribuirte otro à ti, esto es lo que no puedo sufrir, y lo que he deseado dezirte, para que castigues con tu odio, y desprecio su ingratitud, y locura. De manera, que Aglatida me culpa? dixo Amestris. Sì, replicò Menesta; y dize, que le has ofendido, y que ha visto con sus ojos lo que nunca podrà dudar; y que su eleccion es peor que la suya. En fin, no puedo dezirte mas, si no que su error procede, ò de locura, ò de ce-

Acia. Quedò Ameſtris tan abſorta al oír eſtas razones, que ſu coraçón, aunque heroyco, no pudo dexar de vazilar: Demudóſele el ſemblante; vineronſele las lagrimas à los ojos, ſin que la cordura pudieſſe reprimirlas; acordandoſe del amor con que yo la avia ſervido; de las mueſtras que dèl le avia dado; del reſpeto que la avia tenido; y conſiderò mi mudança, como quien la avia cautado, vna perdida irreparable. Si ſe acordava de la piedad con que me avia favorecido, no podia baſtantemente condenar mi ingratitud; ſi diſcurria en la lealtad que me avia guardado, le era horroroſa mi traicion; y ſi conſiderava la diferencia, que avia entre ella, y Anatiſa, no acabava de admirar mi ciega flaqueza; y en fin ſe veia obligada à tenerme por liviano, no hallando motivo para penſar otra coſa. Deſpues me ha dicho Menaſta, que la ofenſa que hize à ſu hermoſura, prefiriendo la vna muger, que en todo era inferior à ella, no la ofendiò tanto, como el agravio que yo hazia à ſu virtud, culpandola de mudable. Que Aglatida me quite el coraçon que me avia dado; que dexe de verme, y de hablarme; que olvide las obligaciones que me tiene, de averle premitido que me hablaſſe de ſu amor, de todo me afligiera: pero ſin ira, y quizá la razon me conſolara; pero que quiera diſculpar ſu error con ſuponerle en mi, eſto es Menaſta, lo que rompe los limites de mi paciencia, y lo que me advierte, que el amor es vna peligroſa, y daño ſiſsima paſsion. Huvo, Dioſes, muger mas inculpable, è inocente que yo? Quiſe à Aglatida, es verdad, mas le quiſe, no ſolo porque me amò, ſi no porque mis padres le juzgaron cuerdo, y ſabio, y q̃ tenia todas las partes que deven concurrir en vn hõbre bien nacido, y bien criado. Demas deſto no era de creer, q̃ aviendome la fortuna enriquezido con ſus bienes, obraſſe el interès en ſu pecho lo que no pudieſſe mi

por hermoſura ? De modo que, ò ſe dexaſſe llevar del amor, ò de la riqueza, fundamento tenia para eſperar, que me ſeria fiel. Pero engañème, y ya conozco que es preciſo olvidar ; mas eſto no eſtà en mi mano, porque la ſencillez, y la razon eſtablecieron el amor en mi alma, y no sè el modo de echarle della; no obſtante, es meneſter hazerlo, y ſegun mi firme propoſito, eſpero conſeguirlo.

Pero la divina Ameſtris, que aun no eſtava conſigo miſma concorde, no acabava de perficionar ſu reſolucion, con que tratò de irſe vn dia à parte retirada à paſſearſe con ſu amiga, y confidente, para procurar reſolver lo que avia de executar, y huir la converſacion, que en el eſtado en que ſe hallava le ſervia de enfado. Fueſe al dia ſiguiente à vn Iardin, donde ſolia ir poca gente, y donde no obſtante ſe hallò caſualmente Artabano. El verlas deſpertò, en èlla curioſidad de oír lo que hablavan, para lo qual ſe eſcondiò entre vn eſpeſo ballado, y ſiguiendolas con los ojos, viò que ſe entravan en vn Cenador de yerva, y èl ſiguiendolas poco à poco, cubierto con los arboles de vna calle, que correſpondia al Cenador, ſe puſo detras de vn Mirto, deſde donde pudo muy bien oírlas. Apenas ſe huvo arrimado, quando oyò, que Menaſta reſpondia à Ameſtris, ſobre no sè que punto, que no entendiò. No es juſto (dezia) que tomes la vengança en ti, mejor es que Aglatida ſolo padezca la pena de ſu delito; no confundas al inocente con el culpado. Aborrece à Aglatida, ſi puedes, y no caſtigues à Ameſtris, que no ha delinquido. Ameſtris, reſpondiò ella, no tiene valor para dexar de amar à quien vna vez amò; y aſſi què quieres que haga? Tanta culpa es en mi, el no poder olvidar al que devia aborrecer, como en Aglà-

glatida el aborrecer á quien devia eternamente amar. Despues desto se pusieron las dos à discurrir, sobre el motivo que pude tener para culpar à Amestris. Porque (dezia Menasta) no parece verisimel, que à lo menos, sin algun leve pretexto se huviesse empeñado en esta calumnia. Amestris, haziendo reflexion, sobre este punto, empezò á contar à Menasta, lo que nunca avia sabido, de la conversacion que tuvo con Megabises. Pero aunque Aglatida, prosiguiò, se huviera hallado presente à ella deviera darme gracias; pero no culparme; demas de que estava muy lexos de aqui, y aviendo estado Megabises siempre en Lidia, no es creible, que se lo aya podido dezir. No amiga (dixo Menasta) no es esso, porque no me nombrò à Megabises; y si fuera por essa causa, no me lo avria callado, con que es preciso inferir, que solo la verguença de su liviandad le obligò à recurrir al engaño para disculparla. Y verdaderamente, prosiguiò, que los que cometen vn delito se castigan á si propios cometiendole; porque si vieras, quan inquieto estava Aglatida, quando me hablava, no dudaras su culpa. Lo que me dà mas cuydado, dixo Amestris, es, que quando estavamos en la Provincia de los Arisantinos, supimos, que Aglatida estuvo siempre melancolico, y retirado del comercio de la gente. De manera, que si èl no huviera mudado forma de portarse conmigo, si no desde que bolviò à Ecbatana, diria, que, ò por capricho, ò por razon avia preferido la hermosura de Anatisa à la de Amestris; pero mi duda consiste, en aver empezado à mudarse mientras estava en su destierro, y quando recibia mayores muestras de mi afecto; porque yo le escrivia de vn modo, bastante à obligar, y assegurar á otro qualquiera coraçon, que el suyo. Y en fin (dixo Menasta) què pretendes hazer? Sentir mi desgracia (respondiò) quexarme

eternamente arrepentirme de mi facilidad ; procurar olvidarà Aglatida (y quizà ſin poderlo conſeguir) y en fin vivir la mas deſdichada de todas las mugeres. Pero no veo (dixo Menaſta) que pienſas en dos coſas muy importantes : la vna es (ſi no puedes aborrecer à Aglatida) procurar à lo menos reducirle à la ſenda de la razon: y la otra (ſi puedes olvidarle) caſtigar ſu delito. Ay amiga ! reſpondiò Ameſtris, que es dificultoſo aborrecer à quien ſe ha determinado amar toda la vida; y no es facil reſolverſe à caſtigar à quien ſe ama. Yo sè vn modo infalible, dixo Menaſta ; Pero notad , Señor, la eſtrañeza de los acaſos : Menaſta propuſo à Ameſtris la miſma medicina, que Artabano me avia aplicado à mi , que era fingir , que admitia el cortejo de alguno de los que la pretendian. Porque ſiempre he conocido , dezia , que Aglatida ha ſido zeloſo de ſu reputacion , y punto, y aſsi no dudo , que ſi vè verdadera la falſa ſupoſicion , de que Ameſtris es capaz de preferirle otro , vna de dos, ò dexarà à Anatiſa por bolver à Ameſtris , ò por lo menos padecerà inſufribles tormentos ſu coraçon. Y luego , quien ſabe, ſi permitiendo tu que te quieran , dexarás de querer? El amor, ſegun he oído dezir, no ſe cura con remedios violentos, ni contrarios ; el tiempo , y la razon lo alcançan todo con la ſenſibilidad ; y aſsi creeme, amiga , que ſi ſigues mi conſejo, ſanarà eſſa tu ſenſible herida : fuera de que le eſtà bien à tu decoro , que no pienſen , que has amado à Aglatida , y por deſvanecer eſta opinion , convendrà que hagas lo que te aconſejo. Eſta vltima conſideracion fue la mas poderoſa en el animo de Ameſtris, con que ſe reſolviò , deſpues de otros muchos diſcurſos , à abraçar eſte remedio. Aviendo oído eſta platica Artabano , ſe quitò de aquel oculto pueſto , y ſin

ſer

ser visto, ni sentido, se salió del Iardin, y me fue á buscar á todas las partes, donde juzgó hallarme; mas no quiso mi desgracia que lo consiguiesse. Aviendome, pues, buscado en Palacio, en los Iardines Reales, y en casa de Anatisa, resolvió esperarme á la noche en la mia, sin pensar, que se me pudiesse ofrecer aquel dia, cosa que me estorvasse saber lo que queria dezirme. Mas ay Dioses, que fatal fue aquel dia para mi! y que suspiros no me costará, si la muerte no me corta el estambre de la vida! Ya os dixe, Señor, que el Iardin donde estava Amestris, era vn sitio poco frequentado de la gente; pero por mi desventura, todo quanto podia aver de cañoso para mi, se juntó aquel dia á fin de afligirme para siempre, y hazerme el concreto de las desdichas. Anatisa, conducida de mi perverso destino, aviendo determinado irse á passear con algunas amigas, eligió aquel mismo Iardin, por no averle visto nunca, y yo tambien le elegi, para desahogar mis afligidos pensamientos entre sus soledades, sin pensar que hallaria en èl á Amestris, ni á Anatisa, ni á persona que pudiesse interrumpir mi intento; pero, ò quan absorto quedè, quãdo por vna parte, al entrar en el Iardin, vi assomar, desde lexos á Amestris, y entrarse por vna calle de arboles, con su querida Menasta, y por otra á Anatisa, sentada al pie de vn ballado, haziendo vn ramillete de las flores que avia cogido. Esta vista, no esperada, me turbò de manera, que me detuve dudoso, entre si iria á hablar á la que amava, aunque me avia ofendido, ò á la que me amava, y á quien yo, en cierto modo ofendia. Mis passos enseñados á llevarme á Amestris, querian encaminarse ázia ella á mi pesar, y faltó poco para que los zelos cediessen al amor, y sin hazer caso de Anatisa

fuesse à arrojarme à los pies de Ameſtris. Mas, en fin, la imagen de aquel delito que juzgava verdadero, ſe me puſo delante, y me hizo inclinar el paſſo àzia Anatiſa. Acerqueme à ella, tan tibiamente, y me hize vna violencia tan grande, para apartarme de Ameſtris, y dexar de mirarla, que ſin ir, ni à vna, ni á otra, crei que, acabaſſe con mi vida mi dolor. Pero mi enojo me hizo paſſar en vn inſtante de vna eſtrema incertidumbre à vna invencible obſtinacion, no mirè àzia Ameſtris, ſi no fuime à poner de rodillas junto á Anatiſa, à quien hablè como ſolia; pero con el penſamiento tan divertido, que ſi ella no huviera eſtado tan bien divertida, en obſervar las acciones de Ameſtris, bien huviera conocido mi turbacion; pero eſtava tan gozoſa de verſe preferida à la mas bella Dama del mundo, que no reparò en las mudanças de mi ſemblante, ni en la obſcuridad, y confuſion de mis palabras.

Ameſtris, como deſpues ſupe, averiguando con ſus ojos, lo que avia llegado á ſus oìdos, quedò notablemente abſorta. Haſta entonces no avia tenido otro dolor, que el de mi mudança; pero viendo ella miſma à Aglatida à los pies de Anatiſa, ſe encendiò en ira, y vn oculto impulſo de pundonor, le inſpirò tan gran deſeo de vengarſe del deſayre que yo la hazia, que no pudo dexar de dezirſelo à Menaſta. Pero admirad, Señor, lo que ordenò aquel dia la fortuna. Ya os dixe, ſi bien me acuerdo, que Megabiſes avia de bolver dentro de pocos dias, como con efecto, aviendo eſtado en la guerra de Lidia, tratò de bolverſe á Ecbatana, con intento de no tener mas queſtiones conmigo, ni por la muerte del hermano, que bien ſabia avia tenido èl la culpa, ni por nueſtra antigua competencia, aviendole el Rey embiado á Sardis, Corte de Lidia, à mandar que depuſieſſe

ſus

ſus quexas, por aver ſabido los diſguſtos que avia entre noſotros, y nueſtras Familias, y à mi tambien me avia mandado, que no le tuvieſſe con èl, y eſcuſaſſe encontrarle, deviendo hazerlo, por averle muerto vn hermano. Megabiſes, pues, queriendo entrar de noche en Ecbatana, para informarſe mas por eſtenſo de todas ſus novedades, antes de recibir viſitas, determinò paſſar lo que quedava del dia en el miſmo Iardin, donde yo eſtava, por ſaber que era lugar poco frequentado. Teniendo, pues, amiſtad con el dueño del Iardin, ſe apeò en èl, y entrò, à tiempo, que Menaſta dezia à Ameſtris, que con razon la avia aconſejado, que me caſtigaſſe. Aviendo, en fin, entrado Megabiſes deſcuydadamente, quedò admirado de ver en vn miſmo ſitio à ſu Dama, y à ſu competidor; y mucho mas de no verme con Ameſtris. Pero, Señor, como Megabiſes no la avia viſto, deſde el dia que la ofreciò no hablarla, ni verla jamàs, quiſo darla à entender, que no ſe avia olvidado de ſu palabra, con que haziendola vna profunda reverencia, queria ſalirſe del Iardin; pero Ameſtris, que eſtava irritada, creyendo aver hallado ocaſion oportuna de vengarſe, le llamò, y le tratò con mucha corteſia, lo qual causò en èl tanto contento, como dolor en mi; porque yo avia viſto entrar à Megabiſes; avia notado que ſe quiſo ir, y ella le detuvo; avia creido, que èl lo avia hecho por averme viſto alli: con que no puſe duda ninguna en que Ameſtris, ſabiendo ſu venida, avia ido à eſperarle en aquel ſitio. Conſiderad, Señor, qual ſeria la turbulencia de mi alma, y la perturbacion de mis ſentidos. Acordandome del eſtado de todos, no puedo baſtantemente admirar los eſtraños caprichos de la fortuna. Porque Anatiſa tenia vn indezible gozo de verſe preferida à Ameſtris, y ama-

da de Aglarida, el qual, ni la preferia, ni la amava; Megabiſes, que ſe creia convalecido de ſu dolencia amoroſa, eſtava lleno de alegria, viendoſe llamado de la miſma que le avia deſpedido para ſiempre, ſi bien no le auia llamado, porque le amava, y Ameſtris, y yo, que huvieramos ſido los mas dichoſos, ſi nos vieramos los coraçones, eſtavamos los mas deſconſolados. Megabiſes, en fin, aunque bien hallado junto à Ameſtris, acordandoſe de la muerte de ſu hermano, y viendo à ſu matador, advirtiò, que no era conveniente eſtar donde yo eſtava; por lo qual, dixo à Ameſtris: Yo, Señora, temo, que el precepto del Rey, no baſte à impedirme vn juſto reſentimiento, con vn hombre que aqui miro; verdad es, que el reſpeto que os devo, me obliga à diſsimular; pero temiendo, que ſi eſtoy mas en ſu preſencia, me vençan los impulſos de la ſangre, y de la naturaleza, os ſuplico, rendidamente, me perdoneis eſta deſatencion, y me deis licencia para irme; y dicho eſto, ſin eſperar la reſpueſta de Ameſtris, haziendola vna profunda reverencia, ſe ſaliò del Iardin. Ella, que no le avia llamado, ſi no por darme peſar, no hizo diligencia para detenerle, antes vna ſeguda conſideracion le hizo arrepentir de la primera, advirtiendola, que avia hecho mal en ponernos en ocaſion de llegar à las eſpadas, como huviera ſucedido, ſi Megabiſes no la huviera tenido eſte reſpeto. Yo, que no oia lo que hablavan, apenas le vi partir, quando me irritè, no menos, que quando le vi entrar, creyendo, que no ſe iba, ſi no por llegar al fin de ſus deſeos, y executar lo acordado con Ameſtris.

No pudiendo ya reprimirme, y creyendo que diſsimularia mas facilmente la turbulencia de mi animo paſſeandome, que parado, ſe lo propuſe à Anatilla, la qual viendo

en ello, no tanto por gusto, como por vanagloria, por q̃ quiso, á pesar de mi resistencia, irse ázia Amestris, pareciendola, que su verdadero triunfo era arrastrar vno de sus esclavos, asido à la cadena de su voluntad. Encótramos, pues, con Amestris, y Menasta, y quando estavimos cerca, Anatisa, sin dezirme su intenciõ, empezò à hablar à Amestris, de que me ofendi tanto, que estuve por dexarla, y ausentarme de donde concurrian, la que aborrecia, y la que amava. No me atrevi, ni quise mirar à Amestris. Me holgara que estuviera alli Megabises, para embestir con èl; no huvo pensamiento temerario, ni violento, que no me ocurriesse; pareciame Amestris menos bella, y Anatisa mas hermosa. Mas ay Cielos! què breves eran estos pensamientos, y què presto les sucedian otros, que me representavan à Anatisa fea, y à Amestris hermosissima. Aquella, en fin, que queria (como os dixe) acabar de triunfar, y assegurar mejor su trofeo, hablò maliciosamente à Amestris, à quien al acercarse, dixo: Por muy dichosa me tengo, en aver oy encontrado tan buena compañia, donde suele encontrarse ordinariamente la soledad, y no buscando mas que el gusto del passeo, he hallado tambien el de la conversacion. La mia (respondiò desabridamente Amestris) es tan poco apetecible, q̃ antes tuvierais razon de quexaros, si no huvierais encontrado otra mas apropósito para divertiros. Si quereis sugetaros al parecer ageno (replicò la maliciosa Anatisa) yo asseguro, que Megabises, á quien, si no me engaño, poco ha vi aqui con vos, no seria del vuestro, y tambien Aglatida sentenciaria en mi favor. No dudo, dixe turbado, y confuso, q̃ Megabises hallaria à Amestris incomparable en todo, y no dificultaria el confessar, que tiene razon en dezir, que la conversacion de Amestris es la mas suave,

quan-

quando quiere. Y tambien la mas aſpera, reſpondiõ, quando le parece. Pues, Señora (dixo Anatiſa, alegre de ver en el roſtro de Ameſtris algunos indicios de enfado) no ſeais oy de eſſa opinion, ſi no admitid de mi los aplauſos que mereceis. Merezco tan pocos, reſpondiò, que os aconſejo no los empleeis tan mal. Humildades ay, dixo Anatiſa, que ſuenan à altivezes. Y altivezes, Ameſtris reſpondiò, fundadas en baxeza. Yo imagino, dixo Anatiſa, que ni vos, ni yo incurrimos en ninguno de los dos eſtremos. No sè, replicò Ameſtris; porque nadie ſe conoce bien à ſi. Mucho mas dificultoſo, dixe yo, es conocer los penſamientos agenos. Y en particular, reſpondiò ella, los de aquellos que ſe precian de generoſos, y ſinceros ſin ſerlo. Yo me perſuado, dixo falſamente Anatiſa, que Megabiſes ſerà incapaz de ocultar los ſuyos. Los que tienen, como èl, pechos generoſos (reſpondiò Ameſtris, por darme peſar) no obran de otra manera; y ſolamente los que tienen viles coraçones diſfrazan ſus diſignios. Yo os confieſſo, Señor, que oyendo hablar aſsi a Ameſtris, me alterè deſuerte, que no podia ya ſufrir ſu viſta; y como no avia entrado en el Iardin con Anatiſa, no me juzguè obligado à eſperarla, fuera de que no eſtava para obſervar tan puntual atencion en mis acciones. Conſiderava à Megabiſes, tan contento; veia à Anatiſa tan guſtoſa, y ſentia en mi tanta afliccion, tanta ira, y tanto deſpecho, que al fin arrebatado del enojo, del amor, y delos zelos, me apartè de vna compañia, tan amable, como inſufrible.

(?5?)

CAPITVLO VIII.

De la vengança, que tomò Ameſtris de los Zelos de Aglatida.

SALI, pues del Iardin, reſuelto á vengar en Megabiſes todos los vltrajes, que me avia hecho Ameſtris, y con eſte fin, en lugar de bolver à la Ciudad, me fuy á ocultar à la caſa de vn conocido, con intencion de embiar por la mañana à deſafiar á Megabiſes: no quiſe participarſelo á Artabano, porque ſabia, que me lo avia de contradezir; pero ſi le huviera viſto, quizá no fuera tan deſdichado. Ameſtris, en fin, que no avia favorecido à Megabiſes, mas que por darme que ſentir, apenas me perdiò de viſta, quando no pudiendo ſufrir la converſacion de ſu competidora, buſcó ocaſion para apartarſe della; y aviendola dexado en el Iardin, ſe fue à deſahogar en parte ſecreta ſus peſares, en compañia de ſu querida Menaſta. Megabiſes, parece que viò la buena fortuna, como relampago, que acabando en el miſmo inſtante que empieza buelve à dexar las tinieblas mas denſas, y horroroſas que antes. Anatiſa, ſi la alegria de verſe preferida à Ameſtris le durò algo mas, deſpues le causò doblada afliccion; y yo jamás me vi tan atormentado como entonces. Por lo menos (dezia entre mi) la vez primera que vi á Ameſtris favorecer à Megabiſes, tenia de mi parte, el que me eſtimava; pues procurava engañarme, y no ſabia que yo la eſtava viendo, quando le hablava con algun agrado; eſcriviame entonces ſin aſpereza, y

al

al fin podia penſar que ſu coraçon eſtava dividido, y que no ocupava en competidor tanta parte, que no me queda ſſe à mi algun lugar en èl, fuera de que entonces la vi deſpedirſe de mi competidor; pero aora buelve eſte, para no dexarla, y Ameſtris ſin duda ſaliò à eſte Iardin à recibirle. Ella me vio antes que èl llegara, y no le diò cuydado, que yo fueſſe teſtigo de ſus finezas, pues no ſe moviò del pueſto en que eſtava. Mas atento quiſo andar Megabiſes, porque quando me deſcubriò, diò à entender, que no queria llegar à hablarla; pero la tirana le llamò, me miròcon enojo, y à èl con dulçura, y le alabò en mi preſencia. Eſta es la que en otro tiempo hazia de la recatada? La que me negò obſtinadamente ſu afecto; y la que ſiempre fue conmigo riguroſa, y ſevera? Es poſsible, Ameſtris, que veo tanta mudança en tu condicion? Què he de turbar yo tus felizidades, como turbaſte tu las mias? Y que el reſpeto, que no me dexa vengar de ti, me ha de obligar à vengarme de Megabiſes? Deſta ſuerte, Señor, componia veneno de todo, y aſsi interpretava las acciones de Ameſtris, la qual por ſu parte no hazia mejor juizio de las mias, y penſava en vengarſe de mi, por vn medio mucho mas cruel.

Pero antes que paſſe adelante, he meneſter deziros, que aquel Cavallero, en cuya caſa vivia Ameſtris le tenia ganado Orano, y aſsi, dexãdola de hablar por Megabiſes, la inſtava inceſſantemente, à que prefirieſſe à todo las riquezas, ſin conſiderar las buenas, ò malas partes del que huvieſſe de elegir por marido. Al bolverſe Ameſtris à ſu caſa la encontrò Artabano, y la fue acompañando haſta ella; mas como tenia poca gana de converſacion, luego que entrò ſe retirò à ſu retrete, dexandole con Menaſta. La platica de los dos, fue ſolo de

el

mi, y Menaſta, que ſabia que Artabano era mi confidente, le apretò tanto, que le hizo confeſſar, que vnos grandes zelos avian ſido la cauſa de dexar á Ameſtris; pero por mas que hizo, no quiſo dezirle mas, porque como eſperava verme à la noche, no quiſo acabar de declararſe, temiendo no encontrarſe con mi guſto. No ſe detuvo mucho con Menaſta, porque eſtava deſeoſo de hablarme, y aſsi que ſe fue, ſe entrò Menaſta en el retrete, donde ſe avia retirado Ameſtris, con pretexto de eſcrivir vnas cartas, y le contò lo que avia oído à Artabano; de los eſtraños zelos que avian ocaſionado mi mudança. Aglatida (dixo Ameſtris) ha eſtado zeloſo? Ay Cielos! como es poſsible? A qual de ſus competidores he fauorecido, para que tenga ſu mudança eſſe pretexto? Han me viſto jamas ambicioſa de parecer bien? He buſcado ocaſiones de ver, y de ſer viſta? Tengo converſacion particular con alguno? He ido à paſſeos ſoſpechoſos? He recibido, ò eſcrito papeles ſecretos? Ay por ventura alguno que pueda alabarſe de aver logrado, que Ameſtris le mire con eſpecial agrado, ò atencion, ſi no es el falſo Aglatida? Y en fin, Menaſta, q̃ he hecho, què he dicho, ó q̃ he penſado, que pueda diſculpar ſu inconſtancia? Yo nunca lo he oído hablar de ſus zelos, proſiguio: pero, dime por tu vida, ſi al principio lo huviera ſabido, què pudiera aver hecho para curarle ſemejante enfermedad? Huviera ſido neceſſario no mirar à nadie, y encerrarme para ſiempre: Yo no puedo adivinar en vna Ciudad, y Corte grande, donde ſoy viſta de todos, y donde trato igualmente à quantos me hablan, quien es el que le ha cauſado ſu inquietud, porque puede aver ſido Andramitas, Araſpes, Megabiſes, y aun el miſmo Rey. Pues como, ò Menaſta, pudiera ſatisfacerle

aun-

aunque quisiera? Preciso es confessar (dixo mi parienta) que Aglatida ha faltado à su obligacion. Dezid, añadiò Amestris, que ha perdido el juizio, perdiendo el concepto que tenia de mi; porque aviendo visto el modo con que me he governado con èl, no devia sospechar locuras, ni dar credito à sus ojos en perjuzio de Amestris. Pero ya veo, que la inconstancia, deve de ser consequencia de los zelos. Yo creia, que los zelos hazian quexosos; pero no desleales. Que Aglatida, juzgandome engañosa, no me estimara, no me amara, y a un me aborreciera, no me quexara dèl, y considerára su odio, como prueba de la grandeza de su amor. Pero que desde el punto, que Aglatida piensa que yo no le estimo, me olvide del todo, y se halle luego con el alma capaz de nuevas llamas, esto, ò Menalta, es lo que no puedo llevar en paciencia. Si Aglatida me huviera amado con verdadero ardor, por grande ocasion de quexa, que le huviera dado, fuera imposible, que no me amasse todavia, ò por lo menos, no me aborreciera, y tambien fuera imposible, que pudiesse amar tan presto à Anatisa. Ha Cielos! quien me dixera, que avia de ver á Aglatida entrar donde yo estava, y encaminar sus passos àzia Anatisa, y no àzia Amestris! Cierto que no lo creyera: Y en fin este injusto, y falso amante, à quien tanto he estimado, por no dezir querido, despues de aver dexado la vltima vez que me viò, mis pensamientos tan de su parte, ha podido bolver à ver à Amestris de vn modo de tanta ofensa suya. No podia, à lo menos, impedir à Anatisa, que llegasse á hablarme? Y èl mismo no podia rehusar mi encuentro? Si podia; pero quiso poner mi paciencia, al examen mas riguroso. Bien se, que al fin la dexò, y se saliò solo del Iardin; pero la con-

fu-

sion, y no el arrepentimiento, fue quien le echò dèl: tiene algun vergonçoso empacho de su delito; mas no tiene bastante fuerça para librarse dèl. Mas aunque aora se arrepintiesse, no quedara satisfecha. Y en fin, què resuelves? dixo Menasta. Olvidar à Alatida (respondiò, con el semblate demudado) y hazer, que à su pesar se acuerde de Amestris. Que infiera su culpa por mi inociencia, y mi inociencia, por medio de mi desdicha. He menester que conozca, que no he amado à otro que à èl, y que siempre le fuy leal; pero ha de ser de modo, que nunca le pueda aprovechar. Si no se arrepintiere de su error, castigarè en mi misma, el de averle querido; y si se arrepiente, castigarè su traicion, tan rigurosamente como merece. Te confiesso, dixo entonces Menasta, què no sè que vengança es la que previenes. Es tan estraña, respondiò, que no me atrevo à dezirla, porque no me disuadas della con tus razones, ò tus ruegos. Y como podràs, dixo Menasta, mostrarle con evidencia, que le has sido leal, si no sabes de quien està zeloso? Verdaderamente, respondiò Amestris, que no sè de quien tiene zelos Aglatida; pero sè de quien puede tenerlos, y este basta para mi justificacion; para mi vengança, y para mi castigo. Cada instante entiendia, Menasta, menos el oculto sentido destas obscuras razones, y assi la apretò desuerte, que aviendola assegurado, no oponerse á sus intentos, al fin la dixo: Ya sabes Menasta, tan bien como el mudable Aglatida, la aversion que siempre he tenido à Orano, no obstante su sangre, y riqueza, como he dicho muchas vezes, assi à ti, como à Aglatida, y ambos sabeis, que le desprecio, y aborrezco. Tambien sabeis, que empeçò à amarme, desde que vine à Ecbatana, y que yo le he desdeñado,

des-

desde el punto que le vi; pues sabe aora, que antes que yo buelva á ver á Aglatida el desleal, quiero obedecer à mi pariente, à cuyo cargo estoy, y casarme con Orano, que es el mas imperfecto de los hombres, y dar assi à entender à Aglatida si quiero bien à alguno de sus competidores. Casarte quieres con Orano? dixo Menasta. Si, respondiò Amestris, y no pudiera elegir mayor tormento para castigarme el aver amado à Aglatida, y castigar à Aglatida, el averme dexado. Con que desta manera me justificarè, y me vengarè, aunque no sè quien es el calumniado de complice en mi delito, y por este medio sè que sanarà Aglatida de la dolencia de los zelos; porque Orano tiene tales defectos, que no me persuado à que Aglatida aya estado zeloso del. Ay Amestris! replicò Menasta, esso es castigar la inocencia, quando se devia castigar à Aglatida delinquente, y absolver à Amestris inculpable. Mejor es que te cases con Megabises, y te vengaràs de la misma manera de mi falso pariente. No Menasta, respondiò ella, lo que me propones no es justo, y seria vengarme de mi, y de Aglatida, porque Megabises tiene tales prendas, que seria dar à entender à Aglatida, que yo avia tenido amor à su contrario. De manera, que por este camino seria de sumal (si acaso le ha padecido por mi) gozaria en paz de su amada Anatisa, y tendria ocasion de creer, que yo avia amado à vn hombre digno de serlo; pero quando vea, que he elegido vn marido, à quien sabe muy bien, que no podrè amar, quizà su coraçon, por falso, è inconstante que sea, se arrepentirà de su error, pero con arrepentimiento inutil, porque casandome con Orano le serè tan leal, como si le amasse, y fuesse hombre mas perfecto del mundo. Ay Cielos! exclamò Menasta, mira bien lo que dizes. Es posible que quie-

res

ras hazer vna accion tan inhumana contra ti misma, exponiendote à la mayor infelizidad, que puede aver? Podras sufrir toda tu vida, vn hombre, cuya conversacion te era intolerable, por vna hora sola? Si (respondiò Ameſtris) solo con la esperãça, de que los males, que padeciere, me justificarán con Aglatida, y despues de justificada, sobreviniendome muy presto la muerte, dexarè en su alma vn eterno dolor. Si yo tuviera otro modo de justificarme, no eligiera este; pero si Aglatida no se declara, què otro camino me queda, que el que elijo? Suelen ser las apariencias tan engañosas (dixo entonces Menasta) que puede ser aya avido algun motivo para los zelos de Aglatida, sin que nosotras le sepamos. Quando esso fuesse, respondiò Ameſtris, no estaria menos culpado. Yo confiesso, que puede estar zeloso sin ofenderme; mas no puede amar à Anatisa, sin hazerme vn agravio irreparable; y assi, Menasta, es necessario, que yo deshaga aquel amor caduco, con vn dolor eterno, y vn arrepentimiento inutil. Y no consideras, dixo Menasta, que acabando con esse amor, por medio tan estraño, acabaràs tambien contigo? Esso es lo que deseo, replicò Ameſtris, y si no supiera que la melancolia, es vn veneno lento, cuyo efecto, es casi infalible, no me expondria á esta resolucion. Permiteme, dixo Menasta, que yo hable vna sola vez à Aglatida. Despues de mi muerte, respondiò, te doy licencia para hazerlo; y entonces, te pido encarecidamente, que le esageres mi dolor, para aumentar el suyo. Què dizes? replicò Menasta: como hablas de muerte, y de casamiento à vn tiempo mismo? Porque, Menasta mia, dixo Ameſtris, al Real Templo, juzgarè que voy al sepulcro, y que las Nunciales Teas, se convierten en funebres Antorchas. Por què deseas morir? dixo Menasta. Porque no puedo vivir gustosa, ni inocente; respon-

dió, aviendo hallado, quan grave delito es aver amado à Aglatida.

En fin, Señor, Menasta se vió obligada à dexar à Ameſtris, por ser ya muy tarde, sin aver sacado fruto de sus persuasiones, Pero apenas llegò á su casa, quando embiò á buscarme, resuelta á hablarme, y curarme de mis zezos, y de mi nuevo amor, porque me juzgava verdaderamente enamorado de Anatisa; pero fue vana su diligencia. Por la mañana embiò tambien á casa de Artabano, para que la ayudara á buscarme; pero avia ya salido. No menos desesperado estava Artabano, que Menasta, de no hallarme, y estos dos afectuosos amigos, que tan alegres nuevas tenian que darme, estavan igualmente afligidos por no saber què me avia hecho; mas no era posible que lo supiessen, porque me avia escondido con mucho cuydado, por la intencion que tenia de hazer llamar à Megabises. Al primer alvor del dia le embiè vn papel, haziendole saber, que queria reñir con èl por las causas que facilmente podia imaginar, y que el portador del papel le guiaria al puesto, donde le esperava, con espada sola. Pero la suerte quiso, que el portador llegasse à tiempo que avia mucha gente con Megabises, porque tres amigos suyos, avian ido por èl, para llevarle à Palacio, antes que el Rey se fuesse à caza. No dió, pues, el papel tan recatadamente, que dexassen de verlo algunos, que sospecharon el caso: con que no pudo Megabises darme satisfacion. Artabano, que avia oído estas vozes, dió parte al Rey, el qual mandó prender à Megabises, y que à mi me buscassen, para el mismo efecto, mostrandose muy irritado contra mi. Pero notad, Señor, el estraño humor de la fortuna. Aunque avia sido yo el que avia desafiado à Megabises, no huvo casi ninguno en la Corte

que

quelo creyesse, porque aviendose divulgado, que Megabises, y Aglatida querian reñir, y aviendo yo muerto à su hermano, todos creyeron, que el me avia llamado, menos los que se avian hallado presentes al darle mi papel. Amestris, tambien fue del parecer de que yo avia sido el desafiado, y por esta causa creyò mejor, que yo me avia confirmado en la opinion, que de el la tenia: con que prosiguiò en el intento de casarse con Orano. Artabano, en fin, se puso à cavallo, con diez, ò doze amigos suyos, para venir à buscarme, y tanto anduvo, que al fin me descubriò, quando con el retorno de mi mensagero, avia sabido, que Megabises estava preso, y me embiava à dezir, que no faltaria à darme satisfacion, y à tomarla de mi en pudiendo. Aviendo, pues, visto à Artabano à distancia de docientos passos, no queriendo que me prendiessen, como à Megabises, levàtè el galope al cavallo, para desviarme del, y bolviendo diferentes vezes la cabeça, vi que mi amigo, corriendo à toda rienda, se avia adelantado mucho de los demàs, y me hazia señas con la mano, que me detuviesse, que tenia que hablarme; mas como mis ados fatales, avian ya decretado mi ruina, trei que Artabano, que era hombre de entendimiento, huviesse juzgado mi destruicion el llamar à Megabises à campaña, despues de averle muerto vn hermano: inconveniente, que aun yo mismo no dexava de conocer; con que no creyendo q̃ tuviesse que dezirme, mas de que seria bien, que el Rey me compusiesse con Megabises, quantas mas señas me hazia, picava mas el cavallo. Oì muchas vezes su voz, mas no quise responderle. Creo, no obstante, que me huviera alcançado, si no fuera porque aviendo encontrado vna çanja mi cavallo, que era gran saltador, la passò de vn brinco, sin detenerse; pero Artabano no

pudo hazer paſſar al ſuyo, haſta vn quarto de hora deſpues, con gran trabajo, y entre tanto, yo avia hallado vn Boſque, que me ocultò á ſu viſta, y metiendome por èl, tomè, vna pequeña ſenda tan oculta, que Artabano ſe viò obligado á bolverſe muy afligido, por no aver podido hablarme. No ſabiendo, pues, què reſolucion tomar; deſpues de aver formado, y borrado mil diſignios en mi idea, me fuy á vn Templo, no muy lexos de alli, donde conocia vno de ſus Sacerdotes, en cuya eſtancia reſolvi eſtar eſcondido quinze, ò veinte dias, perſuadiendome á que no ſiempre eſtaria preſo Megabiſes, y que en eſtando libre, le podria aviſar la parte donde me hallava, y tomar ſatisfacion à mi ſalvo. Paſsè alli vna vida inquietiſsima, y melancolica. Tiene ſu aſsiento aquel Templo, entre vna antigua Floreſta, cuyos Arboles ſon tan grandes, y eſpeſos, que el Sol no es baſtante á deſterrar ſus ſombras. Andavame todo el dia por las partes menos frequentadas, y algunos ratos me divertia con aquellos Sacerdotes, que alli habitan, y con aquel, que me tenia hoſpedado, à quien avia dicho, que vn cuydado que tenia en la Corte, me obligava à retirarme; pero que eſtuvieſſe ſolo, ò acompañado, Megabiſes, y Ameſtris, eſtavan ſiempre conmigo. Puede ſer (dezia) que eſtèn aora juntos, y que Ameſtris haga burla de mi, y pida, à Megabiſes que no arrieſgue ſu vida à vn nuevo duelo; quizà ofrecerà votos á los Dioſes contra la mia, y quizà, en fin, ſe caſarà con ſu amante. Eſte vltimo rezelo me causò grandiſsima congoja, porque no ſabia, como evitarlo.

Vn dia, pues, que me eſtava paſſeando por el Boſque, luchando cõ mis tormẽtos, vi venir vna Carroza llena de Damas, y à penas la vi, quando quiſe eſconderme entre los arboles. Pero conocido de vna dellas, me llamò por mi nom-

nombre en alta voz, diziendo: Aglatida, no huyais, y permitid que os hable vn momento. Conoci luego en la voz, que era Menasta, y imaginè que Ameſtris vendria con ella, deſuerte que no ſabia, ſi eſperar, ò proſeguir la fuga. Pero al fin, oyendome llamar repetidas vezes, bolvi à tras, y aſsi que lleguè al coche, ſe apeò Menasta dèl, por eſtar muy cerca del Templo, á donde venia. Traia dos amigas conſigo, y vna criada; con eſta ſe quedò, y rogò á las otras dos, que ſe fueſſen al Templo, porque tenia que hablarme en vn negocio de importancia; y como eramos parientes, no era eſcandaloſo nueſtro ſecreto. Las amigas condeſcendieron con ſu guſto, y yo, dandola el braço, la entrè veinte, ò treinta paſſos del Boſque, ſin hablar ninguno de los dos. Deſpues parandoſe Menasta, y fixando los ojos en mi, me dixo: No sè Aglatida, ſi lo que he de deziros os cauſarà dolor, ò conſuelo, y ſi quereis tanto à Anatiſa, que no os cauſe peſar el caſamiento de Ameſtris. Ameſtris (dixe, arrebatado del amor, y de los zelos) ſe ha caſado? Si (reſpondiò Menasta, con falſedad) pero vos Aglatida, què parte teneis en eſta noticia, que tanto os turbais con ella? No aveis dicho, que ya no amais à Ameſtris? Aſsi lo creo, repliquè; pero aborrezco tanto à Megabiſes, que no puedo oír ſus dichas, ſin vna deſeſperacion horrible. Si Megabiſes, reſpondiò, no tiene mayor fortuna que la del caſamiento con Ameſtris, òs aconſejo, que no ſe la embidieis; Pero yo, q̃ no avia entendido el ſentido deſtas palabras, arrebatado de la ira, del dolor, y de los zelos, dixe: Como es poſsible, que Megabiſes ſea marido de Ameſtris, y no eſtè èl mas gozoſo, y feliz hombre del mundo? No Menasta, no puede ſer, y tendriais mas razon de dezir, que goza vna dicha, que no ſerá muy durable, porque morirá ẽ mis manos eſte vſurpador de vn teſoro, que era mio, y que juzguè averle grãgeado juſtamente. Menasta admirada de

verme tan alterado, y colerico, bolviendo à mirarme, dixo: Otra vez buelvo à deziros, que si no aborreceis à Megabises, mas que por marido de Ameſtris, podeis ſoſſegaros, porque no es èl quien la poſſee. No es èl? Dixe, y me reſpondiò! No Aglatida. A lo qual repliquè, con el animo menos turbado: Ay Menaſta, no me engañeis, y habladme claro. Os juro, me reſpondiò, que no os miento en nada; porque Orano es el que ſe ha caſado con la incomparable Ameſtris. Orano, dixe, el menos amable de todos los hombres? Orano, à quien ſiempre aborreciò? Si eſſo es cierto, es preciſo, que, ò el Rey, ò ſus parientes la ayan forçado à caſarſe. Mas parte (reſpondiò Menaſta) aveis tenido vos en ſu caſamiento, que otro ninguno. Yo? repliquè abſorto, yo he caſado à Ameſtris! Tambien os confieſſo, que primero la huviera caſado con Orano, que con Megabiſes. Pero con todo, ò Menaſta, ſabed que es impoſsible, que Aglatida caſaſſe nunca à Ameſtris; porque ſi huviera tenido juriſdicion en ſu alvedriò, la avria ſolicitado para ſi, y no concedidola à otro. Eſſo ſeria; dixo Menaſta, antes que la belleza de Anatiſa huviera borrado à Ameſtris de vueſtro coraçon. Nunca tuvo Anatiſa, dixe, lugar en èl, porque eſſa falſa Ameſtris le dominò con abſoluto imperio. No quedò entonces menos admirada Menaſta de oirme, que yo de ſaber que Ameſtris ſe avia caſado, con que me preguntò ſi era verdad, que amava todavia à Ameſtris; y yo dixe, que ſi, aunque mis ojos me avian manifeſtado, coſas que jamàs crei verlas, y que no obſtante la adorava, y que el amor de Anatiſa avia ſido fingido. Pero dezidme (proſegui) quien pudo aver ſembrado diſcordia entre Megabiſes, y Ameſtris? y quien la pudo obligar à caſarſe con Orano? Megabiſes, dixo, Menaſta, no ha eſtado jamàs favorecido de Ameſtris. Ay Menaſta! reſpondi, no

aveis

aveis visto vos lo que yo. Y ella replicò: Ay Aglatida! ni vos lo que yo sè. Pero notad, Señor, el estraño efecto, q̃ el amor produxo en mi. La noticia sola del casamiento de Amestris me huviera afligido infinito; pero por aver creido primero q̃ era su marido Megabises, y sabiendo despues, que no lo era, sino Orano, sentia algunas vezes vna avra de gozo, que se mezclava entre mis congojas à pesar de ellas mismas, y me dava algun instante de consuelo.

Aviendome hecho jurar Menasta infinitas vezes, que no amava à Anatisa, empezò a exagerar lo mucho que yo devia á Amestris, la lealtad que avia vsado conmigo; el rigor con Megabises, y para que lo supiesse mejor, me refiriò todo el secreto de la fuente del Prado, donde le avia prohibido, que la viesse, y donde se lo ofreciò. Hà Menasta! (dixe interrumpiendola) si esso es cierto, ò como me engañaron mis ojos! y ò quanto me ofendieron mis propios sentidos! En fin, Señor, diziendome Menasta toda la verdad, y viendome con el alma traspassada de dolor, no le fue dificil persuadirme, y quitarme la venda, que me avian puesto los zelos en los ojos, con que vi en vn instante lo que no avia visto en tanto tiempo; pues conoci que Amestris estava inocente, y yo culpado. Despues que Menasta me contò, como he dicho, la desesperacion de Amestris, por averme juzgado mudable, y como supo mis zelos, sin poder adivinar de quien los tenia, y vltimamente la temeraria resolucion de casarse con Orano, para justificarse conmigo, por saber que era imposible, que yo me rezelasse del, al fin concluyò Menasta, diziendo: Vos pudisteis vivir contento haziendo á Amestris dichosa, y os aveis hecho desdichado, y á ella mas infeliz que à vos. Esso no, Menasta, dixe, porque ninguna puede igualar á mi infelizidad. Con-

tòme tambien, que mi desafiò con Megabises avía apresurado la estraña resoiucion de Amestris, y que aviendome yo desparecido de la vista de todos, y al mismo tiempo retirado Anatisa de la Corte, lo avia tenido Amestris por concierto entre los dos; y que al fin, aviendo dicho à aquel Cavallero, que la hablava cõtinuamente por Orano, que estava resuelta à casarse con èl, como no se dilatasse la execucion, pidieron luego licencia al Rey, que la diò de buena gana, juzgando que este era el medio de ajustarnos mas facilmente à Megabises, y à mi, quitandonos la causa principal de nuestras diferencias, y q̃ se creia que el Rey avia hablado sobre este punto con mi padre, el qual imaginò q̃ me dava gusto, en no oponerse à este casamiento, acordandose de la tibieza con que le avia hablado de Amestris; demàs de quitarme la ocasion de reñir cõ Megabises, y que aun avia pedido al Rey, que se efectuasse quanto antes este casamiento. En fin, Señor, Menasta me dixo, que la boda se avia tratado con tanto secreto, que no se supo hasta que fueron al Templo à desposarse. O Aglatida (me dezia) si huvierais visto entonces à Amestris, mas creeriais, que la llevavan al suplicio, que al talamo, y huvierais visto su inocencia en el espejo de su dolor. Yo la vi vna hora antes de aquella funesta ceremonia, y al verme; me dixo, con las lagrimas en los ojos: Si el inconstante Aglatida me viera, no sè si podria dexar de participar de mi tormento, y arrepentirse de su delito. Pero ya Menasta, es preciso justificarme, y que vea que sus zelos fueron mal fundados: es forçoso que yo muera de dolor, y si el Cielo oye mis suplicas, que èl llore eternamente mi muerte: y al acabar de pronunciar estas palabras, la llamaron para ir al Templo, donde la acompañè, toda bañada en lagrimas. Quantos la veian, la llorayan, y quantos han sabido este ca-

sa

casamiento, han quedado admirados. Megabises, aunque muy constante, en esta ocasion se mostrò muy afligido; Artabano, à quien se lo avisè, huviera perturbardo la funcion à no aver llegado tarde. Orano mismo està absorto, y no tan contento como devia; porque no sabe por donde le ha venido tanta fortuna; porque tampoco ignora que sus defectos le hazè indigno de ser amado. En fin todos hablan variamente deste sucesso, y cada vno me dize lo que siente dèl; pero ninguno encuentra con la verdad: sabiendo solamente Ameistris, y Menasta, que Aglatida es la vnica causa de vn casamiento tan mostruoso, y por tan estraño camino efectuado. No me preguntеis lo que haze Ameistris desde aquel dia, porque està tan trocada, y tan otra de lo que era, que no puedo verla sin compasion, ni vos pudierais sin lastima.

Estavamos en esto, quando Artabano, por acabar de hazerme infeliz, aviendo sabido donde estava, llegò en mi busca, y al verme me dixo: Hà cruel amigo! que aveis hecho? Porque huisteis tan obstinadamente de mi, que tenia las mejores, y mas felizes nuevas que participaros q̃ podiais desear; pues podia assegurar, que os avian engañado vuestros ojos, y q̃ Ameistris estava inocente? Menasta, admirada de oirle hablar assi, le preguntò, de què lo sabia; y, èl la refiriò todo lo que avia oido en el Cenador del Iardin, donde supo que Ameistris avia sido firme; que Megabises nunca avia estado correspondido; que el averse visto en la fuente del Prado, avia sido casual, y donde le mandò que no la bolviesse à ver, cuyo precepto obedeciò prontamente; y en fin, que Ameistris estava inocente. Oyendo yo hablar assi à Artabano, y no quedandome sospecha alguna contra la lealtad de Ameistris: Acabad, dixe, ò riguroso amigo, de representarme mi passada felizidad para aumentar mi desdicha.

pre-

preſente, y no olvideis circunſtancia de lo que me pudiera aver hecho dichoſo, para que ſea eternamente deſdichado. Si quiſiera, Señor, deziros la confuſsion que entoces padecieron mis ſentidos, me coſtaria gran dificultad. Eſcuchè con guſto la juſtificacion de Ameſtris; conoci mi error con mucha verguença, y conſiderè mi deſgracia, con vna deſeſperacion incomparable. Mas quando ſe me figurò Ameſtris, el perfecto milagro del mundo, en poder de vn hombre imperfecto, y digno (à peſar de ſu grande entendimiento) de ſer aborrecido, perdi la paciencia, y no pude dexar de quexarme, y deſahogar mi dolor; pero no teniẽdo Menaſta lugar para tanto, q uiſo dexarme: Pudiera yo por lomenos, dixe, hablar vna vez ſi quiera à Ameſtris? No creo que os lo permitirá, me reſpondiò; y por lo que yo he conocido en ella, no teneis ya que eſperar conſuelo alguno. Ay, Menaſta, dixe, no me hagais deſeſperar. Yo he de ver à Ameſtris; la he de hablar, y he de morir á ſus pies, y ſi vos no me facilitais el camino, harè coſas, que qu zà diſguſten à Ameſtris, y hagan mas publica mi deſeſperacion. En fin yo hablè tan reſueltamente, que Menaſta me tuvo laſtima, y me prometiò engañar à ſu Amiga, y auiſarme en aviendo hallado forma de que la vieſſe, y deſpues de averme dado eſta palabra, ſe fue al Templo.

CA-

CAPITVLO IX.

Dà fin Aglatida à su Historia..

RTABANO, que solo avia venido ã buscarme, y dezirme, que no auia podi do estorvar el casamiento de Amestris, por no averlo sabido, hasta que estuvo efectuado, se quedò conmigo, no queriendo dexarme en aquel estado; mayormente conociendo, que el consejo que me avia dado, me avia puesto en èl. No obstante tuve la cordura de no culparle, porque teniendo tãto assumpto para culparme à mi, no quise formar quexa de mi amigo. Es imposible, dixe, q̃ aya hombre mas infeliz, mas culpado, ni mas digno de lastima que yo. He perdido mas que todos; he errado, como no errò ninguno; y padezco mas que todos los desdichados juntos. Despues de aver dicho esto, estuve vn rato mudo, y luego prosegui: Visteis, ò Artabano, à Amestris en el Templo? No (me respondiò) porque quedè tan absorto, quando encontrando à Menasta entre aquel concurso, me dixo, que Orano se casava con Amestris, que no me moviò la curiosidad de ver lo que ya no podia impedir, como lo huviera hecho sin duda, si lo huviera sabido quatro horas antes. Y es verdad, le preguntè, que Amestris me quiso siempre? Y que nunca favoreciò à Megabises? y con todo esso no soy dichoso? Como, ò Artabano, pueden vnirse verdades tan opuestas? No acabo de entenderlo. Y pues Amestris es leal, y Megabises no està contento, es preciso que lo estè el coraçon de Aglatida. Mas ay Cielos! solo la considera-

ra-

racion de que Ameſtris es firme, y agena, me quita la vida; y mas quiſiera que fueſſe mudable; pues ya no puede ſer mia. Por què, ò cruel Ameſtris, me conſervaſte tu afecto, para quitarme todo el fruto dèl? Para privarme de tu viſta, de tu converſacion, y de tu amable compañia? Eſto, ò inhumana Ameſtris, es ocultar el Aſpid entre las Flores; introducir veneno en vn delicado manjar; y eſta en fin es vna fiereza con humano ſemblante. Mejor me huviera eſtado, que no te diſculpàras, ſi avia de ſer por medio tan extraordinàrio, y cruel. Por lo menos quando te creia mudable, no tenia que ſentir mas que mis propias deſdichas; porque te juzgava alegre quando yo eſtava triſte, ſin que tu imaginada felizidad hizieſſe mayor mi tormento; pero no avia experimentado entonces, que las deſgracias ſon mas ſenſibles conſideradas en el ſugeto amado, que experimentadas en ſi miſmo. En fin Ameſtris, què ſerás ſiempre deſdichada, y deſdichada por mi cauſa? Què ſufriràs eternamente la viſta de vn hombre que aborreces? Y careceràs del que favoreciſte con tu afecto? Y todo eſto por aver tenido à Aglatida por mudable, y aver eſtado èl injuſtamente zeloſo de ti, aunque creia lo contrario? Y en fin, por no aver conocido, que te amava todavia, pues no ay zelos ſin amor? Es poſsible, Ameſtris, que conozcas tan mal tu hermoſura, que te engañe vn artificio tan facil de conocer? Podias perſuadirte, à que vn coraçon que idolatrò tu deidad, avia de ofrecer ſacrificios à otra imagen? Aglatida bien podia creer, con razon, que no era correſpondido de Ameſtris, porque ſus demeritos autorizavan ſus deſconfianças; pero Ameſtris, como pudo imaginar (quanto mas creerlo de veras) que la dexavan de querer, mayormente por querer à otra? Y no obſtante lo ha penſa-

ſado, lo ha creido, y ſe ha vengado, de manera, que ſuſpirarè ſu vengança todo el curſo de mi vida; porque no huvo, ni avrà deſdicha ſemejante á la mia. Dixome entonces Artabano: No sè ſi los aborrecidos os concederán eſſa propoſicion. Los aborrecidos, reſpondi, pueden ſer amados algun dia, y ſolo eſta eſperança puede hazerles ſufrir ſu mal con mas quietud, y ſoſsiego; pero yo ſoy al contrario: confieſſo que sè que eſtoy correſpondido: mas al miſmo tiempo que recibo vna prueba infalible de eſtarlo, veo que no recibirè otra jamàs; que no bolverè á ver à Ameſtris; que no la hablarè; que no me eſcrivirà; y que me tratarà como ſi me aborreciera. No, Artabano, no teneis que dezirme; yo ſoy el mas infeliz de todos los hombres. Los que lloran la muerte de ſu Dama, reſpondiò Artabano, os competirian el dolor, y lagrimas en que vos quereis vencerlos. No tendrian razon, reſpondi, por que quien les quita, que acompañen en el ſepulcro à ſus Damas? Infinitos ſon los caminos de la muerte, y el fin de ſu dolor eſtà en ſu mano, pero no el de mi deſdicha; porque no puedo recurrir á eſte remedio mientras viviere Ameſtris. He meneſter conſervar mi vida, como ſi me fuera agradable, por no dexar à Ameſtris, à quien quizá tendrè ocaſion de ſervir, y porque quiero ver haſta donde llega ſu firmeza. Confeſſadme, por lo menos, dixo Artabano, que los que ven ſus Damas, no ſolo inconſtantes, y caſadas, ſi no caſadas con quien quieren bien, ſon mas dignos de laſtima, que vos. Tardè vn poco en reſponder, y deſpues dixe, como ſi tuviera á Ameſtris preſente: Perdona, ó divina amada mia, mi fluqueza, y no te enojes de que eſtime en eſta ocaſion mi conveniencia mas que la tuya. Yo confieſſo, ò Artabano, proſigui, bolviendome à èl, que à mi pe-

pesar me contradigo en mis deseos; y que aunque siento la desgracia de Amestris, mas quiero que viva disgustada con Orano, que gustosa con Megabises. He llamado en mi socorro à la razon, y à la generosidad, para defender la entrada en mi pecho à este contento injusto; mas no puedo dexar de holgarme, quando considero, que el que posee à Amestris no goza de su afecto, ni le gozarà jamàs; y tambien me alegro, de saber que se acordará de mi con dolor, y que me deseará, siempre firme, porque estoy resuelto à que sepa mi inocencia, como yo he sabido la suya, y á estar disculpado en su animo, como ella lo està en el mio. Bien sè que esto serà aumentar su pena, porque quizá el ardor de la ira le entibiàra parte del amor que me conserva. Pero hermosa, y adorada Amestris, buscad otro remedio à vuestros dolores, y halladle en la dulçura de saber, que sois querida, aunque invtilmente.

Aviendo assi lamentado mi desventura, me passeè vn rato sin hablar, y luego para responder à lo que avia pensado entre mi: No Megabises, dixe, ya no quiero reñir contigo; porque aunque me huviesses ofendido, si todavia amas à Amestris, mas rigurosamente te castiga tu invtil afecto que la misma muerte. Y para hablar sin esta passion, que me ciega, yo devo à la sangre que derramè de tu hermano, el respeto de no pensar en derramar la tuya. Pero como podrè sufrir la vida de Orano, ni como desearle la muerte, conociendo la virtud de Amestris? Que me ha de ser preciso ver todo el tiempo de mi vida à Amestris en poder de vn hombre à quien los Dioses negaron todo lo que no es Nobleza, y riqueza; y à quien dieron entendimiento solo para hazerlo mas odioso, segun el modo con que se aprovecha de èl! Desuerte, Artabano, que no he de poder restituir à

Amest-

Ameſtris à ſu libertad? Eſſo no, que no me atreviera à intentarlo jamàs, ni à proponerlo, ni aun à penſarlo, por temor de que ella no me lo conocieſſe en los ojos. Què harè, Artabano? Què ſerà de mi? Puedo dezir, Señor, que ſufri quanto puede, ſin morir, ſufrir vn hombre. La alegria de ſaber, que Ameſtris eſtava inocente, fue la que infaliblemente me ſuſtentò la vida, porque era impoſsible, que ſin eſte ſocorro, huviera podido ſaber, que eſtava caſada, ſin morir de dolor; pero ſi vivi, fue ſin duda para padecer mas: ſiendo cierto, que la obſcuridad de vn ſepulcro, es menor mal, que el congojoſo, y miſerable eſtado en que me hallava. Tal vez me parecia, que no era Orano tan aborrecible, como le avia juzgado, y entonces temia, que Ameſtris, con la coſtumbre de verle, vinieſſe à deſconocer ſus defectos. Temi tambien, que las riquezas de Orano, ſuavizaſſen ſu coraçon; pero eſte temor no ſe detenia mucho en mi, y mi mayor conſuelo, era penſar, que Ameſtris, no podria querer nunca al que la poſſeia. En ſin, por ſer ya tarde, fue forçoſo recogernos La noche no trujo ſueño para mi; los dos dias ſiguientes gaſtè en quexarme, y el tercero, me embiò à dezir Menaſta, que ſi queria ir al Iardin del Prado, al anochecer, procuraria llevarme à Ameſtris, ſin que ſupieſſe, que yo avia de eſtar en aquel ſitio, y que para el ſecreto, era meneſter que fueſſe en lo mas eſpeſo del Boſque à vn lado de la fuente. Si poco antes me huvieran dicho, que avia de tener en mi vida vn inſtante de contento, no lo huviera creido, y ſin embargo, luego q̃ ſupe, que avia de ver aquel dia à Ameſtris, me entreguè de manera à la alegria, que eſtuve cerca de vna hora, ſin acordarme de Megabiſes, ni de Orano, ni del caſamiento de Ameſtris, ni penſar en mas, que en que avia de ver-

verla, y hablarla, y que quizà me reſponderia con agrado. Pero deſpues bolviendo deſte dulce letargo, dixe: Què me puede reſponder, que alivie mi peſar? Porque quanto mas ſuave eſtè conmigo, ſe aumentarán mas mis dolores; no obſtante, mas deſee ſu aumento por eſte camino, que hallarla ayrada. Aſsi paſsè todo aquel dia con Artabano, deſpues de aver hecho ſaber à Menaſta, que no faltaria à obedecerla.

La mañoſa Doncella avia (como deſpues ſupe) engañado à Ameſtris, y propueſtola aquel paſſeo retirado, por ſer conforme à ſu humor, y eſtado preſente. Llevòla, pues, vna hora antes de la que me ſeñalò, porque no pareciеſſe cuydado, y por tener lugar de hablar con ella ſin teſtigos, y prevenirla à la impenſada novedad de verme. Quando eſtuvieron en el Boſque, la hermoſa afligida contribuyò al intento de Menaſta, empeçando à hablarla de mi de eſta manera: Confieſſame, ò amiga querida, que es obſtinada la deſdicha que me perſigue, pues aun no me concede el conſuelo de ſaber lo que pienſa Aglatida de mi infelizidad. El ſe ha deſparecido como Amatiſa, con que tengo cauſa de creer, que quizà ſe burlan de mi eſtraño deſtino, y que Aglatida atribuye mi caſamiento mas à efecto de mi capricho, que à deſdicha, que èl miſmo me ocaſionò; pero mi alma eſtà en vn eſtado miſerable, porque procuro à vn tiempo dos coſas diferentes. Apenas he deſeado ſaber, que Aglatida ſiente mi desventura, quando por mi quietud deſeo que la ignore, no verle mas en mi vida, ni oir hablar nunca dèl; pero todos eſtos diſignios eſtàn poco eſtables en mi coraçon; y aſsi hizebien en elegir mi matrimonio, como el mayor tormento, para caſtigar el delito de aver amado à vn desleal. Yo quiſiera, dixo Menaſta, que no lo hubieras juzgado nunca traydor, ò que ſiempre le tuvi-

129

tas por tal; pero, segun creo, esto no podrà ser, y puede ser que te cueste el desengaño mas dolor del que padeces. Que dizes? respondiò Ameſtris. Pues podrè yo nunca creer, q̃ Aglatida no es, ni ha ſido desleal? No Menaſta, no es poſsible ni jamàs me podrè perſuadir à nada q̃ le juſtifique: Solo deſeo, que ſe arrepienta de ſu error, para que èl ſe caſtigue à ſi miſmo. Pero ſabe, que haſta que yo crea à Aglatida arrepentido, y peſaroſo de ſu ingratitud, y mudança, no expondrá la conſtancia de mi pecho à vna peligroſa experiencia, y fuera meneſter para proponerme algun dolor riguroſo, dezirme que me avia engañado; que Aglatida no avia tenido culpa; que lo que vi fue iluſion; que ſiempre fue conſtante; que nunca amò à Anatiſa, y que ſiempre quiſo bien à Ameſtris. Yo confieſſo, Menaſta, que ſi me hizierá creer todo eſto, eſtaria mas afligida de lo que eſtoy, y que quanto mas culpada me juzgaſſe, ſeria mucho mas infeliz; pero bien ſegura eſtoy deſta eſpecie de infelizidad. Pluguieſſe à los Dioſes, dixo Menaſta, que yo pudieſſe evitar, que conocieras à Aglatida inocente. Inocente Aglatida? replicò Ameſtris. Ay amiga, no te burles de mi mala fortuna; porque es muy deſdichada, para que te ſirva de entretenimiẽto, y yo ſoy tan tu amiga, que no deves tratarme de eſſe modo. No Ameſtris, reſpondiò, de veras te hablo: Aglatida ha ſido imprudente; mas no desleal. Luego Aglatida, dixo Ameſtris, no ha amado à Anatiſa? Aglatida, reſpondiò mi parienta, no ha amado à otra que à ti: O Cielos, dixo Ameſtris, que cruel, è impia eres! Porquè me hablas aſsi? Si lo que me dizes es falſo, porquè me lo dizes? Y ſi es verdadero, porquè no me lo dixiſte antes, ò porquè no me lo callaſte para ſiempre? No te lo he dicho antes, reſpondiò Menaſta, porque antes no lo ſupe, y no te lo he podido callar, porq̃ Aglatida eſtà reſuelto à dezirtelo. Eſſo no, replicò airada, ò

eſtè culpado, ò inocente, no le he de ver en mi vida. Si eſtá culpado, no lo merece, y ſi eſtá inocente, ſerè yo la culpada en oírle; y aſsi, Menaſta, no me hables mas de Aglatida: bien en la memoria le tengo, demaſiado le conſervo en el coraçon, y pluguieſſe al Cielo no le conſervara tanto; y aqui ſe detuvo. Menaſta entonces, viendola tan alterada, ſe arrepintiò de lo que me avia prometido, y eſtuvo vn rato, ſin atreverſe à proſeguir ſu intento.

Avianſe paſſado algunos inſtantes deſta manera, quando Ameſtris, con los ojos humedos de llanto, mirò à Menaſta, y dixo menos ayrada: Què te ha obligado à hablarme aſsi? Ya no me atrevo, reſpondiò, á dezirtelo, porque viendo que te aflige tanto la inociencia de Aglatida, como te atormentava ſu culpa, juzgo que es mejor no hablarte jamàs dèl, ni como conſtante, ni como desleal. No me concedas tan preſto, replicò Ameſtris, lo que te he pedido, y ſabe (y aqui cubriò de roſas las mejillas) que le quiſe mucho, y aſsi podrè perdonarte eſta ofenſa. Habla, pues, ò Menaſta, y dime todo lo que ſabes de Aglatida, ſin callarme circunſtancia alguna. Menaſta, viendo que Ameſtris lo deſeava, le dixo todo lo que avia ſabido de mi; como avia tenido zelos de ver á Megabiſes en aquel miſmo Iardin; como avia dexado de eſcrivirla, pero no de amarla; que Artabano me avia aconſejado, que fingieſſe querer bien à Anatiſa, y lo procuraſſe de veras, y en fin, que yo avia ſido el que avia deſafiado à Megabiſes, y que no me avia eſcondido, ſino por reñir con èl, quando eſtuvieſſe libre. Viendo, pues, que Ameſtris la eſcuchava atentamente, la dixo la mayor parte de lo que yo le avia referido, y la aſſegurò aver viſto tantas ſeñas de deſeſperacion en mi ſemblante, que no me avia podido negar el interponerſe con ella, para alcançarle el favor

vor de hablarla ſola vna vez ; y en fin ſabe (dixo) por que no te coja de ſuſto , que te he traido à eſſe ſitio, ſolo porque Aglatida ha de hallarſe en èl. Ay Menaſta , le dixo Ameſtris , que has hecho ? ò à què me has traido aqui ? Como podrè ſufrir la viſta de vn hombre à quien yo miſma he hecho deſdichado ? Ni como podrè dexar de eſcuchar à vn hombre, que podia hazer feliz todo el curſo de mi vida ? Ay Menaſta , què gran yerro has cometido , ſi eſta viſita ſe ſabe! Porque quien creerà , que no ha ſido con mi conſentimiento ? Què dirà la Corte? què penſarà Orano ? y à què peligro expones mi reputacion ? No amiga , tu no devias condeſcender con lo que deſeò Aglatida de ti. Porque como quieres que le hable ? Què quieres que le diga ? Direle que todavia le amo , no pudiendo hazerlo , ſin incurrir en vn grave error , ò por lo menos ſin ofenſa del decoro ? Direle que le aborrezco? Como podrè , ſi aun no le aborreci , quando le juzgùe mudable ? Aconſejame , Menaſta , pues tienes entendimiento , eres modeſta , y me quieres bien ; aconſejame , pero fielmente ; aunque mejor es no pedir conſejo, ſi no huir tan peligroſa ocaſion : y diziendo eſto empezò à mover el paſſo para irſe , quando Menaſta la detuvo , haziendola que bolvieſſe los ojos à mi , que llegava à eſta ſazon. Aſsi que me viò, ſe enjugò las lagrimas , bolviendo vn poco el roſtro , porque no ſe las vieſſe, con que tuve lugar de ponerme de rodillas antes que paſſaſſe de la ternura à la entereza. Bien creereis , Señor , que participaria del dolor que conocì en ſus ojos, el qual aumentò de manera el mio , que apenas pude abrir los labios para hablarla. No obſtante me eſforcè, y la dixe: A vueſtros pies teneis, Señora, al mas culpado; pero mas inocente, y mas infeliz hombre del mun-

do: como reo viene á pediros el castigo: como inocente á disculparse con vos; y como infeliz, á buscar á lo menos alguna compassion, que le sirva de alivio á sus males. Yo, Señora, no procuro vivir, si no morir; pero acabad mi vida suave, y gloriosamente, y esto será, ò divina Amestris, quãdo me confesseis, que no he merecido esta desgracia, y que no me juzgasteis indigno de vn destino mas dichoso. Yo no sè Aglatida (me dixo, levantandome) lo que he de responderos, ni si devo escucharos, solo sè que sois la causa del vuestro, y de mi mal, porque en fin, no es Amestris muger, de quien deviais estar zeloso. Pues, Señora, dixe, pude desmentir mis ojos? Pude, à pesar de tales testigos, fiarme en mis meritos, y vuestra piedad? No sabeis, que (si no fue la vltima vez, q̃ tuve la dicha de hablaros) no me aveis dicho vna sola palabra, de dõde pudiesse creer, que posseia vestro agrado? Pues què seguridad avia de socorrer mi desconfiança en aquella ocasion? Si yo huviera tenido algunas experiencias de vuestro afecto, avria hecho mal en dudar de vuestra cõstancia; pero q̃ prueba tenia yo de vuestro agrado, que me asseguraſſe dèl? Verdad es que os avia devido alguna palabra afectuosa, q̃ pudiera interpretar en mi favor, y recibido algunas cartas corteses; pero os parece, q̃ bastava esto para desmentir mis ojos? Era mi amor digno de vos, que pudiera entonces declararos libremẽte mis zelos? No, Señora, porque para amaros perfectamẽte, avia de perder el vso de la razõ, como le perdi, y assimismo guardaros el respecto q̃ os gurdè, no quexãdome en publico, buscãdo lo mas secreto para mis lagrimas, y la soledad para mis suspiros; pues si bolvi à Ecbatana, fue forçado. Vos bolvisteis (dixo Amestris, interrumpiendome, y demudado el semblante) à cortejar á Anatisa delante de mis ojos, y à obligarme, à mi pesar, à sentir vna passion, q̃ no puede introducirse en vn alma, si no la precede otra. Por vues-

tra

tra vida, Señora, dixe, que no me culpeis vn solo error que cometi por consejo ageno. Verdad es que fingi amar á Anatisa; pero fue porque os amava à vos; y este amor fingido no fue mas que vn efecto de mi amor verdadero: y no sè como la hermosa Amestris pudo dexarse engañar de tan torpe artificio, en quien ponia yo tan poca diligencia. No penseis, que he profanado las mismas palabras, que en otras ocasiones emplee en persuadiros mi afecto, ni que me he valido dellas con Anatisa. No, Señora, porque nunca la he dicho, que la amo, si no dexadola que ella misma interpretasse á su modo mis tristezas; pero jamás he podido pronunciar, yo os amo. Cõfiesso, que muchas vezes lo he intentado; pero los labios, y el coraçon, à mi pesar, os han sido leales. Y puedo juraros, que nunca os he dado mayores señas de amor, que quando no las veiais. Creed, Señora, que quando huia de vos, y buscava à Anatisa, entonces mostrava, con pruebas infalibles, la perfeccion, y grandeza de mi amor; porque en fin, que amasse à la Dama mas hermosa del mundo, quando ella me favorecia, esto no era mucho; pero que prosiguiesse en quererla, quando juzgava que me avia dexado, que me avia engañado, y que amava à otro, y que por no mostrar mi flaqueza, rehusasse encontrarla, y fingiesse amar à otra, esto es lo que dà à entender, que solo la muerte puede poner fin á mi amor, y que reynareis eternamente en mi amoroso pecho.

Mientras yo dezia esto, tenia Amestris los ojos baxos, y luego levantandolos, llenos de tristeza, me dixo: No os disculpeis mas, porque ya estais conmigo bastantemente justificado. Quisiera, Señora, dixe (si lo puedo hazer, salvando vuestro respeto) suplicaros, que antes de desesperarme mas, me dexeis morir con menos violencia, y

tambien quisiera pediros, que me dixessis, de donde nace, que aviendome creido culpado, ayais fulminado vuestra vengança contra vos misma? No podiais buscar vn castigo, en que yo solo padeciesse la pena, que creisteis merecia? Mandaraisme que me quitasse la vida en vuestra presencia, y no os huvierais hecho desdichada, por castigarme. Esto era necessario, me respondiò, porque no podia, segun mi dictamen, haceros sumamente infeliz, si no mostrandoos mi inocencia, y esto no crei poderlo hazer mejor, que casandome con Orano, à quien bien sabeis, que yo no amava, y de quien sabia de cierto, que no estavais zeloso. Es possible, Señora, repliquè, que avia de oír Aglatida de vuestra boca, tan rigurosas razones? Y que Orano, aquel que conoci assumpto de vuestro aborrecimiento, huvo de venir á ser marido de Amestris? Si, me respondiò, pues assi lo ha querido Aglatida. Por vuestra vida, repliquè, que no me hagais semejante cargo; y creed, que si dexarais las manos libres à Aglatida, no seria mucho tiempo Amestris muger de Orano. Esto lo dixe, cõ tan arrebatado impulso, que no pude reprimirle. Mas, ò Cielos! què absorto me quedè, quando vi a Amestris retirarse vn passo, à trás, y que con imperioso semblante en quien no me atemorizava menos la ira, que me compadecia el dolor, me dixo: Sabed Aglatida, que si no se ha mudado mi afecto, tampoco se ha mudado mi virtud. Siempre soy la misma Amestris, que conocisteis, quiero dezir incapaz de errores contra mi decoro. Os amè, yo lo confiesso; pero os amè sin delito. Y assi, no penseis, que si he tenido aversion a Orano, y le he hecho mi marido, por vn motivo, q̃ yo misma no sè explicar, puedo desear nunca dexar de ser su muger; no ay duda, que quisiera no averlo fido; mas supuesto que lo soy, es preciso vi-

vir

vir como tal, y para desengañaros, sabed (y al dezir esto, se assomaron las lagrimas à sus ojos, à pesar de su resistencia) que he menester vivir todo lo restante de mis dias con Orano, à quien siempre aborreci, como si le amasse, y cõ Aglatida, à quien siempre amè, como si le aborreciesse. Desuerte, Señora, dixe, que vivireis con Aglatida, como si le aborreciesseis? Pues que exacta virtud puede imponer ley tan severa? No, Señora, no temais mi desesperacion, ni castigueis tan duramente vna palabra, que se saliò de los labios, sin voluntad determinada, ni intento de cumplirla. Quise quitar la vida à Megabises, por que juzguè que le amavais; mas no ofenderè la de Orano, à quien no aveis querido, y espero por lo bien q̃ me esta, que tan poco le quereis. Viva, pues, venturoso marido de la hermosa Amestris, como ella permita, que yo tal vez la vea, y la acuerde de aquellos glorioſos tiempos, en que con voluntad de Artambates, podia esperar ocupar el puesto, que oy ocupa Orano: possea en paz aquel feliz puesto, que le señalaron los Dioses; gozele, pues, y seame licito dezir, que no se le embidio, porque mas quiero, no ser marido de Amestris, y que me ame, que possederla aborrecido, ò no amado; gozele en paz, buelvo à dezir, pero dexad que yo tambien, goze con quietud, lo que me aveis dado: dexadme, Señora, gozar de alguna leve sombra de felizidad en los vltimos alientos de mi vida; pues podeis, si quereis, conducirme à la muerte, como se conducen las Victimas, con Canticos, y alegrias, y coronadas de flores. Si, Señora, yo morirè contento, y vfano, solo con que permitais, que os dè parte de mis dolores, y no temais, que yo desee nunca de vos, cosa que pueda ofenderos. No divina Amestris, yo no quiero mas, que ser gratamente escuchado, quando os refiriere mis penas, à las quales, no procurarè mas con-

ſuelo, que oír alguna palabra ſuave, y piadoſa de vueſtros labios. Si eſcuchaſteis à Megabiſes, á quié no amauais, porquè aveis de negar el miſmo favor à quien no aveis aborrecido, ni eſta mal viſto de vos? Por eſſa miſma cauſa, reſpondiò Ameſtris, devo negaros lo que me pedis, porque al fin, Aglatida, os he amado, y no puedo aborreceros, y aſsi devo deſconfiar de mi miſma: y no por q̃ (ſabenlo los Dioſes) por algun afecto que os pueda tener, aya de faltar en nada à lo que devo à Orano, y me devo à mi; pero con todo eſto, no pudiendo ſer ya vueſtra, no es bien continuar en oíros, ni amaros. Luego pretendeis aborrecerme? dixe. No pudiera, aũque quiſiera, me reſpondiò, mas puedo privarme de hablaros. Si podeis, repliquè, ya no me amais, y aſsi guardaos de renovar los zelos en vn pecho deſeſperado, y de perſuadirme à que las riquezas de Orano han movido vueſtro coraçon. No excíteis tan violenta paſsion en el mio, y para reprimirla, dadme menos ſeñales de indiferencia, porque ſi me deſeſperais del todo, bolverè à perder enteramente la razón, como la perdi en mis primeros zelos, y puede ſer, que no obſerve todo aquel reſpeto que ſiempre os he tenido. Dezidme, pues, amable Ameſtris, que no me aborreceis, que guſtais de que os ame, y que permitireis que tal vez diga que muero por vos. Mas que todo eſſo os dirè, me reſpondiò, confeſſandoos, que eſtimo á Aglatida como merece; que le amo como antes, y le amarè haſta la muerte. Pero no obſtante, es preciſo, que no me veais mas en todo el curſo de vueſtra vida. Quanto puedo hazer por vos, es permitiros, que creais, qnando ſupieréis mi muerte (que ſegun pienſo no tardarà mucho) que ſolo la triſteza me avrà muerto, y que mis vltimos penſamientos me los avrà devido Aglatida. Eſto es quanto puedo, y quizà mas de lo que devo hazer por vos; mas que eſſo, no teneis que eſperar de mi. Quien vio

mas

jamàs, dixe, fortuna ſemejante á la miá! Vos dezis, q ue me aveis amado, y que todavia me amais; dezis que m o-rireis penſando en mi; pues porquè no quereis viv ir, y eſ-cucharme tal vez? Porque no puedo, me reſpondiò, ſin ofender mi recato, y ſin aventurar mi credito. Vueſtra inociencia, dixe, no baſta á aſſeguraros? No, reſpondi ò, porque es meneſter, no ſolo ſer, ſi no parecerlo. Pues moſtraos, repliquè, piadoſa, ſi lo ſois como dezis. Moſ-traos vos prudente, y esforçado, ſi ſois el que ſoliais. Y no he de veros mas? dixe. Verſe, reſpondiò, para verſe ſiempre deſdichados, para què? Las lagrimas mezcladas, re-pliqué, con las de aquello que ſe quiere bien, no ſon amar-gas. Y las dulçuras, reſpondiò, à que no ſe atreve el rec ato eſcrupuloſo, no ſon dulçuras para mi. Defuerte, Señora mia, que quereis, dixe, que Aglatida no os vea mas, y quizà que no os ame? Eſſo vltimo, reſpondiò, devia de-ſear, como lo primero; pero confieſſo, que no puedo. Pues què quereis que haga? Que me ame, reſpondiò, ſin eſperança; que ſe conſuele ſin verme; que viva ſin buſcar la muerte, y que no me olvide nunca; y dicho eſto que-ria irſe; pero yo deteniendola por fuerça, me arrodillè, y d ixe: Por los Dioſes, Señora, que me concedais lo que os ſuplico, ò no eſtorveis mi muerte. Ni yno, ni otro puedo ya concederos, reſpondiò, porque el honor manda que os niegue lo que pretendeis, y mi afecto quiere, que vivais, por lo menos mientras yo viviere. Tened paciencia Aglatida, que quizà no ſerà muy dilatado el plazo. Ay, Se ñora, reſpondi, no hableis de vueſtra muerte, olvidaos primero del infeliz Aglatida, que deſtineis al ſepulcro el mas hermoſo milagro de la naturaleza. Mejor diriais, reſpondiò, la muger mas deſdichada. Y aun la mas injuſ-ta, proſegui, y mas inhumana; pero por los Dioſes, q poco ha invoquè, que me permitais, á lo menos, que os hable

al-

alguna vez. A Dios, Aglatida, à Dios, me dixo; porque empieço à ſentir, que me hiziera traycion mi pecho ſi os eſcuchàra mas, y aſsi no me atrevo à fiarme de mi entereza contra vos. Vivid, ſi podeis; no ameis à otra que à Ameſtris, ſi es poſsible, y no la veais mas: eſto es lo que os pide, y (ſi aſsi lo quereis) os lo manda; dicho eſto, me dexò, llevando los ojos llenos de lagrimas, ſin que yo pudiera cõſeguir mas que beſarla la mano, que ella retirò de las mias, con rara preſteza.

Ya podreis, Señor, conſiderar, como quedaria yo quando vi partir à Ameſtris con Menaſta, la qual, durante nueſtros diſcurſos, eſtuvo tres paſſos de noſotros, por obſervar ſi venia gente; pero oyò quanto hablamos. No os referirè, Señor, los penſamientos que me ocurrieron entonces, porque ſeria abuſar de vueſtra paciencia; ſolo os dirè, que ninguno ſe hallò jamàs tan infeliz como yo; porque aunque conocia que amava, y era correſpondido, eſtava ageno de eſperança. Veia tambien, que no me era licito quitar mi bien al que le poſſeia; no tenia competidor de quien vengarme, ni Dama inconſtante de quien poderme quexar. Pues què alivio podia eſperar à mis dolores? Tampoco avia que penſar en poner en olvido vna muger que me amava, y ocupava mi pecho, mi entendimiento, y mi memoria, y por quien olvidava todo lo reſtante del mundo. No tenia eſperança de poderla hablar. Aviame prohibido el morir, y en fin no encontrava coſa que no me afligieſſe. Procurè, no obſtante, ſi por medio de Menaſta podia hablar, ſi quiera vna vez, à Ameſtris, pero no fue poſsible, y deſde aquel dia no quiſo ſalir de caſa por no encontrar conmigo, para lo qual ſe fingiò enferma. Aviendo ſabido en fin de Menaſta, que nada podia mudar la reſolucion de Ameſtris, tratè de anſeu-

ſentarme de donde no podia verla, y donde podia aumentar ſu tormento, por el temor con que vivia por mi cauſa. Megabiſes, que avia quedado muy afligido con el caſamiento de Ameſtris, aunque avia determinado no amarla, quando bolviò á Ecbatana, experimentò como yo, que no es facil deponer vn amor violento. Y aviendo ſabido Aſtiages donde yo eſtava, nos hizo amigos, ſin que nos dieſſemos las manos, ni nos vieſſemos; pero mandandome, que reſpeto de aver muerto á ſu hermano, procuraſſe no encontrarme con èl, y la cauſa de nueſtro vltimo duelo eſtuvo ſiempre oculta à todos, y aun al miſmo Megabiſes, que nunca ſupo, que yo le avia viſto en el Prado hablar con Ameſtris. De Anatiſa no tuve mas noticia, ni ſupe lo que creia de mi, porque me parti de Ecbatana antes que bolvieſſe à ella. Eſcriui al partirme vna carta à Ameſtris, y la embiè á Menaſta, mas no tuve reſpueſta della. Anduve algun tiempo errando de vna en otra Prouincia, ſin ſaber donde iba, ni lo que intentava, haſta que ſe empeçò la guerra de Aſsiria, donde crei hallar el fin de mis deſventuras, buſcando vna muerte honroſa. En todo aquel tiempo no ſupe coſa alguna de Ameſtris; ni de Menaſta, bien q ie hize quanto pude por obligarlas á que me dieſſen noticia de ſi, y deſde entonces acá vos, Señor, aveis ſido teſtigo de mi triſteza, cuya cauſa ignoravais. Deſpues he ſabido, por medio de Araſpes, que Orano vive, y que Ameſtris eſtà ſiempre diſguſtada; y ſegun ſe puede arguir de la melancolìa que ſe vè en ſu roſtro, quizá ama todavia al infeliz Aglatida. Eſte, Señor, es el caſo que deſeaſteis ſaber, y eſtos los peſares de quien deſea el fin de los vueſtros, mucho mas que el remedio de los ſuyos, que ſolo le eſpera de la muerte.

Ca-

Callò Aglatida, y Artamenes le diò las gracias, por el trabajo de averle referido sus sucessos, y le pidiò le perdonasse si le avia renovado las heridas amorosas, con reducirle à la memoria la causa dellas, assegurandole, que le avian ocasionado particular sentimiento. Os confiesso, dixo, que teneis mucha razon de quexaros; y que el sucesso que os tiene melancolico es bien extraordinario. Pero no obstante, (prosiguiò, suspirando) vos sabeis, que Amestris vive, y no podeis dudar que todavia os ama. Con que podeis esperar de el tiempo, y de la Fortuna alguna mudança en vuestras aflicciones: pero yo conozco algunos mas desdichados que vos. No sè, Señor, replicò Aglatida, como puede ser: pero bien sè, que si huviera perdido vn Reyno, perdiendo à Amestris, y la ambicion, y el amor se huvieran aliado para afligirme, no estaria mas triste de lo que estoy aora: Y ya veo, Señor, que es propio de vuestra condicion generosa, querer sentir los males agenos mas que los propios. Vos estais agravado de cadenas mucho mas injustas, y pesadas de que quexaros, sin que os dediqueis à suspirar los males de Aglatida, que no merecen tanto honor. Aglatida, respondiò Artamenes, merece la amistad de los hombres mas Ilustres, y esto es lo que me dá esperança, de que los Dioses darán fin algun dia à sus penas. Quando yo tuviera algunos meritos, respondió, no me diera mucha esperança lo que dezis; porque estando Artamenes sugeto à los vltrages de la Fortuna, me parece, que los beneméritos no deven fundar sus esperanças en esta razon, que no siempre es infalible.

Assi discurrian Artamenes, y Aglatida, quando Andramitas les dixo, que ya era hora de retirarse. Agla-

Aglatida aſſegurò à Artamenes, que eſtava pronto á ſervirle, en qualquier acontecimiento; explicandoſe con tales terminos, que le dió á entender, deſeava ſacarle de la priſion. Agradecioſelo Artamenes, y abraçandole, le dixo, que la priſion que padecia, no era el mayor de ſus males, y que no ſaldria de ella, ſi no por la mano miſma, que en ella le auia metido.

(ſ)(ſ)

IN-

INDICE
DE LAS COSAS NOTABLES que se contienen en estos tres Libros.

A

RTVCA, entrega à Artamenes vna Puerta de la Ciudad de Sinope, libr. 1. cap. 1. pag. 8

Aribeo, Governador de Sinope, Traydor á su Rey, recibe el castigo de mano de Artamenes, lib. 1. cap. 2. p. 22.

Apamea, Ciudad de la Frigia Superior, lio. 2. cap. 4. pag. 113.

Atenas, y su hermosura, lib. 2. cap. 4. pag. 114.

Anphion, celebre Musico, lib. 2. cap. 4. pag. 116.

Assirios, Magnificos en Templos, y Edificios, lib. 2. cap. 7. pag. 146.

Artano, cobarde, se sale de la Batalla de los Docientos, lib. 2. cap. 10. pag. 181.

Artaxo, hermano de Aribeo, y enemigo de Artamenes, lib. 1. cap. 4. pag. 58.

Artamenes, quien es, lib. 2. cap. 1. pag. 66.

Argos, Ciudad en la Grecia, lib. 2. cap. 4. pag. 115.

Astiages, hijo de Ciaxares, casò con hija de Aliartes, Rey de

de Lidia, su enemigo, lib. 2. cap. 1. pag. 70. Casa su hijo Ciaxares con la heredera de Capadocia, por desviarle de la Corte, lib. 2. cap. 1. pag. 76. Casa à su hija Mandane con Cambises, Rey de Persia, lib. 2. cap. 2. pag. 80. Embia à llamar à su hija para assegurarse de sus temores, lib. 2. cap. 2. pag. 81. Aviendo parido su hija, manda echar el tierno Infante à las Fieras, lib. 2. cap. 2. pag. 84.

Ancira, Ciudad en Galacia, lib. 2. cap. 8. pag. 152.

Aviso que diò el Rey de Ponto à Artamenes, de la cōjuracion que avia en su Exercito contra èl, lib. 2. cap. 12. pag. 227.

Armas ricas que se puso Artamenes para señalarse en vna batalla, lib. 2. cap. 13. pag. 228.

Accion generosa que vsò el Rey de Ponto con Artamenes, lib. 2. cap. 15. pag. 255.

Armas comunes que vistiò Artamenes para no ser conocido en otra batalla, lib. 2. cap. 15. pag. 258.

B

BAtalla de Docientos, lib. 2. cap. 10. pag. 180.

Babilonia, Corte de Assiria, sus grandezas, lib. 2. cap. 4. pag 110.

Bithinia, Reyno en el Asia, lib. 2. cap. 8. pag. 151.

Batalla que diò Ciaxares al Rey de Ponto, en que Artamenes defendiò la vida del Rey de Capadocia, lib. 2. cap. 8. pag. 153.

Batalla en que peleò Artamenes con quarenta Caualleros conjurados contra su vida, lib. 2. cap. 14. pag. 240.

C

CRisante, Ayo de Cyro, lib. 2. cap. 3. pag. 96.

Cleobolina, Princesa de Corinto, lib. 2. cap. 4. p. 115.

Car-

Indice

Carta del Rey de Capadocia à la Princesa Mandane su hija, lib. 2. cap. 8. pag. 162.
Carta de la Princesa Mandane al Rey de Capadocia su padre, lib. 2. cap. 9. pag. 170.
Capitulaciones de la Batalla de los Docientos, libr. 2. cap. 9. pag. 173.
Carta de la Princesa Mandane al Rey de Assiria, lib. 1. cap. 2. pag. 23.
Carta de Mazares, Principe de los Sacos, al Rey de Assiria, lib. 1. cap. 2. pag. 24.
Carta del Rey de Assiria à Artamenes, l. 1. c. 2. p. 26.
Carta de Artamenes al Rey de Assiria, l. 1. c. 2. p. 27.
Ciaxares, Rey de Media, hijo de Pharaortes, despossedo del Reyno por los Scitas. Bolviò à cobrarle, y hizo guerra al Rey de Assiria, y ganò la Ciudad de Nino, lib. 2. cap. 1. pag. 70.
Cambises, Rey de Persia, casa con la Infanta de Media Mandane, lib. 2. cap. 2. pag. 80.
Cyro, criandose en vna Cabaña como Pastor, se hizo llamar Rey de los demàs Zagales de su edad, lib. 2. cap. 2. pag. 86.
Clayomenes, Ciudad en la Grecia, lib. 2. cap. 3. p. 112.
Cerasia, no admite las Armas de Ciaxares, lib. 2. c. 12. pag. 114. Castigada su rebeldia, lib. 2. c. 13. p. 220.
Carta de Amestris à Aglatida, lib. 3. cap. 6. p. 367.

D

DVelo entre Artamenes, y Artano, l. 2. c. 12 p. 209.
Duelo entre Artamenes, y Philidaspes, lib. 2. c. 16. pag. 275.
Dioces, conspirò contra el Tirano de su Patria, y se señoreò della; fundò à Ecbatana, lib. 2. c. 1. p. 67.
Delphos, celebre por el Templo de Apolo, l. 2. c. 4. p.

De las cosas notables.

E

Ecbatana, Corte de Media, lib. 2. cap. 1. pag. 69.
Eufrates, rio celebre, passa por Babilonia, lib. 2. cap. 4. pag. 129.
Epheso, y su celebre Templo de Diana, lib. 2. c. 3. p. 112.
Eclipse en Media, y el assombro q̃ causò, lib. 2. c. 1. p. 72.
Embia Artamenes à el Rey de Ponto la persona de Artano, pidiendole su vida, lib. 2. cap. 15. pag. 252.

F

Feraulo, Criado querido de Cyro, lib. 2. cap. 3. pag. 96.

G

Griegos, celebres por las Estatuas, lib. 2. cap. 7. pag. 126.

H

HEcatombe, sacrificio que se ofrecia à Marte, lib. 2. c. 6. pag. 128.
Historia de Artamenes, lib. 2. cap. 1. pag. 66.
Harpago, entrega à Cyro á vn Pastor para que le eche à las fieras, lib. 2. cap. 2. p. 84. Sale desterrado de la Corte de Media, pag. 87. Vá à la de Persia, y propone à Cyro la guerra contra Assiryes, lib. 2. cap. 3. pag. 91.
Historia de Aglatida, y Amestris, lib. 3. cap. 1. pag. 286.

I

INcendio de Sinope, lib. 1. cap. 1. pag. 1.
Yda, Monte en la Frigia Inferior, lib. 2. c. 4. p. 113.
Ynfancia de Cyro, lib. 2. cap. 2. pag. 85.

I

IArdines, Pensiles de los Muros de Babilonia, lib. 2. cap. 4. pag. 110.

Indice

L

LEy de Capadocia, prohibe casar las hijas de sus Reyes con Principes Estrangeros, lib. 2. cap. 1. pag. 76.
Liga primera entre Persas, y Medos, lib. 2. cap. 1. pag. 69.
Lamparas del Retrete de la Infanta Mandane, apagadas de repente, lib. 2. cap. 1. pag. 78.
Libertad que diò Artamenes à vn Comboy del Rey de Ponto, movido de la bizarra accion de sus Soldados, lib. 2. cap. 15. pag. 260.

M

MAzares, moribundo en vna choça de Pescadores, lib. 1. cap. 3. pag. 30.
Medos, dados á sumptuosos edificios, lib. 2. cap. 7. p. 146.
Mitridates Pastor, guarda á Cyro, y le cria como hijo suyo, lib. 2. cap. 2. pag. 84.
Madiantes, Rey de Scithia, ganò el Imperio de Media, lib. 2. cap. 1. pag. 70.
Mileto, Ciudad en la Grecia, dividida en vandos, lib. 2. cap. 3. pag. 112.
Myo, Ciudad en Caria, idem.
Micenas, Ciudad en Grecia, lib. 2. cap. 4. pag. 115.
Mandane, Infanta de Media casada en Persia, lib. 2. cap. 5. pag. 80. Apartada de su marido, por los temores de su padre Astiaxes, lib. 2. cap. 2. pag. 82. Conoce estar preñada, y procura encubrirlo, lib. 2. cap. 2. pag. 83.
Mandane, Princesa de Capadocia, hija de Ciaxares, lib. 2. cap. 6. pag. 129.
Manifiesto de los Ciudadanos de Cerasia, li. 2. c. 12. p. 115.
Murallas de Ecbatana, lib. 3. cap. 1. pag. 293.

N

NItocris, Reyna de Asiria, lib. 2. cap. 4. pag. 190.

Ora-

De las cosas notables.

O

ORacion de Artano, lib. 2. cap. 11. pag. 195.
Oracion de Artamenes, lib. 2. cap. 11. pag. 199.
Oronte, Rio que passa por Ecbatana, lib. 3. cap. 2. pag. 306.

P

PErseo, ascendiente de los Reyes de Persia, presumiò ser hijo de Iupiter, lib. 2. cap. 1. pag. 68.
Pharaortes, hijo de Dioces, Rey de Media, mueve guerra à los Persas, y muere en el cerco de la Ciudad de Nino, lib. 2. cap. 1. pag. 69.
Pireo, Puerto de Atenas, lib. 2. cap. 4. pag. 114.
Pisistrato, Tirano de Atenas, lib. 2. cap. 4. pag. 115.
Persas no vsan, Templos donde sacrificar à sus Dioses, lib. 2. cap. 7. pag. 146.
Pharnaces, muere en la batalla de los Dociētos, l. 2. c. 10. p. 186
Persianos professores de la Parsimonia, y enemigos del Luxo, lib. 2. cap. 4. pag. 107.
Plaza de la Libertad en Persipolis, lib. 2. cap. 2. pag. 88.
Persipolis, Corte de Persia, lib. 2. cap. 2. pag. 82.
Presagios del nacimiento de Cyro, lib. 2. cap. 1. pag. 71.
Prende el Rey Ciaxares à Artamenes, lib. 1. cap. 4. pag. 50.
Priene, Ciudad de Caria, lib. 2. cap. 3. pag. 112.
Phocia, Cuidad en Grecia, idem.
Periando, Rey de Corinto, lib. 2. cap. 4. pag. 113.
Philoxipo, Principe excelente en Chipre, lib. 2. c. 4. pag. 115.
Pteria, Ciudad en Capadocia, lib. 2. cap. 6. pag. 127.
Persianos, no son hombres de a cavallo, lib. 2. cap. 8. pag. 153.
Philidaspes, Aventurero en el Exercito de Ciaxares, lib. 2. cap. 8. pag. 152.
Perdona Artamenes à dos enemigos, que avian conspirado alevosamente contra su vida, lib. 2. cap. 15. pag. 251.

R

REencuentro que tuvo Artamenes en el Mar con vn Corsario, lib. 2. cap. 5. pag. 117.
Rey de Asiria, preso por Artamenes en el Castillo de Sinope, se escapa de la prision, lib. 1. cap. 2. pag. 21.

Indice.

Rey de Ponto, mueve guerra à Ciaxares, por averle negado à su hija Mandane, lib. 2. cap. 7. pag. 141. Buelve à declararle la guerra, lib. 2. cap. 13. pag. 220. Defiendele la vida à Artamenes en vn rencuentro, lib. 2. cap. 13. pag. 223.
Reprehension que diò Artamenes à vn Capitan viejo, lib. 2. cap. 15. pag. 225.

S

SCamandro, Rio en la Jonia, lib. 2. cap. 4 pag. 114.
Simoè, idem.
Solon, desterrose de su Patria, porque se guardassen las leyes que la impuso, lib. 2. cap. 4. pag. 114.
Sparta, su govierno dividido en dos Cabeças, lib. 2. c. 4. p. 115.
Sapho, celebre Poetisa, natural de Lesbos, lib. 2. cap. 5. p. 124.
Sinope, Puerto de Capadocia, lib. 1. cap. 1. pag. 4.
Scitas, no fabrican casas, lib. 2. cap. 7. pag. 146.
Spaco, muger del Pastor Mitridates, consiente q̃ echen à las fieras à su hijo muerto, para cõservar à Cyro vivo, l. 2. c. 2. p. 84.
Sueño de Astiages, y la interpretacion que le dieron los amagos, lib. 2. cap. 1. pag. 77.
Sacrificio ofrecido por la muerte de Cyro en su presencia, lib. 2. cap. 6. pag. 131.

T

TEnedos, Puerto de la Frigia Inferior, lib. 2. cap. 4. pag. 113.
Troya, y sus ruinas, lib. 2. cap. 4. pag. 114.
Templo de Diana en Epheso, lib. 2. cap. 4. pag. 112.
Troféo erigido por Artamenes en el Campo de la batalla de los Ducientos, lib. 2. cap. 12. pag. 188.
Tigris, Rio famoso cerca de Babilonia, entra en el Eufrates, contandole, lib. 2. cap. 4. pag. 109.
Tauris, ò Ecbatana, Corte de Media, lib. 2. cap. 1. pag. 69.
Templo de Iupiter, Bello en Babilonia, lib. 2. cap. 4. pag. 110.
Temblor del Templo de Ecbatana, anunciando el nacimiento de Cyro, lib. 2. cap. 1. pag. 87.
Tempestad que arrojò à Artamenes à el Puerto de Sinope, lib. 2. cap. 6. pag. 126.
Templo de Marte en Sinope, lib. 2. cap. 6. pag. 127.

X

Xanto, Rio de Frigia Inferior, lib. 2. cap. 4. pag. 113.

FIN.